

P.D. OUSPENSKY

Fragmentos de  
una enseñanza  
desconocida

*En busca de lo milagroso*



Lectulandia

En 1915 se produjo en Moscú un encuentro de gran trascendencia. Ouspensky ya era para entonces reconocido como un destacado científico que escribía sobre los problemas de la existencia humana en el universo. Sus viajes por Europa, Egipto y el Oriente en busca de respuestas para sus múltiples interrogantes, lo condujeron al encuentro con G.I. Gurdjieff quien le reveló un sistema de conocimiento que, de inmediato, fue reconocido por él como de vital importancia para la humanidad de nuestro tiempo.

Fragmentos de una enseñanza desconocida es el recuento del trabajo de búsqueda y aprendizaje realizado por Ouspensky, bajo la dirección de Gurdjieff, durante ocho años. Narrado en el primer capítulo de esta obra, ese primer encuentro nos deja un sabor de algo que inevitablemente tenía que suceder. Es por eso que se ha comparado este libro, respecto del sistema de Gurdjieff, con los diálogos platónicos respecto de la sabiduría socrática.

Gurdjieff tenía sus razones para no permitir que se tomaran apuntes durante las reuniones que tenía con sus alumnos. Por eso este recuento no es sólo un prodigio de memoria sino, también y sobre todo, un sorprendente logro de comprensión y de síntesis, capaz de mostrarnos el complejo conjunto de conocimientos recibidos, mediante un relato viviente, escrito además en medio de las terribles condiciones de vida de la Rusia prerrevolucionaria.

Lectulandia

P. D. Ouspensky

# Fragmentos de una enseñanza desconocida

En busca de lo milagroso

ePUB v1.0

Juandi 12.11.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Fragmentos de una enseñanza desconocida*

Autor: P. D. Ouspensky, 1949.

Traducción: Dorothea Dooling, Roberto Wangerman Castro y Antonio Cook Garland

Editor original: Juandi (v1.0)

ePub base v2.0

\*

En el curso de los viajes por Europa, Egipto y Oriente que hizo P. D. Ouspensky en busca de una enseñanza que resolviera para él el problema de las relaciones del Hombre con el Universo, llegó a conocer a G. I. Gurdjieff y a ser su alumno.

Bajo la inicial "G" es de Gurdjieff de quien se trata a lo largo de todo el libro.

FRAGMENTOS DE UNA ENSEÑANZA DESCONOCIDA es el relato de ocho años de trabajo pasados por Ouspensky cerca de Gurdjieff.

P. D. Ouspensky murió en Londres en octubre de 1947. G. I. Gurdjieff murió en octubre de 1949 en París, después de haber dado pleno consentimiento para la publicación de este libro.

\*

## Capítulo primero

*Retorno de la India. La guerra y la "búsqueda de lo milagroso". Viejos pensamientos. La cuestión de escuelas. Nuevos proyectos de viaje. Oriente y Occidente. Un anuncio en un periódico de Moscú. Conferencias sobre la India. Encuentro con G. Un "hombre disfrazado". Primera conversación. Opinión de G. sobre las escuelas. El grupo de G. "Vislumbres de la verdad". Otros encuentros y conversaciones. La organización del grupo de G. en Moscú. La cuestión del pago y de los medios de trabajo. La cuestión del secreto y de las obligaciones aceptadas por los alumnos. Una conversación sobre el Oriente. "Filosofía", "Teoría" y "Práctica". ¿De dónde obtuvo G. sus ideas? Las ideas de G. "El hombre es una máquina" gobernada por influencias exteriores. Todas las cosas "suceden". Nadie "hace" nada. Para "hacer", es preciso "ser". Un hombre es responsable de sus acciones, una máquina no es responsable. ¿Es necesaria la psicología para el estudio de las máquinas? G. promete "hechos". ¿Es posible suprimir la guerra? Una conversación sobre los planetas y la luna considerados como seres vivientes. La "inteligencia" del sol y de la tierra. Arte "subjetivo" y arte "objetivo".*

Regresé a Rusia en noviembre de 1914, al comienzo de la primera guerra mundial, después de un viaje, relativamente largo, a través de Egipto, Ceilán e India. La guerra estalló cuando me encontraba en Colombo, de donde me embarqué para regresar a través de Inglaterra.

Al salir de San Petersburgo, yo había dicho que partía en busca de lo milagroso. Lo "milagroso" es muy difícil de definir. Pero para mí, esta palabra tenía un significado muy definido. Mucho tiempo atrás había llegado a la conclusión de que para escapar del laberinto de contradicciones en que vivimos, era necesario encontrar un camino enteramente nuevo, diferente de todo lo que habíamos conocido o seguido hasta ahora. Pero dónde comenzaba este camino nuevo o perdido, yo era incapaz de decirlo. Entonces ya había reconocido como un hecho innegable que detrás de la fina película de falsa realidad, existía otra realidad de la cual, por alguna razón, algo nos separaba. Lo "milagroso" era la penetración en esta realidad desconocida. Me parecía que el camino hacia lo desconocido podría ser encontrado en Oriente. ¿Por qué en Oriente? Era difícil decirlo. En esta idea había quizás algo de romántico, pero en todo caso había también la convicción de que nada podía ser encontrado aquí, en Europa.

Durante el viaje de regreso, y las pocas semanas que pasé en Londres, todas las conclusiones a las cuales había llegado como resultado de mi búsqueda, quedaron trastornadas por la absurdidad salvaje de la guerra y por todas las emociones que

llenaban el aire, invadían las conversaciones, los diarios, y que contra mi voluntad me afectaban a menudo.

Pero, de regreso a Rusia, cuando volvieron los pensamientos con los cuales había partido, sentí que mi búsqueda y aun las menores cosas conectadas con ellas, eran mas importantes que todo lo que estaba sucediendo o pudiese suceder en un mundo de "absurdos obvios".<sup>[1]</sup> Me dije entonces que la guerra debía ser considerada como una de esas condiciones generalmente catastróficas de la existencia, en medio de las cuales tenemos que vivir, trabajar y buscar respuestas a nuestras preguntas y a nuestras dudas. La *guerra*, la gran guerra europea, en cuya posibilidad yo no había querido creer y cuya realidad por largo tiempo no había querido reconocer, se había convertido en un hecho.

*Estábamos en ella*, y vi que debía ser tomada como un gran "memento mori", mostrando que era urgente apresurarse y que era imposible creer en una "vida" que no conducía a ninguna parte.

La guerra no me podía tocar personalmente, en todo caso no antes de la catástrofe final que por otra parte me parecía inevitable para Rusia, y quizás para toda Europa, pero aún no inminente. Aunque naturalmente, en aquella época, la catástrofe en marcha parecía solamente temporal, y aún nadie hubiera podido concebir toda la amplitud de la ruina, de la desintegración y de la destrucción, a la vez interior y exterior, en la cual tendríamos que vivir en el futuro.

Resumiendo el conjunto de mis impresiones del Oriente y particularmente de la India, tenía que admitir que al regreso mi problema parecía todavía más difícil y más complicado que al partir. La India y el Oriente no sólo no habían perdido nada de su milagroso atractivo sino que, por el contrario, este atractivo se había enriquecido con nuevos matices que anteriormente yo no había podido sospechar.

Había visto claramente que algo podía ser encontrado en el Oriente, que por mucho tiempo había dejado de existir en Europa, y consideraba que la dirección que yo había tomado era buena. Pero al mismo tiempo me había convencido de que el secreto estaba mejor y más profundamente escondido de lo que hubiera podido prever.

A mi partida, ya sabía que iba en busca de una o de varias *escuelas*. Había llegado a esta conclusión hacía ya tiempo, habiéndome dado cuenta que los esfuerzos personales independientes no podían ser suficientes, y que era indispensable entrar en contacto con el pensamiento real y viviente que debe existir en alguna parte, pero con el cual habíamos perdido toda conexión.

Yo comprendía esto, pero la idea misma que tenía de las escuelas se modificaría mucho durante mis viajes; en un sentido se volvió más simple y más concreta, en otro sentido más fría y más distante. Quiero decir que las escuelas perdieron su carácter de cuentos de hadas.

En el momento de mi partida, todavía admitía muchas cosas fantásticas acerca de las escuelas. Admitir es quizás una palabra demasiado fuerte. Para decirlo mejor, soñaba con la posibilidad de un contacto no físico con las escuelas, de un contacto, en alguna forma, "en otro plano". No podía explicarlo claramente, pero me parecía que el primer contacto con una escuela debía tener ya un *carácter milagroso*. Por ejemplo, imaginaba la posibilidad de entrar en contacto con escuelas que habían existido en un lejano pasado, como la escuela de Pitágoras, o las escuelas de Egipto, o la escuela de los monjes que construyeron Notre-Dame, y así sucesivamente. Me parecía que las barreras del espacio y del tiempo desaparecerían ni producirse tal contacto. La idea de las escuelas era en sí misma fantástica, y nada de lo que les concernía me parecía demasiado fantástico. Asimismo no veía ninguna contradicción entre mis ideas y mis esfuerzos para encontrar en la India escuelas reales. Pues me parecía que era precisamente en la India donde me sería posible establecer una especie de contacto, que podría luego volverse permanente e independiente de toda interferencia exterior.

Durante mi viaje de regreso, lleno de encuentros y de impresiones de toda clase, la idea de las escuelas se volvió para mí mucho más real, casi tangible. Había perdido su carácter fantástico. Y esto sin duda porque como me di cuenta entonces, una "escuela" no requiere solamente una búsqueda sino una "selección" o un escoger — quiero decir: de nuestra parte.

No podía dudar que hubiera escuelas. Me convencí al mismo tiempo de que las escuelas sobre las que había oído hablar, y con las cuales hubiese podido entrar en contacto, no eran para mí. Eran escuelas de naturaleza francamente religiosa o semi-religiosa y de tono netamente devocional. No me atraían, sobre todo porque si hubiese buscado un camino religioso habría podido encontrarlo en Rusia. Otras escuelas más moralizadoras eran de tipo filosófico, ligeramente sentimental, con un matiz de ascetismo, como las escuelas de los discípulos o seguidores de Ramakrishna; entre estos últimos había personas agradables, pero tuve la impresión de que les faltaba un conocimiento real. Otras escuelas, ordinariamente descritas como "escuelas de yoga", y que están basadas en la creación de estados de trance, participaban, a mis ojos, un tanto demasiado del género espiritista. Yo no podía tenerles confianza; conducían inevitablemente a mentirse a uno mismo o bien a lo que los místicos ortodoxos, en la literatura monástica rusa, llaman "seducción".

Había otro tipo de escuelas, con las cuales no pude tomar contacto y de las que sólo oí hablar. Estas escuelas prometían mucho, pero igualmente exigían mucho. *Exigían todo de una sola vez*. Hubiera sido necesario quedarse en la India y abandonar para siempre toda idea de regreso a Europa. Habría tenido que renunciar a todas mis ideas, a todos mis proyectos, a todos mis planes y comprometerme a un camino del cual no podía saber nada de antemano.



Estas escuelas me interesaban mucho, y las personas que habían estado en relación con ellas y que me habían hablado de ellas, se destacaban nítidamente sobre el común de las personas. Sin embargo me parecía que debería haber escuelas de un tipo más racional, y que hasta cierto punto, un hombre tenía derecho de saber hacia dónde iba.

Paralelamente, llegué a la conclusión de que una escuela —no importa como se llame: escuela de ocultismo, de esoterismo o de yoga— debe existir sobre el plano terrestre ordinario como cualquier otro tipo de escuela: escuela de pintura, de danza o de mediana. Me di cuenta de que la idea de escuelas "en otro plano" era simplemente un signo de debilidad: esto significaba que los sueños habían reemplazado la búsqueda real. Así comprendí que los sueños son uno de los obstáculos más grandes en nuestro camino eventual hacia lo milagroso.

En camino hacia la India, hacía planes para próximos viajes. Esta vez deseaba comenzar por el Oriente musulmán. Sobre todo estaba atraído por el Asia Central rusa y Persia. Pero nada de todo esto estaba destinado a realizarse.

De Londres, a través de Noruega, Suecia y Finlandia, llegué a San Petersburgo, que había sido ya rebautizada "Petrogrado", y donde el patriotismo y la especulación estaban en todo su apogeo. Poco después, partí para Moscú retomando mi trabajo en el periódico del cual había sido corresponsal en la India. Llevaba ahí ya cerca de seis semanas, cuando ocurrió un pequeño episodio que iba a ser el punto de partida de numerosos acontecimientos.

Un día que me encontraba en la redacción del periódico, preparando la próxima edición, descubrí, creo que en *La Voz de Moscú*, un aviso con referencia a la puesta en escena de un ballet titulado "La Lucha de los Magos", que se decía era la obra de un "Hindú". La acción del ballet debía tener lugar en la India, y ofrecer un cuadro completo de la magia del Oriente con milagros de faquires, danzas sagradas, etcétera. No me gustó el tono parlanchín del párrafo, pero como los autores de ballets hindúes eran más bien raros en Moscú, recorté el aviso, insertándolo en mi artículo y añadiendo brevemente que en el ballet se encontraría seguramente todo aquello que los turistas van a buscar y que es imposible de hallar en la India verdadera.

Poco después, por varias razones, dejé el periódico y fui a San Petersburgo.

Allí, en febrero y marzo de 1915, ofrecí conferencias públicas sobre mis viajes por la India. Los títulos de éstas eran: "En Busca de lo Milagroso" y "El Problema de la Muerte". En estas conferencias, que debían servir de introducción a un libro sobre mis viajes, que tenía intención de escribir, dije que en la India lo "milagroso" no se buscaba donde debía buscarse, que todos los caminos habituales eran inútiles y que la India guardaba sus secretos mucho mejor de lo que se suponía: sin embargo, de hecho lo "milagroso" sí existía y estaba indicado por muchas cosas que la gente pasaba de largo sin captar su contenido verdadero y su significado oculto, y sin saber cómo

acercarse a ellas. Nuevamente tenía en la mente "las escuelas".

A pesar de la guerra, mis conferencias despertaron considerable interés. Cada una de ellas atrajo más de mil personas al Hall Alexandrowski del Domo municipal de San Petersburgo. Recibí muchas cartas; la gente vino a verme; y sentí que sobre la base de una "búsqueda de lo milagroso" sería posible reunir a un número grande de personas que ya no podían tragar las formas usuales de mentira y de la vida en medio de la mentira.

Después de Pascua, salí de nuevo hacia Moscú para ofrecer las mismas conferencias. Entre las personas que encontré con motivo de estas conferencias había dos, un músico y un escultor, que muy pronto comenzaron a hablarme de un grupo de Moscú, dedicado a varias investigaciones y experimentos "ocultos" bajo la dirección de un cierto G., un griego del Cáucaso; era precisamente, como yo lo comprendí, el "Hindú", autor del argumento del ballet mencionado en el periódico que había llegado a mis manos tres o cuatro meses atrás. Debo confesar que lo que estas dos personas me contaron acerca de este grupo y de lo que en él ocurría —toda clase de prodigios de autosugestión— me interesó muy poco. Había oído demasiadas veces historias de este género y me había formado una opinión muy clara sobre ellas.

...Damas que súbitamente ven flotar en sus cuartos ojos que las fascinan y que ellas siguen de calle en calle, hasta la casa de un cierto oriental al cual pertenecen estos ojos. O bien, personas que en la presencia del mismo oriental, sienten bruscamente que éste las está traspasando con la mirada, viendo todos sus sentimientos, pensamientos y deseos; sienten una extraña sensación en sus piernas y no pueden moverse, cayendo en su poder hasta el punto que él puede hacer de ellas lo que quiere, aun a distancia...

Tales historias me han parecido siempre como sacadas de una mala novela. La gente inventa milagros e inventa exactamente lo único que puede esperarse de ellos. Es una mezcla de superstición, autosugestión y debilidad intelectual; pero estas historias, según lo que he podido observar, nunca aparecen sin cierta colaboración de parte de los hombres a los cuales están referidas.

Prevenido así por mis experiencias anteriores, fue sólo ante los persistentes esfuerzos de M., uno de mis nuevos conocidos, que acepté conocer a G. y tener una conversación con él.

Mi primera entrevista modificó enteramente la idea que tenía de él y de lo que me podía aportar.

Lo recuerdo muy bien. Habíamos llegado a un pequeño café alejado del centro de la ciudad en una calle bulliciosa. Vi a un hombre que ya no era joven, de tipo oriental, con bigotes negros y ojos penetrantes. En primer término me asombró porque parecía estar completamente fuera de sitio en tal lugar y dentro de tal atmósfera. Estaba

todavía lleno de mis impresiones del Oriente, y hubiera podido ver a este hombre con cara de raja hindú o de jeque árabe, bajo una túnica blanca o un turbante dorado, pero sentado en este pequeño café de tenderos y de comisionistas, con su abrigo negro de cuello de terciopelo y su bombín negro, producía la impresión inesperada, extraña y casi alarmante, de un hombre mal disfrazado. Era un espectáculo embarazoso, como cuando se encuentra uno delante de un hombre que no es lo que pretende ser, y con el cual sin embargo se debe hablar y conducirse como si no se diera cuenta de ello. G. hablaba un ruso incorrecto con fuerte acento caucásico, y este acento, que estamos habituados a asociar con cualquier cosa menos con ideas filosóficas, reforzaba aún más la extrañeza y el carácter sorprendente de esta impresión.

No me acuerdo del comienzo de nuestra conversación; creo que hablamos de la India, del esoterismo y de las escuelas de yoga. Entendí que G. había viajado mucho, que había estado en muchos lugares de los cuales yo sólo había oído hablar y que había deseado vivamente conocer. No solamente no le molestaban mis preguntas, sino que me parecía que ponía en cada una de sus respuestas mucho más de lo que yo había preguntado. Me gustó su manera de hablar, que era a la vez prudente y precisa. M. nos dejó. G. me contó lo que hacía en Moscú. Yo no le comprendía bien. De lo que hablaba se traslucía que en su trabajo, que era sobre todo de un carácter psicológico, la *química* desempeñaba un gran papel. Como le escuchaba por primera vez, naturalmente tomé sus palabras al pie de la letra.

—Lo que usted dice me hace recordar un hecho que me contaron sobre una escuela del sur de la India. Sucedió en Travancore. Un brahmán, hombre excepcional en más de un sentido, le hablaba a un joven inglés de una escuela que estudiaba la química del cuerpo humano y que había probado, decía él, que al introducir o eliminar diversas sustancias, se podría cambiar la naturaleza moral y psicológica del hombre. Esto se parece mucho a lo que usted dice.

—Sí, dijo G., es posible. Pero al mismo tiempo puede ser que sea una cosa totalmente diferente. Ciertas escuelas aparentemente emplean los mismos métodos; pero los comprenden de una manera completamente distinta. La similitud de métodos o aun de ideas no prueba nada.

—Hay otra cuestión que me interesa mucho. Los yoguis se sirven de diversas sustancias para provocar ciertos estados. ¿No se tratará en algunos casos de narcóticos? Yo mismo he hecho numerosos experimentos de esta índole, y todo lo que he leído sobre la magia me prueba claramente que las escuelas de todos los tiempos y de todos los países, han hecho un amplio uso de narcóticos para la creación de estos estados que hacen posible «la magia».

—Sí, contestó G., en muchos casos, estas sustancias son lo que usted llama «narcóticos». Pero éstos pueden ser empleados lo repito, para fines muy diferentes. Ciertas escuelas se sirven de narcóticos en forma debida. Sus alumnos los toman para

estudiarse a sí mismos, para conocerse mejor, para explorar sus posibilidades y discernir por adelantado lo que podrán efectivamente lograr al final de un trabajo prolongado. Cuando un hombre ha podido tocar de esta manera la realidad de lo que ha, aprendido teóricamente, trabaja desde ese momento conscientemente, y sabe adonde va. Es a veces el camino más fácil para convencerse de la existencia real de las posibilidades que el hombre a menudo sospecha en sí mismo. Para este fin existe una química especial. Hay sustancias especiales para cada función. Cada función puede ser reforzada o debilitada, despertada o adormecida. Pero es indispensable un conocimiento muy profundo de la máquina humana y de esta química especial. En todas las escuelas que siguen este método no se hacen los experimentos sino cuando son realmente necesarios y sólo bajo el control experimentado y competente de hombres que pueden prever todos los resultados y tomar todas las medidas necesarias para prevenir consecuencias indeseables. Las sustancias empleadas en estas escuelas no son solamente «narcóticos», como usted los llama, a pesar de que un gran número de ellas son preparadas tomando como base drogas tales como el opio, el hashish, etc.

"Otras escuelas emplean sustancias idénticas o análogas, no con fines de experimento o de estudio, sino para alcanzar los resultados deseados, aunque sea por corto tiempo. El hábil uso de tales drogas puede volver a un hombre momentáneamente muy inteligente o muy fuerte. Por supuesto que después muere o enloquece, pero esto no se toma en consideración. Tales escuelas existen. Usted ve entonces, que debemos hablar con prudencia de las escuelas. Pueden hacer prácticamente las mismas cosas, pero los resultados serán totalmente diferentes."

Todo lo que G. decía me había interesado profundamente. Sentía que había allí puntos de vista nuevos, que no se parecían a nada a lo que yo había encontrado hasta entonces.

Me invitó a que lo acompañara a una casa donde se iban a reunir algunos de sus alumnos.

Tomamos un coche para ir a Sokolniki. En el camino, G. me contó hasta qué punto había interferido la guerra en sus planes: un gran número de sus alumnos había partido desde la primera movilización, y se habían perdido aparatos e instrumentos muy costosos encargados al extranjero. Después me habló de los fuertes gastos necesarios para su obra, del costoso apartamento que había alquilado, y hacia el cual creí comprender que nos dirigíamos.

Luego me dijo que su obra le interesaba a numerosas personalidades de Moscú, "profesores" y "artistas", como él lo expresó. Pero cuando yo le pregunté de *quiénes* se trataba precisamente, no me dio ningún nombre.

—Le hago esta pregunta, porque he nacido en Moscú. Además, he trabajado aquí durante diez años como periodista, de manera que conozco más o menos a todo el mundo."

G. no contestó nada.

Llegamos a un gran apartamento vacío sobre una escuela municipal; evidentemente pertenecía a los profesores de esta escuela. Creo que estaba sobre la plaza del antiguo Estanque Rojo.

Varios alumnos de G. estaban reunidos: tres o cuatro jóvenes y dos damas que parecían ser maestras de escuela. Ya había estado yo en locales como éste. La ausencia misma de mobiliario reafirmó mi idea, ya que a las maestras de las escuelas municipales no se les proporcionaban muebles. Al pensar esto experimenté un sentimiento extraño con respecto a G. ¿Por qué me había contado el cuento del apartamento tan caro? En primer lugar, éste no era suyo; luego no había que pagar alquiler y finalmente, de ser alquilado no costaría más de diez rublos al mes. Había allí un "bluff" demasiado evidente. Me dije que esto debía significar algo.

Me es difícil reconstruir el comienzo de la conversación con los alumnos de G. Algunas de las cosas que escuché me sorprendieron; traté de descubrir en qué consistía su trabajo; pero no me dieron respuestas directas, empleando con insistencia, en ciertos casos, una terminología rara e ininteligible para mí.

Sugirieron leer el comienzo de un cuento que según ellos había sido escrito por uno de los alumnos de G., que en ese momento no se encontraba en Moscú.

Naturalmente acepté, y uno de ellos comenzó en voz alta la lectura de un manuscrito. El autor narraba cómo había conocido a G. Mi atención fue atraída por el hecho de que al comienzo de la historia el autor leía la misma noticia que yo había leído en *La Voz de Moscú* el invierno anterior, sobre el ballet "La Lucha de los Magos". Luego —y esto me agradó muchísimo, porque lo esperaba— el autor contaba cómo en su primer encuentro había sentido que G. lo ponía en cierta forma en la palma de su mano, lo sopesaba y lo volvía a dejar caer. La historia se llamaba "Vislumbres de la Verdad" y había sido escrita por un hombre evidentemente desprovisto de toda experiencia literaria. Pero a pesar de todo, la historia impresionaba, porque dejaba entrever un sistema del mundo en el cual yo sentía algo muy interesante, que además hubiera sido incapaz de formulármelo a mí mismo. Ciertas ideas extrañas y del todo inesperadas sobre el arte, encontraron también en mí una fuerte resonancia.

Más tarde me enteré de que el autor era un personaje imaginario y que el relato había sido escrito por dos de los alumnos de G., presentes en la lectura, con la intención de exponer sus ideas bajo una forma literaria. Aún más tarde me enteré de que la idea misma de este relato provenía de G.

La lectura se detuvo al final del primer capítulo. Todo el tiempo G. había escuchado con atención. Estaba sentado en un sofá, con una pierna replegada bajo su cuerpo; bebía café negro en un vaso grande, fumaba y de vez en cuando me lanzaba una mirada. Me gustaron sus movimientos, impresos de una especie de seguridad y

gracia felina; aun su silencio tenía algo que lo distinguía de los demás. Sentí que hubiera preferido encontrarlo, no en Moscú, no en este apartamento, sino en uno de esos lugares que acababa de dejar, en el patio de entrada de una de las mezquitas de El Cairo, en medio de las ruinas de una ciudad de Ceilán, o en uno de los templos del sur de la India — Tanjore, Trichinópolis, o Madura.

—Bien, ¿qué le parece esta historia? preguntó G. después de un breve silencio cuando hubo terminado la lectura.

Le dije que la había escuchado con interés, pero que, a mi modo de ver, tenía el defecto de no ser clara. No se comprendía exactamente de qué se trataba. El autor relataba la muy fuerte impresión producida en él por una enseñanza nueva, pero no daba ninguna idea satisfactoria acerca de esta misma enseñanza. Los alumnos de G. me señalaron que yo no había comprendido la parte mas importante del relato. G. mismo no dijo ni palabra.

Cuando les pregunté cuál era el sistema que ellos estudiaban, y cuáles eran sus rasgos distintivos, su respuesta fue de lo más vaga. Después hablaron del "trabajo sobre sí", pero fueron incapaces de explicarme en qué consistía este trabajo. De manera general, mi conversación con los alumnos de G. fue más bien difícil, y sentí en ellos algo calculado y artificial, como si desempeñaran un papel aprendido de antemano. Además, los alumnos no estaban a la altura del maestro. Todos pertenecían a esta capa particular, más bien pobre, de la "inteligentzia" de Moscú que yo conocía muy bien, y de la cual no podía esperar nada interesante. Aun me pareció que era verdaderamente extraño el encontrarlos en el camino de lo milagroso. Al mismo tiempo los encontraba a todos simpáticos y razonables. Evidentemente las historias que me había contado M. no provenían de esta fuente y no tenían nada que ver con ellos.

—Quisiera preguntarle algo, dijo G. después de un silencio. ¿Podría publicarse este artículo en un diario? Así pensamos nosotros interesar al público en nuestras ideas.

—Es totalmente imposible, le contesté. Primeramente, no es un artículo, quiero decir que no es algo que tenga un comienzo y un fin; no es más que el comienzo de una historia, y es muy larga para un diario. Vea usted, nosotros contamos por líneas. La lectura toma cerca de dos horas, lo que hace aproximadamente tres mil líneas. Usted sabe lo que llamamos un folletín en un diario; un folletín ordinario consta de trescientas líneas más o menos, o sea que esta parte de la historia requeriría "unos diez folletines. En los periódicos de Moscú, un folletín continuado nunca se publica más de una vez por semana, lo que tomaría diez semanas. Ahora bien, se trata de la conversación de una sola noche. Esto no podría ser publicado sino por una revista mensual; pero no veo ninguna a cuyo género corresponda. En todo caso, le pedirían la historia completa antes de darle una respuesta."

G. no contestó nada y la conversación terminó. Pero yo había experimentado de inmediato un sentimiento extraordinario al contacto con este hombre, y a medida que se prolongaba la velada esta impresión se iba reforzando. Al momento de despedirme el siguiente pensamiento atravesó mi mente como un relámpago: yo debía *de inmediato, sin demora*, arreglármelas para verlo de nuevo; si no lo hacía, arriesgaba perder todo contacto con él. Le pregunté entonces si no podría encontrarlo una vez más antes de mi partida para San Petersburgo. Me dijo que estaría en el mismo café, al día siguiente, a la misma hora.

Salí con uno de los jóvenes. Me sentía en un raro estado: una larga lectura de la cual poco había comprendido, gente que no contestaba a mis preguntas, el mismo G., con su insólita manera de ser y la influencia sobre sus alumnos que yo había sentido constantemente —todo esto provocó en mí un deseo desacostumbrado de reír, de gritar, de cantar, como si acabara de escaparme de una clase o de alguna extraña detención.

Sentí la necesidad de comunicar mis impresiones a este joven, y de hacer chistes sobre G. y sobre esta historia un tanto pretenciosa y pesada. Me veía describiendo esta velada a algunos de mis amigos. Felizmente me detuve, a tiempo, pensando: "¡Pero él se precipitará al teléfono para contarles todo! Son todos amigos."

De manera que traté de refrenarme, y sin decir palabra, lo acompañé al tranvía que debía llevarnos al centro de Moscú. Después de un recorrido relativamente largo, llegamos a la plaza Okhotny Nad, en cuyas cercanías yo vivía, y una vez allí, estrechándonos la mano siempre en silencio, nos separamos.

Al día siguiente volví al mismo café donde había conocido a G., y esto se repitió el día después y todos los días siguientes. Durante la semana que pasé en Moscú vi a G. diariamente. Pronto me di cuenta de que él dominaba muchas de las cuestiones que yo quería profundizar. Por ejemplo, me explicó ciertos fenómenos que yo había tenido ocasión de observar en la India y que nadie me había podido esclarecer ni en aquel entonces, ni más tarde. En sus explicaciones, sentí la seguridad del especialista, un análisis muy fino de los hechos, y un *sistema* que no podía comprender, pero cuya presencia sentía, porque sus palabras me hacían pensar no sólo en los hechos tratados, sino en muchas otras cosas que yo había ya observado o cuya existencia había barruntado.

No volví a ver al grupo de G. Acerca de sí mismo, G. habló poco. Una o dos veces, mencionó sus viajes en el Oriente. Me habría interesado saber exactamente por dónde había viajado, pero fui incapaz de sacar nada en limpio.

En cuanto a su trabajo en Moscú, G. dijo que tenía dos grupos sin relación el uno con el otro, y ocupados en trabajos diferentes, "según sus fuerzas y su grado de preparación", para usar sus propias palabras. Cada miembro de estos grupos pagaba

mil rublos al año, y podía trabajar con él mientras proseguía en la vida el curso de sus actividades ordinarias.

Le dije que en mi opinión mil rublos al año me parecía un precio demasiado elevado para los que carecían de fortuna.

G. me contestó que no era posible otro arreglo porque debido a la naturaleza misma del trabajo, él no podía tener numerosos alumnos. Por otra parte, él no deseaba y *no debía* —acentuó estas palabras— gastar su propio dinero en organizar el trabajo. Su trabajo no era, ni podía ser, una obra de caridad, y sus alumnos debían encontrar ellos mismos los fondos indispensables para el alquiler de los apartamentos donde se podrían reunir, para los experimentos y para todo el resto. Además, dijo que la observación ha demostrado que las personas débiles en la vida se muestran igualmente débiles en el trabajo.

—Esta idea ofrece varios aspectos, dijo G. El trabajo de cada uno puede exigir gastos, viajes y otras cosas. Si la vida de un hombre está tan mal organizada que un gasto de mil rublos lo puede detener, sería preferible para él que no emprendiera nada con nosotros. Supongamos que un día su trabajo le exija viajar a El Cairo o a otra parte; debe tener los medios para hacerlo. A través de nuestra demanda, vemos si es capaz o no de trabajar con nosotros.

"Más aún, continuó G., verdaderamente mi tiempo es demasiado escaso para poder sacrificárselo a otros, sin siquiera estar seguro de que esto les hará bien. Valorizo mucho mi tiempo porque lo necesito para mi obra, porque no puedo, y como ya lo he dicho, no quiero gastarlo improductivamente. Y hay una última razón: es necesario que una cosa cueste para que sea valorizada."

Escuché estas palabras con un extraño sentimiento. De un lado, me agradaba todo lo que decía G. Me atraía esta ausencia de todo elemento sentimental, de toda palabrería convencional sobre el "altruismo" y el "bien de la humanidad", etc. Pero de otro lado, me sorprendía el deseo visible que tenía de *convencerme* en esta cuestión del dinero, *ya que yo no tenía ninguna necesidad de ser convencido*.

Si había un punto sobre el cual no estuve de acuerdo, fue sobre esta manera de reunir el dinero, porque ninguno de los alumnos que había visto podía pagar mil rublos al año. Si G. realmente había descubierto en el Oriente trazas visibles y tangibles de una ciencia oculta, y si continuaba sus búsquedas en esta dirección, era claro entonces que su obra necesitaba fondos, al igual que cualquier otro trabajo científico, como una expedición a cualquier parte desconocida del mundo, excavaciones en las ruinas de una ciudad desaparecida, o todo tipo de investigaciones, de orden físico o químico, que requieran numerosos experimentos minuciosamente preparados. No había ninguna necesidad de tratar de convencerme de todo esto. Yo pensaba, al contrario, que si G. me diese la posibilidad de conocer mejor lo que hacía, probablemente estaría capacitado para encontrarle todos los



fondos que pudiese necesitar para poner su obra sólidamente en pie, y pensaba también traerle gente mejor preparada. Pero por supuesto, todavía no tenía más que una idea muy vaga de lo que podría ser su trabajo.

Sin decirlo abiertamente, G. me dio a entender que me aceptaría como uno de sus alumnos si yo expresara tal deseo. Le dije que en lo que a mí se refería, el mayor obstáculo consistía en que actualmente no me era posible quedarme en Moscú, porque estaba comprometido con un editor de San Petersburgo y que preparaba varias obras. G. me dijo que iba de vez en cuando a San Petersburgo; me prometió ir pronto allá y avisarme cuándo llegaría.

—Pero si me uno a su grupo, le dije, me encontraré ante un problema muy difícil. No sé si usted exige de sus alumnos la promesa de mantener en secreto todo lo que aprenden; yo no podría hacer semejante promesa. Dos veces en mi vida pude haberme unido a grupos cuyo trabajo, que me interesaba mucho, era análogo al suyo, según creo comprender. Pero en ambos casos, el unirme hubiese significado comprometerme a mantener secreto todo cuanto pudiera haber aprendido. Y en ambos casos rehusé, porque ante todo soy escritor; quiero permanecer absolutamente libre para decidir por mi mismo lo que escribiré y lo que no escribiré. Si me comprometo a mantener en secreto lo que me digan, quizá luego me sería muy difícil separarlo de lo que pudiera ocurrírseme sobre el tema, o de lo que surgiera en mí espontáneamente. Por ejemplo, no sé todavía casi nada acerca de sus ideas; sin embargo, estoy seguro de que cuando comencemos a hablar, llegaremos pronto a las cuestiones del espacio y del tiempo, de las dimensiones superiores, y así sucesivamente. Estas son cuestiones sobre las cuales he trabajado desde hace muchos años. No tengo ninguna duda de que deben ocupar un lugar importante en su sistema."

G. asintió.

—Ahora bien, usted ve que si habláramos ahora bajo promesa de silencio, yo no sabría a partir de ese momento lo que podría escribir, y lo que ya no podría escribir.

—¿Pero cómo ve usted este problema, entonces? me dijo G. No se debe hablar demasiado. Hay cosas que no se dicen sino a los alumnos.

—No podría aceptar esta condición sino temporalmente, dije. Naturalmente, sería ridículo ponerme a escribir enseguida sobre lo que habría aprendido de usted. Pero si usted no quiere en principio hacer un secreto de sus ideas, si usted se interesa sólo en que no sean transmitidas en forma distorsionada, entonces puedo aceptar tal condición, y esperar hasta tener una mejor comprensión de su enseñanza. Cierta vez conocí a un grupo de personas empeñadas en una serie de experimentos científicos sobre una escala muy amplia. No hacían ningún misterio de sus trabajos. Pero habían puesto la condición de que ninguno de ellos tendría derecho de hablar o escribir acerca de experimento alguno a menos que él mismo pudiese llevarlo a cabo.

Mientras él mismo fuese incapaz de repetir el experimento, tendría que callarse.

—No podría haber hecho una mejor formulación, dijo G., y si usted quiere observar esta ley, no surgirá jamás este problema entre nosotros.

—¿Hay condiciones para entrar en su grupo? le pregunté. -Y un hombre que participa, estaría atado desde entonces tanto al grupo como a usted? En otros términos, quiero saber si es libre de mirarse y abandonar el trabajo, o bien si debe tomar obligaciones definitivas sobre sí. Y ¿qué hace usted con él si no las cumple?

—No hay ninguna condición, dijo G., y no puede haberla. Partimos del hecho que el hombre no se conoce a sí mismo, que *no es* (acentuó estas palabras), es decir que no es lo que puede y debería ser. Por esta razón no puede comprometerse, ni asumir ninguna obligación. No puede decidir nada en cuanto al futuro.

Hoy es una persona, y mañana es otra. Desde luego, no está atado a nosotros en forma alguna, y, si quiere, puede abandonar el trabajo en cualquier instante y marcharse. No existe ninguna obligación, ni en nuestra relación hacia él, ni en la suya respecto a nosotros.

"Puede estudiar, si esto le gusta. Tendrá que hacerlo por largo tiempo y trabajar mucho sobre sí mismo. Si un día llega a aprender lo suficiente, entonces la cosa será diferente. Verá por sí mismo si quiere o no nuestro trabajo. Si lo desea, podrá trabajar con nosotros; si no, puede irse. Hasta ese momento, es libre. Si se queda después de esto, será capaz de decidir o de hacer sus arreglos para el futuro.

"Por ejemplo, considere usted esto: no al comienzo, por cierto, sino más tarde, un hombre puede encontrarse en una situación en que al menos por un tiempo debe mantener en secreto algo que ha aprendido. ¿Cómo podría un hombre que no se conoce a sí mismo comprometerse a guardar un secreto? Naturalmente puede prometerlo, pero ¿podrá mantener su promesa? Ya que él no es *uno*, tiene en sí una multitud de hombres. *Uno entre ellos* promete y cree que quiere guardar el secreto. Pero mañana *otro* en él se lo dirá a su mujer o a un amigo frente a una botella de vino, o bien dejará que cualquier vivo le tire de la lengua, y él dirá todo aun sin darse cuenta. O bien alguien le gritará inesperadamente, y al intimidarlo, le hará hacer todo lo que quiera. ¿Qué tipo de obligaciones podría entonces asumir? No, con un hombre tal no hablaremos seriamente. Para ser capaz de guardar un secreto, un hombre debe *conocerse* y debe *ser*. Por eso, un hombre tal como lo son todos los hombres, está muy lejos de esto.

"Algunas veces, fijamos condiciones temporales para la gente. *Es una prueba*. Ordinariamente, muy pronto dejan de observarlas, pero esto no importa, porque nunca confiamos un secreto importante a un hombre en el cual no tenemos confianza. Quiero decir que para nosotros esto no importa, si bien destruye ciertamente nuestra relación con él, y él pierde así su oportunidad de aprender algo de nosotros, si es que hubiera algo que aprender. Esto también puede causar repercusiones desagradables

para todos sus amigos personales, aunque quizás ellos no las esperen."

Recuerdo que en una de mis conversaciones con G., en el curso de la primera semana en que nos conocimos, hablé de mi intención de regresar al Oriente.

—¿Vale la pena pensar sobre ello? le pregunté. ¿Y cree usted que pueda encontrar allí lo que busco?

—Está bien ir allá para un descanso, de vacaciones, dijo G., pero para lo que usted busca no vale la pena. Todo ello puede encontrarse aquí."

Comprendí que estaba hablando de trabajar con él. Le pregunté:

—Pero, ¿no ofrecen ciertas ventajas las escuelas que se encuentran en el Oriente, en el seno de todas las tradiciones?"

Al contestar, G. desarrolló varias ideas que no comprendí sino mucho más tarde.

—Suponiendo que encontrase escuelas, usted no encontraría sino escuelas filosóficas, dijo. En la India hay sólo escuelas filosóficas. Hace mucho tiempo las cosas quedaron repartidas así: en la India la «filosofía», en Egipto la «teoría» y en la región que corresponde hoy a Persia, Mesopotamia y Turquestán, la «práctica».

—Y ¿aún continúa eso en la misma forma? pregunté.

—En parte, aún hasta ahora, respondió. Pero usted no capta claramente lo que yo quiero decir por «filosofía», «teoría» y «práctica». Estas palabras no deben entenderse en el sentido ordinario.

"Hoy en día en el Oriente se encuentran sólo escuelas *especiales*; no hay escuelas generales. Cada maestro o *gurú*, es un especialista en alguna materia. Uno es astrónomo, otro escultor, un tercero es músico. Y los alumnos deben ante todo estudiar la materia que es la especialidad de su maestro, luego otra materia y así sucesivamente. Tomaría mil años estudiar todo.

—Pero, ¿cómo estudió usted?

—Yo no estaba solo. Entre nosotros había toda clase de especialistas. Cada uno estudiaba según los métodos de su ciencia particular. Luego, al reunirnos compartíamos los resultados que habíamos obtenido.

—¿Y dónde están ahora sus compañeros?"

G. guardó silencio por un tiempo y luego, mirando a lo lejos, dijo lentamente:

—Algunos han muerto, otros prosiguen sus trabajos, otros están enclaustrados."

Este término monástico, oído en el momento en que menos lo esperaba, me produjo un sentimiento de extraña incomodidad.

De repente me di cuenta de que G. estaba haciendo una especie de "juego" conmigo, como si deliberadamente tratara de lanzarme de vez en cuando una palabra que me pudiera interesar, y orientar mis pensamientos en una dirección definida.

Cuando traté de preguntarle más concretamente dónde había encontrado lo que sabía, de qué fuentes había extraído sus conocimientos y hasta dónde alcanzaban éstos, no me dio una respuesta directa.

—Usted sabe, me dijo él, cuando usted partió para la India los diarios hablaron de su viaje y de sus búsquedas; entonces les di a mis alumnos la tarea de leer sus libros, de determinar por sí mismos *quién* era usted y de establecer sobre esta base lo que sería usted capaz de encontrar. Es así que cuando usted todavía estaba en camino, nosotros ya sabíamos lo que encontraría.

Un día le pregunté a G. sobre el ballet que había sido mencionado en los diarios bajo el nombre de "La Lucha de los Magos", del cual hablaba el relato titulado "Vislumbres de la Verdad". Le pregunté si este ballet tendría el carácter de un "misterio".

—Mi ballet no es un «misterio», dijo G. Tenía en mente producir un espectáculo a la vez significativo y magnífico. Pero no he intentado poner en evidencia, ni subrayar, el sentido oculto.

"Ciertas danzas ocupan un lugar importante. Le explicaré brevemente el porqué. Imagínese que para estudiar los movimientos de los cuerpos celestes, por ejemplo de los planetas del sistema solar, se construya un mecanismo especial a fin de darnos una representación animada y hacernos recordar las leyes de estos movimientos. En este mecanismo, cada planeta representado por una esfera de dimensión apropiada, está colocado a una cierta distancia de una esfera central que representa el sol, Una vez puesto en movimiento el mecanismo, todas las esferas comienzan a rotar al desplazarse a lo largo de las trayectorias que les habían sido asignadas, reproduciendo en forma visible las leyes que gobiernan los movimientos de los planetas. Este mecanismo le recuerda todo lo que usted sabe acerca del sistema solar. Hay algo análogo en el ritmo de ciertas danzas. Por los movimientos estrictamente definidos de los ejecutantes y sus combinaciones, se reproducen visualmente ciertas leyes que son inteligibles para aquellos que las conocen. Estas son las danzas llamadas «sagradas». En el curso de mis viajes en el Oriente, muchas veces he sido testigo de tales danzas, ejecutadas en los antiguos templos durante los oficios divinos. Algunas de ellas están reproducidas en mi ballet.

"Además la «Lucha de los Magos», está basada en tres ideas. Pero el público no las comprenderá jamás si represento este ballet en un escenario ordinario."

Lo que dijo G. luego me hizo comprender que éste no sería un ballet en el sentido estricto de la palabra, sino una serie de escenas dramáticas y mímicas ligadas por una intriga, todo esto acompañado de música y entremezclado con cantos y danzas. El nombre más apropiado para denominar esta serie de escenas habría sido el de "revista", pero sin ningún elemento cómico.

Las escenas importantes representaban la escuela de un "Mago Negro" y la de un "Mago Blanco", con los ejercicios de sus alumnos y los episodios de una lucha entre las dos escuelas. La acción debía situarse en el corazón de una ciudad oriental e incluir una historia de amor que tendría un sentido alegórico —entrelazado todo con

diversas danzas nacionales asiáticas, danzas derviches y danzas sagradas.

Me interesó particularmente cuando G. dijo que *los mismos* actores debían actuar y bailar en las escenas del "Mago Blanco" y en las del "Mago Negro"; y que en la primera escena debían ser tan bellos y atrayentes, por ellos mismos y por sus movimientos, como deformes y feos en la segunda.

—Compréndalo, dijo G., de esta manera podrán ver y estudiar todos los lados de sí mismos; este ballet tendrá entonces un inmenso interés para el estudio de sí."

En esa época estaba bien lejos de poder darme cuenta de esto y me llamó la atención sobre todo cierta discrepancia.

—La noticia que yo había leído en el diario decía que este ballet se representaría en Moscú y que tomarían parte en él algunos bailarines célebres. ¿Cómo concilia usted esto con la idea del estudio de sí? Éstos no actuarán ni bailarán para estudiarse a sí mismos.

—Nada se ha decidido todavía, contestó G., y el autor de la noticia que usted ha leído no estaba bien informado. Quizás lo hagamos de una manera totalmente distinta. Sin embargo, lo que si es cierto es que aquellos que actúan en este ballet tendrán que verse a sí mismos, quiéranlo o no.

—Y ¿quién está escribiendo la música?

— Eso no está decidido tampoco."

G. no agregó nada. y no volví a oír hablar de este ballet por cinco años.

\* \* \*

"Un día, en Moscú, hablaba con G. acerca de Londres, adonde había estado algunos meses atrás por corto tiempo. Le hablaba de la terrible mecanización que invadía las grandes ciudades europeas y sin la cual era probablemente imposible vivir y trabajar en el torbellino de estos enormes "juguetes mecánicos".

—La gente se está convirtiendo en máquinas, dije, y no me cabe duda que un día se convertirán en máquinas perfectas. ¿Pero son capaces todavía de pensar? No lo creo. Si trataran de pensar, no serían tan buenas máquinas.

—Sí, contestó G., es cierto, pero sólo en parte. La verdadera pregunta es ésta: ¿de qué *mente* se sirven en su trabajo? Si usan la mente adecuada, podrán pensar aún mejor en su vida activa en medio de las máquinas. Pero una vez más, con la condición de que usen la mente adecuada."

No comprendí lo que G. quería decir por "mente adecuada" y sólo mucho más tarde llegué a comprenderlo.

—En segundo lugar, continuó él, la mecanización de que usted habla no es peligrosa en absoluto. Un hombre puede ser *un hombre* —recalcó esta palabra— aun trabajando con máquinas. Hay otra clase de mecanización muchísimo más peligrosa: ser uno mismo una máquina. ¿Nunca ha pensado usted en el hecho de que todos los

hombres son *ellos mismos* máquinas?

—Sí, dije, desde un punto de vista estrictamente científico. todos los hombres son máquinas gobernadas por influencias exteriores. Pero la cuestión está en saber si se puede aceptar totalmente el punto de vista científico.

—Científico o no científico, me da lo mismo, dijo G. Quiero que comprenda lo que digo. ¡Mire! Toda esa gente que usted ve —señaló la calle— son simplemente máquinas, nada más.

—Creo comprender lo que usted quiere decir, dije. Y a menudo he pensado cuan pocos son en el mundo los que pueden resistir a esta forma de mecanización y elegir su propio camino.

—¡Este es justamente su más grave error! dijo G. Usted cree que algo puede escoger su propio camino o resistir a la mecanización; usted cree que todo no es igualmente mecánico.

—¡Pero por supuesto que no! exclamé yo. El arte, la poesía, el pensamiento, son fenómenos de un orden totalmente distinto.

—Exactamente del mismo orden, dijo G. Estas actividades son exactamente tan mecánicas como todas las demás. Los hombres son máquinas, y de las máquinas no puede esperarse otra cosa que acciones mecánicas.

—Muy bien, le dije, pero ¿no hay quienes no sean máquinas?

—Puede que los haya, dijo G. Pero usted no los puede ver. Usted no los conoce. Esto es lo que quiero hacerle comprender."

No dejó de extrañarme que insistiera tanto sobre este punto. Lo que decía me parecía evidente e incontestable. Sin embargo, nunca me habían gustado las metáforas tan breves que pretenden decirlo todo. Siempre omiten *las diferencias*. Por mi parte, siempre había sostenido que lo más importante son las diferencias y que, para comprender las cosas, era necesario ante todo considerar los puntos en que difieren. De modo que me pareció extraño que G. insistiera tanto sobre una verdad que me parecía innegable, siempre y cuando no se hiciera de ella algo absoluto y se le reconocieran algunas excepciones.

—Las personas se asemejan muy poco entre sí, dije. Considero imposible meterlos a todos en el mismo saco. Hay salvajes, hay personas mecanizadas, hay intelectuales, hay genios.

—Nada más exacto, dijo G. Las personas son muy diferentes, pero usted ni conoce, ni puede ver la diferencia real entre ellas. Usted habla de diferencias que sencillamente no existen. Esto debe ser comprendido. Todas las personas que usted ve, que usted conoce, que usted puede llegar a conocer, son máquinas, verdaderas máquinas que solamente trabajan bajo la presión de influencias exteriores, como usted mismo lo ha dicho. Nacen máquinas y como máquinas mueren. ¿Qué tienen que ver con esto los salvajes y los intelectuales? Ahora mismo, en este preciso

momento, mientras hablamos, varios millones de máquinas se esfuerzan en aniquilarse unas a otras. ¿En qué difieren, entonces? ¿Dónde están los salvajes, y dónde los intelectuales? Todos son iguales...

"Pero es posible dejar de ser máquina. Es en esto en lo que usted debería pensar y no en las distintas clases de máquinas. Por supuesto que las máquinas difieren; un automóvil es una máquina, un gramófono es una máquina y un fusil es una máquina. ¿Y esto qué cambia? Es lo mismo, siempre son máquinas."

Esta conversación me recuerda otra.

—¿Qué piensa usted de la psicología moderna? le pregunté un día a G., con la intención de llegar al tema del psicoanálisis, del cual yo había desconfiado desde el primer día.

Pero G. no me permitió llegar tan lejos.

-Antes de hablar de psicología, dijo él, debemos comprender claramente de qué trata esta ciencia y de qué no trata. El verdadero objeto de la *psicología* es la gente, los hombres, los seres humanos. ¿Qué *psicología* —recalcó la palabra— puede haber cuando no se trata sino de máquinas? Para el estudio de las máquinas lo que se necesita es la mecánica y no la psicología. Por eso comenzamos por el estudio de la mecánica. El camino que lleva a la psicología es aún muy largo.

—¿Puede un hombre dejar de ser una máquina? pregunté.

—¡Ah! Esa es la pregunta, dijo G. Si usted hubiera planteado tales preguntas más a menudo, quizá nuestras conversaciones nos hubieran podido llevar a alguna parte. Sí, es posible dejar de ser una máquina, pero para esto es necesario, ante todo, *conocer la máquina*. Una máquina, una verdadera máquina, no se conoce a sí misma, y no puede conocerse. Cuando una máquina se conoce, desde ese instante ha dejado de ser una máquina; por lo menos, ya no es la misma máquina que antes. Ya comienza a ser responsable de sus acciones.

—¿Según usted, esto significa que un hombre no es responsable de sus acciones? pregunté.

—Un *hombre* —recalcó esta palabra— es responsable. Una *máquina* no es responsable."

En otra oportunidad, le pregunté a G.:

—En su opinión, ¿cuál es la mejor preparación para estudiar su método? Por ejemplo, ¿es útil estudiar lo que se llama literatura «oculta» o «mística»?"

Al decirle esto, tenía en mente en forma particular el "Tarot" y toda la literatura referente al "Tarot".

—Sí, dijo G. Se puede encontrar mucho por medio de la lectura. Por ejemplo, considere su caso: ya podría usted conocer bien las cosas, *si supiese leer*. Quiero decir: si usted hubiese comprendido todo lo que ha leído en su vida, ya tendría el

conocimiento de lo que ahora busca. Si hubiese usted comprendido todo lo que está escrito en su propio libro, ¿cuál es su título? —chapurreó en una forma completamente imposible las palabras: "Tertium Organum"<sup>[2]</sup>— yo vendría a inclinarme ante usted y a suplicarle que me enseñara. Pero *usted no* comprende, ni lo que lee, ni lo que escribe. Ni siquiera comprende lo que significa la palabra comprender. Sin embargo, la comprensión es lo esencial, y la lectura no puede ser útil sino a condición de comprender, lo que se lee. Pero desde luego que ningún libro puede dar una preparación verdadera. Por lo tanto es imposible decir cuáles libros son los mejores. Lo que un hombre conoce *bien* —acentuó la palabra "bien"— eso es una preparación para él. Si un hombre sabe bien cómo hacer café o cómo hacer bien un par de botas, entonces ya se puede hablar con él. El problema estriba en que nadie sabe nada bien. Todo se conoce no importa cómo, de una manera completamente superficial."

Este era otro de los giros inesperados que G. daba a sus explicaciones. Además de su sentido ordinario, sus palabras siempre contenían otro sentido totalmente diferente. Pero yo entreveía ya que para descifrar este sentido oculto, era necesario comenzar por captar el sentido usual y sencillo. Las palabras de G., tomadas en la forma más simple del mundo, estaban siempre llenas de sentido, pero tenían también otras significaciones. La significación más amplia y más profunda permanecía velada durante mucho tiempo.

Ha quedado grabada en mi memoria otra conversación. Le preguntaba a G. lo que debería hacer un hombre para asimilar su enseñanza.

—¿Lo que debe *hacer*? exclamó como si esta pregunta lo sorprendiera. Es incapaz de *hacer* nada. Ante todo, él debe *comprender* ciertas cosas. Tiene miles de ideas falsas y de concepciones falsas, sobre todo acerca de si mismo, y si algún día quiere adquirir algo nuevo, debe comenzar por liberarse por lo menos de algunas de ellas. De otra manera lo nuevo sería construido sobre una base falsa y el resultado sería aun peor.

—¿Cómo puede un hombre liberarse de las ideas falsas? pregunté. Dependemos de las formas de nuestra percepción. Las ideas falsas se producen debido a las formas de nuestra percepción."

G. negó con la cabeza, y dijo:

—Nuevamente habla usted de otra cosa. Usted habla de errores que provienen de las percepciones, pero no se trata de esto. Dentro de los límites de las percepciones dadas, se puede errar en mayor o menor grado. Como ya lo he dicho, la suprema ilusión del hombre es su convicción de que puede *hacer*. Toda la gente piensa que puede hacer, toda la gente quiere hacer, y su primera pregunta se refiere siempre a qué es lo que tiene que hacer. Pero a decir verdad, nadie hace nada y nadie puede hacer nada. Es lo primero que hay que comprender. *Todo sucede*. Todo lo que



sobreviene en la vida de un hombre, todo lo que se hace a través de él, todo lo que viene de él —*todo esto sucede*. Y sucede exactamente como la lluvia cae porque la temperatura se ha modificado en las regiones superiores de la atmósfera, sucede como la nieve se derrite bajo los rayos del sol, como el polvo se levanta con el viento.

"El hombre es una máquina. Todo lo que hace, todas sus acciones, todas sus palabras, sus pensamientos, sentimientos, convicciones, opiniones y hábitos son el resultado de influencias exteriores, de impresiones exteriores. Por sí mismo un hombre no puede producir un solo pensamiento, una sola acción. Todo lo que dice, hace, piensa, siente, todo esto sucede. El hombre no puede descubrir nada, no puede inventar nada. Todo sucede.

"Para establecer este hecho, para comprenderlo, para convencerse de su verdad, es necesario liberarse de miles de ilusiones sobre el hombre, sobre su ser creador, sobre su capacidad de organizar conscientemente su propia vida, etc., etc. Nada de esto existe. Todo sucede: los movimientos populares, las guerras, las revoluciones, los cambios de gobierno, todo esto sucede. Y sucede exactamente de la misma manera que todo sucede en la vida del hombre como individuo. El hombre nace, vive, muere, construye casas, escribe libros, no como él lo quiere, sino como esto sucede. Todo sucede, el hombre no ama, no odia, no desea —todo esto sucede.

"Pero ningún hombre le creerá jamás si usted le dice que él no puede hacer nada. Nada se le puede decir a la gente que le sea más desagradable ni más ofensivo. Es particularmente desagradable y ofensivo porque es la verdad y porque nadie quiere conocer la verdad.

"Si usted lo comprende, nos será más fácil hablar. Pero una cosa es captar con el intelecto que el hombre no puede hacer nada, y otra es sentirlo «con toda su masa», estar realmente convencido que es así, y no olvidarlo jamás.

"Esta cuestión de *hacer* (G. recalcó cada vez esta palabra) hace surgir además otra cuestión. A la gente le parece siempre que los otros nunca hacen nada como debiera ser, que los demás hacen todo al revés. Invariablemente cada uno piensa que podría hacerlo mejor. Ninguno comprende, ni siente la necesidad de comprender que lo que actualmente se hace de cierta manera —y sobre todo lo que ya *ha sido hecho*— no puede ni podía haber sido hecho de otra manera. ¿Ha notado usted cómo hablan todos de la guerra? Cada uno tiene su propio plan y su propia teoría. Cada uno opina que no se hace nada como debería hacerse. Sin embargo, en realidad, todo se hace de la única manera posible.

Si tan sólo una cosa pudiera hacerse diferentemente, *todo* podría llegar a ser diferente. Y entonces quizá no hubiera habido guerra.

"Trate de comprender lo que digo: todo depende de todo, todo está relacionado, no hay nada separado. Por lo tanto, todos los acontecimientos siguen el único camino que pueden tomar. Si la gente pudiera cambiar, todo podría cambiar. Pero son lo que

son y por lo tanto las cosas también son lo que son."

Esto era muy difícil de tragar.

—¿No hay nada, absolutamente nada, que pueda hacerse?  
pregunté.

—Absolutamente nada.

—¿Y *nadie* puede hacer nada?

—Eso ya es otro asunto. Para *hacer* hay que *ser*. Y ante todo hay que comprender lo que esto significa: *ser*. Si continuamos estas conversaciones, usted verá que nos servimos de un lenguaje especial y que para ser capaz de hablar entre nosotros, hay que aprender este lenguaje. No vale la pena hablar en la lengua ordinaria porque en esta lengua es imposible comprenderse. Esto le sorprende. Pero así es. Para llegar a comprender es necesario aprender otro lenguaje. En el lenguaje que habla la gente, no puede comprenderse. Usted verá más tarde por qué esto es así.

"Luego uno debe aprender a decir la verdad. Esto también le parece extraño; usted no se da cuenta que hay que aprender a decir la verdad. Le parece que bastaría desearlo o decidir hacerlo. Y yo le digo a usted que es relativamente raro que la gente diga una mentira en forma deliberada. En la mayoría de los casos creen que dicen la verdad. Y sin embargo mienten todo el tiempo, tanto cuando quieren mentir como cuando quieren decir la verdad. Mienten continuamente, se mienten a sí mismos y mienten a los demás. Como consecuencia, nadie comprende a los otros ni se comprende a sí mismo. Piénselo, ¿podría haber tantas discordias, tantos malentendidos profundos, y tanto odio hacia el punto de vista o hacia la opinión de otro, si la gente fuera capaz de comprenderse? Pero no pueden comprenderse porque no pueden dejar de mentir. Decir la verdad es la cosa más difícil del mundo; habrá que estudiar mucho y durante largo tiempo, para un día poder decir la verdad. El deseo por sí solo, no basta. *Para decir la verdad, hay que llegar a ser capaz de conocer lo que es verdad y lo que es mentira, ante todo en sí mismo. Pero esto es lo que nadie quiere saber.*"

\* \* \*

Las conversaciones con G. y el giro imprevisto que le daba a cada idea me interesaban cada día más; pero tenía que irme a San Petersburgo.

Recuerdo mí última conversación con él. Le había agradecido su consideración para conmigo, y sus explicaciones que, como ya lo había visto, habían cambiado muchas cosas para mí.

—Sin embargo, le dije, lo más importante son los *hechos*. Si pudiera ver hechos reales, auténticos, de naturaleza nueva y desconocida, solo ellos me convencerían de que estoy en el buen camino."

Seguía pensando todavía en los "milagros".

—*Habrá hechos*, me dijo G. Se lo prometo. Pero no se puede comenzar por allí."

En aquel entonces, no comprendí que quería decir, sólo lo comprendí mas tarde, cuando G., manteniendo su palabra, me puso realmente delante de "hechos". Pero esto no debía producirse sino un año y medio más tarde, en agosto de 1916.

De nuestras últimas conversaciones en Moscú, guardo todavía el recuerdo de ciertas palabras pronunciadas por G., las cuales sólo más tarde llegaron a ser inteligibles para mí. Me habló de un hombre que una vez había conocido estando con él y de sus relaciones con ciertas personas.

—Es un hombre débil, me dijo. Las personas se sirven de el, inconscientemente por supuesto. Y esto es así, porque él las *considera*. Si no las considerase, todo seria distinto, y ellas mismas serían distintas."

Me pareció extraño que un hombre no tuviera que considerar al prójimo.

—¿Que quiere usted decir con esta palabra: *considerar*? le pregunté. A la vez, lo comprendo y no lo comprendo. Esa palabra tiene significaciones muy diferentes.

—Es todo lo contrario, dijo G. Esa palabra no tiene sino una significación. Trate de pensar en ello."

Algún tiempo después, comprendí lo que G. llamaba *consideración*. Y me di cuenta del lugar enorme que ocupa en nuestra vida y de todo lo que proviene de ella. G. llamaba "consideración" a la actitud que crea una esclavitud interior, una dependencia interior. Después tuvimos muchas ocasiones de volver a hablar sobre ello.

\* \* \*

Recuerdo otra conversación sobre la guerra. Estábamos sentados en el café Philipov, en la Tverskaya. Estaba atestado de gente muy bulliciosa. La especulación y la guerra creaban una atmósfera febril y desagradable. Incluso yo había rehusado concurrir a este café. Pero G. había insistido, y como siempre ocurría con él, yo había cedido. Ya para entonces había comprendido que algunas veces, deliberadamente, él creaba situaciones que harían más difícil la conversación, como si me quisiera pedir un esfuerzo adicional y un acto de sumisión a condiciones penosas e incómodas *en aras de hablar con él*.

Pero esta vez el resultado no fue muy brillante; el ruido era tal que no llegué a oír las cosas más interesantes. Al comienzo comprendí sus palabras. Pero el hilo se me escapaba poco a poco. Después de haber hecho varias tentativas por seguir lo que estaba diciendo, de lo cual sólo me llegaban palabras aisladas, finalmente dejé de escuchar y simplemente me puse a observar *cómo hablaba*.

La conversación había comenzado con mi pregunta:

—¿Pueden detenerse la guerras?"

Y G. había contestado:

—Sí, es posible."

Sin embargo, debido a nuestras conversaciones anteriores, yo creí estar seguro de que respondería: "*No, es imposible*".

—Pero todo está en la pregunta: ¿cómo?— continuó. Hay que saber mucho para comprenderlo. ¿Qué es una guerra? *La guerra es un resultado de influencias planetarias*. En alguna parte, allá arriba, dos o tres planetas se han acercado demasiado, y resulta una tensión. ¿Ha notado cómo se tensa usted cuando un hombre lo roza en una vereda estrecha? Entre los planetas se produce la misma tensión. Para ellos quizá esto no dura sino uno o dos segundos. Pero aquí, sobre la tierra, la gente comienza a matarse y continúa la matanza durante años. En todo este tiempo les parece que se odian los unos a los otros; o quizá que es su deber destrozarse por algún propósito sublime; o bien que deben defender algo o a alguien y que es muy noble hacerlo: o cualquier cosa por el estilo. Son incapaces de darse cuenta hasta qué punto son simples peones sobre un tablero de ajedrez. Se atribuyen importancia; se creen libres de ir y venir a su antojo; piensan que pueden decidir el hacer esto o aquello. Pero en realidad, todos sus movimientos, todas sus acciones, son el resultado de influencias planetarias. Por sí mismos no tienen ninguna importancia. Quien tiene el papel importante es la luna. Pero hablaremos de la luna más adelante. Basta comprender que ni el emperador Guillermo, ni los generales, ni los ministros, ni los parlamentos, tienen significación alguna, ni hacen nada. En una gran escala, todo lo que sucede está regido desde el exterior, sea por combinaciones accidentales de influencias, sea por leyes cósmicas generales."

Esto es lo que oí. Sólo mucho más tarde comprendí que en aquel entonces él había querido explicarme cómo las influencias accidentales pueden ser desviadas o transformadas en algo relativamente inofensivo. Había aquí una idea realmente interesante, que se refería a la significación esotérica de los "sacrificios". Pero en todo caso, esta idea actualmente sólo tiene valor histórico y psicológico. Lo más importante —que había dicho de manera casual, en tal forma que yo no le presté atención en el momento mismo y no me acordé sino más tarde, tratando de reconstruir la conversación— era lo que se refería a la diferencia de los tiempos para los planetas y para el hombre.

Pero, aun cuando lo recordé, por mucho tiempo no llegué a comprender la significación plena de esta idea. Más tarde se me presentó como algo fundamental.

Más o menos por esta misma época tuvimos una conversación sobre el *sol*, los *planetas* y la luna. Aunque me impresionó vivamente, he olvidado cómo comenzó. Pero me acuerdo que habiendo dibujado G. un pequeño diagrama, trataba de explicarme lo que él llamaba la "correlación de las fuerzas en los diferentes mundos". Esto se refería a lo que había dicho anteriormente de las influencias que actúan sobre la humanidad. La idea, a *grosso modo*, era la siguiente: la humanidad, o más

exactamente, *la vida orgánica sobre la tierra*, está sometida a influencias simultáneas, provenientes de fuentes variadas y de mundos diversos: influencias de los planetas, influencias de la luna, influencias del sol, influencias de las estrellas. Ellas actúan todas al mismo tiempo, pero con el predominio de una u otra según el momento. Para el hombre existe cierta posibilidad de *elegir influencias*; dicho de otra manera, pasar de una influencia a otra.

—El explicar *cómo*, requeriría un desarrollo demasiado largo, dijo G. En otra ocasión hablaremos de esto. Por el momento quisiera que comprendiera lo siguiente: es imposible liberarse de una influencia sin someterse a otra. Toda la dificultad, todo el trabajo sobre sí, consiste en elegir la influencia a la que usted se quiere someter, y en caer realmente bajo esta influencia. Con este fin, es indispensable que usted sepa prever la influencia que le será más provechosa."

Lo que me había interesado en esta conversación era que G. había hablado de los planetas y de la luna como de *seres vivientes*, que tienen una edad definida, un período de vida igualmente definido y posibilidades de desarrollo y de transición a otros planos de ser. De sus palabras resultaba que la luna no era un "planeta muerto", como se admite generalmente, sino por el contrario era un "planeta en estado naciente", un planeta en su primerísimo estado de desarrollo, que no había alcanzado aún el "*grado de inteligencia* que posee la tierra", para usar sus propios términos.

—La luna crece y se desarrolla, dijo G., y quizá, algún día, llegará al mismo grado de desarrollo que la tierra. Entonces, cerca de ella aparecerá una nueva luna y la tierra devendrá para ambas su sol. Hubo un tiempo en que el sol era como es hoy la tierra, y la tierra, como la luna actual. En tiempos más lejanos aún, el sol era una luna."

Esto atrajo inmediatamente mi atención. Nunca me había parecido nada más artificial, más sospechoso, más dogmático, que todas las teorías habituales sobre el origen de los planetas y de los sistemas solares, comenzando por la de Kant-Laplace hasta las más recientes, con todos sus cambios y añadiduras. El "gran público" considera estas teorías, o por lo menos la última que ha conocido, como científicamente comprobadas. Pero en realidad nada es menos científico, nada está menos comprobado. Por lo tanto el hecho de que el sistema de G. admitía una teoría totalmente diferente, una teoría *orgánica* originada en principios enteramente nuevos y revelando un orden universal diferente, me pareció sumamente interesante e importante.

—¿Cuál es la relación entre la inteligencia de la tierra y la del sol? le pregunté.

—La inteligencia del sol es divina, respondió G. No obstante, la tierra puede llegar a la misma altura; pero naturalmente en esto no hay nada seguro: la tierra puede morir sin haber llegado a nada.

—¿De qué depende esto?"

La respuesta de G. fue sumamente vaga.

—Hay un periodo definido, dijo, durante el cual pueden realizarse ciertas cosas. Si al final del tiempo prescrito lo debido no ha sido hecho, entonces la tierra puede perecer sin haber llegado al grado que hubiera podido alcanzar.

—¿Se conoce este plazo?

—Sí, se conoce, dijo G., pero la gente no ganaría nada con saberlo. Esto sería aún peor. Algunos lo creerían, otros no, y aun otros pedirían pruebas. Luego comenzarían a romperse la cabeza. Siempre todo termina así entre la gente."

Por la misma época, en Moscú tuvimos varias conversaciones interesantes sobre el arte. Guardaban relación con el relato que había sido leído la primera noche que vi a G.

—Por el momento, dijo él, usted no comprende todavía que los hombres pueden pertenecer a niveles muy diferentes, sin tener el menor asomo de diferencia. Así como hay diferentes niveles de arte, también hay diferentes niveles de hombres. Pero hoy usted no ve que la diferencia entre estos niveles es mucho más grande de lo que supone. Usted coloca todo sobre un mismo plano, yuxtapone las cosas más diferentes, y se imagina que los diferentes niveles le son accesibles.

"Todo lo que usted llama arte no es sino reproducción mecánica, imitación de la naturaleza —cuando no es de otros «artistas»—, simple fantasía, hasta ensayos de originalidad: todo esto no es arte para mí. El arte verdadero es completamente distinto. En ciertas obras de arte, en particular en las obras más antiguas, uno queda fuertemente impresionado por muchas cosas que no se pueden explicar, y que no se encuentran en las obras de arte modernas. Pero como uno no comprende cuál es la diferencia, la olvida muy rápido y continúa englobándolo todo bajo la misma etiqueta. Y sin embargo, la diferencia entre su arte y el arte del que yo hablo es enorme. En su arte, todo es subjetivo —la percepción que tiene el artista de tal o cual sensación, las formas en las cuales trata de expresarla, y la percepción que tienen los demás de estas formas. Frente al mismo fenómeno, un artista puede sentir de cierta manera y otro artista de manera muy diferente. La misma puesta de sol puede provocar una sensación de alegría en uno, y de tristeza en el otro. Y pueden tratar de expresar la misma percepción por medio de métodos o formas sin relación entre sí; o bien, percepciones muy diversas bajo una misma forma— de acuerdo a la enseñanza que han recibido o en oposición a ella. Los espectadores, los oyentes o los lectores percibirán, no lo que el artista quiso comunicarles, ni lo que él sintió, sino lo que las formas en que expresó sus sensaciones, les harán experimentar por asociación. Todo es subjetivo y todo es accidental, es decir, basado en asociaciones —las impresiones accidentales del artista, su «creación» (acentuó la palabra "creación") y las percepciones de los espectadores, de los oyentes, o de los lectores.

"Por el contrario, en el arte verdadero no hay nada accidental. Todo es

matemático. Todo puede ser calculado y previsto de antemano. El artista *sabe* y *comprende* el mensaje que quiere transmitir y su obra no puede producir cierta impresión en un hombre y otra totalmente diferente en otro; naturalmente, que a condición de tomar personas de un mismo nivel. Su obra producirá siempre, con certeza matemática, la misma impresión.

"Sin embargo, la misma obra de arte producirá efectos diferentes en hombres de diferentes niveles. Y jamás los de un nivel inferior sacarán tanto de ella como los de un nivel más elevado. Este es el arte verdadero, *objetivo*. Tome por ejemplo una obra científica, un libro de astronomía o de química. No puede ser comprendido de dos maneras: todo lector suficientemente preparado comprenderá lo que el autor ha querido decir y lo comprenderá precisamente en la forma en que al autor ha querido ser comprendido. Una obra de arte objetivo es exactamente similar a uno de estos libros, con la única diferencia de que ésta se dirige a la emoción del hombre y no a su cabeza.

—¿Existen en nuestros días obras de arte de este género? pregunté.

—Naturalmente que existen, respondió G. Una de ellas es la gran Esfinge de Egipto, lo mismo que ciertas obras arquitectónicas conocidas, ciertas estatuas de dioses y aún muchas otras cosas. Ciertas figuras de dioses o de héroes mitológicos pueden leerse como libros, no con el pensamiento, lo repito, sino con la emoción, siempre que ésta se halle suficientemente desarrollada. Durante nuestros viajes por el Asia Central, encontramos en el desierto, al pie del Hindu Kush, una curiosa escultura que de primera intención creímos representaba a un antiguo dios o a un demonio. Al principio no nos dio sino una impresión de extrañeza. Pero muy pronto comenzamos a *sentir* el contenido de esta figura: era un gran y complejo sistema cosmológico. Poco a poco, paso a paso, fuimos descifrando este sistema: estaba inscrito en su cuerpo, en sus piernas, en sus brazos, en su cabeza, en su cara, en sus ojos, en sus orejas y por todas partes. Nada había sido dejado al azar en esta estatua, nada estaba desprovisto de significación. Gradualmente, se aclaró para nosotros la intención de los hombres que la habían erigido. A partir de este momento pudimos sentir sus pensamientos, sus sentimientos. Entre nosotros algunos creían ver sus caras y oír sus voces. En todo caso, habíamos captado el sentido de lo que querían transmitirnos a través de miles de años, y no sólo este sentido sino todos los sentimientos y emociones conectados con él. Esto sí que era verdadero arte."

Me interesó muchísimo lo que G. había dicho sobre el arte. Su *principio* de división entre arte subjetivo y arte objetivo evocaba mucho para mí. No comprendía aún todo lo que ponía en sus palabras. Pero siempre había sentido en el arte ciertas divisiones y gradaciones que no podía llegar a definir ni a formular y que ninguna otra persona había formulado nunca. No obstante, yo sabía que estas divisiones y gradaciones existían. De tal modo que todas las discusiones sobre el arte que no las

admitieran me parecían frases huecas, sin sentido e inútiles. Gracias a las indicaciones que G. me había dado de los diferentes niveles que no llegamos a ver ni a comprender, sentía que debía existir una vía de acceso a esta misma gradación que yo había sentido, pero que no había podido definir.

En general, me asombraron muchas de las cosas dichas por G. Había allí ideas que no podía aceptar y que me parecían fantásticas, sin fundamento. Otras, por el contrario, coincidían extrañamente con lo que yo mismo había pensado, o reafirmaban los resultados a los que había llegado hacía mucho tiempo. Sobre todo, estaba interesado en la *contextura* de todo lo que él había dicho. Sentía ya que su sistema no era una marquetaría como lo son todos los sistemas filosóficos y científicos, sino un todo indivisible, del que hasta ahora yo no había visto sino algunos aspectos.

Tales eran mis pensamientos en el tren nocturno que me llevaba de Moscú a San Petersburgo. Me preguntaba si verdaderamente había encontrado lo que buscaba. ¿Era posible que G. *conociese* efectivamente lo que era indispensable conocer para pasar de las palabras o de las ideas a los actos, a los "hechos"? Aún no estaba seguro de nada y no hubiera podido formular nada con precisión. Pero tenía la íntima convicción de que ya algo había cambiado para mí y que ahora todo iba a tomar un camino diferente.



## Capítulo dos

*San Petersburgo en 1915. G. en San Petersburgo. Una conversación sobre los grupos. Alusión al trabajo "esotérico". La "prisión" y la "evasión de la prisión". ¿Cómo evadirse? ¿Quién puede ayudar y de qué manera? Primeras reuniones de San Petersburgo. Una pregunta sobre la reencarnación y la vida futura. ¿Cómo llegar a la inmortalidad? La lucha del "sí" y del "no". Cristalización sobre una base justa y cristalización sobre una base equivocada. Necesidad del sacrificio. Observaciones. Conversación con G. con motivo de una venta de tapices. Lo que G. contaba de su vida. Una pregunta sobre el saber antiguo: ¿por qué está escondido? Respuesta de G. El saber no está escondido. "Materialidad" del saber. El hombre rehúsa aun la parte del saber que se le ofrece. Una pregunta sobre la inmortalidad. Los "cuatro ojos del hombre". Ejemplo del crisol lleno de polvos metálicos. El camino del Faquir, el camino del Monje y el camino del yogui. El "cuarto camino". ¿Existen la civilización y la cultura?*

En San Petersburgo el verano transcurrió en medio del habitual trabajo literario. Estaba preparando nuevas ediciones de mis libros, corrigiendo las pruebas... Era el terrible verano de 1915, con su atmósfera más y más deprimente, de la cual no llegaba a liberarme a pesar de todos mis esfuerzos. Se estaba luchando en territorio ruso, y la guerra día a día se acercaba a nosotros. Todo comenzaba a tambalearse. Esta secreta tendencia al suicidio que ha sido tan determinante en la vida rusa, se ponía más y más en evidencia. Se jugaba una "prueba de fuerza". Los impresores hacían continuas huelgas. Mi trabajo estaba detenido. Ya no podía dudar más que la catástrofe sobrevendría antes de que yo pudiera realizar mis proyectos. Sin embargo, mis pensamientos volvían a menudo a las conversaciones de Moscú. Cuántas veces, al ponerse las cosas particularmente difíciles, me dije: "Abandonaré todo e iré a reunirme con G. en Moscú". Ante este pensamiento siempre sentía alivio.

El tiempo pasaba. Un día, ya en otoño, fui llamado al teléfono y escuché la voz de G. Había venido a San Petersburgo por algunos días. Fui en seguida a verlo, y entre conversaciones con otros visitantes, me habló tal como lo había hecho en Moscú.

En la víspera de su partida me dijo que regresaría pronto. En su segunda visita, al contarle yo acerca de cierto grupo al cual concurría en San Petersburgo y en el cual se discutían todos los tópicos posibles, desde la guerra hasta la psicología, me dijo que sería útil entrar en relación con tales grupos puesto que él se proponía emprender en San Petersburgo un trabajo análogo al que dirigía en Moscú.

Partió a Moscú, prometiendo regresar a las dos semanas. Hablé acerca de él con

algunos de mis amigos y quedamos en espera de su llegada.

Una vez más regresó sólo por algunos días y sin embargo logré presentarle a algunas personas. Con respecto a sus planes e intenciones, dijo que deseaba organizar su trabajo en una escala mayor, dando conferencias públicas, disponiendo una serie de experimentos y demostraciones, todo con el fin de atraer a su trabajo gente con una preparación más amplia y variada. Todo esto me recordó algo de lo que había oído en Moscú. Pero no comprendí claramente de qué "experimentos" y "demostraciones" hablaba; esto sólo se aclaró más tarde.

Recuerdo una conversación que tuvo lugar —como era habitual con G.— en un pequeño café en la Nevsky.

G. me habló con cierto detalle, acerca de la organización de grupos para su trabajo, y sobre el papel de éstos en dicho trabajo. Una o dos veces, usó la palabra "esotérico", la cual nunca había pronunciado antes en mi presencia. Me habría gustado saber qué quería decir con ello, pero cuando traté de interrumpirlo y preguntarle el sentido que él le daba al término "esotérico", eludió la respuesta.

—No tiene importancia; llámelo como usted quiera. Ahí no está el problema. Lo esencial es esto: «un grupo» es el comienzo de todo. Un hombre solo no puede hacer nada, no puede alcanzar nada. Un grupo realmente dirigido puede hacer mucho. Al menos, tiene una posibilidad de llegar a resultados que un hombre solo nunca podrá alcanzar.

"Usted no se da cuenta de su propia situación. Usted está en una prisión. Todo lo que puede desear, si es sensato, es escapar. Pero ¿cómo escapar? Es necesario atravesar las murallas, cavando un túnel. Un hombre solo no puede hacer nada. Pero supongamos que sean diez o veinte que trabajen por turno; ayudándose los unos a los otros, pueden acabar el túnel y escapar.

"Más aún, nadie puede escapar de la prisión sin la ayuda de aquellos *que ya han escapado*.

Sólo ellos pueden decir como es posible la evasión y hacer llegar a los cautivos las herramientas, las limas, todo lo que necesitan. Pero un prisionero *aislado* no puede encontrar a dichos hombres libres ni entrar en contacto con ellos. Una organización es necesaria. Nada se puede lograr sin una organización."

G. volvió a menudo a este ejemplo de la "prisión" y la "evasión de la prisión". A veces era el punto de partida de todo lo que él decía, y le gustaba subrayar que cada prisionero puede un día encontrar su oportunidad de evadirse, siempre y cuando sepa *darse cuenta de que está en prisión*. Mientras no comprenda esto, mientras se crea libre, ¿qué posibilidad puede tener?

Nadie puede ayudar ni liberar por la fuerza a un hombre que no quiere ser libre, que desea todo lo contrario. La liberación es posible, pero sólo como resultado de trabajos prolongados, de grandes esfuerzos y sobre todo de esfuerzos conscientes

hacia una meta definida.

Poco a poco le fui presentando a G. un mayor número de personas. Y cada vez que él venía a San Petersburgo yo organizaba en casa de amigos, o con los grupos ya existentes, charlas y conferencias en las cuales él tomaba parte.

Treinta o cuarenta personas solían asistir a estas reuniones. A partir de enero de 1916, G. vino con regularidad a San Petersburgo cada quince días; algunas veces traía a algunos de sus alumnos de Moscú.

G. tenía una manera propia de organizar estas reuniones que yo no comprendía bien. Por ejemplo, rara vez me autorizaba a precisar por adelantado una fecha fija. Por lo general, al final de una reunión nos enterábamos que G. regresaría a Moscú al día siguiente. Pero al llegar la mañana, comunicaba haber decidido quedarse hasta la noche. El día entero transcurría en los cafés donde él se encontraba con las personas que querían verlo. No era sino poco antes de la hora de nuestras reuniones habituales cuando me decía:

—¿Por qué no reunirse esta noche? Llame a aquéllos que quieran venir y dígales que estaremos en tal lugar."

Yo me precipitaba al teléfono, pero naturalmente a las siete o siete y media de la noche, todo el mundo estaba ya comprometido y no podía reunir sino a un pequeño número de personas.

Para aquellos que vivían fuera de San Petersburgo, en Tsarkoye, etc., les era casi siempre imposible reunirse con nosotros.

En aquel entonces no veía por qué G. actuaba así. No podía captar sus motivos. Pero luego comprendí claramente el principal de ellos. De ninguna manera quería G. *facilitar* el acercamiento a su enseñanza. Por el contrario, estimaba que no era sino sobreponiéndose a las dificultades accidentales o aun arbitrarias, como la gente podía aprender a valorarla.

—Nadie valora lo que obtiene sin esfuerzos, decía. Y si un hombre ya ha sentido algo, créame, se quedará todo el día al lado del teléfono, por si fuera invitado. O bien él mismo llamará, se desplazará, buscará noticias. Si un hombre espera ser llamado o si se informa de antemano con el fin de facilitarse las cosas, bien puede seguir esperando. Por cierto, para aquellos que no viven en San Petersburgo es difícil. Nada podemos hacer por ellos. Más tarde, quizás, tendremos reuniones en fechas fijas. Por ahora es imposible. Es necesario que la gente se manifieste y que nosotros podamos ver cómo valoran lo que han oído."

Todos estos puntos de vista y muchos más aún, permanecían a medias incomprensibles en ese entonces para mí.

Pero en general todo lo que decía G., ya sea en las reuniones o fuera de ellas, me interesaba cada vez más.

Durante una conferencia alguien hizo una pregunta sobre la reencarnación;

también preguntó si se podía creer en los casos de comunicación con los muertos.

—Hay varias posibilidades, dijo G. Pero es necesario comprender que el ser de un hombre, tanto en la vida como después de la muerte -si es que existe después de su muerte- puede ser de calidad muy diferente. El «hombre máquina», para quien todo depende de influencias exteriores, a quien todo le sucede, que ahora es cierto hombre, y otro al momento siguiente, y más tarde un tercero, no tiene porvenir de ninguna clase; está enterrado y eso es todo. *No es sino polvo y al polvo volverá.* Estas palabras se aplican a él. Para que pueda haber una vida futura, del orden que sea, tiene que haber cierta cristalización, cierta fusión de cualidades interiores del hombre; tiene que haber cierta autonomía en relación a las influencias exteriores. Si hay en un hombre algo que puede resistir a las influencias exteriores, entonces esta misma cosa podrá resistir a la muerte del cuerpo físico. Pero yo les pregunto: ¿Qué es lo que podría resistir a la muerte del cuerpo físico en un hombre que se desmaya cuando se corta el dedo meñique? Si algo hay en un hombre, fuere lo que fuere, esto puede sobrevivir; pero si no hay nada, entonces nada puede sobrevivir.. Sin embargo, aún si este «algo» sobrevive, su porvenir puede ser diverso. En ciertos casos de cristalización completa, se puede producir después de la muerte lo que la gente llama una «reencarnación», y en otros casos lo que llama una «existencia en el más allá». En ambos casos la vida continúa en el «cuerpo astral» o con la ayuda del «cuerpo astral». Ustedes saben lo que significa esta expresión. Pero los sistemas que ustedes conocen, y que hablan del cuerpo astral, sostienen que *todos los hombres* poseen uno. Esto es totalmente falso. Lo que puede ser llamado «cuerpo astral» se obtiene por fusión, esto es, por medio de una lucha y de un trabajo interior sumamente duro. El hombre no nace con un «cuerpo astral». Y sólo muy pocos hombres lo adquieren. Si se forma, puede continuar viviendo después de la muerte del cuerpo físico, y puede volver a nacer en otro cuerpo físico.

Esto es «reencarnación». Si no vuelve a nacer, entonces, en el curso del tiempo, también muere; no es inmortal, pero puede vivir por mucho tiempo después de la muerte del cuerpo físico.

"Fusión y unidad interior se obtienen por «fricción», por la lucha en el hombre entre el «sí» y el «no». Si un hombre vive sin conflicto interior, si todo sucede en él sin que él se oponga, si va siempre con la corriente, por donde sopla el viento, entonces permanecerá tal cual es. Pero si comienza una lucha interior, y en especial si él sigue dentro de esta lucha una línea determinada, entonces gradualmente ciertos rasgos permanentes comienzan a formarse en él; empieza la «cristalización». Pero si la cristalización es posible sobre una base justa, lo es también sobre una base equivocada. Por ejemplo, el temor al pecado, o una fe fanática en una idea cualquiera, puede provocar una lucha terriblemente intensa entre el «sí» y el «no», y un hombre puede cristalizar sobre tales bases. Pero la cristalización en este caso se realizará mal,

será incompleta. En tal caso un hombre perderá toda posibilidad de desarrollo ulterior. Para que la posibilidad de un desarrollo ulterior le sea ofrecida, él deberá ser previamente «refundido», y esto no puede lograrse sino a través de sufrimientos terribles.

"La cristalización es posible sobre cualquier base. Tomen *por* ejemplo un bandolero de buena cepa, un bandolero auténtico. Yo he conocido de esos en el Cáucaso. Un bandolero tal, fusil en mano, se tenderá al borde de un camino, detrás de una roca durante ocho horas sin hacer un movimiento. ¿Podrían ustedes hacer otro tanto? Dense cuenta que una lucha se libra en él a cada instante. Tiene calor, tiene sed, las moscas lo devoran; pero no se mueve. Otro ejemplo, un monje: teme al diablo; toda la noche se golpea la cabeza contra el suelo y reza. Así se logra la cristalización. Por tales caminos las personas pueden engendrar en ellas mismas una fuerza interior enorme; pueden soportar torturas; pueden obtener todo lo que quieren. Esto significa que ahora hay en ellos algo sólido, algo permanente. Tales personas pueden llegar a ser inmortales. Pero ¿qué se ha ganado con esto? Un hombre de esta clase deviene una «cosa» inmortal —«una cosa», aunque una cierta cantidad de conciencia permanezca algunas veces en él. Sin embargo, hay que recordar que se trata aquí de casos excepcionales."

En las conversaciones que siguieron a la de esa noche, me impresionó un hecho: de todo lo que G. había dicho, nadie había comprendido la misma cosa; algunos sólo habían prestado atención a las observaciones secundarias no esenciales, y no se acordaban de nada más. Los principios fundamentales expuestos por G. habían escapado a la mayoría. Muy pocos fueron los que hicieron preguntas sobre la esencia de lo que había sido dicho. Una de estas preguntas me ha quedado en la memoria:

—Cómo puede uno provocar la lucha entre el «sí» y el «no»?

—El sacrificio es necesario, dijo G. Si nada es sacrificado, nada puede ser obtenido. Y es indispensable sacrificar lo que es precioso en el momento mismo, sacrificar mucho y sacrificar por mucho tiempo. *Sin embargo, no para siempre.* Por lo general, esto es poco comprendido —y empero nada es más importante. Los sacrificios son necesarios, pero una vez logrado el proceso de cristalización, los renunciamientos, las privaciones y los sacrificios ya no son necesarios. Un hombre puede entonces tener todo lo que quiere. Ya no hay ley para él; él es para sí mismo su propia ley."

Entre la gente que venía a nuestras reuniones se fue agrupando progresivamente un pequeño número de personas que jamás perdían una sola ocasión de escuchar a G., y que se reunían en su ausencia. Éste fue el comienzo del primer grupo de San Petersburgo.

En ese entonces, yo veía mucho a G. y comenzaba a comprenderlo mejor. Uno quedaba fuertemente impresionado por su gran simplicidad interior y por su

naturalidad, que hacía olvidar completamente que él representaba para nosotros el mundo de lo milagroso y de lo desconocido. También se sentía en él con gran fuerza, la ausencia total de toda especie de afectación o de deseo de producir una impresión. Además, se le sentía plenamente desinteresado, enteramente indiferente a las facilidades y a su comodidad, y capaz de darse sin regateos a su trabajo, cualquiera que éste fuese. Le gustaba encontrarse en compañía alegre y vivaz, organizar comidas abundantes en las que eran engullidas toneladas de bebidas y de alimentos, pero en las que él casi ni bebía ni comía. Debido a esto, muchas personas se formaron la impresión de que era un glotón, que le gustaba en general la buena vida; pero a nosotros nos parecía a menudo que a propósito él buscaba crear esta impresión. Todos habíamos comprendido para entonces que él "desempeñaba un papel".

Nuestro sentimiento de su "actuar" era excepcionalmente fuerte. A menudo nos decíamos que no lo veíamos y que jamás lo veríamos. En cualquier otro hombre tanto "actuar" hubiera producido una impresión de falsedad. En él, daba una impresión de fuerza —aunque como ya lo he mencionado, no siempre era éste el caso: sucedía a veces que el "actuar" era excesivo.

Me gustaba particularmente su sentido del humor y la completa ausencia en él de toda pretensión de "santidad" o de posesión de poderes "milagrosos", aunque, como nos convencimos más tarde, poseía el conocimiento y la capacidad para crear fenómenos desusados de orden psicológico. Pero siempre se reía de la gente que esperaba milagros de él. Los talentos de este hombre eran extraordinariamente variados; sabía todo y podía hacer todo. Me contó un día que había traído de sus viajes en el Oriente una colección de alfombras entre las cuales muchas eran duplicadas, y otras sin valor artístico particular. Por otro lado, había descubierto que el precio de las alfombras era más elevado en San Petersburgo que en Moscú, y en cada uno de sus viajes traía un buen lote.

Según otra versión, simplemente compraba sus alfombras en Moscú, en la "Tolkuchka", y las traía para venderlas en San Petersburgo.

Yo no comprendía muy bien las razones de estos manejos, pero sentía que estaban conectados con la idea del "actuar".

La venta de estas alfombras era de por sí notable. G. hacía publicar un anuncio en los periódicos, lo que hacía acudir a toda clase de gente. En tales ocasiones, se le tomaba, naturalmente, como un simple comerciante caucasiano en alfombras. Tuve la ocasión de pasar horas observándolo mientras le hablaba a la gente. Vi cómo algunas veces los tomaba por sus lados débiles.

Un día que tenía prisa, o estaba cansado de hacer de mercader de alfombras, le ofreció a una dama, visiblemente rica pero avara, que había escogido una docena de bellas piezas por las que regateaba desesperadamente, todas las alfombras que había en el cuarto, por aproximadamente una cuarta parte del precio de las que ella había

escogido. En el primer momento se mostró sorprendida, pero en seguida se puso de nuevo a regatear. G. sonrió; le dijo que reflexionaría y le daría su respuesta al día siguiente. Pero al día siguiente se había marchado ya de San Petersburgo, y la mujer no consiguió absolutamente nada.

Episodios de este género se repetían a menudo.

En su papel de comerciante en alfombras G. daba la impresión de un hombre disfrazado, de una especie de Haroun-al-Raschid o del hombre del "gorro que torna invisible" de los cuentos de hadas.

Un día que no me encontraba allí, vino a buscarlo un "ocultista" del tipo charlatán. El hombre era más o menos conocido en los círculos espiritistas de San Petersburgo; más tarde, bajo los bolcheviques, llegaría a ser promovido a la dignidad de Profesor. Comenzó por decir que había oído hablar mucho de G. y de su ciencia y que deseaba conocerlo.

Como él mismo me lo contó, G. asumió su papel de mercader de alfombras. Con su más fuerte acento caucásico y en un ruso entrecortado, se puso a convencer de su error al "ocultista", afirmando que nunca había vendido otra cosa que alfombras, e inmediatamente las desplegó para hacerle comprar algunas.

El "ocultista" se marchó sin dudar de que había sido burlado por sus amigos.

—El muy pillo seguramente no tenía ni un centavo, me contó G. De otra manera lo hubiera clavado por lo menos con un par de mis alfombras."

Solía ir un persa a reparar las alfombras. Un día, encontré a G. observando con gran atención este trabajo.

—Quisiera comprender, dijo G., cómo lo hace, y hasta ahora no lo consigo. ¿Ve usted esa aguja en forma de gancho que utiliza? Todo el secreto está ahí. He querido comprársela, pero rehúsa venderla."

Al día siguiente yo había llegado más temprano que de costumbre. G. estaba sentado en el suelo, reparando una alfombra exactamente como lo hacía el persa. Alrededor de él estaban esparcidas lanas de todos colores, y se servía del mismo tipo de gancho que yo había visto en manos del persa. Era evidente que se lo había fabricado él mismo, limando la hoja de un cortaplumas de dos céntimos, y en el transcurso de una mañana había sondeado todos los misterios de la reparación de alfombras.

Aprendí mucho de él sobre las alfombras, que representaban, según me dijo, una de las formas más arcaicas del arte. Habló de las antiguas costumbres relativas a su fabricación, aún en vigor en ciertas localidades del Asia. Toda una aldea trabaja en la misma alfombra. Todos, jóvenes y viejos, se reúnen, durante las largas veladas de invierno, en una gran casa donde se reparten en grupos, sentados o de pie, de acuerdo a un orden conocido de antemano y fijado por la tradición. Entonces cada grupo comienza su trabajo. Unos sacan de la lana las piedrecillas o las astillas de madera.

Otros la hacen más flexible con bastones. Un tercer grupo la peina. Un cuarto la hila. Un quinto la tiñe. Un sexto, o quizás el vigésimo sexto, teje la verdadera alfombra. Hombres, mujeres, niños, todos tienen su propio trabajo tradicional. Y desde el comienzo hasta el fin, el trabajo se acompaña con música y cantos. Las tejedoras, manipulando sus husos, bailan una danza especial y en su diversidad, los gestos de todos hacen como un único y mismo movimiento, siguiendo un único y mismo ritmo. Además, cada localidad tiene su propio aire musical, sus propios cantos, sus propias danzas, asociados desde un tiempo inmemorial a la fabricación de alfombras.

Mientras me hablaba, atravesó mi mente el pensamiento de que quizás el diseño y los colores de las alfombras correspondían con la música, y que eran su expresión por medio de la línea y el color; que las alfombras bien podían ser los registros de esta música, las partituras que permitirían la reproducción de melodías. Para mí no había nada de extraño en esta idea ya que a menudo llegaba a "ver" la música bajo la forma de diseños coloreados y complejos.

Por ciertas conversaciones fortuitas con G. me pude formar una idea de su vida.

Había pasado su infancia en la frontera del Asia Menor, en condiciones de existencia extrañas, arcaicas, casi bíblicas. Innumerables rebaños de carneros. Andanzas de lugar en lugar... Encuentros con pueblos extraordinarios... Su imaginación había sido particularmente impresionada por los Yesidas, los "Adoradores del Diablo", sus costumbres incomprensibles y su dependencia extraña con respecto a leyes desconocidas. Me contó por ejemplo haber observado de niño que los muchachos Yesidas eran incapaces de salir de un círculo trazado alrededor de ellos en el suelo.

Sus primeros años habían transcurrido en una atmósfera de cuento de hadas, de leyendas y de tradiciones. Alrededor de él lo "milagroso" había sido un hecho real. Predicciones que había escuchado y a las cuales los que lo rodeaban daban una fe plena, se habían realizado y le habían abierto los ojos sobre muchas otras cosas.

Desde su más tierna edad, el concierto de todas estas influencias había creado en él una inclinación hacia lo misterioso, lo incomprensible y lo mágico.

Me dijo haber viajado mucho por el Oriente cuando era todavía muy joven.

¿Qué había de cierto en estos relatos? Jamás pude precisarlo. Pero seguramente, a lo largo de sus viajes, había entrado en contacto con mil fenómenos que evocaron para él la existencia de un cierto conocimiento, de ciertos poderes, de ciertas posibilidades del hombre y había conocido personalmente gente que poseía el don de la clarividencia y otros poderes milagrosos. Poco a poco, me dijo, sus salidas de la casa natal y sus viajes comenzaron a seguir una dirección definida. Salió en busca del conocimiento y de las personas que lo poseían. Después de grandes dificultades descubrió al fin las fuentes de este conocimiento en compañía de varios camaradas que partieron también en busca de lo "milagroso".



En todas las historias que él contaba sobre sí mismo había muchos elementos contradictorios y poco creíbles. Pero ya me había dado cuenta de que no podía esperar de él nada ordinario. Él no se dejaba reducir a ninguna de nuestras medidas.

Con él no se podía estar seguro de nada. Hoy podía decir una cosa y mañana otra totalmente diferente, sin que en un sentido nunca se le pudiera acusar de contradicción; había que comprender y que descubrir el lazo que unía el todo.

Hablaba muy poco y siempre de una manera evasiva acerca de las escuelas mismas y de los lugares donde había encontrado el conocimiento que indudablemente poseía. Mencionó monasterios tibetanos, el Chitral, el Monte Athos, escuelas sufíes en Persia, en Bokhara, y en el Turquestán Oriental; también citaba derviches de diferentes órdenes que había conocido pero sin dar jamás datos precisos.

Comenzó a tomar forma un grupo permanente. Un día que estábamos con G., le pregunté: "¿Por qué se mantiene el conocimiento tan cuidadosamente en secreto? Si el antiguo conocimiento ha sido preservado y, en general, si existe un conocimiento distinto de nuestra ciencia y de nuestra filosofía, que aun llega a sobrepasarlas ¿por qué no se conviene en propiedad común? ¿Por qué sus poseedores se niegan a dejarlo entrar en la circulación general de la vida, en aras de una lucha más feliz o más decisiva contra la mentira, el mal y la ignorancia?"

Creo que esta pregunta debe surgir en toda mente que encuentre por primera vez las ideas del esoterismo.

—Hay dos respuestas, me dijo él. Primeramente, este conocimiento no se mantiene secreto; luego por su propia naturaleza le está prohibido llegar a ser jamás propiedad común. Primero examinaremos este segundo punto. Le probaré que el *conocimiento* —acentuó esta palabra— es mucho más accesible de lo que generalmente se cree para aquellos que son capaces de asimilarlo; y todo el problema estriba en que la gente o no lo quiere o no lo puede recibir.

"Pero ante todo, es necesario comprender que el conocimiento no puede pertenecer a todos, ni aun puede pertenecer a muchos. Así es la ley. Usted no la comprende porque no se da cuenta de que como toda cosa en el mundo, el conocimiento es *material*. Es material —esto significa que posee todas las características de la materialidad. Ahora bien, una de las primeras características de la materialidad implica una limitación de la materia, quiero decir que la cantidad de materia, en un lugar dado y en condiciones dadas, es siempre limitada. La misma arena del desierto y el agua del mar existen en una cantidad invariable y estrictamente medida. Por consiguiente, decir que el conocimiento es material es decir que hay una cantidad definida en un lugar y en un tiempo dado. Por tanto se puede afirmar que durante el curso de un cierto período, digamos un siglo, la humanidad dispone de una cantidad definida de conocimiento. Pero sabemos, por una observación elemental de la vida misma, que la *materia del conocimiento* posee cualidades enteramente

diferentes según que ésta sea absorbida en pequeña o gran cantidad. Tomada en gran cantidad en un lugar dado —por un hombre, por ejemplo, o por un grupo pequeño de hombres— produce resultados muy buenos; tomada en pequeña cantidad por cada uno de los individuos que componen una gran masa de hombres, no da ningún resultado, salvo algunas veces resultados negativos, contrarios a los que se esperan. Entonces, si una cantidad definida de conocimiento llega a distribuirse entre millones de hombres, cada individuo recibirá muy poco y esta pequeña dosis de conocimiento no podrá cambiar nada ni en su vida ni en su comprensión de las cosas. Cualquiera que sea el número de aquellos que absorbiesen esta pequeña dosis, el efecto sobre su vida será nulo salvo quizá que ésta se haga aún más difícil.

"Pero si por el contrario un pequeño número pudiera concentrar grandes cantidades de conocimiento, entonces éste dará resultados muy grandes. Desde este punto de vista es mucho más ventajoso que el conocimiento sea preservado por un pequeño número y no difundido entre las masas.

"Si para dorar objetos, tomamos una cierta cantidad de oro, debemos conocer el número exacto de objetos que esta nos permitirá dorar. Si tratamos de dorar un gran número, se dorarán desigualmente, por partes, y se verán mucho peor que si no tuvieran ningún oro; de hecho, habremos derrochado nuestro oro.

"La distribución del conocimiento se basa sobre un principio rigurosamente análogo. Si hubiera que dar el conocimiento a todo el mundo nadie recibiría nada. Si está reservado a un pequeño número, cada uno recibirá, no solamente para guardar lo que reciba sino para incrementarlo.

"A primera vista, esta teoría parece muy injusta porque la situación de aquellos a quienes, en alguna forma, se les niega el conocimiento para que otros puedan recibir algo más, parece muy triste, inmerecida y más cruel de lo que debería ser. Sin embargo, la realidad es totalmente diferente; en la distribución del conocimiento no hay ni sombra de injusticia.

"Es un hecho que la gran mayoría de la gente ignora el deseo de conocer; rehúsa su cuota de conocimiento y descuidan aun tomar en la distribución general la porción que les está destinada para las necesidades de su vida. Esto se hace particularmente evidente en períodos de locura colectiva, de guerras y de revoluciones, cuando los hombres parecen perder súbitamente hasta ese pequeño grano de sentido común que tenían de ordinario, y convertidos en perfectos autómatas, se entregan a matanzas gigantescas, como si ya no tuvieran instinto de conservación. Es así como grandes cantidades de conocimiento, de cierta manera permanecen sin reclamar, y pueden ser distribuidas a los que saben apreciar su valor.

"No hay nada de injusto en todo esto, porque aquellos que reciben el conocimiento no toman algo que pertenece a otros, no privan a nadie de nada; toman solamente lo que los otros han rechazado como inútil y que, en todo caso, se perdería

si no fuera tomado.

"La acumulación del conocimiento por los unos depende del rechazo del conocimiento por los otros.

"En la vida de la humanidad hay períodos que coinciden generalmente con el comienzo de la declinación de las civilizaciones, cuando las masas pierden irremediamente la razón y se ponen a destruir todo lo que ha sido creado en siglos y milenios de cultura. Tales períodos de locura, a menudo concordantes con cataclismos geológicos, con perturbaciones climáticas y otros fenómenos de carácter planetario, liberan gran cantidad de esta materia del conocimiento. Se hace entonces necesario un trabajo de recuperación sin el cual ésta se perdería. Es así como el trabajo de recolectar la materia esparcida del conocimiento coincide frecuentemente con la declinación y la ruina de las civilizaciones.

"Este aspecto de la cuestión es claro. Las masas no se preocupan del conocimiento, no lo quieren, y sus jefes políticos, en su propio interés, no trabajan sino para reforzar la aversión y el temor que ellas tienen a todo lo que es nuevo y desconocido. El estado de esclavitud de la humanidad está basado en este temor. Es hasta difícil imaginar todo el horror de esto. Pero la gente no comprende el valor de lo que pierde de esta manera. Y para captar la causa de tal estado, basta con observar cómo vive la gente, lo que constituye sus razones para vivir, el objeto de sus pasiones o de sus aspiraciones, en qué piensan, de qué hablan, a qué sirven y qué adoran. Vean a dónde va el dinero de la sociedad culta de nuestra época; dejando de lado la guerra, consideren aquello por lo que se paga los más altos precios, a dónde van las muchedumbres más densas. Si se reflexiona un instante acerca de este despilfarro, entonces se hace claro que la humanidad, tal cual es ahora, con los intereses de los cuales vive, no puede esperar otra cosa que lo que tiene. Pero, como ya lo he dicho, nada de esto se puede cambiar. ¡Imagínese que no haya disponible sino media libra de conocimiento por año para toda la humanidad! Si este conocimiento se difunde entre las masas, cada uno recibirá tan poco que seguirá siendo el mismo tonto de antes. Pero, por el hecho de que tan sólo algunos hombres desean este conocimiento, aquellos que lo piden podrán recibir, por así decirlo, un grano de él, y adquirir la posibilidad de llegar a ser más inteligentes. No todos podrían llegar a ser inteligentes aunque lo desearan. Y si llegaran a ser inteligentes, esto no serviría de nada, pues existe un equilibrio general que no puede ser trastocado.

"He aquí un aspecto. El otro, como ya lo he dicho, se refiere al hecho de que nadie oculta nada; no hay el menor misterio. Pero la adquisición o la transmisión del verdadero conocimiento exige una gran labor y grandes esfuerzos, tanto de parte del que recibe como del que da. Y aquellos que poseen este conocimiento hacen todo lo que pueden para transmitirlo y comunicarlo al mayor número posible de hombres, para facilitarles su acercamiento y tornarlos capaces de prepararse para recibir la

verdad. Pero el conocimiento no puede ser impuesto por la fuerza a aquellos que no lo quieren, y como acabamos de ver, el examen imparcial de la vida del hombre medio, de sus intereses, de lo que llena sus días, demostrará al instante que es imposible acusar a los hombres poseedores del conocimiento de que lo ocultan, de que no quieren transmitirlo o de que no desean enseñar a los otros lo que ellos mismos saben.

"Quien desee el conocimiento debe hacer por sí mismo los primeros esfuerzos para encontrar la fuente, para aproximarse a ella, ayudándose con las indicaciones dadas a todos, pero que la gente, por regla general, no desea ver ni reconocer. El conocimiento no puede llegar gratuitamente a los hombres, sin esfuerzos de su parte. Ellos comprenden esto muy bien cuando sólo se trata de conocimientos ordinarios, pero en el caso del *gran conocimiento*, si es que admiten la posibilidad de su existencia, consideran que es posible esperar algo diferente. Todo el mundo sabe muy bien, por ejemplo, que un hombre tendrá que trabajar intensamente durante varios años si quiere aprender el chino; nadie ignora que para poder captar los principios de la medicina son indispensables cinco años de estudios, y quizás el doble para el estudio de la música o la pintura. Sin embargo, algunas teorías afirman que el conocimiento puede llegarle a la gente sin esfuerzos de su parte, que puede ser adquirido *aun en el sueño*. El mero hecho de la existencia de tales teorías constituye una explicación adicional del hecho de que el conocimiento no puede llegar a la gente. Sin embargo, no es menos esencial comprender que los esfuerzos *independientes* de un hombre por alcanzar lo que fuese en esta dirección, por sí mismos, no pueden dar ningún resultado. Un hombre no puede alcanzar el conocimiento sino con la ayuda de aquellos que lo poseen. Esto debe ser comprendido desde el comienzo mismo. *Hay que aprender de los que saben.*"

En una de las reuniones siguientes, en respuesta a una pregunta sobre la inmortalidad, G. desarrolló algunas de las ideas que había dado antes sobre la reencarnación y la vida futura.

Al comienzo de la reunión, alguien había preguntado:

—¿Se puede decir que el hombre posee la inmortalidad?

—La inmortalidad, dijo G., es una de esas cualidades que el hombre se atribuye sin tener una comprensión suficiente de lo que quiere decir. Otras cualidades de este género son la «individualidad», en el sentido de una unidad interior, el «Yo permanente e inmutable», la «conciencia» y la «voluntad». Todas estas cualidades *pueden* pertenecer al hombre —puso acento sobre la palabra "pueden" —pero por cierto que esto no significa que le pertenecen ya *efectivamente* o que pueden pertenecer a cualquiera.

"Para comprender *qué es* el hombre hoy en día, es decir al nivel actual de su desarrollo, es indispensable poder representarse hasta un cierto punto lo que puede

ser, es decir lo que puede alcanzar. Porque es sólo en la medida en que un hombre llega a comprender la secuencia correcta de su posible desarrollo como puede dejar de atribuirse lo que todavía no posee, y que no podrá alcanzar, quizás, sino tras grandes esfuerzos y grandes labores.

"Según una antigua enseñanza, de la que subsisten trazas en numerosos sistemas de ayer y de hoy, cuando un hombre alcanza el desarrollo más completo que en general le es posible, *se compone de cuatro cuerpos*. Estos cuatro cuerpos están constituidos por sustancias que se hacen cada vez más y más finas, interpenetrándose y formando cuatro organismos que tienen entre sí una relación bien definida sin dejar de ser independientes, y que son capaces de actuar independientemente.

"Lo que permite la existencia de cuatro cuerpos es que el organismo humano, es decir el cuerpo físico, tiene una organización tan compleja que, bajo ciertas condiciones, se puede desarrollar en él un organismo nuevo e independiente que ofrezca a la actividad de la conciencia un instrumento mucho más adecuado y más sensible que el cuerpo físico. La conciencia que se manifiesta en este nuevo cuerpo es capaz de gobernarlo, y tiene pleno poder y pleno control sobre el cuerpo físico. Bajo ciertas condiciones en este segundo cuerpo se puede formar un tercero que tiene también sus características propias. La conciencia manifestada en este tercer cuerpo tiene pleno poder y pleno control sobre los dos primeros; y el tercer cuerpo puede adquirir conocimientos inaccesibles tanto al segundo como al primero. En el tercer cuerpo, bajo ciertas condiciones puede crecer un cuarto, que difiere tanto del tercero como éste del segundo, y el segundo del primero. La conciencia que se manifiesta en el cuarto cuerpo tiene completo control sobre su propio cuerpo y sobre los tres primeros.

"Estos cuatro cuerpos son definidos por las diversas enseñanzas de diferentes maneras."

G. dibujó el cuadro reproducido en la figura 1, y dijo:

—Según la terminología cristiana, el primero es el cuerpo físico, el cuerpo «carnal»; el segundo es el cuerpo «natural», el tercero es el cuerpo «espiritual», y el cuarto, según la terminología del *Cristianismo esotérico*, es el «cuerpo divino».

"Según la terminología teosófica, el primero es el cuerpo físico, el segundo es el «cuerpo astral», el tercero es el «cuerpo mental» y el cuarto es el «cuerpo causal.»<sup>[3]</sup>

1º CUERPO	2º CUERPO	3º CUERPO	4º CUERPO
Cuerpo carnal	Cuerpo natural	Cuerpo espiritual	Cuerpo divino
"Carruaje" (cuerpo)	"Caballo" (sentimientos, deseos)	"Cochero" (pensamiento)	(Yo, conciencia, voluntad)
Cuerpo físico	Cuerpo astral	Cuerpo mental	Cuerpo causal

Fig.1

"En el lenguaje lleno de imágenes de ciertas enseñanzas orientales, el primero es el *carruaje* (cuerpo), el segundo es el *caballo* (sentimientos, deseos), el tercero es el *cochero* (el pensar), y el cuarto es el *Amo* (Yo, conciencia, voluntad).

"Se encuentran paralelos o comparaciones de este género en la mayoría de los sistemas que reconocen algo más en el hombre que el cuerpo físico. Pero casi todos estos sistemas, aun cuando repiten bajo una forma más o menos familiar las definiciones y las divisiones de la antigua enseñanza, han olvidado u omitido su característica más importante, a saber que el hombre no nace con los cuerpos sutiles, y que éstos requieren ser cultivados artificialmente, lo que es posible sólo bajo ciertas condiciones favorables exteriores e interiores.

"El «cuerpo astral» no es indispensable para el hombre. Es un gran lujo que no está al alcance de todos. El hombre puede muy bien vivir sin el cuerpo astral. Su cuerpo físico posee todas las funciones necesarias para la vida. Un hombre sin cuerpo astral puede aun producir la impresión de ser muy intelectual, hasta muy *espiritual*, y engañar así no solamente a los otros, sino a sí mismo.

"Esto, naturalmente, es aún mas cierto para el «cuerpo mental» y para el cuarto cuerpo. El hombre ordinario no posee estos cuerpos ni las funciones que les corresponden. Pero a menudo, él cree y llega a hacer creer a los demás, que los posee. Las razones de este error son en primer lugar el hecho de que el cuerpo físico trabaja con las mismas substancias con las que se constituyen los cuerpos superiores, pero estas substancias no se cristalizan en él, no le pertenecen; y en segundo lugar, el hecho de que todas las funciones del cuerpo físico son análogas a las de los cuerpos superiores, aunque naturalmente difieren mucho. Entre las funciones de un hombre que no posee sino su cuerpo físico, y las funciones de los *cuatro cuerpos*, la diferencia principal es que en el primer caso, las funciones del *cuerpo físico* gobiernan todas las otras; en otros términos, todo está gobernado por el cuerpo, que es, a su vez, gobernado por las influencias exteriores. En el segundo caso, el mando o el control emana del cuerpo superior.

"Las funciones del cuerpo físico pueden ponerse en paralelo con las funciones de los cuatro cuerpos."

G. dibujó otro cuadro (figura 2) que representaba las funciones paralelas de un hombre de cuerpo físico y un hombre de cuatro cuerpos.

=====

<b>Autómata</b> que trabaja bajo la presión de influencias	<b>Deseos</b> producidos por este	<b>Pensamientos</b> que resultan de los	<b>"Voluntades"</b> múltiples y contradictorias
---	---	---	---

influencias exteriores.	automatismo.	deseos.	deseos.
<b>Cuerpo</b>	<b>Poderes</b>	<b>Funciones</b>	<b>Yo</b>
que obedece a los deseos o a las emociones sometidos a la inteligencia.	emocionales y deseos que obedecen al pensamiento inteligente.	del pensar obedecen a la conciencia y a la voluntad.	ego conciencia voluntad.
=====			

Fig.2

—En el primer caso, dijo G., es decir, en el caso de las funciones de un hombre de cuerpo físico solamente, el autómeta depende de las influencias exteriores, y las otras tres funciones dependen del cuerpo físico y de las influencias exteriores que éste recibe. Los deseos o las aversiones —«yo deseo», «yo no deseo», «me gusta», «no me gusta»— es decir, las funciones que ocupan el lugar del segundo cuerpo, dependen de choques y de influencias accidentales. El pensar, que corresponde a las funciones del tercer cuerpo, es un proceso enteramente automático. En el hombre mecánico, falta la voluntad; no hay más que deseos, y lo que se llama su fuerte o su débil voluntad no es sino la mayor o menor *permanencia* de sus deseos, de sus ganas.

"En el segundo caso, es decir en el caso de un hombre en posesión de cuatro cuerpos, el automatismo del cuerpo físico depende de la influencia de los otros cuerpos. En lugar de la actividad discordante y a menudo contradictoria de los diferentes deseos, hay un solo Yo, entero, indivisible y permanente; hay una *individualidad* que domina al cuerpo físico y sus deseos y que puede sobreponerse a sus repugnancias y a sus resistencias. En lugar de un pensar mecánico está la *conciencia*. Y hay la voluntad, es decir un poder, ya no simplemente compuesto de deseos variados que pertenecen a los diferentes «yoes», y que son muy a menudo contradictorios, sino un poder nacido de la conciencia y gobernado por la individualidad o un Yo único y permanente. Sólo esta voluntad puede llamarse «libre», porque es independiente del accidente y ya no puede más ser alterada ni dirigida desde afuera.

"Una enseñanza oriental describe las funciones de los cuatro cuerpos, su crecimiento gradual y las condiciones de este crecimiento, de la siguiente manera:

"Imaginemos un vaso o un crisol lleno de diversos polvos metálicos. Entre estos polvos que están en contacto uno con otro, no existen relaciones definidas. Cada cambio accidental de la posición del crisol modifica la posición relativa de los polvos. Si se sacude el crisol o si se le golpea con el dedo, el polvo que se encontraba arriba puede aparecer al fondo, en medio o inversamente. No hay nada permanente en

la situación respectiva de estos polvos y en tales condiciones no puede haber nada permanente. Esta es una imagen fiel de nuestra vida psíquica. A cada momento nuevas influencias pueden modificar la posición de los granos que se encuentran arriba, y poner en su lugar otros granos de naturaleza absolutamente opuesta. La ciencia llama a este estado relativo de los polvos, el estado de mezcla mecánica. La característica fundamental de las relaciones mutuas en este estado de mezcla es su versatilidad y su inestabilidad.

"Es imposible estabilizar las relaciones mutuas de los polvos que se encuentran en un estado de mezcla mecánica. Pero ellos pueden ser fundidos; su naturaleza metálica hace posible la operación. Con este fin se puede encender un fuego especial bajo el crisol; al calentarlos y derretirlos los hará fusionar. Así fusionados, los polvos se encuentran en el estado de un compuesto químico. Desde luego, no pueden ser agitados tan fácilmente como en su estado de mezcla mecánica en el que era suficiente un pequeño golpe para separarlos y hacerlos cambiar de lugar. Ahora lo que contenía el crisol ha llegado a ser indivisible, «individual». Es una imagen de la formación del segundo cuerpo. El fuego, gracias al cual se ha obtenido la fusión, es el producto de una «fricción» que es a su vez el producto de la lucha en el hombre entre el «sí» y el «no». Si un hombre no resiste jamás a algunos de sus deseos, si está en connivencia con ellos, si los favorece, si aun los alienta, no tendrá jamás un conflicto interior en él, nunca tendrá «fricción» y por lo tanto no habrá fuego. Pero si para alcanzar una meta definida combate los deseos que se atraviesan en su camino, crea de esta manera un fuego que transformará gradualmente su mundo interior en un Todo.

"Volvamos a nuestro ejemplo. El compuesto químico obtenido por fusión posee ciertas cualidades, cierto peso específico, cierta conductibilidad eléctrica, y así sucesivamente. Estas cualidades constituyen las características de la substancia en cuestión. Pero si se la trabaja de cierta manera, el número de sus características puede ser acrecentado, es decir que se le puede dar a la aleación propiedades nuevas que no le pertenecían primitivamente. Será posible imantarla, volverla radioactiva, etc.

"El proceso por el cual se pueden comunicar nuevas propiedades a la aleación corresponde al proceso de la formación del tercer cuerpo, así como a la adquisición de un nuevo conocimiento y nuevos poderes con la ayuda del tercer cuerpo.

"Cuando el tercer cuerpo ha sido formado y cuando ha adquirido todas las propiedades, poderes y conocimientos que le son accesibles, queda aún el problema de fijarlos; todas estas propiedades nuevas, que le han sido comunicadas por cierta clase de influencias, pueden de hecho serle quitadas tanto por las mismas influencias como por otras. Pero, por un trabajo especial que los tres cuerpos tienen que hacer juntos, los caracteres adquiridos pueden ser convertidos en propiedad permanente e inalterable del tercer cuerpo.



"El proceso de fijación de estos caracteres adquiridos corresponde al proceso de formación del cuarto cuerpo.

"Y en verdad, ningún hombre tiene derecho de ser llamado un Hombre, en el pleno sentido de la palabra, hasta que sus cuatro cuerpos no se hayan desarrollado totalmente. Por eso, el hombre verdadero posee numerosas propiedades que el hombre ordinario no tiene. *Una de estas propiedades es la inmortalidad.* Todas las religiones, todas las antiguas enseñanzas aportan la idea de que al adquirir el cuarto cuerpo, el hombre adquiere la inmortalidad; y todas indican caminos que llevan a la adquisición del cuarto cuerpo, es decir, a la conquista de la inmortalidad.

"En este sentido, algunas enseñanzas comparan al hombre con una casa de cuatro habitaciones. El hombre vive en la más pequeña y miserable de todas, y hasta que le sea dicho, no tiene la menor sospecha de la existencia de las otras tres, llenas de tesoros. Cuando oye hablar de ellas, comienza a buscar las llaves de estas habitaciones, especialmente de la cuarta, la más importante de todas. Y cuando un hombre ha encontrado el medio de penetrar en ella se convierte realmente en el amo de la casa, porque es solamente entonces que la casa le pertenece plenamente y para siempre.

"La cuarta habitación le da al hombre la inmortalidad hacia la cual todas las enseñanzas religiosas se esfuerzan en mostrarle el camino. Hay un gran número de caminos, más o menos largos. más o menos duros; pero todos, sin excepción, conducen o se esfuerzan por conducir hacia una misma dirección, que es la de la *inmortalidad.*"

En la reunión siguiente, G. prosiguió:

—Dije la última vez que la *inmortalidad* no es una propiedad con la que nace el hombre, pero que ella puede ser adquirida. Todos los caminos que conducen a la inmortalidad —los que son generalmente conocidos y los otros— pueden dividirse en tres categorías:

1. *El camino del faquir.*
2. *El camino del monje.*
3. *El camino del yogui.*

"El camino del faquir es el de la lucha con el cuerpo físico. es el camino del trabajo sobre la primera habitación. Es largo. difícil y dudoso. El faquir se esfuerza en desarrollar la voluntad física, el poder sobre el cuerpo. Lo obtiene mediante terribles sufrimientos, torturando al cuerpo. Todo el camino del faquir está hecho de ejercicios físicos increíblemente penosos. Se mantiene de pie, en la misma posición, sin movimiento alguno, durante horas, días, meses o años; o bien, sentado sobre una piedra desnuda, bajo el sol, bajo la lluvia, bajo la nieve, mantiene los brazos

extendidos o bien se tortura con fuego o con un hormiguero en el que pone sus piernas desnudas, y así sucesivamente. Si no se enferma o no muere, se desarrolla en él lo que puede llamarse la voluntad física y obtiene entonces la cuarta habitación, es decir, la posibilidad de formar el cuarto cuerpo. Pero sus otras funciones — emocionales, intelectuales— permanecen sin desarrollar. Ha conquistado la voluntad, pero no tiene nada en qué poderla aplicar, no puede hacer uso de ella para adquirir el conocimiento o perfeccionarse a sí mismo. Por lo general está demasiado viejo para iniciar un trabajo nuevo.

"Pero ahí donde hay escuelas de faquires, también hay escuelas de yoguis. Por lo general los yoguis no pierden de vista a los faquires y si un faquir obtiene lo que anhela antes de ser demasiado viejo lo llevan a una de sus escuelas para curarlo; restablecen en él su poder de movimiento, después de lo cual comienzan a enseñarle. Un faquir tiene que volver a aprender a hablar y a caminar como si fuera un niño. Pero ahora tiene una voluntad que ha superado dificultades increíbles y ésta podrá ayudarlo a vencer las dificultades que todavía lo esperan en la segunda parte de su camino, en la que se tratará de desarrollar las funciones intelectuales y emocionales.

"Ustedes no se pueden imaginar las pruebas a las que se someten los faquires. Yo no sé si ustedes han visto a los verdaderos faquires. Por mi parte he encontrado muchos; me acuerdo de uno de ellos que vivía en el patio interior de un templo de la India; hasta he dormido a su lado. Día y noche, durante veinte años, se había mantenido sobre la punta de los dedos de las manos y de los pies. Ya no podía enderezarse ni desplazarse, sus discípulos lo transportaban y lo llevaban al río, donde lo lavaban como a un objeto. Pero resultados de esta clase no se obtienen en un día. Piensen en todo lo que ha tenido que sobrellevar, en las torturas que ha debido sufrir para alcanzar este grado.

"Y un hombre no se convierte en faquir debido a sentimientos religiosos o porque comprende las posibilidades y los resultados de este camino. En todos los países del Oriente donde existen faquires, la gente del pueblo tiene la costumbre de prometer a los faquires el niño nacido después de algún acontecimiento feliz. También se da el caso de que los faquires adopten huérfanos o le compren sus niños a los indígenas. Éstos se convierten en sus alumnos y los imitan, ya sea de buen grado o constreñidos a hacerlo; algunos lo hacen sólo en apariencia, pero hay otros que se convierten realmente en faquires.

"Además, otros siguen este camino simplemente por haber sido fuertemente impresionados al ver a algún faquir. Cerca de todos los faquires que se pueden ver en los templos, se encuentra gente que los imita, sentados o de pie, en la misma postura. Naturalmente que no lo hacen por mucho tiempo, pero algunas veces durante largas horas. Y sucede también que un hombre que ha entrado accidentalmente en un templo, en un día de fiesta, después de haber comenzado por imitar a algún faquir que

lo había impresionado, no regresa más a su hogar, sino que se une a la multitud de discípulos; más tarde él mismo llegará a ser faquir. Ustedes deben comprender que en estos casos yo no le doy a la palabra faquir su sentido propio. En Persia el término faquir significa simplemente un mendigo; en la India, los juglares, los saltimbanquis, a menudo se denominan ellos mismos faquires. Y los europeos, especialmente los europeos cultos, le dan a menudo el nombre de faquir a los *yoguis*, lo mismo que a los *monjes* errantes de diversas órdenes.

"Pero en realidad, el camino del faquir, el camino del monje y el camino del yogui, son enteramente diferentes. Hasta ahora no he hablado sino de los faquires. Es el primer camino.

"El segundo es el del monje. Es el camino de la fe, del sentimiento religioso y de los sacrificios. Un hombre que no tuviera muy fuertes emociones religiosas y una imaginación religiosa muy intensa, no podría llegar a ser un «monje» en el verdadero sentido de la palabra. El camino del monje es también muy duro y muy largo. El monje pasa años y decenas de años luchando contra sí mismo; pero todo su trabajo está concentrado sobre la segunda habitación, sobre el segundo cuerpo, es decir, sobre los *sentimientos*. Sometiendo todas sus otras emociones a una sola, que es la fe, desarrolla en sí mismo la *unidad*, la voluntad sobre las emociones, y por este camino alcanza la cuarta habitación. Pero su cuerpo físico y sus capacidades intelectuales pueden quedarse sin desarrollo. Para poder servirse de lo que él habrá obtenido, tendrá que cultivarse física e intelectualmente. Esto no se podrá realizar sino por medio de nuevos sacrificios, de nuevas austeridades, de nuevos renunciamientos. *Un monje tiene que llegar a ser un yogui y un faquir*. Son muy escasos los que llegan tan lejos; más escasos aún los que llegan a triunfar sobre todas las dificultades. La mayoría muere antes de arribar a esto o no llega a ser «monjes» sino en apariencia.

"El tercer camino es el del yogui. Es el camino del conocimiento, el camino del intelecto. El yogui trabaja sobre «la tercera habitación» para llegar a penetrar en la cuarta por medio de sus esfuerzos intelectuales. El yogui llega a alcanzar «la cuarta habitación» al desarrollar su intelecto, pero su cuerpo y sus emociones quedan sin desarrollarse y, como el faquir y el monje, es incapaz de sacar partido de su victoria. Lo sabe todo pero no puede hacer nada. Para ser capaz de hacer debe conquistar el dominio sobre su cuerpo, sobre sus emociones, es decir sobre la primera y la segunda habitación. Para lograr esto, le es necesario comenzar a trabajar de nuevo, y no obtendrá resultados sin esfuerzos prolongados. En este caso, sin embargo, él tiene la ventaja de comprender su posición, de conocer lo que le falta, lo que debe hacer, y la dirección que debe seguir. Pero, así como en el camino del faquir o del monje, también en el del yogui son muy escasos los que adquieren tal conocimiento, es decir, obtienen el nivel en el que un hombre puede saber a dónde va. La mayoría se detiene en un cierto grado de desarrollo y no va más lejos.

"Los caminos también difieren mucho los unos de los otros en relación al maestro, o al guía espiritual.

"En el camino del faquir un hombre no tiene maestro en el verdadero sentido de la palabra. En este caso, el maestro no enseña, simplemente sirve de ejemplo. El trabajo del alumno se limita a imitar al maestro.

"El hombre que sigue el camino del monje tiene un maestro y parte de sus deberes, parte de su tarea, consiste en tener una fe absoluta en él, en someterse por completo a su maestro, *en obedecer*. Pero lo esencial en el camino del monje es la fe en Dios, el amor a Dios, los esfuerzos ininterrumpidos para obedecer a Dios y servirlo, aunque en su comprensión de la idea de Dios y del servicio de Dios, pueda haber una gran parte de subjetividad y muchas contradicciones.

"En el camino del yogui no hay que hacer nada, y no se debe hacer nada, sin un maestro. El hombre que emprende este camino, al comienzo debe imitar a su maestro como el faquir y creer en él como el monje. Pero después, paulatinamente, llega a ser su propio maestro, aprende los métodos de su maestro y gradualmente se ejercita en aplicárselos a sí mismo.

"Pero todos los caminos, tanto el del faquir como el del monje y el del yogui, tienen un punto en común. Todos comienzan por lo que es más difícil, un cambio total de vida, un renunciamiento a todo lo que es de este mundo. Un hombre que tiene un hogar, una familia, debe abandonarlos, debe renunciar a todos los placeres, apegos y deberes de la vida, y partir al desierto, entrar en un monasterio o en una escuela de yoguis. Desde el primer día, desde el primer paso sobre el camino, debe morir para el mundo; sólo así puede esperar obtener algo en uno de estos caminos.

"Para captar la esencia de esta enseñanza es indispensable darse cuenta cabal de que los caminos son los *únicos* métodos capaces de asegurar el desarrollo de las posibilidades ocultas del hombre. Además muestra cuán raro y difícil es un desarrollo de esta clase. El desarrollo de estas posibilidades no es una ley. La ley para el hombre es una existencia dentro del círculo de las influencias mecánicas, es el estado del «hombre-máquina». El camino del desarrollo de las posibilidades ocultas es un camino *contra la naturaleza, contra Dios*. Esto explica las dificultades y el carácter exclusivo de los caminos. Son estrictos y estrechos. Sin embargo, nada se puede alcanzar sin ellos. En el océano de la vida ordinaria, y especialmente de la vida moderna, los caminos aparecen sólo como un fenómeno minúsculo, apenas perceptible, que desde el punto de vista de esta vida no tiene la menor razón de ser. Pero este fenómeno minúsculo contiene en sí mismo *todo* cuanto el hombre dispone para el desarrollo de sus posibilidades ocultas. Los caminos se oponen a la vida de todos los días que está basada en otros principios y sometida a otras leyes. He aquí el secreto de su poder y de su significación. En una vida ordinaria, aunque esté llena de intereses filosóficos, científicos, religiosos o sociales, no hay nada y *no puede haber*

*nada en ella* que ofrezca las posibilidades contenidas en los caminos. Porque éstos llevan al hombre o pueden llevarlo a la inmortalidad. La vida mundana, aun la más exitosa, lleva a la muerte y no puede llevar a ninguna otra cosa. La idea de los caminos no puede ser comprendida si se admite la posibilidad de la evolución del hombre sin su ayuda.

"Por regla general, es duro para un hombre resignarse a esta idea; le parece exagerada, injusta y absurda. Tiene una comprensión pobre del sentido de la palabra «posibilidad». Se imagina que si tiene algunas posibilidades en sí mismo, éstas tendrán que desarrollarse y que por cierto los medios de desarrollo están a su alcance. Partiendo de un total rechazo a reconocer en sí mismo cualquier clase de posibilidad, por lo general el hombre pasa súbitamente a la imperiosa exigencia de su desarrollo inevitable. Para él es difícil adaptarse a la idea de que sus posibilidades no sólo pueden permanecer en su estado actual de infra-desarrollo, sino aun atrofiarse definitivamente, y que por lo tanto su desarrollo reclama de él prodigiosos y perseverantes esfuerzos. De una manera general, si consideramos a las personas que no son ni faquires, ni monjes, ni yoguis, y de las que podemos afirmar sin temor que jamás serán faquires, monjes o yoguis, estamos en condición de afirmar con certeza absoluta que sus posibilidades *no pueden ser desarrolladas y que no se desarrollarán jamás*. Es indispensable

persuadirse profundamente de esto para comprender lo que voy a decir.

"En las condiciones ordinarias de la vida civilizada, la situación de un hombre, aun inteligente, que busca el conocimiento, es sin esperanza, porque no tiene la menor posibilidad de encontrar alrededor de él algo que se asemeje a una escuela de faquires o a una escuela de yoguis. En cuanto a las religiones del Occidente, han degenerado hasta tal punto que desde hace mucho tiempo ya no hay nada viviente en ellas. En fin, del lado «ocultista» o «espiritista», ya no hay nada que esperar sino experiencias ingenuas.

"La situación sería realmente desesperada, si no existiese otra posibilidad, la de un *cuarto camino*.

"El cuarto camino no exige que uno se retire del mundo, no exige que uno abandone todo aquello por lo que se ha vivido hasta el momento. Este camino comienza mucho más lejos que el del yogui. "Esto significa que es necesario estar preparado para entrar en el cuarto camino, y que esta preparación, que es de las más serias, tiene que adquirirse en la vida ordinaria y aplicarla sobre muchos lados diferentes. Además, el hombre que quiere seguir el cuarto camino tiene que reunir en su vida condiciones favorables al trabajo, o por lo menos aquellas que no lo hagan imposible; porque es necesario convencerse de que tanto en la vida exterior como en la vida interior, ciertas condiciones pueden constituir barreras infranqueables para el cuarto camino. Añadamos aún, que este camino, contrariamente al del faquir, al del

monje y al del yogui, no tiene una forma definida. Ante todo, tiene que ser *hallado*. Es la primera prueba. Y es difícil, porque el cuarto camino es mucho menos conocido que los otros tres caminos tradicionales. Son numerosas las personas que nunca han oído hablar de él o que niegan simplemente su existencia o aun su posibilidad.

"Sin embargo, el comienzo del cuarto camino es más fácil que el comienzo de los caminos del faquir, del monje y del yogui. Es posible seguir el cuarto camino y trabajar en él mientras uno continúa atendiendo sus ocupaciones ordinarias, en las condiciones habituales de la vida, sin cortar las relaciones que uno tiene con la gente, sin abandonar nada. Este camino no exige el renunciamiento. Por el contrario, las condiciones de vida en las que un hombre se encuentra cuando emprende el trabajo —o en las que el trabajo lo sorprende, por así decirlo— son las mejores posibles para él, por lo menos al comienzo. Porque ellas le son naturales. *Ellas son el hombre mismo*, porque la vida de un hombre y sus condiciones corresponden a lo que él es. La vida las ha creado a su medida; por consiguiente, cualquier otra condición sería artificial, y en este caso el trabajo no podría tocar inmediatamente todos los lados de su ser.

"De esta manera, el cuarto camino alcanza simultáneamente todos los lados del ser humano. Es un trabajo inmediato *sobre las tres habitaciones a la vez*. El faquir trabaja sobre la primera habitación, el monje sobre la segunda, el yogui sobre la tercera. Cuando alcanzan la cuarta habitación, el faquir, el monje y el yogui dejan atrás muchas tareas incumplidas y no pueden hacer uso de lo que han alcanzado porque no dominan todas sus funciones. El faquir es amo de su cuerpo, pero no de sus emociones, ni de sus pensamientos; el monje es amo de sus emociones, pero no de su cuerpo, ni de su pensamiento; el yogui es amo de su pensamiento, pero no de su cuerpo, ni de sus emociones.

"Por lo tanto el cuarto camino difiere de los otros, en que exige del hombre ante todo la comprensión. El hombre no debe hacer nada sin comprender —salvo a título de experimento, bajo el control y la dirección de su maestro. Cuanto más comprenda un hombre lo que hace, tanto más valor tendrán los resultados de sus esfuerzos. Es un principio fundamental del cuarto camino. Los resultados obtenidos en el trabajo son proporcionales a la conciencia que uno tiene de ese trabajo. No se requiere «fe» en este camino, por el contrario, la fe de cualquier naturaleza que fuera, es aquí un obstáculo. En el cuarto camino, un hombre tiene que asegurarse por sí mismo de la verdad de lo que se le dice, y en tanto que no haya adquirido esta certidumbre, no debe hacer nada.

"El método del cuarto camino es el siguiente: si uno comienza un trabajo sobre una habitación, debe emprender simultáneamente un trabajo correspondiente sobre las otras dos. En otros términos, mientras uno trabaja sobre el cuerpo físico, hay que trabajar simultáneamente sobre el pensamiento y sobre las emociones; mientras uno

trabaja sobre el pensamiento hay que trabajar sobre el cuerpo físico y las emociones; mientras se trabaja sobre las emociones, hay que trabajar sobre el pensamiento y sobre el cuerpo físico. Lo que permite llegar a esto es que en el cuarto camino es posible hacer uso de un cierto saber, inaccesible en los caminos del faquir, del monje y del yogui. Este saber proporciona la posibilidad de un trabajo en las tres direcciones a la vez. Toda una serie de ejercicios paralelos sobre los tres planos, físico, mental y emocional, sirven a esta meta. Aun más, en el cuarto camino es posible individualizar el trabajo de cada uno; dicho de otro modo, cada uno no debe hacer sino lo que le es necesario, y nada de lo que *no tiene utilidad para él*. Porque el cuarto camino pone de lado todo lo superfluo que se mantiene en los otros caminos simplemente por rutina.

"De esta manera, cuando un hombre alcanza la voluntad por el cuarto camino, se puede servir de ella, porque ha adquirido el control de todas sus funciones físicas, emocionales e intelectuales. Y por añadidura, ha ahorrado mucho tiempo al trabajar a la vez, paralelamente, sobre los tres lados de su ser.

"A veces al cuarto camino se le llama *el camino del hombre ladino*. El «hombre ladino» conoce un secreto que no conocen el faquir, el monje ni el yogui. Cómo ha aprendido este secreto el hombre ladino —nadie lo sabe. Quizás lo ha encontrado en un libro antiguo, quizás lo ha heredado, quizás lo ha comprado o a lo mejor se lo ha robado a alguien. No importa. El hombre ladino conoce el secreto y con su ayuda, deja muy atrás al faquir, al monje y al yogui.

"Entre los cuatro, el faquir es el que actúa de la manera más tosca; sabe muy poco, y comprende muy poco. Supongamos que después de un mes de torturas intensivas, llega a desarrollar cierta energía, cierta substancia que produce en él cambios definidos. Esto lo hace absolutamente en la oscuridad, con los ojos cerrados, sin conocer ni la meta, ni los métodos, ni los resultados, por simple imitación.

"El monje sabe un poco mejor lo que quiere; lo guía su sentimiento religioso, su tradición religiosa, un deseo de realización, de salvación; tiene fe en su maestro que le dice lo que debe hacer y cree que sus esfuerzos y sacrificios «complacen a Dios». Supongamos que en una semana de ayuno, de oraciones continuas, de privaciones y penitencias, llega a alcanzar lo que el faquir no ha podido desarrollar en sí mismo sino en un mes de torturas.

"El yogui sabe mucho más. Sabe lo que quiere, sabe por qué lo quiere y sabe cómo lo puede alcanzar. Sabe, por ejemplo, que para arribar a sus fines, tiene que desarrollar en él cierta substancia. Sabe que esta substancia se puede producir en un día, a través de cierta clase de ejercicio mental o a través de concentración intelectual. De este modo, fija su atención sobre un ejercicio por un día entero, sin permitirse una sola idea ajena, y así obtiene lo que necesita. De esta manera, en sólo un día, un yogui llega a lo mismo que llega el monje en una semana y el faquir en un mes.

"Pero en el cuarto camino, el conocimiento es aún más exacto y más perfecto. El

hombre que lo sigue conoce con precisión qué sustancias necesita para alcanzar sus fines y sabe que estas sustancias pueden ser elaboradas en el cuerpo por un mes de sufrimiento físico, una semana de tensión emocional o un día de ejercicios mentales —y también, *que estas sustancias pueden ser introducidas desde afuera en el organismo, si se sabe cómo arreglárselas*. Y así, en lugar de perder un día entero en ejercicios como el yogui, una semana en oraciones como el monje o un mes en suplicios como el faquir, el hombre que sigue el cuarto camino se contenta con preparar y engullir una pequeña píldora que contiene todas las sustancias requeridas y de esta manera sin pérdida de tiempo obtiene los resultados deseados."

—Igualmente hay que tener en cuenta, dijo G., que fuera de estos caminos justos y legítimos, hay también caminos artificiales, que no dan sino resultados temporales, y caminos francamente malos que aun pueden dar resultados permanentes, pero nefastos. Igualmente en estos caminos el hombre busca la llave de la cuarta habitación y algunas veces la encuentra. Pero lo que encuentra en la cuarta habitación, nadie lo sabe.

"También sucede que la puerta de la cuarta habitación sea abierta artificialmente, por medio de una ganzúa.

"Y en estos dos casos se puede encontrar la habitación vacía."

Durante una de las reuniones siguientes, se abordó una vez más la cuestión de los caminos.

—Para un hombre de cultura occidental, dije, naturalmente es difícil creer y aceptar la idea de que un faquir ignorante, un monje ingenuo, o un yogui retirado del mundo pueda estar en el camino de la evolución mientras que un europeo cultivado, armado de su «ciencia exacta» y de los últimos métodos de investigación, no tiene ninguna oportunidad y gira en un círculo del cual no puede esperar salir.

—Sí, esto es porque la gente cree en el progreso y en la cultura, dijo G. Pero *no hay ningún progreso*, de ninguna clase. Nada ha cambiado en miles de años. Sólo la forma exterior cambia. La esencia no cambia. El hombre sigue siendo exactamente igual. La gente «cultura» y «civilizada» vive movida por los mismos intereses que los salvajes más ignorantes. La civilización moderna está basada en la violencia, la esclavitud y las frases bellas. Pero todas las frases bellas sobre la civilización y el progreso no son más que palabras."

Esto no podía dejar de producir en nosotros una impresión particularmente profunda, porque fue dicho en 1916, cuando el último beneficio de la "civilización", bajo la forma de una guerra como el mundo jamás había visto, no hacía sino crecer y ampliarse, arrastrando en su órbita de semana en semana a nuevos millones de hombres.

Recordaba haber visto, unos días antes, en la Liteyny, dos enormes camiones cargados hasta la altura de un primer piso, de muletas nuevas de madera, todavía sin



pintar. No sé por qué estos camiones me habían asustado particularmente. En estas montañas de muletas, *para las piernas que todavía no habían sido mutiladas*, había, con respecto a todas las ilusiones con que la gente se arrulla, una ironía particularmente cínica. A pesar mío, me representé el hecho de que camiones exactamente semejantes rodaban en Berlín, París, Viena, Londres, Roma y Constantinopla. Y actualmente todas estas ciudades, que yo conocía y amaba, justamente en razón de sus diferencias y contrastes, se habían tornado hostiles para mí, así como en adelante serían hostiles entre sí, separadas por nuevos muros de odio y de crimen.

Un día que nos encontrábamos reunidos, hablé de aquellos camiones y de su carga de muletas, y de los pensamientos que se habían suscitado en mí.

—¿Qué quiere usted? me dijo G. Los hombres son máquinas. Las máquinas son necesariamente ciegas, inconscientes. No pueden ser de otra manera y todas sus acciones tienen que corresponder a su naturaleza. *Todo sucede*. Nadie hace nada. El «progreso» y la «civilización», en el sentido real de estas palabras, no pueden aparecer sino al término de esfuerzos *conscientes*. No pueden aparecer como resultado de acciones inconscientes y mecánicas. ¿Qué esfuerzos conscientes puede hacer una máquina? Y si una máquina es inconsciente, lo son también cien y mil máquinas y cientos de miles y millones de máquinas. Ahora bien, la actividad inconsciente de *millones de máquinas* se reúne necesariamente para el exterminio y la ruina. Es precisamente en las manifestaciones inconscientes o involuntarias en las que reside todo el mal. Ustedes no comprenden todavía, y no pueden imaginar todas las consecuencias de esta plaga. Pero llegará el tiempo en que comprenderán."

## Capítulo tres

*Las ideas fundamentales de G. acerca del hombre. Falta de unidad. Multiplicidad de "yoes". Estructura de la máquina humana. Los centros psíquicos. Cómo exponía G. las ideas del sistema. Repeticiones inevitables. Lo que significa la evolución del hombre. El progreso mecánico es imposible. Idea occidental de la evolución del hombre. En la naturaleza todas las cosas se interrelacionan. La humanidad y la luna. Ventaja del hombre individual sobre las masas. Necesidad de conocer la máquina humana. Ausencia de un Yo permanente en el hombre. El papel de los pequeños "yoes". Ausencia de individualidad y de voluntad en el hombre. Alegoría oriental de la casa y de sus servidores. El "mayordomo suplente". El faquir sobre un lecho de clavos. La magia en el Budismo.*

En noviembre de 1915, yo había captado ya algunos de los puntos fundamentales de la enseñanza psicológica de G.

El primero, sobre el cual insistía más, era *la ausencia de unidad en el hombre*.

—El peor error, decía el, es el de creer en la unidad permanente del hombre. Pero el hombre nunca es uno; cambia continuamente. Raras veces permanece el mismo hombre, aun por media hora. Pensamos que un hombre llamado Iván es siempre Iván. De ningún modo. Ahora es Iván, un minuto más tarde es Pedro y más tarde aún, Nicolás, Sergio, Mateo o Simón. Pero todos ustedes piensan que él es Iván. Ustedes saben que Iván no puede cometer ciertos actos. Por ejemplo, no puede mentir. Luego ustedes descubren que Iván ha mentido, y se sorprenden completamente de que él, Iván, haya podido cometer un acto parecido. Es verdad, Iván no puede mentir —es Nicolás el que ha mentido. Y en cada ocasión Nicolás volverá a mentir, porque Nicolás *no puede dejar de mentir*. Se sorprenderán al darse cuenta de la multitud de estos Ivanes y de estos Nicolases que viven en un solo hombre. Si ustedes aprenden a observarlos, ya no necesitarán ir al cine.

—¿No se relaciona esto con la conciencia de las diferentes partes y órganos del cuerpo? pregunté. Creo comprender lo que usted ha dicho, porque a menudo he sentido la realidad de estas conciencias. Yo sé que no solamente cada órgano, sino cada parte del cuerpo que tiene una función distinta, tiene una conciencia distinta. La mano derecha tiene una conciencia, la mano izquierda otra. ¿Es esto lo que quiere usted decir?

—No del todo, dijo G. Estas conciencias existen también, pero son relativamente inofensivas. Cada una de ellas conoce su sitio y sabe lo que tiene que hacer. Las manos saben que deben trabajar y los pies que deben andar. Pero esos Ivanes, Pedros

y Nicolases son todos diferentes: todos ellos se llaman a sí mismos «Yo». Se consideran todos como el Amo y ninguno de ellos quiere reconocer a otro. Cada uno de ellos es Califa por una hora, hace todo lo que quiere sin tener en cuenta a nadie; más tarde los otros tendrán que pagar. No reina ningún orden entre ellos. El que toma el mando es el amo. Distribuye latigazos por todos lados y no tiene consideración de nada. Pero un momento después, cuando otro toma el látigo, le toca a él ser fustigado. Y así andan las cosas toda la vida. Imagínense un país en el que cada uno pueda ser rey por cinco minutos y durante esos cinco minutos hacer de todo el reino exactamente lo que le venga en gana. He aquí nuestra vida."

G. volvió otra vez a la idea de los diferentes cuerpos del hombre.

—Que el hombre pueda tener varios cuerpos, dijo, debe comprenderse como una idea, como un principio. Pero esto no se aplica a nosotros. Nosotros sabemos que tenemos un cuerpo físico y no sabemos nada más. Es el cuerpo físico el que debemos estudiar. Sólo debemos recordar que el asunto no se limita al cuerpo físico y que ciertos hombres pueden tener dos, tres, o más cuerpos. Pero para nosotros, personalmente, ¿qué cambia con esto? En América, Rockefeller puede tener muchos millones. Pero ¿me ayudarán estos millones, si no tengo con qué comer? Es exactamente lo mismo. Piense entonces cada uno en sí mismo; es ridículo e insensato apoyarse en los demás o consolarse con pensar en riquezas que no poseemos.

¿Cómo puede uno saber si un hombre posee un cuerpo astral? pregunté.

—Hay maneras muy precisas de reconocerlo. En algunos casos el cuerpo astral puede ser visto; puede ser separado y hasta fotografiado al lado del cuerpo físico. Pero es más fácil establecer la existencia del cuerpo astral considerando simplemente sus *funciones*. El cuerpo astral tiene funciones bien definidas que el cuerpo físico no puede tener. La presencia de estas funciones indica la presencia del cuerpo astral. La ausencia de estas funciones prueba la ausencia del cuerpo astral. Pero todavía es prematuro hablar sobre esto. Toda nuestra atención debe dirigirse al estudio del cuerpo físico. Es indispensable comprender la estructura de la máquina humana. Nuestro error principal es el creer que tenemos un solo cerebro. Llamamos a las funciones de ese cerebro lo consciente; todo lo que no entra en él lo llamamos lo inconsciente o lo subconsciente.

"En esto reside nuestro principal error. Hablaremos más tarde de lo consciente y de lo inconsciente. En este momento, quiero explicarles que la actividad de la máquina humana, es decir la del cuerpo físico, está regida no por uno sino por varios cerebros, enteramente independientes entre sí, con funciones distintas y distintos dominios de manifestación. Es esto lo que debe ser comprendido ante todo, porque todo lo que podamos considerar más tarde dependerá de esto."

G. explicó entonces las diferentes funciones del hombre, y los centros que las rigen, de la misma manera en que se explica en las "Conferencias Psicológicas".<sup>[4]</sup>

Estas explicaciones y todas las conversaciones relacionadas a ellas tomaron un tiempo bastante largo, porque regresábamos casi siempre a las ideas fundamentales sobre la "mecanicidad" del hombre, su ausencia de unidad, su imposibilidad de escoger, su incapacidad de *hacer*, y así sucesivamente. Naturalmente es imposible reconstruir todas estas conversaciones exactamente como se desarrollaron. Por esta razón he repartido todo el material psicológico y todo el material cosmológico en dos series de "Conferencias".

A propósito, debo hacer notar que no se nos dieron las ideas bajo la forma en que están expuestas en mis "Conferencias". G. revelaba las ideas poco a poco, como si las defendiera de nosotros. Cada vez que tocaba nuevos temas, no bosquejaba sino las líneas generales, reservando a menudo lo más esencial. Algunas veces él mismo indicaba lo que podía parecer contradictorio en las ideas que había expuesto; la razón de esto era que siempre había retenido ciertos puntos. La próxima vez, al retomar el mismo tema, en lo posible bajo un ángulo diferente, lo ampliaba más, y la tercera vez aún más. Por ejemplo, cuando se trató de las funciones y de los centros, la primera vez no habló sino de *tres centros*: intelectual, emocional, motor; primeramente trató de enseñarnos a distinguir las funciones, a encontrar ejemplos y así sucesivamente. Solamente después de esto agregó el centro instintivo, del que habló como de una máquina independiente, que se bastaba a si misma; luego del centro sexual. Recuerdo que algunas de sus observaciones me llamaron la atención. Por ejemplo, hablando del centro sexual, dijo que éste casi nunca trabajaba de una manera autónoma, porque siempre estaba bajo la dependencia de otros centros: el intelectual, el emocional, el instintivo y el motor.

En cuanto a la energía de los centros, regresaba a menudo a lo que él llamaba el mal trabajo de los centros, y el papel del centro sexual en este trabajo. Hablaba mucho de la manera en que todos los centros le roban energía al centro sexual, produciendo con esta energía un trabajo completamente equivocado, lleno de excitaciones inútiles y devolviendo al centro sexual una energía inutilizable, con la cual éste es incapaz de trabajar. Me acuerdo de sus palabras:

—Es una gran cosa cuando el centro sexual trabaja con su energía *propia*, pero esto no sucede sino muy raras veces."

Recuerdo también una observación que más tarde me permitió tocar la causa de un gran número de razonamientos falsos y de conclusiones erróneas. Él decía que los tres centros del piso inferior, los centros instintivo, motor y sexual, trabajan a la manera de *tres fuerzas*, uno con relación a otro —y que el centro sexual, en los casos normales, desempeña el papel de fuerza neutralizante con relación al centro instintivo y motor, que actúan como fuerzas activa y pasiva.

El método de exposición del cual hablo, y las reservas de G. en sus primeras explicaciones, dieron lugar a múltiples malentendidos, sobre todo en los grupos que

siguieron después y con los cuales yo no trabajé.

Numerosas personas encontraron contradicciones entre la primera exposición de una idea dada y las explicaciones que siguieron, y algunas veces, al tratar de ceñirse lo más estrictamente posible a la primera explicación, elaboraban teorías fantásticas que no tenían la menor relación con lo que G. había dicho. Por tanto la idea de *tres centros* fue retenida por ciertos grupos, con los cuales, repito, yo no tenía relación alguna. Y esta idea se conectaba, de cierta manera, a la de las *tres fuerzas*, si bien éstas no tenían nada de común entre ellas, ante todo porque no hay tres centros en el hombre ordinario, sino cinco.

Esta unión de dos conceptos, de orden enteramente diferente, situados sobre una escala distinta y de un significado completamente diferente, falseaba radicalmente todo el sistema para los que pensaban de esta manera.

Esta idea —de que los tres centros (intelectual, emocional y motor) son la expresión de las tres fuerzas— surgió, quizás, de aquellas palabras de G., mal comprendidas y mal repetidas, sobre la naturaleza de la relación entre los tres centros del piso inferior.

Desde las primeras conversaciones sobre los centros, G. añadió algo nuevo en casi todas las reuniones. Como lo dije al comienzo, él había hablado en un principio de tres centros, luego de cuatro, de cinco y finalmente de siete centros.

Casi no se trató de las subdivisiones de los centros. G. decía que los centros estaban subdivididos en una parte positiva y una parte negativa, pero no indicó que esta división no era idéntica para todos los centros. Decía que cada centro estaba dividido en tres partes, en *tres pisos*, que a su vez se encuentran divididos en tres partes; pero no dio ejemplos de esto, y no hizo resaltar que el estudio de la atención hace posible distinguir el trabajo de las diferentes partes de los centros. Todo esto sería establecido más tarde, así como tantas otras cosas. Por ejemplo, si bien había dado incontestablemente los principios fundamentales para el estudio de las emociones negativas, de su papel y de su significado, tanto como los métodos de lucha contra ellas —métodos que se referían a la no-identificación, a la no-consideración, y a la no-expresión de estas emociones— no desarrolló, sin embargo, estas teorías, ni explicó que las emociones negativas son enteramente *superfluas* y que no existe para ellas centro normal alguno.

Me esforzaré en reconstruir todo lo que se dijo en el grupo de San Petersburgo y en los grupos posteriores, exactamente como lo recuerdo, y tratando de no volver sobre lo ya dicho en las "Conferencias Psicológicas". Sin embargo, es imposible en algunos casos evitar las repeticiones y además, la exposición fiel de las ideas de la enseñanza de G. tal como él las dio, ofrece, a mi parecer, un gran interés.

Alguien preguntó durante una reunión: "¿Cómo debe comprenderse la evolución?"

—La evolución del hombre, respondió G., se puede comprender como el desarrollo en él de aquellas facultades y poderes que jamás se desarrollan de por sí, es decir, mecánicamente.

Sólo este tipo de desarrollo o de crecimiento marca la evolución real del hombre. No hay, y no puede haber, ninguna otra clase de evolución.

"Consideremos al hombre en el grado actual de su desarrollo. La naturaleza lo ha hecho tal cual es y tomado colectivamente, hasta donde podemos ver, así permanecerá. Los cambios que podrían ir en contra de las exigencias generales de la naturaleza sólo se pueden producir en unidades separadas.

"Para comprender la ley de la evolución del hombre, es indispensable captar que esta evolución, más allá de cierto grado, no es en absoluto necesaria, es decir: de ningún modo necesaria para el desarrollo propio de la naturaleza en un momento dado. En términos más precisos, la evolución de la humanidad corresponde a la evolución de los planetas; pero el proceso evolutivo de los planetas, para nosotros, se desarrolla a través de ciclos de tiempo infinitamente largos. En el espacio de tiempo que el pensar humano puede abarcar, no puede tener lugar ningún cambio esencial en la vida de los planetas, y por consiguiente no puede tener lugar ningún cambio esencial en la vida de la humanidad.

"La humanidad no progresa, ni evoluciona. Lo que nos parece ser progreso o evolución es una modificación parcial que puede ser inmediatamente contrabalanceada por una modificación correspondiente en la dirección opuesta.

"La humanidad, así como el resto de la vida orgánica, existe sobre la tierra para los fines propios de la tierra. Y es exactamente lo que debe ser para responder a las necesidades actuales de la tierra.

"Sólo un pensamiento tan teórico y tan alejado de los hechos como el pensamiento europeo moderno, podría concebir la posibilidad de la evolución del hombre *independientemente de la naturaleza circundante*, o considerar la evolución del hombre como una gradual *conquista de la naturaleza*. Esto es completamente imposible. Ya sea que viva, muera, evolucione o degenere, igualmente el hombre sirve a los fines de la naturaleza, o más bien, la naturaleza se sirve igualmente — aunque quizá por motivos diferentes— de los resultados tanto de la evolución como de la degeneración. La humanidad considerada como un todo jamás puede escapar a la naturaleza, ya que aun en su lucha contra ella, el hombre actúa de conformidad con los fines de la misma. La evolución de grandes masas humanas está en oposición a los fines de la naturaleza. La evolución de un pequeño porcentaje de hombres puede estar de acuerdo con estos fines. El hombre contiene en sí mismo la posibilidad de su evolución. Pero la evolución de la humanidad en su conjunto, es decir, el desarrollo de esta posibilidad en todos los hombres, o en la mayoría de ellos, o aun en un gran número, no es necesaria a los designios de la tierra o del mundo planetario en general,

y de hecho, esto podría serle perjudicial o aun fatal. Hay, por consiguiente, fuerzas especiales (de carácter planetario) que se oponen a la evolución de las grandes masas humanas y que las mantienen al nivel en que deben quedar.

"Por ejemplo, la evolución de la humanidad más allá de cierto grado, o más exactamente, más allá de cierto porcentaje, sería fatal para la *luna*. Actualmente la luna se nutre de la vida orgánica, se nutre de la humanidad. La humanidad es una parte de la vida orgánica; esto significa que la humanidad es un *alimento* para la luna. Si todos los hombres llegaran a ser demasiados inteligentes, ya no querrían ser comidos por la luna.

"Pero las posibilidades de evolución existen y se pueden desarrollar en individuos *aislados*, con la ayuda de los conocimientos y de los métodos apropiados. Tal desarrollo puede efectuarse sólo en interés del hombre, en oposición a las fuerzas y, se podría decir, a los intereses del mundo planetario. Un hombre tiene que comprender esto: que su evolución no interesa sino a él. A ningún otro le interesa. Y no debe contar con la ayuda de nadie. Porque nadie está obligado a ayudarlo, y nadie tiene la intención de hacerlo. Por el contrario, las fuerzas que se oponen a la evolución de las grandes masas humanas también se oponen a la evolución de cada hombre. Toca a cada uno el chasquearlas. Mas si *un* hombre puede chasquearlas, la humanidad *no puede hacerlo*. Ustedes comprenderán más tarde que todos estos obstáculos son muy útiles; si no existieran, sería necesario crearlos intencionalmente, porque sólo al vencer los obstáculos un hombre puede desarrollar en sí mismo las cualidades que necesita.

"Tales son las bases de un concepto correcto de la evolución del hombre. No hay evolución obligatoria, mecánica. La evolución es el resultado de una lucha consciente. La naturaleza no necesita esta evolución; no la quiere y la combate. La evolución no puede ser necesaria sino al hombre mismo, al darse cuenta de su situación y de la posibilidad de cambiarla, cuando se da cuenta de que tiene poderes que nunca emplea, y riquezas que no ve. Y es en el sentido de lograr la posesión de estos poderes y de estas riquezas que la evolución es posible. Pero *si todos los hombres*, o la mayoría de ellos, comprendieran esto y desearan obtener lo que les pertenece por derecho de nacimiento, la evolución llegaría a ser otra vez imposible. Lo que es posible para cada hombre es imposible para las masas.

"El individuo tiene el privilegio de ser muy pequeño, y por lo tanto de no contar en la economía general de la naturaleza, donde no cambia nada el que haya un hombre mecánico de más o de menos. Podemos darnos una idea de la correlación de magnitudes comparándola a la que existe entre una célula microscópica y nuestro cuerpo entero. La presencia o la ausencia de una célula no cambia nada en la vida del cuerpo. No podemos ser conscientes de ello, y esto no puede tener influencia sobre la vida y las funciones del organismo. Exactamente de la misma manera, un individuo

como tal es demasiado pequeño para influir en la vida del organismo cósmico, con el cual está en la misma relación (en lo que se refiere al tamaño) que la de una célula con todo nuestro organismo. He aquí precisamente lo que le puede permitir «evolucionar», he aquí en qué se basan sus «posibilidades».

"En cuanto a la evolución, es indispensable convencerse bien, desde el principio mismo, que nunca existe evolución mecánica. La evolución del hombre es la evolución de su conciencia. Y *la «conciencia» no puede evolucionar inconscientemente*. La evolución del hombre es la evolución de su voluntad, y la «voluntad» no puede evolucionar involuntariamente. La evolución del hombre es la evolución de su poder de «hacer», y el «hacer» no puede ser el resultado de lo que «sucede».

"La gente no sabe lo que es el hombre. Ella tiene que tratar con una máquina muy complicada, mucho más complicada que una locomotora, un auto o un avión —pero no saben nada, o casi nada, de la estructura, de la marcha, ni de las posibilidades de esta máquina; ni siquiera comprenden sus más simples funciones, porque no conocen la finalidad de estas funciones. Imaginan vagamente que un hombre tendría que aprender a manejar su máquina como tiene que aprender a manejar una locomotora, un auto o un avión, y que una maniobra incompetente de la máquina humana es tan peligrosa como una maniobra incompetente de cualquier otra máquina. Todo el mundo se da cuenta si se trata de un avión, de un auto o de una locomotora. Pero muy raras veces uno lo toma en consideración cuando se trata del hombre en general, o de sí mismo en particular. Uno cree que es justo y legítimo pensar que la naturaleza le ha dado al hombre el conocimiento necesario de su propia máquina; no obstante, la gente estará de acuerdo en que un conocimiento instintivo de esta máquina está lejos de ser suficiente. ¿Por qué estudian ellos la medicina y recurren a sus servicios? Evidentemente porque se dan cuenta que no conocen sus propias máquinas. Pero no sospechan que podrían conocerlas mucho mejor de lo que la ciencia las conoce y que entonces podrían obtener de ellas un trabajo completamente distinto."

Muy a menudo, casi en cada conversación, G. volvía sobre la ausencia de unidad en el hombre.

—Uno de los errores más graves del hombre, dijo, que debe serle recordado constantemente, es su ilusión con respecto a su «Yo».

"El hombre tal como lo conocemos, el hombre máquina, el hombre que no puede «hacer», el hombre con quien y a través de quien «todo sucede», no puede tener un «Yo» permanente y único. Su «Yo» cambia tan rápidamente como sus pensamientos, sus sentimientos, sus humores, y comete él un error profundo cuando se considera siempre una sola y misma persona; en realidad, *siempre es una persona diferente*, nunca es el que era un momento antes.

"El hombre no tiene un «Yo» permanente e inmutable. Cada pensamiento, cada



humor, cada deseo, cada sensación dice «Yo». Y cada vez, parece tenerse por seguro que este «yo» pertenece al *Todo* del hombre, al hombre entero, y que un pensamiento, un deseo, una aversión, son la expresión de este Todo. En efecto, no hay prueba alguna en apoyo de esta afirmación. Cada pensamiento del hombre, cada uno de sus deseos se manifiesta y vive de una manera independiente y separada de su Todo. Y el Todo del hombre no se expresa jamás, por la simple razón de que no existe como tal, salvo físicamente como una cosa, y abstractamente como un concepto. El hombre no tiene un «Yo» individual. En su lugar, hay centenares y millares de pequeños «yoes» separados, que la mayoría de las veces se ignoran, no mantienen ninguna relación, o por el contrario, son hostiles unos a otros, exclusivos e incompatibles. A cada minuto, a cada momento, el hombre dice o piensa «Yo». Y cada vez su «yo» es diferente. Hace un momento era un pensamiento, ahora es un deseo, luego una sensación, después otro pensamiento, y así sucesivamente, sin fin. *El hombre es una pluralidad*. Su nombre es legión.

"El alternarse de los «yoes», sus luchas por la supremacía, visibles a cada instante, son comandadas por las influencias exteriores accidentales. El calor, el sol, el buen tiempo, llaman inmediatamente a todo un grupo de «yoes». El frío, la neblina, la lluvia llaman a otro grupo de «yoes», a otras asociaciones, a otros sentimientos, a otras acciones. No hay nada dentro del hombre que sea capaz de controlar los cambios de los «yoes», principalmente porque el hombre no los nota, o no tiene ninguna idea de ellos; vive siempre en su último «yo». Algunos, naturalmente, son más fuertes que otros; pero no por su propia fuerza consciente. Han sido creados por la fuerza de los accidentes, o por excitaciones mecánicas externas. La educación, la imitación, la lectura, el hipnotismo de la religión, de las castas y de las tradiciones, o la seducción de los últimos «*slogans*», dan nacimiento, en la personalidad de un hombre, a «yoes» muy fuertes que dominan series enteras de otros «yoes» más débiles. Pero su fuerza no es sino la de los rollos<sup>[5]</sup> en los centros. Y todos esos «yoes» que constituyen la personalidad del hombre tienen el mismo origen que las inscripciones de los rollos: éstas y aquéllos son los resultados de influencias exteriores y ambos son puestos en movimiento y dirigidos por las últimas influencias en llegar.

"El hombre no tiene individualidad. No tiene un gran «Yo» único. El hombre está dividido en una multitud de pequeños «yoes».

"Pero cada uno de ellos es capaz de llamarse a sí mismo con el nombre del Todo, de actuar en el nombre del Todo, de hacer promesas, de tomar decisiones, de estar de acuerdo o de no estar de acuerdo con lo que otro «yo», o el Todo, tendría que hacer. Esto explica por qué la gente toma decisiones tan a menudo y tan raramente las cumple. Un hombre decide levantarse temprano, comenzando a partir del día siguiente. Un «yo», o un grupo de «yoes» toma esta decisión. Pero levantarse es

problema de otro «yo» que no está de acuerdo en absoluto, y que quizás ni siquiera ha sido puesto al corriente. Naturalmente, a la mañana siguiente el hombre seguirá durmiendo, y por la noche decidirá nuevamente levantarse temprano. Esto puede traer consecuencias muy desagradables. Un pequeño «yo» accidental puede hacer una promesa, no a sí mismo, sino a alguna otra persona en un momento dado, simplemente por vanidad, o para divertirse. Luego desaparece. Pero el hombre, es decir el conjunto de los otros «yoes» que son completamente inocentes, tendrá que pagar quizás por toda su vida esta gracia. La tragedia del ser humano es que cualquier pequeño «yo» tiene el poder de firmar contratos, y que luego sea el hombre, es decir el Todo, quien deba enfrentarlos. Así pasan vidas enteras, cancelando deudas contraídas por pequeños «yoes» accidentales.

"Las enseñanzas orientales están llenas de alegorías que intentan describir, desde este punto de vista, la naturaleza del ser humano.

"Según una de ellas, el hombre es comparado a una casa, sin Amo ni mayordomo, ocupada por una multitud de sirvientes. Éstos han olvidado completamente sus deberes; nadie quiere cumplir su tarea; cada uno se esfuerza en ser el amo, aunque fuere un momento, y en esta especie de anarquía la casa está amenazada por los más graves peligros. La única posibilidad de salvación está en que un grupo de sirvientes más sensatos se reúna y elija un *mayordomo* temporal, es decir, un *mayordomo suplente*. Este *mayordomo suplente* puede entonces poner en su sitio a los otros sirvientes, y obligar a cada uno de ellos a realizar su trabajo: la cocinera a la cocina, el cochero al establo, el jardinero al jardín, y así sucesivamente. De esta manera, la «casa» puede estar lista para la llegada del verdadero mayordomo, el cual a su vez preparará la llegada del verdadero Amo.

"La comparación del hombre con una casa en espera de su amo es frecuente en las enseñanzas del Oriente que han conservado las huellas del conocimiento antiguo, y como ustedes lo saben, esta idea aparece también bajo formas variadas en numerosas parábolas de los Evangelios.

"Pero aunque el hombre comprendiera sus posibilidades de la manera más clara, esto no lo acercaría ni un paso hacia su realización. Para estar en condición de realizar estas posibilidades, debe tener un ardiente deseo de liberación, debe estar listo a sacrificar todo, a arriesgar todo por su liberación."

Hay otras dos conversaciones interesantes que se relacionan con este período.

Yo había mostrado a G. una fotografía que había tomado en Benarés de un "faquir sobre una cama de puntas de hierro".

Este faquir no era simplemente un malabarista hábil como los que había visto en Ceilán, aunque era indudablemente un "profesional". Me habían dicho que en el patio de la Mezquita Aurangzeb, en la margen del Ganges, había un faquir acostado sobre un lecho de puntas de hierro. Esto producía una impresión muy misteriosa y

terrorífica. Pero cuando llegué allí, no estaba sino la cama sola, sin el faquir. El faquir, me dijeron, se había ido a buscar la vaca. Pero cuando fui por segunda vez, el faquir se encontraba allí. No estaba sobre el lecho, y según pude comprender, no se acostaba sino a la llegada de espectadores. Por una rupia me mostró todo su arte.

Se acostaba realmente, casi desnudo, sobre la cama erizada de largos clavos de hierro bastante agudos. Y si bien se cuidaba evidentemente de no hacer ningún movimiento brusco, se movía de un lado a otro sobre los clavos, apoyándose *con todo su peso* sobre ellos, de espaldas, de costado o sobre el estómago. Sin embargo, era visible que no lo punzaban ni lo rasguñaban. Tomé dos fotografías del personaje, pero no pude explicarme el significado del fenómeno. Aquel faquir no daba la impresión de ser un hombre inteligente ni religioso, su rostro tenía una expresión torpe, aburrida e indiferente; nada en él hablaba de aspiraciones hacia el sacrificio o el sufrimiento.

Le conté todo esto a G. al mostrarle la fotografía, y le pregunté qué pensaba.

—Es difícil explicarlo en dos palabras, respondió G. En primer lugar, evidentemente el hombre no es un «faquir» en el sentido en que yo he empleado esta palabra. Sin embargo, tiene usted razón al pensar que no se trata solamente de un truco. *Pero él mismo no sabe cómo lo hace.* Si usted le hubiera untado la mano, quizás habría logrado que le contara lo que él sabía; entonces, sin duda le habría informado que conocía *cierta palabra* que tenía que decirse a sí mismo, después de lo cual podía acostarse sobre los clavos. Quizás hasta hubiera consentido en decirle esta palabra. Pero esto no le hubiera servido a usted de nada, porque dicha palabra hubiera sido perfectamente ordinaria; sobre usted, no habría tenido el menor efecto. Aquel hombre provenía de una escuela, pero en ésta no era un alumno, *era un experimento.* Se servían de él para experimentar. Ciertamente, había sido hipnotizado muchas veces, y bajo la hipnosis su piel se había vuelto insensible a las puntas y capaz de resistirlas. Además, esto es posible en pequeño, aun para los hipnotizadores europeos ordinarios. Luego, la insensibilidad y la impenetrabilidad de la piel se hicieron permanentes en él por medio de una sugestión posthipnótica. ¿Sabe usted lo que es la sugestión posthipnótica? Se duerme a un hombre, y mientras duerme, se le dice que cinco horas después de despertar, deberá ejecutar cierta acción o pronunciar cierta palabra, y que en ese mismo momento, sentirá sed, o se creará muerto o algo por el estilo.

"Después de lo cual, se le despierta. A la hora indicada, siente un deseo irresistible de hacer lo que le fue sugerido; o bien, al acordarse de la palabra que le fue dicha, la pronuncia, y cae inmediatamente en trance. Esta es exactamente la historia de su faquir. Se le ha acostumbrado bajo hipnosis a recostarse sobre los clavos; luego se le ha dicho que cada vez que pronuncie cierta palabra será capaz de hacerlo de nuevo. Esta palabra lo hace caer en un estado de hipnosis. Sin duda es por esto por lo que tiene la mirada tan adormecida, tan apática. Esto sucede a menudo en

tales casos. Puede ser que hayan trabajado sobre él durante largos años, después de lo cual simplemente lo han dejado ir para que viva como pueda. Por consiguiente, él ha instalado esta cama de puntas, y sin duda de esta manera gana algunas rupias por semana. Tales hombres son numerosos en la India. Las escuelas los toman para sus experimentos. Generalmente, cuando aún son niños, los compran a sus padres, que con esto obtienen una ganancia. Pero es evidente que el hombre no comprende nada de lo que hace ni de la manera como lo hace."

Esta explicación me interesó mucho, porque nunca había oído ni leído nada semejante.

En todas las tentativas de explicación que había encontrado sobre "los milagros de los faquires", o bien se "explicaban" éstos como malabarismos, o se pretendía que el ejecutante sabía muy bien lo que hacía, y que si no revelaba su secreto era porque no quería o porque tenía temor de hacerlo. En este caso el punto de vista era por completo diferente. La explicación de G. me parecía no solamente probable sino, me atrevo a decir, la única posible. El faquir mismo no sabía cómo hacía su "milagro" y naturalmente no hubiese podido explicarlo.

Hablamos en otra ocasión del Budismo de Ceilán. Yo expresé la opinión de que los Budistas deben *tener una magia*, cuya existencia no reconocen ellos mismos, y cuya posibilidad misma es negada por el Budismo oficial. Sin relación alguna con esta observación, y, si tengo buena memoria, mientras le mostraba mis fotografías a G-, le hablé de un pequeño relicario que había visto en casa de un amigo en Colombo, en el cual había, como de costumbre, una estatua de Buda, y al pie de este Buda una pequeña *dagoba* de marfil en forma de campana, es decir, una réplica cincelada de una verdadera *dagoba*, con el interior hueco. Mis anfitriones la abrieron en mi presencia y me mostraron algo que se consideraba como reliquia —una pequeña bola redonda del tamaño de una bala para fusil grande, cincelada en una especie de marfil o de nácar, según me pareció.

G. me escuchaba atentamente.

—¿No le explicaron el significado de esta bola? me preguntó.

—Me dijeron que era un fragmento de hueso de uno de los discípulos de Buda; una antiquísima reliquia sagrada.

—Sí y no, dijo G. El hombre que le mostró el fragmento de hueso, como usted dice, no sabía nada o no quería decirle nada. Porque no era un fragmento de hueso, sino una formación ósea particular que aparece alrededor del cuello como una especie de collar como consecuencia de ciertos ejercicios especiales. ¿Ha oído usted esta expresión: «el collar de Buda»?

—Sí, le dije, pero el sentido es completamente diferente; es a la cadena de las reencarnaciones de Buda a lo que se le llama «el collar de Buda».

—Exacto, éste es uno de los sentidos de la expresión, dijo G., pero yo hablo de

otro. Este collar de hueso que circunda el cuello bajo la piel está directamente ligado a lo que se llama «cuerpo astral». El «cuerpo astral» está en cierta forma ligado a él, o para ser más preciso, este collar liga el cuerpo físico al cuerpo astral. Ahora, si el cuerpo astral continúa viviendo después de la muerte del cuerpo físico, la persona que posee un hueso de este collar podrá siempre comunicarse con el cuerpo astral del muerto. Esta es su magia. Pero nunca hablan abiertamente de ello. Tiene usted razón al decir que poseen una magia, y éste es un ejemplo de ella. Esto no significa que el hueso que usted vio fuese verdadero. Usted encontrará huesos semejantes en casi todas las casas; yo le hablo solamente de la creencia en la cual está basada esta costumbre."

Una vez más tuve que admitir que jamás había encontrado una explicación de este tipo.

G. esbozó para mí un diseño mostrando la posición de estos pequeños huesos bajo la piel; formaban en la base de la nuca un semicírculo que comenzaba un poco adelante de las orejas.

Este esbozo me hizo recordar inmediatamente el esquema corriente de los ganglios linfáticos del cuello, tal como pueden verse en las láminas anatómicas. Pero acerca de esto no pude aprender nada más.

## Capítulo cuatro

*Reacciones a las ideas de esta enseñanza. Miradas retrospectivas. Una proposición fundamental. La línea del saber y la línea del ser. Diferentes niveles del ser. Divergencia de la línea del saber y de la línea del ser. El hombre vive en el sueño. Rasgos del ser. El resultado del desarrollo del saber sin el desarrollo correspondiente del ser — y el resultado del cambio del ser sin el crecimiento del saber. Lo que significa "comprender". La comprensión es el resultado del saber y del ser. Diferencia entre comprensión y saber. La comprensión es función de tres centros. Por qué la gente se esfuerza por hallar nombres para las cosas que no comprende. Nuestro lenguaje. Por qué las personas no se comprenden unas a otras. La palabra "hombre" y sus diferentes significaciones. El lenguaje adoptado por la enseñanza. Distinción de siete grados en el concepto "hombre". El principio de relatividad según la enseñanza. Gradaciones paralelas a las gradaciones del hombre. La palabra "mundo". Diversidad de sus significaciones. Examen de la palabra "mundo" desde el punto de vista del principio de relatividad. La ley fundamental del Universo. La ley de los tres principios o de las tres fuerzas. Necesidad de tres fuerzas para engendrar un fenómeno. La tercera fuerza. Por qué no vemos la tercera fuerza. Las tres fuerzas según las antiguas enseñanzas. La creación de mundos por la voluntad del Absoluto. La cadena de mundos: el "rayo de creación". Número de leyes en cada mundo.*

Las exposiciones de G. provocaron muchas conversaciones en nuestros grupos.

No todo había llegado a ser claro aún para mí. Sin embargo, muchas cosas se habían conectado ya, y de una manera completamente inesperada, a menudo una cosa aclaraba otra que no parecía tener ninguna relación con ella. Ciertas partes del sistema comenzaban a tomar forma vagamente, de la misma manera que una figura o un paisaje aparece poco a poco sobre una placa fotográfica durante su revelado. Pero había todavía muchos lugares en blanco o casi vacíos. Y lo que se revelaba era a veces todo lo contrario de lo que yo esperaba. Pero me esforzaba por no llegar a conclusiones y por esperar. A menudo una palabra nueva o que no había notado antes, venía a modificar el cuadro entero y me veía obligado a reconstruir todo. Así, tenía que rendirme ante la evidencia; se necesitaría todavía mucho tiempo antes de que pudiera considerarme capaz de delinear correctamente todo el sistema. Siempre me sorprendía mucho el comprobar cómo algunas personas que asistieron a una sola de nuestras reuniones, de golpe comprendían todo, explicaban a los demás y se formaban opiniones fijas, no sólo sobre lo que habíamos dicho, sino también sobre nosotros mismos. Debo confesar que en esta época, recordaba a menudo mi primer

encuentro con G. y la velada que pasé con el grupo de Moscú. Yo también, en ese tiempo, estuve a punto de enjuiciar definitivamente a G. y a sus alumnos. Pero algo me detuvo. Y ahora que había comenzado a darme cuenta del prodigioso valor de estas ideas, estaba casi aterrorizado ante el pensamiento de cuan poco faltó para que las hubiese dejado de lado. Cuán fácilmente hubiera podido ignorar la existencia de G. o perder su rastro, si no le hubiese preguntado cuándo podría volverlo a ver.

En casi todas sus exposiciones, G. regresaba a un tema que evidentemente consideraba de suma importancia, pero que era para muchos de nosotros difícil de asimilar.

—El desarrollo del hombre, decía él, se opera a lo largo de dos líneas: «saber» y «ser». Para que la evolución se realice correctamente, ambas líneas deben avanzar juntas, paralelas una a otra y sosteniéndose una a otra. Si la línea del saber sobrepasa demasiado a la del ser, o si la línea del ser sobrepasa demasiado a la del saber, el desarrollo del hombre no puede hacerse regularmente; tarde o temprano tiene que detenerse.

"La gente capta lo que debe entenderse por «saber». Reconocen la posibilidad de diferentes niveles de saber: comprenden que el saber puede ser más o menos elevado, es decir, de más o menos buena calidad. Pero esta comprensión no la aplican al ser. Para ellos, el ser designa simplemente «la existencia», que ellos oponen a la «no existencia». No comprenden que el ser puede situarse a niveles muy diferentes, incluir varias categorías. Tomen, por ejemplo, el ser de un mineral y el ser de una planta. Son dos seres diferentes. El ser de una planta y el de un animal, son también dos seres diferentes. Igualmente lo son el ser de un animal y el ser de un hombre. Pero dos hombres pueden diferir en su ser más aún que un mineral y un animal. Esto es exactamente lo que la gente no capta. Ellos no comprenden que *el saber depende del ser*. Y no solamente no lo comprenden, sino que no quieren comprenderlo. En la civilización occidental en particular, se admite que un hombre pueda poseer un saber vasto, que pueda ser por ejemplo un sabio eminente, autor de grandes descubrimientos, un hombre que hace progresar la ciencia, y que al mismo tiempo pueda ser, y tiene el derecho de ser, un pobre hombre egoísta, discutidor, mezquino, envidioso, vanidoso, ingenuo y distraído. Parece que aquí se considera que un profesor tiene que olvidar en todas partes su paraguas.

"Y sin embargo, tal es su ser. Pero en Occidente se estima que el saber de un hombre no depende de su ser. La gente da mayor valor al saber, pero no sabe darle al ser un valor igual, y no tiene vergüenza del nivel inferior de su propio ser. Ni siquiera comprende lo que esto quiere decir. Nadie comprende que el grado del saber de un hombre es función del grado de su ser.

"Cuando el saber excede demasiado al ser, se vuelve teórico, abstracto, inaplicable a la vida, aun puede tornarse nocivo, porque en lugar de servir a la vida y

de ayudar a la gente en su lucha contra las dificultades que la asaltan, tal saber comienza a complicarlo todo; desde luego, ya no puede aportar sino nuevas dificultades, nuevos problemas y toda clase de calamidades que no existían antes.

"La razón de esto es que el saber que no está en armonía con el ser, nunca puede ser bastante grande o, mejor dicho, no puede estar lo suficientemente calificado para las necesidades reales del hombre. Éste será el saber *de una cosa*, ligado a la ignorancia *de otra*: será el saber del detalle, ligado a la ignorancia del *todo*: el saber de la *forma*, ignorante de la *esencia*.

"Tal preponderancia del saber sobre el ser puede ser comprobada en la cultura actual. La idea del valor y de la importancia del nivel del ser está completamente olvidada. Y se ha olvidado también que el nivel del saber está determinado por el nivel del ser. De hecho, a cada nivel de ser corresponden ciertas posibilidades de saber bien definidas. Dentro de los límites de un «ser» dado, la *calidad* del saber no se puede cambiar, y dentro de estos límites, la única posibilidad de cambio reside en la acumulación de informaciones de una sola y misma naturaleza. Un cambio en la naturaleza del saber es imposible sin un cambio en la naturaleza del ser.

"Tomado en sí, el ser de un hombre presenta múltiples aspectos. El del hombre moderno se caracteriza sobre todo por la ausencia de *unidad en si mismo* y por la ausencia aun de la menor traza de aquellas propiedades que le complace especialmente atribuirse, la «conciencia lúcida», la «libre voluntad», un «ego permanente» o «Yo», y la «capacidad de hacer». Sí, por asombroso que esto les parezca, les diré que el rasgo principal del ser de un hombre moderno, que explica *todo lo que le falta, es el sueño*.

"El hombre moderno vive en el sueño. Nacido en el sueño, muere en el sueño. Del sueño, de su significado y de su papel en la vida, hablaremos más tarde. Ahora, reflexionen solamente en esto: ¿qué puede saber un hombre que duerme? Si ustedes piensan en ello, recordando al mismo tiempo que *el sueño* es el rasgo principal de nuestro ser, no tardará en ser evidente para ustedes que Un hombre, si verdaderamente quiere saber, debe reflexionar ante todo en las maneras de despertarse, es decir, de cambiar su ser.

"El ser exterior del hombre tiene muchos lados diferentes: actividad o pasividad; veracidad o mala fe; sinceridad o falsedad; coraje o cobardía; control de sí mismo o libertinaje; irritabilidad, egoísmo, disposición al sacrificio, orgullo, vanidad, presunción, asiduidad, pereza, sentido moral, depravación; todos estos rasgos, y muchos más,

componen el ser de un hombre.

"Pero todo esto en el hombre es enteramente *mecánico*. Si miente, significa que no puede dejar de mentir. Si dice la verdad, significa que no puede dejar de decir la verdad; y así es en todo. Todo *sucede*: un hombre no puede *hacer nada*, ni interior ni



exteriormente.

"Sin embargo, hay límites. Por regla general, el ser del hombre moderno es de una calidad muy inferior. A veces de una calidad tan inferior que no hay posibilidad de cambio para él. Nunca hay que olvidarlo. Aquéllos cuyo ser puede aún cambiar se pueden considerar afortunados. ¡Hay tantos que son definitivamente enfermos, máquinas rotas con las cuales no se puede hacer nada! Son la gran mayoría. Pocos son los hombres que pueden recibir el verdadero saber; si ustedes reflexionan sobre esto, comprenderán por qué no lo pueden los otros: su ser se opone a ello.

"En general, el *equilibrio* del ser y del saber es aún más importante que el desarrollo separado de uno o del otro. Porque un desarrollo separado del ser o del saber no es deseable de ninguna manera, aunque este desarrollo *unilateral* sea precisamente lo que parece atraer de manera especial a la gente.

"Cuando el saber predomina sobre el ser, el hombre *sabe, pero no tiene el poder de hacer*. Es un saber inútil. Inversamente, cuando el ser predomina sobre el saber, el hombre *tiene el poder de hacer*, pero no sabe qué hacer. Así el ser que él ha adquirido no le puede servir para nada, y todos sus esfuerzos han sido inútiles.

"En la historia de la humanidad, encontramos numerosos ejemplos de civilizaciones enteras que perecieron ya sea porque su saber sobrepasaba a su ser, o porque su ser sobrepasaba a su saber."

—¿A qué conduce un desarrollo unilateral del saber y un desarrollo unilateral del ser? preguntó uno de los asistentes.

—El desarrollo de la línea del saber sin un desarrollo correspondiente de la línea del ser, respondió G., produce un *Yogui débil*, quiero decir un hombre que sabe mucho, pero que no puede hacer nada, un hombre que no *comprende* (acentuó esta palabra) lo que sabe, un hombre *que no aprecia*, es decir: incapaz de evaluar las diferencias entre uno y otro tipo de saber. Y el desarrollo de la línea del ser sin un correspondiente desarrollo del saber produce un *Santo estúpido*. Es un hombre que puede hacer mucho pero que no sabe qué hacer, ni con qué; y si hace algo, actúa esclavizado por sus sentimientos subjetivos que pueden desviarlo y hacerle cometer graves errores, es decir, de facto, lo contrario de lo que quiere. Por consiguiente, en ambos casos, tanto el *Yogui débil* como el *Santo estúpido* llegan a un punto muerto. Se han vuelto incapaces de todo desarrollo ulterior.

"Para captar esta distinción y, de una manera general, la diferencia entre la naturaleza del saber y la del ser, y su interdependencia, es indispensable comprender la relación que tienen con la comprensión el saber y el ser, tomados en conjunto. *El saber es una cosa, la comprensión es otra*. Pero la gente confunde a menudo estas dos ideas, o bien no ve claramente donde está la diferencia.

"El saber por sí solo no da comprensión. Y la comprensión no se puede aumentar por el solo acrecentamiento del saber. La comprensión depende de la relación entre el

saber y el ser. La comprensión resulta de la conjunción del saber y del ser. Por consecuencia, el ser y el saber no deben divergir demasiado, de otra manera la comprensión se encontraría muy alejada de ambos. Como ya hemos dicho, la relación del saber con el ser no cambia por el simple acrecentamiento del saber. Sólo cambia cuando el ser crece paralelamente al saber. En otras palabras, la comprensión no crece sino en función del desarrollo del ser.

"Con el pensamiento ordinario, la gente no distingue entre saber y comprensión. Piensan que cuanto más saben tanto mas deben comprender. Es por esto que acumulan el saber o lo que ellos así llaman, pero no saben cómo se acumula la *comprensión* y no les importa saberlo.

"Por lo tanto, una persona ejercitada en la observación de sí, sabe con certidumbre que en diferentes períodos de su vida ha comprendido una sola y misma idea, un solo y mismo pensamiento, de maneras totalmente diferentes. A menudo le parece extraño que haya podido comprender tan mal lo que ahora comprende tan bien, según cree. Sin embargo, se da cuenta que su saber sigue siendo el mismo; que hoy no sabe nada más que ayer. ¿Qué es, entonces, lo que ha cambiado? Lo que ha cambiado es su ser. Tan luego cambia el ser, la comprensión tiene también que cambiar. La diferencia entre el saber y la comprensión se aclara al darnos cuenta que el saber puede ser la función de un solo centro. Por el contrario, la comprensión es la función de tres centros. De modo que el aparato del pensar puede *saber algo*. Pero la comprensión aparece solamente cuando un hombre tiene el *sentimiento* y la *sensación* de todo lo que está vinculado a su saber.

"Anteriormente hemos hablado de la mecanicidad. Un hombre no puede decir que comprende la idea de la mecanicidad, cuando la *sabe* solamente con su cabeza. Tiene que *sentirla* con toda su masa, con su ser entero. Sólo entonces la comprenderá.

"En el campo de las actividades prácticas, la gente sabe muy bien diferenciar entre el simple saber y la comprensión. Se da cuenta que saber y *saber hacer* son dos cosas completamente distintas, y que *saber hacer* no es fruto sólo del saber. Pero, fuera de este campo de actividad práctica, la gente deja de comprender lo que significa «comprender».

"Por regla general, cuando la gente se da cuenta que no comprende una cosa, trata de encontrarle un nombre, y cuando le ha encontrado un nombre, dice que «comprende». Pero «encontrar un nombre» no significa haber comprendido. Por desgracia, la gente se satisface habitualmente con nombres. Y se considera que un hombre que conoce un gran número de nombres, es decir, una multitud de palabras, es muy comprensivo, excepto en las cosas prácticas donde su ignorancia no tarda en ponerse en evidencia.

"Una de las razones de la divergencia entre la línea del saber y la línea del ser en nuestra vida, en otras palabras, la falta de comprensión que es en parte la causa y en

parte el efecto de esta divergencia, se encuentra en el lenguaje que emplea la gente. Este lenguaje está lleno de conceptos falsos, de clasificaciones falsas y de asociaciones falsas. Lo peor es que las características esenciales del pensar ordinario, su vaguedad y su imprecisión, hacen que cada palabra pueda tener mil significados diferentes según el bagaje de que dispone el que habla y el complejo de asociaciones en juego en el momento mismo. La gente no se da cuenta de cuán subjetivo es su lenguaje, de cuán diferentes son las cosas que dice, aun cuando todos usan las mismas palabras. No ven que cada uno de ellos habla su propia lengua sin comprender nada, o muy vagamente, la de los demás; sin tener la menor idea que el otro les habla siempre en una lengua que les es desconocida. La gente está absolutamente convencida de tener un lenguaje común y de comprenderse entre sí. De hecho, esta convicción no tiene el más mínimo fundamento. Las palabras que usan están adaptadas a las necesidades de la vida práctica. Pueden comunicarse así informaciones de carácter práctico, pero apenas entran en un dominio ligeramente más complejo, están perdidos y dejan de comprenderse, aunque no se den cuenta de ello. A menudo, si no siempre, las personas creen comprenderse y en todo caso se imaginan que podrían comprenderse con sólo tomarse la molestia; se imaginan también comprender a los autores de los libros que leen, y no ser los únicos que son capaces de comprenderlos. Esta es una ilusión más de las ilusiones que se forjan y en medio de las cuales viven. En realidad, nadie comprende a nadie. Dos hombres pueden decir la misma cosa con profunda convicción, pero dándole nombres distintos, y discutir interminablemente sin sospechar que su pensamiento es exactamente el mismo. O bien, inversamente, dos hombres pueden usar las mismas palabras e imaginar que están de acuerdo, que se comprenden, mientras que en realidad dicen cosas absolutamente diferentes, y no se comprenden en lo más mínimo.

"Tomemos las palabras más simples, las que nos vienen constantemente a los labios, y tratemos de analizar el sentido que se les da: veremos que en todo momento un hombre pone en cada palabra un sentido especial que otro hombre nunca le da y que ni aun sospecha.

"Tomemos por ejemplo la palabra «hombre», e imaginemos una conversación en la cual esta palabra se repitiese a menudo. Sin exagerar, habrá para la palabra «hombre» tantos significados como personas presentes, y estos significados no tendrán entre ellos nada en común.

"Al pronunciar la palabra «hombre», cada cual la enfocará involuntariamente desde el punto de vista desde el cual considera al hombre en general, o desde donde lo considera actualmente por tal o cual razón. Así una persona puede estar preocupada por la cuestión sexual. Entonces la palabra «hombre» perderá para ella su sentido general, y al oírla, se preguntará en seguida: ¿Quién? ¿Hombre o mujer? Otra

persona puede ser devota, y su primera pregunta será: ¿Cristiano o no cristiano? Una tercera quizá es médico, y el concepto «hombre» se reducirá para ella a sano o enfermo... y por supuesto, desde el punto de vista de su especialidad. Un espiritista pensará en el hombre desde el punto de vista de su «cuerpo astral», y de la «vida en el más allá», etc., y si se le pregunta, dirá que hay dos clases de hombres: los médiums y los no-mediums. Para un naturalista, el centro de gravedad de sus pensamientos será la idea del hombre como tipo zoológico, tendrá especialmente en vista la estructura craneana, la distancia entre los ojos, el ángulo facial... un abogado verá en el «hombre» una unidad estadística o un sujeto para la aplicación de leyes, un criminal potencial o un posible cliente. Un moralista, al pronunciar la palabra «hombre» no dejará de introducir la idea del bien y del mal. Y así sucesivamente, sin fin.

"La gente no nota todas estas contradicciones, no ve que habla siempre de cosas diferentes, que no se comprende nunca. Es muy evidente que para estudios bien encaminados, para un intercambio exacto de pensamientos, es necesario un lenguaje exacto, un lenguaje que haga posible la expresión efectiva de lo que se quiere decir, que permita incluir cada vez una indicación del punto de vista desde el cual se encara un concepto dado, a fin de que el centro de gravedad de este concepto esté bien determinado. Esta idea es perfectamente clara y cada rama de la ciencia se esfuerza en elaborar y establecer un lenguaje exacto. Pero no hay un idioma universal. La gente no deja de confundir los lenguajes de las diferentes ciencias y nunca puede establecer sus relaciones justas. Aun tomando aisladamente cada rama de la ciencia aparecen constantemente nuevas terminologías, nuevas nomenclaturas. Mientras más avanzan las cosas peor se ponen. La incompreensión mutua, en lugar de disminuir, no hace sino crecer, y hay toda razón para pensar que ésta seguirá ampliándose siempre en el mismo sentido. La gente se comprenderá cada vez menos.

"Para una comprensión exacta es imprescindible un lenguaje exacto. Y el estudio de los sistemas del conocimiento antiguo comienza por el estudio de un lenguaje que permitirá precisar de inmediato lo que está dicho, desde qué punto de vista y con relación a qué. Este lenguaje nuevo casi no contiene términos nuevos ni nomenclatura nueva, pero *su estructura se basa sobre un principio nuevo: el principio de la relatividad*. En otras palabras, introduce la relatividad en todos los conceptos y así hace posible una determinación precisa del ángulo del pensamiento ya que lo que más le falta al lenguaje ordinario son términos que expresen la relatividad.

"Cuando un hombre haya asimilado este nuevo lenguaje, entonces, con su ayuda, pueden serle transmitidos todos los conocimientos e informaciones que no pueden transmitírsele por medio del lenguaje ordinario, ni aun con todo el refuerzo posible de términos filosóficos y científicos.

"La propiedad fundamental de este nuevo lenguaje es que en él se concentran *todas* las ideas alrededor *de una sola* idea; en otras palabras, todas son enfocadas en

sus relaciones mutuas desde el punto de vista de una única idea. Esta idea es la idea de *la evolución*. Naturalmente, de ninguna manera en el sentido de una evolución *mecánica*, porque ésta no existe, sino en el sentido de una evolución consciente y voluntaria, que es la única posible.

"Todo en el mundo, desde el sistema solar hasta el hombre, y desde el hombre hasta el átomo, se eleva o desciende, evoluciona o degenera, se desarrolla o decae. *Pero nada evoluciona mecánicamente*. Solamente la degeneración y la destrucción proceden mecánicamente. Lo que no puede evolucionar conscientemente, degenera. La ayuda del exterior no es posible sino en la medida en que es apreciada y aceptada, aunque al comienzo sólo lo sea por el sentimiento.

"El lenguaje que permite la comprensión se basa sobre el conocimiento de la relación del objeto examinado con su posible evolución, sobre el conocimiento de su *lugar* en la escala evolutiva.

"Con este fin un gran número de nuestras ideas habituales están *divididas* de acuerdo a las etapas de esta evolución.

"Una vez más, tomemos la idea del *hombre*. En el lenguaje del que hablo, en lugar de la palabra «hombre» se usan *siete palabras* que son: hombre N° 1, hombre N° 2, hombre N° 3, hombre N° 4, hombre N° 5, hombre N° 6 y hombre N° 7. Con estas siete ideas, estaremos en condiciones de comprendernos cuando hablemos del hombre.

"El hombre N° 7 ha llegado al más completo desarrollo que le es posible al hombre, y posee todo lo que el hombre puede poseer, sobre todo la voluntad, la conciencia, un «Yo» permanente e inmutable, la individualidad, la inmortalidad, y muchas otras propiedades que, en nuestra ceguera y nuestra ignorancia, nos atribuimos. Sólo podemos comprender hasta cierto grado al hombre N° 7 y a sus propiedades, así como a las etapas graduales por las cuales podemos acercarnos a él, es decir, el proceso del desarrollo que nos es posible.

"El hombre N° 6 sigue de cerca al hombre N° 7. No difiere de él sino porque algunas de sus propiedades todavía no han llegado a ser *permanentes*.

"El hombre N° 5 es también para nosotros un tipo inaccesible de hombre, pues ha alcanzado la unidad.

"El hombre N° 4 es un grado intermedio; hablaré de él más adelante.

"Los hombres números 1, 2 y 3 constituyen la humanidad mecánica: permanecen en el nivel en que han nacido. *El hombre N° 1* tiene el centro de gravedad de su vida psíquica en el centro motor. Es el hombre del cuerpo físico en el cual las funciones del instinto y del movimiento siempre predominan sobre las funciones del sentimiento y del pensar.

"El hombre N° 2 está en el mismo nivel de desarrollo, pero el centro de gravedad de su vida psíquica está en el centro emocional; es entonces aquel hombre en quien

las funciones emocionales predominan sobre todas las otras, es el hombre del sentimiento, el hombre emocional.

"El hombre N° 3 también está en el mismo nivel de desarrollo, pero el centro de gravedad de su vida psíquica se encuentra en el centro intelectual, en otras palabras es un hombre en quien las funciones intelectuales predominan sobre las funciones emocionales, instintivas y motrices; es el hombre racional, que tiene una teoría para todo lo que hace, que parte siempre de consideraciones mentales.

"Cada hombre nace como hombre N° 1, N° 2 o N° 3.

"El hombre N° 4 no nace como tal. Nace como 1, 2 ó 3, y no llega a ser 4 sino como consecuencia de esfuerzos de carácter muy definido. El hombre N° 4 es siempre *producto de un trabajo de escuela*. No puede nacer como tal, ni desarrollarse accidentalmente; las influencias ordinarias de la educación, de la cultura, etc., no pueden producir un hombre N° 4. Su nivel es superior al del hombre N° 1, 2 ó 3; *tiene un centro de gravedad permanente* que está hecho de sus ideas, de su apreciación del trabajo y de su relación a la escuela. Además, sus centros psíquicos ya han comenzado a equilibrarse; en él, un centro ya no puede tener preponderancia sobre los otros, como es el caso de los hombres de las tres primeras categorías. El hombre N° 4 ya comienza a conocerse, comienza a saber hacia dónde va.

"El hombre N° 5 ya es el producto de una cristalización; ya no puede cambiar continuamente como el hombre N° 1, 2 y 3. Pero se debe tener en cuenta que el hombre N° 5 puede ser tanto el resultado de un trabajo justo como el resultado de un trabajo equivocado. Puede haber llegado a ser N° 5 después de haber sido N° 4, y puede haber llegado a ser N° 5 *sin haber sido* N° 4. En este caso, no podrá seguir desarrollándose, no podrá llegar a ser N° 6 y N° 7. Para llegar a ser N° 6, primero tendrá que volver a fundir completamente su esencia ya cristalizada, tendrá que perder intencionalmente su ser de hombre N° 5. Pero esto no puede llevarse a cabo sino a través de sufrimientos terribles. Felizmente, tales casos de desarrollo equivocado son muy poco frecuentes.

"La división del hombre en siete categorías permite darse cuenta de miles de particularidades que no pueden ser comprendidas de otra manera. Esta división es una primera aplicación al hombre del concepto de la *relatividad*. Cosas aparentemente idénticas pueden ser completamente diferentes, según la categoría de hombres de donde realmente surgen, o en función de la cual se las encara.

"Según este concepto, todas las manifestaciones interiores y exteriores del hombre, todo lo que le es propio, todas sus creaciones, están igualmente divididas en siete categorías.

"Por lo tanto, ahora podemos decir que hay un saber N° 1, basado en la imitación, los instintos, o aprendido de memoria, machacado, ejercitado repetidas veces. El hombre N° 1, si es un hombre N° 1 en todo el sentido de la palabra, adquiere todo su

saber como un mono o como un loro.

"El saber del hombre N° 2 es simplemente el saber de lo que a él le gusta. El hombre N° 2 no quiere saber nada de lo que no le gusta. Siempre y en todo, quiere algo que le agrada. O bien, si es un enfermo, por el contrario es atraído por todo lo que le desagrada, está fascinado por sus propias repugnancias, por todo lo que provoca en él horror, espanto y náusea.

"El saber del hombre N° 3 es un saber basado en un pensar subjetivamente lógico, en palabras, en una comprensión literal. Es el saber del ratón de biblioteca, de los escolásticos. Por ejemplo, son hombres N° 3 los que han contado cuántas veces se repite cada letra del alfabeto árabe en el Corán y han basado en esto todo un sistema de interpretación.

"El saber del hombre N° 4 es de una especie totalmente diferente. Es un saber que viene del hombre N° 5, quien lo ha recibido del hombre N° 6, el cual a su vez lo ha recibido del hombre N° 7. Sin embargo, es innecesario decir que el hombre N° 4 asimila sólo el conocimiento de lo que corresponde a sus poderes. Pero en comparación con el saber del hombre N° 1, 2 y 3, el saber del hombre N° 4 ha comenzado a liberarse de los elementos subjetivos. El hombre N° 4 está en camino hacia el saber objetivo.

"El saber del hombre N° 5 es un saber total e indivisible. El hombre N° 5 posee ahora un Yo indivisible, y todo su conocimiento pertenece a este Yo. Ya no puede tener un «yo» que sepa algo, sin que otro «yo» no esté informado. Lo que sabe lo sabe con la totalidad de su ser. Su saber está más cercano al saber objetivo que el del hombre N° 4.

"El saber del hombre N° 6 representa la totalidad del saber accesible al hombre; pero aún puede ser perdido.

"El saber del hombre N° 7 es completamente suyo y ya no se le puede quitar; es el saber *objetivo* y enteramente *práctico* de *Todo*.

"Con el ser pasa exactamente lo mismo. Hay el ser del hombre N° 1, es decir, de aquel que vive a través de sus instintos y de sus sensaciones; hay el ser del hombre N° 2, que vive de sus sentimientos, de sus emociones; y el ser del hombre N° 3, el hombre racional, el teórico, y así sucesivamente. Es así que se comprende por qué el saber nunca puede estar muy alejado del ser. Debido a su ser los hombres N° 1, 2 y 3 no pueden poseer el saber de los hombres 4, 5 y niveles superiores. Cualquier cosa que se les dé lo interpretan a su modo, no sabrían hacerlo de otra manera sino rebajándolo a su propio nivel inferior.

"Se puede aplicar el mismo tipo de división en siete categorías a todo lo que se refiere al hombre. Hay un arte N° 1, que es el arte del hombre N° 1, un arte de imitación, de simulacro o bien groseramente primitivo y sensual, como la música y las danzas de los pueblos salvajes. Hay un arte N° 2, un arte de sentimiento; un arte

Nº 3, que es intelectual, inventado; y debe haber un arte Nº 4, 5, etc...

"Exactamente de la misma manera, hay una religión del hombre Nº 1, es decir, una religión hecha de ritos, de formas exteriores, de sacrificios y de ceremonias brillantes, que a veces pueden ser de un esplendor imponente o por el contrario de un carácter lúgubre, salvaje, cruel, etc... Y hay una religión del hombre Nº 2: la religión de la fe, del amor, del fervor, de la adoración y del entusiasmo, que no tarda en transformarse en una religión de persecución, de opresión y de exterminio de los «herejes» o de los «paganos». Hay una religión del hombre Nº 3, intelectual y teórica, una religión de pruebas y argumentos, basada en razonamientos, interpretaciones y deducciones lógicas. En realidad las religiones Nº 1, 2 y 3 son las únicas que conocemos; todas las formas religiosas conocidas por nosotros pertenecen a una u otra de estas tres categorías. En cuanto a la religión de los hombres Nº 4, 5, 6 y 7, no la conocemos y no podemos conocerla mientras sigamos siendo lo que somos.

"Si en lugar de tomar la religión en general consideramos al Cristianismo, veremos que igualmente un Cristianismo Nº 1 es por así decirlo un paganismo bajo un nombre cristiano. El Cristianismo Nº 2 es una religión del sentimiento, algunas veces muy pura pero desprovista de fuerza, y otras veces sanguinaria y atroz, como la que condujo a la Inquisición y a las guerras religiosas. El Cristianismo Nº 3, ejemplos del cual nos ofrecen las diferentes formas de protestantismo, se basa en teorías, argumentos, en toda una dialéctica, etc... Luego hay un Cristianismo Nº 4, del cual los hombres Nº 1, 2 y 3 no tienen la menor idea.

"De hecho, el Cristianismo Nº 1, 2 y 3 no es sino una imitación exterior. Sólo el hombre Nº 4 se esfuerza por llegar a ser un Cristiano, y sólo el hombre Nº 5 puede ser realmente un Cristiano. Porque para ser un Cristiano, hay que tener el ser de un Cristiano, es decir vivir conforme a los preceptos de Cristo.

"Los hombres Nº 1, 2 y 3 no pueden vivir conforme a los preceptos de Cristo, porque para ellos todo «sucede». Hoy es una cosa, mañana es otra. Hoy están prontos a darle a un hombre su última camisa, y mañana a despedazarlo porque ha rehusado hacer lo mismo con ellos. Son arrastrados al azar del acontecer, van a la deriva. No son sus propios amos, y por consiguiente, aun si deciden ser Cristianos, no pueden serlo de verdad.

"La ciencia, la filosofía y todas las manifestaciones de la vida y de la actividad humana se pueden dividir exactamente de la misma manera en siete categorías, pero el lenguaje ordinario de los hombres está muy lejos de tener en cuenta estas divisiones y debido a esto es tan difícil para ellos el comprenderse.

"Al analizar los diferentes sentidos subjetivos de la palabra «hombre», hemos visto cuan variados y contradictorios y sobre todo cuán velados e indiscernibles, aun para quien habla, son los sentidos y matices de sentidos —creados por asociaciones habituales— que pueden introducirse en una palabra.



"Tomemos otra palabra, «mundo», por ejemplo. Cada cual la comprende a su manera. Cada cual, al decir u oír la palabra «mundo», tiene sus asociaciones particulares, totalmente incomprensibles para otro. Cada «concepción del mundo», cada forma de pensar habitual, trae consigo sus propias asociaciones, sus propias ideas.

"Para un hombre cuya concepción del mundo sea religiosa, por ejemplo un cristiano, la palabra «mundo» llama de inmediato a toda una serie de ideas religiosas, y necesariamente se asocia a la idea de Dios, a la idea de la creación del mundo o del fin del mundo, de este mundo pecador y así sucesivamente.

"Para un adepto del Vedanta, el mundo será ante todo ilusión, «Maya».

"Un teósofo pensará en los diferentes «planos», físico, astral, mental, etc.

"Un espiritista pensará en el mundo del «más allá», en el mundo de los espíritus.

"Un físico mirará el mundo desde el punto de vista de la estructura de la materia; será un mundo de moléculas, de átomos, de electrones.

"Para el astrónomo, el mundo será un mundo de estrellas y de galaxias.

"Y esto no es todo... El mundo de los fenómenos y el del noúmeno, el mundo de la cuarta y otras dimensiones, el mundo del bien y del mal, el mundo material y el inmaterial, la relación de fuerzas entre las diversas naciones del mundo, la cuestión de si el hombre puede ser «salvado» en el mundo, etc., etc.

"Los hombres tienen miles de ideas diferentes sobre el mundo, pero les falta esta idea general que les permitiría comprenderse mutuamente y determinar de inmediato desde qué punto de vista se proponen mirar el mundo.

"Es imposible estudiar un sistema del universo sin estudiar al hombre. Al mismo tiempo, es imposible estudiar al hombre sin estudiar el universo. El hombre es una imagen del mundo. Ha sido creado por las mismas leyes que crearon el mundo entero. Si un hombre se conociera y se comprendiera a sí mismo, conocería y comprendería el mundo entero, todas las leyes que crean y que gobiernan el mundo. E inversamente, a través del estudio del mundo y de las leyes que lo gobiernan, aprendería y comprendería las leyes que lo gobiernan a él mismo. A este respecto, ciertas leyes se comprenden y asimilan más fácilmente por medio del estudio del mundo objetivo, y otras no pueden ser comprendidas sino por el estudio de sí. Por lo tanto, el estudio del mundo y el estudio del hombre se deben conducir paralelamente, uno ayudando al otro.

"En lo que se refiere al sentido de la palabra «mundo», hay que comprender desde el comienzo que hay una multiplicidad de mundos, y que no vivimos en un mundo único, sino en varios mundos. Esta idea es difícil de captar, porque en el lenguaje ordinario, la palabra «mundo» se emplea generalmente en singular. Y si se emplea el plural «mundos», no es sino para subrayar en alguna forma la misma idea, o para expresar la idea de mundos diferentes, que existen unos paralelamente a los otros. El

lenguaje habitual no abarca la idea de mundos contenidos unos dentro de otros. Sin embargo, la idea de que vivimos en mundos diferentes, implica precisamente, mundos contenidos unos dentro de otros con los cuales estamos en relaciones diferentes.

"Si buscamos una respuesta a la pregunta: ¿Qué es el mundo o qué son los mundos en los cuales vivimos?, debemos preguntarnos ante todo cuál es el mundo que nos concierne de manera más íntima o más inmediata.

"A esto podemos responder que damos a menudo el nombre de mundo al mundo de los hombres, a la humanidad de la cual somos parte. Pero la humanidad forma parte integral de la vida orgánica sobre la tierra, y por consiguiente será justo decir que el mundo más cercano a nosotros es *la vida orgánica sobre la tierra*, el mundo de las plantas, de los animales y de los hombres.

"Pero la vida orgánica también está en el mundo. ¿Que es entonces el «mundo» para la vida orgánica?

"Para la vida orgánica el mundo es nuestro planeta, la tierra.

"Pero la tierra también está en el mundo. ¿Qué es entonces el mundo para la tierra?

"El mundo, para la tierra, es el mundo de los planetas del sistema solar del cual la tierra forma parte.

"¿Qué es el «mundo» para todos los planetas tomados en conjunto? El sol, o la esfera de la influencia solar, o el sistema solar del cual los planetas forman parte.

"Para el sol, a su vez, el «mundo» es nuestro mundo de las estrellas, o la Vía Láctea, una acumulación enorme de sistemas solares.

"Y más lejos todavía, desde un punto de vista astronómico, es completamente posible presumir la existencia de una multitud de mundos a distancias enormes unos de otros, en el espacio de «todos los mundos». Estos mundos, tomados en conjunto, serán el «mundo» para la Vía Láctea.

"Y ahora, pasando a conclusiones filosóficas, podemos decir que «todos los mundos» deben formar de alguna manera desconocida por nosotros e incomprensible, una *Totalidad* o una *Unidad* (como una manzana es una unidad). Esta Totalidad o esta Unidad, este *Todo* —que puede llamarse el «Absoluto» o el «Independiente», porque, incluyendo todo en sí mismo, él mismo no depende de nada— es «mundo» para «todos los mundos». Lógicamente, es perfectamente posible concebir un estado de cosas donde el Todo forma una sola Unidad. Tal Unidad será ciertamente el Absoluto, lo que significa el Independiente, ya que siendo Todo, no puede dejar de ser indivisible e infinito.

"El Absoluto, es decir este estado de cosas donde el Conjunto constituye un Todo, es de alguna manera el estado primordial, fuera del cual, por división y diferenciación, surge la diversidad de fenómenos que observamos.

"El hombre vive en todos los mundos, pero de diferentes maneras.

"Esto significa que ante todo está influido por el mundo *más cercano*, con el que vive en contacto inmediato ya que forma parte de éste. Los mundos más alejados influyen también sobre el hombre, ya sea directamente, o a través de los mundos intermedios, pero su acción disminuye en razón directa de su alejamiento o de su diferenciación respecto al hombre. Como lo veremos más tarde, la influencia *directa* del Absoluto no alcanza al hombre. Pero la influencia del mundo inmediatamente consecutivo, la del mundo de las estrellas, ya es perfectamente clara en la vida del hombre —aunque la «ciencia», por cierto, no sepa nada de esto."

Con estas palabras, G. terminó su exposición.

En la reunión siguiente, todos teníamos muchas preguntas, sobre todo acerca de las influencias de los diferentes mundos, y especialmente el porqué no llega hasta nosotros la influencia del Absoluto.

—Antes de abordar estas preguntas y las leyes de la transformación de la Unidad en Pluralidad, comenzó G., debemos examinar *la ley fundamental* que crea todos los fenómenos, en toda la diversidad o la unidad de todos los universos.

"Esta es la «Ley de Tres», la ley de los *Tres Principios* o de las *Tres Fuerzas*. Según esta ley, todo fenómeno, sobre cualquier escala y en cualquier mundo en que tenga lugar, desde el plano molecular al plano cósmico, es el resultado de la combinación o del encuentro de tres fuerzas diferentes y opuestas. El pensamiento contemporáneo reconoce la existencia de dos fuerzas, y la necesidad de estas dos fuerzas para que se produzca un fenómeno: fuerza y resistencia, magnetismo positivo y negativo, electricidad positiva y negativa, células masculinas y femeninas, y así sucesivamente. Pero no reconoce aun la existencia de estas dos fuerzas siempre y en todas partes. En cuanto a la tercera fuerza, jamás se ha preocupado de ella, y si se ha suscitado alguna vez esta cuestión, nadie se ha dado cuenta.

"Según el conocimiento verdadero y exacto, una fuerza o dos fuerzas no pueden jamás producir un fenómeno. Es necesaria la presencia de una tercera fuerza, porque es únicamente con su ayuda que las dos primeras pueden producir lo que puede llamarse un fenómeno, en cualquier nivel.

"La doctrina de las tres fuerzas está en la raíz de todos los sistemas antiguos. La primera fuerza puede ser llamada activa o positiva; la segunda, pasiva o negativa; la tercera, neutralizante. Pero estos son meramente nombres. En realidad, estas tres fuerzas son tan activas una como otra; aparecen como activa, pasiva y neutralizante únicamente en su punto de encuentro, es decir, *solamente en el momento en que entran en relación, una con otra*. Las dos primeras fuerzas son más o menos comprensibles y a veces se puede descubrir la tercera, ya sea en el punto de aplicación de las fuerzas, en su «medio», o en su «resultado». Pero en general es difícil observar y comprender la tercera fuerza. La razón de esto se debe buscar en los

límites funcionales de nuestra actividad psicológica ordinaria y en las categorías fundamentales de nuestra percepción del mundo de los fenómenos, es decir, en nuestra sensación del espacio y del tiempo resultantes de estas limitaciones. Los hombres no pueden percibir ni observar directamente la tercera fuerza, tal como no pueden percibir en forma espacial la «cuarta dimensión».

"Pero al estudiarse a sí mismo, al estudiar las manifestaciones de su pensamiento, de su conciencia, de su actividad, de sus hábitos, de sus deseos, etc., se puede aprender a observar y a ver en sí mismo la acción de las tres fuerzas. Supongamos, por ejemplo, que un hombre quiere trabajar sobre sí mismo para cambiar algunas de sus características, con el fin de alcanzar un nivel de ser más elevado. Su deseo, su iniciativa, será la fuerza activa. La inercia de toda su vida psicológica habitual, que se opone a esta iniciativa, será la fuerza pasiva o negativa. Las dos fuerzas o se contrabalancearán, o una vencerá totalmente a la otra, pero al mismo tiempo quedará demasiado débil para cualquier acción ulterior. Así las dos fuerzas tendrán que girar, en cierta forma, una alrededor de la otra, una absorbiendo a la otra, y no producirán resultado alguno. Esto puede prolongarse toda una vida. Un hombre puede experimentar un deseo de iniciativa. Pero toda su fuerza de iniciativa puede ser absorbida por sus esfuerzos para sobreponerse a la inercia habitual de la vida, sin dejarle nada para alcanzar la meta hacia la cual debería dirigir su iniciativa. Y esto puede continuar así, hasta que la tercera fuerza haga su aparición, por ejemplo, bajo la forma de un *nuevo saber*, mostrando en seguida la ventaja o la necesidad de un trabajo sobre sí, que de esta manera sostendrá y reforzará la iniciativa. Entonces la iniciativa, con el sostén de la tercera fuerza, podrá vencer la inercia y el hombre llegará a ser activo en la dirección deseada.

"Se pueden descubrir ejemplos de la acción de las tres fuerzas y de los momentos en que entra en juego la tercera fuerza en todas las manifestaciones de nuestra vida psíquica, en todos los fenómenos de la vida de las comunidades humanas, de la humanidad considerada como una totalidad, y en todos los fenómenos de la naturaleza circundante.

"Al comienzo, será suficiente comprender el principio general: Cada fenómeno, sea cual fuere su magnitud, es necesariamente la manifestación de tres fuerzas; una o dos fuerzas no pueden producir un fenómeno, y si observamos una detención en lo que sea, o una vacilación sin fin en el mismo lugar, podemos decir que en dicho lugar falta la tercera fuerza. Para tratar de comprenderla, se debe recordar una vez más que no podemos ver los fenómenos como manifestaciones de las tres fuerzas, porque en nuestros estados subjetivos de conciencia, el mundo objetivo escapa a nuestras observaciones. Y en el mundo fenoménico observado subjetivamente, no vemos en los fenómenos sino la manifestación de una o de dos fuerzas. Si pudiéramos ver la manifestación de tres fuerzas en cada acción, veríamos entonces el mundo tal como

es (las cosas en sí mismas). Pero aquí, hay que recordar que un fenómeno que parece simple puede en realidad ser complicado, es decir que puede ser una combinación muy compleja de trinidad. Pero sabemos que no podemos ver el mundo tal como es, y esto debería ayudarnos a comprender por qué no podemos ver la tercera fuerza. La tercera fuerza es una propiedad del mundo real. El mundo subjetivo o fenoménico de nuestra observación es sólo relativamente real; en todo caso, no es completo.

"Volviendo al mundo en que vivimos, podemos decir ahora que en el Absoluto — así como por analogía en todo lo demás— las tres fuerzas son activas: la fuerza llamada activa, la fuerza llamada pasiva y la fuerza llamada neutralizante. Pero ya que en el Absoluto, por su misma naturaleza, cada cosa constituye un todo, las tres fuerzas igualmente constituyen un todo. Además, al formar un todo independiente, las tres fuerzas poseen una voluntad plena e independiente, una conciencia plena, una comprensión plena de sí mismas y de todo lo que hacen.

"La idea de la unidad de las tres fuerzas en el Absoluto forma la base de muchas enseñanzas antiguas —la consubstancial e indivisible Trinidad, Trimurti: Brahma-Vishnu-Siva, y así sucesivamente.

"Las tres fuerzas del Absoluto, constituyendo un todo, separadas y unidas por su propia voluntad y por su propia decisión, crean en sus puntos de unión, fenómenos, «mundos». Estos mundos creados por voluntad del Absoluto, dependen enteramente de esta voluntad en todo lo que concierne a su propia existencia. En cada uno de ellos todavía actúan las tres fuerzas. Sin embargo, puesto que ahora cada uno de estos mundos ya no es el todo, sino solamente una de sus partes, desde entonces las tres fuerzas dejan de formar en ellos un solo todo. Hay ahora tres voluntades, tres conciencias, tres unidades. Cada una de las tres fuerzas contiene en sí misma la posibilidad de las tres, pero en su punto de encuentro cada una de ellas no manifiesta sino un principio: el activo, el pasivo o el neutralizante. Las tres fuerzas constituyen juntas una trinidad que produce nuevos fenómenos. Pero esta trinidad es diferente, no es aquella que estaba en el Absoluto, donde las tres fuerzas, al constituir una totalidad indivisible, poseían una sola voluntad y una sola conciencia. En los mundos del segundo orden, las tres fuerzas están ahora divididas y sus puntos de unión son de naturaleza diferente. En el Absoluto, el momento y el punto de su unión están determinados por su voluntad única. En los mundos del segundo orden, donde ya no hay una voluntad única, sino tres voluntades, los puntos de manifestación están determinados por una voluntad separada, independiente de las otras, y por consiguiente, el punto de encuentro resulta accidental, mecánico. La voluntad del Absoluto crea los mundos del segundo orden y los gobierna, pero no gobierna su trabajo creador, donde hace su aparición un elemento de mecanicidad."

G. trazó un diagrama:

—Imaginemos al Absoluto como un círculo, y dentro de él una multitud de otros círculos; éstos serán los mundos del segundo orden. Tomemos el primero de estos círculos. Al Absoluto se le designa con el número 1, ya que en el Absoluto las tres fuerzas constituyen un todo. En cuanto a los pequeños círculos, los designaremos con el número 3, ya que, en un mundo del segundo orden, las tres fuerzas están ya divididas.

"En cada uno de estos mundos del segundo orden, las tres fuerzas divididas crean, al encontrarse, mundos nuevos de un tercer orden. Consideremos algunos de estos mundos. Los mundos del tercer orden, creados por las tres fuerzas que actúan semi-mecánicamente, ya no dependen de la voluntad única del Absoluto, sino de tres leyes mecánicas. Estos mundos son creados por las tres fuerzas. Y una vez creados, manifiestan tres fuerzas nuevas de su propio orden. Por consecuencia, las fuerzas que actúan en los mundos del tercer orden serán seis. En el diagrama, al círculo del tercer orden, se le designa con el número 6 (3 más 3). En estos mundos se crean mundos de un nuevo orden, el cuarto.

"En los mundos del cuarto orden, actúan las tres fuerzas del mundo del segundo orden, las seis fuerzas del mundo del tercer orden, y tres fuerzas de su propio orden, o sea doce fuerzas en conjunto. Tomemos uno de estos mundos y designémoslo con el número 12 (3 más 6, más 3). Estos mundos sujetos a un mayor número de leyes están todavía más alejados de la voluntad única del Absoluto, y son aún más mecánicos. Los mundos creados dentro de estos mundos estarán gobernados por 24 fuerzas (3 más 6, más 12, más 3). A su vez, los mundos creados dentro de estos nuevos mundos estarán gobernados por 48 fuerzas. El número 48 está constituido de la siguiente manera: 3 fuerzas del mundo más cercano al Absoluto, 6 fuerzas del mundo consecutivo, 12 fuerzas del siguiente, 24 más del que sigue, y tres de su propio orden (3 más 6, más 12, más 24, más 3) o sea, cuarenta y ocho en total. Los mundos creados dentro de los mundos 48 estarán gobernados por 96 fuerzas (3 más 6, más 12, más 24, más 48, más 3). Los mundos del orden siguiente, si es que hay más, estarán gobernados por 192 fuerzas, y así sucesivamente.

"Si tomamos uno de los numerosos mundos creados dentro del Absoluto, o sea del mundo 3, éste representará la totalidad de los mundos estelares análogos a nuestra Vía Láctea. Si tomamos uno de los mundos creados dentro de este mundo 3, o sea el mundo 6, éste será la acumulación de estrellas que llamamos la Vía Láctea. El mundo 12 será uno de los soles que componen la Vía Láctea —nuestro Sol. El mundo 24 será el mundo planetario, es decir: todos los planetas del sistema solar. El mundo 48 será la Tierra. El mundo 96 será la Luna. Si la Luna tuviera un satélite, éste sería el mundo 192 y así sucesivamente.

"La cadena de los mundos cuyos eslabones son el Absoluto, Todos-los-mundos, Todos-los-soles, nuestro Sol, Todos-los-planetas, la Tierra, y la Luna, forma el «rayo

de creación» en el cual nos encontramos. El rayo de creación es para nosotros el «mundo» en el sentido más amplio de este término. Pero, naturalmente, el rayo de creación no es el «mundo» sino para nosotros, ya que el Absoluto da nacimiento a una cantidad indefinida de mundos diferentes, cada uno de los cuales emite un nuevo rayo de creación. Además, cada uno de estos mundos contiene a su vez una cantidad de mundos que representan una nueva refracción del rayo, y aquí una vez más escogemos solamente uno; nuestra Vía Láctea. La Vía Láctea está formada por una cantidad de soles, pero entre ellos no escogemos sino un sol, aquel que está más cerca de nosotros y del cual dependemos inmediatamente, nuestro Sol, en el cual vivimos, nos movemos, y tenemos nuestro ser. Cada uno de los otros soles representa otra refracción del rayo, pero no podemos estudiar estos rayos de la misma manera que estudiamos el nuestro, el rayo en el que estamos situados. Además, dentro del sistema solar, el mundo planetario está más cerca de nosotros que el mismo sol, y dentro del mundo planetario, el mundo más cercano a nosotros es la tierra, el planeta sobre el cual vivimos. No necesitamos estudiar los otros planetas de la misma manera que estudiamos la tierra; basta que los consideremos todos juntos, es decir, sobre una escala notablemente más pequeña que la que usamos para la tierra.

"El número de fuerzas en cada mundo, 1, 3, 6, 12, etc., indica el número de leyes a las cuales está sujeto el mundo dado.

"Cuanto menos leyes hay en un mundo dado, más cerca estará éste de la voluntad del Absoluto; mientras más leyes hay en un mundo dado, tanto mayor es su mecanicidad, tanto más lejos está de la voluntad del Absoluto. Vivimos en un mundo sujeto a cuarenta y ocho órdenes de leyes, es decir muy lejos de la voluntad del Absoluto, en un rincón muy remoto y muy sombrío del universo.

"De este modo, el rayo de creación nos ayuda a determinar y a comprender nuestro lugar en el mundo. Pero, como ustedes ven, todavía no hemos contestado a las preguntas sobre las influencias. Para poder comprender la diferencia entre las influencias de los diversos mundos, deberíamos primero profundizar la Ley de Tres. Luego deberíamos estudiar otra ley fundamental —la Ley de Siete o la Ley de Octava."

## Capítulo cinco

*Exposición sobre la "mecánica del universo". El rayo de creación y su crecimiento a partir del Absoluto. Una contradicción en las teorías científicas. La luna como terminación del rayo de creación. La voluntad del Absoluto. La idea de milagro. Nuestro lugar en el mundo. La luna se nutre de la vida orgánica. La influencia de la luna. Cómo liberarnos de ella. Diferencias de "materialidad" de los diferentes mundos. El mundo como mundo de "vibraciones". Las vibraciones se retardan en función de su distancia del Absoluto. Siete clases de materia. Los cuatro cuerpos del hombre, y su relación con los diferentes mundos. ¿Dónde está la tierra? Las tres fuerzas y las propiedades cósmicas de la materia. Los átomos de las sustancias complejas. Definición de la materia según las fuerzas que se manifiestan a través de ella. "Carbono", "Oxígeno", "Nitrógeno" e "Hidrógeno". Las tres fuerzas y las cuatro materias. ¿Es o no inmortal el hombre? ¿Qué significa inmortalidad? Un hombre que posee el cuarto cuerpo. La historia del seminarista y de la omnipotencia de Dios. Conversaciones sobre la luna. La luna comparada a las pesas de un reloj. Conversación sobre un lenguaje universal. Explicación de la Última Cena.*

"Consideremos el universo tridimensional. Tomémoslo como un mundo de *materia y de fuerza*, en el sentido más simple y más elemental de estas palabras. Más adelante hablaremos de las dimensiones de orden superior, las nuevas teorías sobre la materia, el espacio y el tiempo, y de las otras categorías del conocimiento del mundo que la ciencia ignora. Ahora tenemos que representarnos el universo bajo la forma esquemática del rayo de creación desde el Absoluto hasta la Luna.





**FIG. 3**

"El «rayo de creación» aparece a primera vista como un esquema muy elemental del universo, pero en realidad, al estudiarlo, llega a ser claro que este simple esquema permite coordinar y hacer la síntesis de una multitud de concepciones filosóficas, religiosas y científicas del mundo, actualmente en conflicto. La idea del rayo de creación pertenece al antiguo conocimiento, y un gran número de los ingenuos sistemas geocéntricos que conocemos, no son, en realidad, sino exposiciones imperfectas del rayo de creación o deformaciones de esta idea, debidas a una comprensión literal.

"Debemos tener presente que la idea del rayo de creación y de su crecimiento a partir del Absoluto contradice algunas teorías modernas —que, por otra parte, no son en modo alguno científicas. Consideremos por ejemplo la secuencia: Sol, Tierra, Luna. Según las concepciones habituales, la luna es un cuerpo celeste, frío y muerto, que anteriormente habría poseído, como la tierra, un fuego interno, y que en tiempos aún más remotos, habría sido una masa en fusión como el sol. Según las mismas concepciones, la tierra fue en otros tiempos como el sol, se está también enfriando gradualmente, y tarde o temprano llegará a ser una masa congelada como la luna. Se supone ordinariamente que el sol también se enfría, y que con el tiempo se volverá como la tierra, y aún más tarde, como la luna.

"Naturalmente, hay que notar que semejante teoría no tiene ningún derecho a ser llamada «científica» en el sentido estricto de la palabra, porque en la ciencia, es decir en la astronomía, o más exactamente en la astrofísica, hay una multitud de teorías e hipótesis diferentes y contradictorias sobre este asunto, ninguna de las cuales tiene

una base seria. Pero esta teoría, es una de las más difundidas y en lo que concierne al mundo en que vivimos ha llegado a ser el punto de vista del hombre medio de los tiempos modernos.

"Lo repito, la idea del rayo de creación y de su crecimiento a partir del Absoluto, contradice en general todos los puntos de vista de nuestros contemporáneos.

"Según esta idea, la luna es un planeta que todavía no ha nacido, por así decirlo, es un planeta que está naciendo. Se está calentando gradualmente y con el tiempo (en el caso de un desarrollo favorable del rayo de creación) llegará a ser como la tierra y tendrá su propio satélite, una nueva luna. Un nuevo eslabón se habrá añadido a la cadena del rayo de creación. Tampoco la tierra se va enfriando, por el contrario, se calienta, y con el tiempo podrá llegar a ser como el sol. Por ejemplo, observamos un desarrollo análogo en el sistema de Júpiter, que es un sol para sus satélites.

"Para resumir todo lo que se ha dicho sobre el rayo de creación, que desciende del mundo 1 hasta el mundo 96, recordemos que las cifras por las cuales se designan los mundos, indican el número de fuerzas, o de órdenes de leyes, que gobiernan los mundos en cuestión. En el Absoluto no hay sino una sola fuerza, una sola ley —la única e independiente voluntad del Absoluto. En el mundo siguiente hay tres fuerzas, o tres órdenes de leyes. En el siguiente, seis órdenes de leyes; en el que sigue doce, y así sucesivamente. En nuestro mundo, es decir sobre la tierra, estamos sujetos a cuarenta y ocho órdenes de leyes, que gobiernan toda nuestra vida. Si viviéramos sobre la luna, estaríamos sujetos a noventa y seis órdenes de leyes, es decir que nuestra vida y nuestra actividad serían aún más mecánicas, y no tendríamos las posibilidades que tenemos ahora de escapar de la mecanicidad.

"Como lo he dicho, la voluntad del Absoluto no se manifiesta sino en el mundo que ha sido creado inmediatamente por él, dentro de sí mismo, es decir, en el mundo 3; la voluntad inmediata del Absoluto no alcanza al mundo 6 y no se manifiesta en él sino bajo la forma de leyes mecánicas. Más lejos, en los mundos 12, 24, 48 y 96, la voluntad del Absoluto tiene menos y menos posibilidades de manifestarse. Esto significa que en el mundo 3, el Absoluto en alguna forma crea un plan general de todo el resto del Universo, que de allí en adelante se desarrolla mecánicamente. La voluntad del Absoluto no puede manifestarse fuera de este plan en los mundos siguientes, y cuando se manifiesta de acuerdo con este plan, toma la forma de leyes mecánicas. En otros términos, si el Absoluto quiere manifestar su voluntad, digamos, en nuestro mundo, en oposición a las leyes mecánicas a las cuales este último está sometido, tendría entonces que destruir todos los mundos intermedios entre sí mismo y nuestro mundo.

"La idea de un milagro en el sentido de una violación de leyes por la voluntad que las ha creado, no se opone solamente al sentido común sino a la idea misma de voluntad. Un milagro no puede ser sino la manifestación de ciertas leyes ignoradas o

muy raramente conocidas por los hombres. Un milagro, en este mundo, es la manifestación de leyes de otro mundo.

"Sobre la tierra, estamos muy alejados de la voluntad del Absoluto; estamos separados de ella por 48 órdenes de leyes mecánicas. Si pudiésemos liberarnos de la mitad de estas leyes, nos encontraríamos sujetos a solamente 24 órdenes de leyes, es decir, a las leyes del mundo planetario y estaríamos un escalón más cerca del Absoluto y de su Voluntad. Luego, si pudiésemos liberarnos de la mitad de estas leyes, nos encontraríamos sujetos a las leyes del sol (doce leyes) y, por consiguiente, estaríamos aún un escalón más cerca del Absoluto. Y si pudiésemos, una vez más, liberarnos de la mitad de estas leyes, estaríamos entonces sujetos a las leyes del mundo estelar y separados solamente por un escalón de la voluntad inmediata del Absoluto.

"Por lo tanto, para el hombre existe la posibilidad de liberarse gradualmente de las leyes mecánicas.

"El estudio de las 48 órdenes de leyes a las que el hombre está sometido no puede ser abstracto como lo es el estudio de la astronomía; no hay sino una manera de estudiarlas, esto es el observarlas en uno mismo y el *llegar a liberarse de ellas*. Al comienzo, un hombre simplemente debe comprender que él no tiene ninguna necesidad de permanecer esclavo de mil pequeñas leyes, fastidiosas, que otros hombres han creado para él, o que él ha creado para sí mismo. Pero tan pronto intente liberarse de ellas, verá que no puede. Si hace largos y persistentes esfuerzos en esta dirección, éstos no tardarán en convencerlo de su esclavitud. Estas leyes que tienen al hombre bajo su dominio, sólo se pueden estudiar luchando contra ellas, y esforzándose por liberarse de ellas. Pero se necesita un gran conocimiento para llegar a liberarse de una ley sin crear en sí mismo otra en su lugar.

"Los órdenes de leyes y sus fuerzas varían de acuerdo con el punto de vista desde el cual consideramos el rayo de creación.

"En nuestro sistema, la terminación del «rayo de creación», por así decirlo el último brote de la rama, es la luna.

"La energía necesaria para el crecimiento de la luna, es decir para su desarrollo y para la formación de nuevos brotes, le viene de la tierra, donde esta energía se crea por la acción conjunta del sol, de todos los otros planetas del sistema solar y de la tierra misma. Esta energía se recolecta y se conserva en un gigantesco acumulador situado en la superficie de la tierra. Este acumulador es la vida orgánica sobre la tierra. La vida orgánica alimenta a la luna. Todo lo que vive en la superficie de la tierra, los hombres, los animales, las plantas, sirven de alimento a la luna. La luna es un gigantesco ser viviente que se nutre de todo lo que respira y de todo lo que crece sobre la tierra. La luna no podría existir sin la vida orgánica sobre la tierra, así como la vida orgánica sobre la tierra no podría existir sin la luna. Además, en su relación

con la vida orgánica sobre la tierra, la luna es un formidable electroimán. Si súbitamente se llegara a interrumpir la acción del electroimán, de inmediato la vida orgánica se desmoronaría hacia la nada.

"El proceso de calentamiento y de crecimiento de la luna está en íntima conexión con la vida y la muerte sobre la tierra. En el instante de la muerte, todos los seres vivientes liberan cierta cantidad de la energía que los ha animado; esta energía —o el conjunto de las «almas» de todos los seres vivientes: plantas, animales, hombres— es atraída hacia la luna como por un colosal electroimán, y le aporta el calor y la vida de la cual depende su crecimiento, es decir, el crecimiento del rayo de creación. En la economía del universo, jamás se pierde nada y cuando una energía ha terminado su trabajo sobre un plano, pasa a otro plano.

"Las almas que van a la luna, poseyendo quizás una cierta cantidad de conciencia y de memoria, se encuentran sometidas allá a 96 leyes, en condiciones de vida mineral, o en otros términos en tales condiciones que ya no hay salvación posible para ellas fuera de una evolución general en ciclos de tiempo inconmensurablemente largos. La luna está «en la extremidad», en el fin del mundo; «las tinieblas de afuera, el lloro y el crujir de dientes» de la doctrina cristiana.

"La influencia de la luna sobre todos los seres vivientes se manifiesta en todo lo que sucede sobre la tierra. La luna es la fuerza dominante, o más exactamente la fuerza motriz más cercana, más inmediata, de todo lo que se produce en la vida orgánica sobre la tierra. Todos los movimientos, todas las acciones y manifestaciones de los hombres, de los animales y de las plantas dependen de la luna y están gobernados por ella. La fina película sensible de vida orgánica, que recubre el globo terrestre, depende enteramente de la influencia de este formidable electroimán que succiona su vitalidad. El hombre, como cualquier otro ser viviente, no puede liberarse de la luna en las condiciones ordinarias de la vida. Por consiguiente, todas sus acciones y todos sus movimientos están gobernados por la luna. Si mata a otro hombre, es la luna la que lo hace; si se sacrifica por los otros, es también la luna. Todos los malos actos, todos los crímenes, todos los sacrificios, todas las hazañas heroicas, así como los más pequeños hechos y gestos de la vida ordinaria todo esto está gobernado por la luna.

"La liberación, que viene con el crecimiento de poderes y de facultades mentales, es una *liberación del yugo de la luna*. La parte mecánica de nuestra vida depende de la luna, está sujeta a la luna. Pero si desarrollamos en nosotros mismos la conciencia y la voluntad, y sometemos a ellas toda nuestra vida mecánica, todas nuestras manifestaciones mecánicas, escaparemos del poder de la luna.

"Otra idea que tenemos que asimilar, es la idea de la materialidad del universo considerado bajo la perspectiva del «rayo de creación». En este universo, todo puede ser pesado y medido. El Absoluto mismo es tan material, tan ponderable y

mensurable como la luna o el hombre. Si el Absoluto es Dios, esto significa que Dios puede ser pesado y medido, resuelto en sus elementos constitutivos, «calculado» y expresado en una fórmula.

"Pero el concepto de «materialidad» es tan relativo como cualquier otro. Si recordamos cómo está dividido el concepto «hombre» y todo lo que se le relaciona: bien, mal, verdad, mentira, etc., en diferentes categorías (hombre N° 1, hombre N° 2, etc.), será fácil para nosotros comprender que el concepto «mundo» y todo lo que se le relaciona, está dividido también en diferentes categorías. El rayo de creación establece siete planos en el mundo, siete mundos, uno dentro de otro. Todo lo que se relaciona al mundo está dividido también en siete categorías, una dentro de otra. La materialidad del Absoluto es de un orden diferente a la materialidad de «Todos los Mundos». La materialidad de «Todos los Mundos», es de un orden diferente a la de «Todos los Soles». La materialidad de «Todos los Soles» es de un orden diferente a la de nuestro Sol. La materialidad de nuestro Sol es de un orden diferente a la de «Todos los Planetas». La materialidad de «Todos los Planetas» es de un orden diferente a la de la Tierra, y la materialidad de la Tierra es de un orden diferente a la de la Luna. A primera vista es difícil captar esta idea. La gente está acostumbrada a pensar que la *materia* es en todas partes la misma. La física, la astrofísica, la química, métodos tales como el análisis espectral, etc., están todos basados en esta aserción. Y es verdad que la materia es siempre la misma, pero la *materialidad* es diferente. Y los diferentes grados de materialidad dependen directamente de las calidades y de las propiedades de la energía manifestada en un punto dado.

"La materia, o la substancia, necesariamente presupone la existencia de la fuerza o de la energía. Esto de ninguna forma significa que habría que adoptar un concepto dualista del universo. Los conceptos de materia y de fuerza son tan relativos como cualquier otra cosa. En el Absoluto, donde todo es uno, la materia y la fuerza también son uno. Pero en este caso, la materia y la fuerza no se toman como principios reales del mundo en sí, sino como propiedades o características del mundo fenoménico que observamos. Para emprender el estudio del universo, basta tener una idea elemental de la materia y de la energía, tal como nos la muestran las observaciones inmediatas por medio de los órganos de los sentidos. Lo que es «permanente» se considera como material, como materia, y los «cambios» que intervienen en el estado de lo que es permanente, o de la materia, se llaman manifestaciones de fuerza o de energía. Todos estos cambios se pueden considerar como resultado de vibraciones o de movimientos ondulatorios que parten del centro, es decir, del Absoluto, y van en todas direcciones, entrecruzándose, chocando, fusionándose unos con otros, hasta el fin del rayo de creación, donde todos se detienen.

"Desde este punto de vista, el mundo está hecho de movimientos ondulatorios o vibraciones y de materia, o de materia en un estado de vibración, de materia

vibratoria. La velocidad de las vibraciones está en razón inversa a la densidad de la materia.

"En el Absoluto las vibraciones son más rápidas y la materia menos densa. En el mundo inmediatamente consecutivo, las vibraciones son más lentas y la materia más densa; de allí en adelante, la materia es aún más densa, y las vibraciones más lentas.

"Se puede considerar a la «materia» como constituida por «átomos», considerándose como «átomos» el resultado de la división final de la materia. En todo orden de materia, se les puede considerar simplemente como *partículas* infinitesimales de la materia dada, que son indivisibles sólo sobre el plano dado. Sólo los átomos del Absoluto son realmente indivisibles. El átomo del plano siguiente, es decir del mundo 3, está hecho de 3 átomos del Absoluto; en otras palabras, es tres veces más grande y tres veces más pesado y sus movimientos son de una lentitud correspondiente. El átomo del mundo 6 está hecho de 6 átomos del Absoluto fusionados conjuntamente de alguna manera, formando un solo átomo». Sus movimientos también son de una lentitud correspondiente. El átomo del mundo siguiente está hecho de 12 partículas primordiales, y los de los mundos siguientes, de 24, de 48, y de 96. El átomo del mundo 96 es de un tamaño enorme en comparación con el átomo del mundo 1; sus movimientos también son de una lentitud correspondiente, y la materia constituida por tales átomos es más densa.

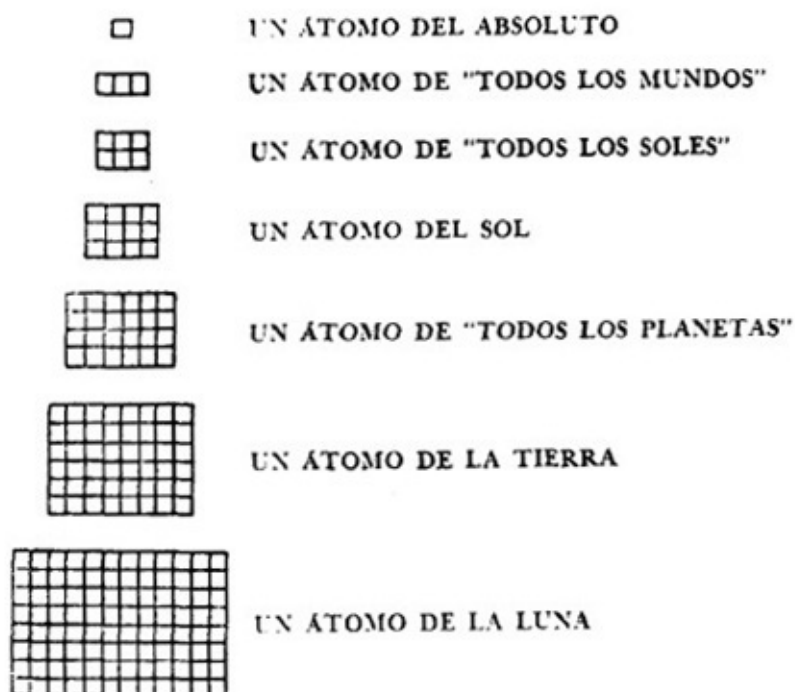


Fig. 4

"Los siete mundos del rayo de creación representan siete órdenes de materialidad.

La materialidad de la luna es diferente a la de la tierra; la materialidad de la tierra es diferente a la del mundo planetario; la materialidad del mundo planetario es diferente a la del sol, etc.

"Así, en lugar de un solo concepto de materia tenemos siete clases de materia, pero nuestra concepción ordinaria de la materialidad sólo abarca la materialidad de los mundos 96 y 48, y aun con dificultad.

"La materia del mundo 24 es demasiado enrarecida para ser considerada como materia desde el punto de vista científico de nuestra física y de nuestra química; tal materia es prácticamente hipotética. La materia aún más fina del mundo 12 ya no posee ningún carácter de materialidad para la investigación ordinaria. Todas estas materias, pertenecientes a órdenes variados del universo, no están dispuestas en capas separadas, sino que se entremezclan, o más bien, se interpenetran entre sí. Podemos representarnos la idea de tal interpenetración de materias de diferentes densidades partiendo de la experiencia que podemos tener de la penetración de una materia conocida por nosotros en otra igualmente conocida. Un pedazo de madera puede estar saturado de agua; el agua a su vez puede contener gas. Se puede observar exactamente la misma relación entre diferentes clases de materias en el universo entero; las materias más finas penetran las materias más groseras.

"La materia que posee las características de la materialidad que nos es comprensible, se divide para nosotros en diferentes estados según su densidad: sólido, líquido, gaseoso, y además lleva gradaciones tales como: energía radiante, o electricidad, luz, magnetismo; y así sucesivamente. Sobre cada plano, es decir, en cada orden de materialidad, pueden encontrarse relaciones y divisiones análogas entre los diferentes estados de una materia dada; pero, como ya lo he dicho, la materia de un plano superior de ninguna manera es material para los planos inferiores.

"Toda la materia del mundo que nos rodea, los alimentos que comemos, el agua que bebemos, el aire que respiramos, las piedras con las que construimos nuestras casas, nuestros propios cuerpos —cada cosa es atravesada por todas las materias que existen en el universo. No hay necesidad de estudiar científicamente al sol para descubrir la materia del mundo solar: esta materia existe en nosotros mismos, es el resultado de la división de nuestros átomos. De la misma manera, tenemos en nosotros la materia de todos los otros mundos. El hombre es, en el pleno sentido de este término, un «universo en miniatura». Todas las materias que constituyen el universo, están en él. Las mismas fuerzas, las mismas leyes que gobiernan la vida del universo, actúan en él. Por eso, al estudiar al hombre podemos estudiar el universo entero, exactamente de la misma manera que al estudiar el mundo, podemos estudiar al hombre.

"Pero un paralelo completo entre el hombre y el mundo sólo puede hacerse al tomar un hombre en toda la acepción de la palabra, es decir, al hombre total, cuyos

poderes interiores han sido completamente desarrollados, Un hombre no desarrollado, un hombre que no ha llegado todavía al término de su evolución, no puede ser considerado como una imagen integral o perfecta del universo —es un mundo incompleto.

"Repitámoslo, el estudio de sí mismo debe ir a la par con el estudio de las leyes fundamentales del universo. Las leyes son las mismas en todas partes y sobre todos los planos. Pero leyes idénticas que se manifiestan en los diferentes mundos, es decir en condiciones diferentes, producen fenómenos diferentes. El estudio de la relación entre las leyes y los planos sobre los cuales se manifiestan estas leyes, nos lleva al estudio de la *relatividad*.

"La idea de la relatividad tiene un lugar muy importante en esta enseñanza, y más tarde regresaremos a ella. Pero ante todo, es necesario comprender la relatividad de cada cosa y de cada manifestación, *según su lugar* en el orden cósmico.

"Estamos sobre la tierra, y dependemos enteramente de las leyes que operan a su nivel. La tierra ocupa un muy mal sitio desde un punto de vista cósmico —es comparable a las regiones más remotas de la Siberia glacial, está alejada de todo, es fría, la vida en ella es muy dura. Todo lo que en otros lugares viene espontáneamente, o es obtenido sin esfuerzo, sobre la tierra sólo puede obtenerse por medio de una labor dura. Todo debe ser conquistado, tanto en la vida diaria como en el trabajo sobre sí mismo. Sucede a veces en la vida el que un hombre obtenga una herencia, y luego viva sin hacer nada. Pero en el trabajo esto nunca sucede. Aquí todos son iguales, y todos igualmente mendigos.

"Volvamos a la Ley de Tres. Es necesario aprender a reconocer sus manifestaciones en todo lo que hacemos, y en todo lo que estudiamos. En cualquier dominio, la aplicación de esta ley nos revelará de inmediato cosas nuevas, que antes nunca habíamos sospechado. Tomen la química, por ejemplo. La ciencia ordinaria no sabe nada de la Ley de Tres y estudia la materia sin tomar en consideración sus propiedades cósmicas. Pero, al lado de la química ordinaria, hay otra, una química especial o una alquimia, si así lo quieren, que estudia la materia

tomando en consideración sus propiedades cósmicas. Como se ha dicho anteriormente, las propiedades cósmicas de cada substancia están determinadas primeramente *por su lugar*, luego por la fuerza que actúa a través de ella en el momento dado. Pero independientemente de su lugar, una substancia dada experimenta grandes cambios en su naturaleza misma, según la fuerza que se manifiesta a través de ella. Cada substancia puede ser conductora de una u otra de las tres fuerzas, y en consecuencia puede ser *activa, pasiva o neutralizante*. Y puede no ser ni activa, ni pasiva, ni neutralizante, si no hay fuerza que se manifieste a través de ella en el momento dado, o bien si se le enfoca independientemente de su relación con la manifestación de las fuerzas. De esta manera cada substancia aparece, por así



decirlo, bajo cuatro aspectos o estados diferentes. Respecto a esto se debe notar que, cuando hablamos de materia, no hablamos de los elementos químicos. La química especial de la que hablo considera a cada sustancia como un elemento que tiene una función separada, aunque sea la más compleja. Solamente así se pueden estudiar las propiedades cósmicas de la materia, porque todos los compuestos complejos tienen su propio significado, o su propio fin cósmico. Desde este punto de vista, un átomo de una sustancia dada es la cantidad más pequeña de esta sustancia que retiene todas sus propiedades químicas, físicas y cósmicas. Por consiguiente, el tamaño del «átomo» de diferentes sustancias no es igual. Y, en ciertos casos, un «átomo» puede aun ser una partícula visible a simple vista.

"Los cuatro aspectos o estados de toda sustancia tienen nombres definidos.

"Cuando una sustancia es conductora de la primera fuerza, es decir, de la fuerza activa, se la llama «Carbono», y como al carbono de la química, se la designa con la letra C.

"Cuando una sustancia es conductora de la segunda fuerza, o fuerza pasiva, se la llama «Oxígeno», y como al oxígeno de la química se la designa con la letra O.

"Cuando una sustancia es conductora de la tercera fuerza, o de la fuerza neutralizante, se la llama «Nitrógeno», y como al nitrógeno de la química, se la designa con la letra N.

"Cuando se considera una sustancia sin relación con la fuerza que se manifiesta a través de ella, se la llama «Hidrógeno», y como al hidrógeno de la química, se la designa con la letra H.

"Las fuerzas: activa, pasiva y neutralizante, se designan con las cifras 1, 2 y 3, y las sustancias con las letras C, O, N y H. Estas designaciones tienen que ser comprendidas.

—¿Corresponden estos cuatro elementos a los cuatro antiguos elementos de la alquimia: el fuego, el agua, el aire, la tierra? preguntó uno de nosotros.

—Sí, corresponden, dijo G., pero no los tendremos en cuenta. Más tarde comprenderán por qué."

Lo que había oído me interesó mucho, ya que conectaba el sistema de G. con el de Tarot, que en un momento dado me había parecido como una posible clave del conocimiento oculto. Además, esto me mostraba la relación de *tres* a *cuatro*, que era nueva para mí, y que no había sido capaz de comprender cuando estudiaba el Tarot. El Tarot está netamente basado en *la ley de cuatro principios*. Hasta ahora, G. sólo había hablado de *la ley de tres principios*. Pero ahora yo veía cómo el *tres* pasaba a *cuatro*, y comprendía la necesidad de esta división, siempre que se presente a nuestra observación inmediata la división de la *fuerza* y de la *materia*. "Tres" se relaciona a la fuerza y "Cuatro" a la materia. Naturalmente había un sentido más profundo que todavía permanecía oscuro para mí; sin embargo, las pocas indicaciones dadas por G.

prometían mucho para el futuro.

Agregaré que estaba muy interesado por los nombres de los elementos: "Carbono", "Oxígeno", "Nitrógeno" e "Hidrógeno". Aquí debo hacer notar que G., aunque había prometido positivamente explicarnos por qué estos nombres habían sido escogidos en vez de otros, nunca lo hizo. Más tarde volveré otra vez a estas denominaciones. Los esfuerzos que hice para establecer su origen me hicieron comprender muchos aspectos del sistema de G., así como de su historia.

Durante una reunión a la cual se había invitado a un gran número de personas que todavía no habían oído a G., se planteó esta pregunta:

—¿Es o no inmortal el hombre?

—Trataré de contestar a esta pregunta, dijo G., pero les advierto que eso no se puede hacer de manera plenamente satisfactoria, con los elementos que la ciencia y el lenguaje ordinario ponen a nuestra disposición.

"Usted pregunta si el hombre es inmortal o no.

"Contestaré a la vez sí y no.

"Esta pregunta tiene numerosos aspectos. Primero, ¿qué significa *inmortal*? ¿Habla usted de la inmortalidad absoluta, o admite usted diferentes grados? Si por ejemplo, después de la muerte del cuerpo subsiste algo que vive aún un cierto tiempo, conservando su conciencia, ¿puede esto ser llamado inmortalidad o no? En otras palabras, a su parecer, ¿cuánto tiempo debe durar tal existencia, para ser llamada inmortalidad? ¿No implica esto entonces la posibilidad de una inmortalidad «diferente» según los hombres? Y tantas otras preguntas. No digo esto sino para mostrar cuán vagas son palabras tales como «inmortalidad» y cuán fácilmente pueden engañarnos. De hecho nada es inmortal. Dios mismo es mortal. Pero la diferencia entre Dios y el hombre es grande, y naturalmente Dios es mortal de manera diferente a la del hombre. Sería mucho mejor sustituir la palabra «inmortalidad» por las palabras «*existencia después de la muerte*». Contestaré entonces que el hombre tiene posibilidad de existencia después de la muerte. Pero la *posibilidad* es una cosa, y la realización de la posibilidad es otra.

"Examinemos ahora de qué depende esta posibilidad, y lo que significa su realización."

G. resumió en pocas palabras todo lo que ya había sido dicho sobre la estructura del hombre y del mundo. Reprodujo el esquema del rayo de creación (Fig. 3) y el de los cuatro cuerpos del hombre (Fig.1). Pero con respecto a los cuerpos del hombre, introdujo un detalle que no había dado antes. Recurrió otra vez a la comparación oriental del hombre con un carruaje, un caballo, un cochero y un amo, y volviendo al esquema, añadió:

—El hombre es una organización compleja. Está formado de cuatro partes que pueden estar conectadas, no conectadas, o mal conectadas. El carruaje está conectado

al caballo por las varas, el caballo al cochero por las riendas, y el cochero a su amo por la voz de su amo. Pero el cochero debe oír y comprender la voz del amo, debe saber cómo conducir; y el caballo debe estar adiestrado a obedecer a las riendas. En cuanto a la relación del caballo con el carruaje, debe estar correctamente enganchado. De esta manera, entre las cuatro partes de esta compleja organización existen tres relaciones, tres conexiones (ver Fig. 5a pág.134). Si una sola de ellas presenta algún defecto, el conjunto no puede funcionar como un todo. Las conexiones entonces no son menos importantes que «los cuerpos». Al trabajar sobre sí mismo, el hombre trabaja simultáneamente sobre los «cuerpos» y sobre las «conexiones». Pero se trata de dos clases de trabajo. "El trabajo sobre sí debe comenzar por el cochero. El cochero es el intelecto. A fin de poder oír la voz del amo, ante todo el cochero no debe *estar dormido* —se debe despertar. Luego, puede suceder que el amo hable un lenguaje que el cochero no comprenda. El cochero debe aprender este lenguaje. Cuando lo sepa, comprenderá a su amo. Pero esto no basta, debe también aprender a conducir el caballo, a engancharlo, a alimentarlo, a cuidarlo, y a mantener bien el carruaje —porque no serviría de nada el que comprenda a su amo, si no está en condiciones de hacer algo. El amo da la orden de partida. Pero el cochero es incapaz de marchar porque no ha alimentado al caballo, no lo ha enganchado, y no sabe dónde están las riendas. El caballo representa las emociones. El carruaje es el cuerpo. El intelecto debe aprender a gobernar las emociones. Las emociones siempre arrastran al cuerpo. Este es el orden en que se debe llevar el trabajo sobre sí. Pero fíjense bien: el trabajo sobre los «cuerpos», es decir sobre el cochero, el caballo y el carruaje, es una cosa. Y el trabajo sobre las «conexiones», es decir, sobre la «comprensión del cochero» que lo une a su amo, sobre las «riendas» que lo conectan al caballo, sobre las «varas» y los «arneses» que conectan el carruaje con el caballo —es algo totalmente diferente.

"Sucede a veces que los cuerpos están en excelente estado, pero que las «conexiones» no se establecen. Entonces, ¿de qué sirve toda la organización? Como sucede con los cuerpos no desarrollados, la organización total es entonces inevitablemente gobernada *desde abajo*. En otras palabras: no por la voluntad del amo, sino por accidente.

"En el hombre que tiene dos cuerpos, el segundo cuerpo es activo con relación al cuerpo físico. Esto significa que la conciencia en el «cuerpo astral» tiene pleno poder sobre el cuerpo físico."

G. puso el signo (+) sobre el cuerpo astral, y el signo (—) sobre el cuerpo físico (pág.134 Fig. 5c).

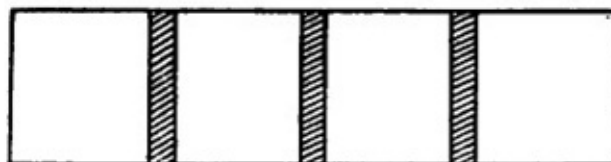
"En el hombre que tiene tres cuerpos, el tercero, es decir el «cuerpo mental», es activo con relación al «cuerpo astral» y al cuerpo físico; esto quiere decir que la conciencia en el «cuerpo mental» tiene pleno poder sobre el «cuerpo astral» y sobre

el cuerpo físico."

G. puso el signo (+) sobre el "cuerpo mental", y el signo (—) sobre el "cuerpo astral" y el cuerpo físico, ambos reunidos por un corchete (Fig. 5c).

"En el hombre que tiene cuatro cuerpos, el cuerpo activo es el cuarto. Esto significa que la conciencia en el cuarto cuerpo tiene pleno poder sobre el «cuerpo mental», el «cuerpo astral» y el cuerpo físico."

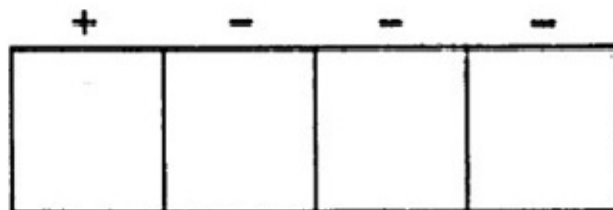
FIG. 5 a



G. puso el signo (+) sobre el cuarto cuerpo, y el signo (—) sobre la unión de los otros tres (Fig.5 c).

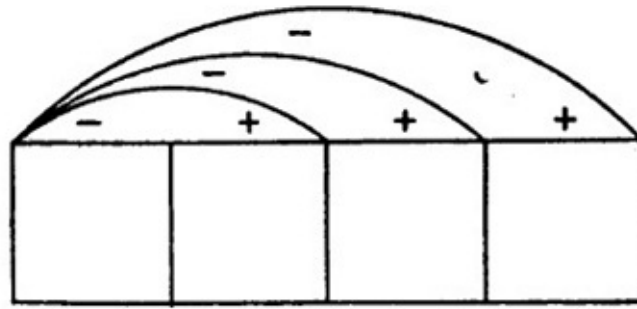
"Como ustedes ven, dijo, hay cuatro situaciones totalmente diferentes. En un caso, todas las funciones están gobernadas por el cuerpo físico. Éste es activo; con relación a él, todo el resto

FIG. 5 b



es pasivo (Fig. 5 b). En otro caso, el segundo cuerpo tiene poder sobre el cuerpo físico. En el tercer caso, el «cuerpo mental» tiene poder sobre el «cuerpo astral» y sobre el cuerpo físico.

FIG. 5 c



Y en el último caso el cuarto cuerpo tiene poder sobre los tres primeros. Ya hemos visto que en el hombre que no tiene sino el cuerpo físico se puede establecer entre sus diversas funciones, exactamente el mismo tipo de relación que existe entre los diferentes cuerpos. Las funciones físicas pueden gobernar al sentimiento, al pensamiento y a la conciencia. El sentimiento puede gobernar a las funciones físicas. El pensamiento puede gobernar a las funciones físicas y al sentimiento. Y la *conciencia* puede gobernar a las funciones físicas, a los sentimientos y al pensamiento.

"En el hombre que tiene dos, tres y cuatro cuerpos, el cuerpo más activo es también el que vive más tiempo, en otras palabras, es «inmortal» en relación a un cuerpo inferior."

Dibujó de nuevo el diagrama del rayo de creación, y al lado de la tierra, colocó el cuerpo físico del hombre.

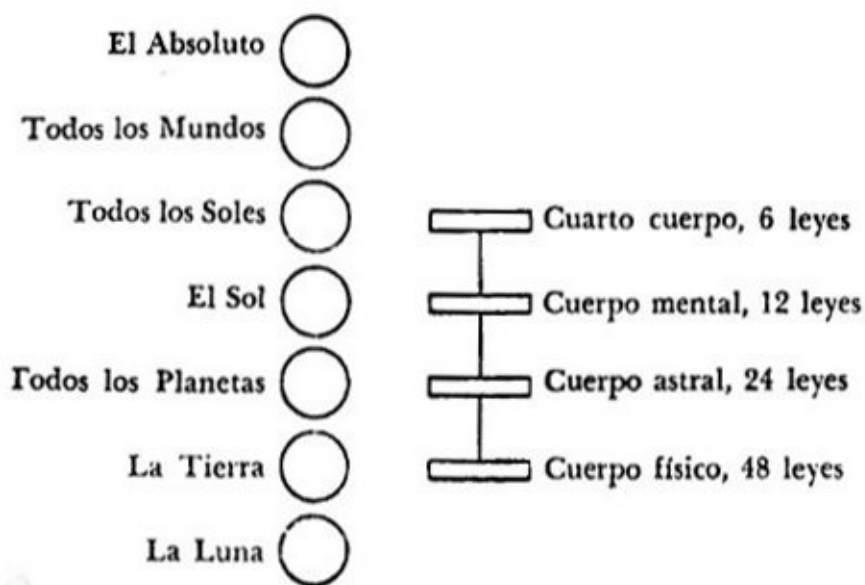


FIG. 6

—Este es el hombre ordinario, dijo, el hombre número 1, 2, 3 y 4. Sólo posee el cuerpo físico. Cuando este cuerpo muere, no le queda nada de dicho cuerpo. El cuerpo físico está compuesto por elementos terrestres, y con la muerte, regresa a la tierra. *Polvo es y al polvo volverá*. Para un hombre de este género, es imposible hablar de ninguna clase de inmortalidad. Pero si un hombre posee el segundo cuerpo (colocó el segundo cuerpo en el diagrama, paralelamente a los planetas), este segundo cuerpo está formado por elementos del mundo planetario, y puede sobrevivir a la muerte del cuerpo físico. No es inmortal en todo el sentido de la palabra, porque después de un cierto tiempo, muere a su vez. Pero en todo caso, no muere con el cuerpo físico.

"Para un hombre que posee el tercer cuerpo (colocó el tercer cuerpo en el diagrama, paralelamente al sol), este cuerpo compuesto de elementos del sol, puede existir después de la muerte del «cuerpo astral».

"El cuarto cuerpo está formado por elementos del *mundo estelar*, es decir elementos que no pertenecen al sistema solar, y por consiguiente, si se ha cristalizado dentro de los límites del sistema solar, no hay nada dentro de estos límites que pueda destruirlo. *Esto significa que un hombre que posee el cuarto cuerpo es inmortal dentro de los límites del sistema solar*.

"Ahora ven por qué es imposible contestar de primera intención a la pregunta: ¿es o no inmortal el hombre? Un hombre es inmortal, otro no lo es, un tercero trata de llegar a ser inmortal, un cuarto se imagina ser inmortal, y sin embargo no es sino un pedazo de carne."

Cuando G. iba a Moscú, nuestro grupo se reunía sin él. Guardo el recuerdo de varias conversaciones. Giraban alrededor de la idea del milagro, y del hecho de que el Absoluto no puede manifestar su voluntad en nuestro mundo, que esta voluntad se manifiesta solamente bajo la forma de leyes mecánicas, y que ella misma no puede manifestarse en violación a estas leyes.

Yo no sé cuál de nosotros fue el primero en recordar una anécdota bien conocida pero poco respetuosa, en la que vimos al instante una ilustración de esta ley.

Se trataba de la historia del viejo seminarista, que en su examen final, no comprendía todavía la idea de la omnipotencia divina.

—Bien, déme un ejemplo de alguna cosa que el Señor no pueda hacer, dijo el obispo examinador.

—Es muy simple, su Eminencia, contestó el seminarista, todos sabemos que ni el Señor mismo puede ganar a un as de triunfo con un dos ordinario."

Nada podía ser más claro.

Había más sentido en esta tonta historieta que en mil tratados de teología. Las leyes de un juego son la esencia misma del juego. La violación de estas leyes destruiría el juego entero. Es tan imposible que el Absoluto interfiera en nuestra vida y sustituya con otros los resultados naturales de causas accidentalmente creadas por nosotros, o fuera de nosotros, como que un dos le gane al as de triunfo. Turgueniev escribió en alguna parte que todas las oraciones ordinarias pueden reducirse a ésta: "Señor, haz que dos y dos no sean cuatro". Esto es lo mismo que el as de triunfo del seminarista.

En otra ocasión hablamos de la luna y de su relación a la vida orgánica sobre la tierra. Y uno de nosotros encontró un excelente ejemplo para ilustrar esta relación.

La luna es la pesa de un reloj de péndulo. La vida orgánica corresponde a su mecanismo, que es puesto en marcha por las pesas. Las pesas jalan la cadena que pasa alrededor de la rueda de engranaje, que pone en movimiento las pequeñas ruedas del reloj y sus agujas. Levántese la pesa y el reloj se detendrá inmediatamente. Asimismo la luna es una pesa gigantesca, suspendida a la vida orgánica y que la hace andar. Sean cuales fueren nuestros actos, buenos o malos, inteligentes o estúpidos, todos los movimientos de las ruedas y de las agujas de nuestro organismo dependen de esta pesa que continuamente ejerce su presión sobre nosotros.

Personalmente estaba muy interesado por la cuestión de la relatividad considerada en relación a *lugar*, quiero decir al lugar en el mundo. Ya había llegado desde hacía tiempo a la idea de una relatividad dependiente de la interrelación de magnitudes y de velocidades. Pero la idea de lugar en el orden cósmico era enteramente nueva para mí, así como para todos los demás. Cuánto me extrañó, al convencerme poco después que esto era lo mismo; en otras palabras cuando comprendí que la magnitud y la

velocidad determinaban el *lugar*, y que a su vez el lugar determinaba la magnitud y la velocidad.

Recuerdo otra conversación más que tuvo lugar en el mismo período. Le preguntaron a G. sobre la posibilidad de un *lenguaje universal*.

—Es posible un lenguaje universal, dijo G., pero la gente no lo inventará jamás.

—¿Por qué? se le preguntó.

—Primero, porque ya ha sido inventado desde hace mucho tiempo, respondió G. Luego, porque la capacidad de comprender y de expresar ideas en este lenguaje depende no sólo del conocimiento de este lenguaje, sino también *del ser*. Diré aún más. No hay uno, sino tres lenguajes universales. El primero, lo podemos hablar y escribir permaneciendo a la vez dentro de los límites de nuestro propio lenguaje. La única diferencia está en que los hombres, cuando hablan su lenguaje ordinario, no se comprenden entre ellos, pero en este otro lenguaje sí se comprenden. En el segundo lenguaje, el lenguaje escrito es el mismo para todos los pueblos; observen, por ejemplo, las cifras y las fórmulas matemáticas; los hombres siguen hablando su propio lenguaje, no obstante cada uno comprende al otro, aunque el otro hable un lenguaje desconocido. El tercer lenguaje, escrito o hablado, es el mismo para todos. En este nivel, la diferencia de lenguajes desaparece enteramente.

—¿No es esto lo mismo que ha sido descrito en los Hechos como el descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, cuando comenzaron a comprender todos los lenguajes? preguntó alguien.

Ya había notado que tales preguntas siempre irritaban a G.

—Yo no sé, no estuve allí, dijo.

Pero en otras ocasiones, alguna pregunta oportuna conducía a explicaciones nuevas e inesperadas.

Durante una conversación, se le preguntó si había cualquier cosa que fuese real, o que permitiese alcanzar algo real en las enseñanzas y ritos de las religiones existentes.

—Sí y no, dijo G. Imaginen que estemos aquí un día hablando de religiones y que la sirvienta Masha oiga nuestra conversación. Naturalmente la comprenderá a su manera, y repetirá a Iván el conserje lo que recuerde; Iván lo comprenderá también a su manera, y repetirá lo que recuerde a Pedro, el cochero de la casa contigua. Pedro se va al campo, y cuenta en el pueblo lo que hablan estos señores de la ciudad. ¿Piensan ustedes que lo que cuente conservará alguna semejanza con lo que hemos dicho? Tal es precisamente la relación entre las religiones existentes y lo que fue en su origen. Tenemos las enseñanzas, las tradiciones, las oraciones y los ritos, no de quinta mano, sino de vigésimoquinta, y naturalmente casi todo ha sido desfigurado hasta el punto de llegar a ser irreconocible; lo esencial se ha perdido hace mucho tiempo.



"Por ejemplo, en todas las confesiones cristianas, la tradición de la última Cena, la última comida de Cristo con sus discípulos, desempeña un papel importante. Las liturgias y toda una serie de dogmas, de ritos y de sacramentos tienen aquí su origen. Esta tradición ha dado lugar a cismas, a separaciones de Iglesias, a la formación de sectas. Cuántos han perecido por haber rehusado aceptar tal o cual interpretación. Pero es un hecho que nadie comprende verdaderamente lo que Cristo hizo con sus discípulos en aquella velada. No hay explicación que se parezca, aun aproximadamente, a la verdad; primero porque el texto mismo de los Evangelios ha sido muy desfigurado por los copistas y los traductores; luego porque habían sido *escritos para los que saben*. Para los que no saben, los Evangelios no pueden explicar nada. Mientras más se esfuerzan por comprenderlos, tanto más se hunden en el error.

"Para comprender lo que sucedió durante la Cena, es indispensable conocer primero ciertas leyes.

"¿Se acuerdan ustedes de lo que dije sobre el cuerpo astral? Resumámoslo brevemente. Los hombres que tienen un «cuerpo astral» pueden comunicarse entre sí, a distancia, sin recurrir a medios físicos. Pero para que tales comunicaciones lleguen a ser posibles, aquéllos deben establecer algún «lazo» entre sí. Con este propósito, si se separan, los que se alejan llevan consigo a veces un objeto perteneciente a la persona con la cual desean permanecer en relación, preferiblemente un objeto que haya estado en contacto con su cuerpo de modo que haya podido ser penetrado por sus emanaciones. De la misma manera, para mantener una relación con una persona muerta, sus amigos tienen la costumbre de conservar objetos que le han pertenecido. Estos dejan en cierta forma, un *rastro* detrás de ellos, algo como hilos o filamentos invisibles, que permanecen tendidos en el espacio. Estos hilos ligan el objeto dado a la persona —viva o muerta— a la que pertenecía este objeto. Los hombres tienen este conocimiento desde los tiempos más remotos, y se han servido de él en las formas más variadas.

"Pueden reconocerse sus rastros en las costumbres de muchos pueblos. Ustedes saben por ejemplo que muchos de ellos practican el rito de la *hermandad de sangre*. Dos o más hombres mezclan su sangre en la misma copa y beben de esta copa. Luego son considerados como *hermanos de sangre*. Pero el origen de esta costumbre debe buscarse en un plano más profundo. Primitivamente, se trataba de una ceremonia mágica para establecer un lazo entre «cuerpos astrales». La sangre tiene cualidades especiales. Algunos pueblos, por ejemplo los Judíos, atribuyen a la sangre un significado particular y propiedades mágicas. Ustedes comprenden ahora, que según las creencias de ciertos pueblos, si se establece un lazo entre «cuerpos astrales» la muerte no lo quebranta.

"Cristo sabía que tenía que morir. Esto había sido decidido de antemano. Él lo sabía y sus discípulos lo sabían también. Y cada uno de ellos conocía el papel que

tenía que desempeñar. Pero al mismo tiempo, querían establecer un lazo permanente con su Maestro. Con este fin, Cristo les dio su sangre a beber, y su carne a comer. De ninguna manera era pan ni vino, sino su verdadera carne y su verdadera sangre.

"La Última Cena fue un *rito mágico*, análogo a una «hermandad de sangre» para establecer un lazo entre «cuerpos astrales». Pero ¿dónde está quien aún pueda encontrar en las religiones actuales, el rastro de esto y comprender su sentido? Hace mucho tiempo que todo ha sido olvidado y que se ha substituido el sentido original con interpretaciones enteramente diferentes. Las palabras permanecen, pero su significación se ha perdido desde hace siglos."

Esta conversación, y sobre todo su final, provocaron muchas conversaciones en nuestros grupos. Muchos se sentían repelidos por lo que G. había dicho sobre Cristo y sobre la Cena; otros por el contrario, sentían en esto una verdad que nunca hubiesen podido alcanzar por sí mismos.

## Capítulo seis

*Conversación sobre las metas. ¿Puede la enseñanza tener una meta definida? La meta de la existencia. Las metas personales. Conocer el futuro. Existir después de la muerte. Ser amo de sí mismo. Ser cristiano. Ayudar a la humanidad. Detener las guerras. Explicaciones de G. Destino, accidente y voluntad. "Máquinas locas". Cristianismo esotérico. ¿Cuál deberla ser la meta del hombre? Las causas de la esclavitud interior. De donde parte el camino que lleva a la liberación. "Conócete a tí mismo". Diferentes modos de comprender esta idea. El estudio de sí. Cómo llevar este estudio. La observación de sí. Constataciones y análisis. Un principio fundamental del trabajo de la máquina humana. Los cuatro centros: intelectual, emocional, instintivo y motor. Distinción entre los diferentes modos de trabajo de los centros. Modificaciones en el trabajo de la máquina. Trastorno en el equilibrio. ¿Cómo restablece la máquina su equilibrio? Cambios incidentales. Trabajo equivocado de los centros. Imaginación. Ensueño. Hábitos. Para observarse es indispensable oponerse a los hábitos. La lucha contra la expresión de emociones negativas. Constatación de la mecanicidad. Cambios que resultan de la observación de sí bien conducida. La idea del centro motor. Clasificación habitual de las acciones del hombre. Clasificación basada en la división de los centros. Automatismo. Acciones instintivas. Diferencia entre las funciones instintivas y las funciones motrices. División de las emociones. Los diferentes niveles de los centros.*

En una de las reuniones siguientes, le fue planteada esta pregunta: *¿Cuál es la meta de su enseñanza?*

—Yo tengo, por cierto, mi meta, respondió G., pero ustedes me permitirán que no hable de ella. Porque mi meta no puede todavía significar nada para ustedes. Para ustedes, lo que cuenta ahora es que puedan definir su propia meta. *En cuanto a la enseñanza misma, ella no puede tener una meta.* No hace sino indicar a los hombres la mejor manera de alcanzar sus metas, cualesquiera que éstas sean. La cuestión de metas es primordial. Mientras un hombre no haya definido su propia meta, no es capaz aún de comenzar a «hacer». ¿Cómo podría uno «hacer», si no tiene meta? Ante todo, «hacer» presupone una meta.

—Pero la cuestión de la meta de la existencia es una de las más difíciles, replicó uno de los presentes. Usted nos pide resolverla de entrada. Quizás hemos venido aquí precisamente porque buscamos una respuesta a esta pregunta. Usted espera de nosotros el que ya la conozcamos. Pero de ser así el caso, ya sabríamos realmente todo.

—Ustedes me han comprendido mal, dijo G. No hablaba de la meta de la existencia, en un sentido filosófico. El hombre no la conoce y no puede conocerla, mientras siga siendo lo que es.

"No le es posible, primeramente porque la existencia no tiene una sola, sino numerosas metas. Por lo demás, todas las tentativas para resolver este problema por los métodos ordinarios son absolutamente sin esperanza e inútiles. Yo les hice una pregunta totalmente diferente. Les interrogué sobre su meta *personal*, sobre lo que quieren alcanzar, y no sobre la razón de ser de su existencia. Cada uno debe tener su propia meta; un hombre desea riquezas, otro salud, un tercero el reino de los cielos, un cuarto quiere ser general, etc. Sobre metas de esta clase es lo que les pregunté. Si me dicen cuál es su meta, yo podré decirles si seguimos o no el mismo camino.

"Piensen de qué manera se formulaban su meta, a sí mismos, antes de venir aquí.

—Yo me formulaba mi meta con perfecta claridad hace algunos años, respondí. Me decía entonces que quería *conocer el futuro*. A través de un estudio teórico del problema, había llegado a la conclusión de que el futuro *puede* ser conocido, e incluso varias veces logré conseguir experimentalmente un conocimiento exacto del futuro. Había llegado a la conclusión de que teníamos que conocer el futuro y que teníamos derecho a ello, porque de otra manera no podríamos organizar nuestras vidas. Este asunto me parecía muy importante. Consideraba, por ejemplo, que un hombre puede saber y tiene el derecho de saber exactamente el tiempo que le queda, el tiempo de que aún dispone —el día y la hora de su muerte. Siempre había encontrado humillante vivir en esta ignorancia y había decidido, desde cierto momento, no emprender nada, fuera lo que fuere, antes de saberlo. En realidad ¿qué sentido tiene emprender un trabajo cualquiera cuando uno ni siquiera sabe si tendrá tiempo para terminarlo?

—Muy bien. dijo G. Conocer el futuro es para usted la primera meta. ¿Puede alguien más formular su meta?

—Quisiera estar convencido de que sobreviviré a la muerte de mi cuerpo físico y, si esto depende de mí, quisiera trabajar para existir después de la muerte, dijo uno de los presentes.

—El conocimiento o la ignorancia del futuro, la certidumbre o incertidumbre de una supervivencia me importan igualmente poco, dijo otro, si he de seguir siendo lo que soy ahora. Lo que siento con más fuerza es que no soy el amo de mí mismo, y si debo formular mi meta diría que quiero ser *el amo de mí mismo*.

—Quisiera comprender la enseñanza de Cristo y ser un verdadero cristiano, dijo el siguiente.

—Quisiera poder ayudar a los demás.

—Quisiera saber cómo detener las guerras.

—Bien, eso basta, dijo G. Ya tenemos suficientes elementos.

Entre los deseos formulados, el mejor es el de ser el amo de sí. Sin esto, nada más es posible, ninguna otra cosa podrá tener valor alguno. Pero comencemos por el examen de la primera meta.

"Para conocer el futuro es necesario ante todo conocer tanto el presente como el pasado en todos sus detalles. Hoy es lo que es porque ayer fue lo que fue, y si hoy es como ayer mañana será como hoy. Si ustedes quieren que mañana sea diferente deben hacer que hoy sea diferente. Si hoy no es sino una consecuencia de ayer, mañana a su vez no será sino una consecuencia de hoy. Y si alguien ha estudiado a fondo lo que ha sucedido ayer, antes de ayer, hace una semana, un año, diez años, puede entonces sin riesgos de error decir qué sucederá y qué no sucederá mañana. Pero hoy día no tenemos suficientes elementos a nuestra disposición como para discutir seriamente este problema. Lo que ocurre o lo que puede ocurrirnos depende de una u otra de estas tres causas: el accidente, el destino o nuestra propia voluntad. Tal como somos nos encontramos casi completamente a merced del accidente. No podemos tener destino en el verdadero sentido de la palabra, así como no podemos tener voluntad. Si tuviésemos voluntad, por este solo hecho seríamos capaces de conocer el futuro. Porque nos sería posible el construir nuestro futuro, y hacerlo tal como lo queremos. Si tuviésemos un destino, podríamos también conocer el futuro porque el destino corresponde al tipo. Si se conoce el tipo entonces su destino también puede conocerse, es decir, a la vez su pasado y su futuro. Pero los accidentes siguen siendo imprevisibles. Hoy día un hombre es de una manera, mañana es diferente; hoy día le sucede una cosa, mañana otra.

—¿Pero no puede usted prever lo que nos va a suceder? preguntó uno. ¿No ve con anticipación los resultados que cada uno de nosotros conseguirá trabajando sobre sí, y si vale acaso la pena que uno emprenda este trabajo?

—Es imposible decirlo, dijo G. Sólo se puede predecir el futuro de *hombres*. El futuro no puede ser predicho para *máquinas locas*. Su dirección cambia en cada momento. En un momento dado una máquina de éstas va en una dirección, y ustedes pueden calcular a dónde puede llegar, pero cinco minutos más tarde ésta se precipita en una dirección completamente diferente y todos sus cálculos probarán ser falsos. Asimismo, antes de hablar de predecir el futuro es necesario saber de *quién* se trata. Si un hombre quiere prever su propio futuro, debe ante todo conocerse a sí mismo. En seguida verá si le vale la pena conocer su futuro. En ocasiones tal vez le será preferible no conocerlo.

"Esto parece paradójico, pero tenemos todo el derecho de decir que ya conocemos nuestro futuro: será exactamente idéntico a lo que ha sido nuestro pasado. Nada puede cambiar por sí solo.

"Y en la práctica, para estudiar el futuro, uno tiene que aprender a notar y recordar los momentos en que conocemos realmente el futuro y en que actuamos de

acuerdo con este conocimiento. Tendremos así la prueba de que realmente conocemos el futuro. Esto es sencillamente lo que pasa en los negocios, por ejemplo. Todos los buenos comerciantes conocen el futuro, de otro modo sus negocios quebrarían. En el trabajo sobre sí, es necesario ser un buen comerciante, un hombre de negocios avisado. No vale la pena conocer el futuro sino cuando un hombre puede ser su propio amo.

"Hubo también una pregunta sobre la vida futura: ¿cómo crearla, cómo evitar la muerte final, cómo no morir?

"Para esto es indispensable «ser». Si un hombre cambia a cada instante, si no hay nada en él que pueda resistir a las influencias exteriores, esto quiere decir que nada en él puede resistir a la muerte. Pero si llega a ser independiente de las influencias exteriores, si aparece en él «algo» que pueda vivir *por sí mismo*, este «algo» puede no morir. En las circunstancias ordinarias morimos a cada instante. Las influencias exteriores cambian y nosotros cambiamos con ellas; esto quiere decir que muchos de nuestros «yoes» mueren. Si un hombre desarrolla en sí mismo un «Yo» permanente, que pueda sobrevivir a un cambio de condiciones exteriores, este «Yo» podrá también sobrevivir a la muerte del cuerpo físico. Todo el secreto es que no se puede trabajar para la vida futura, sin trabajar para esta vida. Al trabajar para la vida, un hombre trabaja para la muerte o más bien para la inmortalidad. Es por esto por lo que el trabajo para la inmortalidad, si se le puede llamar así, no puede estar separado del trabajo para la vida en general. Al alcanzar uno se alcanza el otro. Un hombre puede esforzarse en *ser* simplemente en aras de los intereses de su propia vida. Tan sólo por esto puede llegar a ser inmortal. No hablamos especialmente de una vida futura y no tratamos de saber si existe o no, porque las leyes son las mismas en todas partes. Al estudiar simplemente su propia vida y la de los demás, desde su nacimiento hasta su muerte, un hombre estudia todas las leyes que gobiernan la vida y la muerte y la inmortalidad. Si llega a ser amo de su vida, puede llegar a ser amo de su muerte.

"Otra pregunta fue planteada: *¿Cómo llegar a ser un Cristiano?*

"Ante todo, es necesario comprender que un Cristiano no es un hombre que se dice Cristiano o que otros llaman Cristiano. Un Cristiano es un hombre que vive de acuerdo a los preceptos de Cristo. Tal cual somos no podemos ser Cristianos. Para ser Cristianos debemos ser capaces de «hacer». No podemos «hacer»; con nosotros todo «sucede». Cristo dice: «Amad a vuestros enemigos», pero ¿cómo amar a nuestros enemigos si ni siquiera podemos amar a nuestros amigos? Algunas veces «se ama», y algunas veces «no se ama». Tal como somos ni siquiera podemos aun realmente desear ser Cristianos porque, nuevamente, algunas veces «se desea» y otras veces «no se desea». Un hombre no puede desear por mucho tiempo esta sola y misma cosa, porque de repente, en vez de desear ser Cristiano, se acuerda de una alfombra muy

hermosa, pero muy cara, que vio en una tienda. Y en vez de desear ser Cristiano comienza a pensar en cómo comprar esa alfombra, olvidándose de todo lo que concierne al Cristianismo. O si algún otro no cree que él sea un Cristiano maravilloso, estará dispuesto a comérselo vivo o a asarlo en una hoguera. Para ser Cristiano hay que «ser». Ser significa: ser el amo de sí mismo. Si un hombre no es su propio amo, no tiene nada y no puede tener nada. Y no puede ser un Cristiano. Es simplemente una máquina, un autómeta. Una máquina no puede ser un Cristiano: Piénsenlo ustedes mismos: ¿es posible para un automóvil, una máquina de escribir o un gramófono ser Cristianos? Estas son simplemente cosas sometidas a la ley del accidente. No son responsables. Son máquinas. Ser Cristiano significa ser responsable. La responsabilidad llega más tarde, si un hombre, aunque parcialmente, deja de ser máquina y comienza de hecho, y no sólo de palabra, a desear ser Cristiano.

—¿Qué relación hay entre la enseñanza que usted expone y el Cristianismo tal como nosotros lo conocemos? preguntó alguien.

—No sé lo que ustedes saben sobre el *Cristianismo*, contestó G., poniendo énfasis en esta palabra. Sería necesario hablar durante mucho tiempo a fin de aclarar lo que ustedes entienden por ese término. Pero para beneficio de los que ya saben diré, si así lo quieren, que *éste es el Cristianismo esotérico*. Hablaremos a su debido tiempo sobre el significado de estas palabras. Por el momento sigamos discutiendo nuestras preguntas.

"Entre las metas que se han expresado, sin discusión alguna la más justa es la de ser *amo de sí mismo*, porque sin esto nada es posible. En comparación con esta meta, todas las demás no son sino sueños infantiles, deseos de los cuales un hombre no podría hacer el menor uso aunque le fuesen concedidos.

"Por ejemplo, alguien dijo que quería ayudar a los demás. Para ser capaz de *ayudar a los demás*, primero hay que aprender a ayudarse a sí mismo. Con la idea de ayudar a los demás, un gran número de personas se deja llevar por toda clase de pensamientos y de sentimientos simplemente por pereza. Son demasiado perezosas para trabajar sobre sí mismas; pero les agrada mucho pensar que son capaces de ayudar a los demás. Esto es ser falso e hipócrita consigo mismo. Cuando un hombre se ve realmente tal cual es, no le pasa por la cabeza ayudar a los demás —tendría vergüenza de pensar en esto. El amor a la humanidad, el altruismo, son palabras muy bonitas, pero no tienen significado sino cuando un hombre es capaz, por su propia elección y de su propia decisión, de amar o de no amar, de ser un altruista o un egoísta. Entonces su elección tiene un valor. Pero si no hay elección alguna, si él no puede hacer otra cosa, si es solamente lo que la casualidad lo ha hecho o lo está haciendo —hoy un altruista, mañana un egoísta y pasado mañana nuevamente un altruista— ¿qué valor puede tener todo esto? Para ayudar a los demás un hombre

tiene que aprender primero a ser egoísta, un egoísta consciente. Sólo un egoísta consciente puede ayudar a los demás. Tal como somos no podemos hacer nada. Un hombre decide ser un egoísta y resulta regalando su última camisa. Habiendo decidido regalar su última camisa, arranca la del hombre al que le quería dar la suya. O bien al decidir dar su propia camisa, quiere dar la de otro, y se pone furioso si éste se la rehúsa. Y así sigue la vida. "Para hacer lo difícil, hay que aprender primero a hacer lo que es fácil. No se puede comenzar por lo más difícil.

"Se me ha planteado otra pregunta: ¿Cómo detener las guerras? Las guerras no pueden ser detenidas. La guerra es el resultado de la esclavitud en que viven los hombres. Estrictamente hablando no se puede culpar a los hombres por la guerra. En su origen hay fuerzas cósmicas e influencias planetarias. Pero los hombres no oponen ni sombra de resistencia a estas influencias, y no pueden hacerlo porque son esclavos. Si fuesen *hombres* y fuesen capaces de «hacer», serían capaces de resistir a estas influencias y de abstenerse de matarse entre ellos.

—Pero ¿seguramente aquellos que lo comprenden pueden hacer algo? interrogó el hombre que había hecho la pregunta acerca de la guerra. Si un número suficiente de hombres llegase a la conclusión categórica de que ya no debe haber más guerras, ¿no podrían influir sobre los demás?

—Aquéllos a quienes disgusta la guerra han estado tratando de hacer eso casi desde la creación del mundo, dijo G., y sin embargo, nunca ha habido una guerra como la presente. Las guerras no están disminuyendo, están aumentando, y no pueden ser detenidas por medios ordinarios. Todas estas teorías acerca de la paz universal, sobre conferencias sobre la paz, etc., son nuevamente simple pereza e hipocresía. Los hombres no quieren pensar en sí mismos, no quieren trabajar sobre sí mismos, no piensan sino en los medios para llevar a los demás a que sirvan a sus caprichos. Si se llegase a formar efectivamente un grupo suficiente de hombres deseosos de detener las guerras, comenzarían primero por hacer la guerra contra aquellos que no estuvieran de acuerdo. Y es aún más seguro que harían la guerra contra quienes también quisieran detener las guerras, pero en forma diferente. Y así, ellos pelearían. Los hombres son lo que son y no pueden ser diferentes. La guerra tiene muchas causas que son desconocidas para nosotros. Algunas causas están en los hombres mismos, otras están fuera de ellos. Hay que empezar por las causas que están en el hombre mismo. ¿Cómo puede el hombre ser independiente de las influencias exteriores, de las grandes fuerzas cósmicas, cuando es esclavo de todo lo que lo rodea? Está en poder de todas las cosas a su alrededor. Si fuese capaz de liberarse de las cosas, entonces podría liberarse de las influencias planetarias.

"Libertad, liberación. Ésta debe ser la meta del hombre. Llegar a ser libre, escapar de la servidumbre —es por esto por lo que un hombre debería luchar cuando haya llegado a ser, aunque sea un poco, consciente de su situación. Es la única salida para



él, porque nada es posible mientras siga siendo un esclavo interior y exteriormente. Pero no puede dejar de ser esclavo exteriormente mientras interiormente siga siendo un esclavo. Por consiguiente, para llegar a ser libre tiene que conquistar la libertad interior.

"La primera razón de la esclavitud interior del hombre es su ignorancia, y sobre todo, su ignorancia de sí mismo. Sin el conocimiento de sí, sin la comprensión de la marcha y de las funciones de su máquina, el hombre no puede ser libre, no puede gobernarse y seguirá siendo siempre esclavo, y el juguete de las fuerzas que actúan sobre él.

"Esta es la razón por la cual, en las enseñanzas antiguas, la primera exigencia al comienzo del camino de la liberación, era: «*Conócete a ti mismo*»."

En la reunión siguiente, G. comentó estas palabras: "*Conócete a ti mismo*".

—Esta fórmula, generalmente atribuida a Sócrates, en realidad se encuentra en la base de muchas doctrinas y escuelas mucho más antiguas que la escuela socrática. Pero aunque el pensamiento moderno no desconoce la existencia de este principio, no tiene sino una idea muy vaga de su significado y de su alcance. El hombre ordinario de nuestra época, aun si se interesa en la filosofía o en las ciencias, no comprende que el principio «*Conócete a ti mismo*» se refiere a la necesidad de conocer su propia máquina, la «*máquina humana*». La estructura de la máquina es más o menos la misma en todos los hombres; por lo tanto es esta estructura la que el hombre debe estudiar primeramente, es decir las funciones y las leyes de su organismo. En la máquina humana todo está ligado, una cosa depende de otra hasta tal punto que es completamente imposible estudiar cualquier función sin estudiar todas las otras. El conocimiento de una parte requiere el conocimiento del todo. Es posible conocer el todo del hombre, pero esto exige mucho tiempo y mucho trabajo, exige sobre todo la aplicación del método correcto, e igualmente la dirección justa de un maestro.

"El principio «*Conócete a ti mismo*» tiene un contenido muy rico." En primer lugar exige, del hombre que quiere conocerse, que comprenda lo que esto quiere decir, en qué conjunto de relaciones se inscribe este conocimiento, y de qué depende necesariamente.

"El conocimiento de sí es una meta muy alta, pero muy vaga y muy lejana. El hombre en su estado actual está muy lejos del conocimiento de sí. Por eso, estrictamente hablando, la meta del hombre no puede ser el conocimiento de sí. Su gran meta debe ser el estudio de sí. Para él será más que suficiente el comprender que tiene que estudiarse a sí mismo. La meta del hombre debe ser el comenzar a estudiarse a sí mismo, a *conocerse a sí mismo*, de una manera conveniente.

"El estudio de sí es el trabajo o la vía que conduce al conocimiento de sí.

"Pero para estudiarse a sí mismo es necesario ante todo aprender *cómo estudiar*, por dónde comenzar, qué medios emplear. Un hombre tiene que aprender cómo

estudiarse a sí mismo y tiene que estudiar los métodos del estudio de sí.

"El método fundamental para el estudio de sí es la observación de sí. Sin una observación de sí correctamente conducida, un hombre no comprenderá jamás las conexiones y las correspondencias de las diversas funciones de su máquina, no comprenderá jamás cómo ni por qué en él «todo sucede».

"Pero el aprendizaje de los métodos correctos de observación de sí y de estudio de sí, requiere una comprensión precisa de las funciones y de las características de la máquina humana. De este modo, para observar las funciones de la máquina humana es necesario comprenderlas en sus divisiones correctas y poder definir las exactamente y de inmediato; además, la definición no debe ser verbal, sino interior: por el sabor, por la sensación, de la misma manera en que nos definimos a nosotros mismos todo lo que experimentamos interiormente.

"Hay dos métodos de observación de sí: el primero es el *análisis*, o las tentativas de análisis, es decir las tentativas de encontrar una respuesta a estas preguntas: ¿de qué depende tal cosa, y por qué sucede? —y el segundo es el método de las *constataciones*, que consiste solamente en registrar, en grabar en la mente, en el momento mismo, todo lo que uno observa.

"Sobre todo al comienzo, la observación de sí no debe llegar a ser análisis, o tentativa de análisis, bajo ningún pretexto. El análisis no es posible sino mucho más tarde, cuando ya se conocen todas las funciones de la propia máquina y todas las leyes que la gobiernan.

"Al tratar de analizar tal o cual fenómeno que lo ha impresionado fuertemente, un hombre generalmente se pregunta: «¿Qué es esto? ¿Por qué sucede esto así y no de otra manera?» Y comienza a buscar una respuesta a estas preguntas, olvidándose de todo lo que las observaciones ulteriores podrían aportarle. Más y más absorbido por las preguntas, pierde totalmente el hilo de la observación de sí, y hasta llega a olvidar la idea misma. La observación se detiene. De este hecho resulta claro que tan sólo una cosa puede progresar: o la observación, o bien las tentativas de análisis.

"Pero aún fuera de esto, toda tentativa de análisis de fenómenos aislados, sin el conocimiento de las leyes generales, es una pérdida total de tiempo. Antes de poder analizar los fenómenos, aun los más elementales, un hombre debe acumular suficiente material bajo la forma de «constataciones», es decir como resultado de una observación directa e inmediata de lo que pasa en él. Este es el elemento más importante en el trabajo del estudio de sí. Cuando se ha acumulado un número suficiente de «constataciones» y cuando al mismo tiempo se ha estudiado y comprendido hasta un cierto punto las leyes, sólo entonces se hace posible el análisis.

"Desde el comienzo mismo, la observación y la constatación se deben basar sobre el conocimiento de los principios fundamentales de la actividad de la máquina humana. La observación de sí no se puede conducir correctamente si no se

comprenden estos principios, y si no se les tiene siempre en cuenta en la mente. Es por esta razón que la observación de sí ordinaria, tal como la practica la gente toda su vida, es totalmente inútil y no puede llegar a nada.

"La observación debe comenzar con la división de las funciones. Toda la actividad de la máquina humana está dividida en cuatro grupos de funciones netamente definidas. Cada uno está gobernado por su propio «cerebro» o «centro». Un hombre debe diferenciar, al observarse a sí mismo, las cuatro funciones fundamentales de su máquina: las funciones intelectual, emocional, motriz e instintiva. Cada fenómeno que un hombre observa en sí mismo se relaciona con una u otra de estas funciones. Por eso, antes de comenzar a observar, un hombre debe comprender en qué difieren las funciones, qué significa la actividad intelectual, qué significa la actividad emocional, la actividad motriz y la actividad instintiva.

"La observación debe comenzar por el principio. Todas las experiencias anteriores, todos los resultados anteriores de toda observación de sí, deben ser dejados de lado. Allí puede haber elementos de gran valor. Pero todo este material está basado en las divisiones erróneas de las funciones observadas, y éste mismo está dividido de manera incorrecta. Por esta razón no se lo puede utilizar; en todo caso, no se lo puede utilizar al comienzo del estudio de sí. En el momento oportuno, lo que hay de valor será tomado y utilizado. Pero es necesario comenzar por el principio, es decir, observarse a sí mismo como si no se conociese en lo más mínimo, como si aún nunca se hubiera observado.

"Cuando uno comienza a observarse, debe tratar de determinar al instante a qué grupo, a qué centro, pertenecen los fenómenos que se están observando en el momento.

"Algunos encuentran difícil comprender la diferencia entre pensamiento y sentimiento, otros tienen dificultad en comprender la diferencia entre sentimiento y sensación, entre un pensamiento y un impulso motor.

"Hablando en términos muy amplios se puede decir que la función del pensamiento siempre trabaja por medio de la comparación. Las conclusiones intelectuales son siempre el resultado de la comparación de dos o más impresiones.

"La sensación y la emoción no razonan, no comparan, simplemente definen una impresión dada por su aspecto, por su carácter agradable o desagradable en uno u otro sentido, por su color, sabor u olor. Lo que es más, las *sensaciones* pueden ser indiferentes —ni calientes ni frías, ni agradables ni desagradables: «papel blanco», «lápiz rojo». En la sensación de lo blanco y de lo rojo no hay nada agradable o desagradable. En todo caso, no es necesario que haya nada agradable o desagradable ligado a la sensación de uno u otro de estos dos colores. Estas sensaciones, que proceden de los así llamados «cinco sentidos», y las demás, como la sensación de calor, la del frío, etc., son instintivas. Las funciones del sentimiento, o emociones,

siempre son agradables o desagradables; no hay emociones indiferentes.

"La dificultad para distinguir entre las funciones se acrecienta por el hecho de que la gente las siente de manera muy diferente. Es esto lo que generalmente no comprendemos. Creemos que las personas son mucho más parecidas entre sí de lo que son en realidad. Sin embargo, de hecho hay grandes diferencias entre uno y otro en lo que concierne a las formas o a las modalidades de sus percepciones. Algunas personas perciben principalmente a través de su pensar, otras a través de sus emociones, y otras a través de sus sensaciones. La comprensión mutua es muy difícil, si no imposible, para hombres de diversas categorías y de diversos modos de percepción, porque todos dan nombres diferentes a una sola y misma cosa, y el mismo nombre a las cosas más diferentes. Además, son posibles toda clase de combinaciones. Un hombre percibe a través de sus pensamientos y de sus sensaciones, otro a través de sus pensamientos y de sus sentimientos, y así sucesivamente. Cualquiera que sea, cada modo de percepción se pone inmediatamente en relación con una especie particular de reacción a los acontecimientos exteriores. Estas diferencias en la percepción y la reacción a los acontecimientos exteriores producen dos resultados: las personas no se comprenden entre sí y no se comprenden ellas mismas. Muy a menudo un hombre llama sentimientos a sus pensamientos o a sus percepciones intelectuales, y llama pensamientos a sus sentimientos, y sentimientos a sus sensaciones. Este último caso es el más frecuente. Por ejemplo, dos personas perciben la misma cosa diferentemente, digamos que una la percibe a través de sus sentimientos y la otra a través de sus sensaciones: podrán discutir toda su vida sin comprender jamás en qué consiste la diferencia entre sus actitudes en presencia de un objeto dado. En efecto, la primera lo ve bajo uno de sus aspectos y la segunda bajo otro.

"Para encontrar el método que discrimina, debemos comprender que cada función psíquica normal es un medio o un instrumento de conocimiento. Con la ayuda del pensar vemos un aspecto de las cosas y de los sucesos, con la ayuda de las emociones vemos otro aspecto y con la ayuda de las sensaciones un tercer aspecto. El conocimiento más completo que podríamos alcanzar de un tema dado sólo se puede obtener si lo examinamos simultáneamente a través de nuestros pensamientos, sentimientos y sensaciones. Todo hombre que se esfuerza por alcanzar un conocimiento verdadero debe dirigirse hacia la posibilidad de tal percepción. En condiciones ordinarias el hombre ve el mundo a través de un cristal deformado, desigual. Y aun si se da cuenta, no puede cambiar nada. Su forma de percepción, sea cual fuere, depende del trabajo de su organismo entero. Todas las funciones son interdependientes y se equilibran entre sí, todas las funciones tienden a mantenerse entre sí en el estado en que están. Por eso, un hombre que comienza a estudiarse a sí mismo, al descubrir en sí algo que no le gusta, debe comprender que no será capaz de

cambiarlo. *Estudiar* es una cosa, *cambiar* es otra. Sin embargo, el estudio es el primer paso hacia la posibilidad de cambiar en el futuro. Y desde el comienzo del estudio de sí, uno debe llegar a convencerse bien de que durante mucho tiempo todo el trabajo consistirá solamente en estudiarse.

"Ningún cambio es posible en las condiciones ordinarias porque cada vez que un hombre quiere cambiar una cosa no quiere cambiar sino esta cosa. Pero todo en la máquina está ligado y cada función está inevitablemente compensada por otra o por toda una serie de otras funciones, aunque no nos demos cuenta de esta interdependencia entre las diversas funciones en nosotros mismos. La máquina está equilibrada en todos sus detalles en cada momento de su actividad. Si un hombre constata en sí mismo algo que le disgusta, y empieza a hacer esfuerzos para cambiarlo, puede llegar a cierto resultado. Pero al mismo tiempo, con este resultado obtendrá inevitablemente otro resultado, que no podía haber sospechado. Al esforzarse para destruir y aniquilar todo lo que le desagrade en él, al hacer esfuerzos hacia este fin, compromete el equilibrio de su máquina. La máquina se esfuerza por restablecer el equilibrio y lo restablece creando una nueva función que el hombre no podía haber previsto. Por ejemplo, un hombre puede observar que es muy distraído, que se olvida de todo, pierde todo, etc. Comienza a luchar contra este hábito, y si es suficientemente metódico y resuelto, logra, después de cierto tiempo, obtener el resultado deseado: deja de olvidar o de perder cosas. Esto lo advierte; pero hay otra cosa que no advierte, y que los demás sí advierten, o sea, que se ha vuelto irritable, pedante, criticón, desagradable. Ha vencido su distracción, pero en su lugar ha aparecido la irritabilidad. ¿Por qué? Es imposible decirlo. Sólo el análisis detallado de las cualidades particulares de los centros de un hombre pueden mostrar por qué la pérdida de una cualidad ha ocasionado la aparición de otra. Esto no quiere decir que la pérdida de la distracción deba causar necesariamente la irritabilidad. Cualquier otra característica que no tenga relación alguna con la distracción podría aparecer igualmente, por ejemplo, mezquindad, o envidia, u otra cosa.

"De modo que cuando un hombre trabaja en forma conveniente sobre sí mismo, debe tomar en cuenta los posibles cambios compensatorios que pueden ocurrir y tenerlos en cuenta de antemano. Sólo en esta forma podrá evitar cambios indeseables, o la aparición de cualidades enteramente opuestas a la meta y a la dirección de su trabajo.

"Pero en el sistema general de la actividad, y de las funciones de la máquina humana, hay ciertos puntos en los cuales puede tener lugar un cambio sin ocasionar ningún resultado parasitario.

"Es necesario saber cuáles son estos puntos, y cómo acercarse a ellos, porque si uno no comienza *con ellos* no obtendrá ningún resultado u obtendrá resultados equivocados e indeseables.

"Un hombre, cuando ha fijado en su pensamiento la diferencia entre las funciones intelectuales, emocionales y motrices, debe, conforme se observa a sí mismo, referir inmediatamente sus impresiones a la categoría correspondiente. Primero debe tomar nota mental tan sólo de aquellas observaciones con respecto a las cuales no le cabe la menor duda, es decir en las que reconoce de inmediato la categoría. Debe rechazar todos los casos vagos o dudosos, y recordar únicamente aquellos que son indiscutibles. Si este trabajo se efectúa correctamente, el número de constataciones indudables aumentará rápidamente. Y aquello que al principio le parecía dudoso muy pronto se verá con claridad como perteneciente al primero, al segundo, o al tercer centro. Cada centro tiene su propia memoria, sus propias asociaciones, y su propio pensar. De hecho cada centro consiste de tres partes: la intelectual, la emocional y la motriz. Pero no sabemos casi nada acerca de este lado de nuestra naturaleza. En cada centro sólo conocemos una parte. Sin embargo, la observación de sí mismo nos demostrará muy pronto que la vida de nuestros centros es mucho más rica, o en todo caso, que contiene muchas más posibilidades de las que pensamos.

"A la vez, al observar los centros, podremos constatar, al lado de su trabajo correcto, su trabajo incorrecto, es decir, el trabajo de un centro en lugar de otro: las tentativas de sentir del centro intelectual, o sus pretensiones al sentimiento, las tentativas del centro emocional para pensar, las tentativas del centro motor para pensar y sentir. Como ya se ha dicho, el trabajo de un centro por otro es útil en ciertos casos, para salvaguardar la continuidad de la vida. Pero al hacerse habitual este tipo de relevo llega a ser al mismo tiempo dañino, porque comienza a interferir con el trabajo correcto, permitiendo poco a poco a cada centro descuidar sus propios deberes inmediatos y hacer, no lo que debería estar haciendo, sino lo que le gusta más en el momento. En un hombre sano y normal, cada centro ejecuta su propio trabajo, es decir, el trabajo para el cual fue especialmente destinado y que está mejor calificado para cumplir. Hay situaciones en la vida de las cuales no podemos hacernos cargo sino sólo con la ayuda del pensamiento. Si en tal momento el centro emocional comienza a funcionar en lugar del centro intelectual, enredará todo, y las consecuencias de esta intervención serán por demás desagradables. En un hombre desequilibrado, la continua substitución de un centro por otro es precisamente lo que se llama «desequilibrio» o «neurosis». Cada centro procura de alguna manera endosarle su trabajo a otro, y al mismo tiempo trata de hacer el trabajo de otro centro para el cual no está capacitado. Cuando el centro emocional trabaja en lugar del centro intelectual, introduce nerviosidad, febrilidad y precipitación innecesarias en situaciones en las que, por el contrario, son esenciales un juicio calmo y una deliberación tranquila. Por su lado, cuando el centro intelectual trabaja en lugar del centro emocional, se pone a deliberar en situaciones que requieren decisiones rápidas y hace imposible el discernir las particularidades y los matices finos de la situación.

El pensamiento es demasiado lento. Elabora cierto plan de acción y continúa siguiéndolo aun cuando las circunstancias hayan cambiado y se haya hecho necesario otro tipo de acción. Además, en algunos casos la intervención del centro intelectual hace surgir reacciones enteramente equivocadas, porque el centro intelectual es simplemente incapaz de comprender los matices y sutilezas de muchos acontecimientos. Al centro del pensamiento le parecen iguales acontecimientos que son totalmente diferentes para el centro motor y para el centro emocional. Sus decisiones son demasiado generales y no corresponden a las que habría tomado el centro emocional. Esto resulta perfectamente claro si nos representamos la intervención del pensamiento, esto es, de la mente teórica, en el dominio del sentimiento, o de la sensación, o del movimiento. En cada uno de estos tres casos la intervención del pensamiento conduce a resultados totalmente indeseables. El pensamiento no puede comprender los matices del sentimiento. Veremos esto claramente si imaginamos a un hombre razonando sobre las emociones de otro. Como él mismo no experimenta nada, lo que experimenta el otro no existe para él. *Un hombre saciado no comprende a un hambriento.* Pero para éste, su hambre es muy real; y las decisiones del primero, o sea del pensamiento, no pueden en ningún caso satisfacerlo.

"En la misma forma, el pensamiento no puede apreciar las sensaciones. Para él son cosas muertas. Tampoco es capaz de controlar el movimiento. Es de lo más fácil encontrar ejemplos de esta clase. Cualquiera que sea el trabajo que un hombre está haciendo, bastará que trate de hacer deliberadamente cada uno de sus gestos con su mente, siguiendo cada movimiento, y verá que cambiará inmediatamente la calidad de su trabajo. Si está escribiendo a máquina, sus dedos gobernados por su centro motor encuentran por sí mismos las letras necesarias; pero si antes de cada letra trata de preguntarse a sí mismo: «¿Dónde está la C?» «¿Dónde está la coma?» «¿Cómo se deletrea esta palabra?» —en seguida comienza a cometer errores o a escribir muy despacio. Si un hombre conduce un automóvil con su centro intelectual, por cierto no tendrá interés en pasar de la primera velocidad. El pensamiento no puede seguir el ritmo de todos los movimientos necesarios a una marcha rápida. Es absolutamente imposible para un hombre ordinario conducir rápido con su centro intelectual especialmente en las calles de una gran ciudad.

"Cuando el centro motor hace el trabajo del centro intelectual, da como resultado la lectura mecánica o la audición mecánica, aquella de un lector o de un oyente que no percibe sino palabras y se queda totalmente inconsciente de lo que lee o escucha. Esto sucede generalmente cuando la atención, es decir la dirección de la actividad del centro intelectual, está ocupada en alguna otra cosa, y cuando el centro motor trata de suplantar al ausente centro intelectual. Esto se convierte muy fácilmente en un hábito porque generalmente el centro intelectual está distraído, no por un trabajo útil,

pensamiento o meditación, sino simplemente por el ensueño o la imaginación.

"La imaginación es una de las principales causas del trabajo equivocado de los centros. Cada centro tiene su propia forma de imaginación y de ensueño, pero por lo general el centro motor y el centro emocional se sirven ambos del centro intelectual, siempre listo éste a cederles su lugar y a ponerse a su disposición para este fin, porque el ensueño corresponde a sus propias inclinaciones.

"El ensueño es absolutamente lo contrario de una actividad «útil». «Útil» en este caso significa: dirigida hacia una meta definida y emprendida para un resultado definido. El ensueño no tiende a ningún fin, no se esfuerza hacia ninguna meta. La motivación del ensueño se encuentra siempre en el centro emocional o en el centro motor. En cuanto al proceso efectivo, éste es tomado a su cargo por el centro intelectual. La tendencia a soñar se debe en parte a la pereza del centro intelectual, es decir a sus tentativas por evitarse todo esfuerzo ligado a un trabajo orientado hacia una meta definida y que tenga una dirección definida, y por otra parte a la tendencia de los centros emocional y motor a repetirse, a guardar vivas o a reproducir experiencias agradables o desagradables, ya vividas o imaginadas. Los ensueños penosos, mórbidos, son característicos de un desequilibrio de la máquina humana. Después de todo, se puede comprender el ensueño cuando presenta un carácter agradable, y se le puede encontrar una justificación lógica. Pero el ensueño de carácter penoso es un completo absurdo. Sin embargo, muchas personas pasan nueve décimos de su existencia imaginando toda clase de acontecimientos desagradables, todas las desgracias que pueden recaer sobre ellos y sobre su familia, todas las enfermedades que pueden contraer, y todos los sufrimientos que tal vez tendrán que soportar.

"La «imaginación» y el «ensueño» son ejemplos del funcionamiento equivocado del centro intelectual.

"La observación de la actividad de la imaginación y del ensueño, constituye una parte muy importante del estudio de sí.

"Después la observación tendrá que enfocarse sobre los hábitos en general. Todo hombre adulto es un tejido de hábitos, si bien, en la mayoría de los casos, no se da la menor cuenta de ello y pudiera aun afirmar que no tiene hábito alguno. Esto nunca puede ser así. Los tres centros están repletos de hábitos y un hombre jamás puede conocerse hasta haber estudiado todos sus hábitos. La observación y estudio de éstos es particularmente difícil porque para verlos y «constatarlos», es necesario escapar de ellos, liberarse de ellos aunque sea tan sólo por un momento. Mientras un hombre está gobernado por un hábito determinado, no puede observarlo; pero desde su primer intento de combatirlo, por débil que éste sea, lo siente y repara en él. Por eso, para observar y estudiar los hábitos es necesario tratar de luchar contra ellos. Esto nos abre una vía práctica para la observación de sí. He dicho anteriormente que un hombre no



puede cambiar nada en sí mismo, que sólo puede observar y «constatar». Es verdad. Pero es igualmente cierto que un hombre no puede observar ni «constatar» nada si no trata de luchar consigo mismo, es decir, contra sus hábitos. Esta lucha no puede dar resultados inmediatos; no puede conducir a ningún cambio permanente o duradero. Pero permite saber a qué atenerse. Sin lucha un hombre no puede ver de qué está hecho. La lucha contra los pequeños hábitos es muy difícil y fastidiosa, pero sin ella es imposible la observación de sí.

"Desde su primera tentativa de estudiar su actividad motriz elemental, el hombre tropieza con sus hábitos. Por ejemplo, puede querer estudiar sus movimientos, puede querer observar cómo camina. Pero nunca lo logrará por más de un instante, si sigue funcionando de la manera habitual. En cambio, si comprende que su manera de caminar está constituida por un cierto número de hábitos: pasos de cierta longitud, un cierto porte, etc., y si trata de cambiarlos, es decir caminar más o menos rápido, alargar más o menos el paso, será capaz de ver en sí mismo y estudiar sus movimientos mientras camina. Si un hombre quiere observarse mientras escribe, debe tomar nota de la manera en que sostiene la pluma y tratar de tomarla de otro modo; entonces se hace posible la observación. Para observarse un hombre debe tratar de no caminar de manera habitual, de sentarse en forma desacostumbrada, debe permanecer de pie cuando normalmente se sienta, sentarse cuando está acostumbrado a estar de pie, realizar con la mano izquierda los movimientos que acostumbra hacer con la mano derecha y viceversa. Todo esto le permitirá observarse y estudiar los hábitos y asociaciones del centro motor.

"En el dominio de las emociones es muy útil tratar de luchar contra el hábito de dar expresión inmediata a las emociones desagradables. Muchas personas encuentran muy difícil evitar expresar sus sentimientos acerca del mal tiempo. Les es aún más difícil guardar para sí las emociones desagradables cuando estiman que han sido violados el orden o la justicia tal como ellos la conciben.

"La lucha contra la expresión de las emociones desagradables no sólo es un excelente método para la observación de sí, sino que tiene otro significado. Esta es una de las pocas direcciones en las que un hombre puede cambiar o cambiar sus hábitos sin crear otros indeseables. Es por esto por lo que desde el comienzo la observación de sí y el estudio de sí deben estar acompañados de una lucha contra la *expresión de las emociones desagradables*.

"Si el hombre sigue todas estas reglas al observarse a sí mismo, descubrirá una cantidad de aspectos muy importantes de su ser. Para comenzar constatará con claridad indudable el hecho de que sus acciones, pensamientos, sentimientos y palabras, son el resultado de las influencias exteriores y que nada procede de él mismo. Comprenderá y verá que de hecho es un autómatas que actúa bajo la influencia de estímulos exteriores. Experimentará su completa mecanicidad. Todo sucede. El

hombre no puede «hacer» nada; es una máquina gobernada desde el exterior por choques accidentales. Cada choque llama a la superficie a uno de sus «yoes». Con un nuevo choque este «yo» desaparece y otro ocupa su lugar. Otro pequeño cambio en el mundo circundante y he aquí nuevamente otro «yo».

"Desde este momento el hombre comenzará a comprender que no tiene el menor poder sobre sí mismo, que nunca sabe lo que puede decir o hacer al minuto siguiente y que no puede responder de sí mismo ni siquiera por algunos, instantes. Se convencerá de que si permanece tal cual es y no hace nada extraordinario, se debe simplemente a que no se produce ningún cambio exterior extraordinario. Se convencerá de que sus acciones están totalmente gobernadas por las condiciones exteriores y que no hay en él nada permanente de donde pueda proceder un control, ni una sola función permanente, ni un solo estado permanente."

Había varios puntos en las teorías psicológicas de G. que suscitaron particularmente mi interés.

El primero era la posibilidad de un cambio de sí, a saber que el hombre desde que comienza a observarse *de la manera adecuada*, comienza por esto mismo a cambiar y ya no puede estar *satisfecho* de sí.

El segundo punto era la necesidad de "no expresar las emociones desagradables". Sentí de inmediato que aquí se escondía algo muy grande y el futuro me dio la razón, porque el estudio de las emociones y el trabajo sobre las emociones se tornó la base del desarrollo ulterior de todo el sistema. Pero esto no se me hizo evidente sino mucho más tarde.

El tercer punto que atrajo mi atención y sobre el cual de inmediato me puse a reflexionar era la idea del *centro motor*.

Lo que me interesó especialmente era la relación que G. establecía entre las funciones motrices y las funciones instintivas. ¿Eran idénticas o eran diferentes? Además, ¿cuál era la relación entre las divisiones hechas por G. y las divisiones habituales de la psicología? Hasta entonces con ciertas reservas y adiciones, yo había estimado posible aceptar la vieja clasificación de las acciones del hombre en acciones "conscientes", acciones "automáticas" (que primero tienen que ser conscientes), acciones "instintivas" (oportunas pero sin meta consciente) y acciones "reflejas", simples y complejas, que nunca son conscientes y que en ciertos casos pueden ser inoportunas. Además había las acciones realizadas bajo la influencia de disposiciones emocionales ocultas y de impulsos interiores desconocidos.

G. puso de cabeza toda esta estructura.

Primeramente descartó por completo las acciones "conscientes" porque, como resaltaba de todo lo que él decía, nada era consciente. El término de "subconsciente" que desempeña un papel tan grande en las teorías de algunos autores, llegaba así a ser enteramente inútil y hasta engañoso, ya que fenómenos de categorías completamente

diferentes siempre eran clasificados en la categoría de "subconscientes".

La división, de las acciones según los centros que las gobiernan eliminaba toda incertidumbre y toda duda posible en cuanto a la justeza de estas divisiones.

Lo que era particularmente importante en el sistema de G. era la idea de que acciones idénticas podían tener su origen en centros diferentes. Un buen ejemplo es el del joven recluta y el viejo soldado en la instrucción militar. Aquél maneja el fusil con su centro intelectual, éste con su centro motor, que lo hace *mucho mejor*.

Pero G. no llamaba "automáticas" a las acciones gobernadas por el centro motor. Sólo designaba así a las acciones que el hombre realizaba de *manera imperceptible para él mismo*.

Las mismas acciones, desde que son observadas, ya no se pueden llamar "automáticas". Otorgaba un gran lugar al automatismo, pero no confundía funciones motrices con funciones automáticas, y lo que es más importante, encontraba acciones automáticas *en todos los centros*. Por ejemplo, hablaba de "pensamientos automáticos" y de "sentimientos automáticos". Cuando le pregunté sobre los reflejos, los llamó "acciones instintivas". Y como comprendí de lo que siguió, entre todos los movimientos exteriores, consideraba sólo a los reflejos como *acciones instintivas*.

Yo estaba muy interesado por su descripción de las relaciones entre las funciones motrices e instintivas y volvía a menudo a este tema en mis conversaciones con él.

Ante todo G. nos llamó la atención sobre el perpetuo abuso de las palabras "instinto" e "instintivo". Resaltaba de lo que decía que esos términos no podían aplicarse con derecho sino a las funciones *internas* del organismo. Respiración, circulación de la sangre, digestión —tales eran *las funciones instintivas*. Las únicas funciones externas que pertenecían a esta categoría eran *los reflejos*. La diferencia entre las funciones instintivas y motrices era la siguiente: Las funciones motrices del hombre así como las de los animales, de un pájaro, de un perro, *deben ser aprendidas*; pero las funciones instintivas son innatas. El hombre tiene muy pocos movimientos exteriores innatos; los animales tienen más, aunque en diversos grados: algunos tienen más, otros menos; pero lo que habitualmente se designa como "instinto" se refiere muy a menudo a una serie de funciones motrices complejas, que los animales jóvenes aprenden de los viejos. Una de las principales propiedades del centro motor es su capacidad de imitar. El centro motor imita lo que ve sin razonar. Este es el origen de las leyendas que existen sobre la maravillosa "inteligencia" de los animales, o sobre el "instinto" que reemplaza a la inteligencia para permitirles realizar toda una serie de acciones complejas y perfectamente adaptadas.

La idea de un centro motor independiente, es decir que no depende de la mente ni requiere nada de ella y que es por sí mismo una mente, pero que por otra parte tampoco depende del instinto y debe ante todo educarse —situaba un número muy grande de problemas sobre una base enteramente nueva. La existencia de un centro

motor trabajando por imitación explicaba el mantenimiento del orden existente en las colmenas, las comejeneras y los hormigueros. Dirigida por la imitación, una generación debe modelarse absolutamente sobre el patrón de la generación precedente. No puede haber ningún cambio, ninguna desviación del modelo. Pero la imitación no explica cómo se establece en el origen un orden tal. A menudo estaba tentado de hacer toda clase de preguntas sobre este tema. Pero G. eludía tales conversaciones y las llevaba siempre al hombre y a los problemas reales del estudio de sí.

De esta manera muchas cosas se aclararon para mí con la idea de que cada centro no es sólo una fuerza de impulsión, sino también un "aparato receptor" que capta influencias diferentes y algunas veces muy alejadas. Cuando yo pensaba en lo que había sido dicho sobre las guerras, las revoluciones, las migraciones de pueblos, etc. cuando me representaba cómo se pueden mover las masas humanas obedeciendo a influencias planetarias, entreveía nuestro error fundamental en la determinación de las acciones individuales. Nosotros consideramos las acciones de un individuo como si tuvieran su origen en tí mismo. No nos imaginamos que "las masas" puedan estar formadas de autómatas que obedecen a estímulos exteriores y que pueden moverse, no bajo la influencia de la voluntad, de la conciencia o de las tendencias de los individuos sino bajo la influencia de estímulos exteriores que vienen a veces de muy lejos.

—¿Pueden ser gobernadas las funciones instintivas y motrices por dos centros distintos? le pregunté un día a G.

—Sí, dijo, y hay que añadirles el centro sexual. Estos son los tres centros del piso inferior. El centro sexual desempeña el papel del centro neutralizante en relación a los centros instintivo y motor. El piso inferior puede existir por sí mismo, porque en él los tres centros son los conductores de las tres fuerzas. Los centros intelectual y emocional no son indispensables para la vida.

—¿Cuál de los centros del piso inferior es activo y cuál es pasivo?

—Eso cambia, dijo G. Ora el centro motor es activo y el centro instintivo es pasivo, ora es el centro instintivo el que es activo y el centro motor, pasivo. Usted debe encontrar en usted mismo ejemplos de estos estados. Pero independientemente de los diferentes estados, hay también diferencias de tipos. En unos, el centro motor es más activo, en otros es el centro instintivo. Pero para mayor comodidad en el razonamiento y sobre todo al comienzo, cuando es la explicación de los principios lo que más cuenta, los consideramos como un solo centro, comprendiendo diferentes funciones que trabajan sobre el mismo nivel. Los centros intelectual, emocional y motor trabajan sobre niveles diferentes; y los centros motor e instintivo, sobre un mismo nivel. Más tarde comprenderá lo que significan estos niveles y de qué dependen."

## Capítulo *siete*

*¿Es posible alcanzar la "conciencia cósmica"? ¿Qué es la conciencia! Pregunta de G.: ¿qué se nota durante la observación de sí? Nuestras respuestas. G. indica que hemos dejado escapar lo más importante. ¿Por qué no notamos que no nos recordamos a nosotros mismos? "Ello observa", "ello piensa", "ello habla". Tentativas de recuerdo de sí. Explicaciones de G. La significación del nuevo problema. Ciencia y filosofía. Nuestras experiencias. Tentativas de división de la atención. Primera sensación del recuerdo de sí voluntario. Los recuerdos que nos quedan del pasado. Nuevas experiencias. Sueño en el estado de vigilia, y el despertar. Lo que ha pasado por alto la psicología europea. Diferencias en la comprensión de la idea de conciencia. El estudio del hombre debe seguir paralelamente al estudio del mundo. La primera ley fundamental del Universo: la ley de tres, y la segunda ley fundamental que la sigue: ley de siete o ley de octava. Ausencia de continuidad en las vibraciones. Octavas. La escala de siete tonos. La ley de "intervalos". Necesidad de choques adicionales. Lo que sucede en ausencia de choques adicionales. Para hacer, hay que ser capaz de dirigir los "choques adicionales". Octavas subordinadas. Octavas interiores. La vida orgánica ocupa el sitio de un "intervalo". Influencias planetarias. La octava lateral sol - do. La significación de las notas la, sol, fa. La significación de las notas do, si. La significación de las notas mi, re. El papel de la vida orgánica en los cambios de la superficie terrestre.*

Un día le pregunté a G. si creía posible alcanzar la "conciencia cósmica", no sólo por un instante sino por un período más largo. Yo entendía por "conciencia cósmica" —tal como lo he expuesto en mi libro *Tertium Organum*— la conciencia más elevada que le es accesible al hombre.

—No sé a qué llama usted «conciencia cósmica», dijo G. Es un término vago e indefinido; cada cual puede llamar por este nombre lo que quiera. En la mayoría de los casos, lo que se llama «conciencia cósmica» no es sino fantasía, ensueño, asociaciones, todos ellos acompañados por un trabajo intensivo del centro emocional. Esto puede llegar hasta el umbral del éxtasis, pero muy a menudo no se trata sino de una experiencia emocional subjetiva al nivel de los sueños. Por lo demás, antes de hablar de «conciencia cósmica» debemos definir en general *qué es la conciencia*.

"¿Cómo define usted la conciencia?"

—La conciencia se considera indefinible, dije yo. Y, en efecto, ¿cómo podría definirse siendo cualidad interior? Con los medios ordinarios de que disponemos es imposible establecer la presencia de la conciencia en otro hombre. No la conocemos

sino en nosotros mismos.

—¡Palabrería científica habitual! dijo G. Ya es tiempo de que se libere de toda esa sofisticada. No hay sino un punto justo en lo que ha dicho: es que usted *no puede conocer* la conciencia sino en usted mismo. Pero fíjese bien, usted no puede conocerla sino cuando la tiene. Y cuando no la tiene, no puede reconocer, en ese mismo momento, que no la tiene; sólo más tarde podrá hacerlo. Quiero decir que cuando vuelva, usted podrá ver que ella ha estado ausente durante largo tiempo y recordar el momento en que desapareció o aquél en que volvió a aparecer. Podrá también determinar los momentos en que se encuentra más cerca o más lejos de la conciencia. Pero al observar en usted mismo las apariciones y desapariciones de la conciencia verá inevitablemente un hecho que nunca ve, del cual jamás se ha dado cuenta, y es que los momentos de conciencia son muy cortos y están separados los unos de los otros por largos intervalos de completa inconsciencia, durante los cuales su máquina trabaja en forma automática. Verá que puede pensar, sentir, actuar, hablar, trabajar, *sin estar consciente*. Si usted aprende a ver en usted mismo los momentos de conciencia y los largos períodos de mecanicidad, verá en los otros, con la misma certidumbre, en qué momentos son conscientes de lo que hacen y en qué momentos no lo son.

"Su principal error es el creer que *siempre tiene conciencia*, el creer, en general, que la conciencia *siempre está presente* o que *nunca está presente*. En realidad, la conciencia es una propiedad que cambia continuamente. Ora está presente, ora no lo está. Hay diferentes grados, diferentes niveles de conciencia. La conciencia y los diferentes niveles de conciencia deben comprenderse en nosotros mismos por la sensación, el sabor que tenemos de ella. Ninguna definición nos puede ayudar y no es posible ninguna definición, mientras no comprendamos lo que debemos definir. La ciencia y la filosofía no pueden definir la conciencia porque quieren definirla donde no la hay. Es necesario distinguir *la conciencia* de la *posibilidad de conciencia*. Nosotros no tenemos sino la posibilidad de conciencia, y raras vislumbres de conciencia. Por consiguiente, no podemos definir qué es la conciencia."

No comprendí inmediatamente lo que G. decía sobre la conciencia. Sin embargo, los principios básicos de su enseñanza llegaron a ser claros para mí en el curso de las conversaciones siguientes.

Un día, al comienzo de una reunión, G. nos pidió contestar por turno a esta pregunta: "¿Qué era lo más importante que habíamos notado durante nuestras observaciones?" Algunos dijeron que durante sus tentativas de observación de sí, lo que habían sentido con más fuerza era un flujo incesante de pensamientos que les había sido imposible detener. Otros hablaron de su dificultad en distinguir el trabajo de un centro del trabajo de otro centro. En cuanto a mí, evidentemente no había comprendido del todo la pregunta, o más bien contesté a mis propios pensamientos.

Explicué que lo que me había impresionado más fuertemente en el sistema era la interdependencia de todos sus elementos —estaban ligados entre sí de tal manera que formaban un solo todo "orgánico"— y el significado enteramente nuevo para mí que ahora tomaba la palabra *conocer*, que ya no solamente quería decir conocer tal o cual aspecto, sino la relación entre este aspecto y todos los otros.

G. estaba visiblemente descontento con nuestras respuestas. Yo había comenzado a adivinar que en tales circunstancias esperaba de nosotros testimonios de algo bien definido que se nos había escapado o que no habíamos podido asimilar.

—Hasta ahora, dijo él, ninguno de ustedes ha captado la importancia capital del punto que, sin embargo, yo les había señalado. Ustedes siempre se olvidan, *nunca se acuerdan de sí mismos*. (Pronunció estas palabras con una insistencia especial.) Ustedes no se sienten a *sí mismos*; no son conscientes de *sí mismos*. En ustedes, «se observa», o bien «se habla», «se piensa», «se ríe»; ustedes no sienten: «Soy yo el que observa, yo observo, yo noto, yo veo.» Todo *se* nota por sí solo, *se* ve por sí solo... Para llegar a observarse realmente, ante todo hay que *recordarse a sí mismo* (insistió de nuevo). Traten de recordarse a sí mismos cuando observen, y más tarde me dirán lo que ha pasado, cuál ha sido el resultado. Tan sólo tienen valor los resultados obtenidos durante el recuerdo de sí. De otra manera, ustedes mismos no *existen* en sus observaciones. Y en este caso, ¿qué valor pueden tener?"

Estas palabras de G. me hicieron reflexionar mucho. De inmediato me pareció que eran la llave de todo lo que había dicho antes sobre la conciencia. Sin embargo, decidí no sacar de ellas conclusión alguna, sino solamente tratar de *recordarme a mí mismo* mientras me observaba.

Desde las primeras tentativas, pude ver cuán difícil era esto. Al comienzo, las tentativas de *recuerdo de sí* no me dieron ningún resultado, pero me mostraron que de hecho nunca nos recordamos a nosotros mismos.

—¿Qué más quiere usted? dijo G. Comprender esto tiene en sí una importancia capital. *Los que saben esto* ya saben mucho. Todo el problema es que nadie lo sabe. Si usted le pregunta a alguien si puede recordarse a sí mismo, naturalmente le contestará que sí. Si le dice que no puede recordarse a sí mismo, se enojará o pensará que usted está loco. Toda la vida está basada en esto, toda la existencia humana, toda la ceguera humana. Si un hombre *sabe* realmente que no puede recordarse a sí mismo, ya está cerca de una comprensión de su ser."

Todo lo que decía G., todo lo que yo pensaba y sobre todo lo que me habían mostrado mis tentativas de "recordarme a mí mismo" me convencieron muy rápidamente de que me encontraba en presencia de un *problema enteramente nuevo que hasta ahora la ciencia y la filosofía habían descuidado*.

Pero antes de hacer deducciones, trataré de describir mis tentativas de "recordarme a mí mismo".

Mi primera impresión fue que los ensayos de recuerdo de sí, o de ser consciente de sí, de decirse: Soy yo el que camina, soy yo el que hace esto, al tratar continuamente de experimentar la sensación de este yo —*detenían los pensamientos*. Cuando tenía la sensación de mí, ya no podía ni pensar ni hablar: las mismas sensaciones se obscurecían. Por eso no se puede "*recordarse a sí mismo*" de esta manera sino por algunos instantes.

Yo había ya hecho ciertos experimentos en "detener el pensamiento" del tipo de aquellos que son mencionados en los libros sobre el yoga, por ejemplo el libro de Edward Carpenter: *From Adam's Peak to Elephanta*, aunque en este caso se trata de una descripción muy general. Los primeros ensayos de "recuerdo de sí" me hicieron recordar mis tentativas anteriores. En efecto, ambas experiencias eran casi idénticas, con la única diferencia de que al detener los pensamientos la atención está totalmente orientada hacia el esfuerzo de no admitir pensamientos, mientras que en el acto del "recuerdo de sí" la atención se divide: una parte se dirige hacia el mismo esfuerzo, otra hacia la sensación de sí.

Esta última experiencia me capacitó para llegar a una cierta definición, posiblemente muy incompleta, del "*recuerdo de sí*", que sin embargo probó ser muy útil en la práctica.

Yo hablo del recuerdo de sí, en lo que se refiere a la división de la atención: siendo ésta su rasgo característico.

Me la representé de la siguiente manera:

Cuando observo algo, mi atención está dirigida hacia lo que observo.

Yo —————→ el fenómeno observado.

Cuando, al mismo tiempo, trato de recordarme a mí mismo, mi atención está dirigida a la vez hacia el objeto observado y hacia mí mismo.

Yo ←————→ el fenómeno observado.

Habiendo definido esto, vi que el problema consistía en dirigir la atención sobre uno mismo sin permitir que se debilita o se eclipse la atención dirigida sobre el fenómeno observado. Más aún, este "fenómeno" podía estar tanto dentro de mi como fuera de mí.

Las primeras tentativas de hacer tal división de la atención me mostraron su posibilidad. Al mismo tiempo hice otras dos comprobaciones.

En primer lugar vi que el "recuerdo de sí" resultante de este método no tenía nada en común con la "introspección", o el "análisis". Se trataba de un estado nuevo y muy interesante, con un sabor extrañamente familiar.

En segundo lugar comprendí que momentos de recuerdo de sí ocurren de hecho



en la vida, aunque raras veces, y que sólo la producción deliberada de estos momentos creaba la sensación de novedad. Yo había tenido además la experiencia de tales momentos desde mi más temprana infancia. Llegaban, ya sea cuando me encontraba en circunstancias nuevas o inesperadas, en lugares nuevos, entre extraños, por ejemplo durante un viaje; uno súbitamente mira a su alrededor y se dice: "¡Qué extraño! ¡Yo, y en este lugar!", o en momentos muy emocionales, en momentos de peligro, en momentos en que es necesario conservar la cabeza, cuando uno oye su propia voz y se ve y se observa a sí mismo desde afuera.

Vi muy claramente que los primeros recuerdos de mi vida, que en mi propio caso eran muy tempranos, habían sido momentos de "recuerdo de sí". Y en el mismo instante tuve la revelación de muchas otras cosas. De esta manera pude darme cuenta que no me acordaba realmente, sino de los momentos en que *me había recordado a mí mismo*. De los otros momentos sólo sabía que habían transcurrido. No era capaz de revivirlos enteramente, ni experimentarlos de nuevo. Pero los momentos en que me había "recordado a mí mismo" estaban vivos y no diferían en manera alguna del presente. Aún temía el llegar demasiado rápido a conclusiones, pero ya veía que me encontraba en el umbral de un gran descubrimiento. Siempre me había asombrado ante la debilidad y la insuficiencia de nuestra memoria.

¡Son tantas las cosas que desaparecen y que son olvidadas! Me parecía que todo el absurdo de nuestra vida tenía como base este olvido. ¡Para qué atravesar por tantas experiencias para luego olvidarlas! Además, había algo degradante en esto. Un hombre siente algo que le parece muy grande, piensa que nunca lo olvidará: pasan uno o dos años —y de ello nada queda. Se me hizo claro entonces por qué esto era así y por qué no podía ser de otro modo. Si nuestra memoria realmente mantiene vivos sólo los momentos de *recuerdo de sí*, entonces resulta claro por qué ésta es tan pobre.

Tales fueron mis experiencias de los primeros días. Más tarde, cuando comencé a aprender a dividir mi atención vi que el "*recuerdo de sí*" producía sensaciones maravillosas que no venían por sí solas, sino muy raras veces y en condiciones excepcionales. Así, por ejemplo, me gustaba mucho en ese entonces vagar por San Petersburgo en la noche y "sentir la presencia" de las casas y de las calles. San Petersburgo está lleno de estas extrañas sensaciones. Las casas, particularmente las viejas, estaban vivas para mí, no cesaba de hablar con ellas. No había "imaginación" alguna en esto. Yo no pensaba en nada, simplemente caminaba mirando a mi alrededor y tratando de "recordarme a mí mismo"; las sensaciones venían por sí solas.

De este modo iba a hacer luego muchos otros descubrimientos. Pero de esto hablaré más adelante.

Algunas veces el "recuerdo de sí" no tenía éxito; en otros momentos estaba acompañado de curiosas observaciones.

En cierta oportunidad estaba caminando a lo largo de la Liteiny hacia la avenida

Nevsky y a pesar de todos mis esfuerzos no era capaz de mantener mi atención en el "recuerdo de mí mismo". La bulla, el movimiento, todo me distraía. A cada instante perdía el hilo de mi atención, lo encontraba de nuevo y luego lo volvía a perder. Finalmente sentí una especie de ridícula irritación conmigo mismo y doblé hacia la calle de la izquierda, firmemente decidido, esta vez, a *recordarme a mí mismo* al menos por algún tiempo, y en todo caso hasta que hubiera llegado a la calle siguiente. Llegué a la Nadesjdinskaya sin perder el hilo de mi atención salvo, quizás, por breves momentos. Entonces, dándome cuenta de que me era más fácil no perder la línea de mi pensamiento en las calles tranquilas y deseando probarme en las calles más ruidosas, decidí retomar la Nevsky, mientras continuaba recordándome a mí mismo. Llegué a la Nevsky sin haber cesado de recordarme a mí mismo y comenzaba ya a experimentar el extraño estado emocional de paz interior y de confianza que sigue a grandes esfuerzos de esta clase. Justamente a la vuelta de la esquina, en la Nevsky, había una cigarrería donde compraba mis cigarrillos. Todavía recordándome a mí mismo pensé pasar por ahí y encargarme algunas cajas.

Dos horas más tarde, *desperté* en la Tavrisheskaya, es decir, muy lejos. Estaba yendo en un trineo hacia la imprenta. La sensación de despertar fue extraordinariamente vivida. Casi puedo decir que *volvía en mí*. De golpe recordé todo. Cómo había estado caminando a lo largo de la Nadejdinskaya, cómo había estado recordándome a mí mismo, cómo había pensado en los cigarrillos y cómo, en este pensamiento, había caído como anonadado en un profundo sueño.

Sin embargo, mientras estaba sumido en este sueño, había continuado ejecutando acciones coherentes y oportunas. Había salido de la cigarrería, telefoneado a mi departamento en la Liteyni y luego al impresor. Había escrito dos cartas. Luego había regresado a la casa nuevamente y retomado la Nevsky por la acera izquierda hasta la puerta Gostinoy con intención de llegar a la Offitzerskaya. Luego había cambiado de opinión porque se estaba haciendo tarde. Había tomado un trineo para ir a la imprenta en la Kavalergardskaya. Y por el camino, mientras me dirigía por la Tavrisheskaya comencé a sentir una extraña inquietud, como si hubiese olvidado algo. *Y de pronto me acordé de que había olvidado recordarme a mí mismo.*

Hablé acerca de mis observaciones y deducciones a las personas de nuestro grupo así como a varios amigos literatos y otros.

Les dije que éste era el centro de gravedad de toda la enseñanza y de todo trabajo sobre uno mismo; que ahora, el trabajo sobre sí ya no era una palabra, sino un hecho real, pleno de significación, gracias al cual la psicología se convertía en una ciencia exacta y al mismo tiempo práctica.

Dije que la psicología occidental había pasado por alto un hecho de una importancia prodigiosa, es decir, *que no nos recordamos a nosotros mismos*: que vivimos, actuamos y razonamos en un sueño profundo, en un sueño que no tiene nada

de metafórico sino que es absolutamente real, y sin embargo, que *podemos* recordarnos a nosotros mismos si hacemos los esfuerzos suficientes: *que podemos despertarnos*.

Me llamó poderosamente la atención la diferencia de comprensión entre las personas de nuestros grupos y las de afuera. En general los nuestros comprendían de inmediato que habíamos establecido contacto con un "milagro", con algo "nuevo", algo que nunca había existido antes en ninguna parte.

Los otros no lo comprendían; tomaban todo muy a la ligera y algunas veces hasta comenzaron a demostrarme que tales teorías habían existido desde mucho antes.

A. L. Volinsky, con quien me había encontrado a menudo, con quien había conversado bastante desde 1909 y cuyas opiniones respetaba mucho, no encontró en la idea del "recuerdo de sí" nada que ya no conociese.

—Esta es una *apercepción*, me dijo. ¿Ha leído usted la *lógica* de Wundt? Allí encontrará su última definición de la *apercepción*. Es exactamente lo mismo de lo que usted habla. «La simple observación» es *percepción*. «La observación con el recuerdo de sí», como usted la llama, es *apercepción*. Por supuesto Wundt la conocía."

No quise discutir con Volinsky. Yo había leído a Wundt. Y naturalmente, lo que Wundt había escrito no tenía nada que ver con lo que yo le había dicho a Volinsky. Wundt se había acercado a esta idea, pero otros habían llegado igualmente cerca y luego se habían desviado. Él no había visto la grandeza de la idea que estaba oculta detrás de lo que él mismo pensaba acerca de las diferentes formas de *percepción*. Y, no habiendo visto la magnitud de la idea, naturalmente no podía ver la posición central que debería ocupar en nuestro pensamiento tanto la idea de la ausencia de la conciencia, como la idea de la posibilidad de una creación voluntaria de ésta. Sólo me pareció extraño que Volinsky no pudiera ver esto *aun cuando yo se lo señalaba*. Me convencí entonces de que un velo impenetrable ocultaba esta idea a los ojos de muchas personas por lo demás muy inteligentes; más tarde vi *por qué* esto era así.

La siguiente vez que G. vino de Moscú nos encontró sumergidos en experimentos de recuerdo de sí, y en discusiones sobre estos experimentos. Pero en nuestra primera reunión habló de otra cosa.

—Según el verdadero conocimiento el estudio del hombre debe proseguirse paralelamente al estudio del mundo, y el estudio del mundo paralelamente al estudio del hombre. Las leyes son las mismas en todas partes, tanto en el mundo como en el hombre. Habiendo comprendido los principios de una ley cualquiera, debemos buscar su manifestación, simultáneamente en el mundo y en el hombre. Además, ciertas leyes son más fáciles de observar en el mundo, otras más fáciles de observar en el hombre. Por lo tanto, en algunos casos es mejor comenzar con el mundo y después pasar al hombre, y en otros casos es mejor comenzar con el hombre y luego pasar al mundo.

"Este estudio paralelo del mundo y del hombre muestra al estudiante la unidad fundamental de todo lo que existe y lo ayuda a descubrir analogías entre todos los fenómenos de diferentes órdenes.

"El número de las leyes fundamentales que gobiernan todos los procesos, tanto en el mundo como en el hombre, es muy limitado. Diferentes combinaciones numéricas de un pequeño número de fuerzas elementales crean toda la aparente variedad de fenómenos.

"A fin de comprender la mecánica del universo es necesario reducir los fenómenos complejos a estas fuerzas elementales.

"La primera ley fundamental del universo es la ley de las tres fuerzas, o de los tres principios, o como a menudo se le llama, *la Ley de Tres*. De acuerdo con esta ley, toda acción, todo fenómeno, en todos los mundos sin excepción, es el resultado de una acción simultánea de tres fuerzas, la positiva, la negativa y la neutralizante. Sobre esto ya hemos hablado, y volveremos a esta ley con cada nuevo aspecto del estudio.

"La segunda ley fundamental del Universo es la *Ley de Siete*, o la *Ley de Octava*.

"A fin de comprender la significación de esta ley, es necesario figurarse que el universo *consiste de vibraciones*. Estas vibraciones se efectúan en todas las clases de materia, sea cual fuere su aspecto y su densidad, desde la más sutil hasta la más grosera; provienen de varias fuentes y prosiguen en varias direcciones, cruzándose entre sí, chocando, fortaleciéndose, debilitándose, deteniéndose unas a otras, y así sucesivamente.

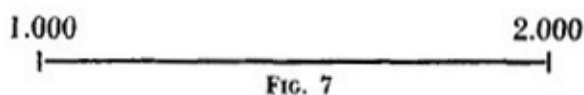
"Según las ideas corrientes en el Occidente, las vibraciones son continuas. Esto significa que las vibraciones se toman usualmente como prosiguiendo ininterrumpidamente, ascendiendo o descendiendo, mientras continúa actuando la fuerza del impulso original y mientras vence la resistencia del medio en el cual ellas se desarrollan. Cuando la fuerza del impulso se agota y la resistencia del medio se impone, las vibraciones, naturalmente, decaen y se detienen. Pero hasta que llegue este momento, esto es, hasta el comienzo de su declinación natural, las vibraciones se desarrollan uniforme y gradualmente, y en la ausencia de toda resistencia, pueden aun prolongarse sin término. De modo que una de las proposiciones fundamentales de la física contemporánea es la *continuidad de vibraciones* —aunque esto nunca ha sido formulado de una manera precisa, porque nunca ha sido objetado. Es verdad, sin embargo, que las teorías más recientes comienzan a discutirla. No obstante, la física contemporánea está aún muy lejos de una noción correcta sobre la naturaleza de las vibraciones o de lo que corresponde a nuestra concepción de vibraciones en el mundo real.

"A este respecto, el punto de vista del conocimiento antiguo es opuesto al de la ciencia contemporánea, porque en la base de su comprensión de las vibraciones este conocimiento ubica el principio de la *discontinuidad*.

"El principio de la *discontinuidad de vibraciones* significa que la característica necesaria y bien definida de todas las vibraciones en la naturaleza, ya sean ascendentes o descendentes, es la de desarrollarse *no uniformemente* sino con aceleraciones y retardaciones periódicas. Este principio puede ser formulado aún más precisamente si decimos que la fuerza del impulso original en las vibraciones no actúa uniformemente sino, por así decirlo, se torna alternativamente más fuerte y más débil. La fuerza del impulso actúa sin cambiar su naturaleza y las vibraciones se desarrollan en forma regular sólo por cierto tiempo que está determinado por la naturaleza del impulso, el medio, las condiciones circundantes y así sucesivamente. Pero en cierto momento interviene una especie de modificación: las vibraciones, por así decirlo, dejan de obedecer a esta fuerza y durante un breve periodo se retardan, cambiando hasta un cierto punto de naturaleza o de dirección. De esta manera, a partir de cierto momento, las progresiones ascendentes o descendentes de vibraciones se hacen más lentas. Luego de esta retardación temporal en el ascenso o en el descenso, las vibraciones vuelven a tomar su curso anterior, y suben o bajan de nuevo regularmente hasta que una nueva detención se produce en su desarrollo. Con relación a esto es importante reparar en que los períodos de acción uniforme de la inercia adquirida no son iguales y que los períodos de retardación de vibraciones no son simétricos. Uno es más corto, el otro es más largo.

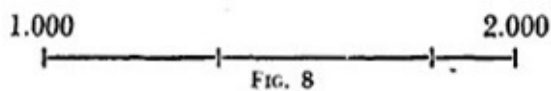
"Para determinar estos periodos de retardación, o mejor dicho, las detenciones en el ascenso o descenso de vibraciones, se dividen las líneas de desarrollo de vibraciones en secciones correspondientes al *doble* o a la *mitad* del número de vibraciones en un lapso de tiempo dado.

"Imaginemos una línea de vibraciones crecientes. Considerémoslas en el momento en que su frecuencia es 1.000. Al término de cierto tiempo, el número de vibraciones es el doble, llega a 2.000.



"Se ha establecido que en ese intervalo, entre el número dado de vibraciones y un número dos veces más grande, hay dos sitios donde se produce una *retardación en la progresión de vibraciones*.

"El uno está a una pequeña distancia del punto de partida, el otro casi al final.



"Las leyes que determinan la retardación de vibraciones o su desviación de la

primera dirección eran bien conocidas por la ciencia antigua. Estas leyes estaban debidamente incorporadas en una fórmula o un diagrama que se ha conservado hasta nuestros días. En esta fórmula, el período a cuyo comienzo se doblan las vibraciones, estaba dividido en *ocho* escalones desiguales, correspondientes al grado de progresión de vibraciones. El octavo escalón es la repetición del primero, con el doble de vibraciones. Este período, es decir la línea de desarrollo de vibraciones, medido a partir de un número dado de vibraciones hasta el momento en que ese número se duplica, se llama *octava*, es decir, *compuesto de ocho partes*.

"El principio de dividir en ocho intervalos desiguales el proceso, durante el cual las vibraciones se doblan, está basado en el estudio de la progresión no uniforme de las vibraciones en toda la octava. Los diversos escalones de la octava muestran la aceleración y la retardación de su desarrollo en diferentes momentos.

"Bajo el velo de esta fórmula, la idea de octava se ha transmitido de maestro a discípulo, de una escuela a otra. En tiempos muy remotos una de estas escuelas descubrió la posibilidad de aplicar esta fórmula a la música. Fue así cómo se obtuvo la escala musical de siete tonos que fue conocida desde la más remota antigüedad, después olvidada y reencontrada o «descubierta» de nuevo.

"La escala de siete tonos es una fórmula de ley cósmica que fue elaborada por antiguas escuelas y aplicada a la música. Sin embargo, si estudiamos las manifestaciones de la ley de octava en otras clases de vibraciones, veremos que las leyes son en todas partes las mismas. La luz, el calor, las vibraciones químicas, magnéticas y otras, están sometidas a las mismas leyes que las vibraciones sonoras; por ejemplo: la gama luminosa conocida en la física; en química el sistema periódico de los elementos, que sin duda alguna está estrechamente ligado al principio de octava, aunque esta correspondencia todavía no haya sido plenamente elucidada por la ciencia.

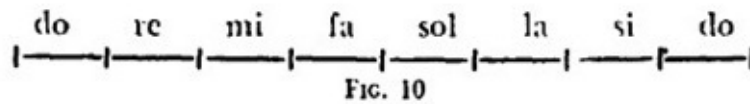
"El estudio de la estructura de la escala musical ofrece una base excelente para la comprensión de la ley cósmica de octava.

"Tomemos una vez más la octava ascendente, es decir la octava en la que la frecuencia de vibraciones se acrecienta. Supongamos que esta octava comience con 1.000 vibraciones por segundo. Designemos estas 1.000 vibraciones con la nota *do*. Las vibraciones se acrecientan, su frecuencia aumenta. El punto en que la frecuencia alcanza 2.000 vibraciones por segundo, será el segundo *do*, es decir el *do* de la octava siguiente:



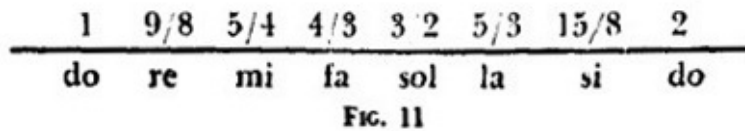
FIG. 9

"El período entre un *do* y el *do* siguiente, o sea una octava, está dividido en siete partes desiguales, porque la frecuencia de las vibraciones no aumenta uniformemente.



"La razón de la frecuencia de vibraciones de las diferentes notas o de su elevación, se establecerá como sigue:

"Si tomamos *do* como 1, *re* será  $9/8$ , *mi*  $5/4$ , *fa*  $4/3$ , *sol*  $3/2$ , *la*  $5/3$ , *si*  $15/8$ , y el próximo *do* será 2.



"La diferencia en la aceleración de las vibraciones, o progresión ascendente de las notas, o diferencia de tono, será la siguiente:

DO	a	RE	$9/8$	:	1	=	$9/8$	
RE	a	MI	$5/4$	:	$9/8$	=	$10/9$	
MI	a	FA	$4/3$	:	$5/4$	=	$16/15$	(progresión retardada)
FA	a	SOL	$3/2$	:	$4/3$	=	$9/8$	
SOL	a	LA	$5/3$	:	$3/2$	=	$10/9$	
LA	a	SI	$15/8$	:	$5/3$	=	$9/8$	
SI	a	DO	2	:	$15/8$	=	$16/15$	(progresión nuevamente retardada)

"Las diferencias entre las notas o las diferencias de altura de las notas se llaman *intervalos*. Vemos que hay tres clases de intervalos en la octava:  $9/8$ ,  $10/9$  y  $16/15$ , lo que en números enteros da: 405, 400 y 384. El intervalo más pequeño:  $16/15$ , se encuentra entre *mi* y *fa* y entre *si* y *do*. Estos son precisamente los dos sitios de retardación en la octava.

"En la escala musical de siete tonos, se considera teóricamente que hay dos semitonos entre dos notas sucesivas, excepto los intervalos *mi - fa* y *si - do*, que tienen *un* solo semitono y en los cuales se considera como faltante el segundo semitono.

"De esta manera se obtienen *veinte* notas, de las cuales *ocho* son fundamentales: *do, re, mi, fa, sol, la, si, do*; y doce intermedios: *dos* entre cada una de los siguientes pares de notas:

DO — RE  
RE — MI  
FA — SOL  
SOL — LA  
LA — SI

y *uno* entre los dos pares de notas siguientes:

MI — FA  
SI — DO

"Pero en la práctica de la música en lugar de doce notas intermedias sólo se mantienen cinco, es decir un semitono entre:

DO — RE  
RE — MI  
FA — SOL  
SOL — LA  
LA — SI

"Entre *mi* y *fa* y entre *si* y *do*, falta el semitono.

"De esta manera la estructura de la escala musical da un esquema de la ley cósmica de los intervalos o de los semitonos faltantes. Decimos además que cuando se habla de las octavas en un sentido «cósmico» o «mecánico», sólo se llama *intervalo* a los intervalos *mi - fa* y *si - do*.

"Si comprendemos todo su sentido, la ley de octava nos da una nueva explicación de toda la vida, del progreso y del desarrollo de los fenómenos sobre todos los planos del universo, dentro del campo de nuestra observación. Esta ley explica por qué en la naturaleza no hay líneas rectas, y también por que no podemos ni pensar ni hacer, porque todo en nosotros *se* piensa, porque todo en nosotros sucede, y sucede en general de una manera contraria a la que deseamos o esperamos. Todo esto es manifiestamente el efecto inmediato de los intervalos o de la retardación en el desarrollo de las vibraciones.

"¿Qué sucede precisamente en el momento de la retardación de las vibraciones? Ocurre una desviación, ya no se sigue la dirección original. La octava comienza en la dirección indicada por la flecha:



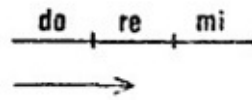


FIG. 12

"Pero entre *mi* y *fa* toma lugar una desviación; la línea comenzada en *do* cambia de dirección:

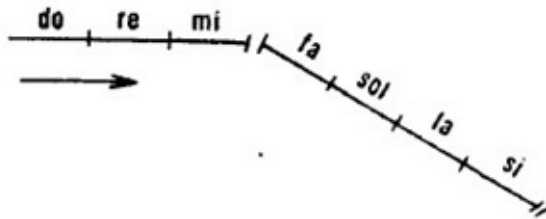


FIG. 13

y entre *fa*, *sol*, *la* y *si* desciende haciendo cierto ángulo con la dirección original indicada por las tres primeras notas. Entre *si* y *do* se encuentra el segundo intervalo; una nueva desviación, otro cambio de dirección:

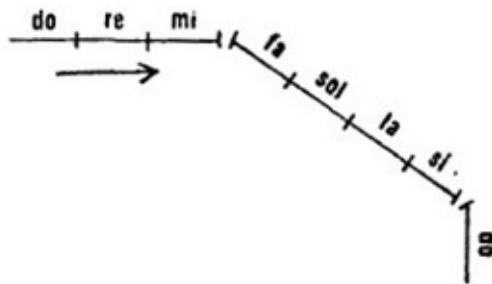


FIG. 14

"En cada octava la desviación es más acentuada, de manera que la línea de las octavas llega a formar un semicírculo y va en una dirección opuesta a la dirección original.

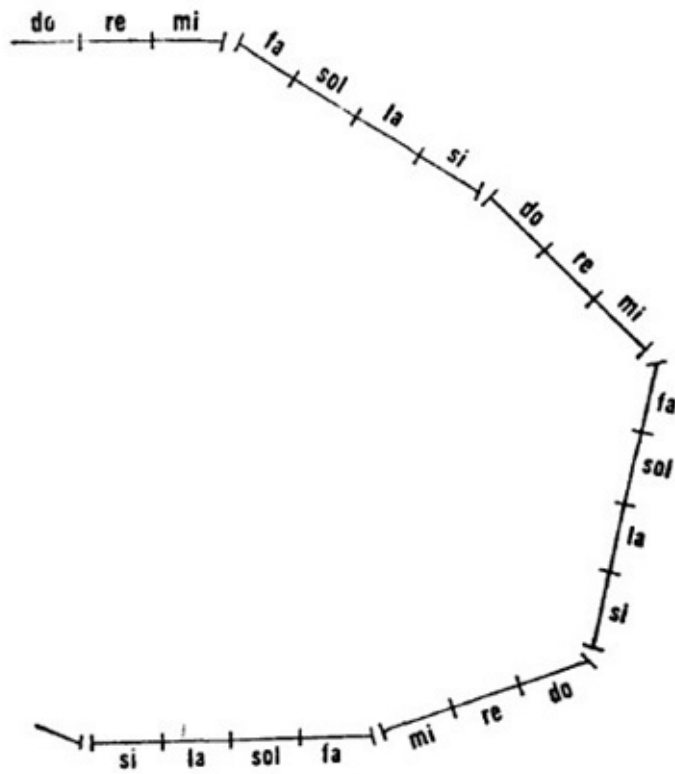


FIG. 15

"En su desarrollo ulterior, la línea de octavas, o la línea de desarrollo de vibraciones puede volver a su primera dirección –en otras palabras, formar un círculo completo.

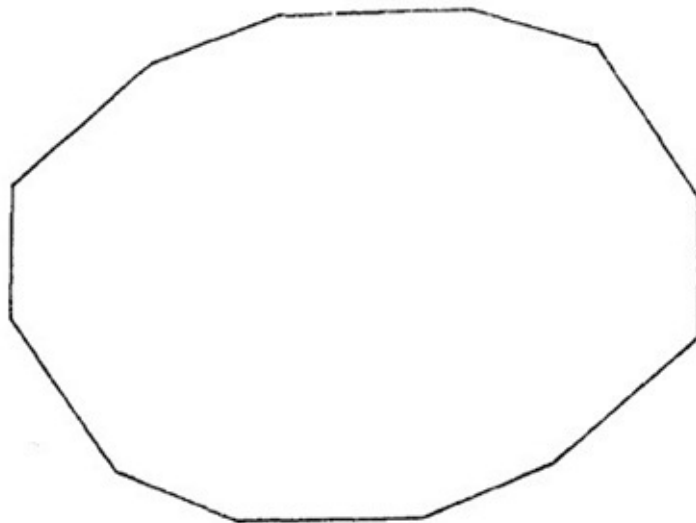


FIG. 16

"Esta ley demuestra por qué nunca nada en nuestras actividades va en línea recta, por que al comenzar una cosa, en seguida hacemos otra totalmente diferente, que a menudo es todo lo contrario de la primera, aunque no nos demos cuenta y continuemos pensando que seguimos siempre la misma línea.

"Todos estos hechos y muchos otros más, no pueden explicarse sino por la ley de octava y especialmente por una comprensión clara del papel y el significado de los intervalos que obligan constantemente a la línea de desarrollo de fuerzas a modificar su dirección, a quebrarla, a curvarla, a tornarla en su «propio contrario» y así sucesivamente.

"Las cosas ocurren siempre así y estos cambios de dirección los podemos comprobar por todos lados. Después de cierto período de actividad enérgica, de emoción intensa o de comprensión justa, interviene una reacción, el trabajo llega a ser aburrido y cansador, momentos de fatiga y de indiferencia atraviesan el sentimiento, en lugar de pensar rectamente se buscan compromisos, se suprimen o se descartan los problemas difíciles. Pero la línea continúa desarrollándose aunque ya no en la misma dirección que al comienzo. El trabajo se hace mecánico, y el sentimiento, más y más débil, baja el nivel de los acontecimientos de la vida ordinaria. El pensamiento llega a ser dogmático, literal. Todo prosigue así durante un cierto tiempo, luego hay de nuevo una reacción, una detención, una desviación. El desarrollo de la fuerza puede continuarse aún, pero el trabajo que se había comenzado con ardor y en medio del entusiasmo, se ha tornado en una formalidad obligatoria e inútil; han entrado al sentimiento numerosos elementos que le son foráneos: consideración, molestia, irritación, hostilidad; el pensamiento da vueltas en círculo repitiendo lo que ya sabe y uno se desvía más y más.

"El mismo fenómeno se repite en todas las esferas de la actividad humana. En la literatura, la ciencia, el arte, la filosofía, la religión, en la vida individual y sobre todo en la vida social y política, podemos observar cómo la línea de desarrollo de fuerzas se desvía de su dirección original y al cabo de cierto tiempo va en una dirección diametralmente opuesta, *conservando aún su primer nombre*. El estudio de la historia, emprendido desde este punto de vista, hace resaltar los hechos más sorprendentes, pero la «humanidad mecánica» no quiere tenerlos en cuenta. Quizá los ejemplos más chocantes de tales cambios de dirección se pueden encontrar en la historia de las religiones, particularmente en la historia de la religión cristiana, si se la estudia sin pasión. Piensen ustedes cuántas vueltas habrá tenido que dar la línea de desarrollo de fuerzas para pasar de las predicaciones de amor del Evangelio hasta la Inquisición; o del ascetismo de los primeros siglos, cuando se estudiaba el cristianismo *esotérico*, a la escolástica que calculaba el número de ángeles que podían sostenerse sobre la punta de una aguja.

"La ley de octava explica muchos fenómenos de nuestra vida, que sin ella permanecerían incomprensibles.

"El primero es el de la desviación de fuerzas.

"Luego viene el hecho de que nada en el mundo permanece en el mismo lugar, o sigue siendo lo que originalmente fue; todo se mueve, todo se desplaza, cambia, e

*inevitablemente sube o desciende*, se refuerza o se debilita, se desarrolla o degenera, es decir, se mueve sobre una línea de octava, ya sea ascendente o descendente.

"El tercer punto se refiere a que en el desarrollo mismo de las octavas, ascendentes o descendentes, se producen continuamente fluctuaciones, altas y bajas.

"Hasta ahora, hemos hablado sobre todo de la *discontinuidad de vibraciones* y de la *desviación de fuerzas*. Ahora nos es preciso captar claramente otros dos principios: el de la inevitabilidad, ya sea del ascenso o del descenso, en toda línea de desarrollo de fuerzas y el de las fluctuaciones periódicas, es decir, los aumentos y disminuciones, en toda línea, ya sea ésta ascendente o descendente.

"Nada puede desarrollarse mientras permanezca en el mismo nivel. El ascenso o el descenso es la condición cósmica inevitable de toda acción. No comprendemos y nunca vemos lo que pasa alrededor de nosotros y en nosotros, ya sea porque no tenemos en cuenta la inevitabilidad del descenso cuando no hay ascenso, o porque tomamos el descenso como un ascenso. Estas son dos de las causas fundamentales de nuestras ilusiones sobre nosotros mismos. No vemos la primera porque pensamos siempre que las cosas pueden permanecer largo tiempo sobre el mismo nivel, e ignoramos la segunda por no comprender que los ascensos son de hecho imposibles allí donde los vemos —tan imposibles como desarrollar la conciencia por medios mecánicos.

"Una vez que hayamos aprendido a distinguir las octavas ascendentes y descendentes en la vida, tenemos que aprender a distinguir el ascenso y descenso dentro de las mismas octavas. Podemos ver en cualquiera de los dominios de nuestra vida que consideremos, que ahí nada puede permanecer igual y constante; en todas partes y en todo, prosigue sin cesar la oscilación del péndulo, en todas partes y en todo las olas se elevan y vuelven a caer. Nuestra energía aumenta de pronto en una u otra dirección, luego se debilita asimismo rápidamente; nuestros estados de ánimo se «mejoran» o se «empeoran» sin razón visible; nuestros sentimientos, deseos, intenciones, decisiones, todo pasa de trecho en trecho por periodos de ascenso y descenso, de fortalecimiento o debilitamiento.

"Y quizás hay en el hombre un centenar de péndulos en movimiento, aquí y allá. Estos ascensos y descensos, estas fluctuaciones de nuestros estados de ánimo, de nuestros pensamientos, sentimientos, de nuestra energía, de nuestras determinaciones, corresponden ya sea a los períodos de desarrollo de las fuerzas de un *intervalo* a otro, o a los *intervalos* mismos.

"Esta ley de octava, en sus tres manifestaciones principales, condiciona numerosos fenómenos tanto de naturaleza psíquica como de naturaleza orgánica, es decir, ligados directamente a nuestra vida. De la ley de octava depende la imperfección y estrechez de nuestro saber en todos los campos sin excepción alguna, porque comenzamos en una dirección y en seguida, sin darnos cuenta, vamos siempre

en otra.

"Como ya lo he dicho, la ley de octava, en todas sus manifestaciones, era conocida por la ciencia antigua.

"Aun nuestra división del tiempo, es decir, los días de la semana repartidos en seis días de trabajo y un domingo, está en relación con las propiedades y las condiciones interiores de nuestra actividad, que dependen de la ley general. El mito bíblico de la creación del mundo en seis días, y un séptimo durante el cual Dios descansa de su trabajo, es igualmente una expresión de la ley de octava o un índice de esta ley, aunque incompleto.

"Las observaciones basadas en una comprensión de la ley de octava muestran que las vibraciones pueden desarrollarse de diferentes maneras. En las octavas interrumpidas, ellas surgen y caen, son arrastradas y engullidas por vibraciones más fuertes que las cortan o que van en una dirección contraria. En las octavas que se desvían de la dirección original, las vibraciones cambian de naturaleza y dan resultados opuestos a aquellos que se hubieran podido esperar al comienzo.

"No es sino en las octavas de orden cósmico, ascendentes o descendentes, donde las vibraciones se desarrollan de una manera consecuente y ordenada, conservando siempre la dirección tomada por ellas al comienzo.

"Por otra parte, la observación muestra que el desarrollo de octavas correcto y constante, si bien raro, es posible en todas las ocasiones, tanto en la actividad de la naturaleza como en la actividad humana.

"El desarrollo correcto de estas octavas está basado en lo que parece ser un *accidente*. Sucede a veces que las octavas que progresan paralelamente a una octava dada, que la cruzan o que la encuentran, *llenan sus intervalos* de una u otra manera y permiten a las vibraciones de la octava dada evolucionar libremente y sin detenciones. La observación de este desarrollo correcto de octavas establece el hecho de que si en el momento necesario, es decir en el momento de pasar por un intervalo, una octava dada recibe un «choque adicional» de fuerza y de carácter correspondientes, entonces continuará desarrollándose sin trabas, siguiendo su dirección original, sin perder ni cambiar nada de su naturaleza.

"En tales casos, hay una diferencia esencial entre las octavas ascendentes y las descendentes.

"En una octava ascendente, el primer «intervalo» se encuentra entre *mi* y *fa*. Si una energía adicional correspondiente entra en este sitio, la octava se desarrollará sin dificultad hasta *si*, pero para que se desarrolle correctamente es necesario entre *si* y *do*, un *choque suplementario mucho más fuerte* que entre *mi* y *fa*, porque en este sitio las vibraciones de la octava están en un diapason mucho más elevado y se requiere una intensidad mucho mayor para evitar una detención en el desarrollo de la octava.

"De otro lado, en una octava descendente, el intervalo mayor ocurre en el

comienzo mismo de la octava, inmediatamente después del primer *do*, y los elementos que permiten llenarlo se encuentran muy frecuentemente, ya sea en el *do* mismo, o en las vibraciones laterales emitidas por *do*. Por esta razón una octava descendente se desarrolla mucho más fácilmente que una octava ascendente; y después de pasar el *si*, llega a *fa* sin obstáculos; aquí es necesario un choque suplementario aunque *considerablemente menos fuerte* que el primer «choque» entre *do* y *si*.

"Podemos ver el primer ejemplo completo de la ley de octava en la gran octava cósmica que nos llega en la forma, del *rayo de creación*. El rayo de creación parte del Absoluto. El Absoluto es el *Todo*. El *Todo*, que posee unidad plena, voluntad plena y conciencia plena, crea mundos dentro de sí mismo," y comienza así la octava cósmica descendente. El Absoluto es el *do* de esta octava. Los mundos que el Absoluto crea en sí mismo son el *si*. El «intervalo» entre *do* y *si* se llena en este caso por la *voluntad del Absoluto*.

"El proceso de creación continúa desarrollándose por la fuerza de su impulso original, y bajo el efecto de un choque adicional. Si pasa a *la*, que para nosotros es nuestro mundo estelar, la Vía Láctea. La pasa a *sol*, nuestro Sol —el sistema solar. *Sol* pasa a *fa*, el mundo planetario. Y aquí, entre el mundo planetario tomado como un todo y nuestra Tierra, ocurre un «intervalo». Esto significa que las radiaciones planetarias que llevan varias influencias a la Tierra no pueden alcanzarla o, para hablar más correctamente, ellas no son recibidas; la Tierra las refleja. Con el fin de llenar el «intervalo» que hay en este punto del rayo de creación, se ha creado un dispositivo especial para recibir y transmitir influencias que vienen de los planetas. Este dispositivo es la *vida orgánica sobre la Tierra*. La vida orgánica transmite a la Tierra todas las influencias destinadas a ella y hace posible el crecimiento y el desarrollo ulterior de la Tierra, que es el *mi* de la octava cósmica, y luego el de la luna o *re*, después de lo cual viene otro *do*: *la Nada*. Entre el *Todo* y la *Nada* pasa el rayo de creación.

"Ustedes conocen la oración que comienza con estas palabras: «Dios Santo, Dios Fuerte, Dios Inmortal». Esta oración es un vestigio del antiguo conocimiento. *Dios Santo* significa el Absoluto o *Todo*. *Dios Fuerte* significa también el Absoluto o *Nada*. *Dios Inmortal* significa lo que está entre los dos, esto es las seis notas del rayo de creación, con «la vida orgánica». Los tres juntos hacen uno. Esto es la coexistente e indivisible Trinidad.

"Debemos ahora detenernos en la idea de los «choques adicionales» que permiten a las líneas de fuerza alcanzar la meta proyectada. Como ya lo dije, pueden ocurrir choques accidentales. Por supuesto el accidente es una cosa muy incierta. Pero aquellas líneas de desarrollo de fuerzas que son enderezadas por accidente, y que el hombre puede a veces ver, o suponer, o esperar, mantienen en él más que cualquier

otra cosa la ilusión de *líneas rectas*. Es decir, creemos que las líneas rectas son la regla y las quebradas e interrumpidas la excepción. Esto suscita en nosotros la ilusión de que es posible *hacer*; de que es posible alcanzar una meta proyectada. En realidad un hombre no puede hacer nada. Si por accidente su actividad produce algún resultado, que sólo se asemeja en apariencia o en nombre a la meta original, un hombre se afirma a sí mismo y afirma a los otros que ha conseguido la meta que se había propuesto y llega a pretender que cualquiera es capaz de alcanzar su meta —y los demás le creen. En realidad esto es una ilusión. Un hombre *puede* ganar en la ruleta. Pero esto sería un accidente.

"El alcanzar la meta que uno se había propuesto en la vida o en cualquier campo de actividad, es un accidente del mismo orden. La única diferencia es que en la ruleta, al menos el hombre sabe sin equivocarse si ha ganado o perdido en cada apuesta. Pero en las actividades de su vida, sobre todo en las que tengan una resonancia social, cuando han pasado varios años entre el comienzo y el resultado de una acción, un hombre puede engañarse a sí mismo muy fácilmente y tomar el resultado «obtenido» por el resultado deseado, es decir, creer que ha ganado cuando al final de cuentas ha perdido.

"Para un «hombre-máquina» el mayor insulto es decirle que no puede hacer nada, que no puede llegar a nada, que nunca podrá acercarse a ninguna meta y que al esforzarse hacia una meta, inevitablemente hace aparecer otra. Y en realidad esto no puede ser de otra manera. El «hombre-máquina» está a merced del accidente, del azar. Sus actividades pueden caer por azar en un canal trazado por fuerzas cósmicas o mecánicas y pueden continuar en él, por azar, por algún tiempo, dando la ilusión de que se ha alcanzado cierta meta. Tal correspondencia accidental de resultados y de metas que nos habíamos asignado, en otras palabras, el éxito en ciertas pequeñas cosas, *que no pueden tener consecuencia alguna*, produce en el hombre mecánico la convicción de que es capaz de alcanzar cualquier meta, que es «capaz de conquistar la naturaleza» como lo pretende, que es capaz de «hacer» algo con su vida, etc.

"De hecho, por supuesto es incapaz de hacer nada, porque no tiene ningún control, no sólo sobre las cosas que están fuera de él, sino sobre las que están en él mismo. Esta última idea debe ser claramente comprendida y bien asimilada; al mismo tiempo hay que comprender que el control de las cosas exteriores comienza por el control de lo que está en nosotros, por el control de nosotros mismos. Un hombre que no puede controlarse, es decir que no puede controlar lo que pasa en él, no puede controlar nada.

"¿Cuál es el método para obtener un control?

"La parte técnica de este método puede ser explicada por la ley de octava. Las octavas pueden desarrollarse de manera consecuente y continua en la dirección deseada si los «choques adicionales» intervienen en el momento necesario, es decir

cuando se produce una retardación de vibraciones. Si los «choques adicionales» no intervienen en el momento necesario, las octavas cambian de dirección. Naturalmente, no se trata de esperar que los «choques adicionales» vengan por sí mismos del exterior, en el momento preciso. Le queda entonces al hombre la siguiente elección: o encontrarle a sus actividades una dirección que corresponda a la línea mecánica de los acontecimientos del momento, en otras palabras, «ir por donde sopla el viento», «seguir la corriente», aun si esto contradice sus propias inclinaciones, sus convicciones, sus simpatías; o bien, resignarse a la idea del fracaso de todo lo que emprenda. Pero hay otra solución: un hombre puede aprender a reconocer los momentos de los intervalos en todas las líneas de su actividad, y a *crear* los «choques adicionales»; en otras palabras, puede aprender a aplicar a sus propias actividades el método que usan las fuerzas cósmicas cuando *crean* los «choques adicionales» cada vez que son necesarios.

"La posibilidad de los choques adicionales artificiales, es decir especialmente creados, da un sentido práctico al estudio de la ley de octava, y hace este estudio obligatorio y necesario para el hombre que quiere salir del papel de espectador pasivo de lo que le sucede y de lo que pasa alrededor de él.

"El «hombre máquina» no puede hacer nada. Para él, como alrededor de él, todo *sucede*. Para *hacer* es necesario conocer la ley de octava, conocer los momentos de los intervalos, y ser capaz de crear los «choques adicionales» necesarios.

"Esto no se puede aprender sino en una escuela, es decir en una escuela organizada sobre bases justas, según todas las tradiciones esotéricas. Sin la ayuda de una escuela, un hombre nunca puede comprender por sí mismo la ley de octava, el lugar de los intervalos y el orden en que los choques deben ser creados. No puede comprenderlo porque para alcanzar esta comprensión son indispensables ciertas condiciones, y estas condiciones no pueden ser creadas sino en una escuela *creada ella misma sobre estos principios*.

"Más adelante se explicará debidamente cómo se puede crear una «escuela» sobre los principios de la ley de octava. Esto les explicará uno de los aspectos de la interrelación entre la ley de siete y *la ley de tres*. Mientras tanto, se puede decir que en la enseñanza de escuela, se le da al hombre, de un lado ejemplos de octavas cósmicas descendentes (creatrices), y del otro, ejemplos de octavas ascendentes (evolutivas). El pensamiento occidental, que no sabe nada ni de las octavas, ni de la ley de tres, confunde las líneas ascendentes y descendentes, y no comprende que la línea de evolución se opone a la línea de creación, es decir que va contra ella, en contra de la corriente.

"Al estudiar la ley de octava, se debe recordar que para definir las relaciones entre las octavas, se las divide en *fundamentales* y *subordinadas*. La octava fundamental puede compararse al tronco de un árbol cuyas ramas serían las octavas subordinadas.



Las siete notas fundamentales de la octava y los dos «intervalos», *portadores de nuevas direcciones*, dan los nueve eslabones de una cadena, tres grupos de tres eslabones cada uno.

"Las octavas fundamentales están ligadas de una manera determinada a las octavas secundarias o subordinadas. De las octavas secundarias de primer orden salen las octavas secundarias de segundo orden, etc. Se puede comparar la estructura de las octavas con la estructura de un árbol. De todos los lados del tronco fundamental salen ramas que a su vez se dividen en pequeñas ramas, las cuales se hacen más y más pequeñas y finalmente se cubren de hojas. El mismo proceso ocurre en las hojas para la formación de las venas, los bordes dentados, etc.

"Como cualquier cosa en la naturaleza, el cuerpo humano, que representa una cierta totalidad, comporta las mismas correlaciones tanto en el interior como en el exterior. Según el número de notas de la octava y sus intervalos, el cuerpo humano tiene nueve medidas básicas expresadas por números definidos. Por supuesto que estos números difieren grandemente en los individuos, pero dentro de ciertos límites. Estas nueve medidas básicas que dan una octava completa de primer orden al combinarse de una manera especial, pasan a un orden de octavas subordinadas, que a su vez originan otras octavas subordinadas, etc. De esta manera es posible obtener la medida de cualquier parte, o de cualquier miembro del cuerpo humano puesto que todos están en una relación definida entre sí."

Naturalmente, la ley de octava dio lugar a numerosas conversaciones en nuestro grupo, dejándonos perplejos. G. no cesaba de ponernos en guardia contra un exceso de teoría.

"Tienen que comprender y sentir esta ley en ustedes mismos, dijo, y sólo después la verán fuera de ustedes."

Esto era evidente. Pero la dificultad no estaba sólo aquí. Tan sólo una simple comprensión "técnica" de la ley de octava requiere mucho tiempo. Y volvíamos siempre a ella, ora como consecuencia de descubrimientos inesperados, ora porque acabábamos de perder, una vez más, lo que nos había parecido ya bien establecido.

Ahora me es difícil volver a encontrar cuáles ideas fueron el eje de nuestro trabajo en tal o cual período, aquellas que más atrajeron nuestra atención, que originaron el mayor número de conversaciones. Pero de alguna manera la ley de octava llegó a ser su centro permanente de gravedad. Discutíamos sus diversos aspectos en cada reunión; gradualmente llegamos a considerar todas las cosas desde este punto de vista.

En el curso de la primera exposición que hizo G. de esta idea, no había dado sino sus líneas generales. Siempre volvía a ella para subrayar sus diversos aspectos.

En una de las reuniones siguientes, hizo resaltar de una manera muy interesante otra significación de la ley de octava, que tenía un profundo alcance.

—Para comprender mejor el sentido de la ley de octava, hay que tener una idea clara de otra propiedad de las vibraciones: la de dividirse en «vibraciones interiores». En efecto, en todas las vibraciones se producen otras vibraciones, y cada octava puede ser resuelta en gran número de octavas interiores.

"Cada nota de cualquier octava puede considerarse como una octava entera sobre otro plano.

"Cada nota de estas octavas interiores contienen a su vez una octava entera, y así sucesivamente por muchísimas veces, *pero no hasta el infinito*, porque hay un límite en el desarrollo de las octavas interiores.

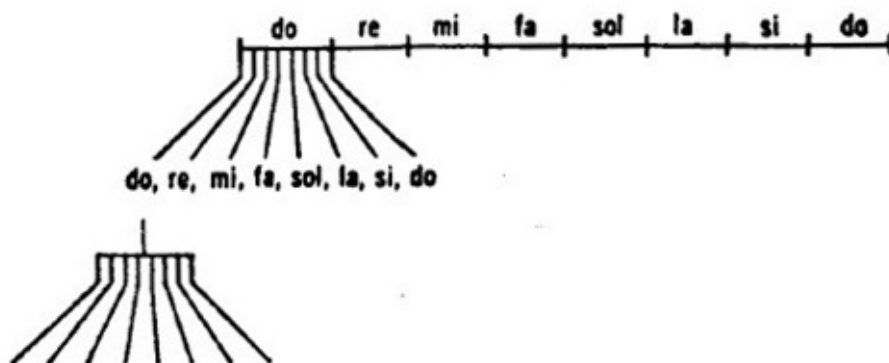


Fig. 17

"Estas vibraciones interiores, que ocurren simultáneamente en «medios» de densidades diferentes, se interpenetran, se reflejan, y se engendran recíprocamente, arrastrándose, deteniéndose o modificándose unas a otras.

"Representémos las vibraciones en una substancia o un medio de densidad definida. Supongamos que esta substancia o este medio esté formado por átomos relativamente groseros del mundo 48 y que cada uno de ellos sea, por así decirlo, una aglomeración de 48 átomos primordiales. Las vibraciones que se producen en este medio son divisibles en octavas y las octavas son divisibles en notas. Supongamos que hayamos escogido una octava de estas vibraciones con el fin de hacer ciertas investigaciones. Debemos darnos cuenta que dentro de los límites de esta octava se efectúan vibraciones de una substancia aún más fina. La substancia del mundo 48 está saturada de la substancia del mundo 24; las vibraciones de la substancia del mundo 24 están en una relación definida con las vibraciones de la substancia del mundo 48. Para ser más preciso, en las vibraciones de la substancia del mundo 48, cada nota contiene una octava entera de la substancia del mundo 24.

"Estas son las octavas interiores.

"La substancia del mundo 24 está penetrada a su vez por la substancia del mundo 12. Esta substancia también está animada de vibraciones, y cada una de las notas de la octava de vibraciones del mundo 24 contiene una octava entera de substancias del mundo 12. La substancia del mundo 12 está penetrada por la substancia del mundo 6.

La substancia del mundo 6 está penetrada por la substancia del mundo 3. La substancia del mundo 3 está penetrada por la substancia del mundo 1. En cada uno de estos mundos existen vibraciones correspondientes y el orden sigue siendo siempre el mismo, es decir que cada nota de la octava de vibraciones de una substancia más grosera contiene una octava entera de vibraciones de una substancia más fina.

"Si comenzamos con vibraciones del mundo 48, podemos decir que una nota de la octava de vibraciones de este mundo contiene una octava de siete notas de las vibraciones del mundo planetario. Cada nota de la octava de vibraciones del mundo planetario contiene siete notas de la octava de vibraciones del mundo del sol. Cada nota de la octava de vibraciones del mundo del sol contendrá siete notas de la octava de vibraciones del mundo estelar, etc.

"El estudio de las octavas interiores, el estudio de su relación con las octavas exteriores y la posible influencia de las primeras sobre las segundas, constituye una parte muy importante del estudio del mundo y del hombre."

En otra ocasión G. repitió y desarrolló lo que había dicho sobre el rayo de creación.

—El rayo de creación, como todo otro proceso al momento de su logro, puede ser considerado como una octava. Esta será una octava descendente en la cual el *do* pasa a *si*, el *si* a *la*, y así sucesivamente. El Absoluto o *el Todo* (mundo 1) será *do*; todos los mundos (mundo 3) serán *si*; todos los soles (mundo 6) serán *la*; nuestro sol (mundo 12) será *sol*; todos los planetas (mundo 24) serán *fa*; la tierra (mundo 48) será *mi*; la luna (mundo 96) será *re*.

"El rayo de creación comienza con el Absoluto. El *Absoluto* es *Todo*. Es *do*.

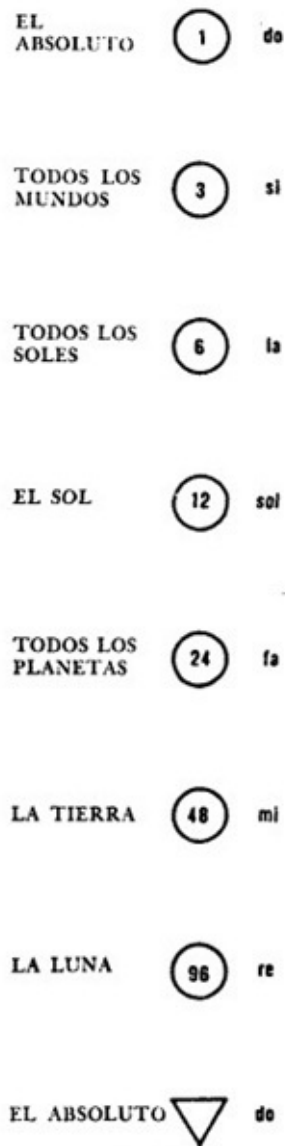


FIG. 18

"El rayo de creación termina en la luna. Más allá de la luna hay la Nada. Esto es también el Absoluto — *do*.

"Al examinar el «rayo de creación» o la «octava cósmica», vemos que en el desarrollo de esta octava habrá «intervalos»; el primero entre *do* y *si*, esto es entre el mundo 1 y el mundo 3, entre el Absoluto y todos los mundos; y el segundo entre *fa* y *mi*, esto es entre el mundo 24 y el mundo 48, entre todos los planetas y la tierra. Pero el primer «intervalo» está llenado por la voluntad del Absoluto. Una de las manifestaciones de la voluntad del Absoluto consiste precisamente en llenar este intervalo por la aparición consciente de la fuerza neutralizante que llena el «intervalo» entre la fuerza activa y la fuerza pasiva. La situación es más complicada en el segundo «intervalo». Falta algo entre los planetas y la tierra. Las influencias planetarias no pueden pasar a la tierra plena e inmediatamente. Es indispensable un «choque adicional»; se necesita la creación de algunas condiciones nuevas para

asegurar el paso adecuado de las fuerzas.

"Las condiciones que permiten asegurar el paso de las fuerzas se crean al establecer un dispositivo mecánico especial entre los planetas y la tierra. Este dispositivo especial, esta «estación transmisora de fuerzas», es la *vida orgánica sobre la tierra*. La vida orgánica sobre la tierra ha sido creada para llenar el intervalo entre los planetas y la tierra.

"Por así decirlo, la vida orgánica representa el *órgano de percepción de la tierra*. La vida orgánica forma una especie de película sensible que cubre todo el globo terrestre y que recibe influencias de la esfera planetaria que de otra manera no podrían alcanzarla. En este sentido los reinos vegetal, animal y humano tienen igual importancia para la tierra. Una simple pradera absorbe las influencias planetarias de una clase determinada y las transmite a la tierra. La misma pradera cubierta con una multitud absorberá y transmitirá otras influencias. La población de Europa absorbe ciertas influencias planetarias y las transmite a la tierra. La población de África absorbe otras influencias planetarias, y así sucesivamente.

"Todos los grandes acontecimientos en la vida de las masas humanas son causados por influencias planetarias. Son el resultado de su absorción. La sociedad humana es una masa muy sensible a la recepción de influencias planetarias. Y cualquier pequeña tensión accidental en las esferas planetarias puede repercutir con animación creciente en una u otra esfera de la actividad humana durante años. En el espacio planetario se produce un accidente temporal: inmediatamente es sentido por las masas humanas, y la gente comienza a odiarse y a matarse unos a otros, justificando sus acciones con alguna teoría de fraternidad, igualdad, amor o justicia.

"La vida orgánica es el órgano de percepción de la tierra y al mismo tiempo es un órgano de radiación. Gracias a la vida orgánica, cada parte de la superficie terrestre emite a cada instante, en la dirección del sol, de los planetas, y de la luna, cierta clase de rayos. Desde este punto de vista, el sol necesita cierta clase de radiaciones, los planetas otra clase y la luna aún otra. Todo lo que sucede sobre la tierra crea radiaciones de este género. Y a menudo muchas cosas *sucedan* solamente porque se necesitan ciertas clases de radiaciones de ciertas partes de la superficie de la tierra."

Por otra parte, G. nos llamó particularmente la atención hacia la no-conformidad del tiempo —o de la duración de los acontecimientos— en el mundo planetario y en la vida humana. Solamente después se hizo clara para mí la razón de su insistencia sobre este punto.

Al mismo tiempo recalca constantemente el hecho de que al producirse en la delgada película de la vida orgánica cualquier acontecimiento, sea el que fuere, siempre servía a los intereses de la tierra, del sol, de los planetas y de la luna; no podía producirse en ella nada inútil ni independiente porque había sido creada para un fin determinado, al cual ella quedaba sometida.

Un día, al desarrollar este tema, G. nos dio un diagrama de la estructura de las octavas en el cual uno de los eslabones era "la vida orgánica sobre la tierra".

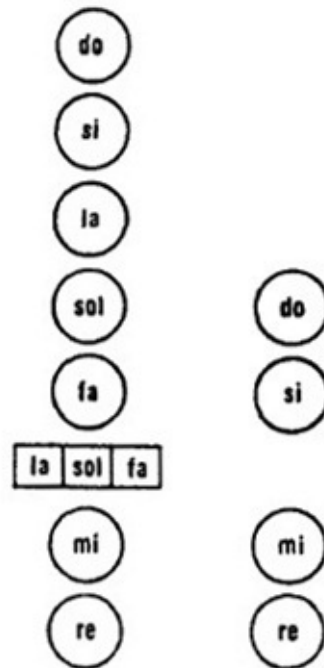


FIG. 19

—Esta octava suplementaria o lateral en el rayo de creación comienza en el sol, dijo.

"El sol, que es el *sol* de la octava cósmica, resuena en un cierto momento como *do*.

"Es necesario darse cuenta de que cada nota de cualquier octava —en nuestro caso cada nota de la octava cósmica— puede representar el *do* de una octava lateral que sale de la primera. Sería aún más exacto decir que cualquier nota de cualquier octava puede al mismo tiempo ser cualquier nota de cualquier otra octava que la atraviesa.

"En el caso presente *sol* comienza a resonar como *do*. Al descender al nivel de los planetas esta nueva octava pasa a *si*; al descender aún más bajo, da tres notas: *la*, *sol*, *fa*, que crean y constituyen la vida orgánica sobre la tierra, en la forma en que nosotros la conocemos; el *mi* de esta octava se fusiona con el *mi* de la octava cósmica, o sea, con *la tierra*, y *re* con el *re* de la octava cósmica, es decir con *la luna*."

Al instante sentimos que esta octava lateral tenía un gran significado. Mostraba primeramente que la vida orgánica, representada en el diagrama por tres notas, comportaba dos notas superiores, una al nivel de los planetas, y la otra al nivel del sol, y que *comenzaba a partir del sol*. Este era el punto más importante, porque una vez más, esto contradecía la corriente idea moderna de que la vida tiene su origen

*desde abajo*. Según las explicaciones de G., la vida venía *desde arriba*.

Luego hubo numerosas conversaciones sobre las notas *mi* y *re* de la octava lateral. Por supuesto, no podíamos definir lo que era *re*. Pero este *re* estaba claramente conectado con la idea de alimento para la luna. Algunos productos de la desintegración de la vida orgánica van a la luna; esto debe ser *re*. Con respecto al *mi*, era posible hablar con precisión: sin duda la vida orgánica desaparecía en la tierra. El papel de la vida orgánica en la estructura de la superficie de la tierra era indiscutible. Había el crecimiento de islas de coral y de montañas calcáreas, la formación de yacimientos de carbón y de napas petrolíferas; las alteraciones del suelo bajo la influencia de la vegetación; el crecimiento de la vegetación lacustre, la formación de humus muy rico mediante los gusanos de tierra, el cambio de clima debido a la desecación de pantanos y a la destrucción de bosques, y muchas otras cosas conocidas y desconocidas.

Además, la octava lateral mostraba con claridad cuán fácil y correctamente se ordenaban las cosas en el sistema que estábamos estudiando. Todo lo que parecía anormal, inesperado y accidental desaparecía; un inmenso plan del universo, muy rigurosamente pensado, comenzaba a aparecer.

## Capítulo ocho

*Diferentes estados de conciencia. Sueño. Estado de vigilia. Conciencia de sí. Conciencia objetiva. Ausencia de conciencia de sí. ¿Cuál es la primera condición para adquirir la conciencia de sí? Los estados superiores de conciencia y los centros superiores. El "estado de vigilia" de un hombre ordinario es el sueño. La vida de hombres dormidos. ¿Cómo despertar? Estado del hombre al nacer. Influencia de la "educación" y del ejemplo de los que lo rodean. Las posibilidades del hombre. El estudio de sí. "Fotografías mentales". Diferentes hombres en el mismo hombre. "Yo" y "Ouspensky". ¿Quién es activo y quién es pasivo? El hombre y su máscara. La división de sí mismo en dos es el primer paso en el trabajo sobre sí. La necesidad de ser sincero consigo mismo. ¿Por qué el hombre no se recuerda a sí mismo? "Identificación". "Consideración". "Consideración interior" y "consideración exterior". Lo que significa la "consideración exterior" de una máquina. "Injusticia". Sinceridad y debilidad. Los amortiguadores de choques, o "topes". Conciencia. "Conciencia moral" e "intuición intelectual". Moralidad. ¿Existe una idea de la moral común a todos? ¿Existe la moral cristiana? ¿Existe una concepción del bien y del mal común a todos? Nadie hace nada por amor al mal. Diferentes concepciones del bien, —y sus consecuencias. ¿En qué puede basarse una idea permanente del bien y del mal? La idea de verdad y la mentira. La lucha contra los "topes" y contra la mentira. Los métodos del trabajo de escuela. La subordinación. Darse cuenta de su propia nulidad. Personalidad y esencia. Los muertos vivientes. Leyes generales. El problema del dinero.*

En una de las reuniones siguientes, G. volvió a la cuestión de la conciencia.

—No se pueden comprender ni las funciones psíquicas ni las físicas, dijo, salvo que se haya captado el hecho de que ambas pueden trabajar en estados diferentes de conciencia.

"Hay cuatro estados de conciencia posibles para el *hombre* (recalcó la palabra "hombre"). Pero el hombre ordinario, o sea el hombre número 1, 2 ó 3, vive solamente en los dos estados más bajos de conciencia. Los dos estados de conciencia superiores le son inaccesibles y aunque pueda tener chispazos de estos estados, es incapaz de comprenderlos y los juzga desde el punto de vista de estos dos estados de conciencia inferiores que le son habituales.

"El primero, el *sueño*, es el estado pasivo en el cual los hombres pasan un tercio y a menudo hasta la mitad de su vida. Y el segundo, el estado en que los hombres pasan la otra mitad de su vida es en el cual caminan por las calles, escriben libros,



conversan de asuntos sublimes, participan en la política, se matan los unos a los otros; es un estado que ellos consideran como activo y que llaman de «conciencia lúcida» o «estado de vigilia». Las expresiones «conciencia lúcida» o «estado de vigilia» parecen haber sido escogidas en broma, sobre todo si uno se da cuenta de lo que debe ser una «conciencia lúcida» y de lo que es en realidad el estado en que el hombre vive y actúa.

"El tercer estado de conciencia es el *recuerdo de sí*, o conciencia de sí, o conciencia de su propio ser. Es habitualmente admitido que tenemos este estado de conciencia o que podemos tenerlo a voluntad. Nuestra ciencia y nuestra filosofía han pasado por alto el hecho de que *no* poseemos este estado de conciencia y que por sí solo, nuestro deseo es incapaz de crearlo en nosotros mismos, sin importar cuan clara sea nuestra decisión.

"El cuarto estado de conciencia es la *conciencia objetiva*. En este estado un hombre puede ver las cosas *tal como son*. Algunas veces en sus estados inferiores de conciencia puede tener chispazos de esta conciencia superior. Las religiones de todos los pueblos contienen testimonios de la posibilidad de un tal estado de conciencia que califican como «iluminación» o por otros varios nombres, y lo definen como indescriptible. Pero el único camino justo hacia la conciencia objetiva es a través del desarrollo de la conciencia de sí. Si a un hombre ordinario se le lleva artificialmente a un estado de conciencia objetiva y se le vuelve luego a su estado habitual, no recordará nada y pensará simplemente que por un lapso de tiempo había perdido el conocimiento. Pero en el estado de conciencia de sí un hombre puede tener chispazos de conciencia objetiva y recordarlos.

"El cuarto estado de conciencia representa un estado totalmente diferente del anterior; es el resultado de un crecimiento interior y de un largo y difícil trabajo sobre sí.

"Sin embargo, el tercer estado de conciencia constituye el derecho natural del hombre *tal cual* es, y si el hombre no lo posee, es únicamente porque sus condiciones de vida son anormales. Puede decirse, sin exagerar nada, que en la época actual, el tercer estado de conciencia no aparece en el hombre sino sólo por chispazos muy breves y muy raros, y que este estado no puede convertirse en algo más o menos permanente sino por medio de un entrenamiento especial.

"Para la gran mayoría de las personas, aun las cultas e intelectuales, el principal obstáculo en el camino para adquirir conciencia de sí es que creen *que ya la poseen*; en otras palabras, están totalmente convencidas de tener ya conciencia de sí mismas y de poseer todo lo que acompaña a este estado: individualidad en el sentido de un «Yo» permanente e inmutable, voluntad, capacidad para *hacer*, y así sucesivamente. Por tanto, es evidente que un hombre no se interesará por adquirir, a través de un trabajo largo y difícil, algo que en su opinión ya posee. Por el contrario, si se lo dice,

pensará que usted está loco o que intenta explotar su credulidad para un provecho personal.

"Los dos estados superiores de conciencia —«la conciencia de sí» y «la conciencia objetiva»— están ligados al funcionamiento de los *centros superiores* del hombre.

"Además de aquellos centros de los cuales hemos hablado, hay en el hombre otros dos centros, el «centro emocional superior» y el «centro intelectual superior». Estos centros están en nosotros; están plenamente desarrollados y trabajan todo el tiempo, pero su trabajo nunca llega a nuestra conciencia ordinaria. La razón debe buscarse en las propiedades especiales de nuestra pretendida «conciencia lúcida».

"Para comprender la diferencia entre estados de conciencia, tenemos que regresar al primero, que es el sueño. Este es un estado de conciencia completamente subjetivo. Un hombre está sumergido en sus sueños, no importa si los recuerda o no. Aun si al dormido le llegan algunas impresiones reales, tales como sonidos, voces, calor, frío, sensaciones de su propio cuerpo, no suscitan en él sino fantásticas imágenes subjetivas. Luego el hombre se despierta. A primera vista éste es un estado de conciencia completamente diferente. Puede moverse, hablar con otras personas, hacer proyectos, ver peligros, evitarlos y así sucesivamente. Parece lógico pensar que se encuentra en una situación mejor que cuando estaba dormido. Pero, si profundizamos un poco más las cosas, si echamos una mirada dentro de su mundo interior, dentro de sus pensamientos, dentro de las causas de sus acciones, comprenderemos que está casi en el mismo estado que cuando estaba dormido. Y es peor aún, porque en el sueño él es pasivo, esto es, no puede hacer nada. Por el contrario, en el estado de vigilia, puede hacer algo todo el tiempo y los resultados de sus acciones repercutirán sobre él y sobre lo que lo rodea. *Y, sin embargo, no se recuerda a sí mismo.* Es una máquina, todo le *sucede*. No puede detener el flujo de sus pensamientos, no puede controlar su imaginación, sus emociones, su atención. Vive en un mundo subjetivo de «quiero», «no quiero», «me gusta», «no me gusta», «tengo ganas», «no tengo ganas», esto es, un mundo hecho de lo que él cree que le gusta o no le gusta, de lo que él cree que desea o no desea. No ve el mundo real. El mundo real le está oculto por el muro de su imaginación. *Vive en el sueño.* Duerme. Y lo que él llama su «conciencia lúcida» no es sino sueño —y un sueño mucho más peligroso que su sueño de la noche, en su cama.

"Tomemos algún acontecimiento en la vida de la humanidad. Por ejemplo, la guerra. Hay una guerra en este momento. ¿Qué significa? Significa que varios millones de dormidos están tratando de destruir a otros millones de dormidos. Por supuesto, rehusarían hacerlo si llegasen a despertar. Todo lo que sucede actualmente se debe a este sueño.

"Ambos estados de conciencia, sueño y vigilia, son igualmente subjetivos. No es

sino al comenzar a *recordarse a sí mismo* cuando un hombre puede realmente despertar. Y entonces toda la vida circundante adquiere para él un aspecto diferente y un sentido diferente. La ve como una *vida de gente dormida*, una vida de sueño. Todo lo que dicen los hombres, todo lo que hacen, lo dicen y lo hacen en el sueño. Nada de esto puede tener el menor valor. Sólo el despertar y lo que lleva al despertar tiene un valor real.

"¿Cuántas veces me han preguntado ustedes si no sería posible detener las guerras? Por supuesto, sería posible. Bastaría que la gente se despertase. Parece una cosa pequeña. Sin embargo, es lo más difícil que puede haber porque este sueño es inducido y mantenido por la totalidad de la vida circundante, por todas las condiciones del ambiente.

"¿Cómo despertar? ¿Cómo escapar de este sueño? Estas preguntas son las más importantes, las más vitales que un hombre tiene que hacerse. Pero antes de hacérselas deberá convencerse del hecho mismo de su sueño. Mas sólo es posible convencerse de esto tratando de despertar. Cuando un hombre haya comprendido que no se recuerda a sí mismo y que el recuerdo de sí significa un despertar hasta cierto punto, y cuando haya visto por experiencia lo difícil que es recordarse a sí mismo, entonces comprenderá que para despertar no basta desearlo. Diremos, aún con más precisión, que un hombre no puede despertarse *por sí mismo*. Pero si veinte hombres convienen en que el primero que se despierte despertará a los demás, ya tienen alguna posibilidad. Aun esto, sin embargo, es insuficiente, porque los veinte hombres pueden dormirse al mismo tiempo y soñar que se están despertando. Por consiguiente esto no basta; hace falta más. Estos veinte hombres deben ser vigilados por un hombre que no está dormido o que no se duerme tan fácilmente como ellos, o que se duerme conscientemente cuando es posible, cuando de ello no resulte daño alguno ni para él ni para los demás. Deben encontrar a un hombre de este género y contratarlo para que los despierte y no les permita volverse a dormir. Sin esto es imposible despertar. Esto es lo que hay que comprender.

"Es posible pensar durante mil años; es posible escribir bibliotecas enteras, inventar millones de teorías y todo esto en sueño, sin ninguna posibilidad de despertar. Por el contrario, estas teorías y estos libros escritos o inventados por dormidos simplemente tendrán como efecto arrastrar a otros hombres al sueño.

"No hay nada nuevo en la idea del sueño. Casi desde la creación del mundo se ha dicho a los hombres que están dormidos y que deben despertar. Por ejemplo, ¿cuántas veces se dice esto en los Evangelios? «Despertad», «vigilad», «no durmáis». Los discípulos de Cristo, aun en el Jardín de Gethsemani, dormían mientras su Maestro oraba por última vez. Esto lo dice todo. ¿Pero lo comprenden los hombres? Lo toman como una figura retórica, una metáfora. No ven en absoluto que debe ser tomado al pie de la letra. También aquí es fácil comprender por qué. Tendrían que despertar un

poco o por lo menos tratar de despertar. En serio, a menudo se me ha preguntado por qué en los Evangelios no se dice nada acerca del sueño... En cada página se trata de esto. Esto muestra simplemente que la gente lee los Evangelios en sueño. En tanto que un hombre duerma profundamente y esté totalmente sumido en sus sueños, no puede ni siquiera pensar que está dormido. Si fuera capaz de pensar que está dormido, se despertaría. Y así todo sigue, sin que los hombres tengan la menor idea de todo lo que pierden a causa de su sueño. Como ya lo he dicho, el hombre, tal como es, tal como la naturaleza lo ha creado, puede devenir un ser consciente de sí. Creado con este fin, nace para este fin. Pero nace entre dormidos, y naturalmente cae a su vez en su sueño profundo justo en el momento en que debería comenzar a tomar conciencia de sí mismo. Todo colabora con esto: la imitación involuntaria que hace el niño de los adultos, las sugerencias voluntarias o involuntarias de estos, y su así llamada «educación». Todo intento de despertar de parte del niño es frustrado al instante. Fatalmente. Y cuántos esfuerzos son necesarios más tarde para despertar; y cuánta ayuda se necesitará cuando se hayan acumulado millares de hábitos que compelen al sueño. Uno se libra de esto muy raras veces. En la mayoría de los casos cuando un hombre es todavía un niño ya ha perdido la posibilidad de despertar; vive toda su vida en el sueño y muere en el sueño. Además, muchas personas mueren mucho antes de su muerte física. Pero aún no ha llegado el momento de hablar de esto.

"Recuerden ahora lo que ya les he dicho. Un hombre plenamente desarrollado, a quien yo llamo «un hombre en el pleno sentido de la palabra», debería poseer cuatro estados de conciencia. Los hombres ordinarios, es decir los hombres 1, 2, y 3, no viven sino en dos estados de conciencia. Conocen o al menos pueden conocer la existencia del cuarto estado. Todos estos «estados místicos» y otros por el estilo son mal definidos; sin embargo, cuando no se trata de fraudes ni de simulaciones éstos son relámpagos de lo que llamamos un estado de conciencia objetiva.

"Pero el hombre nada sabe acerca del tercer estado de conciencia, y ni siquiera lo sospecha. Hasta es imposible que pueda sospecharlo porque si usted se lo explica, si le dice en que consiste, le dirá que este es su estado habitual. ¿No se considera a sí mismo como un ser consciente que gobierna su propia vida? Los hechos lo contradicen pero él los considera accidentales o momentáneos, destinados a arreglarse de por sí. Al imaginarse que posee la conciencia de sí de algún modo por derecho de nacimiento, no se le ocurrirá tratar de aproximarse a ella o de obtenerla. No obstante, en ausencia de la conciencia de sí, o del tercer estado de conciencia, el cuarto es imposible, salvo en raros destellos. Mas el conocimiento, el verdadero conocimiento *objetivo* —que los hombres se esfuerzan por conquistar, según afirman— no es posible sino en el cuarto estado de conciencia. El conocimiento que se adquiere en el estado ordinario de conciencia se entremezcla constantemente con

sueños. Y con esto tienen ustedes un cuadro completo del ser de los hombres 1, 2 y 3."

En la reunión siguiente, G. continuó:

—Las posibilidades del hombre son inmensas. Ustedes no pueden ni siquiera tener una idea de lo que un hombre es capaz de alcanzar. Pero nada se puede alcanzar en el sueño. En la conciencia de un hombre dormido sus ilusiones, sus «sueños», se mezclan con la realidad. El hombre vive en un mundo subjetivo del cual le es imposible escapar. Esta es la razón por la cual nunca puede hacer uso de todos los poderes que posee y, por la que siempre vive solamente en una pequeña parte de sí mismo.

"Ya se ha dicho que el estudio y la observación de sí, bien dirigidos, llevan al hombre a darse cuenta que hay «algo falseado» en su máquina y en sus funciones, en su estado ordinario. Comprende que es precisamente porque está dormido que no vive y no trabaja sino en una pequeña parte de si mismo. Comprende que por la misma razón, la mayoría de sus posibilidades quedan sin realizarse, y la mayoría de sus poderes sin utilizarse. Siente que no tiene de la vida todo lo que ésta puede darle, y que su incapacidad se debe a los defectos funcionales de su máquina, de su aparato receptor. La idea del estudio, de sí adquiere un nuevo significado a sus ojos. Siente que posiblemente ni siquiera valga la pena estudiarse, tal cual es ahora. Ve cada función en su estado actual y lo que podría y debería llegar a ser. La observación de sí lleva al hombre a reconocer la necesidad de cambiar. Y al practicarla se da cuenta de que esta observación de sí aporta por sí misma ciertos cambios en sus procesos interiores. Comienza a comprender que es un medio para cambiar, un instrumento para despertar. Al observarse, de alguna manera proyecta un rayo de luz sobre sus procesos interiores que hasta ahora se habían efectuado en total oscuridad. Bajo la influencia de esta luz, éstos comienzan a cambiar. Hay un gran número de procesos químicos que sólo pueden ocurrir en la ausencia de luz. Del mismo modo, un gran número de procesos psíquicos sólo pueden ocurrir en la oscuridad. Aun una tenue vislumbre de conciencia basta para cambiar completamente el carácter de los procesos habituales, y hacer totalmente imposibles gran número de ellos. Nuestros procesos psíquicos (nuestra alquimia interior), tienen muchos puntos en común con aquellos procesos químicos cuyo carácter cambia por causa de la luz, y están sometidos a leyes análogas.

"Cuando un hombre llega a darse cuenta de la necesidad no sólo del estudio y de la observación de sí, sino también de la necesidad de trabajar sobre sí con el objeto de cambiar, entonces debe también cambiar el carácter de su observación de sí. Hasta ahora, no ha estudiado sino los detalles del trabajo de los centros, tratando solamente de constatar tal o cual fenómeno, esforzándose por ser un testigo imparcial. Ha

estudiado el trabajo de la máquina. De ahora en adelante debe comenzar a verse a sí mismo, es decir, empezar ya a ver no sólo los detalles aislados, no sólo el trabajo de pequeñas palancas y pequeñas ruedas, sino todas las cosas tomadas en conjunto — este conjunto que él representa para los demás.

"Para este fin un hombre debe ejercitarse en tomar, por así decirlo, fotografías mentales de sí mismo en momentos diferentes de su vida y en sus diferentes estados emocionales; ya no fotografías de detalles, sino vistas globales. En otras palabras, estas fotografías deben contener simultáneamente todo lo que un hombre puede ver en sí mismo en un momento dado. Emociones, humores, pensamientos, sensaciones, posturas, movimientos, tonos de voz, expresiones faciales, y así sucesivamente. Si un hombre llega a tomar instantáneas interesantes no tardará en obtener una verdadera colección de retratos de sí mismo, que tomados en conjunto le enseñarán claramente lo que él es. Pero es difícil lograr tomar estas fotografías en los momentos más interesantes, es difícil captar las posturas, las expresiones faciales, las emociones y los pensamientos más característicos. Si un hombre logra tomar bien y en número suficiente estas fotografías, no tardará en ver que la idea que tenía de sí mismo y con la cual seguía viviendo año tras año, está muy lejos de la realidad.

"En lugar del hombre que creía ser, verá otro completamente distinto. Este «otro» es él mismo, y al mismo tiempo no es él. Es él tal como lo conocen los demás, tal como él se imagina y tal como aparece en sus acciones, palabras, etc. pero no es exactamente él, tal cual es en realidad. Porque él mismo sabe que en este otro hombre, que los demás conocen y que él mismo conoce, hay mucho que es irreal, inventado y artificial. Ustedes deben aprender a separar lo real de lo imaginario. Y para comenzar la observación y el estudio de sí, es indispensable aprender a dividirse. Un hombre debe darse cuenta de que en realidad está formado de dos hombres.

"Uno es el hombre que él llama «yo» y a quien los otros llaman «Ouspensky», «Zakharov» o «Petrov». El otro es el verdadero *él*, el verdadero *Yo*, que aparece en su vida sólo por muy breves momentos y que sólo puede llegar a ser firme y permanente después de un período de trabajo muy largo.

"Mientras un hombre se considere a sí mismo como *una sola persona*, seguirá siendo siempre tal cual es. Su trabajo interior comienza desde el instante en que empieza a experimentar en sí mismo la presencia de *dos hombres*. Uno es pasivo y lo más que puede hacer es observar y registrar lo que le sucede. El otro, que se llama a sí mismo «yo», que es activo, y habla de sí en primera persona, es en realidad sólo «Ouspensky», «Petrov» o «Zakharov».

"Esta es la primera realización que un hombre puede obtener. Tan pronto comienza a pensar correctamente, ve que está por completo en poder de su «Ouspensky», «Petrov» o «Zakharov». No importa lo que él planea o piense hacer o decir, no es «él», no es su «Yo», el que lo dirá o lo hará, sino su «Ouspensky»,

«Petrov» o «Zakharov», y por supuesto lo que ellos harán o dirán no tendrá nada en común con lo que su «Yo» hubiese dicho o hecho; porque ellos mismos tienen su propia manera de sentir o de comprender las cosas, que puede a veces falsear y deformar completamente las intenciones originales del «Yo».

"Con respecto a esto, desde el primer momento de la observación de sí, al hombre le acecha un peligro preciso. Es «Yo» el que comienza la observación, pero «Ouspensky», «Zakharov» o «Petrov» se apoderan de inmediato de ésta y son ellos los que la continúan. Así desde el comienzo, «Ouspensky», «Zakharov» o «Petrov» falsean algo, introducen un cambio que parece sin importancia, pero que en realidad altera todo radicalmente.

"Supongamos por ejemplo, que un hombre llamado «Ivanov» escuche la descripción de este método de observación de sí. Se le ha dicho que un hombre debe dividirse a sí mismo: de un lado «él» o «yo» y del otro «Ouspensky», «Petrov» o «Zakharov». Entonces se divide *literalmente como he dicho*. «Éste es "yo", se dice a sí mismo, y aquél es "Ouspensky", "Petrov" o "Zakharov".» Nunca dirá «Ivanov». Esto lo encuentra desagradable; de esta manera inevitablemente empleará cualquier otro apellido o nombre de pila. Además, llamará «yo» a lo que le gusta en él, o en todo caso, lo que encuentra de fuerte en él, mientras que llamará «Ouspensky», «Petrov» o «Zakharov», a lo que no le gusta o considera como sus debilidades. Sobre esta base se pone a razonar, completamente equivocado por supuesto, ya que se engañó sobre el punto más importante, al rehusar enfocar lo que él realmente es, es decir «Ivanov», y al no prestar atención sino a los imaginarios «Ouspensky», «Petrov» o «Zakharov».

"Es aun difícil imaginar lo mucho que detesta un hombre emplear su propio nombre cuando habla de sí en tercera persona. Hace todo lo posible por evitarlo. Se llama a sí mismo por otro nombre, como lo acabo de decir, o inventa para sí un nombre falso, un nombre por el cual nadie lo ha llamado jamás, ni lo llamará nunca; o se llama simplemente «él» y así sucesivamente. Bajo este aspecto no son excepción las personas que acostumbran llamarse en sus conversaciones mentales por su nombre de pila, su sobrenombre o diminutivos afectuosos. Cuando llegan a la observación de sí prefieren llamarse ellos mismos «Ouspensky» o decir «el Ouspensky en mí», como si pudiera haber un «Ouspensky» en ellos mismos. ¡Como si no sobrara «Ouspensky» para Ouspensky mismo!

"Pero cuando un hombre comprende su impotencia frente a «Ouspensky», su actitud hacia sí mismo y hacia el «Ouspensky» en él, deja de ser indiferente o apática.

"La observación de sí deviene la observación de «Ouspensky». El hombre comprende que no es «Ouspensky», que «Ouspensky» no es sino la máscara que él lleva, el papel que él desempeña inconscientemente y que por desgracia no puede evitar desempeñarlo, un papel que lo domina y le hace decir y hacer miles de cosas

estúpidas, miles de cosas que él nunca haría ni diría.

"Si es sincero consigo mismo, siente que está en poder de «Ouspensky» y al mismo tiempo siente que no es «Ouspensky».

"Comienza a tener miedo de «Ouspensky», comienza a sentir que «Ouspensky» es su enemigo. Todo lo que quiera hacer es interceptado y alterado por «Ouspensky». «Ouspensky» es su «enemigo». Los deseos, los gustos, las simpatías, las antipatías, los pensamientos, las opiniones de «Ouspensky», o bien se oponen a sus propias ideas, sentimientos y estados de ánimo, o no tienen nada en común con ellos. Y sin embargo «Ouspensky» es su amo. Él es el esclavo. No tiene voluntad propia. Está lejos de poder expresar sus deseos, porque todo lo que querría decir o hacer siempre será hecho por «Ouspensky» y no por él.

"A este nivel de la observación de sí, este hombre ya no debe tener sino una sola meta: librarse de «Ouspensky». Y puesto que de hecho no puede librarse porque él es «Ouspensky», debe por consiguiente dominarlo y obligarlo a hacer no lo que desea el «Ouspensky» del momento, sino lo que *él mismo* quiere hacer. «Ouspensky» que es hoy el amo, debe convertirse en el servidor.

"Éste es el primer paso en el trabajo sobre sí; hay que separarse de «Ouspensky», no sólo en el pensamiento, sino de hecho, y llegar a sentir que uno no tiene con él nada en común. Pero hay que tener muy presente en la mente que toda la atención debe quedar concentrada sobre «Ouspensky». En efecto, un hombre es incapaz de explicar *lo que él mismo es en realidad*; sin embargo puede explicar «Ouspensky» a sí mismo, y es por aquí por donde debe comenzar, recordando al mismo tiempo que él no es «Ouspensky».

"Nada hay más peligroso en este caso que fiarse de su propio juicio. Si un hombre tiene suerte, quizá tendrá a su lado a alguien que le diga donde está él y donde está «Ouspensky». Es además necesario que tenga fe en esta persona, si no, no dejará de pensar que comprende todo mucho mejor por sí solo, y que no necesita aprender dónde está él y dónde está «Ouspensky». Y esto no es sólo con relación a sí mismo, sino también con relación a los demás, de quienes imagina ver y conocer sus «Ouspensky»; y naturalmente se engaña. Porque en este estado, un hombre no puede ver nada ni sobre sí mismo ni sobre los demás. Y cuanto más convencido esté de que puede, tanto más se engañará. Por el contrario, si es capaz de la más mínima sinceridad hacia sí mismo, y si realmente quiere conocer la verdad, entonces puede encontrar una base exacta e infalible, primero para juzgarse correctamente a sí mismo, luego para juzgar a los demás. Pero todo el problema está precisamente en ser sincero consigo mismo. Y esto está lejos de ser fácil. La gente no comprende que la sinceridad se debe aprender. Se imagina que depende de su deseo o de su decisión el ser sinceros o el no serlo.

"Pero ¿cómo podría un hombre ser sincero consigo mismo, cuando este hombre



«sinceramente» no ve lo que necesitaría ver en sí mismo? Es necesario que alguien se lo muestre. Y su actitud hacia quien se lo muestre debe ser justa, es decir aquella que lo ayude a ver lo que le es mostrado, y no la que necesariamente se lo impida, como sucede cada vez que un hombre se imagina que no tiene nada que aprender de nadie.

"En el trabajo ésta es una fase crítica. Un hombre que pierde su dirección en este momento ya no la vuelve a encontrar nunca. Porque no hay que olvidar que tal cual es el hombre en la actualidad, no está en condiciones de distinguir en él «Yo» y «Ouspensky». Todos sus esfuerzos en este sentido no evitarán que se mienta, que se ponga a inventar y nunca podrá verse tal cual es en realidad. Es necesario convencerse profundamente de esto; sin ayuda exterior, un hombre jamás podrá verse.

"¿Por qué esto es así? Recuérdenlo. Hemos dicho que la observación de sí conduce a la constatación de que el hombre se olvida sin cesar. Su impotencia para recordarse a sí mismo es uno de los rasgos más característicos de su ser y la verdadera causa de todo su comportamiento. Esta impotencia se manifiesta de mil maneras. No recuerda sus decisiones, no recuerda la palabra que se ha dado a sí mismo, no recuerda lo que ha dicho o sentido hace un mes, una semana, un día o tan sólo una hora. Comienza un trabajo y muy pronto olvida *por qué* lo había emprendido, y es en el trabajo sobre sí donde este fenómeno se produce con una frecuencia muy especial. Un hombre no puede recordar una promesa dada a otro, sino con la ayuda de asociaciones artificiales, de asociaciones *educadas* en él, las cuales a su vez se asocian a toda clase de concepciones, también ellas formadas artificialmente, tales como el «honor», la «honradez», el «deber» y así sucesivamente. En realidad se puede decir que por cada cosa que recuerda un hombre, siempre hay otras diez, mucho más importantes, que olvida. Pero el hombre nunca olvida nada más fácilmente que lo que se refiere a él mismo, por ejemplo: «las fotografías mentales» que ha podido tomar.

"De esta manera, sus opiniones y sus teorías se encuentran desprovistas de toda estabilidad y de toda precisión. El hombre no recuerda lo que ha pensado o lo que ha dicho; no recuerda *cómo* ha pensado o *cómo* ha hablado.

"Esto, a su vez, está en relación con una de las características fundamentales de la actitud del hombre hacia sí mismo y hacia lo que lo rodea, a saber: su constante «identificación» con todo lo que llama su atención, sus pensamientos o sus deseos y su imaginación.

"«La identificación» es un rasgo tan común, que en la tarea de la observación de sí es difícil separarla del resto. El hombre está siempre en estado de identificación; sólo cambia el objeto de su identificación.

"El hombre se identifica con un pequeño problema que encuentra en su camino y olvida completamente las grandes metas que se propuso al principio de su trabajo. Se

identifica con un pensamiento y olvida todos los demás. Se identifica con una emoción, con un estado de ánimo, y olvida otros sentimientos más profundos. Al trabajar sobre sí mismas, las personas se identifican hasta tal punto con metas aisladas que pierden de vista el conjunto. Para ellas los dos o tres árboles más cercanos llegan a representar todo el bosque.

"La identificación es nuestro más terrible enemigo porque penetra por todas partes. En el mismo momento en que creemos luchar contra ella seguimos siendo víctimas de su engaño. Y si nos es tan difícil liberarnos de la identificación, es porque nos identificamos más fácilmente con las cosas que más nos interesan, a las que damos nuestro tiempo, nuestro trabajo y nuestra atención. Para liberarse de la identificación el hombre debe entonces estar constantemente en guardia y ser despiadado consigo mismo. Es decir, que no debe tener miedo de desenmascarar todas sus formas sutiles y escondidas.

"Es indispensable ver y estudiar la identificación a fin de descubrirla en nosotros mismos hasta sus raíces más profundas. Pero la dificultad de la lucha contra la identificación se acrecienta aún más por el hecho de que cuando la gente la nota, la mira como una cualidad excelente y le concede los nombres de «entusiasmo», «celo», «pasión», «espontaneidad», «inspiración», etc. Consideran que realmente no pueden hacer un buen trabajo en cualquier terreno sino en estado de identificación. En realidad esto es una ilusión. En tal estado el hombre no puede hacer nada sensato. Y si la gente pudiera ver lo que significa el estado de identificación, cambiaría de opinión. El hombre identificado no es más que una cosa, un trozo de carne; pierde hasta la poca semejanza que tenía con un ser humano. En el Oriente, donde se fuma el hashish y otras drogas, a menudo sucede que un hombre se identifica con su pipa hasta el punto de considerarse a sí mismo como una pipa. Esto no es un chiste, sino un hecho. Se torna efectivamente una pipa. Esto es la identificación. Pero para llegar a esto no son necesarios en lo más mínimo el hashish o el opio. Miren a la gente en las tiendas, los teatros o restaurantes. Vean cómo se identifican con las palabras cuando discuten o tratan de probar algo, sobre todo algo que no conocen. No son más que deseo, avidez, o *palabras*: de ellos mismos no queda nada.

"La identificación es el principal obstáculo para el recuerdo de sí. Un hombre que se identifica es incapaz de recordarse a sí mismo. Para poder recordarse a sí mismo, primero es necesario *no identificarse*. Pero para aprender a no identificarse, ante todo el hombre debe *no identificarse consigo mismo*, no llamarse a sí mismo «Yo», siempre y en todas las ocasiones. Debe recordar que hay dos en él, que hay *él mismo*, es decir *Yo* en él, y *el otro* con el cual debe luchar y al que debe vencer si quiere alcanzar cualquier cosa. Mientras un hombre se identifique o sea susceptible de identificarse, es esclavo de todo lo que puede sucederle. La libertad significa ante todo liberarse de la identificación.

"Después de haber estudiado la identificación en general, hay que prestar atención a uno de sus aspectos particulares: la identificación con las personas que toma la forma de la «consideración».

"Hay varias clases de consideración.

"En la mayoría de los casos un hombre se identifica con lo que piensan los demás de él, con la forma en que lo tratan, con la actitud que tienen hacia él. Un hombre piensa siempre que los demás no lo aprecian lo suficiente, que no son suficientemente corteses o atentos. Todo esto lo atormenta, lo preocupa, lo vuelve receloso y hace que desperdicie una cantidad enorme de energía en conjeturas o en suposiciones; de esta manera desarrolla en él una actitud desconfiada y hostil respecto a los demás. Cómo lo han mirado, lo que se piensa de él, lo que se dice de él, todo esto toma una importancia enorme a sus ojos.

"Y no solo «considera» a las personas sino también a la sociedad y a las condiciones históricas. Todo lo que a tal hombre le desagrade le parece injusto, ilegítimo, falso e ilógico. Siempre el punto de partida de su juicio es que las cosas pueden y deben ser cambiadas. La «injusticia» es una de las palabras que sirven a menudo de máscara para la «consideración». Cuando un hombre se convence de que lo que lo subleva es una «injusticia», el dejar de considerar equivaldría para él a «reconciliarse con la injusticia».

"Hay personas capaces no sólo de «considerar» la injusticia o el poco caso que se les hace, sino de «considerar» aun el estado del tiempo. Esto parece ridículo, pero es un hecho: la gente es capaz de considerar el clima, el calor, el frío, la nieve, la lluvia; pueden enojarse e indignarse contra el mal tiempo. El hombre toma todo de una manera personal, como si todo en el mundo hubiese sido dispuesto especialmente para complacerlo o por el contrario para causarle desagrado y fastidio.

"Todo esto no es sino una forma de «identificación» y se podrían citar muchas otras formas. Este tipo de consideración se basa enteramente en las «exigencias». El hombre en su fuero interno «exige» que todo el mundo lo tome por alguien notable, a quien cada cual debería constantemente mostrar respeto, estima y admiración por su inteligencia, su belleza, su habilidad, su sentido del humor, su presencia de ánimo, su originalidad y todas sus otras cualidades. Estas «exigencias» se basan a su vez en la noción completamente fantástica que la gente tiene de sí misma, lo que sucede muy a menudo aun con personas de apariencia muy modesta. En cuanto a los escritores, actores, músicos, artistas y políticos, son casi sin excepción unos enfermos. ¿Y de qué sufren? Ante todo de una extraordinaria opinión de sí mismos, luego de exigencias y finalmente de «consideración», es decir de una predisposición para ofenderse por la menor falta de comprensión o de apreciación.

"Hay todavía otra forma de «consideración» que puede quitarle al hombre una gran parte de su energía. Tiene como punto de partida la actitud que consiste en creer

que *no considera lo suficiente a otra persona* y que ésta se ofenda por esto. Comienza a decirse que quizá él no piensa lo suficiente en esta otra persona, que no le presta suficiente atención y que no le da un lugar suficientemente grande. Todo esto no es sino debilidad. Los hombres se tienen miedo unos a otros. Y esto puede llegar muy lejos. He visto estos casos muy a menudo. Un hombre puede llegar de esta manera a perder el equilibrio, si alguna vez lo tuvo, y conducirse de manera completamente insensata. Se molesta contra sí mismo, y siente cuan estúpido es, pero no se puede detener, porque en este caso, de lo que se trata es precisamente de «no considerar».

"Otro ejemplo, quizá peor aún, es el del hombre que considera que según él «debería» hacer algo, mientras en realidad no tiene absolutamente nada que hacer. «Deber» y «no deber» es un problema difícil: es difícil comprender cuándo un hombre realmente «debe» y cuándo «no debe». Esta cuestión no se puede abordar sino desde el punto de vista de la «meta». Cuando un hombre tiene una meta, debe hacer exclusivamente lo que le permita acercarse, y nada que pueda alejarlo de ella.

"Como ya lo he dicho, las personas se imaginan a menudo que si comienzan a combatir la «consideración» en sí mismas, perderían su sinceridad y tienen miedo porque piensan que en este caso perderán algo, una parte de sí mismas. Aquí se produce el mismo fenómeno que en las tentativas de lucha contra la expresión de las emociones desagradables. La única diferencia es que en este último caso el hombre lucha contra la expresión «exterior» de sus emociones y en el otro, contra la manifestación «interior» de emociones que quizás sean las mismas.

"Por supuesto este miedo de perder su sinceridad es un engaño, una de esas fórmulas engañosas en que descansa la debilidad humana. El hombre no puede impedir el identificarse ni el «considerar interiormente», no puede impedir el expresar sus emociones desagradables, por la sola razón de que es débil. La identificación, la consideración, la expresión de emociones desagradables son manifestaciones de su debilidad, de su impotencia, de su incapacidad de dominarse. Pero como no quiere confesarse esta debilidad, la llama «sinceridad» u «honradez», y se dice a sí mismo que no desea luchar contra su sinceridad, cuando de hecho es incapaz de luchar contra sus debilidades.

"La sinceridad, la honradez, son en realidad algo totalmente diferente. Lo que por lo general se llama «sinceridad» es simplemente un rehusar a refrenarse. En lo más profundo de sí mismo todo hombre lo sabe bien. De manera que cada vez que pretende no perder su sinceridad, se miente a sí mismo.

"He hablado hasta ahora de la consideración interior. Sería posible dar muchos otros ejemplos. Pero les toca a ustedes el hacerlo, quiero decir que a ustedes les toca buscar estos ejemplos, en sus observaciones sobre ustedes mismos y sobre los otros.

"Lo contrario de la consideración interior —la consideración exterior—

constituye en parte un medio de lucha contra ella. La consideración exterior se basa en una especie de relación con la gente que es totalmente diferente de la consideración interior. Es una adaptación a la gente, a su comprensión y a sus exigencias. Al considerar exteriormente, un hombre realiza todo lo necesario para hacerse la vida más fácil a sí mismo y a los demás. La consideración exterior necesita un conocimiento de los hombres, una comprensión de sus gustos, de sus hábitos y de sus prejuicios. Al mismo tiempo, la consideración exterior requiere un gran poder sobre sí mismo, un gran dominio de sí. Sucede muy a menudo que un hombre desea *sinceramente* expresar o mostrar a alguien de una u otra manera lo que realmente piensa de él o lo que siente respecto a él. Si es débil, cede naturalmente a su deseo, tras lo cual se justifica diciendo que no quería mentir, que no quería fingir, que quería ser sincero. Luego, se convence a sí mismo de que la culpa era del otro. Quería realmente considerarlo y aun estaba dispuesto a ceder, no quería disputas, etc... Pero el *otro* rehusó considerarlo, así que no había nada que hacer con él. Sucede a menudo que un hombre comienza con una bendición y termina con una injuria. Decide no considerar a los demás y después los censura por no considerarlo a él. Este ejemplo muestra cómo la consideración exterior degenera en consideración interior. Pero si un hombre se recuerda realmente a sí mismo, comprende que el otro es tan máquina como él. Entonces *se pondrá en el lugar del otro*. Al hacerlo, llegará a ser realmente capaz de comprender lo que el otro piensa y siente. Si se puede comportar así, su trabajo se vuelve mucho más fácil para él. Pero si se acerca a un hombre con sus propias exigencias, no obtendrá sino una nueva consideración interior.

"Es muy importante en el trabajo una justa consideración exterior. A menudo sucede que hombres que comprenden muy bien la necesidad de la consideración exterior en la vida, no comprenden esta necesidad en el trabajo; deciden que justamente porque trabajan sobre sí mismos, tienen el derecho de no considerar. Mientras que en realidad, en el trabajo, es decir para que éste sea eficaz, es necesario diez veces más consideración exterior que en la vida corriente, porque *solamente* la consideración exterior del alumno puede mostrar su valoración y su comprensión del trabajo; en efecto, los resultados del trabajo son siempre proporcionales a la valoración y a la comprensión que se tiene de él. Recuerden que el trabajo no puede comenzar y proseguir en un nivel más bajo que el del «hombre de la calle», es decir, en un nivel inferior al de la vida ordinaria. Es un principio de los más importantes, que es olvidado muy fácilmente. Pero hablaremos de esto más tarde."

G. nos recordó una vez más el hecho de que olvidamos constantemente las dificultades de nuestra situación.

—Ustedes piensan a menudo de una manera muy ingenua, dijo. Creen que ya pueden «hacer». Es cierto que deshacerse de esta convicción es la cosa más difícil del mundo. Ustedes no comprenden toda la complejidad de su estructura interior, no se

dan cuenta de que cada esfuerzo, además de los resultados deseados —si es que los produce— trae miles de resultados inesperados, a menudo indeseables. Por ende, olvidan constantemente (y aquí mismo está su más grave error) que no comienzan por el principio, con una linda máquina completamente nueva y limpia. Hay detrás de cada uno años de vida errónea y estúpida. Siempre han cedido a sus debilidades, siempre han cerrado los ojos a sus errores, tratando de evitar toda verdad desagradable; mintiéndose a sí mismos constantemente, justificándose, culpando a los demás, y así sucesivamente. Es inevitable que todo esto haya dañado su máquina. Por un lado está sucia, oxidada en varios sitios; por otro lado su mal funcionamiento ha hecho surgir dispositivos artificiales.

"Estos dispositivos artificiales se opondrán a cada instante a sus buenas intenciones.

"Se llaman «topes».

\* \* \*

"«Tope» es un término que necesita una explicación especial. Todos saben lo que son los topes de los vagones de ferrocarril: aparatos amortiguadores de choques. En la ausencia de estos topes los menores choques de un vagón contra el otro podrían ser muy desagradables y peligrosos. Los topes atenúan los efectos de estos choques y los hacen imperceptibles.

"En el hombre existen dispositivos exactamente análogos. No son creados por la naturaleza sino por el hombre mismo, aunque involuntariamente. En su origen se encuentran las múltiples contradicciones de sus opiniones, de sus sentimientos, de sus simpatías, de lo que dice, de lo que hace. Si un hombre tuviese que sentir durante su vida entera todas las contradicciones que están en él, no podría vivir ni actuar tan tranquilamente como ahora. Sin cesar se producirían en él fricciones; sus inquietudes no lo dejarían reposar nunca. No podemos ver cuan contradictorios y hostiles entre sí son los diferentes «yoes» que forman nuestra personalidad. Si un hombre pudiera sentir todas estas contradicciones sentiría *lo que él realmente es*. Sentiría que está loco. Para nadie es agradable sentirse loco. Además, tal pensamiento priva al hombre de su confianza en sí mismo, debilita su energía, frustra su «respeto de sí mismo». De una manera u otra, tiene entonces que dominar este pensamiento o desterrarlo. O bien tiene que destruir sus contradicciones o dejar de verlas y de sufrirlas. Un hombre no puede destruir sus contradicciones, pero deja de sentir las cuando los topes aparecen en él. A partir de entonces ya no siente los impactos que resultan del choque entre perspectivas, emociones y palabras contradictorias.

"Los «topes» se forman lenta y gradualmente. Muchísimos se crean artificialmente por la «educación». Otros deben su existencia a la influencia hipnótica de toda la vida circundante. El hombre está rodeado de gente que habla, piensa, siente, vive por medio de sus «topes». Al imitarlos en sus opiniones, acciones y

palabras crea involuntariamente en sí mismo «topes» análogos que le hacen la vida más fácil, ya que es muy duro vivir sin «topes». Pero éstos impiden toda posibilidad de desarrollo interior porque están hechos para amortiguar los choques; empero, los choques, y sólo ellos, pueden sacar al hombre del estado en que vive, es decir, despertarlo. Los «topes» arrullan el sueño del hombre y le dan la agradable y apacible sensación de que todo irá bien, que no existen las contradicciones y que puede dormir en paz. *Los «topes» son dispositivos que permiten al hombre tener siempre la razón:* le impiden sentir su conciencia moral.

"La «conciencia» es otro término que necesita explicación. "En la vida ordinaria, se toma el concepto de «conciencia» de una manera demasiado simple. ¡Como si nosotros tuviéramos conciencia! De hecho, el concepto de «conciencia moral», dentro del dominio emocional, equivale al concepto de «intuición intelectual»<sup>[6]</sup> dentro del dominio intelectual. Y así como no tenemos intuición intelectual tampoco tenemos conciencia moral.

*"La intuición intelectual* es un estado en el cual el hombre *conoce de una manera inmediata y total* todo lo que sabe en general; un estado en el cual es capaz de ver cuán poco sabe y cuántas contradicciones hay en lo que sabe.

*"La conciencia moral* es un estado en el cual el hombre *siente de una manera inmediata y total* todo lo que siente en general o puede sentir. Y como cada uno tiene en sí millares de sentimientos contradictorios, que van desde una constatación profundamente escondida de su propia nulidad, hasta las formas más estúpidas de la infatuación —y de toda clase de terrores hasta la presunción, la suficiencia y la autoidolatría— sentir todo esto *simultáneamente* no sólo sería doloroso; sería insoportable.

"Si un hombre cuyo mundo interior consiste por entero de contradicciones, sintiese a la vez todas sus contradicciones, si sintiese súbitamente que ama todo lo que odia, y que odia todo lo que ama, que miente cuando dice la verdad y que dice la verdad cuando miente; y si pudiese sentir la vergüenza y el horror de tal mezcolanza —conocería entonces el estado que se llama «conciencia moral». Un hombre no puede vivir en tal estado; tiene que destruir las contradicciones o destruir la conciencia. No puede destruir la conciencia, pero si no puede destruirla, puede hacerla dormir, lo que significa que puede separar en sí mismo mediante barreras impenetrables un sentimiento de otro, nunca verlos juntos, no sentir nunca su incompatibilidad ni lo absurdo de su coexistencia.

"Pero felizmente para el hombre, es decir para su paz y su sueño, este estado de conciencia es muy raro. Desde su más tierna infancia, los topes han comenzado a desarrollarse y a fortalecerse en él, quitándole progresivamente toda posibilidad de ver sus contradicciones interiores; por consiguiente, para él no hay el menor peligro de un súbito despertar. El despertar sólo es posible para aquellos que lo buscan, que

lo quieren, y que están dispuestos a luchar consigo mismos, a trabajar sobre sí mismos, mucho tiempo y con perseverancia para obtenerlo. Con este fin, es absolutamente necesario destruir los «topes», es decir, ir al encuentro de todos los sufrimientos interiores que están ligados a la sensación de las contradicciones. Además, la destrucción misma de los «topes» exige un trabajo muy largo, y un hombre tiene que estar de acuerdo con este trabajo, comprendiendo bien que para él el despertar de su conciencia estará acompañado de todas las incomodidades y de todos los sufrimientos imaginables.

"Pero la conciencia moral es el único fuego que puede fundir todos los polvos metálicos del crisol, del que ya hemos hablado, y crear la unidad que el hombre no poseía en el estado en que emprendió el estudio de sí mismo.

"El concepto de «conciencia moral» nada tiene en común con el de «moralidad».

"La conciencia moral es un fenómeno general y *permanente*. Es la misma para todos los hombres y no es posible sino en ausencia de los «topes». Desde el punto de vista de las diferentes categorías de hombres, podemos decir que existe la conciencia del hombre que no tiene contradicciones. Esta conciencia no es sufrimiento, sino una alegría de carácter enteramente nuevo, y que somos incapaces de comprender. El despertar aun momentáneo de la conciencia moral en un hombre con millares de «yoes» diferentes implica obligatoriamente el sufrimiento. Por tanto, si estos instantes de conciencia se repiten más a menudo y duran cada vez más, si el hombre no les teme, sino por el contrario coopera con ellos y trata de guardarlos y prolongarlos, un elemento de alegría muy sutil, un gusto anticipado de la verdadera «conciencia lúcida» penetrará gradualmente en él.

"El concepto de moralidad no es general. La moralidad está hecha de «topes». No hay una moral común: lo que es moral en la China es inmoral en Europa y lo que es moral en Europa es inmoral en la China, lo que es moral en San Petersburgo es inmoral en el Cáucaso y lo que es moral en el Cáucaso no lo es en San Petersburgo. Lo que es moral para una clase de la sociedad es inmoral para otra y viceversa. La moral es siempre y en todas partes un fenómeno artificial. Está hecha de múltiples «tabúes», es decir de restricciones y de exigencias variadas, algunas veces sensatas en su raíz, otras veces habiendo perdido todo sentido, o no habiéndolo tenido nunca porque han sido establecidas sobre una base falsa, sobre un terreno de supersticiones y de terrores imaginarios.

"La moralidad está hecha de «topes». Y puesto que hay topes de todas clases y como las condiciones de vida varían considerablemente en los diferentes países, en diferentes épocas y entre distintas clases sociales, la moral así establecida es también muy diversa y contradictoria. No existe una moral común a todos. Asimismo es imposible decir que hay una sola moral para toda Europa, por ejemplo. Se dice algunas veces que la moral europea es la «moral cristiana». Pero ante todo, la idea de



«moral cristiana» admite en sí misma un número muy grande de interpretaciones, y muchos crímenes han sido justificados por esta «moral cristiana». Luego la Europa moderna no tiene realmente casi nada en común con la «moral cristiana» cualquiera que sea el sentido que se le atribuya.

"En todo caso, si es la «moral cristiana» la que ha llevado a Europa a la guerra que se desarrolla actualmente, ¿no sería preferible mantenerse tan alejado como fuese posible de tal moral?

—Muchas personas dicen que no comprenden el aspecto moral de su enseñanza, dijo uno de nosotros.

—Y otros dicen que su enseñanza no comporta moral alguna.

—¡Seguro que no! dijo G. A la gente le gusta mucho hablar de moral. Pero la moral es una simple autosugestión. *Lo que es necesario es la conciencia.* No enseñamos moral. Enseñamos cómo se puede descubrir la conciencia. La gente no se pone contenta cuando decimos esto. Dicen que no tenemos *amor*. Simplemente porque no alentamos la debilidad y la hipocresía, sino por el contrario arrancamos todas las máscaras. Aquél que desea la verdad no hablará de amor o Cristianismo porque sabe cuán lejos está de esto. La doctrina cristiana es para los Cristianos. Y los Cristianos son aquellos que viven de acuerdo con Cristo, es decir que hacen todo según sus preceptos. ¿Pueden vivir en conformidad con los preceptos de Cristo, aquellos que hablan de amor y de moral? Naturalmente, no lo pueden hacer; pero siempre habrá habladurías de este tipo y siempre habrá gente para quien las palabras pesarán más que las cosas. Sin embargo, hay una señal que nunca falla: quienes hablan de tal manera son hombres vacíos; no vale la pena perder el tiempo con ellos.

"La moral y la conciencia son dos cosas bien diferentes. Una conciencia nunca puede contradecir a otra. Pero una moral siempre puede contradecir y aun negar fácilmente a otra moral. Las morales se destruyen completamente unas a otras. Los hombres con «topes» pueden ser muy morales. Pero sus «topes» pueden ser diferentes; dos hombres muy morales pueden entonces considerarse el uno al otro muy inmorales. Por regla general esto es casi inevitable. Cuanto más «moral» es un hombre tanto más estima «inmorales» a los demás hombres «morales», que no lo son de la misma manera que él.

"La idea de moral está ligada a la idea de buena o mala conducta. Pero la noción del bien y del mal difiere de un hombre a otro; siempre es subjetiva en el hombre N° 1, 2 ó 3, y cada vez es función del momento o de la situación. El hombre subjetivo no puede tener una concepción general del bien y del mal. Para el hombre subjetivo, el mal es todo lo que se opone a sus deseos, a sus intereses, o a su concepción del bien.

"Se puede decir que para el hombre subjetivo, el mal en realidad no existe. Para él no existen sino diversas concepciones del bien. *Nadie jamás hace nada deliberadamente por servir al mal, por amor al mal.* Cada uno actúa por servir al

bien como él lo entiende. Pero cada uno lo entiende de diferente manera. Por consiguiente los hombres se despedazan y se asesinan *por servir al bien*. La razón es siempre la misma: su ignorancia y el profundo sueño en que viven.

"Esto es tan evidente que aun parece extraño que la gente no piense en ello. En todo caso, el hecho es que no pueden llegar a esta comprensión, y cada uno considera «su bien» como el único bien, y todo el resto como el mal. Sería ingenuo y perfectamente vano el alimentar la esperanza de que los hombres pudieran comprender alguna vez y desarrollar en ellos una idea general e idéntica del bien.

—Pero ¿no existen el bien y el mal por sí mismos, fuera del hombre? preguntó uno de los presentes.

—Sí, dijo G., solamente que esto está muy lejos de nosotros y no vale la pena perder nuestro tiempo tratando de comprenderlo ahora. Recuerden simplemente esto: la única posible y permanente idea del bien y del mal para el hombre está ligada a la idea de la evolución; por supuesto, no a la idea de la evolución mecánica sino a la idea del desarrollo del hombre por sus esfuerzos conscientes, por el cambio de su ser, por la creación de la unidad en él. y por la formación de un Yo permanente.

"No se puede formar en el hombre una idea permanente del bien y del mal si no está puesta en relación con una meta permanente y una comprensión permanente. Si un hombre comprende que está dormido, y si tiene deseo de despertar, todo cuanto pueda ayudarle será el *bien*, y todo cuanto obstaculice su camino, todo cuanto tienda a prolongar su sueño, será el *mal*. De la misma manera él podrá discernir exactamente lo que es bueno y malo para los demás. Lo que les ayuda a despertar es bueno, lo que se lo impide es malo. Pero sólo es así para aquellos que quieren despertarse, es decir para aquellos que comprenden que están dormidos. Los que no se dan cuenta que están dormidos y que no pueden tener deseos de despertar no pueden tener la comprensión del bien y del mal. Y como en su inmensa mayoría las personas no se dan cuenta y jamás se darán cuenta de que están dormidas, nunca podrá existir para ellas el bien y el mal.

"Esto contradice las ideas generalmente aceptadas. La gente tiene el hábito de pensar que el bien y el mal deben ser el *bien* y el *mal* para todo el mundo, y sobre todo, que el bien y el mal existen para todo el mundo. En realidad, el bien y el mal no existen sino para un pequeño número, para aquellos que tienen una meta y se dirigen hacia esta meta. Entonces, para ellos, lo que va en contra de su meta es el mal, y lo que les ayuda es el bien.

"Pero la mayoría de los durmientes dirán naturalmente que tienen una meta y que siguen una dirección definida. Para un hombre el darse cuenta de que no tiene meta y de que no va a ninguna parte es el signo de que se aproxima a un despertar; es signo que el despertar llega a ser realmente posible para él. El despertar de un hombre empieza en el instante en que se da cuenta de que no va a ninguna parte y de que no

sabe a dónde ir.

"Como ya hemos dicho, los hombres se atribuyen un gran número de cualidades que en realidad no pueden pertenecer sino a aquellos que han alcanzado un grado más elevado de desarrollo y un grado más elevado de evolución que los de los hombres N° 1, 2 y 3. La individualidad, un «Yo» único y permanente, la conciencia, la voluntad, la *capacidad de «hacer»* un estado de libertad interior —ninguna de estas cualidades pertenece al hombre ordinario, no más que la idea del bien y del mal, cuya misma existencia está ligada a una meta permanente, a una dirección *permanente* y a un centro de gravedad *permanente*.

"La idea del bien y del mal algunas veces está ligada con la idea de la verdad y la mentira. Pero para el hombre ordinario, la verdad y la mentira no existen más de lo que existen el bien y el mal.

"La verdad permanente y la mentira permanente sólo pueden existir para un hombre permanente. Si un hombre cambia continuamente, la verdad y la mentira también cambiarán continuamente para él. Si a cada momento cada hombre está en un estado diferente, sus concepciones de la verdad serán tan diversas como sus concepciones del bien. Un hombre nunca se da cuenta de la forma en que comienza a ver como verdadero lo que ayer consideraba como falso, y viceversa. No se da cuenta de estos cambios, en la misma forma de que no se da cuenta de la transición de uno de sus «yoes» a otro.

"En la vida de un hombre ordinario, la verdad y la mentira no tienen ningún valor moral, porque un hombre nunca puede atenerse a una verdad única. Su verdad cambia. Si durante cierto tiempo ésta no cambia, es simplemente porque está mantenida por los «topes». Y un hombre nunca puede *decir la verdad*. Algunas veces, «*se dice*» *la verdad*, otras veces «*se dice*» *una mentira*. Por consiguiente, su verdad y su mentira están igualmente desprovistas de valor. Ni una ni otra depende de él, ambas dependen del accidente. Y esto no es menos verdadero en lo que concierne a las palabras de un hombre, a sus pensamientos, a sus sentimientos y a sus concepciones de la verdad y de la mentira.

"Para comprender la interdependencia de la verdad y de la mentira en su vida, un hombre debe llegar a comprender su mentira interior, las mentiras incesantes que se dice a sí mismo.

"Estas mentiras son producidas por los «topes». Para llegar a destruir las mentiras que inconscientemente se fabrica a sí mismo, así como las que inconscientemente presenta a los demás, los «topes» deben ser destruidos. Pero el hombre no puede vivir sin «topes». Éstos gobiernan automáticamente todas sus acciones, todas sus palabras, todos sus pensamientos y todos sus sentimientos. Si los topes fuesen destruidos, desaparecería todo control. Un hombre no puede existir sin control, aunque sólo se trate de un control automático. Sólo un hombre que posee la voluntad, es decir un

control consciente, puede vivir sin «topes». Por consiguiente, si un hombre comienza a destruir los «topes» en sí mismo, debe al mismo tiempo desarrollar una voluntad. Y como la voluntad no puede ser creada a pedido ya que esto requiere tiempo, el hombre corre el riesgo de encontrarse abandonado con sus «topes» demolidos y con una voluntad aún no suficientemente fuerte. Entonces la única posibilidad que podría tener en esta fase crítica es de ser controlado por otra voluntad ya fortalecida.

"Es por esta razón por lo que en el trabajo de escuela, que trae consigo la destrucción de los «topes», un hombre debe estar dispuesto a someterse a la voluntad de otro mientras que su propia voluntad no esté todavía plenamente desarrollada. En general, el problema de esta subordinación a la voluntad de otro hombre es lo primero que se estudia. Empleo la palabra «estudiar» porque el hombre tiene que comprender por qué es indispensable tal obediencia, y tiene que aprender a obedecer. Esto no es nada fácil. Un hombre que comienza el trabajo del estudio de sí con la meta de llegar a un control sobre sí mismo, todavía está acostumbrado a creer en el valor de sus propias decisiones. El mismo hecho que haya visto la necesidad de cambiarse le muestra que sus decisiones son correctas y refuerza la creencia que pone en ellas. Pero cuando comienza a trabajar sobre sí mismo, un hombre tiene que abandonar sus propias decisiones, tiene que «sacrificar sus propias decisiones», porque de otro modo la voluntad del hombre que dirige su trabajo no podría controlar sus acciones.

"En las escuelas del camino religioso la primera exigencia es la *obediencia*, es decir la sumisión total y absoluta, pero sin comprensión. Las escuelas del cuarto camino exigen, antes que nada, la comprensión. Los resultados de los esfuerzos son siempre proporcionales a la comprensión.

"El renunciamiento a sus propias decisiones, la sumisión a la voluntad de otro, pueden presentar dificultades insuperables para un hombre, si no ha llegado a darse cuenta de antemano que de esta manera no sacrifica ni cambia realmente nada en su vida, ya que toda su vida él ha estado sometido a alguna voluntad ajena y que realmente nunca ha tomado ninguna decisión por sí mismo. Pero el hombre no es consciente de esto. Considera que tiene el derecho de escoger libremente. Le es duro renunciar a la ilusión de que él mismo dirige y organiza su vida. Sin embargo, no hay trabajo posible sobre sí, mientras no se haya liberado de esta ilusión.

"El hombre debe darse cuenta *de que él no existe*; debe darse cuenta de que no puede perder nada porque no tiene nada que perder: debe darse cuenta de su *nadidad* en el sentido más fuerte de esta palabra.

"*Este conocimiento de su propia nadidad*, y sólo ello, puede acabar con el miedo de someterse a la voluntad de otro. Aunque parezca muy extraño, este miedo es en realidad uno de los mas grandes obstáculos que encuentra el hombre en el camino. El hombre teme que le hagan cosas contrarias a sus principios, a sus concepciones, a sus ideas. Además, este temor produce de inmediato en él la ilusión de que realmente

tiene principios, concepciones y convicciones, que en realidad nunca ha tenido ni sería capaz de tener. Un hombre que durante toda su vida nunca se ha preocupado por la moral, de repente se espanta con la idea de que le harán hacer algo inmoral. Un hombre que nunca se ha ocupado de su salud y que ha hecho todo lo posible por arruinarla, comienza a temer que se verá forzado a hacer algo que le pueda hacer daño. Un hombre que por todas partes durante toda su vida ha mentado a todo el mundo de la manera mas descarada, tiembla al pensar que se le pueda pedir que mienta. Conocí un borracho que a lo que mas temía en el mundo era a que se le hiciera beber.

"Muy a menudo, el miedo de someterse a la voluntad de otro se manifiesta en forma tal, que nada puede lograrse. El hombre no comprende que la subordinación a la voluntad de otro, a la cual se adherirá conscientemente, es el único camino que puede conducirlo a la adquisición de una voluntad propia."

La vez siguiente G. regresó a la cuestión de la voluntad:

—La cuestión de la voluntad, de nuestra propia voluntad y de la voluntad de otro hombre, dijo él, es mucho más compleja de lo que parece a primera vista. Un hombre no tiene suficiente voluntad para *hacer*, es decir para dominarse a sí mismo y controlar sus acciones, pero tiene suficiente voluntad para obedecer a otra persona. Y solo de esta manera puede escapar a la *ley de accidente*. No hay otro camino.

"Ya he hablado *del destino y del accidente* en la vida del hombre. Examinemos ahora en detalle el sentido de estas palabras. El destino mismo existe pero no para todo el mundo. La mayoría de la gente está separada de su destino y vive solamente bajo la ley del accidente. El destino es el resultado de las influencias planetarias que corresponden a un tipo de hombre dado. Hablaremos de los tipos mas adelante. Mientras tanto comprendan esto: el hombre puede tener el destino que corresponde a su tipo pero prácticamente no lo tiene nunca. Y esto porque el destino concierne a una sola parte del hombre, *su esencia*.

"Recordemos que el hombre está constituido por dos partes:

*esencia y personalidad*. La esencia en el hombre es lo que le pertenece. La personalidad en el hombre es «lo que no le pertenece». «Lo que no le pertenece» significa: lo que le ha venido de afuera, lo que él ha aprendido, o lo que él refleja; todas las huellas de impresiones exteriores grabadas en la memoria y en las sensaciones, todas las palabras y todos los movimientos que le han sido enseñados, todos los sentimientos creados por imitación, todo esto es «lo que no le pertenece», todo esto es la personalidad.

"Desde el punto de vista de la psicología ordinaria, la división del hombre en personalidad y esencia es difícilmente comprensible. Sería más exacto decir que la psicología lo ignora todo acerca de esta división.

"Un niño pequeño no tiene todavía personalidad. Él es lo que realmente es. Es

esencia. Sus deseos, sus gustos, lo que quiere y lo que no quiere expresan su ser tal cual es.

"Pero tan pronto interviene aquello que llamamos «educación», la personalidad comienza a crecer. La personalidad se forma en parte bajo la acción de influencias intencionales, es decir, de la educación, y en parte por el hecho de la involuntaria imitación de los adultos por el niño mismo. En la formación de la personalidad, también desempeña un gran papel la «resistencia» del niño a los que le rodean y sus esfuerzos por disimular ante ellos lo que le «pertenece», lo que es «real».

"La esencia es la verdad en el hombre; la personalidad es la mentira. Pero a medida que aumenta la personalidad, la esencia se va manifestando más y más raramente, más y más débilmente; aun muchas veces la esencia se detiene en su crecimiento a una edad muy temprana y no puede crecer más. Muy a menudo ocurre que el desarrollo de la esencia de un adulto, aun de un hombre muy intelectual o en el sentido corriente de la palabra, muy culto, se ha detenido al nivel de desarrollo de un niño de cinco a seis años. Esto significa que nada de lo que vemos en este hombre *le pertenece* en realidad: lo que le pertenece, lo que le es propio, es decir su esencia, se manifiesta habitualmente sólo en sus instintos y en sus emociones más simples. Sin embargo, en ciertos casos la esencia puede crecer paralelamente a la personalidad. Tales casos representan muy raras excepciones, especialmente en las condiciones de vida de los hombres «cultos». La esencia tiene más oportunidades para desarrollarse en los hombres que viven en estrecho contacto con la naturaleza, en condiciones difíciles en las cuales es necesario constantemente combatir y superar los peligros.

"Más como regla general la personalidad de tales hombres está muy poco desarrollada. Tienen más de «lo que realmente les pertenece» pero están casi desprovistos de «lo que no les pertenece»; en otros términos les falta educación e instrucción, les falta cultura. La cultura crea la personalidad; al mismo tiempo es también producto y el resultado de esta última. No nos damos cuenta de que toda nuestra vida, todo lo que llamamos civilización, ciencia, filosofía, arte, política, son creaciones de la personalidad, es decir, de todo lo que en el hombre «no le pertenece».

"En el hombre, el elemento que «no le pertenece» difiere mucho de lo que «le es propio» por el hecho de que puede ser perdido, alterado o quitado por medios artificiales.

"Es posible obtener una confirmación experimental de esta relación de la personalidad a la esencia. En las escuelas del Oriente, se conocen medios y métodos mediante los cuales se pueden separar la esencia y la personalidad de un hombre. Con este fin, se sirven a veces del hipnotismo o de narcóticos especiales, otras veces de ciertas clases de ejercicios. Si por uno u otro de estos medios se separan la personalidad y la esencia de un hombre por un cierto tiempo, se ven dos seres

completamente formados, coexistentes de alguna manera en él, que hablan distintas lenguas, que tienen gustos, intereses y metas totalmente diferentes, y a menudo se descubre que uno de los dos se ha quedado en el nivel de un niño muy pequeño. Si el experimento se prolonga, es posible dormir uno de estos dos seres; o bien el experimento puede comenzar con esto, es decir, poniendo a dormir ya sea la personalidad, ya sea la esencia. Ciertos narcóticos tienen la propiedad de dormir a la personalidad sin afectar la esencia. Después de haberle hecho tomar a un hombre el narcótico, se puede ver desaparecer su personalidad por un cierto tiempo, quedándole sólo su esencia. Ocurre que un hombre lleno de ideas variadas y exaltadas, lleno de simpatías y antipatías, de amor, de odio, de apegos, de patriotismo, de hábitos, de gustos, de deseos, de convicciones, de repente se revela completamente vacío, desprovisto de todos sus pensamientos, sentimientos, convicciones y de todo punto de vista personal sobre las cosas. Todo aquello que lo había agitado anteriormente ahora lo deja completamente indiferente. A veces, puede así percibir el carácter artificial e imaginario de sus estados de ánimo habituales y de sus frases pomposas; y aun sucede que puede olvidarlas completamente como si esto no hubiera existido nunca. Tales cosas, por las cuales estaba dispuesto a sacrificar su vida, ahora le parecen ridículas, o insensatas, o indignas de su atención. Todo lo que puede encontrar en sí mismo es un pequeño número de inclinaciones instintivas y de gustos. Le gustan los caramelos, el calor, no le gusta el frío, no quiere trabajar más, o por el contrario, le gusta hacer ejercicio. Esto es todo.

"En ciertos casos muy raros, y a veces cuando menos se espera, la esencia se revela plenamente adulta, plenamente desarrollada, aun cuando la personalidad no lo esté y en tales circunstancias, la esencia engloba todo lo que es firme y real en un hombre.

"Pero esto sucede muy rara vez. Por regla general, la esencia del hombre es o bien primitiva, salvaje e infantil, o simplemente estúpida. El desarrollo de la esencia es fruto del trabajo sobre sí.

"Un momento muy importante en el trabajo sobre sí es aquel en que un hombre comienza a distinguir entre su personalidad y su esencia. El verdadero «Yo» de un hombre, su individualidad, no puede crecer sino a partir de su esencia. Se puede decir que la individualidad de un hombre es su esencia ya adulta, madura. Pero para permitir que crezca la esencia, es indispensable ante todo atenuar la constante presión que la personalidad ejerce sobre ella, porque en la personalidad están contenidos los obstáculos al crecimiento de la esencia.

"Si consideramos al hombre culto promedio, veremos que en la inmensa mayoría de los casos, en tal hombre su personalidad es el elemento activo, mientras su esencia es el elemento pasivo. El crecimiento interior de un hombre no puede comenzar mientras este orden de cosas no cambie. La personalidad debe volverse pasiva y la

esencia, activa. Esto no puede producirse hasta que se quiten o se debiliten los «topes», puesto que los «topes», en su conjunto, constituyen el arma principal de la que se sirve la personalidad para mantener sujeta a la esencia.

"Como ya hemos dicho, la esencia de los hombres poco cultos, es en general mucho más desarrollada que la de los hombres cultos. Parece entonces que ellos deberían estar más cerca de la posibilidad de un desarrollo, pero en realidad no es así, porque su personalidad se demuestra insuficientemente desarrollada. Para crecer interiormente y, desde luego, para trabajar sobre sí, un cierto grado de desarrollo de la personalidad es tan indispensable como una cierta fuerza de la esencia. La personalidad está constituida por los «rollos»,<sup>[7]</sup> y por los «topes» que resultan de cierto trabajo de los centros. Una personalidad insuficientemente desarrollada significa una falla en los rollos, es decir, una falta de saber, una falta de informaciones, una falta del material en que se basa el trabajo sobre sí. Sin cierta suma de conocimientos, sin cierta cantidad de los elementos que «no le pertenecen», un hombre no puede comenzar el trabajo sobre sí, no puede aun comenzar a estudiarse y a combatir sus hábitos mecánicos, simplemente porque para él no hay razón o motivo para emprender tal trabajo.

"Esto no quiere decir que todos los caminos le estén cerrados. El camino del faquir y el camino del monje, que no exigen ningún desarrollo intelectual, le quedan abiertos. Pero los medios o los métodos que pueden ser utilizados por un hombre cuyo intelecto ha sido desarrollado, le son inutilizables. De este modo, la evolución es tan difícil para un hombre sin cultura como para un hombre culto. Un hombre culto vive apartado de la naturaleza, lejos de las condiciones naturales de la existencia, dentro de condiciones artificiales de vida, que desarrollan su personalidad a expensas de su esencia. Un hombre menos culto, que viva en condiciones más normales y naturales, desarrolla su esencia a expensas de su personalidad. Para que un trabajo sobre sí pueda ser emprendido con éxito, se necesita la conjunción feliz de una personalidad y de una esencia igualmente desarrolladas. Tal conjunción dará las más grandes oportunidades de éxito. Cuando la esencia está muy poco desarrollada, es indispensable un largo periodo de trabajo preparatorio, pero todo este trabajo quedará completamente estéril, si la esencia está interiormente podrida o si ha contraído algunos defectos irremediables. Casos de este tipo se encuentran muy a menudo. Un desarrollo anormal de la personalidad detiene frecuentemente el desarrollo de la esencia en un nivel tan bajo que aquella deviene una pobre y pequeña cosa informe. De una pobre y pequeña cosa informe, nada se puede esperar. "Además, sucede a menudo que la esencia de un hombre muere mientras que su personalidad y su cuerpo permanecen vivos. Casi todas las personas que vemos en las calles de una gran ciudad son así, interiormente vacías; en realidad, están ya *muertas*.

"Es una suerte para nosotros que no lo veamos y que no sepamos nada de ello. Si



supiésemos cuántos hombres están ya muertos y cuan numerosos son los cadáveres que gobiernan nuestras vidas, el espectáculo de este horror nos haría perder la razón. De hecho, muchos hombres se han vuelto locos porque han entrevisto esta realidad sin una preparación suficiente; han visto lo que no estaban facultados para ver. Para estar en condiciones de afrontar esta visión impunemente, hay que estar en el camino. Si un hombre que no puede hacer nada viera la verdad, seguramente se volvería loco. Pero esto sucede rara vez. En el curso ordinario de las cosas, todo está ordenado en forma tal que nadie puede ver nada prematuramente. La personalidad no ve sino lo que quiere ver, y lo que no es contrario a su experiencia. No ve jamás lo que no le gusta —lo cual es a la vez una ventaja y una desventaja. Es una ventaja para el hombre que quiere dormir, y es un obstáculo para el que quiere despertar.

—Si la esencia está sometida a la influencia del destino, preguntó uno de nosotros, ¿significa esto que, comparado al accidente, el destino es siempre favorable al hombre? Yo quisiera saber si un hombre puede ser conducido al trabajo por su destino.

—No, respondió G., no se trata en absoluto de esto. El destino es preferible al accidente sólo en el sentido de que es posible tomarlo en consideración; el destino puede ser conocido de antemano, y entonces es posible prepararnos para lo que nos espera. Por el contrario, en lo que se refiere al accidente no se puede saber nada. Pero el destino puede ser no menos desagradable o no menos difícil. En este caso, a pesar de todo, hay medios que permiten al hombre liberarse de su destino.

"El primer paso en esta dirección consiste en sustraerse a las leyes generales. El accidente general o colectivo se produce exactamente como el accidente individual. Y así como hay un destino individual, hay también un destino general o colectivo. El accidente colectivo y el destino colectivo están gobernados por las *leyes generales*. Un hombre deseoso de crearse una individualidad propia debe entonces liberarse de las *leyes generales*. Las leyes generales no son todas ellas obligatorias para el hombre; el puede liberarse de un gran número de éstas, si llega a liberarse de «topes» y de la imaginación. Todo esto se conecta a este problema fundamental: ¿Cómo liberarse de la personalidad? La personalidad encuentra su alimento en la imaginación y la mentira. Cuando la mentira en la cual vive el hombre haya disminuido, y la imaginación se haya debilitado, la personalidad misma no tardará en declinar y el hombre podrá pasar entonces a estar bajo el control ya sea de su destino, o de una *línea de trabajo* que a su vez está dirigida por la voluntad de otro hombre; de esta manera, un hombre puede ser conducido hasta el punto en que una voluntad podría ser formada en él, una voluntad capaz de hacer frente a la vez al accidente, y si es necesario, *al destino*."

Estas conversaciones se prolongaron varios meses. Evidentemente, no se trata de poder reconstruirlas en su orden exacto, porque G. tocaba muy a menudo una

veintena de temas diferentes en una misma noche. Muchas cosas fueron repetidas en respuesta a las preguntas hechas; finalmente muchas ideas estaban tan estrechamente ligadas que sólo artificialmente se podría separarlas.

En ese entonces, ciertas personas de un tipo bien definido ya habían tomado una actitud negativa con respecto a nuestro trabajo. Después de habernos reprochado nuestra falta de "amor", muchos de ellos se indignaron cuando hubo un pedido de dinero, de pago. A este respecto, era muy característico que los más rebeldes no eran aquellos que tenían dificultad en pagar, sino los que tenían fortuna y para quienes la suma pedida era una simple bagatela.

Aquellos que no podían pagar, o que no podían pagar sino muy poco, siempre comprendían que no se podía obtener algo por nada, y que el trabajo de G., sus viajes a San Petersburgo y el tiempo que él y los otros daban al trabajo, costaban dinero. Sólo aquellos que tenían dinero no lo comprendían, y no querían comprenderlo.

—¿Querría decir esto, por acaso, que el Reino de los Cielos podría ser comprado? preguntaban. Pero nunca se ha pedido dinero para tales cosas. El Cristo decía a sus discípulos: «No llevéis bolsa ni alforja» —¡y ustedes piden mil rublos! A este paso se pueden hacer excelentes negocios. Supongamos que haya un centenar de alumnos. Esto daría un ingreso de cien mil rublos. ¿Y si hubiera doscientos, trescientos alumnos? ¡Trescientos mil rublos por año, qué magnífica renta!"

G. sonreía siempre cuando yo le contaba estos comentarios. —«¡No llevéis bolsa ni alforja!» Pero ¿no hay que tomar de todos modos un boleto de ferrocarril y pagar el hotel? ¡Vean su mentira y su hipocresía! No, aun si nouviésemos ninguna necesidad de dinero, sería todavía necesario mantener esta exigencia. Desde el comienzo esto nos desembarazaría de una cantidad de gente inútil. No hay nada que muestre mejor a la gente que su actitud hacia el dinero. Están listos a despilfarrar tanto y más para sus fantasías personales, pero no tienen ninguna apreciación del trabajo de otro. ¿Quizás yo debo trabajar para ellos y, gratuitamente, darles todo lo que se dignen tomar de mí? «¿Cómo puede comerciarse con el conocimiento? ¡Debe ser regalado!» dicen ellos. Es precisamente por esta razón por lo que es necesario hacerles pagar. Hay quienes jamás pasarán esta barrera. Pero si la pasan, esto significa que nunca pasarán las otras; y éstas no son las únicas razones. Más tarde usted lo verá."

Estas otras razones eran muy sencillas. Eran numerosos los que de hecho no podían pagar. Y aunque G. siempre había mantenido el principio muy estrictamente, en realidad nunca rechazaba a un alumno porque éste no tuviera dinero. Y se descubrió más tarde que él mismo sostenía a un gran número de sus alumnos. Aquellos que pagaban mil rublos pagaban no solamente por ellos mismos, sino por los otros.

## Capítulo nueve

*El "rayo de creación" bajo forma de tres octavas de radiaciones. Materias y fuerzas en los diferentes planos del universo, y su relación con nuestra vida. Los intervalos en las octavas cósmicas y los choques que los llenan. "Punto del universo". Densidad de vibraciones. Tres fuerzas y cuatro materias. "Carbono", "Oxígeno", "Nitrógeno", "Hidrógeno". Doce tríadas. La "Tabla de Hidrógenos". La materia a la luz de sus propiedades químicas, físicas, psíquicas y cósmicas. Inteligencia de la materia. "Átomo". Cada función, cada estado del hombre depende de la energía. Las sustancias en el hombre. El hombre tiene suficiente energía para comenzar el trabajo sobre sí mismo, con la condición de que la ahorre. Desperdicio de la energía. "Aprended a separar lo sutil de lo grosero". Producción de hidrógenos sutiles. Cambios del ser. Crecimiento de cuerpos interiores. El organismo como fábrica de tres pisos. Tres clases de nutrición. Entrada del alimento, del aire y de las impresiones en el organismo. La transformación de sustancias está dirigida por la ley de octava. La octava del alimento y la octava del aire. Extracción de "hidrógenos superiores". La octava de las impresiones no se desarrolla. Posibilidad de crear un choque artificial en el momento en que se recibe una impresión. El esfuerzo consciente. El "recuerdo de sí". El desarrollo que resulta de la octava de las impresiones y de la octava del aire. El segundo choque consciente. Esfuerzo relacionado con las emociones. Preparación para este esfuerzo. Analogía del organismo humano con el universo. Tres etapas de evolución de la máquina humana. Transmutación de las emociones. Alquimia. Los centros trabajan con hidrógenos diferentes. Dos centros superiores. Trabajo equivocado de los centros inferiores. Materialidad de todos los procesos interiores.*

En una de nuestras reuniones, G. dibujó el diagrama del Universo en forma enteramente nueva.

—Hasta ahora, dijo, hemos hablado de las fuerzas que crean los mundos, del proceso de creación tal como éste se desarrolla a partir del Absoluto. Hablaremos ahora de los procesos que se efectúan en el mundo ya creado y existente. No lo olviden: el proceso de creación nunca se detiene; sin embargo, en la escala planetaria, se desarrolla tan lentamente que si lo medimos según nuestro cálculo del tiempo, podemos considerar las condiciones planetarias como si fueran permanentes para nosotros.

"Consideremos, entonces, el «rayo de creación» una vez creado el Universo.

"La acción del Absoluto sobre el mundo, sobre los mundos creados por él o

dentro de él, continúa. Asimismo, continúa la acción de cada uno de estos mundos sobre los mundos siguientes. Todos los soles de la Vía Láctea influyen sobre nuestro sol. El sol influye sobre los planetas. Todos los planetas influyen sobre nuestra tierra y la tierra sobre la luna. Estas influencias son transmitidas por medio de radiaciones a través de los espacios estelares e interplanetarios.

"Con el fin de estudiar estas radiaciones, tomemos el rayo de creación en forma abreviada: Absoluto-Sol-Tierra-Luna, o más precisamente, imaginemos el rayo de creación bajo la forma de *tres octavas de radiaciones*: la primera octava entre el Absoluto y el Sol, la segunda octava entre el Sol y la Tierra, la tercera octava entre la Tierra y la Luna; y examinemos el pasaje de las radiaciones entre estos cuatro puntos fundamentales del Universo.

"Tenemos que encontrar nuestro lugar y comprender nuestra función en este Universo, tomado bajo la forma de tres octavas de radiaciones entre cuatro puntos.

"En la primera octava, el Absoluto incluye dos notas, *do* y *si*, separadas por un «intervalo».



FIG. 20

"Siguen las notas *la*, *sol*, *fa*, es decir:

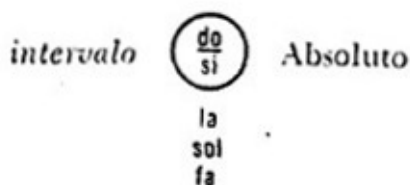


FIG. 21

"Luego un «intervalo» y el «choque» que lo llena —desconocido para nosotros, pero cuya existencia, sin embargo, es inevitable—, luego *mi*, *re*.

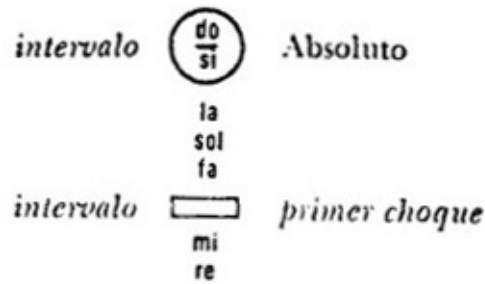


FIG. 22

"Las radiaciones alcanzan al sol. En el sol mismo están incluidas dos notas, *do*, un intervalo, y *si*; luego siguen *la*, *sol*, *fa*; yendo las radiaciones hacia la tierra.

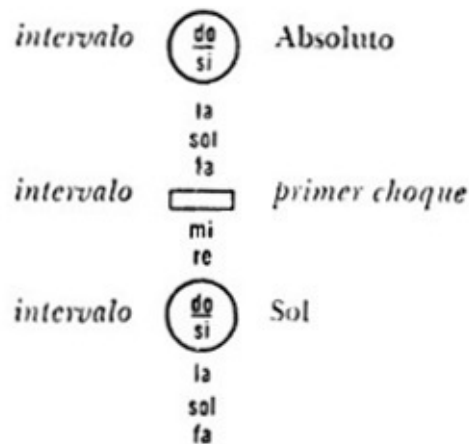


FIG. 23

"Luego un «intervalo.» y el «choque» de la vida orgánica que lo llena: luego *mi* y *re*. La tierra: *do*, un «intervalo», *si*, y luego *la*, *sol*, *fa* —yendo las radiaciones hacia la luna; luego nuevamente un «intervalo», un «choque» desconocido para nosotros, luego *mi*, *re* y la luna, *do*.

"Estas tres octavas de radiaciones, forma bajo la cual nos representaremos ahora el Universo, nos permitirán explicar la relación que tienen con nuestra propia vida las materias y las fuerzas de distintos planos del mundo.

"Tengamos en cuenta que aunque hay seis «intervalos» en estas tres octavas, de hecho sólo tres de ellos necesitan ser llenados desde afuera. El primer «intervalo» *do-si* lo llena la voluntad del Absoluto. El segundo «intervalo» *do-si* lo llena la influencia de la masa del sol sobre las radiaciones que la atraviesan. El tercer «intervalo» *do-si* lo llena la acción de la masa terrestre sobre las radiaciones que la atraviesan. Sólo los «intervalos» entre *fa* y *mi* tienen que ser llenados por «choques adicionales». Estos «choques adicionales» pueden venir ya sea de otras octavas que

atraviesan el punto dado, o de octavas paralelas que salen de puntos superiores. Nada sabemos acerca de la naturaleza del «choque» entre *mi* y *fa* en la primera octava Absoluto-Sol. Pero en la octava Sol-Tierra el «choque» entre *mi* y *fa* es la *vida orgánica sobre la Tierra*, es decir, las tres notas, *la*, *sol*, *fa*, de la octava que comienza en el Sol. La naturaleza del «choque» entre *mi* y *fa* en la octava Tierra-Luna también nos es desconocida.

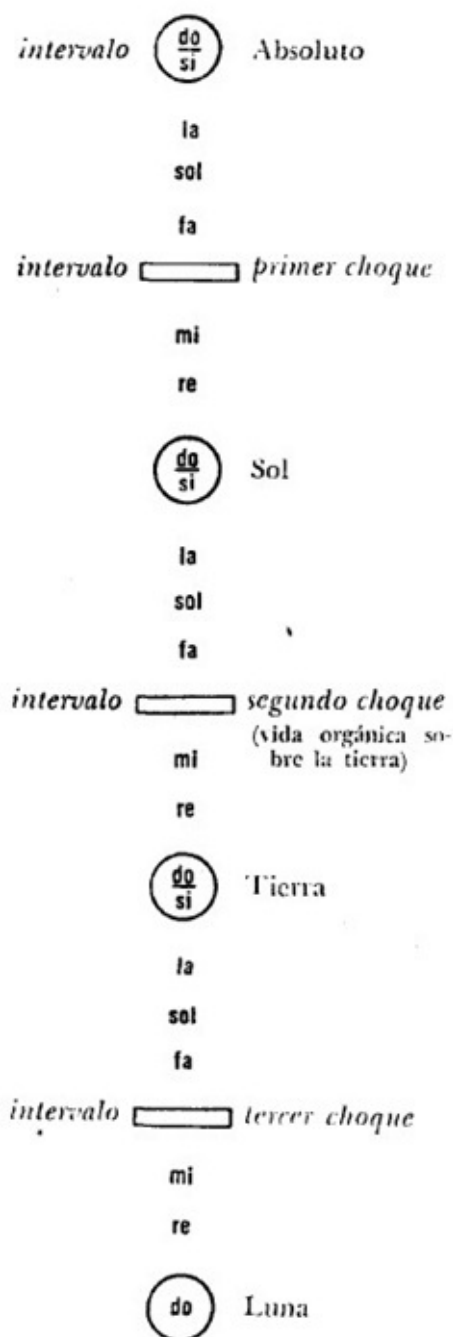


Fig.24

"Hay que tomar en cuenta que el término «un punto en el universo» que he usado, tiene un significado completamente preciso; un «punto» representa una cierta combinación de hidrógenos que opera en un lugar preciso y cumple una función

igualmente precisa en tal o cual sistema. El concepto «punto» no puede ser reemplazado por el concepto «hidrógeno», porque el término «hidrógeno» significa simplemente: materia no limitada en el espacio. Un punto siempre está limitado en el espacio. Al mismo tiempo, un «punto del universo» puede designarse por el *número* del «hidrógeno» que predomina en él o que ocupa su centro.

"Si examinamos ahora la primera de estas tres octavas de radiaciones, es decir, la octava Absoluto-Sol, desde el punto de vista de la Ley de Tres, veremos que la nota *do* será la conductora de la fuerza activa designada por el número 1, mientras que la materia en la cual esta fuerza actúa será «carbono» (C). La fuerza «activa» que crea la nota *do* en el Absoluto representa la máxima frecuencia de vibraciones o la más grande densidad de vibraciones.

"La expresión «densidad de vibraciones» corresponde a «frecuencia de vibraciones» y su sentido es opuesto al de «densidad de materia», es decir, que cuanto más densa es la materia, tanto menos densas son las vibraciones y viceversa. De manera general, cuanto más sube la «densidad de vibraciones», tanto más baja la «densidad de materia». La máxima «densidad de vibraciones» se encuentra en la materia más sutil, más enrarecida. Y en la materia más densa concebible, las vibraciones se retardan y llegan casi a un punto muerto. Por consiguiente, la materia más sutil corresponde a la máxima «densidad de vibraciones».

"La fuerza activa en el Absoluto representa la máxima «densidad de vibraciones», mientras que la materia en la cual se efectúan estas vibraciones, es decir, el primer «carbono», representa la mínima «densidad de materia».

"La nota *si* en el Absoluto será la conductora de la fuerza pasiva, designada con el número 2. Y la materia en la cual esta fuerza pasiva actúa, o en la cual resuena la nota *si*, será «oxígeno» (O).

"La nota *la* será la conductora de la fuerza neutralizante, designada por el número 3, y la materia en la cual resuena la nota *la*, será «nitrógeno» (N).

"Según el orden de su acción, estas fuerzas se mantendrán en el orden de sucesión 1, 2, 3, es decir que corresponderán a las materias «carbono», «oxígeno» y «nitrógeno». Pero, según la densidad de su materia, quedarán en el orden: «carbono», «nitrógeno», «oxígeno», es decir, 1, 3, 2, porque el «nitrógeno», aunque conserve el número 3, por ser el conductor de la fuerza neutralizante, permanece por su densidad de materia entre el «carbono» y el «oxígeno», apareciendo este último como el más denso de los tres.

"El «carbono», el «oxígeno» y el «nitrógeno» tomados en conjunto producirán una materia del cuarto orden, o «hidrógeno» (H), cuya densidad designaremos por el número 6 (como la suma de 1, 2 y 3) o sea H 6.

Primera triada:					
<i>do</i>	(C)	1	1	1	} H 6
<i>si</i>	(O)	2	3	2	
<i>la</i>	(N)	3	2	3	

"C, O y N retienen sus números 1, 2, 3. El carbono es siempre 1, el oxígeno siempre 2, y el nitrógeno siempre 3.

"Pero siendo más activo que el oxígeno, el nitrógeno entra en la próxima triada como principio activo, y entra allí con la densidad 2. En otras palabras, el nitrógeno tiene ahora una densidad 2 y el oxígeno una densidad 3.

"De manera que la nota *la* de la primera triada es la conductora de la fuerza activa en la próxima triada, en la cual entra con la densidad 2. Si el nuevo carbono entra con la densidad 2, el oxígeno y el nitrógeno deben corresponder con él en sus densidades, reproduciendo la proporción de densidades de la primera triada. En la primera triada la relación de densidades era 1, 2, 3; en la segunda triada será 2, 4, 6, es decir, el carbono de la segunda triada tendrá la densidad 2, el nitrógeno una densidad 4, el oxígeno una densidad 6. Tomados en conjunto, darán el hidrógeno 12 (H 12):

Segunda triada:					
<i>la</i>	(C)	2	2	2	} H 12
<i>sol</i>	(O)	4	6	4	
<i>fa</i>	(N)	6	4	6	

"De acuerdo con el mismo esquema, la siguiente triada será constituida: *fa*, «choque», *mi*. El nitrógeno de la segunda triada entrará en la tercera como carbono con la densidad 4. El nitrógeno y el oxígeno que le corresponden deberán tener las densidades 8 y 12; juntos darán el hidrógeno 24 (H 24).

Tercera triada:					
<i>fa</i>	(C)	4	4	4	} H 24
<i>re</i>	(O)	8	12	8	
<i>mi</i>	(N)	12	8	12	

"La siguiente triada *mi*, *re*, *do*, según el mismo esquema, dará hidrógeno 48 (H 48).



Cuarta tríada:					
<i>mi</i>	(C)	8	8	8	} H 48
<i>re</i>	(O)	16	24	16	
<i>do</i>	(N)	24	16	24	

"La tríada *do, si, la* dará el hidrógeno 96 (H 96).

Quinta tríada:					
<i>do</i>	(C)	16	16	16	} H 96
<i>si</i>	(O)	32	48	32	
<i>la</i>	(N)	48	32	48	

"La tríada *la, sol, fa* - el hidrógeno 192 (H 192).

Sexta tríada:					
<i>la</i>	(C)	32	32	32	} H 192
<i>sol</i>	(O)	64	96	64	
<i>fa</i>	(N)	96	64	96	

"*Fa, «choque», mi* — hidrógeno 384 (H 384).

Séptima tríada:					
<i>fa</i>	(C)	64	64	64	} H 384
—	(O)	128	192	128	
<i>mi</i>	(N)	192	128	192	

"*Mi, re, do* — hidrógeno 768 (H 768)

Octava tríada:					
<i>mi</i>	(C)	128	128	128	} H 768
<i>re</i>	(O)	256	384	256	
<i>do</i>	(N)	384	256	384	

"*Do, si, la* — hidrógeno 1.536 (H 1.536).

Novena tríada:					
<i>do</i>	(C)	256	256	256	} H 1.536
<i>si</i>	(O)	512	768	512	
<i>la</i>	(N)	768	512	768	

"*La, sol, fa* — hidrógeno 3.072 (H 3.072).

Décima tríada:					
<i>la</i>	(C)	512	512	512	} H 3.072
<i>sol</i>	(O)	1.024	1.536	1.024	
<i>fa</i>	(N)	1.536	1.024	1.536	

"*Fa, «choque», mi* — hidrógeno 6.144 (H 6.144).

Undécima tríada:					
<i>fa</i>	(C)	1.024	1.024	1.024	} H 6.144
-	(O)	2.048	3.072	2.048	
<i>mi</i>	(N)	3.072	2.048	3.072	

"*Mi, re, do* — hidrógeno 12.288 (H 12.288).

Duodécima tríada:					
<i>mi</i>	(C)	2.048	2.048	2.048	} H 12.288
<i>re</i>	(O)	4.096	6.144	4.096	
<i>do</i>	(N)	6.144	4.096	6.144	

"Así se obtienen doce «hidrógenos» con densidades escalonadas de 6 a 12.288.

<i>do</i>	C	1	1	1	} H 6	<i>do</i>	} H 6
<i>si</i>	O	2	3	2		<i>si</i>	
<i>la</i>	N	3	2	3		<i>la</i>	
<i>sol</i>					} H 12	<i>sol</i>	} H 12
<i>fa</i>	C	4	4	4		<i>fa</i>	
-	O	8	12	8		-	
<i>mi</i>	N	12	8	12	} H 24	<i>mi</i>	} H 24
<i>re</i>						<i>re</i>	
<i>do</i>	C	16	16	16		<i>do</i>	
<i>si</i>	O	32	48	32	} H 48	<i>si</i>	} H 48
<i>la</i>	N	48	32	48		<i>la</i>	
<i>sol</i>						<i>sol</i>	
<i>fa</i>	C	64	64	64	} H 96	<i>fa</i>	} H 96
-	O	128	192	128		-	
<i>mi</i>	N	192	128	192		<i>mi</i>	
<i>re</i>					} H 192	<i>re</i>	} H 192
<i>do</i>	C	256	256	256		<i>do</i>	
<i>si</i>	O	512	768	512		<i>si</i>	
<i>la</i>	N	768	512	768	} H 384	<i>la</i>	} H 384
<i>sol</i>						<i>sol</i>	
<i>fa</i>	C	1.024	1.024	1.024		<i>fa</i>	
-	O	2.048	3.072	2.048	} H 768	-	} H 768
<i>mi</i>	N	3.072	2.048	3.072		<i>mi</i>	
<i>re</i>						<i>re</i>	
<i>do</i>	C	256	256	256	} H 1.536	<i>do</i>	} H 1.536
<i>si</i>	O	512	768	512		<i>si</i>	
<i>la</i>	N	768	512	768		<i>la</i>	
<i>sol</i>					} H 3.072	<i>sol</i>	} H 3.072
<i>fa</i>	C	1.024	1.024	1.024		<i>fa</i>	
-	O	2.048	3.072	2.048		-	
<i>mi</i>	N	3.072	2.048	3.072	} H 6.144	<i>mi</i>	} H 6.144
<i>re</i>						<i>re</i>	
<i>do</i>	C	2.048	2.048	2.048		<i>do</i>	
	O	4.096	6.144	4.096	} H 12.288		} H 12.288
	N	6.144	4.096	6.144			

TABLA 1

"Estos doce hidrógenos representan doce categorías de materias, que se escalonan en el universo desde el Absoluto hasta la Luna, y si fuera posible establecer con exactitud cuál de estos hidrógenos constituye el organismo humano y actúa en él, tan sólo esto determinaría el lugar que ocupa el hombre en el mundo.

"Pero en el lugar donde estamos situados, dentro de los límites de nuestro poderes y capacidades ordinarias, el hidrógeno 6 es irreducible; por lo tanto podemos tomarlo

como hidrógeno 1; el siguiente hidrógeno 12 puede ser considerado como hidrógeno 6. Si dividimos entre 2 todos los hidrógenos que siguen, obtenemos una escala que va desde el hidrógeno 1 hasta el hidrógeno 6.144 (ver tabla 2).

<i>do</i>	}	H 6	H 1
<i>si</i>			
<i>la</i>	}	H 12	H 6
<i>sol</i>			
<i>fa</i>			
—	}	H 24	H 12
<i>mi</i>			
<i>re</i>			
<i>do</i>	}	H 48	H 24
<i>si</i>			
<i>la</i>	}	H 96	H 48
<i>sol</i>			
<i>fa</i>			
—	}	H 192	H 96
<i>mi</i>			
<i>re</i>			
<i>do</i>	}	H 384	H 192
<i>si</i>			
<i>la</i>	}	H 768	H 384
<i>sol</i>			
<i>fa</i>			
—	}	H 1.536	H 768
<i>mi</i>			
<i>re</i>			
<i>do</i>	}	H 3.072	H 1.536
<i>si</i>			
<i>la</i>	}	H 6.144	H 3.072
<i>sol</i>			
<i>fa</i>			
—	}	H 12.288	H 6.144
<i>mi</i>			
<i>re</i>			
<i>do</i>			

TABLA 2

"Sin embargo, el hidrógeno 6 es todavía irreducible para nosotros. Por lo tanto, podemos tomarlo a su vez como hidrógeno 1, tomar el siguiente hidrógeno como hidrógeno 6 y nuevamente dividir entre 2 todos los siguientes.

"Los grados obtenidos en esta forma, desde 1 hasta 3.072, pueden servirnos para el estudio del hombre (ver tabla 3).

do	}	H 6	H 1	
si				
la	}	H 12	H 6	H 1
sol				
fa	}	H 24	H 12	H 6
-				
mi	}	H 48	H 24	H 12
re				
do	}	H 96	H 48	H 24
si				
la	}	H 192	H 96	H 48
sol				
fa	}	H 384	H 192	H 96
-				
mi	}	H 768	H 384	H 192
re				
do	}	H 1.536	H 768	H 384
si				
la	}	H 3.072	H 1.536	H 768
sol				
fa	}	H 6.144	H 3.072	H 1.536
-				
mi	}	H 12.288	H 6.144	H 3.072
re				
do				

TABLA 3

"Todas las materias, desde el hidrógeno 6 hasta el hidrógeno 3.072, se encuentran en el organismo humano; y allí todos desempeñan su papel. Cada uno de estos hidrógenos agrupa un gran número de sustancias químicas conocidas por nosotros, ligadas unas a otras por alguna función relativa a nuestro organismo. En otras palabras, no debe olvidarse que el término hidrógeno tiene un sentido muy amplio. Cada elemento simple es un hidrógeno de una cierta densidad; además cualquier combinación de elementos que posee una función determinada, ya sea en el universo o en el organismo humano, es también un hidrógeno.

"Tal definición de materias nos permite clasificarlas en el orden de su relación con la vida y con las funciones de nuestro organismo.

"Comencemos con hidrógeno 768. Se define como *alimento*; en otras palabras, hidrógeno 768 comprende todas las sustancias que pueden servir de alimento al hombre. Las sustancias que no pueden servirle de alimento, por ejemplo un trozo de madera, pertenecen a hidrógeno 1.536; un trozo de hierro a hidrógeno 3.072. Por otro lado, una materia fina pero pobre en propiedades nutritivas, estará más cerca a hidrógeno 384.

"Hidrógeno 384 será definido como agua.

"Hidrógeno 192 es el aire que respiramos.

"Hidrógeno 96 está representado por gases enrarecidos que el hombre no puede

respirar, pero que desempeñan un papel muy importante en su vida; además, ésta es la materia del magnetismo animal, de emanaciones del cuerpo humano, de rayos N, hormonas, vitaminas, etc.; en otras palabras, con hidrógeno 96 termina lo que se llama materia, o más bien, lo que nuestra física y química consideran como materia. Hidrógeno 96 incluye también materias que son casi imperceptibles para nuestra química, o sólo perceptibles por sus rastros o por sus efectos —materias cuya existencia es presumida por algunos teóricos y negada por otros.

"Los hidrógenos 48, 24, 12 y 6 son materias desconocidas para nuestros físicos y químicos contemporáneos. Éstas son las materias de nuestra vida psíquica y espiritual en sus diferentes grados.

"Al estudiar la «tabla de hidrógenos», se debe recordar siempre que cada hidrógeno comprende un inmenso número de sustancias diferentes todas conectadas entre sí por una sola y misma función en nuestro organismo, y que representan un «grupo cósmico» definido.

"Hidrógeno 12 corresponde al hidrógeno de la química (peso atómico 1). El carbono, el nitrógeno y el oxígeno (de la química) tienen pesos atómicos: 12, 14 y 16 respectivamente.

"Además, en la tabla de pesos atómicos es posible indicar los elementos que corresponden a ciertos hidrógenos, es decir, los elementos cuyos pesos atómicos se encuentran entre ellos casi en la relación correcta *de octava*. Así hidrógeno 24 corresponde al Flúor, Fl, peso atómico 19; hidrógeno 48 corresponde al Cloro, Cl, peso atómico 35,5; hidrógeno 96 corresponde al Bromo, Br, peso atómico 80 e hidrógeno 192 corresponde al Iodo, I, peso atómico 127. Los pesos atómicos de estos elementos se encuentran casi en la relación de octava; en otras palabras, el peso atómico de cada uno de ellos es casi el doble del peso atómico del otro. La ligera inexactitud, es decir, el carácter incompleto de la relación de octava, proviene del hecho de que la química ordinaria no toma en consideración todas las propiedades de una sustancia, particularmente sus propiedades «cósmicas». La química de la cual hablamos aquí estudia la materia sobre una base diferente de la química ordinaria, y no solamente toma en cuenta sus propiedades químicas y físicas, sino también sus propiedades psíquicas y cósmicas.

"Esta química o alquimia considera la materia antes que nada desde el punto de vista de sus funciones, las que determinan su sitio en el universo y su relación con las otras materias, y luego desde el punto de vista de su relación al hombre y a las funciones del hombre. Se entiende por «átomo de sustancia», la más pequeña cantidad de una sustancia dada que retiene todas sus propiedades químicas, cósmicas y psíquicas; en efecto, además, de sus propiedades cósmicas, toda sustancia posee también propiedades psíquicas, es decir, un cierto grado de inteligencia. Por lo tanto, el concepto de «átomo» se puede aplicar no sólo a los

elementos, sino también a todas las materias compuestas que tienen funciones precisas en el universo o en la vida del hombre. Puede haber un átomo de agua, un átomo de aire (es decir de aire atmosférico apropiado para la respiración del hombre), un átomo de pan, un átomo de carne, y así sucesivamente. En este caso, un átomo de agua será un décimo de un décimo de un milímetro cúbico de agua tomado a cierta temperatura por un termómetro especial. Esta será una pequeñísima gota de agua que bajo ciertas condiciones puede ser percibida a simple vista.

"Este átomo es la más pequeña cantidad de agua que retiene *todas las propiedades del agua*. Si se prosigue esta división, algunas de estas propiedades desaparecen; en otros términos, ya no tenemos agua sino algo que se aproxima al estado gaseoso del agua, vapor, que químicamente no difiere en ninguna forma del agua en su estado líquido, pero posee funciones diferentes y por lo tanto propiedades cósmicas y psíquicas igualmente diferentes.

"La «tabla de hidrógenos» hace posible el estudio de todas las sustancias que componen el organismo humano desde el punto de vista de su relación con los distintos planos del universo. Además, como cada función del hombre es un resultado de la acción de sustancias definidas, y como cada sustancia está en relación con un plano definido del universo, este hecho nos permite establecer la relación que existe entre las funciones del hombre y los planos del universo."

Debo decir ahora que las "tres octavas de radiación" y la "tabla de hidrógenos" que se deriva de ellas, fueron un tropiezo para nosotros durante mucho tiempo; en cuanto al principio más esencial de la transición de las tríadas y de la estructura de la materia, no lo comprendí sino más tarde, y hablaré de ello en su debida oportunidad.

En mi reconstrucción de la exposición de G., trato en general de observar un orden cronológico, aunque esto no es siempre posible, ya que algunas cosas fueron repetidas muchísimas veces, y en una u otra forma entraron en casi todo lo que decía.

La "tabla de hidrógenos" me produjo una muy fuerte impresión, que más tarde se volvería aún más fuerte. Frente a esta "escalera levantada desde la tierra hasta el cielo", sentí algo muy análogo a las sensaciones del mundo que me llegaron hace varios años durante mis extraños experimentos que he descrito en *Un Nuevo Modelo del Universo*,<sup>[8]</sup> gracias a los cuales había sentido tan fuertemente la interdependencia, la integridad y la "matematicalidad" de todo lo que existe en el mundo. Esta exposición, con diferentes variantes, fue repetida muchas veces, ya sea asociada a una explicación del "rayo de creación", o asociada a una explicación de la "ley de octava". Pero las primeras veces que la oí estaba lejos de reconocerle todo su valor, a pesar de la singular sensación que cada vez me producía. Y sobre todo, no comprendía entonces que estas ideas son mucho más difíciles de asimilar y tienen un contenido mucho más profundo de lo que parece cuando se oye exponerlas por primera vez.

He conservado el siguiente episodio en mi memoria. Se releía una vez más un texto sobre la estructura de la materia considerada en su relación con la mecánica del universo. El lector era P., un joven ingeniero que pertenecía al grupo de los alumnos de G. en Moscú, del cual ya he hablado.

Llegué en medio de la lectura. Al oír palabras conocidas, llegué a la conclusión de que ya había oído este texto; entonces me senté en un rincón del salón y me puse a fumar pensando en otra cosa. G. estaba presente.

—¿Por qué no ha seguido usted la lectura? me preguntó después que hubo terminado.

—Pero ya la he oído, respondí.

G. sacudió la cabeza en signo de desaprobación.

Y con toda franqueza, yo no comprendí lo que él esperaba de mí. ¿Por qué tendría que escuchar otra vez un texto que ya conocía?

No lo comprendí hasta mucho más tarde, cuando el período de las lecturas había pasado, y cuando traté de recapitular mentalmente para mí mismo todo lo que había oído. A menudo al reflexionar sobre un problema, me acordaba muy claramente que había sido tratado en una de estas lecturas. Pero por desgracia no podía recordar nada de lo que se había leído, y habría dado mucho por oír ciertos textos una vez más.

Casi dos años después, en noviembre de 1917, un pequeño grupo de cinco personas se encontraban con G. a orillas del mar Negro, a cuarenta kilómetros al norte de Tuapse, en una pequeña casa de campo separada más de dos kilómetros de la vivienda más cercana. Una noche en que todos estábamos reunidos, hablábamos. Ya era tarde, hacía mal tiempo; soplaban un viento del noreste que venía en ráfagas, ora de lluvia, ora de nieve.

Justamente yo estaba reflexionando sobre la "tabla de hidrógenos" y particularmente sobre cierta incompatibilidad que creía discernir entre el diagrama del cual ya hemos hablado y otro que nos fue enseñado más tarde. Reflexionaba sobre los hidrógenos que se encuentran debajo del nivel normal. Explicaré pronto en detalle de qué se trataba y qué respondió G. más tarde al problema que me atormentaba.

Pero ese día no lo hizo directamente.

—Usted debería saber, me dijo, que ya hemos hablado de eso en las conferencias de San Petersburgo. Sin duda no ha escuchado. ¿Se acuerda de un texto que no quería escuchar, diciendo que ya lo conocía? Este contenía la respuesta precisa a la pregunta que usted plantea ahora."

Después de un corto silencio, añadió:

"Ahora bien, ¿si usted supiera que en este mismo momento alguien estaba leyendo este texto en Tuapse, saldría a pie para oírlo?"

—Sí, iría, dije.

Y de hecho, a pesar de que me representaba muy vívidamente cuán largo, frío y

difícil sería el camino, yo sabía que esto no me detendría.

G. se echó a reír.

—¿Iría usted de veras? me dijo. Piénselo: cuarenta kilómetros, lluvia, oscuridad, nieve, viento...

—¡No tengo que pensarlo! exclamé. Usted sabe que ya he hecho este viaje más de una vez, cuando faltaban caballos o cuando no había lugar para mí en el coche —y sin esperar recompensa, simplemente porque no había otra cosa que hacer. Naturalmente que iría, y sin vacilar, si alguien fuese a releer este texto en Tuapse.

—¡Ah! dijo G., ¡si tan sólo la gente razonara de esta manera! Pero en realidad razona exactamente al revés. Sin la menor necesidad afrontarían todas las dificultades. Pero para algo importante, de lo que podrían sacar un provecho verdadero, no levantan un dedo. Tal es la naturaleza humana. Un hombre nunca quiere pagar, pero sobre todo, no quiere pagar por lo que es verdaderamente esencial. Usted sabe ahora que no se puede obtener algo por nada, que hay que pagar por todo, y pagar en proporción de lo que se recibe. Pero habitualmente un hombre piensa todo lo contrario. Por bagatelas completamente insignificantes, pagará cualquier precio. Pero por algo importante, jamás. Esto debe llegarle por sí solo.

"Y para volver a la lectura que usted no escuchó en San Petersburgo, ésta contenía la respuesta exacta a la pregunta que plantea ahora. Si entonces hubiese puesto atención, hoy comprendería que no hay ninguna contradicción entre los diagramas y que no la puede haber."

Pero volvamos a San Petersburgo.

Ahora que miro atrás, no puedo dejar de asombrarme ante la rapidez con que G. nos transmitía los principios fundamentales de su enseñanza. Naturalmente esto se debía en gran parte a su manera de exponer las cosas, a su capacidad asombrosa para hacer destacar todos los puntos importantes, sin entrar nunca en detalles inútiles, hasta que lo esencial no hubiese sido comprendido.

Después de los "hidrógenos", G. prosiguió así:

—Queremos «hacer», dijo, pero en todo lo que hacemos estamos atados y limitados por la cantidad de energía producida por nuestro organismo. Cada función, cada estado, cada acción, cada pensamiento, cada emoción, requiere una energía, una substancia bien precisa.

"Llegamos a la conclusión de que tenemos que «recordarnos a nosotros mismos». Pero solamente podemos «recordarnos a nosotros mismos» si tenemos en nosotros la energía indispensable para el «recuerdo de sí». No podemos estudiar, comprender ni sentir nada, sin tener la energía que se requiere para esta comprensión, este sentimiento o este estudio.

"¿Qué ha de hacer un hombre entonces, cuando comienza a darse cuenta de que no tiene la suficiente energía para alcanzar las metas que se ha propuesto?"



"La respuesta a esta pregunta es que cada hombre normal tiene bastante energía para comenzar el trabajo sobre sí. Sólo es menester que con miras a un trabajo útil aprenda a economizar la energía de la cual dispone, y que la mayor parte del tiempo disipa por completo.

"La energía se gasta sobre todo en emociones inútiles y desagradables, en la espera ansiosa de cosas desagradables, posibles o imposibles, en malos humores, en prisas inútiles, nerviosismo, irritabilidad, imaginación, ensueño y así sucesivamente. La energía se desperdicia en el trabajo equivocado de los centros; en la tensión inútil de los músculos fuera de toda proporción con el trabajo realizado; en la perpetua habladuría que absorbe una enorme cantidad de energía; en el «interés» que dedicamos sin cesar a las cosas que ocurren a nuestro alrededor o a las personas con las cuales no tenemos nada que hacer y que no merecen ni una mirada; en el constante desperdicio de la fuerza de «atención»; etc., etc....

"Al comenzar a luchar contra todos estos hábitos, un hombre ahorra una enorme cantidad de energía, y con la ayuda de esta energía puede emprender fácilmente el trabajo del estudio de sí y del perfeccionamiento de sí.

"Más adelante, sin embargo, el problema se vuelve más difícil. Un hombre que ha balanceado su máquina hasta cierto punto y comprobado por sí mismo que produce mucho más energía de la que esperaba, llega a la conclusión, no obstante, de que ésta no es suficiente, y que debe aumentar la producción si quiere continuar su trabajo.

"El estudio del funcionamiento del organismo humano muestra que esto es ciertamente posible.

"El organismo humano es comparable a una fábrica de productos químicos donde todo ha sido previsto para un muy alto rendimiento. Pero en las condiciones ordinarias de la vida nunca alcanza su máxima capacidad, porque sólo usa una pequeña parte de su maquinaria y ésta no produce sino lo que es indispensable para su propia existencia. Hacer trabajar una fábrica de esta manera es evidentemente antieconómico en el más alto grado. Por lo tanto, la fábrica con toda su maquinaria, todas sus instalaciones perfeccionadas, de hecho no produce nada, ya que no llega a mantener sino su propia existencia, y aun esto con dificultad.

"El trabajo de la fábrica consiste en transformar una clase de materia en otra, es decir, desde el punto de vista cósmico, las substancias más groseras en substancias más finas. La fábrica recibe del mundo exterior, como materia prima, una cantidad de «hidrógenos» groseros, y su trabajo consiste en transformarlos en «hidrógenos» más finos, por medio de toda una serie de complicados procesos *alquímicos*. Pero en las condiciones ordinarias de la vida, en la fábrica humana es insuficiente la producción de los hidrógenos más finos que nos interesan especialmente desde el punto de vista de la posibilidad de estados superiores de conciencia, y desde el punto de vista del trabajo de los centros superiores; y todos estos hidrógenos más finos se malgastan sin

provecho para mantener la existencia de la fábrica misma. Si pudiéramos aumentar la producción de la fábrica a su más alto nivel de rendimiento posible, podríamos entonces comenzar a ahorrar los hidrógenos finos. Entonces la totalidad del cuerpo, todos los tejidos, todas las células, se saturarían de estos hidrógenos finos que gradualmente se fijarían en ellos, cristalizándose de una cierta manera. Esta cristalización de los hidrógenos finos llevaría poco a poco al organismo entero hasta un nivel más alto. hasta los planos más elevados del ser.

"Pero esto nunca puede suceder en las condiciones ordinarias de la vida, porque la «fábrica» gasta todo lo que produce.

"«Aprended a separar lo sutil de lo grosero» —este principio de la «Tabla de Esmeralda» se refiere al trabajo de la fábrica humana, y si un hombre aprende a «separar lo sutil de lo grosero», es decir, a llevar la producción de hidrógenos finos a su más alto nivel posible, por este mismo hecho creará para sí mismo la posibilidad de un crecimiento interior que no puede ser asegurado por ningún otro medio. El crecimiento interior, el crecimiento de los cuerpos interiores del hombre (el astral, el mental), es un proceso material completamente análogo al del crecimiento del cuerpo físico. Para crecer, un niño debe ser bien alimentado, su organismo debe gozar de condiciones saludables a fin de que, partiendo de este alimento, pueda preparar los materiales necesarios para el crecimiento de los tejidos. Lo mismo es necesario para el «cuerpo astral», el cual requiere para su crecimiento sustancias que el organismo debe producir a partir de las diversas clases de alimentos que penetran en él. Más aún, las sustancias que el cuerpo astral necesita para su crecimiento son idénticas a las que son indispensables para mantener el cuerpo físico, con la única diferencia que se necesitan en cantidades mucho mayores.

"Si el organismo físico comienza a producir una cantidad suficiente de estas sustancias finas, y si luego se constituye el cuerpo astral en él, este organismo astral necesitará para mantenerse una cantidad mucho menor de estas sustancias que las que necesitó durante su crecimiento. El sobrante de estas sustancias podrá entonces emplearse para la formación y el crecimiento del «cuerpo mental», pero por supuesto, este exigirá mucho mayor cantidad de estas sustancias que las requeridas para el crecimiento y la alimentación del cuerpo astral. El exceso de las sustancias no consumidas por el cuerpo mental servirá para el crecimiento del «cuarto cuerpo». Pero este exceso tendrá que ser muy grande. Todas las sustancias finas necesarias para la manutención y la alimentación de los cuerpos superiores deben ser producidas en el organismo físico, y el organismo físico es capaz de producirlas siempre que la fábrica humana trabaje debida y económicamente.

Todas las sustancias necesarias para mantener la vida del organismo, para el trabajo psíquico, para las funciones superiores de la conciencia y el crecimiento de los cuerpos superiores, son producidas por el organismo a partir del alimento que

penetra en el.

"El organismo humano recibe tres clases de alimento:

1. El alimento ordinario que comemos.
2. El aire que respiramos.
3. Nuestras impresiones.

"No es difícil comprender que el aire es una clase de alimento para el organismo. Pero a primera vista puede parecer difícil comprender cómo las impresiones pueden ser un alimento.

"Siempre debemos recordar que con cada impresión exterior, sonora, visual u olfativa, recibimos desde afuera cierta cantidad de energía, cierto número de vibraciones; esta energía que penetra en el organismo desde el exterior es un alimento. Más aún, como ya lo he dicho, la energía no puede ser transmitida sin materia. Si una impresión exterior introduce con ella una energía exterior en el organismo, ello significa que una materia exterior también penetra en el organismo y lo nutre, en el pleno sentido de esta palabra.

"Para una existencia normal, el organismo necesita tres clases de nutrición: alimento físico, aire e impresiones. El organismo no puede existir con la ayuda de uno solo, ni siquiera con la de solo dos, se necesitan los tres. Pero la relación de estos alimentos entre sí y su significado para el organismo no son los mismos.

"El organismo puede existir por un tiempo relativamente largo sin ningún aporte de alimento físico fresco. Se conocen casos de ayuno por más de sesenta días, al fin de los cuales el organismo no había perdido nada de su vitalidad, puesto que pudo recuperar sus fuerzas muy rápidamente tan pronto como empezó a alimentarse. Por supuesto tal abstinencia de alimento no puede considerarse como completa, ya que en estos casos de privación artificial, los sujetos habrían continuado tomando agua. Sin embargo, aun sin agua un hombre puede vivir varios días sin alimentos.

"Sin aire, no puede subsistir más de unos minutos, no más de dos o tres: como regla general la muerte sucede obligatoriamente después de una privación de aire que dura cuatro minutos.

"Sin impresiones, un hombre no puede vivir ni un solo instante. Si de alguna manera se pudiera detener el flujo de las impresiones o privar al organismo de su capacidad de recibirlas, moriría instantáneamente. El flujo de las impresiones que nos vienen del exterior es como una correa de transmisión por la cual se nos comunica el movimiento. El motor principal para nosotros es la naturaleza, el mundo que nos rodea. La naturaleza nos transmite a través de nuestras impresiones la energía por la cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. Si este influjo energético dejase por un instante de llegar a nosotros, nuestra máquina cesaría inmediatamente de trabajar. Por lo tanto, de las tres clases de alimento, la más importante son las

impresiones, aunque es evidente que un hombre no puede existir mucho tiempo solamente de impresiones. Las impresiones y el aire permiten al hombre existir un poco más de tiempo. Las impresiones, el aire y el alimento físico permiten al hombre vivir el término de su tiempo normal de vida y producir las sustancias necesarias no sólo para mantener su vida, sino también para la creación y el crecimiento de los cuerpos superiores.

"El proceso de transformar en sustancias más finas las sustancias que entran en el organismo está gobernado por la ley de octava.

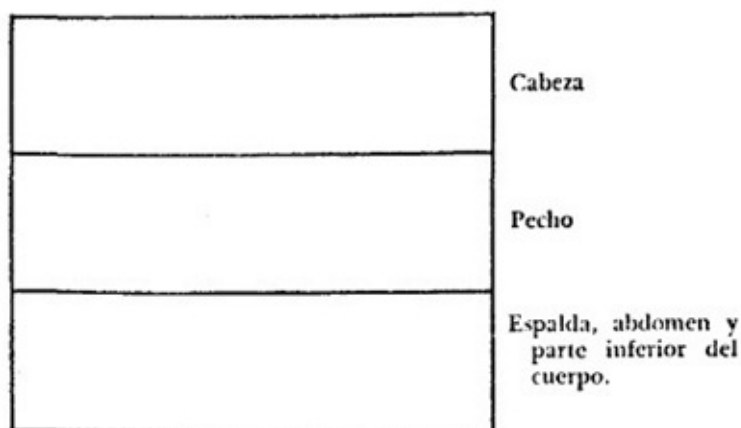
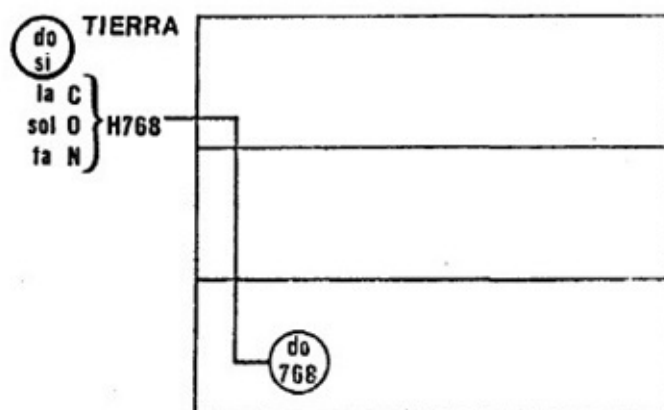


FIG. 25

"Representémos el organismo humano bajo la forma de una fábrica de tres pisos. El piso superior de esta fábrica es la cabeza del hombre; el piso intermedio es el pecho; el piso inferior incluye la espalda, el abdomen y la parte inferior del cuerpo.

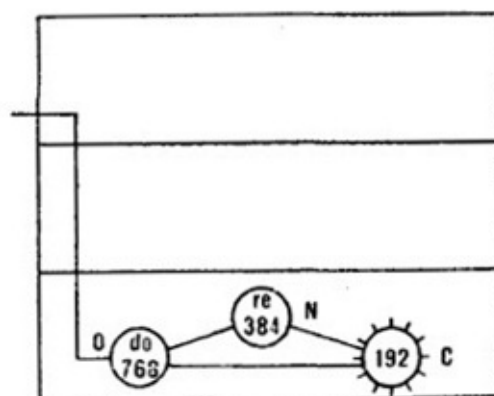
"El alimento físico es H 768, o *la, sol, fa*, en la tercera octava cósmica de radiaciones. Este hidrógeno penetra en el piso inferior del organismo como «oxígeno», *do 768*.



La entrada del alimento H 768 en el organismo.

FIG. 26

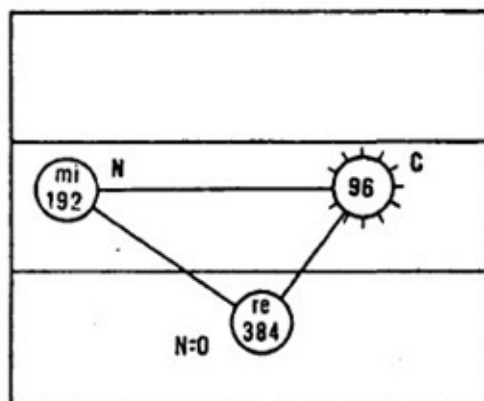
"El oxígeno 768 encuentra el carbono 192, ya presente en el organismo.<sup>[9]</sup> De la unión de O 768 y C 192 resulta el nitrógeno N 384. N 384 es la nota siguiente, re.



El comienzo de la digestión del alimento H 768 en el organismo.

FIG. 27

"Re 384, que se convierte en el oxígeno de la tríada siguiente, encuentra en el organismo el carbono 96, y en conjunto producen un nuevo nitrógeno, N 192, que es la nota *mi* 192.

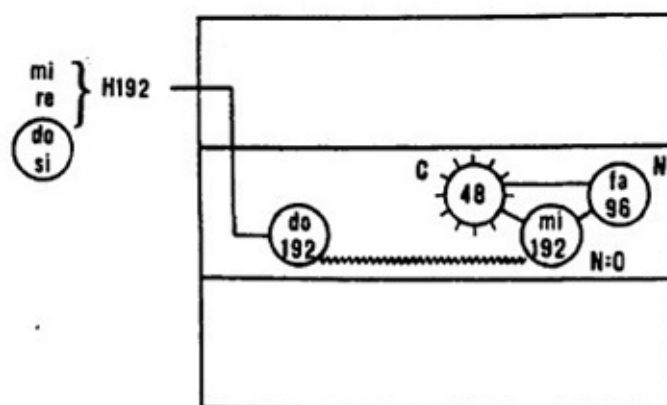


Continuación de la digestión del alimento H 768 en el organismo.

FIG. 28

"Como lo sabemos por la ley de octava, *mi* no puede pasar a *fa* en una octava ascendente sin un choque adicional. Si no recibe ningún choque adicional, la substancia *mi* 192 no puede por sí misma pasar a la plena nota *fa*.

"En el momento en que *mi* 192 aparentemente debería llegar a un punto muerto, penetra en el organismo el «segundo alimento» —el aire, bajo la forma de *do* 192, o sea *mi*, *re*, *do* de la segunda octava cósmica de radiaciones. La nota *do* contiene los semitonos necesarios, es decir, toda la energía necesaria para pasar a la próxima nota, y en alguna forma da parte de su energía a la nota *mi*, que es de igual densidad. La energía de este *do* al unirse con el carbono 48 ya presente en el organismo, da a *mi* 192 suficiente fuerza para que pueda pasar al nitrógeno 96. El nitrógeno 96 será la nota *fa*.



La entrada de aire H 192 en el organismo y el *choque* dado por el aire en el intervalo *mi-fa* de la octava de nutrición.

Fig.29

"Fa 96, al unirse con el carbono 24, presente en el organismo, pasa al nitrógeno

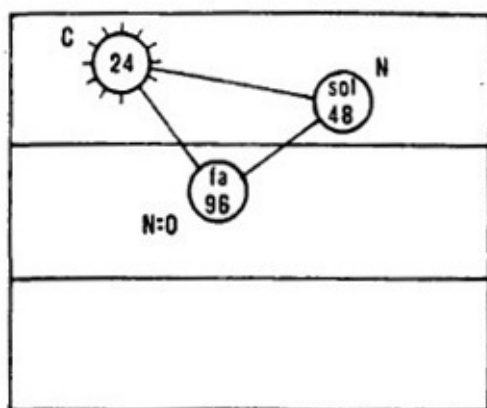


FIG. 30

Continuación de la octava de nutrición, el pasaje de los productos de nutrición a *sol* 48.

Fig.30

"La nota *sol* 48, al unirse con el carbono 12, presente en el organismo, pasa al nitrógeno 24 —la nota *la* 24.

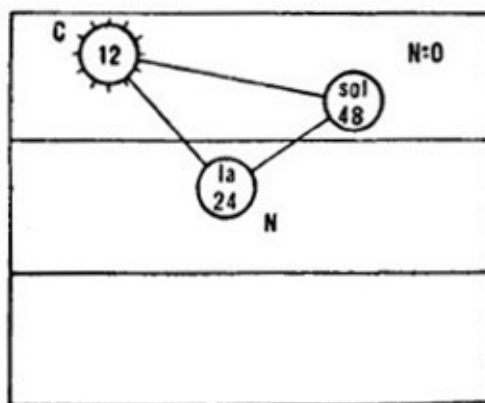


FIG. 31

Continuación de la octava de nutrición, el pasaje de los productos de nutrición a *la* 24.

Fig.31

"La 24 se une con el carbono 6, presente en el organismo, y se transforma en nitrógeno 12, o si 12.

"Si 12 es la substancia más alta que el organismo puede producir a partir del alimento físico, con la ayuda del choque adicional dado por el aire.

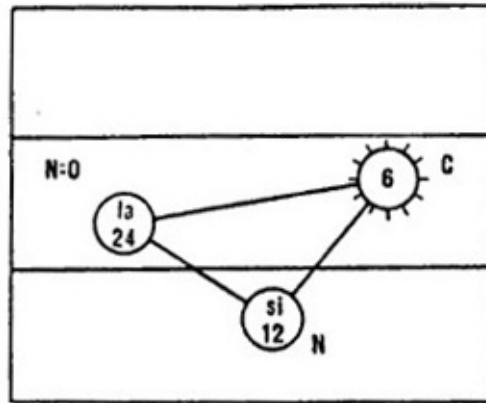


FIG. 32

Continuación de la octava de nutrición, el pasaje de los productos de nutrición a *si* 12.  
Fig.32

"Do 192 (aire), al entrar en el piso intermedio de la fábrica con el carácter de oxígeno y al dar una parte de su energía a *mi* 192, se une a su vez, en un cierto punto, con el carbono 48, presente en el organismo y pasa a *re* 96.

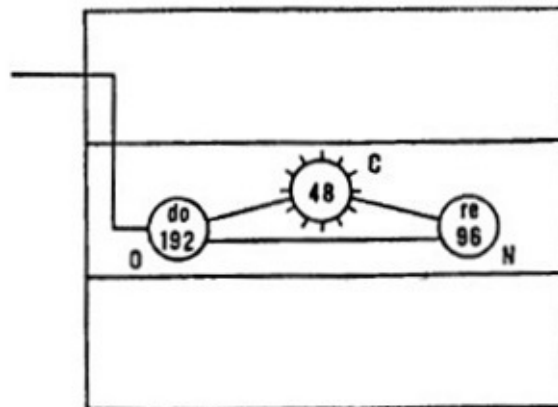


FIG. 33

El comienzo de la digestión del aire en el organismo.  
Fig.33

"Re 96 pasa a *mi* 48 con la ayuda del carbono 24, y con esto, el desarrollo de la segunda octava se detiene. Para pasar de *mi* a *fa* es indispensable un choque adicional, pero en este sitio la naturaleza no ha preparado ningún choque adicional, y la segunda octava, es decir la octava del aire, no puede desarrollarse más allá y en las condiciones ordinarias de la vida, no se desarrolla más allá.



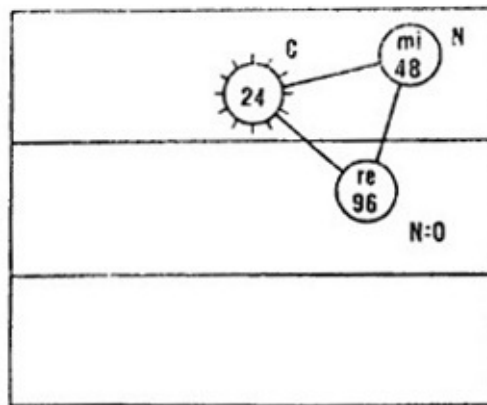


FIG. 34

Continuación de la octava del aire en el organismo.

Fig.34

"La tercera octava comienza con *do* 48.

"Las impresiones entran en el organismo bajo la forma de oxígeno 48, es decir *la, sol, fa*, de la segunda octava cósmica «Sol-Tierra».

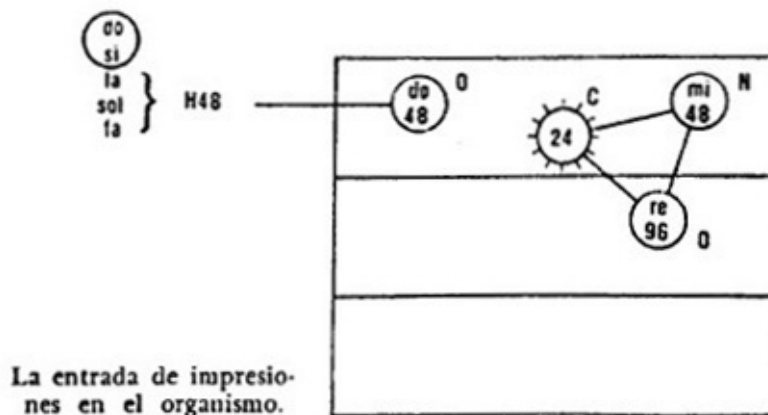
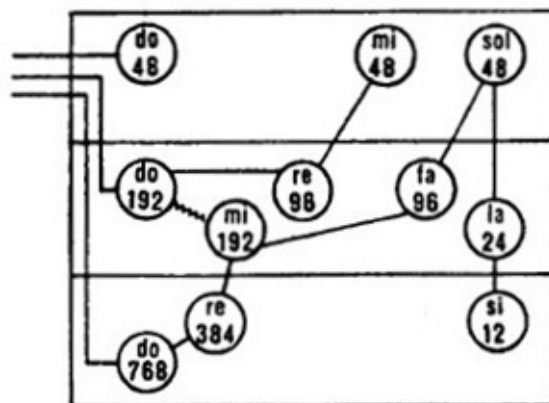


FIG. 35

Fig.35

"Do 48 tiene suficiente energía para pasar a la próxima nota, pero en el momento en que *do* 48 penetra en el organismo, no se presenta el carbono 12 necesario para esta transición. Al mismo tiempo, *do* 48 no entra en contacto con *mí* 48, así que *do* mismo no puede pasar a la próxima nota, ni puede dar una parte de su energía a *mi* 48.

"En las condiciones normales de existencia, la producción de materias finas por la fábrica llega entonces a un punto muerto, se detiene, y la tercera octava resuena sólo como «*do*». La substancia de la más alta calidad producida por la fábrica es *si* 12, y para todas sus funciones superiores, la fábrica no puede emplear sino esta substancia superior.



Las tres clases de nutrición y la digestión de H 768 y H 192 en el organismo con la ayuda de un choque *mecánico*. El estado normal del organismo y la producción normal de las sustancias más finas a partir de los productos de nutrición.

Fig.36

"Sin embargo, hay una posibilidad de acrecentar el rendimiento, es decir de permitir que la octava del aire y la octava de las impresiones se desarrollen más. Para este fin, es indispensable crear una clase especial de «choque artificial» en el punto mismo en que la tercera octava se ha detenido. Esto significa que el «choque artificial» debe ser aplicado a la nota *do* 48.

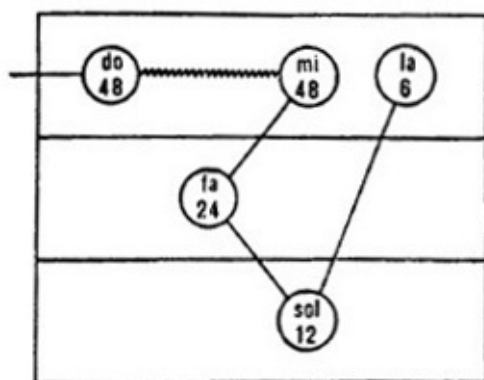
"Pero ¿que es un «choque artificial»? Primero, se conecta con el momento de recibir una impresión. La nota *do* 48 designa el momento en que una impresión entra en nuestra conciencia. Un choque artificial en este punto significa cierta clase de esfuerzo, hecho en el momento en que se recibe una impresión.

"Se ha explicado anteriormente que en las condiciones de la vida ordinaria no nos recordamos a nosotros mismos. *No nos recordamos*, es decir, no tenemos la sensación de nosotros mismos; no estamos conscientes de nosotros mismos en el momento de la percepción de una emoción, de un pensamiento o de una acción. Si un hombre lo comprende y trata de recordarse a sí mismo, cada impresión que recibe durante este recuerdo, será en cierta manera doblada. Por ejemplo, en un estado psíquico ordinario, simplemente miro a la calle. Pero si «me recuerdo a mí mismo», no miro simplemente a la calle, yo siento que la miro, como si me dijera a mí mismo: «Yo miro». En vez de una impresión de la calle, tengo dos impresiones: una de la calle y la otra de mí mismo mirando a la calle. Esta segunda impresión producida por el hecho de mi «recuerdo de mí», es el «choque adicional». Además, sucede que la sensación adicional conectada con el «recuerdo de sí» trae consigo un elemento de emoción; en otras palabras, en ese instante el trabajo de la máquina llama cierta cantidad de carbono 12. Los esfuerzos por recordarse a sí mismo, la observación de sí en el momento en que se recibe una impresión, la observación de una impresión en el

momento en que se la recibe, el «registro», por así decirlo, de la recepción de impresiones, y la estimación simultánea de su valor, todo esto tomado en conjunto dobla la intensidad de las impresiones y hace que *do* 48 pase a *re* 24. Al mismo tiempo, los esfuerzos que corresponden a la transición de una nota a otra y el pasaje de *do* 48 a *re* 24, permiten que *do* 48 de la tercera octava entre en contacto con *mi* 48 de la segunda octava, y que le dé a esta nota la cantidad de energía necesaria para pasar de *mi* a *fa*. De esta manera, el choque dado a *do* 48 se extiende también a *mi* 48 y permite que la segunda octava se desarrolle.

"Mi 48 pasa a *fa* 24; *fa* 24 pasa a *sol* 12; *sol* 12 pasa a *la* 6. *La* 6 es la, materia de la más alta calidad que puede ser producida por el organismo a partir del aire, es decir a partir de la segunda clase de alimento. Sin embargo, esto no puede ser obtenido sino por un esfuerzo consciente, realizado en el momento en que se recibe una impresión.

"Comprendamos bien lo que esto quiere decir. Todos respiramos el mismo aire. Además de los elementos conocidos por nuestra ciencia, el aire contiene un gran número de sustancias que ésta no conoce, que le son indefinibles e inaccesibles a su observación. Pero es posible un análisis exacto del aire aspirado tanto como del aire espirado. Este análisis muestra que si el aire aspirado por diversas personas es estrictamente el mismo, el aire espirado por cada una de ellas se revela completamente diferente. Supongamos que el aire que respiramos esté compuesto de una veintena de distintos elementos desconocidos por nuestra ciencia. Cada uno de nosotros absorbe un cierto número de estos elementos en cada aspiración. Supongamos que se absorben siempre cinco de ellos. Por consecuencia, el aire espirado por cada uno está compuesto de quince elementos; cinco han ido a nutrir el organismo. Sin embargo, ciertos hombres no exhalan quince, sino sólo diez elementos, es decir que absorben cinco elementos más. Estos cinco elementos son hidrógenos superiores.



El desarrollo de la octava del aire después del primer choque consciente.

FIG. 37

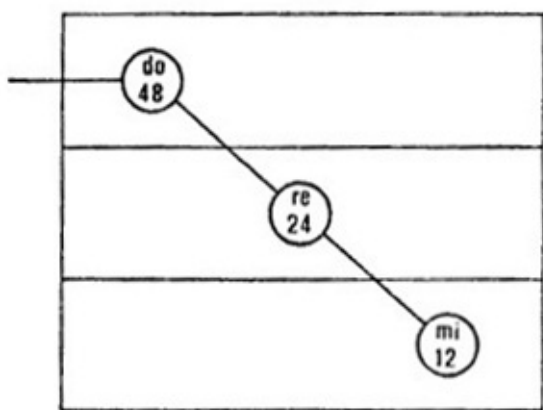
Fig.37

Estos hidrógenos superiores están presentes en cada partícula de aire que inhalamos. Al aspirar, introducimos en nosotros estos hidrógenos superiores, pero si nuestro organismo no sabe cómo extraerlos de las partículas del aire, ni cómo retenerlos, vuelven al aire por exhalación. Pero permanecen en el organismo si éste es capaz de extraerlos y retenerlos. De esta manera, todos respiramos el mismo aire, pero no todos extraemos las mismas sustancias. Unos extraen más, otros menos.

"Para extraer más de ellos, es necesario que nuestro organismo disponga de una cierta cantidad de sustancias finas correspondientes. Estas sustancias finas contenidas en el organismo actúan entonces *como un imán* sobre las sustancias finas contenidas en el aire inhalado. De esta manera encontramos de nuevo la antigua ley alquímica: «Para hacer oro, primero hay que tener oro. Sin oro, no hay posibilidad de hacer oro.»

"La alquimia en su totalidad no es sino una descripción alegórica de la fábrica humana y de su trabajo de transformar los metales viles (sustancias groseras) en metales preciosos (sustancias finas).

"Hemos seguido el desarrollo de dos octavas. La tercera octava, es decir la octava de impresiones, comienza con un esfuerzo consciente. *Do* 48 pasa a *re* 24; *re* 24 pasa a *mi* 12. El desarrollo de la octava, llegado a este punto, se detiene.



Desarrollo de la octava de impresiones después del primer choque consciente.

FIG. 38

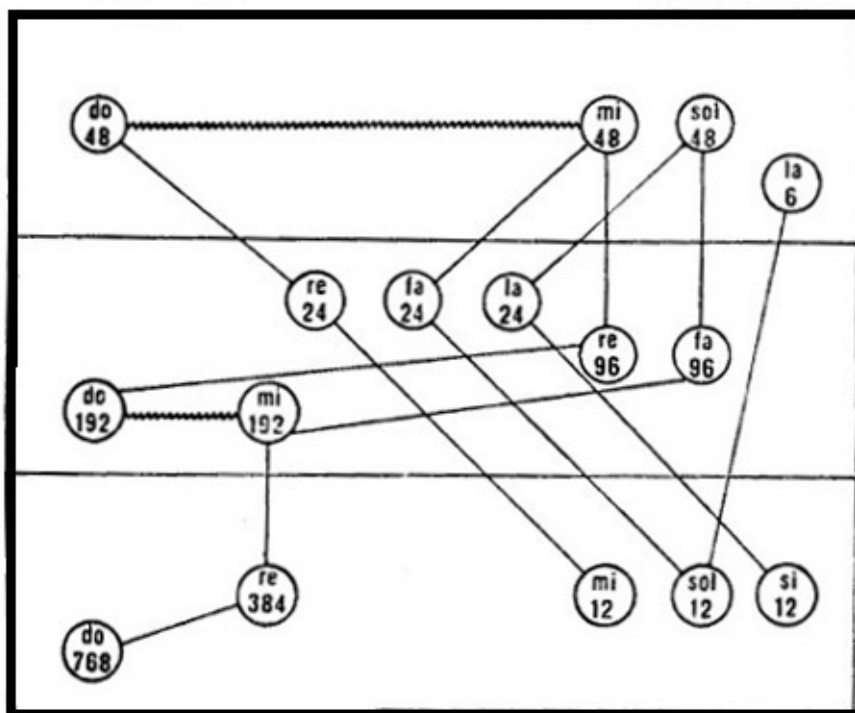
Fig.38

"Si examinamos ahora el resultado del desarrollo de estas tres octavas, veremos que la primera octava ha alcanzado *si* 12, la segunda, *la* 6, y la tercera, *mi* 12. De esta manera, la primera y la tercera octava se detienen en notas que no pueden pasar a las notas siguientes.

"Para el desarrollo ulterior de estas dos octavas, es necesario un segundo choque consciente en cierto punto de la máquina: se necesita un nuevo esfuerzo consciente. La naturaleza de este esfuerzo exige un estudio especial. Si consideramos la marcha

general de la máquina, este esfuerzo puede ser conectado con la vida emocional, es decir con una clase especial de influencia sobre nuestras propias emociones. Pero no se puede explicar lo que es realmente esta clase de influencia, y cómo debe ser producida, sino en función de una descripción general del trabajo de la fábrica o de la máquina humana.

"La práctica de la no-expresión de emociones desagradables, de la no-identificación, de la no-consideración interior, es la preparación para el *segundo* esfuerzo.



Cuadro completo del trabajo intensivo del organismo y de la intensiva producción de sustancias a partir de los productos de la nutrición, después del primer choque *consciente*.

Fig.39

"Si consideramos ahora el trabajo de la fábrica humana como un todo, cada vez que se detiene la producción de estas sustancias finas seremos capaces de discernir por cuáles medios podemos hacerla recomenzar. Vemos que, en las condiciones ordinarias, al trabajar con la sola ayuda de un choque mecánico, la fábrica produce una cantidad muy pequeña de sustancias finas; en efecto, solamente *si* 12. Trabajando con un choque mecánico y un choque consciente, la fábrica produce ahora una cantidad mucho más grande de sustancias finas. Y al trabajar con dos choques conscientes, la fábrica producirá tal cantidad de sustancias finas que con el transcurso del tiempo su carácter se transformará por completo.

"La fábrica de tres pisos representa el universo en miniatura; está construida según las mismas leyes y sobre el mismo plan que el universo entero.

"Para comprender la analogía entre el hombre, el organismo humano y el universo, representémos el mundo, como lo hemos hecho anteriormente, bajo la forma de tres octavas que van desde el Absoluto hasta el Sol, desde el Sol hasta la Tierra, y desde la Tierra hasta la Luna. Cada una de estas tres octavas carece de un semitono entre *fa* y *mi*, y en cada una de ellas el papel de este semitono que falta es desempeñado por cierta clase de choque artificialmente creado en este punto. Si tratamos ahora de precisar la analogía entre la fábrica de tres pisos y las tres octavas del universo, debemos comprender que los tres «choques adicionales» en las tres octavas corresponden a las tres clases de alimento que entran en el organismo humano. El choque en la octava inferior corresponde al alimento físico; este choque es el *do* 768 de la fábrica cósmica de tres pisos. En la octava intermedia el choque corresponde al aire, es el *do* 192 de la fábrica cósmica. En la octava superior, el choque corresponde a las impresiones; es el *do* 48 de la fábrica cósmica. En el trabajo interior de esta fábrica cósmica de tres pisos, las tres clases de alimento sufren la misma transformación que en la fábrica humana, sobre el mismo plano y en relación con las mismas leyes. Un estudio más profundo de la analogía entre el hombre y el universo sólo es posible después de un estudio exacto de la máquina humana, después que se hayan reconocido exactamente los «sitios» respectivos de cada uno de los hidrógenos en nuestro organismo. Entonces debemos descubrir la precisa razón de ser de cada hidrógeno, dándoles la definición química, psicológica, fisiológica y anatómica; en otros términos, definiendo sus funciones, su sitio en el organismo humano, y si es posible, las sensaciones particulares que le están ligadas.

"El estudio del trabajo del organismo humano como fábrica química nos muestra tres etapas en la evolución de la máquina humana.

"La primera etapa concierne al trabajo del organismo humano, el organismo tal como ha sido creado por la naturaleza, es decir, para la vida y las funciones de los hombres números 1, 2 y 3, La primera octava, la octava del alimento, se desarrolla normalmente hasta *mi* 192. Al llegar a este punto, recibe automáticamente un choque al comienzo de la segunda octava, y su desarrollo prosigue después hasta *si* 12. La segunda octava, la octava del aire, comienza con *do* 192 y se desarrolla hasta *mi* 48, donde se detiene. La tercera octava, la octava de las impresiones, comienza con *do* 48, y se detiene allí. De modo que siete notas de la primera octava, tres notas de la segunda, y una nota de la tercera representan un cuadro completo del trabajo de la «fábrica humana» en su primera etapa, es decir en su estado natural. La naturaleza no ha previsto sino un «choque», aquel que se recibe con la entrada de la segunda octava, y que permite que *mi* de la primera octava pase a *fa*. Pero la naturaleza no ha previsto nada para el segundo «choque», es decir, para el «choque» que ayudaría al

desarrollo de la tercera octava y por tanto permitiría que *mi* de la segunda octava pasase a *fa*. Un hombre debe crear este «choque» por sus propios esfuerzos, si desea aumentar la producción de los hidrógenos finos en su organismo.

"La segunda etapa concierne al trabajo del organismo humano cuando un hombre crea un «choque» voluntario y consciente en el punto *do* 48. Este «choque» voluntario se transmite primero a la segunda octava que se desarrolla hasta *sol* 12, o aún más allá hasta *la* 6, y aún más lejos, si el trabajo del organismo es suficientemente intenso. El mismo choque permite también el desarrollo de la tercera octava, la octava de impresiones, que en este caso alcanza *mi* 12. Así en la segunda etapa del trabajo del organismo humano, vemos el desarrollo completo de la segunda octava y tres notas de la tercera. La primera octava se ha detenido en la nota *si* 12, la tercera en la nota *mi* 12. Ninguna de estas octavas puede desarrollarse más allá sin un nuevo «choque». La naturaleza de este segundo «choque» no puede ser definida tan fácilmente como la del primer «choque» voluntario de *do* 48. A fin de comprenderla, es indispensable comprender la significación de *si* 12 y de *mi* 12.

"El esfuerzo que crea este «choque» debe consistir en un trabajo sobre las emociones, en una transformación y mutación de las emociones. Esta transmutación de las emociones ayudará entonces a la transmutación de *si* 12 en el organismo humano. Ningún crecimiento real, es decir, ningún crecimiento de los cuerpos superiores en el organismo, es posible sin ella. La idea de esta transmutación era conocida por muchas enseñanzas antiguas, y aun por algunas más recientes, por ejemplo, la Alquimia de la Edad Media. Pero los Alquimistas hablaban de esta transmutación bajo la forma alegórica de una transmutación de metales viles en metales preciosos. En realidad, a lo que se referían era a la transformación de los hidrógenos groseros en hidrógenos finos en el organismo humano, principalmente a la transformación de *mi* 12. Se puede decir que si un hombre llega a realizar esta transmutación, ha logrado la meta de sus esfuerzos, pero en tanto que no la haya realizado, todos los resultados obtenidos aún pueden perderse, porque de ninguna manera están fijados en él. Más aún, estos resultados han sido logrados sólo en las esferas del pensamiento y de la emoción. Resultados reales, objetivos, pueden obtenerse solamente después que haya comenzado la transmutación de *mi* 12.

"Los Alquimistas que hablaban de esta transmutación comenzaban directamente con ella. No conocían nada, o por lo menos no decían nada, acerca de la naturaleza del primer «choque» voluntario. Sin embargo, todo depende de esto. El segundo «choque» voluntario y la transmutación no se hacen físicamente posibles sino después de una larga práctica del primer «choque» voluntario, que consiste en el «recuerdo de sí» y en la «observación de las impresiones» que se reciben. En el camino del monje y en el del faquir, el trabajo sobre el segundo «choque» precede al trabajo sobre el primer «choque», pero como sólo este último puede llevar a la

creación de *mi* 12, los esfuerzos en la ausencia de todo otro elemento tienen por necesidad que concentrarse en *si* 12, lo que muy a menudo da resultados enteramente equivocados. En el cuarto camino, un desarrollo correcto tiene que comenzar con el primer «choque» voluntario, y luego pasar al segundo «choque» que debe intervenir en *mi* 12.

"La tercera etapa en el trabajo del organismo humano comienza cuando un hombre crea conscientemente en sí mismo un segundo «choque» voluntario en el punto *mi* 12, cuando comienza en él la transformación o la transmutación de estos hidrógenos en hidrógenos superiores. La segunda etapa y el comienzo de la tercera se refieren a la vida y a las funciones del hombre número 4. Se necesita un período bastante largo de transmutación y de cristalización para la transición del hombre número 4 al nivel del hombre número 5.

"Cuando se ha comprendido suficientemente la tabla de hidrógenos, ésta de inmediato pone en evidencia muchos rasgos nuevos en el trabajo de la máquina humana, estableciendo así claramente, ante todo, las razones de las diferencias que existen entre los centros y sus respectivas funciones.

"Los centros de la máquina humana trabajan con diversos hidrógenos. Allí estriba su principal diferencia. El centro que trabaja con el hidrógeno más grosero, más denso y más pesado, trabaja más lentamente. El centro que trabaja con el hidrógeno más ligero, más móvil, es también el más rápido.

"El centro del pensar o el centro intelectual es el más lento de los tres centros que hemos examinado hasta ahora. Trabaja con el hidrógeno 48 (según la tercera gradación de la «tabla de hidrógenos»).

"El centro motor trabaja con el hidrógeno 24. El hidrógeno 24 es mucho más rápido y móvil que el hidrógeno 48. El centro intelectual nunca es capaz de seguir el trabajo del centro motor. No podemos seguir nuestros propios movimientos, ni los de otras personas, a menos que su velocidad se reduzca artificialmente. Somos aún menos capaces de seguir el trabajo interno de nuestro organismo —las funciones instintivas, el pensar instintivo— que constituye en cierta forma un aspecto del centro motor.

"El centro emocional puede trabajar con el hidrógeno 12. Sin embargo, en realidad muy rara vez trabaja con este hidrógeno fino. En la mayoría de los casos su trabajo difiere poco, en velocidad e intensidad, del trabajo del centro motor o del centro instintivo.

"Para comprender el trabajo de la máquina humana y sus posibilidades, hay que saber que aparte de estos tres centros y de los que están relacionados con ellos, tenemos dos centros más, plenamente desarrollados y que funcionan perfectamente, pero no tienen vínculo con nuestra vida ordinaria ni con los tres centros a través de los cuales tenemos conocimiento de nosotros mismos.



"La presencia de estos centros superiores en nosotros es análoga a la de los tesoros escondidos que han buscado desde los tiempos más remotos los hombres que persiguen lo misterioso y lo milagroso; pero es un enigma mucho más grande.

"Todas las enseñanzas místicas y ocultas reconocen en el hombre la existencia de fuerzas y capacidades superiores —aunque en muchos casos, sólo en forma de posibilidades— y hablan de la necesidad de *desarrollar* las fuerzas escondidas en el hombre. La presente enseñanza difiere de muchas otras por el hecho de que afirma la existencia en el hombre de centros superiores ya plenamente desarrollados.

"Son *los centros inferiores los que no están desarrollados*. Y es precisamente esta falta de desarrollo de los centros inferiores, o su incompleto funcionamiento, lo que nos impide usar el trabajo de los centros superiores.

"Como ya lo he dicho, hay dos centros superiores: el centro emocional superior, que trabaja con hidrógeno 12, y el centro intelectual superior, que trabaja con hidrógeno 6.

"Si consideramos el trabajo de la máquina humana desde el punto de vista de los hidrógenos con los que trabajan los centros, veremos por qué los centros superiores no pueden entrar en contacto con los centros inferiores.

"El centro intelectual trabaja con hidrógeno 48; el centro motor con hidrógeno 24.

"Si el centro emocional trabajase con hidrógeno 12, su trabajo se conectaría con el del centro emocional superior. En los casos en que el trabajo del centro emocional alcanza la intensidad de vida y la rapidez que suministra el hidrógeno 12, se produce un contacto momentáneo con el centro emocional superior y el hombre experimenta nuevas emociones, nuevas impresiones, que hasta entonces le eran completamente desconocidas y para las cuales no tiene ni palabras ni expresiones con que describirlas. Pero en las condiciones ordinarias, la diferencia entre la velocidad de nuestras emociones habituales y la velocidad del centro emocional superior es tan grande que no hay ningún contacto posible y no llegamos a oír las voces dentro de nosotros que nos hablan, y *que nos llaman*, desde el centro emocional superior.

"El centro intelectual superior, al trabajar con hidrógeno 6, está aún más alejado de nosotros, todavía menos accesible. No hay contacto posible con él, sino a través del centro emocional superior. Ejemplos de tales contactos nos han sido dados sólo en las descripciones de experiencias místicas, estados extáticos, y otros. Dichos estados pueden ser producidos por emociones religiosas, a no ser que aparezcan, por breves instantes, bajo la acción de narcóticos especiales; o en ciertos estados patológicos tales como ataques de epilepsia o lesiones traumáticas accidentales en el cerebro —y en tal caso, es difícil decir cuál es la causa y cuál es el efecto; esto es, si el estado patológico resulta de este contacto, o viceversa.

"Si pudiésemos conectar deliberadamente y a voluntad los centros de nuestra conciencia ordinaria con el centro intelectual superior, no nos sería de utilidad alguna

en nuestro estado actual. En la mayoría de los casos, en el momento de un contacto accidental con el centro intelectual superior, el hombre pierde el conocimiento. La inteligencia se desborda con el torrente de pensamientos, emociones, imágenes y visiones que súbitamente irrumpen en ella. Y en lugar de un pensamiento vivo o una emoción viva, resulta por el contrario un quedarse completamente en blanco, un estado de inconsciencia. La memoria recuerda sólo el primer momento, cuando la mente está como sumergida, y el último momento, cuando se retira el flujo y el conocimiento regresa. Pero aun estos momentos son tan ricos en colores de mil matices que entre las sensaciones ordinarias de la vida no hay nada con qué compararlos. Generalmente esto es todo lo que queda de las así llamadas experiencias místicas o extáticas que resultan de un contacto momentáneo con un centro superior. Muy rara vez sucede que una mente, por bien preparada que esté, llegue a aprehender y a guardar el recuerdo de algo de lo que fue sentido y comprendido en el momento del éxtasis. Sin embargo, aun en tales casos, los centros intelectual, emocional y motor recuerdan y transmiten todo a su propia manera, es decir traducen sensaciones completamente nuevas, nunca antes experimentadas, al lenguaje de las sensaciones cotidianas; reducen a las formas del mundo tridimensional, cosas que sobrepasan completamente nuestras medidas ordinarias. De esta manera, desnaturalizan hasta los menores vestigios de lo que podría subsistir en su memoria de estas experiencias inusitadas. Al transmitir las impresiones de los centros superiores, nuestros centros ordinarios pueden compararse a ciegos hablando de colores, o a sordos hablando de música.

"A fin de obtener una conexión correcta y permanente entre los centros inferiores y los centros superiores, es necesario regular y acelerar el trabajo de los centros inferiores.

"Además, como ya se ha dicho, los centros inferiores trabajan mal, porque muy a menudo en vez de desempeñar respectivamente sus propias funciones, uno u otro de ellos toma a su cargo el trabajo de otros centros. Esto reduce considerablemente la velocidad de marcha de la máquina y torna muy difícil la aceleración del trabajo de los centros. Por lo tanto, para poder regular y acelerar el trabajo de los centros inferiores, el primer objetivo debe ser librar a cada centro de todo trabajo que no le sea natural, y hacerlo volver a su propia tarea, la cual puede desempeñar mejor que ningún otro centro.

"Cuánta energía es así gastada en un trabajo profundamente inútil y dañino en todo sentido: actividad de emociones desagradables, preocupaciones, inquietudes, apresuramiento y toda la secuela de actos automáticos enteramente desprovistos de necesidad alguna. Se pueden dar fácilmente innumerables ejemplos de esta actividad inútil. Ante todo, hay ese flujo incesante de pensamientos que no pueden ser detenidos ni controlados, y que consumen una cantidad enorme de nuestra energía.

Luego está la tensión continua y perfectamente superflua de los músculos de nuestro organismo. Nuestros músculos están contraídos, aun cuando no hagamos nada. Una parte considerable de nuestra musculatura entra de inmediato en acción para el más mínimo trabajo, como si se tratase de realizar el más grande esfuerzo. Para recoger una aguja del suelo, un hombre gasta tanta energía como para levantar a un hombre de su mismo peso. Para escribir una carta de dos palabras, derrochamos una fuerza muscular que bastaría para escribir un grueso volumen. Pero lo peor es que gastamos nuestra energía muscular continuamente, aun cuando no hagamos nada. Cuando caminamos, los músculos de los hombros y de los brazos están tensos sin la menor necesidad; cuando estamos sentados, los músculos de las piernas, del cuello, de la espalda y del vientre están contraídos inútilmente; aun durmiendo contraemos los músculos de los brazos, de las piernas, de la cara y de todo el cuerpo —y no comprendemos que en este perpetuo estado de alerta con miras a esfuerzos que jamás haremos, gastamos mucho más energía que la que sería necesaria para realizar un trabajo útil, real, durante toda una vida.

"Además, podemos señalar el hábito de hablar sin cesar, de todo y a todo el mundo, y si no hay nadie, de hablarse a sí mismo; el hábito de alimentar quimeras, el ensueño perpetuo, nuestros cambios de humor, los continuos pasajes de un sentimiento a otro, y miles de cosas completamente inútiles que el hombre se cree obligado a sentir, pensar, hacer o decir.

"Para regular y equilibrar el trabajo de los tres centros cuyas funciones constituyen nuestra vida, es indispensable economizar la energía producida por nuestro organismo; no hay que derrocharla en un funcionamiento inútil, sino ahorrarla para la actividad que unirá gradualmente los centros inferiores con los centros superiores.

"Todo lo que se ha dicho anteriormente acerca del trabajo sobre sí, de la elaboración de la unidad interior y del pasaje de los hombres números 1, 2 y 3 al nivel de los hombres números 4, 5 y más, persigue un solo y mismo fin. Lo que se llama «cuerpo astral», según una terminología especial, se llama según otra el «centro emocional superior», aunque aquí la diferencia no está solamente en la terminología. Para hablar más correctamente se trata de diferentes aspectos del próximo estado evolutivo del hombre. Se puede decir que el «cuerpo astral» es necesario para el funcionamiento completo y adecuado del «centro emocional superior» al unísono con los centros inferiores —o bien que el «centro emocional superior» es necesario para el trabajo del «cuerpo astral».

"El «cuerpo mental» corresponde al «centro intelectual superior». Sería falso decir que son una sola y misma cosa. Pero el uno exige al otro, el uno no puede existir sin el otro, uno es la expresión de ciertos aspectos y funciones del otro.

"El «cuarto cuerpo» exige el trabajo completo y armonioso de todos los centros,

implica un control completo sobre este trabajo del cual también es la expresión.

"Lo que es necesario comprender bien (y lo que la «tabla de hidrógenos» nos ayuda a comprender) es la idea de la completa materialidad de todos los procesos interiores psíquicos, intelectuales, emocionales, voluntarios y otros, incluso las inspiraciones poéticas más exaltadas, los éxtasis religiosos y las revelaciones místicas.

"La materialidad de los procesos significa su dependencia de la calidad de la materia o de la sustancia empleada. Cierta proceso exige el gasto, o se puede decir, la combustión de hidrógeno 48; pero no se puede obtener otro proceso por la combustión de hidrógeno 48, requiere una sustancia más fina o *más combustible*, hidrógeno 24. Para un tercer proceso el hidrógeno 24 es demasiado débil; se necesita hidrógeno 12.

"Vemos así que nuestro organismo posee las diversas clases de combustibles necesarios para los diferentes centros. Los centros se pueden comparar a máquinas que usan combustibles de varias calidades. Una máquina puede trabajar con residuos de gasolina, otra requiere gasolina refinada, una tercera puede marchar con petróleo. Las sustancias finas de nuestro organismo pueden compararse con sustancias de diferentes «grados de combustibilidad», y el organismo mismo se puede comparar a un laboratorio, donde a partir de diversas especies de materias primas se preparan combustibles diversos, necesarios para los diferentes centros. Pero por desgracia, algo funciona mal en el laboratorio. Las fuerzas que controlan el reparto de combustibles entre los diferentes centros a menudo cometen errores, y los centros reciben un combustible, ora demasiado débil, ora demasiado inflamable. Además una gran cantidad de todos los combustibles producidos se gasta de manera totalmente improductiva; hay fugas y simplemente se pierden. Además de esto, en el laboratorio ocurren a menudo explosiones que destruyen de golpe todo el combustible que había sido preparado para el día siguiente, o aun para un período de tiempo mucho más largo, y pueden causar daños irreparables a la fábrica entera.

"Debe notarse que el organismo produce habitualmente durante un solo día todas las sustancias necesarias para el siguiente. Y sucede muy a menudo que todas las sustancias se gasten, se consuman por alguna emoción completamente inútil, y por regla general, completamente desagradable. Los malos humores, el bullicio, la angustiada expectativa de algo desagradable, la duda, el temor, un sentimiento de ofensa, la irritación, cada una de estas emociones, en cuanto llegan a un cierto grado de intensidad, en media hora o aún en medio minuto pueden quemar todas las sustancias que habían sido preparadas para el día siguiente; es más, una simple explosión de cólera o cualquier otra emoción violenta, de un solo golpe puede hacer explotar todas las sustancias que habían sido preparadas en el laboratorio y dejar a un hombre completamente vacío por largo tiempo, si no para siempre.

"Todos los procesos psíquicos son materiales. No hay ni un solo proceso que no exija el gasto de cierta substancia correspondiente. Si esta substancia, está presente el proceso se desarrolla. Pero cuando la substancia se agota, el proceso se detiene."

## Capítulo diez

*¿De dónde parte el camino? La ley de accidente. Diferentes clases de influencias. Las influencias creadas en la vida. Las influencias creadas fuera de la vida, conscientes solamente en su origen. El "centro magnético". En busca del camino. El descubrimiento de un hombre que sabe. Tercera clase de influencias: consciente y directa. Cómo liberarse de la ley de accidente. Los "escalones", la "escalera" y el "camino". Condiciones especiales del cuarto camino. Posible existencia de un centro magnético equivocado. Cómo reconocer los caminos equivocados. El maestro y el alumno. El saber comienza con la enseñanza de los cosmos. El concepto habitual de dos cosmos: "Macrocosmos" y "Microcosmos". La enseñanza integral de siete cosmos. La relación de un cosmos a otro es la de cero a infinito. El principio de relatividad. "El camino hacia arriba es también el camino hacia abajo", ¿Qué es un milagro? El "periodo de dimensiones". Mirada al sistema de los cosmos desde el punto de vista de la teoría pluridimensional. Una observación de G.: "El tiempo es respiración". ¿Es el "Microcosmos" el hombre, o el "átomo"?*

Un día llegaron numerosas personas que nunca habían asistido anteriormente a nuestras reuniones. Una de ellas preguntó: "¿Dónde comienza el camino?" La persona que hizo esta pregunta no había oído lo que G. había dicho de los cuatro caminos, y empleaba la palabra "camino" en el sentido religioso o místico ordinario.

—La idea del camino es especialmente difícil de comprender, dijo G., porque uno cree ordinariamente que el *camino* (acentuó esta palabra), comienza en el mismo nivel en que se desenvuelve nuestra vida. Pero esto es completamente falso. El camino comienza en otro nivel muy superior. Esto es justamente lo que no se comprende. El punto de partida del camino se juzga mucho más accesible de lo que es en realidad. Voy a tratar de explicárselo.

"El hombre vive *bajo la ley del accidente* y bajo dos clases de influencias, que dependen también del accidente.

"Las influencias de la primera clase están creadas *en la vida misma* o por la misma vida. Son las influencias de raza, nación, clima, familia, educación, sociedad, profesión, maneras, costumbres, fortuna, pobreza, ideas corrientes y así sucesivamente. Las influencias de la segunda clase se crean, por el contrario, *fuera de esta vida*, son las influencias que nos llegan del círculo interior o esotérico de la humanidad; en otras palabras, han sido creadas bajo otras leyes, aunque sobre esta misma tierra. Estas influencias difieren de las primeras ante todo en que son *conscientes* en su origen. Esto significa que han sido creadas conscientemente por

hombres conscientes, con fines determinados. Las influencias de esta clase habitualmente toman cuerpo bajo la forma de doctrinas o de enseñanzas religiosas, de sistemas filosóficos, de obras de arte y así sucesivamente.

"Estas influencias son lanzadas en la vida para una meta definida, y se mezclan con influencias de la primera clase. Pero no hay que olvidar nunca que estas influencias son conscientes solamente en su origen. Cuando penetran en el gran torbellino de la vida, caen bajo la ley común del accidente y empiezan a actuar *mecánicamente*; en otras palabras, pueden actuar o no sobre tal o cual hombre, pueden o no alcanzarlo. Al sufrir toda clase de cambios y alteraciones en la vida por el hecho de su transmisión e interpretación, las influencias de la segunda clase se reducen a influencias de la primera clase, es decir se confunden en cierta manera con ellas.

"Pensemos en ello, y veremos que no es difícil distinguir las influencias creadas en la vida de las influencias cuyo origen se encuentra fuera de la vida. Es imposible enumerarlas o hacer un catálogo de unas y otras. Hay que *comprender*. Todo dependerá de nuestra comprensión. Nos preguntamos dónde comienza el camino. El comienzo del camino depende precisamente de esta comprensión o de la capacidad de distinguir las dos clases de influencias. Naturalmente su distribución es desigual. Tal hombre concuerda mejor con las influencias cuyo origen está fuera de la vida y recibe más de ellas; otro recibe menos, un tercero está casi aislado. Pero esto es inevitable. Esto ya es el destino. Es necesario considerar la regla general: el hombre normal vive en las condiciones normales; siendo estas condiciones más o menos las mismas para todo el mundo, se puede decir que la dificultad es la misma para todos; ésta consiste en separar las dos clases de influencias. Si un hombre no las separa al recibirlas, no ve o no siente su diferencia, su acción sobre él ya no estará separada, es decir que ellas actuarán de la misma manera, en el mismo nivel y producirán los mismos resultados.

"Pero si en el momento en que recibe estas influencias, un hombre es capaz de efectuar las discriminaciones necesarias y poner aparte aquellas que no son creadas en la vida misma, entonces gradualmente se le hace más fácil el separarlas, y después de cierto tiempo ya no las podrá confundir con las influencias ordinarias de la vida.

"Los resultados de las influencias cuya fuente está fuera de la vida, se acumulan en él, las recuerda todas en conjunto, las *siente* todas en conjunto. Comienzan a formar en él un cierto todo. Él mismo no se da cuenta claramente de qué se trata; no percibe ni el cómo ni el porqué, o si trata de explicárselo lo hace mal. Sin embargo, lo esencial no está ahí, sino en el hecho de que al acumularse, los resultados de estas influencias forman progresivamente en él una especie de *centro magnético*, que atrae todas las influencias relacionadas, y de esta manera crece. Si el centro magnético de un hombre recibe un alimento suficiente y si los otros lados de su personalidad, que

resultan de las influencias creadas en la vida, no ofrecen fuerte resistencia, el centro magnético comienza entonces a influir sobre su orientación, lo obliga a efectuar un viraje y aun a ponerse en marcha en cierta dirección. Cuando su centro magnético ha adquirido la fuerza y el desarrollo suficiente, un hombre comprende ya la idea del camino y comienza a buscarlo. La búsqueda del camino puede tomar muchos años y no conducir a nada. Esto depende de las condiciones, de las circunstancias, del poder del centro magnético, del poder y de la dirección de las tendencias interiores a las que esta búsqueda no interesa en forma alguna, y que pueden desviar a un hombre de su meta en el preciso momento en que aparece la posibilidad de alcanzarla, es decir de encontrar el camino.

"Si el centro magnético trabaja correctamente y si un hombre busca verdaderamente, o aun si siente en una forma justa, fuera de toda búsqueda activa, puede encontrar a *otro hombre* que conozca el camino y que esté conectado, directamente o a través de personas intermediarias, a un centro cuya existencia escapa de la ley de accidente, y de donde proceden las ideas que crearon el centro magnético.

"Nuevamente aquí hay múltiples posibilidades. Pero hablaremos de ello más tarde. Por el momento imaginemos que alguien haya encontrado a un hombre que conozca realmente el camino y que esté dispuesto a ayudarlo. La influencia de este hombre le llega a través de su centro magnético. Desde este momento *en este sitio*, el hombre se libera de la ley de accidente. Comprendámoslo, la influencia del hombre que conoce el camino sobre aquel que no lo conoce, es un tipo especial de influencia, diferente de las dos primeras, ante todo por el hecho de que es una influencia *directa* y, en segundo lugar, una influencia *consciente*. Las influencias del segundo tipo que crean el centro magnético son conscientes en su origen, pero luego son lanzadas en el torbellino general de la vida, donde se mezclan con las influencias creadas por la vida misma, y caen a su vez bajo la ley de accidente. Las influencias de la tercera clase escapan de esta ley por completo; están ellas mismas fuera de la ley de accidente, y su acción está asimismo libre de ella. Las influencias de la segunda clase pueden llegarnos a través de libros, de sistemas filosóficos, de ritos. Las influencias de la tercera clase no pueden actuar sino directamente de una persona a otra, por medio de la transmisión oral.

"El momento en que un hombre que busca el camino encuentra a un hombre que lo conoce, se llama el *primer umbral* o el *primer peldaño*. A partir de este primer umbral, la *escalera* comienza. Entre la «vida» y el «camino» se encuentra la «escalera». Sólo por medio de la «escalera» puede un hombre entrar en el «camino». Más aún, el hombre asciende esta escalera con la ayuda de su guía; no puede subirla por sí solo. El *camino* comienza solamente al final de la *escalera*, esto es, después del *último peldaño* o del *último umbral* en un nivel muy por encima de la vida ordinaria.

"Por lo tanto, es imposible contestar a la pregunta: *¿Donde empieza el camino?* El



camino empieza con algo que de ningún modo está en la vida. ¿Cómo sería posible entonces precisar su origen? A veces se dice que en el ascenso de la escalera el hombre nunca está seguro de nada, que puede dudar de todo, de sus propias fuerzas, de la justeza de lo que hace, de su guía, y del saber y de los poderes de este último. Lo que alcanza es muy inestable; aun si ha llegado bastante alto en la escalera, puede siempre caer y tener que recomenzar todo. Pero cuando ha franqueado el último umbral y entrado en el camino, todo cambia. En primer lugar todas las dudas que podía tener acerca de su guía desaparecen, y al mismo tiempo su guía se vuelve mucho menos necesario que antes para él. En muchos aspectos ahora puede aun ser independiente, puesto que sabe hacia dónde va. Luego no puede perder tan fácilmente los resultados de su trabajo y no puede volver a caer al nivel de la vida ordinaria. Aun si se aleja del camino le será imposible regresar a su punto de partida.

"Esto es casi todo lo que se puede decir, en general, de la «escalera» y del «camino» —pero hay diferentes caminos. Hemos hablado ya de ellos. Por ejemplo, en el cuarto camino hay condiciones especiales que no existen en los otros. Así una de las condiciones para el ascenso de la escalera en el cuarto camino es que un hombre no puede alcanzar el peldaño siguiente antes de poner a alguien en su propio peldaño. El otro, a su vez, tiene que poner a un tercero en su lugar, si es que él mismo quiere subir un peldaño más. Entonces, cuanto más asciende un hombre, más se encuentra bajo la dependencia de los que lo siguen. Si ellos se detienen, él también se detiene. Situaciones tales se encuentran igualmente en el camino. Puede ser, por ejemplo, que un hombre alcance poderes especiales y que tenga luego que sacrificarlos para elevar a otras personas a su nivel. Si las personas con las que trabaja alcanzan su nivel, le será devuelto todo lo que había sacrificado. Pero si ellos no alcanzan este nivel, él puede perderlo todo.

"Hay también diversas posibilidades en cuanto a la situación del maestro, en relación al centro esotérico, de acuerdo con lo que más o menos sepa sobre este centro, ya sea más o ya sea menos. Por ejemplo, el maestro puede saber exactamente dónde está el centro esotérico y cómo se puede recibir de él una ayuda; o bien, puede ignorarlo y conocer solamente al hombre de quien él mismo ha recibido su saber. En la mayoría de los casos, al comienzo, el discípulo no conoce sino el escalón que le es inmediatamente superior. Y no es sino a medida de su propio desarrollo que él podrá ver más allá y reconocer de dónde viene lo que él sabe.

"Habiendo tomado a su cargo el papel de maestro, poco importa que un hombre sepa o no sepa exactamente el origen de lo que enseña; los resultados de su trabajo dependerán ante todo de este hecho: ¿Vienen o no sus ideas realmente del centro esotérico? ¿Comprende él mismo las *ideas esotéricas*, es decir, es capaz de distinguir las ideas del conocimiento objetivo de las ideas subjetivas, científicas o filosóficas?.

"Hasta ahora he hablado del verdadero centro magnético, del verdadero guía y del

verdadero camino. Pero puede suceder que el centro magnético haya sido mal formado. Puede estar dividido el mismo centro, es decir, puede incluir contradicciones. Además, influencias de la primera clase, creadas por la vida, pueden haber entrado en él bajo la apariencia de influencias de la segunda clase, o bien los rastros de las influencias de la segunda clase pueden haber sido desnaturalizados hasta el punto de haberse convertido exactamente en lo contrario de lo que eran. Un centro magnético mal formado no puede dar una orientación verdadera. Un hombre cuyo centro magnético es de esta clase puede también estar en busca del camino, y puede encontrar a otro hombre que se llame a sí mismo un maestro, que pretenda conocer el camino y estar conectado con un centro fuera de la ley del accidente. Pero puede ser que este hombre no conozca realmente el camino y no esté conectado con un centro tal. Aquí también hay muchas posibilidades:

1. Puede estar equivocado de buena fe e imaginarse conocer algo, cuando en realidad no conoce nada.
2. Puede tener fe en otro hombre, quien a su vez puede estar equivocado.
3. Puede engañar a sabiendas.

"Por consiguiente, si aquel que busca el camino cree en tal hombre, éste puede conducirlo en una dirección totalmente diferente de la que le fue prometida; puede conducirlo muy lejos del camino justo y llevarlo a resultados absolutamente opuestos a los que habría podido alcanzar.

"Afortunadamente, esto no ocurre sino muy raras veces; pues los caminos equivocados son muy numerosos, pero en la inmensa mayoría de los casos no conducen a nada. El hombre simplemente da vueltas alrededor del mismo sitio, sin dejar de creer que está siguiendo el camino.

—¿Cómo se puede reconocer un camino falso? preguntó alguien.

—¿Cómo se lo puede reconocer? dijo G. Es imposible reconocer un camino falso, si no se conoce el verdadero. Esto significa que es inútil preocuparse por reconocer un camino falso. Más bien, hay que preguntarse cómo hallar el verdadero. Aquí no hablamos de otra cosa. Pero esto no se puede resumir en dos palabras. Sin embargo, partiendo de lo que les he dicho, pueden llegar a muchas conclusiones útiles si recuerdan todo. Por ejemplo, ustedes pueden ver que el «maestro» siempre corresponde al nivel del «alumno». Si el nivel del alumno es elevado, el del maestro también lo puede ser. Pero un alumno cuyo nivel no es especialmente elevado, no puede contar con un maestro de nivel muy alto. De hecho, un alumno nunca puede ver el nivel de su maestro. Esto es una ley. Nadie puede ver más alto que su propio nivel. Pero la mayoría de la gente ignora esta ley, y en general, cuanto más bajo es su nivel tanto más exige un maestro de nivel superior. Comprender esto claramente ya es comprender mucho. Pero esto rara vez sucede. Por regla general, el discípulo mismo

no vale un camino, pero no quiere otro maestro que no sea el mismo Jesucristo. Un maestro de menos categoría no es digno de él. Y nunca se le ocurrirá que, aunque llegara a encontrar a un maestro tal como Aquél descrito en los Evangelios, no sería capaz de seguirlo; en realidad, para poder ser su discípulo tendría que tener el nivel de un apóstol. He aquí una ley inflexible. Cuanto mas grande es el maestro, tanto mas difícil es seguirlo. Y si la diferencia entre los niveles del maestro y del alumno excede de un cierto limite, el alumno encuentra dificultades insuperables en el camino. Una de las reglas fundamentales del cuarto camino se relaciona directamente con esta ley. En el cuarto camino, no hay sino *un* maestro; quien sea el más antiguo es el maestro. Y tanto como el maestro le es indispensable al alumno, el alumno le es indispensable al maestro. El alumno no puede progresar sin maestro y el maestro no puede progresar sin alumno o alumnos. Y esto no es una consideración de tipo general, sino una regla indispensable y completamente concreta, sobre la cual se basa la ley de toda ascensión humana. Como ya se ha dicho, *nadie puede elevarse a un grado superior de la escalera antes de haber colocado a alguien en su propio lugar*. Lo que un hombre ha adquirido, inmediatamente debe darlo de nuevo; solo entonces puede adquirir más. De otro modo le sería quitado aun lo que le ha sido dado."

En una de las reuniones siguientes, cuando G. me pidió que repitiera lo que él había dicho sobre el camino y sobre el centro magnético, resumí su idea en un diagrama (fig. 40).

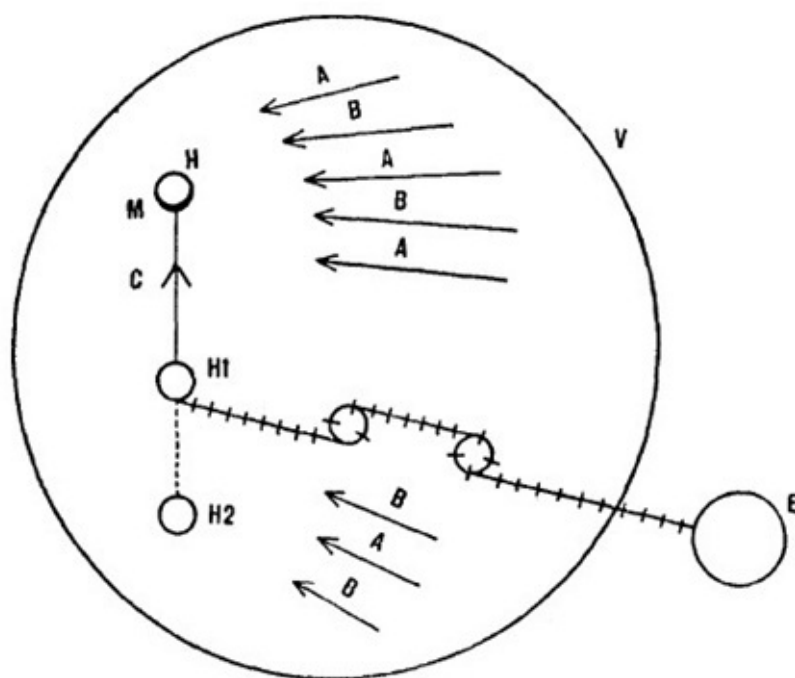
Durante una de las reuniones que siguieron y después de una muy larga conversación sobre el ser y el saber, G. dijo:

—Rigurosamente hablando, ustedes no tienen todavía derecho a hablar del saber, porque no saben dónde comienza el saber.

*"El saber comienza con la enseñanza de los cosmos.*

"Ustedes conocen las expresiones «macrocosmos» y «microcosmos». Ellas significan «gran cosmos» y «pequeño cosmos», «gran mundo» y «pequeño mundo». Se considera al universo como un «gran cosmos» y al hombre como un «pequeño cosmos» análogo al grande. Así está establecida, en cierto modo, la idea de la unidad y de la similitud del hombre y del mundo.

"La doctrina de los dos cosmos se encuentra en la Cábala y en otros sistemas más antiguos. Pero esta doctrina es *incompleta* y es imposible sacar nada de ella, ni basar nada en ella, porque esta enseñanza no es sino un fragmento, un residuo de una enseñanza esotérica más antigua, mucho más completa, sobre los cosmos o los mundos encajados unos dentro de los otros, y todos creados a la imagen y semejanza del más grande de ellos, el cual contiene en sí a todos los otros. «Como arriba, así abajo» es una expresión que se refiere a los cosmos.



V ..... vida.

H ..... un hombre, tomado aisladamente.

A ..... influencias creadas en la vida por la vida misma —primera clase de influencias.

B ..... influencias creadas fuera de la vida, pero lanzadas en el torbellino general de la vida —segunda clase de influencias.

H1 ..... un hombre ligado al centro esotérico por medio de la sucesión, o que pretende estar ligado a éste.

E ..... centro esotérico, situado fuera de las leyes generales de la vida.

M ..... centro magnético en el hombre.

C ..... influencia del hombre H1 sobre el hombre H; en el caso de un vínculo real con el centro esotérico, sea este vínculo directo o indirecto, se trata de una influencia de la tercera clase. Esta influencia es *consciente*, y bajo su acción, en un punto M que designa al centro magnético, un hombre deviene libre de la ley de accidente.

H2 ..... un hombre que se engaña a sí mismo o a los demás, no teniendo ningún vínculo directo o indirecto con el centro esotérico.

Fig.40

"Pero es esencial saber que la doctrina *completa* de los cosmos no habla de dos, sino de siete cosmos contenidos los unos dentro de los otros.

"Sólo la visión global de siete cosmos en sus mutuas relaciones puede darnos un cuadro del universo. La idea de dos cosmos análogos, único vestigio accidentalmente conservado de una gran enseñanza completa, es tan parcial que no puede dar ninguna

idea de la analogía entre el hombre y el mundo.

"La doctrina de los cosmos considera siete cosmos.

"El primero es el *Protocosmos* —el «primer cosmos».

"El segundo es el *Ayocosmos* —el santo cosmos o *Megalocosmos*, el «gran cosmos».

"El tercero es el *Macrocosmos* —el «cosmos vasto».

"El cuarto es el *Deuterocosmos* —el «segundo cosmos».

"El quinto es el *Mesocosmos* —el «cosmos intermedio».

"El sexto es el *Tritocosmos* —el «tercer cosmos».

"El séptimo es el *Microcosmos* —el «pequeño cosmos».

"El *Protocosmos* es el Absoluto en el rayo de creación, o mundo 1. El *Ayocosmos* es el mundo 3 («Todos los Mundos» en el rayo de creación). El *Macrocosmos* es nuestro mundo estelar o Vía Láctea (mundo 6 en el rayo de creación). El *Deuterocosmos* es el Sol, el sistema solar (mundo 12). El *Mesocosmos* es «Todos los Planetas» (mundo 24), o la Tierra como representante del mundo planetario. El *Tritocosmos* es el hombre. El *Microcosmos* es el «átomo».

"Como ya lo he explicado, dijo G., se llama «átomo» a la más pequeña cantidad de cualquier sustancia que conserva todas sus propiedades físicas, químicas, psíquicas y cósmicas. Desde este punto de vista, por ejemplo, puede haber un «átomo de agua».

"Ustedes ven que en el orden general de los siete cosmos, el *Microcosmos* y el *Macrocosmos* están tan alejados uno de otro que es imposible ver o establecer entre ellos ninguna analogía directa.

"Cada cosmos es un ser animado que vive, respira, piensa, siente, nace y muere.

"Todos los cosmos resultan de la acción de las mismas fuerzas y de las mismas leyes. Las leyes son las mismas en todas partes. Pero no se manifiestan exactamente de la misma manera en los diferentes planos del universo, es decir en los diferentes niveles. Por lo tanto, los cosmos no son exactamente análogos unos a otros. Su analogía sería total si no existiese la ley de octava; pero debido a la existencia de esta ley, no hay analogía completa entre ellos, de la misma manera que no es completa la analogía entre las diferentes notas de la octava. Solamente *tres* cosmos, tomados en conjunto, son perfectamente análogos a cualquier otro grupo de tres cosmos.

"Las condiciones de la acción de las leyes sobre cada plano, es decir en cada cosmos, están determinadas por los dos cosmos adyacentes, el que está por encima y el que está por debajo. Tres cosmos inmediatamente contiguos dan una imagen completa de la manifestación de las leyes del universo. Un solo cosmos no puede dar tal imagen. Por lo tanto, para conocer bien un cosmos, es indispensable conocer los dos cosmos adyacentes, el que está por encima y el que está por debajo, es decir el que es más grande y el que es más pequeño. Tomados en conjunto estos dos cosmos

determinan el tercero que se encuentra entre ellos. El Mesocosmos y el Microcosmos tomados en conjunto determinan el Tritocosmos. El Deuterocosmos y el Tritocosmos determinan el Mesocosmos, y así sucesivamente.

"La relación de un cosmos a otro es diferente a la relación de un mundo a otro en el «rayo de creación». En el «rayo de creación», se visualizan los mundos según la verdadera relación en que desde nuestro punto de vista existen en el universo: la Luna, la Tierra, los Planetas, el Sol, la Vía Láctea, Todos los Mundos y el Absoluto. Por consiguiente, el sistema de relación de los mundos tomados de dos en dos, en el «rayo de creación», cuantitativamente no es el mismo. En un caso, o en un nivel, este sistema es más grande; por ejemplo, la relación de «Todos los Soles» a nuestro Sol; en otro caso, en otro nivel, lo es menos —por ejemplo, la relación de la Tierra a la Luna. Por el contrario, la relación entre los cosmos es permanente y siempre la misma. En otros términos, la relación de un cosmos a otro es siempre la *de cero a infinito*. Esto significa que la relación del Microcosmos al Tritocosmos es la misma que la de cero a infinito; la relación del Tritocosmos al Mesocosmos es la de cero a infinito; la relación del Mesocosmos al Deuterocosmos es la de cero a infinito, y así sucesivamente.

"Para comprender el sentido de esta división entre los cosmos y la relación de los cosmos uno a otro, es indispensable comprender lo que significa la relación de cero a infinito. Si comprendemos lo que esto quiere decir, inmediatamente resultarán evidentes para nosotros: el principio de la división del universo en cosmos, la necesidad de tal división, y la imposibilidad de representarnos una imagen más o menos clara del mundo sin esta división.

"La idea de los cosmos nos ayuda a comprender nuestro lugar en el mundo y resuelve numerosos problemas, por ejemplo los que se relacionan al espacio, al tiempo...

"Sobre todo, esta idea nos permite establecer en forma precisa el *principio de la relatividad*. Este último principio es especialmente importante, porque sin él es totalmente imposible representarse una concepción exacta del mundo.

"La idea de los cosmos nos permite situar el estudio de la relatividad sobre una base sólida. A primera vista, el sistema de los cosmos puede parecer muy paradójico. Sin embargo, en realidad, esta aparente paradoja no es sino una expresión de la relatividad.

"La idea de la posibilidad del desarrollo de la conciencia del hombre y del acrecentamiento de sus capacidades de conocimiento está en relación directa con la doctrina de los cosmos. En su estado ordinario, un hombre es consciente de sí mismo en *un solo cosmos* y mira a todos los otros cosmos desde el punto de vista de un solo cosmos. El desarrollo de su conciencia y la intensificación de sus funciones psíquicas lo conducen hasta la esfera de la actividad y de la vida de *otros dos* cosmos

simultáneamente, uno más grande y otro más pequeño, uno por encima y otro por debajo. El desarrollo de la conciencia no se efectúa en una sola dirección, la de los cosmos superiores; al elevarse también desciende.

"Esta última idea quizá les explique algunas expresiones que pueden haber encontrado en la literatura oculta; por ejemplo, el aforismo según el cual «el camino que asciende es al mismo tiempo el camino que desciende». Por regla general, esta expresión es muy mal interpretada.

"En realidad, quiere decir que la conciencia de un hombre que por ejemplo ha pasado al nivel del mundo planetario, ha alcanzado simultáneamente el nivel del mundo atómico; cuando un hombre comienza a sentir la vida de los planetas, comienza al mismo tiempo a sentir la vida de los átomos. De esta manera, el desarrollo de la conciencia se realiza simultáneamente en dos direcciones, hacia lo más grande y hacia lo más pequeño. Para ser conocidos, el más grande y el más pequeño, uno y otro, exigen igualmente del hombre un cambio interior. Si se buscan paralelos o analogías entre los cosmos, podemos considerar cada uno de ellos en tres relaciones:

1. en su relación con sí mismo;
2. en su relación con un cosmos superior o más vasto;
3. en su relación con un cosmos inferior o más pequeño.

"La manifestación de las leyes de un cosmos en otro cosmos constituye lo que llamamos un *milagro*. No puede haber ninguna otra clase de milagro. Un milagro no es ni una violación de las leyes ni un fenómeno fuera de las leyes. Es un fenómeno que toma lugar en un cosmos según las leyes de otro cosmos. Estas leyes son desconocidas e incomprensibles para nosotros, por lo tanto son *milagrosas*.

"Para comprender las leyes de la relatividad, es muy útil examinar la vida y los fenómenos de un cosmos como si se les observase desde otro cosmos, es decir, desde el punto de vista de las leyes de otros cosmos. Todos los fenómenos de la vida de un cosmos dado, cuando se les examina desde otro cosmos, asumen un aspecto y un significado completamente diferentes. Aparecen numerosos fenómenos, otros desaparecen. Por lo general, con esto nuestra imagen del mundo y de las cosas se encuentra totalmente cambiada.

"Como acabamos de decir, sólo la idea de los cosmos nos puede asegurar una base sólida para establecer las leyes de la relatividad. La verdadera ciencia y la verdadera filosofía deberían basarse en la comprensión de las leyes de la relatividad. *Por consiguiente, se puede decir que la ciencia y la filosofía, en el verdadero sentido de estas palabras, comienzan con la idea de los cosmos.*"

Después de un prolongado silencio, G. se volvió hacia mí y agregó:

—Trate de recapitular todo lo que acabo de exponer desde el punto de vista de sus famosas dimensiones.

—Sin lugar a dudas, dije, todo lo que usted ha dicho está ligado al problema de las dimensiones. Pero antes de llegar a él, quisiera elucidar una cuestión que no me es completamente clara. Se refiere a sus ideas sobre el Microcosmos. Estamos acostumbrados a ligar la idea del Microcosmos a la del hombre. Esto significa que el hombre representa un mundo en sí mismo, un mundo análogo al gran mundo, al Macrocosmos. Pero usted le da el nombre de Tritocosmos, es decir, del tercer mundo. ¿Por qué tercero? El primero es el Protocosmos; el segundo es el sol o Deuterocosmos. ¿Por que es el hombre el tercer cosmos?

—Hoy es difícil explicarlo, contestó G. Usted comprenderá esto más tarde.

—Pero ¿realmente quiere usted decir que no se puede relacionar el concepto de Microcosmos con el hombre? preguntó uno de los presentes. Esto trastorna la terminología de una manera extraña.

—Si, dijo G. El hombre es el Tritocosmos. El Microcosmos es el átomo o más bien —buscó la palabra— el microbio. Pero no se detengan sobre esta cuestión. Todo esto será explicado más tarde."<sup>[10]</sup>

Luego se volvió nuevamente hacia mí.

—Trate de explicar esto desde su punto de vista, tomando todo exactamente como lo he dicho.

—Ante todo, tenemos que examinar lo que significa la relación de cero a infinito, dije yo. Si comprendemos, también comprenderemos la relación de un cosmos a otro. En el mundo accesible a nuestro estudio, tenemos un ejemplo perfectamente claro de la relación de cero a infinito. En geometría, es la relación de una unidad de cierto número de dimensiones a una unidad de mayor número de dimensiones. La relación de un punto a una línea, de una línea a una superficie, de una superficie a un sólido, de un sólido —es decir de un cuerpo tridimensional— a un cuerpo cuatridimensional, y así sucesivamente.

"Si aceptamos este punto de vista, deberemos admitir que la relación de un cosmos a otro es la relación de dos cuerpos de dimensiones diferentes. Si un cosmos es tridimensional, entonces el cosmos inmediatamente por encima de él tiene que ser de cuatro dimensiones; el siguiente de cinco, y así sucesivamente. Si consideramos el «átomo» —o el «microbio», según su expresión —es decir el Microcosmos, como un punto, entonces con relación a este punto el hombre será una *línea*, es decir una figura de una dimensión. El cosmos siguiente, la Tierra, con relación al hombre será una superficie, es decir que tendrá dos dimensiones, como realmente es el caso para nuestra percepción directa. El Sol, el sistema solar, será tridimensional para la Tierra. El mundo estelar tendrá cuatro dimensiones para el Sol. «Todos los Mundos» serán de cinco dimensiones y el Absoluto o Protocosmos, de seis dimensiones.



"Personalmente, lo que más me interesa en este sistema de los cosmos es que veo en ellos todo el «período de dimensiones» de mi libro: *Un Nuevo Modelo del Universo*. No se trata de una mera coincidencia de detalles —es absolutamente idéntico. La cosa es extraña, pues nunca había oído hablar de siete cosmos en la relación mutua según la proporción de cero a infinito. Sin embargo, esto coincide exactamente con mi «período de dimensiones».

"El «período de dimensiones» engloba siete dimensiones: la dimensión cero, la primera, la segunda, y así sucesivamente hasta la sexta dimensión. La dimensión cero, o el punto, es un *límite*. Esto significa que nosotros vemos algo como si fuera un punto, pero no sabemos lo que se esconde detrás de ese punto. Quizás es realmente un punto, es decir un cuerpo sin dimensiones, y quizás es también todo un universo, pero un universo tan alejado de nosotros, o tan pequeño, que nos parece un punto. El movimiento de este punto en el espacio nos parecerá como una línea. De la misma manera, el punto mismo verá como una línea el espacio a lo largo del cual se mueve. El movimiento de la línea en una dirección perpendicular a sí misma será un plano, y la línea misma verá bajo la forma de un plano el espacio en el cual se mueve.

"Hasta ahora he examinado la línea desde el punto de vista del punto, y el plano desde el punto de vista de la línea, pero el punto, la línea y el plano también pueden ser considerados desde el punto de vista de un cuerpo tridimensional. En este caso, la superficie será el límite del cuerpo, o su cara o su sección. La línea será el límite, o la sección del plano. El punto será el límite o la sección de la línea.

"Un cuerpo tridimensional difiere del punto, de la línea y de la superficie, por el hecho de que tiene para nuestra percepción una existencia física real.

"En realidad la superficie no es sino una proyección de, un cuerpo, la línea no es sino una proyección de un plano y el punto no es sino la proyección de una línea.

"Un «cuerpo» tiene una existencia física independiente, es decir que posee diferentes propiedades físicas.

"Cuando decimos que una cosa «existe», queremos decir con ello que existe en el tiempo. Pero en el espacio tridimensional no hay tiempo. El tiempo se encuentra fuera del espacio de tres dimensiones. El tiempo, tal como lo sentimos nosotros, es la cuarta dimensión. La existencia es para nosotros existencia en el tiempo. La existencia en el tiempo es movimiento o extensión a lo largo de la cuarta dimensión. Si pensamos en la vida como en un cuerpo que tiene cuatro dimensiones, un cuerpo tridimensional será entonces su sección, su proyección o su límite.

"Pero la existencia en el tiempo no abarca todos los aspectos de la existencia. Fuera de la existencia en el tiempo, todo lo que existe, existe también en la eternidad.

"La eternidad es la existencia infinita de cada momento del tiempo. Si concebimos el tiempo como una línea, entonces esta línea estará atravesada en cada punto por las líneas de la eternidad. Cada punto de la línea del tiempo será una línea

en la eternidad. La línea del tiempo será un plano de la eternidad. La eternidad tiene una dimensión más que el tiempo. Por consiguiente, si el tiempo es la cuarta dimensión, la eternidad es la quinta. Si el espacio del tiempo es de cuatro dimensiones, el espacio de la eternidad es de cinco dimensiones.

"Pero para comprender la idea de la quinta y sexta dimensión, tiene que establecerse cierta concepción del tiempo.

"Cada momento del tiempo contiene cierto número de posibilidades, algunas veces un pequeño número, otras un gran número, pero jamás un número infinito. Es indispensable darse cuenta que hay posibilidades y que hay imposibilidades. Puedo tomar un pedazo de papel de esta mesa y arrojarlo al suelo, puedo tomar un lápiz o un cenicero, pero no puedo tomar de la mesa y arrojar al suelo una naranja que no está sobre la mesa. Esto define claramente la diferencia entre posibilidad e imposibilidad. En cuanto a las cosas que hay en esta mesa que puedan ser arrojadas al suelo, hay toda una serie de combinaciones posibles. Puedo arrojar al suelo el lápiz, o el pedazo de papel, o el cenicero, o más aún el lápiz y el papel, el lápiz y el cenicero, el papel y el cenicero, o los tres juntos, o no arrojar nada. Pero no existen sino estas posibilidades. Si consideramos como un momento del tiempo aquel en que existan estas posibilidades, entonces el momento siguiente será el momento de realización de una de estas posibilidades. Se arroja el lápiz al suelo. Es la realización de una de las posibilidades. LUEGO viene un momento nuevo. Este momento también tiene un número definido de posibilidades. El momento siguiente será de nuevo el momento de realización de estas posibilidades. La sucesión de estos momentos de realización de una posibilidad constituye la línea del tiempo. Pero cada momento del tiempo tiene una existencia infinita en la eternidad. Las posibilidades que han sido realizadas continúan siendo realizadas sin fin en la eternidad mientras que las posibilidades no realizadas siguen sin realizarse y sin ser realizables.

"Pero todas las posibilidades que han sido creadas o que han tenido su origen en el mundo tienen que ser realizadas. La realización de todas las posibilidades creadas o manifestadas constituye el ser del mundo. Al mismo tiempo no hay lugar alguno dentro de los límites de la eternidad para la realización de estas posibilidades. En la eternidad, todo lo que ha sido realizado continúa siendo realizado y todo lo que no ha sido realizado continúa permaneciendo sin realizar. Sin embargo, la eternidad no es sino un plano atravesado por la línea del tiempo. En cada punto de esta línea cierto número de posibilidades quedan sin realizarse. Si imaginamos la línea de realización de estas posibilidades, éstas se efectuarán a lo largo de los rayos que salen de un solo punto, según los ángulos diferentes en relación con la línea del tiempo y con el plano de la eternidad. Estas líneas se desarrollarán fuera de la eternidad, fuera del espacio de cinco dimensiones, en una «más alta eternidad» o en un espacio de seis dimensiones, en la sexta dimensión.

"La sexta dimensión es la línea de realización de todas las posibilidades.

"La quinta dimensión es la línea de la existencia eterna o de la repetición de las posibilidades realizadas.

"La cuarta dimensión, es la secuencia de los momentos de realización de una posibilidad.

"He dicho que siete dimensiones, desde la dimensión cero hasta la sexta dimensión, constituyen el pleno «período de dimensiones». Más allá de este período no hay nada —o bien el mismo período puede repetirse en otra escala.

"Como ya lo he señalado, el sistema de los cosmos que se acaba de exponer me impresiona fuertemente sobre todo porque corresponde cabalmente al «período de dimensiones» que es la base de mi libro. La única diferencia es que el sistema de los cosmos va aún más allá y explica muchas cosas que yo no había podido elucidar.

"Si tomamos entonces el Microcosmos, es decir, el «átomo», o el «microbio», como usted lo ha definido, el Tritocosmos será para él un espacio de cuatro dimensiones, el Mesocosmos un espacio de cinco dimensiones, y el Deuterocosmos un espacio de seis dimensiones.

"Esto significa que todas las posibilidades del «átomo», o del «microbio», se realizan dentro de los límites del sistema solar.

"Si consideramos al hombre como el Tritocosmos, entonces para él el Mesocosmos será un espacio de cuatro dimensiones, el Deuterocosmos un espacio de cinco dimensiones, y el Macrocosmos un espacio de seis dimensiones. Esto quiere decir que todas las posibilidades del Tritocosmos se realizan en el Macrocosmos.

"Por la misma razón, todas las posibilidades del Mesocosmos se realizan en el Ayocosmos, y todas las posibilidades del Deuterocosmos, o del Sol, se realizan en el Protocosmos o Absoluto.

"Por consiguiente, cada uno de los cosmos que tiene una existencia física real, es tridimensional para sí mismo o en sí mismo. Con relación a un cosmos inferior es de cuatro dimensiones. Con relación a un cosmos superior es un punto. En otros términos, en sí mismo es tridimensional, pero para él la cuarta dimensión se encuentra a la vez en el cosmos más arriba y en el cosmos más abajo. Este último punto es tal vez el más paradójico; no obstante, esto es exactamente así. Para un cuerpo tridimensional, tal como lo es un cosmos, la cuarta dimensión se encuentra en el reino de las magnitudes del orden microscópico tanto como en el reino de las magnitudes macroscópicas; no sólo en el reino de lo que es positivamente infinito, sino en el reino de lo que es positivamente cero.

"Además, debemos comprender que la tridimensionalidad de un solo y mismo cuerpo de seis dimensiones puede ser de diferentes órdenes. Sólo un cuerpo de seis dimensiones puede ser completamente real. Un cuerpo de cinco dimensiones no es sino un aspecto incompleto de un cuerpo de seis dimensiones, un cuerpo de cuatro

dimensiones no es sino un aspecto incompleto de un cuerpo de cinco dimensiones, un cuerpo de tres dimensiones no es sino un aspecto incompleto de un cuerpo de cuatro dimensiones. Y naturalmente, un plano no es sino un aspecto incompleto de un cuerpo de tres dimensiones, es decir, la vista de una sola de sus caras. De la misma manera, una línea no es sino un aspecto incompleto de un plano, y un punto no es sino un aspecto incompleto de una línea.

"Además, aunque ignoremos cómo un cuerpo de seis dimensiones puede verse a sí mismo como tridimensional, al mirarlo un observador desde afuera también puede verlo como un cuerpo tridimensional, pero de un tipo de tridimensionalidad completamente diferente. Por ejemplo, nosotros nos representamos a la tierra como tridimensional. Esta tridimensionalidad no es sino imaginaria. Como un cuerpo tridimensional la tierra es para sí misma algo totalmente diferente de lo que es para nosotros. Nosotros tenemos de ella una visión imperfecta, la vemos como la sección de una sección de una sección de su ser completo. El «globo terrestre» es un cuerpo imaginario. Es la sección de una sección de una sección de la tierra de seis dimensiones. Ahora bien, esta tierra de seis dimensiones puede ser también para sí misma tridimensional; sólo que nosotros no podemos hacernos ninguna idea de la forma en que la tierra se ve a sí misma.

"Las posibilidades de la tierra se realizan en el Ayocosmos: esto significa que en el Ayocosmos la tierra es un cuerpo de seis dimensiones. En efecto podemos ver, hasta cierto punto, de qué manera debe cambiar la forma de la tierra. En el Deuterocosmos, es decir con relación al sol, la tierra no es ya un punto (tomándose el punto como una escala reducida de un cuerpo tridimensional), sino una línea que trazamos como el camino de la tierra alrededor del sol. Si tomamos el sol en el Macrocosmos, es decir si nos representamos la línea del movimiento del sol, entonces la línea del movimiento de la tierra deviene una espiral que circunda la línea del movimiento del sol. Si concebimos un movimiento lateral de esta espiral, este movimiento describirá una figura que no podemos imaginar, porque ignoramos la naturaleza de un movimiento tal, pero que sin embargo será la figura de seis dimensiones de la tierra, que la tierra misma puede ver como una figura de tres dimensiones. Es indispensable establecer y comprender bien este punto, porque de otro modo la idea de la tridimensionalidad de los cosmos se encadenaría a *nuestra* idea de los cuerpos tridimensionales. *La tridimensionalidad de un solo y mismo cuerpo puede presentar aspectos diferentes.*

"Este último punto me parece ligado a lo que usted llama el «principio de relatividad». Su principio de relatividad no tiene nada en común ni con el principio de relatividad de la mecánica, ni con el principio de relatividad de Einstein. Es exactamente el que he descrito en el *Nuevo Modelo del Universo*: es el principio de relatividad de la existencia," Aquí terminó mi exposición del sistema de los cosmos

desde el punto de vista de la teoría pluri-dimensional.

—Hay numerosos elementos de valor en lo que usted acaba de decir, dijo G., pero falta elaborarlos. Si llega a hacerlo, no tardará en comprender muchas cosas que hasta ahora se le han escapado. Fíjese, por ejemplo, en que el tiempo es diferente en los diferentes cosmos. Puede ser calculado exactamente; en otros términos, es posible establecer con precisión la relación del tiempo de un cosmos con el tiempo de otro cosmos.

"Añadiré solamente esto:

"El tiempo es respiración —traten de comprenderlo."

No dijo más.

Pero, como supimos más tarde por uno de sus alumnos de Moscú, al hablar una vez de los cosmos, y del tiempo diferente en los diferentes cosmos, G. había dicho que el *sueño* y la *vigilia* de los diferentes seres y plantas, es decir las veinticuatro horas del día y de la noche, constituyen la "respiración de la vida orgánica".

La exposición de G. sobre los cosmos y la conversación que siguió a ésta, atizaron mucho mi curiosidad. Habíamos pasado directamente del "universo tridimensional", con el que habíamos comenzado, a los problemas que yo había ahondado en el *Nuevo Modelo del Universo*: los problemas del espacio y del tiempo y de las dimensiones de orden superior que habían retenido mi atención desde hacía muchos años.

Durante largos meses G. no añadió palabra a lo que había dicho sobre los cosmos. Algunos de nosotros tratamos de abordar estos problemas desde diferentes lados, pero aunque todos habíamos sentido la fuerza latente de la idea de los cosmos, durante largo tiempo no obtuvimos ningún resultado. Teníamos dificultades particularmente con el Microcosmos.

—Si fuese posible tomar al hombre como Microcosmos y al Tritocosmos como la especie humana, o mejor aún como la vida orgánica, sería mucho más fácil establecer la relación del hombre con los otros cosmos, dijo acerca de esto Z., uno de nosotros, quien conmigo se esforzaba por comprender y desarrollar la idea de los cosmos.

Pero cuando tratamos una o dos veces de hablar de esto con G., él persistió en sus definiciones.

Me acuerdo que un día, al irse G. de San Petersburgo —quizás fue en su última salida en 1917— uno de nosotros le preguntó, en el andén de la estación, algo relacionado con los cosmos.

—Traten de comprender lo que significa el Microcosmos, respondió G. Si logran esto, todo el resto, todo aquello sobre lo que me preguntan, se hará claro para ustedes."

Recuerdo que desde entonces, cuando volvíamos sobre este asunto, nos parecía mucho más fácil de resolver desde el momento en que tomábamos al hombre como

Microcosmos.

Por cierto ésta era una fórmula, pero que estaba en perfecto acuerdo con todo el sistema que estudiaba al mundo y al hombre. Cada ser viviente —un perro, un gato, un árbol— podría tomarse como un Microcosmos; la combinación de todos los seres vivientes constituía el Tritocosmos o la vida orgánica sobre la tierra. Estas definiciones me parecían las únicas lógicamente posibles. No podía comprender por qué se oponía G. a ellas.

Sea como fuese, algún tiempo después, al examinar una vez más el problema de los cosmos, decidí considerar al hombre como el Microcosmos y al Tritocosmos como la "vida orgánica sobre la tierra".

De esta manera, un gran número de cosas comenzaron a parecerme mucho más coherentes. Un día en el que hojeaba un manuscrito que G. me había dado, titulado "Vislumbres de la Verdad", la historia inconclusa que se había leído en el grupo de Moscú la primera vez que asistí, descubrí en él las expresiones "Macrocosmos" y "Microcosmos"; y "Microcosmos" significaba en ella el hombre:

"Ahora tienen ustedes alguna idea de las leyes que gobiernan la vida del Macrocosmos, y han regresado a la tierra. Acuérdense de aquello de: *"Como arriba así abajo"*. Yo creo que ahora sin explicaciones adicionales, ya no rehusarán ustedes el admitir que la vida del hombre individual —el Microcosmos— está gobernada por las mismas leyes."—*Vislumbres de la Verdad*.

Esto reforzó aún más nuestra decisión de tomar el término "Microcosmos" como aplicable al hombre. Pero más tarde comprendimos claramente por qué G. deseaba hacernos aplicar el concepto "Microcosmos" a las magnitudes microscópicas en comparación con el hombre; y hacia lo cual de esta manera él quería dirigir nuestros pensamientos.

Me acuerdo de una conversación sobre este tema. —Si queremos representar gráficamente la interrelación de los cosmos, había dicho yo, debemos considerar al Microcosmos, es decir al hombre, como un punto; en otros términos debemos tomarlo sobre una escala muy pequeña, y de cierta manera a una gran distancia de nosotros. Ahora, su vida en el Tritocosmos, es decir en medio de sus semejantes y de la naturaleza, será la línea que él traza sobre la superficie del globo terrestre al desplazarse de un lugar a otro. En el Mesocosmos, o sea en su relación al movimiento de veinticuatro horas de la tierra alrededor de su eje, esta línea llegará a ser una superficie, mientras que en su relación al sol, es decir al tomar en consideración el movimiento de la tierra alrededor del sol, ella se tornará en un cuerpo tridimensional;

en otros términos se convertirá en algo realmente existente, en algo realizado. Pero como el punto esencial, es decir el hombre, o el Microcosmos, es también un cuerpo tridimensional, tenemos por consiguiente dos tridimensionalidades.

"En este caso, todas las posibilidades del hombre se realizan en el sol. Esto corresponde a lo que se ha dicho antes, especialmente que el hombre número 7 *deviene inmortal dentro de los límites del sistema solar*.

"Más allá del sol, esto es más allá del sistema solar, el hombre no tiene ni puede tener ninguna existencia; en otras palabras, desde el punto de vista del cosmos siguiente, no tiene existencia propia. El hombre no existe absolutamente en el Macrocosmos. El Macrocosmos es el cosmos en el cual se realizan las posibilidades del Tritocosmos y el hombre sólo puede existir en el Macrocosmos como un átomo del Tritocosmos. Las posibilidades de la tierra se realizan en el Megalocosmos, y las posibilidades del sol se realizan en el Protocosmos.

"Si el Microcosmos, o el hombre, es un cuerpo tridimensional, entonces el Tritocosmos —la vida orgánica sobre la tierra— es un cuerpo de cuatro dimensiones, la tierra tiene cinco dimensiones y el sol seis.

"La teoría científica usual toma al hombre como un cuerpo tridimensional; toma en su conjunto a la vida orgánica sobre la tierra más bien como un fenómeno que como un cuerpo tridimensional; toma a la tierra como un cuerpo tridimensional; al sol como un cuerpo tridimensional; al sistema solar como un cuerpo tridimensional; y también a la Vía Láctea como un cuerpo tridimensional.

"Resulta evidente la inexactitud de esta manera de ver, cuando tratamos de concebir la existencia de un cosmos inferior dentro de un cosmos superior, esto es, de un cosmos más pequeño dentro de uno más grande —por ejemplo, la existencia del hombre en la vida orgánica, o en sus relaciones con la vida orgánica. En este caso, la vida orgánica inevitablemente debe ser tomada en el tiempo. La existencia en el tiempo es una extensión a lo largo de la cuarta dimensión.

"La tierra tampoco puede ser considerada como un cuerpo tridimensional. Sería tridimensional si fuera estacionaria. Su movimiento alrededor de su eje hace del hombre un ser de cinco dimensiones, mientras que su movimiento alrededor del sol hace de la tierra misma un ser de cuatro dimensiones. La tierra no es una esfera sino una espiral que circunda al sol; y el sol no es una esfera sino una especie de huso dentro de esta espiral. La espiral y el huso, tomados en conjunto, podrían tener un movimiento lateral en el siguiente cosmos; pero ignoramos lo que resulta de este movimiento, porque no conocemos ni su naturaleza ni su dirección.

"Además, siete cosmos representan un «período de dimensiones»; pero esto no significa que la cadena de los cosmos termine con el Microcosmos. Si el hombre es un Microcosmos, esto es, un cosmos en sí mismo, entonces las células microscópicas que componen su cuerpo se encontrarán frente a él en la misma relación que él

mismo se encuentra frente a la vida orgánica sobre la tierra. Una célula microscópica, situada en el límite de la visibilidad de un microscopio, está compuesta de miles de millones de moléculas que pertenecen al siguiente grado, al siguiente cosmos. Yendo aún más lejos, podemos decir que el cosmos que sigue a este último será el electrón. Así hemos obtenido un segundo Microcosmos —la célula; un tercer Microcosmos — la molécula— y un cuarto Microcosmos —el electrón. Estas divisiones y definiciones, a saber, «células», «moléculas» y «electrones», posiblemente son muy imperfectas; puede ser que con el tiempo la ciencia establezca otras; pero el principio seguirá siendo siempre el mismo y la relación de los cosmos inferiores al Microcosmos será siempre de este mismo orden."

Es difícil reconstruir todas las conversaciones que tuvimos en esa época acerca de los cosmos.

Yo regresaba muy a menudo a las palabras de G. sobre la diferencia de tiempo en los diferentes cosmos. Sentía que allí había un enigma que yo podía y tenía que resolver.

Finalmente, habiendo decidido tratar de coordinar todas mis ideas sobre el asunto, tomé al hombre como el Microcosmos. Tomé al cosmos que viene inmediatamente después del hombre como la "vida orgánica sobre la tierra", a la cual llamé "Tritocosmos" —a pesar de que no comprendía este término, porque habría sido incapaz de decir por qué la vida orgánica sobre la tierra era el "tercer" cosmos. Pero el término importa poco. De esta manera todo concordaba con el sistema de G. Más abajo del hombre, es decir entre los cosmos más pequeños, el más cercano era la "célula". De ninguna manera cualquier célula, ni una célula bajo cualquier condición, sino una célula de cierta dimensión, tal como por ejemplo la célula embrionaria del organismo humano. Se tomaría una célula *ultra microscópica* como cosmos siguiente. La idea de dos cosmos en el mundo microscópico, esto es, la idea de dos individuos microscópicos, que difieren uno del otro tan completamente como el hombre difiere de la célula embrionaria —es perfectamente evidente en la bacteriología.

El cosmos siguiente sería la molécula, y el siguiente el electrón. Ni la definición de "molécula" ni la de "electrón" me parecían muy satisfactorias, pero a falta de cualquier otra, se podían usar.

Indudablemente, tal orden de sucesión introducía o mantenía una completa inconmensurabilidad entre los cosmos, esto es, respetaba la proporción cero-infinito. Y además, este sistema nos permitía construcciones muy interesantes.

Tan solo un año después de haberla oído, la idea de los cosmos fue desarrollada aún más; esto es, en la primavera de 1917 cuando por primera vez logré construir una "tabla de tiempo en los diferentes cosmos". Pero hablaré de esta tabla más adelante.

Sólo agregaré que G. nunca explicó, como lo había prometido, los nombres de los



cosmos y el origen de esos nombres.

## Capítulo once

*"Si el grano de trigo no muere, no lleva fruto". Un libro de aforismos. Despertar, morir, nacer. ¿Qué impide al hombre nacer de nuevo? ¿Qué impide al hombre "morir"? ¿Qué impide al hombre despertar? Al hombre le falta darse cuenta de su propia nulidad, ¿Qué quiere decir darse cuenta de su propia nulidad? ¿Qué impide este darse cuenta? La influencia hipnótica de la vida. El sueño en el cual viven los hombres es un sueño hipnótico. El mago y las ovejas. La imaginación. "Kundalini". Los relojes despertadores. El trabajo organizado. Los grupos. ¿Es posible trabajar en grupo sin maestro? El trabajo del estudio de sí en los grupos. Los espejos. El intercambio de observaciones. Condiciones generales e individuales. Reglas. El "defecto principal". El darnos cuenta de nuestra propia nulidad. El peligro de la imitación en el trabajo. "Barreras". Verdad y mentira. Sinceridad hacia si mismo. Esfuerzos. Acumuladores. El gran acumulador. Trabajo intelectual y trabajo emocional. Necesidad de sentir. Posibilidad de comprender con el sentimiento lo que no se puede comprender con la cabeza. El centro emocional es un aparato más sutil que el centro intelectual. Explicación del bostezo en función de los acumuladores. Papel y significación de la risa en la vida. Ausencia de risa en los centros superiores.*

—Las preguntas que se me hacen, nos dijo un día G., a menudo se relacionan con textos o parábolas de los Evangelios. A mi parecer, todavía no ha llegado para nosotros el momento de hablar de los Evangelios. Esto requeriría mayor conocimiento. Pero de vez en cuando, tomaremos ciertos textos de los Evangelios como puntos de partida para nuestras conversaciones. De esta manera ustedes llegarán a leerlos como es debido, y sobre todo a comprender que generalmente faltan los puntos más esenciales en los textos conocidos por nosotros.

"Tomemos para comenzar el texto bien conocido sobre la semilla que tiene que morir para nacer. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto».<sup>[11]</sup>

"Este texto tiene múltiples significaciones y volveremos a él a menudo. Pero ante todo, es indispensable reconocer que el principio que contiene se aplica cabalmente al hombre.

"Hay un libro de aforismos que nunca ha sido publicado y que probablemente no lo será jamás. Ya he hablado de él cuando nos preguntábamos sobre el sentido del saber, y el aforismo que les he citado ha sido extraído de él.

"Con referencia a lo que estamos hablando ahora, este libro decía:

«El hombre puede nacer, pero para nacer primero debe morir; y para morir,

*primero debe despertar.»*

"En otra parte, este mismo libro dice:

*«Cuando el hombre despierta, puede morir; cuando muere, puede nacer.»*

"Debemos comprender lo que esto significa.

"«Despertar», «morir», «nacer». Estas son tres etapas sucesivas. Si estudian los Evangelios con atención, verán que se trata a menudo sobre la posibilidad de «nacer», pero los textos no hablan menos de la necesidad de «morir», y también muy a menudo de la necesidad de «despertar»: «Velad, porque no conocéis ni el día ni la hora...» Pero estas tres posibilidades: despertar (ó no dormir), morir, y nacer, no se ponen en relación una con otra. Sin embargo, toda la cuestión está allí. Si un hombre muere sin haber despertado, no puede nacer. Si un hombre nace sin haber muerto, puede devenir una «cosa inmortal». Así, el hecho de no haber «muerto» impide que el hombre «nazca»; y el hecho de no haber despertado le impide «morir»; y de haber nacido antes de «morir», este hecho le impedirá «ser».

"Ya hemos hablado lo suficiente del significado del «nacimiento». Nacer no es sino otra palabra para designar el comienzo de un nuevo crecimiento de la esencia, el comienzo de la formación de la individualidad, el comienzo de la aparición de un «Yo» indivisible.

"Pero para ser capaz de alcanzarlo, o al menos de entrar en este camino, el hombre debe morir; esto quiere decir que debe liberarse de una multitud de pequeños apegos y de identificaciones que lo mantienen en la situación en que se encuentra actualmente. En su vida tiene apego por todo, está apegado a su imaginación, apegado a su estupidez, apegado aun a sus sufrimientos —y quizás a sus sufrimientos más aún que a cualquier otra cosa. Debe liberarse de este apego. El apego a las cosas, la identificación con las cosas, mantienen vivientes en el hombre un millar de «yoes» inútiles. Estos «yoes» deben morir para que el gran Yo pueda nacer. Pero ¿cómo se puede hacerlos morir? No quieren morir. Es aquí donde la posibilidad de despertar viene en nuestra ayuda.

"Despertar significa darse cuenta de su propia nulidad, es decir, darse cuenta de su propia mecanicidad, completa y absoluta, y de su propia impotencia, no menos completa ni menos absoluta. Pero no basta comprenderlo filosóficamente con palabras. Hay que comprenderlo con hechos sencillos, claros, concretos, con hechos que nos conciernen. Cuando un hombre comienza a conocerse un poco, ve en sí mismo muchas cosas que no pueden dejar de horrorizarlo. En tanto que un hombre no se horrorice, no sabe nada sobre sí mismo.

"Un hombre ha visto en sí mismo algo que lo horroriza. Decide deshacerse de esto, eliminarlo, acabar con ello. Sin embargo, siente que a pesar de sus esfuerzos no puede hacerlo, que todo permanece como antes. Entonces verá su impotencia, su miseria y su nulidad; o también, cuando comienza a conocerse a sí mismo, un hombre

ve que no posee nada, es decir que todo lo que él consideraba como suyo, sus ideas, sus pensamientos, sus convicciones, sus hábitos, aun sus defectos y sus vicios, nada de todo esto le pertenece: todo ha sido tomado de cualquier parte, todo ha sido copiado tal cual es. El hombre que siente esto puede sentir su nulidad. Al sentir su nulidad, no por un segundo ni por un momento, sino constantemente, un hombre se verá tal cual es en realidad, y no lo olvidará jamás.

"Esta conciencia continua de su nulidad y de su miseria, finalmente le dará el valor para «morir», es decir para morir no simplemente en su mente, o en teoría, sino morir de hecho, y renunciar positivamente y para siempre a todos estos aspectos de sí mismo que no ofrecen ninguna utilidad desde el punto de vista de su crecimiento interior, o que se le oponen. Estos aspectos son ante todo su «falso Yo», y luego todas sus ideas fantásticas sobre su «individualidad», su «voluntad», su «conciencia», su «capacidad de hacer», sus poderes, su iniciativa, sus capacidades de decisión, y así sucesivamente.

"Mas para llegar un día a ser capaz de ver una cosa *todo el tiempo*, hay que verlo primero una vez, aunque sea por un segundo. Todos los nuevos poderes, todas las capacidades de realización, vienen de una sola y misma manera. Al comienzo se trata sólo de raras vislumbres que no duran sino un instante; luego éstas pueden reproducirse más a menudo y durar cada vez más tiempo, hasta que al fin, después de un larguísimo trabajo, se vuelven permanentes. La misma ley se aplica al despertar. Es imposible despertar completamente de un solo golpe. Hay que comenzar primero por despertar durante muy breves instantes. *Pero hay que morir de golpe y para siempre*, después de haber hecho un cierto esfuerzo, después de haber triunfado sobre un cierto obstáculo, después de haber tomado una cierta decisión, de la cual no se puede retroceder. Esto sería difícil y aun imposible, si no se hubiera hecho anteriormente un despertar lento y gradual.

"Pero hay miles de cosas que impiden que el hombre despierte y que lo mantienen en poder de sus sueños. Para actuar conscientemente con la intención de despertar, hay que conocer la naturaleza de las fuerzas que retienen al hombre en el sueño.

"Ante todo, hay que comprender que el sueño en el cual existe el hombre no es un sueño normal, sino hipnótico. El hombre está hipnotizado, y este estado hipnótico está mantenido y reforzado continuamente en él. Todo pasa como si hubiera ciertas «fuerzas» para las cuales sería útil y beneficioso el mantener al hombre en un estado hipnótico, con el fin de impedirle que vea la verdad y que se dé cuenta de su situación.

"Cierta cuento oriental habla de un mago muy rico que tenía numerosos rebaños de ovejas. Este mago era muy avaro. No quería contratar pastores, y no quería cercar los prados donde pacían sus ovejas. Las ovejas se extraviaban en el bosque, se caían

de los barrancos, se perdían, y sobre todo se fugaban cuando se aproximaba el mago, porque sabían que él quería su carne y su piel. Y a las ovejas esto no les agradaba.

"Por fin, el mago encontró el remedio. *Hipnotizó* a las ovejas y les sugirió primeramente que eran inmortales, y que no les haría ningún daño el ser despellejadas, que al contrario este tratamiento era excelente para ellas, y aun agradable; luego el mago les sugirió que él era un *buen pastor* que amaba mucho a su rebaño, que estaba dispuesto a hacer toda clase de sacrificios por él; en fin, les sugirió que si les llegase a suceder la menor cosa, eso no ocurriría en ningún caso ahora, ese mismo día, y que *por consiguiente* no tenían que preocuparse. Después el mago les metió en la cabeza que de ninguna manera eran ovejas; sugirió a algunas que eran *leones*, a otras que eran *águilas*, y a otras que eran *hombres* o que eran *magos*.

"Hecho esto sus ovejas no le causaron más molestias ni preocupación. No se escapaban más, esperando por el contrario con serenidad el instante en que el mago las esquilara o las degollara.

"Este cuento ilustra perfectamente la situación del hombre.

"En la literatura llamada «oculta», ustedes probablemente han encontrado las expresiones «Kundalini», «el fuego de Kundalini» o «la serpiente de Kundalini». Estos términos se emplean a menudo para señalar un poder extraño latente en el hombre que puede ser despertado. Pero ninguna de las teorías conocidas da la verdadera explicación de la fuerza de Kundalini. Esta fuerza se atribuye a veces al sexo, a la energía sexual, es decir se asocia a la idea de que es posible emplear la energía del sexo para otros fines. Esta última interpretación es completamente errónea, porque Kundalini puede estar en todas las cosas. Y sobre todo, Kundalini no es en ningún caso algo deseable o útil para el desarrollo del hombre. Es muy curioso notar cómo los ocultistas se han valido de una palabra cuya significación han alterado completamente, logrando hacer de esta muy peligrosa fuerza un objeto de esperanza y una promesa de bendición.

"En realidad, Kundalini es el poder de la imaginación, el poder de la fantasía, *que usurpa el lugar de una función real*. Cuando un hombre sueña en vez de actuar, cuando sus sueños toman el lugar de la realidad, cuando un hombre se toma a sí mismo por un león, un águila o un mago, es la fuerza de Kundalini que actúa en él. Kundalini puede actuar en todos los centros, y con su ayuda todos los centros pueden satisfacerse, ya no en lo real sino en lo imaginario. Una oveja que se toma a sí misma por un león o por un mago, vive bajo el poder de Kundalini.

"Kundalini es una fuerza que ha sido introducida en los hombres para mantenerlos en su estado actual. Si los hombres pudieran darse cuenta realmente de su situación, si pudieran darse cuenta de todo el horror de esto, serían incapaces de seguir siendo como son, ni siquiera por un segundo. Comenzarían en seguida a buscar una salida, y la encontrarían muy rápidamente *porque hay una salida*; pero los

hombres no la ven, simplemente porque están hipnotizados. Kundalini es la fuerza que los mantiene en un estado de hipnosis. Para el hombre, despertar significa estar «deshipnotizado». Allí está la dificultad principal, pero es igualmente allí donde encontramos la garantía de la posibilidad del despertar, porque no hay legitimación orgánica para tal sueño —el hombre *puede* despertar.

"Teóricamente, lo puede hacer, pero prácticamente es casi imposible, porque tan pronto un hombre abre los ojos, despertando por un momento, todas las fuerzas que lo retienen en el sueño ejercitan de nuevo sobre él una fuerza diez veces más fuerte, e inmediatamente recae en el sueño, muy a menudo *soñando* que está despierto o que está despertando.

"En el sueño ordinario, en ciertos casos un hombre quisiera despertar, pero no puede. Se dice que está despierto, pero en realidad continúa durmiendo —y esto puede producirse repetidas veces antes de que por fin despierte. En el caso del sueño ordinario, una vez despierto el hombre se encuentra en un estado diferente; pero en el caso del sueño hipnótico, es otra cosa: no hay signos objetivos, al menos cuando uno comienza a despertar; el hombre no se puede pellizcar para ver si está dormido. Y si un hombre —que Dios lo guarde— ha oído hablar alguna vez de *signos objetivos*, Kundalini los transforma inmediatamente en imaginación y ensueños.

"Por no darse cuenta cabalmente de la dificultad de despertar, es imposible comprender la necesidad de un trabajo largo y duro para despertar.

"Por lo general, ¿qué es necesario para despertar a un hombre dormido? Se necesita un buen choque. Pero cuando un hombre está profundamente dormido, un solo choque no es suficiente. Se necesita un largo período de choques incesantes. Por lo tanto tiene que haber alguien para administrar estos choques. He dicho antes que un hombre deseoso de despertar tiene que contratar a un ayudante que se encargue de sacudirlo durante largo tiempo. Pero ¿a quién puede contratar si todo el mundo duerme? Contrata a alguien para que lo despierte, pero éste también cae dormido. ¿De qué le sirve? En cuanto a un hombre realmente capaz de mantenerse despierto, es probable que rehusará perder su tiempo despertando a los demás. Puede tener su propio trabajo, mucho más importante para él.

"Hay también la posibilidad de despertar por medios mecánicos. Se puede usar un reloj despertador. Pero por desgracia uno se acostumbra demasiado rápidamente a cualquier despertador; simplemente deja de oírlo. Se necesitan entonces muchos despertadores, con timbres variados. Un hombre debe literalmente rodearse de despertadores que le impidan dormir. Pero aquí nuevamente surgen dificultades. Hay que darles cuerda a los despertadores; para darles cuerda uno tiene que acordarse de ellos; a fin de acordarse de ellos uno tiene que despertar a menudo. Pero lo que es aún peor, un hombre se acostumbra a todos los despertadores, y después de cierto tiempo sólo le sirven para dormir mejor. Por consiguiente, hay que cambiar los despertadores

continuamente, y es necesario siempre inventar nuevos. En el curso del tiempo, esto puede ayudar al hombre a despertar. Pero hay muy poca probabilidad de que un hombre haga todo este trabajo, de dar cuerda, inventar y cambiar despertadores, todo por sí mismo, sin ayuda de afuera. Lo más probable es que habiendo comenzado este trabajo, no tardará en dormirse, y dormido soñará que inventa despertadores, que les da cuerda y que los cambia —y como ya lo he dicho, con esto sólo dormiré mejor.

"Por consiguiente, para despertar, se necesita toda una combinación de esfuerzos. Es indispensable que haya alguien para despertar al durmiente; es indispensable que haya alguien para vigilar al que lo despierta; hay que tener despertadores, y también hay que inventar constantemente nuevos despertadores.

"Pero para llevar a cabo este propósito y obtener resultados, cierto número de personas deben trabajar en conjunto.

"Un hombre solo no puede hacer nada.

"Antes que nada, necesita ayuda. Pero un hombre solo no puede contar con ayuda. Aquellos que son capaces de ayudar, valorizan su tiempo en un precio muy alto. Naturalmente prefieren ayudar, digamos, a veinte o treinta personas que quieren despertar, más bien que a una sola. Además, como ya lo he dicho, un hombre puede engañarse fácilmente sobre su despertar, tomando por despertar lo que es simplemente un nuevo sueño. Si varias personas deciden luchar juntas contra el sueño, se despertarán mutuamente. Sucede muy a menudo que veinte de ellos duermen, pero la vigésima primera se despertará, y despertará a las demás. Lo mismo pasa con los despertadores. Un hombre inventa un despertador, un segundo inventa otro, después podrán hacer un intercambio. En conjunto pueden ser entre sí de gran ayuda, y sin esta mutua ayuda nadie puede lograr nada.

"Por lo tanto, un hombre que quiere despertar tiene que buscar otras personas que también quieran despertar, a fin de trabajar con ellas. Esto, sin embargo, es más fácil decirlo que hacerlo, porque poner en marcha tal trabajo y organizarlo requiere un conocimiento que un hombre ordinario no posee. El trabajo tiene que ser organizado y tiene que tener un jefe. Sin estas dos condiciones el trabajo no puede producir los resultados esperados, y todos los esfuerzos serán vanos. Los hombres pueden torturarse, pero estas torturas no los harán despertar. Parece que para algunas personas, nada es más difícil de comprender. Por sí mismas y por su propia iniciativa, pueden ser capaces de grandes esfuerzos y de grandes sacrificios. Pero como sus primeros esfuerzos y sus primeros sacrificios deben consistir en obedecer a otro, nada en el mundo los inducirá jamás a hacerlo. Y no quieren admitir que todos sus esfuerzos y todos sus sacrificios, en este caso, no pueden servir de nada.

"El trabajo tiene que ser organizado, y no puede ser organizado sino por un hombre que conoce sus problemas y sus metas, que conoce sus métodos; por un hombre que a su vez ha pasado por un trabajo igualmente organizado.

"El trabajo comienza generalmente en un grupo pequeño. Este grupo por lo general está conectado con toda una serie de grupos análogos de diferentes niveles, cuyo conjunto constituye lo que se puede llamar una «escuela preparatoria».

"La primera característica de los grupos, su rasgo más esencial, es que no se constituyen según el deseo y las preferencias de sus miembros. Los grupos son constituidos por el maestro, quien desde el punto de vista de sus metas selecciona los tipos de hombre capaces de ser útiles unos a otros.

"Ningún trabajo de grupo es posible sin un maestro. El trabajo de grupo con un mal maestro sólo puede producir resultados negativos.

"La segunda característica importante del trabajo de grupos es que éstos pueden estar conectados con alguna *meta* de la cual los que comienzan el trabajo no tienen la menor idea, y que no se les puede explicar hasta que ellos comprendan la esencia y los principios del trabajo, y todas las ideas conectadas con él. Pero esta meta hacia la cual van y a la que sirven sin conocerla, es el principio de equilibrio sin el cual su propio trabajo no podría existir. La primera tarea es comprender esta meta, es decir, la meta del maestro. Cuando han comprendido esta meta —aunque al comienzo sea sólo parcialmente— su propio trabajo se torna más consciente y por lo tanto puede dar mejores resultados. Pero, como ya lo he dicho, a menudo sucede que la meta del maestro no puede ser explicada al comienzo.

"Por lo tanto, la primera meta de un hombre que comienza el estudio de sí, debe ser incorporarse a un grupo. El estudio de sí sólo puede realizarse en grupos debidamente organizados. Un hombre solo no puede verse a sí mismo. Pero cierto número de personas asociadas para este fin aportarán una mutua ayuda, aun sin quererlo. Una característica típica de la naturaleza humana es que un hombre siempre ve los defectos de los otros más fácilmente que los suyos. Al mismo tiempo, en la senda del estudio de sí, un hombre aprende que él mismo posee todos los defectos que encuentra en los demás. Pero hay muchas cosas que no ve en sí mismo, mientras que en otros las comienza a ver. Sin embargo, como acabo de decir, ahora sabe que estas características son también suyas. Por lo tanto los otros miembros del grupo le sirven de espejos en los cuales se ve a sí mismo. Pero, por supuesto, a fin de verse a sí mismo en los defectos de sus compañeros y no meramente verles sus faltas, un hombre debe estar en guardia sin tregua, y ser muy sincero consigo mismo.

"Debe recordar que no es uno; que una parte de sí mismo es el hombre que quiere despertar y que la otra parte —«Ivanov», «Petrov» o «Zakharov»— no tiene deseo alguno de «despertar» y que tiene que ser despertada a la fuerza.

"Usualmente un grupo es un pacto concertado entre los *Yoés* de cierto número de personas para emprender juntos la lucha contra todos los «Ivanov», «Petrov» y «Zakharov», es decir contra sus «falsas personalidades».



"Tomemos a Petrov. Petrov consiste en dos partes —Yo y «Petrov». Pero Yo carece de fuerzas frente a Petrov. Petrov es el amo. Supongamos que hay veinte personas; veinte Yoes comienzan entonces a luchar contra un solo Petrov. Ahora ellos se pueden mostrar más fuertes que él. En todo caso, pueden malograrle su sueño, impedirle dormir tan tranquilamente como antes. Y así, la meta se alcanza.

"Además, en el trabajo del estudio de sí, cada uno comienza a acumular todo un material que resulta de las observaciones de sí mismo. Veinte personas tendrán veinte veces más material. Y cada una de ellas podrá usar la totalidad de este material, porque el intercambio de las observaciones es uno de los propósitos de la existencia de los grupos.

"Cuando se está organizando un grupo, se les imponen ciertas condiciones a todos sus miembros; además, se prevén condiciones especiales para cada uno.

"Las condiciones generales impuestas al comienzo del trabajo son habitualmente de este tipo: primero se les explica a todos los miembros del grupo que tienen que mantener secreto todo cuanto oyen y aprenden en el grupo, y no solamente mientras sean miembros, sino de una vez por todas y para siempre.

"Esta es una condición indispensable cuyo principio debe ser asimilado desde el comienzo mismo. En otras palabras, deben comprender que en esto no hay la menor tentativa de hacer un secreto de lo que no es esencialmente un secreto, ni hay la intención deliberada de privarlos del derecho de intercambiar ideas con sus allegados o con sus amigos.

"La simple razón de esta condición es el hecho de que *son incapaces* de transmitir correctamente lo que oyen en los grupos. Pero muy pronto, *a través de su propia experiencia personal* comienzan a apreciar cuantos esfuerzos, cuánto tiempo, y cuántas explicaciones se necesitan para llegar a comprender lo que se dice en los grupos. Se vuelve claro para ellos entonces que son incapaces de dar a sus amigos una idea justa de lo que ellos mismos han aprendido. Al mismo tiempo, comienzan a comprender que al dar a sus amigos *ideas equivocadas* les cortan para siempre toda posibilidad de acercamiento al trabajo, o de poder comprender algo —sin considerar el hecho de que de este modo van creando para ellos mismos toda clase de dificultades y de sinsabores para el futuro. Si a pesar de esta advertencia un hombre trata de transmitir a sus amigos lo que se ha hablado en los grupos, muy pronto se convencerá de que las tentativas en esta dirección dan resultados enteramente inesperados e indeseables. O bien las personas comienzan a discutir con él, y sin querer escucharle tratan de imponerle sus propias teorías, o bien interpretan mal todo cuanto él les dice, atribuyendo un sentido completamente diferente a todo lo que le oyen decir. Viendo esto y comprendiendo la inutilidad de tales tentativas, un hombre comienza a ver la legitimidad de esta condición.

"Además, hay otra razón, no menos importante: es muy difícil para un hombre

guardar silencio acerca de las cosas que le interesan. Le gustaría hablar de ellas a todos aquellos con quienes suele compartir sus pensamientos, como él dice. Este es el más mecánico de todos los deseos y en este caso el silencio es la forma de abstinencia más difícil. Por el contrario, si un hombre comprende esta regla, o al menos, la sigue, constituirá para él el mejor de los ejercicios para el recuerdo de sí y para el desarrollo de la voluntad. Sólo un hombre capaz de guardar silencio cuando es necesario puede ser su propio amo.

"Para muchas personas —especialmente para aquellas que acostumbran a considerarse como serias y sensatas, o como reservadas, amantes sobre todo de la soledad y de la reflexión— les es muy difícil reconocer que una de sus características principales es el parloteo. Por esta razón esta exigencia es especialmente importante. Si un hombre se acuerda de esto y se compromete a conformarse a ello, descubrirá numerosos aspectos de sí mismo que nunca había notado antes.

"Además se les exige a los miembros de cada grupo decir a su *maestro* toda la verdad.

"Esto también debe ser comprendido claramente. La gente no se da cuenta del lugar inmenso que ocupa la mentira en su vida, al menos *la supresión de la verdad*. Todos son incapaces de ser sinceros tanto consigo mismos como con los demás. Ni siquiera comprenden que aprender a ser sinceros *cuando esto es necesario* es una de las cosas más difíciles del mundo. Imaginan que decir o no decir la verdad, ser o no sinceros, depende de ellos. Por consiguiente, deben aprender a ser sinceros, y aprenderlo ante todo en relación con el *maestro* de su trabajo. Mentir deliberadamente al maestro, o ser insincero con él, o simplemente ocultarle algo, hace la presencia de éstos en el grupo completamente inútil y es aún peor que ser groseros o descorteses con él o en su presencia.

"Lo que se exige luego de los miembros de un grupo es el *recordar la razón por la cual han venido al grupo*. Han venido para aprender y para trabajar sobre ellos mismos —y para aprender y trabajar, no de acuerdo a sus propias ideas, sino como se les dice que lo hagan. Por lo tanto, si una vez en el grupo comienzan por sentir desconfianza hacia el maestro y a expresarla, a criticar sus acciones, a demostrar que ellos entienden mejor que él cómo debería ser conducido el grupo, y sobre todo si muestran una falta de respeto, aspereza, impaciencia, tendencia a discutir, todo esto pone fin, de inmediato, a toda posibilidad de trabajo, porque el trabajo no es posible sino en la medida en que la gente recuerde que ha venido para aprender y no para enseñar.

"Cuando un hombre comienza a desconfiar de su maestro, el maestro pierde toda utilidad para él, y él mismo se vuelve inútil para el maestro, y en este caso, es preferible para él que se marche y busque otro maestro o trate de trabajar solo. Esto no le hará ningún bien, pero en todo caso le hará menos daño que mentir, o suprimir

la verdad, o resistir y desconfiar del maestro.

"Además de estas exigencias fundamentales, se presume, por supuesto, que los miembros de cada grupo deben trabajar. Si se contentan con frecuentar el grupo y no trabajan, sino que sólo imaginan que están trabajando, o si consideran su mera presencia en el grupo como trabajo, o también como sucede a menudo, asisten a las reuniones como pasatiempo, considerando al grupo como un lugar para encuentros agradables, entonces su «presencia» en el grupo se vuelve completamente inútil. Y cuanto antes sean despedidos o salgan por su propia decisión, tanto mejor será para ellos y para los otros.

"Las exigencias fundamentales que han sido enumeradas determinan las reglas obligatorias para todos los miembros de un grupo. En primer lugar, estas reglas ayudan a todo aquél que quiere realmente trabajar en substraerse de miles de cosas que puedan detenerlo o dañar su trabajo, y en segundo lugar *le ayudan a recordarse a sí mismo*.

"Sucede muy a menudo, al comienzo del trabajo, que una u otra regla disgusta a los miembros de un grupo. Y hasta llegan a preguntar: *¿No podemos trabajar sin reglas?* Las reglas les parecen como un constreñimiento inútil impuesto a su libertad, o como una formalidad fastidiosa; y el hacerles recordar sin cesar estas reglas lo toman como una muestra de animosidad o descontento de parte del maestro.

"En realidad las reglas constituyen la primera y principal *ayuda* que reciben del trabajo. Es evidente que las reglas no tienen por objeto el entretenerlos, darles satisfacciones, ni hacerles las cosas más fáciles. Las reglas persiguen un objetivo definido: el hacerlos comportarse como se comportarían *si fuesen*, es decir, si se recordasen a sí mismos y comprendiesen cómo deberían conducirse con la gente fuera del trabajo, con la gente en el trabajo, y con el maestro. Si pudiesen recordarse a sí mismos y comprenderlo, ninguna regla sería ya necesaria. Pero al comienzo del trabajo no son capaces de recordarse a sí mismos, y no comprenden nada de todo esto, de modo que estas reglas son indispensables; y las reglas no pueden ser jamás fáciles, placenteras o cómodas. Por el contrario, deben ser difíciles, desagradables e incómodas; de otro modo, no responderían a su propósito. Las reglas son los relojes despertadores que sacan al durmiente de su sueño. Pero éste, abriendo los ojos por un segundo, se indigna cuando oye sonar el reloj, y pregunta: *¿No puede uno despertar sin todos estos despertadores?*

"Al lado de estas reglas generales, hay ciertas condiciones particulares que también se le imponen a cada persona; se relaciona generalmente con su defecto o rasgo principal.

"Pero aquí hay que dar unas explicaciones.

"El carácter de todo hombre presenta un cierto rasgo que le es central — comparable a un eje alrededor del cual gira toda su «falsa personalidad». El trabajo

personal de todo hombre tiene que consistir esencialmente en una lucha con este defecto principal. Esto explica el porqué no puede haber reglas generales de trabajo y por qué todos los sistemas que intentan establecer tales reglas, o no conducen a nada o causan daño. ¿Cómo podría haber reglas generales? Lo que es necesario para uno es dañino para otro. Un hombre habla demasiado; debe aprender a callar. Otro hombre se queda callado cuando debe hablar y debe aprender a hablar —así es siempre y en todo. Las reglas generales del trabajo de los grupos se refieren a todo el mundo. Las indicaciones personales no conciernen a nadie sino a quien están destinadas. Nadie puede descubrir por sí solo su rasgo o su defecto más característico. Esto es prácticamente una ley. El maestro tiene que enseñarle al alumno su defecto principal y mostrarle cómo combatirlo. Sólo el maestro lo puede hacer.

"El estudio del «defecto principal» y la lucha contra este defecto, constituyen, en alguna forma, el sendero individual de cada hombre, pero la meta debe ser la misma para todos. Esta meta es el darse cuenta de su propia nulidad. Un hombre debe ante todo convencerse verdaderamente y con toda sinceridad de su propia impotencia, de su propia nulidad; y es sólo cuando llegue a sentirla constantemente que *estará preparado para las próximas y mucho más difíciles etapas del trabajo.*

"Todo lo que ha sido dicho hasta ahora se refiere a grupos reales conectados con un trabajo real; y este trabajo, a su vez se conecta con lo que hemos llamado el «cuarto camino». Pero hay muchos pseudo-caminos, pseudo-grupos y pseudo-trabajos que son sólo imitaciones exteriores. No se trata ni siquiera de magia negra.

"Se me ha preguntado con frecuencia en qué consistía la «magia negra», y he contestado que no hay magia roja, ni verde, ni amarilla. Hay la mecánica, es decir, «lo que sucede», y hay el «hacer». «Hacer» es magia, y no hay sino una clase de «hacer». No puede haber dos clases. Pero puede haber una falsificación de ello, una imitación exterior de las apariencias del «hacer», que no puede dar ningún resultado objetivo, pero que si puede engañar a gente ingenua y suscitar en ellos fe, infatuación, entusiasmo y aun fanatismo.

"Es por eso que en el trabajo verdadero, es decir, en el verdadero «hacer», ninguna infatuación es ya posible. Lo que ustedes llaman magia negra está basada en la infatuación y en la posibilidad de jugar con las debilidades humanas. La magia negra no significa de manera alguna magia del mal. Les he dicho ya anteriormente que nadie jamás hace nada por amor al mal, o en interés del mal. Cada cual hace siempre todo en interés del bien, *tal como lo comprende.* De la misma manera, es totalmente equivocado afirmar que la magia negra es necesariamente *egoísta*, que en la magia negra un hombre forzosamente persigue provecho para sí mismo. Nada es más falso. La magia negra puede ser muy altruista, puede perseguir el bien de la humanidad, puede proponerse salvar a la humanidad de males reales o imaginarios. No, lo que merece el nombre de magia negra siempre tiene un carácter definido. Este

carácter es la tendencia a utilizar a la gente para alguna meta, aun la mejor, *sin su conocimiento y su comprensión*, ya sea suscitando en ella fe e infatuación, ya sea actuando sobre ella por medios del temor.

"Pero en conexión con esto, hay que tener presente que un «mago negro», sea bueno o malo, necesariamente ha pasado por una escuela. Ha aprendido algo, ha oído hablar de algo, sabe algo. Simplemente es un hombre «semieducado» que o bien ha sido expulsado de una escuela o la abandonó por sí mismo, habiendo decidido que ya sabía lo suficiente, que se negaba a quedarse más tiempo bajo tutela, y que podía trabajar independientemente y aun dirigir el trabajo de otros. Todo «trabajo» de esta clase sólo puede producir resultados subjetivos, es decir, sólo puede engañar más y más y favorecer el sueño en lugar de disminuirlo. Sin embargo, se puede aprender ciertas cosas de un mago negro —por malo que sea. Hasta puede sucederle que por accidente diga la verdad. Por eso digo que hay muchas cosas peores que la «magia negra», por ejemplo, toda clase de sociedades «espiritistas», «teosóficas» y otros grupos «ocultistas». Sus maestros no solamente nunca han estado en una escuela, sino que tampoco se han encontrado jamás con nadie que haya tenido contacto con una escuela. Su trabajo consiste simplemente en parodias. Pero un trabajo imitativo de esta clase produce una gran satisfacción de sí. Un hombre se toma como «maestro», otros se toman como sus «discípulos», y todo el mundo está contento. Ninguna constatación de la propia nulidad puede obtenerse de esta manera, y si algunos afirman que han llegado a este resultado, sólo se engañan o se equivocan —si no se trata de pura mentira. Por el contrario, lejos de darse cuenta de su propia nulidad, los miembros de tales círculos constatan su propia importancia e inflan su falsa personalidad.

"Al comienzo no hay nada más difícil que el verificar si el trabajo es justo o falso, si las indicaciones recibidas son válidas o erróneas. Con respecto a esto, la parte teórica del trabajo puede ser útil, porque permite que un hombre pueda formarse un juicio de ello más fácilmente. Sabe lo que conoce y lo que ignora. Sabe lo que se puede aprender por medios ordinarios y lo que no se puede aprender. Y si aprende algo nuevo, o algo que no puede ser aprendido de una manera ordinaria, de los libros o siguiendo un curso, esto, hasta cierto punto, es una garantía de que el otro lado, el lado práctico, puede también ser justo. Pero esto, naturalmente, está muy lejos de ser una garantía suficiente, porque aquí también los errores son posibles. Todas las sociedades, todos los círculos ocultistas o espiritistas afirman que poseen una nueva enseñanza. Y hay gente que los cree.

"En los grupos correctamente organizados no se requiere ninguna fe, se exige sólo un poco de confianza, y aun esto no por largo tiempo; porque cuanto más rápido un hombre comienza a probar la verdad de lo que oye, tanto mejor será para él.

"La lucha contra el «falso Yo», contra el rasgo o el defecto principal, es la parte

más importante del trabajo, pero esta lucha debe traducirse en hechos, no en palabras. Con este fin el maestro da a cada uno tareas definidas que para ser llevadas a cabo exigen la conquista del rasgo principal. Cuando un hombre se encarga de cumplir con una de estas tareas, él lucha consigo mismo y trabaja sobre sí mismo. Si evita las tareas, si esquivo su realización, esto significa ya sea que no quiere trabajar, o que no puede.

"Por regla general, el maestro da al comienzo sólo tareas muy fáciles que no se pueden aun llamar tareas, y no habla de ellas sino con palabras encubiertas: más bien que darlas, las sugiere. Si ve que se le comprende y que las tareas se realizan, pasa luego a tareas más difíciles.

"Estas nuevas tareas, aunque son sólo subjetivamente difíciles, se llaman «barreras». Una barrera seria tiene la particularidad que el hombre que llega a franquearla no puede jamás regresar a su vida ordinaria, a su sueño ordinario. Y si después de haber pasado la primera barrera, tiene miedo de las que siguen, si no va adelante, por así decirlo se detiene entre dos barreras y ya no puede ni avanzar ni retroceder. Nada peor puede sucederle a un hombre. Por eso, el maestro es siempre muy prudente en la elección de las tareas y de las barreras, en otras palabras, no se arriesga a dar tareas definidas que exigen la conquista de barreras interiores sino a aquellos que ya han sido probados en pequeñas barreras.

"A menudo sucede que las personas detenidas por alguna barrera, usualmente la más pequeña y la más simple, se levantan contra el trabajo, contra el maestro, contra los otros miembros del grupo y los acusan precisamente de lo que les acaban de revelar sobre sí mismos.

"Algunas veces se arrepienten después, y se culpan a sí mismos; luego vuelven la culpa a los demás; después de lo cual se arrepienten otra vez, y así sucesivamente. No hay nada que pueda mostrar mejor lo que es un hombre que su actitud hacia el trabajo y hacia el maestro *después de haberlos abandonado*. A veces se organiza este tipo de pruebas intencionalmente. Se pone a un hombre en tal situación que esté *obligado* a irse, lo que es perfectamente legítimo, puesto que tiene un agravio real, ya sea contra el maestro mismo o contra alguna otra persona. Después se continúa observando para ver cómo se comporta. Un hombre decente se comporta decentemente aun si se cree víctima de un error o de una injusticia. Por el contrario, en tales circunstancias muchas personas muestran un lado de su naturaleza que sin esto habría permanecido siempre oculto. Esto es un medio a veces indispensable para hacer resaltar la naturaleza de un hombre. Mientras usted es bueno con un hombre, él es bueno con usted. Pero ¿qué sucederá si usted lo araña un poco?

"Por lo demás, esto no es lo esencial; lo que es de capital importancia es la actitud personal de tal hombre, su propia *evaluación* de las ideas que recibe o ha recibido, y el hecho de que conservará o perderá esta evaluación. Un hombre puede imaginar

durante mucho tiempo y sinceramente que quiere trabajar, y aun hacer grandes esfuerzos, y luego puede arrojar todo por la borda y erguirse definitivamente contra el trabajo; entonces se justifica, inventa diversos contrasentidos, falsifica deliberadamente el sentido de todo lo que ha oído, y así sucesivamente.

—¿Qué le puede suceder como castigo? preguntó uno de los oyentes.

—Nada, ¿qué podría sucederle? respondió G. *Él es su propio castigo. ¿Y qué castigo puede ser peor?*

"Es imposible dar una descripción completa de la manera de conducir el trabajo de un grupo, continuó G. Todo tiene que ser vivido. Sólo puedo aludir a las cosas cuyo sentido verdadero será revelado solamente a los que van a trabajar, que van a aprender por experiencia lo que significan las barreras y qué dificultades presentan.

"De una manera completamente general, se puede decir que la conquista de la mentira es la barrera más difícil. El hombre miente tanto y tan constantemente a sí mismo y a los demás que deja de notarlo. Sin embargo, la mentira tiene que ser conquistada, vencida. Y el primer esfuerzo del alumno es vencer la mentira frente a su maestro. Tiene que decidir decirle sólo la verdad o dejar todo trabajo.

"Deben ustedes comprender que el maestro toma a su cargo una tarea muy difícil: la limpieza y la reparación de máquinas humanas. Naturalmente no acepta sino máquinas que le es posible reparar. Si una pieza esencial está rota o es incapaz de cumplir su función en la máquina, entonces rehúsa ocuparse de ella. Sin embargo, ciertas máquinas que aún podrían repararse se vuelven casos sin esperanza desde el momento en que empiezan a decir mentiras. Una mentira al maestro, aun insignificante, una disimulación cualquiera, tal como la de un alumno que no le dice al maestro lo que alguien le ha pedido que mantenga secreto, o lo que él mismo ha dicho a otro, pone fin inmediatamente a su trabajo, sobre todo si es que realmente ha hecho esfuerzos anteriores.

"Aquí hay algo que jamás deben olvidar: cada esfuerzo del alumno le trae un aumento de exigencias. Mientras no haya hecho esfuerzos serios, no se le puede exigir prácticamente nada, pero a medida que sus esfuerzos aumentan, aumenta también el peso de las exigencias. Cuanto más esfuerzos hace un hombre, tanto más se le exige.

"Cuando está en esta etapa, los alumnos cometen muy a menudo el error que comete todo el mundo. Creen que sus esfuerzos anteriores, sus méritos precedentes, les dan privilegios por así decirlo, que *disminuyen* lo que se puede exigir de ellos, y que constituyen para ellos cierta clase de excusa, en el caso de que no trabajen o aun de que luego cometan faltas. Esto es naturalmente el más profundo error. Nada de lo que un hombre hizo ayer puede servirle de excusa hoy. Es todo lo contrario. Si un hombre no ha hecho nada ayer, no se le puede pedir nada hoy; si ha hecho algo ayer, esto significa que hoy se le puede pedir más. Por cierto que esto no significa que es

mejor no hacer nada. El que no hace nada, nada recibe.

"Como ya lo he dicho, una de las primeras exigencias es la sinceridad. Pero hay diferentes clases de sinceridad. Hay la sinceridad inteligente y hay la sinceridad estúpida, exactamente como existe la disimulación inteligente y la disimulación estúpida. La sinceridad estúpida y la disimulación estúpida son igualmente mecánicas. Pero si un hombre desea aprender a ser *inteligentemente sincero*, debe ser sincero ante todo con su maestro y con sus mayores en el trabajo. Esto será «sinceridad inteligente». Sin embargo, es importante notar que la sinceridad no se debe convertir en «falta de consideración». La falta de consideración con respecto al maestro o a quienes, en cierta medida, lo reemplazan, destruye toda posibilidad de trabajo. Si un hombre quiere aprender a *disimular inteligentemente*, debe disimular acerca del trabajo, y aprender a callar cuando debe callarse, es decir, cuando se encuentra con gente que está fuera del trabajo y que no es capaz ni de comprenderlo ni de apreciarlo. Pero la sinceridad en el grupo es una exigencia absoluta; en efecto, si un hombre continúa mintiendo en el grupo de la misma manera en que se miente a sí mismo o a los otros en la vida, jamás aprenderá a distinguir la diferencia entre la verdad y la mentira.

"La segunda barrera es muy a menudo la conquista del miedo. Un hombre ordinario tiene muchos miedos inútiles e imaginarios. Mentiras y miedos —ésta es la atmósfera en que vive. La conquista del miedo no es menos individual que la conquista de la mentira. Todo hombre tiene sus miedos particulares, miedos que no le pertenecen sino a él. Tiene que descubrirlos y luego destruirlos. Los miedos de los que hablo están conectados habitualmente con las mentiras en medio de las cuales vive el hombre. Ustedes deben comprender que estos miedos nada tienen en común con el miedo a las arañas, a los ratones, a la oscuridad o con miedos nerviosos inexplicables.

"La lucha contra las mentiras en uno mismo y la lucha contra los miedos constituyen el primer trabajo positivo que un hombre tiene que hacer.

"Hay que convencerse en general de que los esfuerzos positivos y aun los sacrificios que se hacen en el trabajo no justifican ni excusan de ninguna manera los errores que puedan cometerse luego. Al contrario, lo que es perdonable en un hombre que nunca ha hecho esfuerzos y que nunca ha sacrificado nada, no es perdonable en otro que ya ha hecho grandes sacrificios.

"Esto parece injusto, pero uno tiene que comprender esta ley. Se abre una cuenta, por así decirlo, para cada hombre. Se anotan sus esfuerzos y sacrificios en una página del Gran Libro y sus errores y fechorías sobre la otra. Lo que está escrito en el lado positivo no puede jamás compensar lo que está escrito en el lado negativo. Lo que está inscrito en el lado negativo sólo puede ser borrado por la verdad, o sea por una confesión ferviente y total a sí mismo y a los otros, y sobre todo al maestro. Si un



hombre ve su falta pero continúa buscando justificaciones, esta falta, aunque pequeña, puede destruir el resultado de años enteros de trabajo y de esfuerzos. Por lo tanto, en el trabajo, es a menudo preferible admitir la propia culpa aun cuando uno no sea culpable. Pero esto otra vez es un asunto delicado, y hay que evitar cualquier exageración. De otro modo el resultado será nuevamente la mentira, y la mentira infundida por el miedo."

En otra ocasión, al hablar de los grupos, G. dijo:

—No vayan a pensar que podemos comenzar por formar un grupo en seguida. Es algo muy grande. Un grupo se organiza para un trabajo *bien concertado*, para una meta bien definida. Sería necesario que yo pudiera tener confianza en ustedes para este trabajo, y que ustedes pudieran tener confianza en mí y confianza los unos en los otros. Esto sería entonces un grupo. Mientras no haya un trabajo general, no puede ser sino cuestión de un grupo preparatorio. Tenemos que prepararnos para que algún día pueda haber un grupo verdadero. Sólo es posible prepararnos para esto tratando de imitar a un grupo tal como éste debería ser —imitándolo interiormente, por supuesto, y no exteriormente.

"¿Qué es necesario para esto? Ante todo, hay que comprender que en un grupo todos son responsables unos por otros. El error de uno se considera como el error de todos. Esto es una ley, y está bien fundamentada, porque como se verá más tarde, lo que es adquirido por uno solo, lo adquieren todos al mismo tiempo.

"La regla de la responsabilidad común siempre debe estar presente en la mente. Tiene también otro aspecto. Los miembros de un grupo no sólo son responsables de los errores de los demás, sino también de sus fracasos. El éxito de uno de ellos es el éxito de todos, y el fracaso de uno de ellos es el fracaso de todos. Un error grave cometido por uno de ellos, como por ejemplo la violación de una regla fundamental, ocasiona inevitablemente la disolución del grupo entero.

"Un grupo debe funcionar como una máquina. Pero las piezas de la máquina deben conocerse y ayudarse mutuamente. En un grupo no puede haber intereses personales que se opongan a los intereses de los demás o a los intereses del trabajo; no puede haber simpatías o antipatías personales que obstaculicen el trabajo. Todos los miembros de un grupo son amigos y hermanos, pero si uno de ellos se va, y especialmente si es despedido por el maestro, cesa de ser un amigo y un hermano, y de inmediato se convierte en un extraño, como un miembro que es amputado. Esta ley puede a menudo parecer muy dura, y sin embargo es indispensable. Supongamos que dos amigos íntimos entren juntos en un grupo. Luego, uno de ellos se marcha. A partir de entonces el otro no tiene más el derecho de hablarle sobre el trabajo del grupo. El que ha partido siente este silencio como una ofensa incomprensible, y se pelean. A fin de evitar esto, cuando se trata de relaciones como marido y mujer, madre e hija, etc., los consideramos como uno; o sea que marido y mujer se cuentan

como un solo miembro del grupo. Por lo tanto, si uno de los dos no puede continuar con el trabajo y se va, el otro es considerado como culpable y también tiene que irse.

"Además, deben recordar que yo no puedo ayudarlos sino en la medida en que ustedes me ayuden. Y su ayuda, sobre todo al comienzo, será computada no según sus resultados efectivos, los que casi ciertamente serán nulos, sino según el número y la importancia de sus esfuerzos."

Después de esto G. pasó a las tareas individuales y a la definición de nuestros "defectos principales". Entonces nos dió varias tareas bien definidas con las que el trabajo de nuestro grupo comenzó.

Más tarde, en 1917, cuando estábamos en el Cáucaso, G. agregó varias observaciones interesantes sobre los principios generales de la formación de los grupos. Pienso que debo anotarlas aquí.

—Ustedes toman todo de una manera demasiado teórica, dijo. Ahora ya deberían saber más. La existencia de grupos en sí mismos no confiere ventajas particulares, y no hay ningún mérito especial en formar parte de un grupo. La ventaja o la utilidad de los grupos depende de sus resultados.

"El trabajo de cada uno puede realizarse en tres direcciones. Un hombre puede serle útil al trabajo. Puede serme útil a *mi*. Y puede ser útil a *sí mismo*. Naturalmente, lo ideal sería que el trabajo de un hombre produjera resultados en esas tres direcciones a la vez. Pero si falta una de ellas, las otras dos pueden subsistir. Por ejemplo, si un hombre me es útil, por este simple hecho le es igualmente útil al trabajo. O bien si le es útil al trabajo, por este simple hecho me es igualmente útil. Pero en el caso en que este hombre fuese útil al trabajo y me fuese útil, sin ser capaz de ser útil a sí mismo, esta situación sería la peor, porque no podría durar. En efecto, si un hombre no toma nada para sí mismo y no cambia, se queda tal cual era antes, el hecho de que por casualidad haya sido útil durante cierto tiempo no le es acreditado, y lo que es más importante, pronto deja de ser útil. El trabajo crece y cambia. Si un hombre, el mismo, no crece o no cambia, no puede mantener contacto con el trabajo. El trabajo lo deja atrás y el mismo hecho de que haya podido ser útil, puede entonces comenzar a serle dañino."

Regresé a San Petersburgo durante el verano de 1916. Poco después de que nuestro grupo, o "grupo preparatorio", se había formado, G. nos habló de esfuerzos correspondientes a las tareas que nos había asignado.

—Tienen que comprender, dijo, que los esfuerzos ordinarios no cuentan. *Solo cuentan los superesfuerzos*. Y siempre y en todas las cosas es así. Para aquellos que no quieren hacer superesfuerzos, sería mejor que abandonaran todo y cuidaran de su salud.

—¿No pueden ser peligrosos los superesfuerzos? preguntó uno de los oyentes,

que era particularmente cuidadoso con su salud.

—Por supuesto que pueden serlo, dijo G., pero es preferible morir haciendo esfuerzos para despertar que vivir en el sueño. Esta es una razón; por otra parte, no es tan fácil morir de esfuerzos. Ustedes tienen mucha más fuerza de lo que piensan, pero nunca la usan. Con respecto a esto, tienen que comprender un aspecto de la constitución de la máquina humana.

"En la máquina humana, desempeña un papel muy importante cierta clase de acumulador. Hay dos pequeños acumuladores al lado de cada centro, y cada uno de ellos contiene la substancia particular necesaria para el trabajo del centro dado."

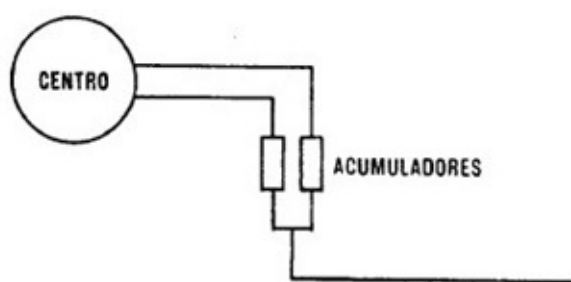


Fig. 41

"Además, hay en el organismo un gran acumulador que alimenta a los pequeños. Los acumuladores pequeños están conectados entre sí y cada uno de ellos está conectado con el centro más próximo, lo mismo que con el gran acumulador."

G. dibujó un diagrama general de la máquina humana y señaló la posición del gran acumulador y de los pequeños, así como de sus conexiones. (Ver Fig. 42)

—Los acumuladores trabajan de la siguiente manera, dijo. Supongamos que un hombre está trabajando: por ejemplo, lee un libro difícil y se esfuerza por comprenderlo; en este caso, varios rollos giran en el aparato intelectual localizado en su cabeza. O bien supongamos que está subiendo una montaña, y poco a poco es vencido por la fatiga; en este caso, los rollos que giran son los del centro motor.

"El centro intelectual, en nuestro primer ejemplo, y el centro motor en el segundo, extraen de los pequeños acumuladores la energía necesaria para su trabajo. Cuando un acumulador está casi vacío, el hombre se siente cansado. Quisiera detenerse, sentarse si está caminando, o pensar en otra cosa si es que está resolviendo un problema difícil. Pero de una manera completamente inesperada siente una afluencia de nuevas fuerzas y nuevamente es capaz de caminar o de trabajar. Esto significa que el centro fatigado se ha conectado con el segundo acumulador, del cual extrae su nueva energía. Entretanto, el primer acumulador se está recargando de energía sacada del gran acumulador. El trabajo del centro recomienza. El hombre sigue caminando o trabajando. Algunas veces se requiere un corto descanso para asegurar esta conexión; otras veces un choque o un esfuerzo. En ambos casos el trabajo continúa. Pero después de cierto tiempo la reserva de energía del segundo acumulador también se

agota. Entonces el hombre se siente nuevamente cansado.

"Una vez más, un choque exterior, o un instante de reposo, o un cigarrillo, o un esfuerzo, y el contacto se restablece con el primer acumulador. Pero puede suceder fácilmente que el centro haya agotado tan rápidamente la energía del segundo acumulador que el primero no ha tenido tiempo de recargarse a expensas del gran acumulador, y que sólo haya tomado la mitad de la energía que es capaz de contener; sólo se ha llenado hasta la mitad.

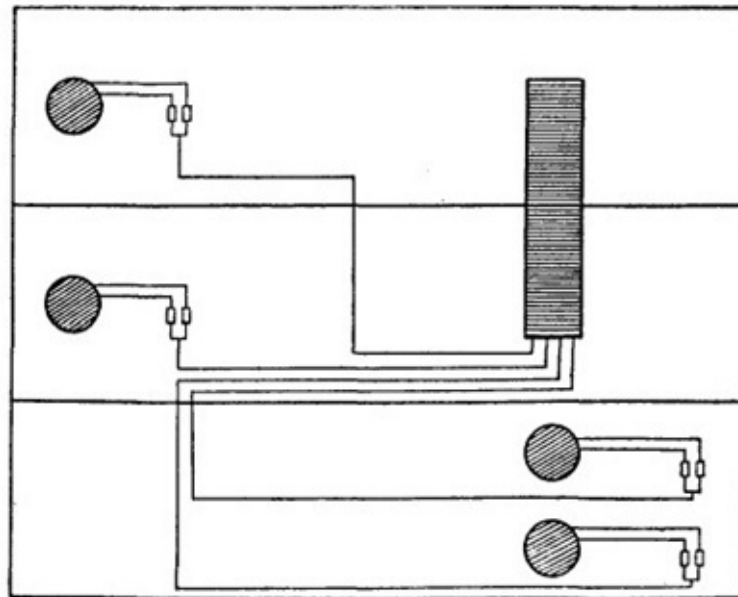


FIG. 42

"Al haberse reconectado con el primer acumulador, el centro comienza a extraer energía de él, mientras el segundo se conecta con el gran acumulador para extraer a su vez energía de este. Pero esta vez, al no estar lleno el primer acumulador sino a medias, el centro le agota su energía muy rápidamente, y durante este tiempo el segundo acumulador no ha logrado llenarse sino en una cuarta parte. El centro se conecta con él, le vacía rápidamente toda su energía y una vez más se pone en contacto con el primer acumulador, y así sucesivamente. Después de cierto tiempo el organismo llega a un estado tal que no le queda a ninguno de los pequeños acumuladores ni una sola gota de energía en reserva. Esta vez el hombre se siente realmente cansado; no se puede tener más sobre sus pies, se cae de sueño, o bien su organismo está afectado, con dolores de cabeza, palpitaciones, etc..., En una palabra, se siente enfermo.

"Entonces, súbitamente, después de haber descansado un poco, o bien después de un choque o de un esfuerzo, le viene una nueva afluencia de energía y el hombre es una vez más capaz de pensar, caminar o trabajar.

"Esto significa que ahora el centro se ha conectado directamente con el gran

acumulador, que contiene una cantidad enorme de energía. Puesto en contacto con el gran acumulador, el hombre es capaz de realizar verdaderos milagros. Pero por supuesto, si los rollos continúan girando y si la energía extraída de los alimentos, del aire y de las impresiones continúa gastándose más rápidamente de lo que se reconstituye, entonces llega un momento en que el gran acumulador mismo ha sido vaciado de toda su energía, y el organismo muere. Pero esto sucede muy raras veces. Usualmente el organismo reacciona de antemano, y cesa automáticamente de funcionar. Para que un organismo muera de agotamiento, se necesitan condiciones especiales. En condiciones normales, un hombre caerá en sueño o se desmayará, o bien se desarrollará en él alguna complicación interna que impedirá al organismo continuar agotándose, mucho antes de un peligro real.

"Por consiguiente, no hay razón para asustarse de los esfuerzos; el peligro de morir de esfuerzos prácticamente no existe. Es mucho más fácil morir de inacción, de pereza o de miedo de hacer esfuerzos.

"Nuestra meta tendrá que ser entonces el aprender a establecer conexiones entre tal o cual centro y el gran acumulador. Mientras no seamos capaces de hacer esto, fracasaremos en todas nuestras empresas, puesto que caeremos dormidos antes de que nuestros esfuerzos puedan dar el menor resultado.

"Los pequeños acumuladores bastan para el trabajo ordinario, cotidiano, de la vida. Pero para el trabajo sobre sí, para el crecimiento interior, y para los esfuerzos que son exigidos de cada hombre que emprende el camino, la energía de estos pequeños acumuladores no es suficiente.

"Debemos aprender a extraer la energía directamente del gran acumulador.

"Esto no es posible, sin embargo, sino con la ayuda del centro emocional. Es esencial comprender esto. El contacto con el gran acumulador no puede hacerse sino a través del centro emocional. Los centros instintivos, motor e intelectual, por si mismos, no pueden alimentarse sino de los pequeños acumuladores.

"Esto es precisamente lo que la gente no comprende. Por lo tanto, su meta debería ser el desarrollo de la actividad del centro emocional. El centro emocional es un aparato mucho más sutil que el centro intelectual, especialmente si tomamos en consideración que de todas las partes del centro intelectual, la única que trabaja es el aparato formatorio, al cual muchas cosas le son completamente inaccesibles. Si un hombre quiere saber y comprender más de lo que sabe y comprende hoy día, debe recordar que este nuevo saber y esta nueva comprensión le vendrán a través del centro emocional y no a través del centro intelectual."

En todo lo que había dicho sobre los acumuladores, G. dijo algo muy interesante respecto al *bostezo* y la *risa*.

—En nuestro organismo, dijo, hay dos funciones que siguen siendo incomprensibles e inexplicables desde el punto de vista científico, aunque

naturalmente la ciencia no admite su incapacidad de explicarlas: éstas son el bostezo y la risa. Ni el uno ni la otra pueden ser comprendidos o explicadas correctamente si se ignora todo lo de los acumuladores y de su papel en el organismo.

"Ustedes habrán notado que bostezan cuando están cansados. Esto es especialmente notorio en alpinismo cuando un hombre no acostumbrado escala una montaña: bosteza casi continuamente. El bostezo tiene por efecto el bombear energía a los pequeños acumuladores. Cuando se vacían demasiado rápidamente, en otros términos cuando uno de ellos no tiene tiempo de llenarse mientras el otro se está vaciando, el bostezo se hace casi continuo. En ciertos casos de enfermedad, se puede producir un paro cardíaco, por ejemplo cuando un hombre quiere bostezar pero no puede; en otros casos al estar desarreglado el funcionamiento del bostezo, un hombre puede bostezar sin interrupción, sin provecho alguno, es decir sin poder sacar ninguna energía.

"El estudio y la observación del bostezo, hechos desde este punto de vista, pueden revelar muchas cosas nuevas e interesantes.

"La risa también está en relación directa con los acumuladores. Pero la risa es la función opuesta al bostezo. La risa no nos carga de energía, por el contrario la expulsa, nos extrae la energía superfina que se encuentra almacenada en los acumuladores. La risa no existe para todos los centros, solamente para los centros divididos en dos mitades —positiva y negativa. Todavía no he expuesto este tema en detalle; lo haré cuando llegemos a un estudio más detallado de los centros. Por el momento consideremos sólo al centro intelectual. Ciertas impresiones pueden caer sobre las dos mitades del centro a un mismo tiempo, y suscitar de golpe un «sí» y un «no» bien marcados. Tal simultaneidad del «sí» y del «no» provoca en el centro intelectual una especie de convulsión y, puesto que es incapaz de armonizar y de digerir estas dos impresiones opuestas que un solo hecho determina en él, el centro comienza a derramar hacia afuera, bajo la forma de risa, la energía que le afluye del acumulador con el cual se encuentra conectado. En otros casos, sucede que el acumulador contiene mucho más energía que la que puede gastar el centro. Entonces toda impresión, aun la más ordinaria, puede ser percibida como doble; puede caer simultáneamente sobre las dos mitades del centro y producir la risa, es decir una descarga de energía.

"No les doy aquí, compréndanlo, sino un esbozo. Recuerden solamente que el bostezo y la risa son ambos muy contagiosos. Esto muestra que son esencialmente funciones de los centros instintivo y motor.

—¿Por qué la risa es tan agradable? preguntó alguien.

—Porque la risa, respondió G., nos libera de una energía superflua que si se queda sin uso podría volverse negativa, es decir, tóxica. Tenemos siempre una fuerte dosis de esta substancia tóxica. La risa es el antídoto. Pero este antídoto es necesario

sólo mientras seamos incapaces de emplear toda nuestra energía para un trabajo útil. Se ha dicho que Cristo no rió jamás. Y en efecto, no encontrarán en los Evangelios la menor alusión al hecho de que Cristo haya reído una sola vez. Pero hay diferentes formas de *no reír*. Algunos nunca ríen porque están completamente sumergidos en sus emociones negativas, su mezquindad, su miedo, su odio, sus sospechas. Mientras que otros no ríen porque no pueden tener emociones negativas. Comprendan bien esto: en los centros superiores, la risa no puede existir, ya que, en los centros superiores, no hay división, no hay ni «si» ni «no»."

## Capítulo doce

*El trabajo de los grupos se intensifica. Cada hombre tiene un limitado repertorio de papeles". Hay que elegir entre el trabajo sobre sí y la "vida tranquila". Dificultades de la obediencia. Donde intervienen las tareas. G. da una tarea definida. Reacciones de nuestros amigos ante las ideas de la enseñanza. La enseñanza hace surgir lo peor y lo mejor en un hombre. ¿Qué clase de gente puede venir al trabajo? Preparación. Hay que haber estado desilusionado. La pregunta que duele. Nueva evaluación de los amigos. Conversación sobre los tipos. G. nos da una nueva tarea. Cada uno trata de contar la historia de su propia vida. Entonaciones. "Esencia" y "personalidad". Sinceridad. Un mal estado de ánimo. G. promete contestar a cualquier pregunta. La "eterna recurrencia". Experimento en separar la personalidad de la esencia. Conversación sobre el sexo. Papel del sexo como principal fuerza motriz de toda la mecanicidad. Papel del sexo como principal posibilidad de liberación. Nuevo nacimiento. Transmutación de la energía sexual. Los abusos del sexo. ¿Es útil la abstinencia? Trabajo correcto de los centros. Un centro de gravedad permanente.*

En esta época —era agosto de 1916— el trabajo de nuestros grupos comenzó a tomar formas nuevas y más intensas. G. pasaba la mayor parte del tiempo en San Petersburgo; ya no iba a Moscú sino por unos días, regresando muy a menudo con dos o tres de sus alumnos de Moscú. Para entonces nuestras reuniones y conversaciones ya habían perdido casi todo carácter convencional; nos conocíamos mejor, y desde entonces, sumando todo, a pesar de algunas fricciones formábamos un grupo muy coherente, unido por estas nuevas ideas que se nos enseñaban y por las amplias perspectivas del saber y del conocimiento de sí que se nos estaban abriendo. Éramos entonces unas treinta personas. Nos reuníamos casi todas las noches. A veces, al llegar de Moscú, G. decidía hacer largas excursiones o picnics en el campo, con shashlik,<sup>[12]</sup> lo que nos hacía salir completamente del ambiente de San Petersburgo. Recuerdo especialmente una caminata a Ostrosfki remontando el río Neva, porque ese día de repente capté el porqué G. organizaba estas giras campestres, aparentemente sin propósito. Comprendí que nos observaba todo el tiempo, y que en estas ocasiones muchos mostrábamos aspectos completamente nuevos de nosotros mismos, que nunca habrían aparecido durante las reuniones en San Petersburgo.

En esta época mis relaciones con los alumnos moscovitas de G. eran absolutamente diferentes de las que había tenido en mi primer encuentro con ellos, en la primavera del año anterior. Ahora ya no me parecían seres artificiales, que



desempeñaban un papel aprendido de memoria. Por el contrario, siempre esperaba ansiosamente su llegada. Traté de descubrir en qué consistía el trabajo que hacían en Moscú, y lo nuevo que G. les había dicho. Así fue como aprendí de ellos muchas cosas que más tarde me fueron muy útiles en mi trabajo. Además, vi de inmediato que estas nuevas conversaciones tomaban lugar dentro del desarrollo de un plan establecido por G. Nuestra tarea no consistía solamente en aprender de él, sino también en aprender unos de otros. De esta manera los grupos de G. me parecían comparables a las "escuelas" de los pintores de la Edad Media, en las que los alumnos vivían con su maestro y mientras aprendían de él, tenían que enseñarse mutuamente. Al mismo tiempo comprendí por qué los alumnos de G. no habían podido responder a las preguntas que yo les había hecho en nuestro primer encuentro. Éstas habían sido de una ingenuidad ilimitada: "¿En qué se basa su trabajo sobre sí mismo?Cuál es la doctrina que estudian? ¿De dónde viene esta enseñanza?" etc...

Ahora veía la imposibilidad de contestar a tales preguntas. Pero hay que *aprender*, para comenzar a comprender esto. En ese tiempo, es decir un poco más de un año antes, creía por el contrario tener todo el derecho para plantear tales preguntas. exactamente como lo creían los que venían ahora a nosotros.

Siempre comenzaban haciéndonos preguntas del mismo orden, totalmente sorprendidos de que no las contestáramos y, como ya habíamos podido percibir, a partir de entonces nos miraban como seres artificiales o que desempeñaban un papel aprendido.

Los recién llegados no asistían sino a las reuniones generales, en las que G. tomaba parte. En esta época, los grupos de los mayores siempre se reunían separadamente. La razón era sencilla. Ya no teníamos más el mismo aplomo, ni la misma pretensión de conocerlo todo —actitud inevitable para todos los que se aproximan al trabajo por primera vez— y por este hecho, podíamos ahora comprender a G. mejor que antes.

En estas reuniones generales, era verdaderamente muy interesante para nosotros constatar que los recién llegados hacían exactamente las mismas preguntas que hacíamos nosotros al comienzo; escapaban a su comprensión las mismas cosas que nosotros también habíamos sido incapaces de comprender, y que ahora nos parecían tan sencillas y elementales. Estas experiencias nos dejaban muy satisfechos con nosotros mismos.

Pero cuando estábamos de nuevo solos con G., a menudo destruía con una palabra todo lo que habíamos imaginado sobre nosotros mismos: nos forzaba a ver que, de hecho, todavía no sabíamos ni comprendíamos nada, ni de nosotros mismos, ni de los demás.

—Toda la desgracia viene de la certeza que tienen ustedes de ser siempre uno y el mismo, dijo. Pero yo tengo una visión muy diferente de ustedes. Por ejemplo, veo

que hoy un Ouspensky ha venido aquí, mientras que ayer estuvo otro Ouspensky. En cuanto al doctor —antes de la llegada de ustedes— nosotros dos estábamos juntos, y hablábamos: él era un cierto doctor. Entonces llegaron ustedes. Se me ocurrió echarle una mirada: ya era totalmente otro doctor. Ustedes ven muy rara vez al que yo había visto cuando estaba solo con él.

"Nótenlo bien, dijo G. con respecto a esto: cada hombre tiene un repertorio definido de papeles que desempeña en circunstancias ordinarias. Tiene un papel para cada clase de circunstancias en que se encuentra habitualmente; pero colóquenlo en circunstancias ligeramente diferentes, y será incapaz de descubrir el papel que concuerda con ellas, y *por un breve instante se tornará él mismo*. El estudio de los papeles que cada uno desempeña es una parte indispensable del conocimiento de sí. El repertorio de cada hombre es extremadamente limitado. Si un hombre dice simplemente «Yo» e «Ivan Ivanovich», no se verá a sí mismo todo entero, porque «Ivan Ivanovich» tampoco es uno solo; cada hombre tiene por lo menos cinco o seis de ellos: uno o dos para su familia, uno o dos para su oficina (uno para sus superiores y el otro para sus subordinados), uno para sus amigos en el restaurante, y otro también, quizá, para las conversaciones intelectuales sobre temas sublimes. Según los momentos, este hombre está completamente identificado con uno u otro, y es incapaz de separarse de él. Ver sus papeles, conocer su propio repertorio, y sobre todo saber cuán limitado es, ya es saber mucho. Pero he aquí lo más importante: fuera de su repertorio, es decir tan pronto algo le haga salir de su rutina, aunque sólo sea por un momento, un hombre se sentirá terriblemente incómodo, y entonces hará todo esfuerzo para volver cuanto antes a uno u otro de sus papeles habituales. Recae en el camino trillado, y todo se encarrila de nuevo sin tropiezos para él: todo sentimiento de malestar y de tensión ha desaparecido. Siempre es así en la vida. Pero en el trabajo, para observarse a sí mismo, es absolutamente necesario admitir este malestar y esta tensión, y no temer los estados de incomodidad e impotencia. Sólo a través de éstos puede un hombre realmente aprender a verse. Y es fácil captar la razón. Cada vez que un hombre no se encuentra en uno de sus papeles habituales, cada vez que no puede hallar dentro de su repertorio el papel que convenga a una situación dada, se siente como un hombre desnudo. Tiene frío, tiene vergüenza, quisiera huir para que nadie le vea. Sin embargo, surge la pregunta: ¿qué es lo que quiere? Si quiere una vida tranquila, ante todo nunca debe salir de su repertorio. En sus papeles habituales, se siente a sus anchas y en paz. Pero si quiere trabajar sobre sí mismo, tiene que destruir su paz. Pues el trabajo y la paz son incompatibles. Un hombre tiene que escoger, sin engañarse a sí mismo. Esto es lo que le sucede más frecuentemente. En palabras, dice que escoge el *trabajo*, cuando en realidad no quiere perder su *paz*. Resulta que se sienta entre dos sillas. Esta es la más incómoda de todas las posiciones. Un hombre no hace ningún trabajo y sin embargo tampoco obtiene

ninguna comodidad. Desgraciadamente, le es muy difícil mandarlo todo al diablo y comenzar el trabajo real. Y ¿por qué es tan difícil? Ante todo, porque *su vida es demasiado fácil*. Aun aquellos que creen que su vida es mala, están habituados a ella, y como ya están habituados, en el fondo poco les importa que sea mala. Pero aquí se encuentran ante algo nuevo y desconocido, de lo cual no saben si podrán o no obtener un resultado. Y lo peor es que tendrán que obedecer a alguien, les será necesario someterse a la voluntad de otro. Si un hombre pudiera inventar para sí mismo dificultades y sacrificios, algunas veces iría muy lejos. De hecho esto es imposible. Es indispensable obedecer a otro hombre y seguir una dirección general de trabajo que no puede ser controlada sino por una sola persona. Para un hombre que se estima capaz, en su vida, de decidir todo y de hacer todo, nada le sería más difícil que esta subordinación. Naturalmente, cuando logra liberarse de sus fantasías y ver lo que es en realidad, la dificultad desaparece. Pero es precisamente esta liberación la que no puede producirse sino en el curso del trabajo. Es difícil comenzar a trabajar y sobre todo continuar trabajando, y es difícil porque la vida corre demasiado fácilmente."

En otra ocasión, siempre con relación al trabajo de los grupos dijo una vez más:

—Más tarde, verán ustedes que cada alumno recibe sus propias tareas individuales, las que corresponden a su tipo y a su rasgo más característico; estas tareas tienen como fin el darle ocasión de luchar con más intensidad contra su defecto principal. Pero además de estas tareas individuales hay tareas generales que son dadas al grupo considerado como un todo; entonces, es el grupo entero el responsable de su realización —lo que no quiere decir que en ciertos casos el grupo no sea responsable por las tareas individuales. Pero consideremos primero las tareas generales. Hoy día, ustedes comprenden hasta cierto punto la naturaleza de esta enseñanza y de sus métodos; por lo tanto, deben ser capaces de comenzar a transmitir estas ideas. Ustedes recordarán que al principio me oponía a que hablaran de las ideas de la enseñanza fuera de los grupos. Había puesto como regla que nadie debía decir nada, excepto aquéllos a quienes había indicado especialmente que lo hicieran. Les expliqué entonces por qué era necesario esto: ustedes no hubiesen sido capaces de dar a la gente una idea fiel ni una impresión justa. Lejos de eso, en vez de darles la posibilidad de venir a la enseñanza, los hubiesen apartado; aun tal vez los habrían privado de la posibilidad de venir a ella más tarde. Pero ahora la situación es diferente. Ya les he dicho mucho. Y si ustedes han hecho realmente esfuerzos para comprender lo que han oído, entonces deben ser capaces de transmitirlo a oídos. Por esto, les daré a todos una tarea precisa.

"Ustedes tratarán de orientar las conversaciones con sus amigos hacia nuestras ideas, tratarán de preparar a las personas que manifiesten interés, y si ellas se lo piden, tráiganlas a las reuniones. Pero tómelo cada uno de ustedes como su propia tarea sin esperar que otro la realice por él. Si lo logran, les mostraré primero que han

asimilado algo, y en segundo lugar, que son capaces de evaluar a la gente, de comprender con quien vale la pena hablar, y con quién es inútil. En efecto, la mayor parte de la gente no puede interesarse en estas ideas. ¿De qué provecho sería entonces tratar de convencerlos? Pero ciertas personas pueden apreciarlas, y hay que hablar con ellas."

La reunión siguiente fue muy interesante. Todos habíamos sido vívidamente impresionados por las conversaciones con nuestros amigos; todos teníamos muchas preguntas que hacer, pero también estábamos un poco desilusionados y descorazonados.

Esto mostraba que los amigos habían hecho preguntas embarazosas, y que no habíamos sabido hallar las respuestas. Habían preguntado, por ejemplo, qué resultados habíamos obtenido de nuestro trabajo, y expresaron las más categóricas dudas sobre nuestro "recuerdo de sí". O bien se mostraban totalmente convencidos de que *ellos* eran capaces de "recordarse a sí mismos". Ciertas personas habían hallado el "rayo de creación" y los "siete cosmos" ridículos e inútiles: "¿Qué tiene que ver la «geografía» con todo esto?" había preguntado uno de mis amigos, no sin humor, parodiando así cierta réplica graciosa de una comedia que acababa de presentarse en San Petersburgo; otros habían preguntado quién había visto a los centros y cómo podían ser vistos; otros encontraron absurda la idea de que no podíamos *hacer*. Otros más habían considerado la idea del esoterismo "seductora, pero no convincente". O bien, habían declarado que el esoterismo era una "nueva invención". Algunos no estaban dispuestos de ninguna manera a sacrificar su "descendencia" del mono. Algunos otros constataron la ausencia de amor por la humanidad en esta enseñanza. En fin, otros dijeron que nuestras ideas surgían del materialismo corriente, que queríamos hacer máquinas de todos los hombres, que nos faltaba totalmente el idealismo, el sentido de lo sobrenatural, y así sucesivamente....

G. se rió cuando le contamos las conversaciones con nuestros amigos.

—Esto no es nada, dijo. Si recogieran todo lo que la gente es capaz de decir, ustedes mismos no lo creerían. Esta enseñanza tiene una propiedad maravillosa: el menor contacto con ella hace surgir del fondo del hombre lo peor y lo mejor. Se puede conocer a alguien muchos años, y pensar que es un buen hombre, más bien inteligente. Pero traten de hablarle de estas ideas, y verán que es completamente tonto. En cambio otro les parece una persona poco interesante, pero si le exponen los principios de esta enseñanza verán inmediatamente que este hombre piensa, y que piensa aun muy seriamente.

—¿Cómo se puede reconocer a las personas capaces de venir al trabajo? preguntó uno de nosotros.

—Cómo se les puede *reconocer*, dijo G., eso es otro asunto. Para ser capaz de hacerlo, es necesario «ser», hasta cierto punto. Hablaremos de esto en otra

oportunidad. Ahora, hay que establecer qué clase de gente puede venir al trabajo y qué clase no puede.

"En primer lugar, deben ustedes comprender que se debe tener cierta preparación, cierto bagaje. Es necesario saber en general todo lo que es posible saber *por los medios ordinarios* sobre la idea de esoterismo, sobre la idea del conocimiento escondido, sobre las posibilidades de una evolución interior del hombre, y así sucesivamente. Quiero decir que tales ideas no deben correr el riesgo de parecer algo enteramente nuevo. De otro modo sería difícil hablar. También puede ser bueno haber recibido una formación científica y filosófica. Puede ser útil también un conocimiento religioso bien basado. Pero el que se apega a una forma religiosa particular sin comprender su esencia, encontrará grandes dificultades. En general, cuando un hombre no sabe casi nada, cuando ha leído poco y pensado poco, es difícil hablar con él. Sin embargo, si tiene una buena esencia hay otro camino para él —se puede prescindir de toda conversación; pero en este caso, él debe ser obediente, deberá renunciar a su propia voluntad. En todo caso, de una manera u otra, tendrá que llegar a ello, pues esto es una regla general que vale para todos. Para acercarse a esta enseñanza en forma seria, es necesario haber estado anteriormente *desilusionado*, es necesario haber perdido toda confianza, ante todo en sí mismo, es decir en sus propias posibilidades, y por otra parte en todos los caminos conocidos. Un hombre no puede sentir lo más valioso de nuestras ideas, si no ha sido desilusionado por todo lo que hacía y todo lo que buscaba. Si era un hombre de ciencia, es necesario que la ciencia lo haya desilusionado. Si era devoto, es necesario que la religión lo haya desilusionado. Si era político, es necesario que la política lo haya desilusionado. Si era filósofo, es necesario que la filosofía lo haya desilusionado. Si era teósofo, es necesario que la teosofía lo haya desilusionado. Si era ocultista, es necesario que el ocultismo lo haya desilusionado. Y así sucesivamente. Pero comprendan bien: digo, por ejemplo, que un devoto debe haber sido desilusionado por la religión. Esto no quiere decir que deba haber perdido la fe. Por el contrario. Esto significa que debía estar «desilusionado» *solamente de la enseñanza religiosa ordinaria y de sus métodos*. Entonces comprende que la religión, tal como nos es dada ordinariamente, no basta para alimentar su fe, y no lo puede llevar a ninguna parte.

"Con excepción naturalmente de las religiones degeneradas de los salvajes, de las religiones inventadas y de algunas sectas de nuestra época moderna, todas las religiones comportan dos partes en sus enseñanzas: una visible y la otra escondida. Estar desilusionado de la religión significa estar desilusionado de su parte visible y sentir la necesidad de hallar su parte escondida o desconocida. Estar desilusionado de la ciencia no significa que uno haya tenido que perder todo interés por el conocimiento. Significa haber llegado a la convicción de que los métodos científicos usuales no sólo son inútiles sino nefastos, pues no pueden llevar sino a la

construcción de teorías absurdas o contradictorias. Y es necesario entonces buscar otros caminos. Estar desilusionado de la filosofía, significa haber comprendido que la filosofía ordinaria es simplemente —como dice el proverbio ruso— «verter la nada en el vacío», por lo tanto lo contrario de una verdadera filosofía, pues es cierto que puede y que debe haber también una verdadera filosofía. Estar desilusionado del ocultismo no significa haber perdido la fe en lo milagroso, es solamente haberse convencido que el ocultismo ordinario y aun el ocultismo «sabio», bajo cualquier nombre que se presente, no es sino charlatanería y engaño. En otros términos, no es haber renunciado a la idea de que *algo* existe en *alguna parte*, sino haber comprendido que todo lo que el hombre conoce actualmente, o es capaz de aprender por los caminos habituales, no es en absoluto lo que le hace falta.

"Poco importa lo que haga un hombre o lo que le interesaba antes. Es a partir del momento en que llegue a desilusionarse de los caminos accesibles, que vale la pena hablarle de nuestras ideas, porque sólo entonces puede venir al trabajo. Pero si persiste en creer que al seguir su rutina, o al explorar otros caminos —pues aún no los ha explorado todos— puede por sí mismo encontrar o hacer cualquier cosa; esto significa que todavía no está listo. No digo que deba arrojar por la borda todo lo que estaba acostumbrado a hacer antes. Eso sería totalmente inútil. No, a menudo hasta es preferible que continúe viviendo como de costumbre. Pero ahora debe darse cuenta de que no se trataba sino de una profesión, o de un hábito, o de una necesidad. De aquí en adelante la cuestión cambia: ya no podrá «identificarse».

"No hay sino una cosa incompatible con el trabajo y es el ocultismo profesional, dicho de otra manera: la charlatanería. Todos estos espiritistas, curanderos, todos estos clarividentes y otros, y aun la mayoría de los que los siguen, no tienen ningún valor para nosotros. Deben ustedes recordarlo siempre. Cuídense de no decirles demasiado, porque se servirán de todo lo que aprendan de ustedes para continuar burlando a pobres ingenuos.

"Hay todavía otras categorías de personas que no son mejores. Hablaremos de ellas más tarde. Entre tanto recuerden solamente estos dos puntos: no basta que un hombre se haya desilusionado de los caminos habituales, también es necesario que sea capaz de conservar o de aceptar la idea de que puede haber algo —en alguna parte. Si pueden descubrir tal hombre, él podrá discernir en sus palabras, por torpes que sean, un sabor de verdad. Pero si hablan con otras clases de personas, todo lo que ustedes les digan les sonará como absurdo, y hasta no los escucharán seriamente. No vale la pena que pierdan su tiempo con ellos. Esta enseñanza es para los que ya han buscado y se han *quemado*. Los que no han buscado, o no están buscando en la actualidad, no tienen necesidad de ella. Los que todavía no se han quemado, tampoco la necesitan.

—Pero no es de eso de lo que habla la gente, dijo uno de nuestros compañeros.

Ellos preguntan: ¿Admiten ustedes la existencia del éter? ¿Cómo conciben el problema de la evolución? ¿Por qué no creen en el progreso? ¿Por qué no reconocen que la vida se puede y se debe organizar sobre la base de la justicia y del bien común? y otras pamplinas de este tipo.

—Todas las preguntas son buenas, contestó G., y ustedes pueden partir de cualquiera *con tal que sea sincera*. Compréndanme: cualquier pregunta sobre el éter o el progreso o el bien común puede ser planteada por alguien, simplemente por decir algo, para repetir lo que ha dicho otro, o lo que ha leído en un libro —o bien la puede plantear porque es una pregunta que le duele. Si es una pregunta que le duele, ustedes pueden darle una respuesta y llevarlo a la enseñanza a través de ella, a partir de todo lo que pregunte. Pero es indispensable que su pedido, su pregunta, le duela."

Nuestras conversaciones sobre las personas que podrían interesarse en la enseñanza y venir al trabajo, ineludiblemente nos hicieron evaluar a nuestros amigos desde un nuevo punto de vista. Todos sufrimos amargas decepciones a este respecto. Aún antes que G. nos hubiera encargado formalmente de *hablar*, demás está decir que de una forma u otra, todos habíamos tratado de convencer a nuestros amigos, por lo menos a aquellos con quienes nos encontrábamos más a menudo. En la mayoría de los casos nuestro entusiasmo había recibido una glacial acogida. No nos comprendían. Ideas que nos parecían primordiales y nuevas les parecían completamente caducas, aburridas, desesperantes, o aun repugnantes. Esto nos dejaba estupefactos. No salíamos de nuestro asombro al constatar que fuese posible que personas que habían sido íntimas nuestras, con quienes poco antes habíamos podido hablar de todo lo que nos preocupaba y en las cuales habíamos encontrado un eco, ahora no vieran lo que nosotros veíamos, y que hasta vieran exactamente lo contrario. Debo decir que esta experiencia fue muy extraña para mí, aun dolorosa. Quiero hablar de la absoluta imposibilidad de hacerse comprender. Naturalmente, en la vida ordinaria, en el terreno de los problemas corrientes, estamos acostumbrados a ello; sabemos que las personas que nos son básicamente hostiles, o que por su mente estrecha son incapaces de pensar, pueden comprender al revés, falsear, desnaturalizar todo lo que decimos y atribuirnos pensamientos que nunca hemos tenido, palabras que nunca hemos pronunciado. Pero ahora producía en nosotros una impresión desalentadora, el ver que los que acostumbrábamos a considerar como *de los nuestros*, con quienes por lo general pasábamos mucho tiempo, y que no hacía mucho nos habían parecido capaces de comprendernos mejor que nadie, eran como los demás. Por supuesto que estos casos eran la excepción; la mayoría de nuestros amigos permanecían indiferentes, y todas nuestras tentativas para "contagiarles" nuestro interés por la enseñanza de G. no conducían a nada. Algunas veces, hasta tenían una muy curiosa impresión de nosotros. Como no tardamos en darnos cuenta, generalmente nuestros amigos consideraban que nos habíamos vuelto peores. Nos

encontraban mucho menos interesantes que en otros tiempos. Nos decían que nos habíamos vuelto insípidos e incoloros, que habíamos perdido nuestra espontaneidad y nuestra sensibilidad siempre alerta, que estábamos convirtiéndonos en máquinas, perdiendo nuestra originalidad, nuestra capacidad de vibrar, en fin, que no hacíamos sino repetir como loros todo lo que le habíamos oído a G.

G. se rió mucho cuando le contamos todo esto. —Esperen, nos dijo, lo peor todavía no ha llegado. Dense cuenta que han dejado de mentir, o en todo caso que no mienten tan bien como antes; ya no pueden mentir de una manera tan interesante. ¡El que miente bien es un hombre interesante! Pero a ustedes ya les da vergüenza mentir. Ahora están algunas veces en condiciones de confesarse a sí mismos que ignoran ciertas cosas, y ya no pueden hablar como si lo comprendieran todo. Esto vuelve a significar que se han tornado menos interesantes, menos originales y menos *sensibles*, como ellos dicen. De esta manera pueden ver qué clase de gente son sus amigos. Hoy, se entristecen por ustedes y desde su punto de vista tienen razón: ustedes ya han comenzado a *morir* —(acentuó esta palabra). El camino que conduce a la muerte total es todavía largo, sin embargo ustedes ya se han despojado de cierta capa de tontería. Ya no pueden mentirse a sí mismos con tanta sinceridad como antes. Ahora tienen el sabor de la verdad.

—¿Por qué, entonces, algunas veces me parece que no comprendo absolutamente nada? preguntó uno de nosotros. Antes acostumbraba a pensar que sin embargo había ciertas cosas que comprendía, pero en la actualidad ya no comprendo absolutamente nada.

—Esto significa que usted está en el camino de la comprensión, dijo G. Cuando no comprendía nada, creía comprenderlo todo, o por lo menos estaba seguro de tener la facultad de comprenderlo todo. Ahora que ha comenzado a comprender, siente que no comprende. Esto se debe a que usted ha adquirido el *sabor de la comprensión*. Antes le era totalmente desconocido. Hoy usted experimenta el sabor de la comprensión como una falta de comprensión."

A menudo entre nosotros volvíamos a tratar sobre la impresión que causábamos a nuestros amigos, y sobre la que ellos nos daban. Habíamos comenzado a ver que estas ideas, mas que cualquier otra cosa, podían unir a la gente o separarlas.

Un día hubo una muy larga y muy interesante conversación sobre los *tipos*. Con numerosas adiciones, G. volvió a todo lo que ya había dicho sobre este tema; y especialmente le agregó indicaciones para el trabajo personal.

—Probablemente cada uno de ustedes ha encontrado en su vida personas del mismo tipo. Estas personas a menudo tienen el mismo aspecto exterior y sus reacciones interiores son también las mismas. Lo que a una le gusta, igualmente le gusta a la otra, y detestan las mismas cosas. Recuerden estos encuentros y las observaciones que hicieron, porque es imposible estudiar la *ciencia de los tipos* si



uno no se encuentra con los tipos. No hay ningún otro método. Todo el resto es imaginario. Pero en las condiciones actuales de su vida, ustedes deben comprender que no pueden encontrar más de seis o siete tipos de hombres. aunque en realidad hay un número mayor. Los otros tipos que pueden encontrar no son sino las diversas combinaciones de estos tipos fundamentales.

—¿Cuántos tipos fundamentales hay en total? preguntó uno de nosotros.

—Algunos dicen que doce, respondió G. Según la leyenda, los doce apóstoles representan los doce tipos. Pero otros dicen que hay más."

Se detuvo por un instante.

—¿Podemos conocer estos doce tipos, es decir, sus definiciones y características?

—Esperaba esta pregunta, dijo G. Nunca me ha sucedido que hable de los tipos sin que alguna persona inteligente me haga esta pregunta. ¿Cómo es que no comprenden que si se pudiera explicar, hace ya mucho tiempo que se hubiera hecho? Pero la dificultad está en que no se pueden definir en el lenguaje ordinario ni los tipos ni sus diferencias, y ustedes todavía están lejos de conocer el lenguaje en que esto sería posible. Sucede exactamente lo mismo que con las «cuarenta y ocho leyes»; hay siempre alguien que me pregunta por qué no se pueden conocer estas cuarenta y ocho leyes. ¡Como si esto fuese posible! Comprendan que se les da todo lo que se les puede dar. ¡Con esta ayuda, de ustedes depende el resto! Pero yo sé que pierdo mi tiempo al decirles esto. Ustedes todavía no me comprenden, y pasará tiempo antes de que puedan hacerlo. Piensen en la diferencia entre saber y ser. Se necesita un cambio de ser para comprender ciertas cosas."

Alguien dijo:

—Pero si no hay más de siete tipos alrededor de nosotros, ¿por qué no podemos conocerlos, es decir, saber en qué consiste su principal diferencia, para poder distinguirlos uno de otro cuando los encontremos y reconocer a cada uno de ellos?

—Deben comenzar por ustedes mismos y por las observaciones de las cuales ya les he hablado, respondió G. En cualquier otro caso se trataría de un conocimiento inutilizable por ustedes. Algunos de ustedes se imaginan que pueden ver los tipos, pero de ningún modo son tipos lo que ven. Para ver los tipos, primero es necesario conocer su propio tipo. Este debe ser el punto de partida. Y para conocer su propio tipo, hay que haber sabido llevar a cabo el estudio de su propia vida, de toda su vida desde el comienzo. Hay que saber por qué y cómo han sucedido las cosas. Les voy a dar una tarea. Será a la vez una tarea general y una tarea individual. Que cada uno de ustedes cuente su vida, en el grupo. Que lo diga todo, sin adornos y sin omisiones. Acentúen lo principal, lo esencial, pasando por alto los detalles accesorios. Deben ser sinceros y no temer que los otros reciban mal lo que ustedes digan, porque cada uno de ustedes se encontrará en la misma situación. ¡Que cada uno se desenmascare, que se muestre tal cual es! Así comprenderán una vez más por qué nada debe traslucirse

fuera del grupo. Nadie osaría hablar jamás. si pensara o si supusiera que sus palabras pudieran repetirse afuera. Debe estar pues firmemente convencido de que no se repetirá nada. Entonces podrá hablar sin miedo, sabiendo que los otros tendrán que hacer lo mismo que él."

Poco después, G. regresó a Moscú y en su ausencia tratamos de llevar a cabo la tarea que nos había dado. A mi sugerencia, y para mayor facilidad, algunos de nosotros tratamos primero de contar la historia de nuestra vida, no en la reunión general del grupo, sino en pequeños grupos compuestos por personas que conocíamos mejor.

Estoy obligado a decir que todos estos ensayos no condujeron a nada. Algunos dijeron demasiado, otros no lo suficiente. Algunos se perdieron en detalles inútiles o en descripciones de lo que consideraban como sus características particulares y originales: otros se concentraban en sus "pecados" y en sus errores. Pero todo esto, tomado en conjunto, estaba lejos de dar lo que aparentemente G. esperaba. El resultado se componía de anécdotas, relatos cronológicos sin interés, o recuerdos de familia que hacían bostezar a todo el mundo. Algo no iba bien. Pero ¿dónde estaba la falla? Aun aquellos que se esforzaban por ser tan sinceros como les era posible, habían sido incapaces de decirlo. Recuerdo mis propias tentativas. Los recuerdos que conservo de mis primerísimos años nunca me han dejado de asombrar; traté entonces de evocar ciertas impresiones de mi primera infancia que me parecían psicológicamente interesantes. Pero esto no le interesaba a nadie, y vi rápidamente que no era eso lo que se nos pedía. Yo proseguí, pero *casi inmediatamente, fui invadido por la certidumbre de que había, muchas cosas sobre las cuales no tenía la menor intención de hablar*. Esto era totalmente inesperado para mí. Había aceptado la idea de G. sin ninguna oposición, y pensaba poder contar la historia de mi vida sin mayor dificultad. Pero esta tarea se mostró completamente imposible. Algo en mí elevaba una protesta tan vehemente que ni siquiera traté de luchar. Y cuando llegué a ciertos períodos de mi vida, me contenté con dar un esbozo e indicar sólo el sentido de los hechos que quería reservar. En lo que toca a esto, me di cuenta de que mi voz y sus entonaciones cambiaban mientras hablaba de esta manera. Esto me ayudó a comprender a los otros. Me di cuenta de que al hablar de sí mismos y de sus vidas, ellos también tenían voces diferentes y entonaciones cambiantes. Y algunas veces, por haberlas ya oído en mí mismo, capté de pasada ciertas inflexiones de voz de una clase especial; ellas me marcaban los instantes en que querían esconder algo. Pero sus entonaciones los traicionaban. Más tarde, la observación de las "voces" llegaría a permitirme comprender has otras cosas.

Cuando G. estuvo de regreso en San Petersburgo (esta vez se quedó en Moscú dos o tres semanas) le participamos nuestras tentativas. Escuchó todo y dijo simplemente que no sabíamos separar la "personalidad" de la "esencia".

—La personalidad, dijo él, se esconde detrás de la esencia, y la esencia se esconde detrás de la personalidad; de esta manera una enmascara a la otra.

—¿Cómo se puede separar la esencia de la personalidad? preguntó alguien.

—¿Cómo separarían ustedes lo que les pertenece de lo que no les pertenece? contestó G. Hay que pensar en ello; es necesario preguntarse de dónde viene tal o cual de sus características. Y sobre todo, no olviden nunca que la mayoría de las personas, especialmente en el medio de ustedes, no posee casi nada propio. Nada de lo que tienen les pertenece; en la mayoría de los casos lo han robado. Lo que llaman sus ideas, sus convicciones, sus teorías, sus concepciones, todo ha sido hurtado de diversas fuentes. Es este conjunto lo que constituye su personalidad. Y es esto lo que se debe despejar, desechar.

—Pero usted mismo dijo que el trabajo comienza por la personalidad.

—Es la pura verdad, respondió G. También debemos comenzar por establecer con precisión de qué etapa del desarrollo de un hombre y de qué nivel de ser queremos hablar. Acabo de hablar simplemente de un hombre en la vida, sin lazo alguno con el trabajo. Tal hombre, sobre todo si pertenece a la clase «intelectual», está casi exclusivamente constituido de la personalidad. En la mayoría de los casos, su esencia ha sufrido en su más tierna edad una detención en su crecimiento. Conozco respetables padres de familia, profesores llenos de ideas, escritores conocidos, hombres de Estado, en quienes el desarrollo de la esencia se ha detenido cerca de la edad de doce años. Y esto no es tan malo. Sucede a veces que la esencia definitivamente cesa de crecer a los cinco o seis años. De allí en adelante, todo lo que un hombre pueda adquirir no le pertenecerá; sólo será un repertorio de cosas muertas, tomadas de los libros; sólo será una imitación."

Hubo después numerosas conversaciones, en que G. tomó parte. Quisimos comprender por qué no habíamos podido realizar la tarea que nos había dado. Pero cuanto más hablábamos, menos comprendíamos lo que en efecto G. esperaba de nosotros.

—Esto sólo muestra hasta qué punto ustedes no se conocen a sí mismos, dijo. No dudo de que algunos al menos han querido sinceramente hacer lo que les pedí, es decir, contar la historia de su vida. Sin embargo, han visto que no lo pudieron hacer y que ni siquiera sabían por dónde comenzar. No es sino un asunto aplazado, porque de todas maneras les será necesario pasar por ello. Esta es una de las primeras pruebas en el camino. El que no ha pasado por ella no podrá ir más lejos.

—¿Qué es lo que no comprendemos? preguntó alguien.

—Ustedes no comprenden lo que significa ser sincero.

"Están tan habituados a mentir, tanto a sí mismos como a los demás, que no encuentran ni palabras ni pensamientos cuando quieren decir la verdad. Decir toda la verdad acerca de sí mismo es muy difícil. Antes de decirla es necesario conocerla. Y

ustedes ni siquiera saben en qué consiste. Algún día hablaré a cada uno de ustedes de su rasgo principal o su defecto principal. Veremos entonces si podemos comprendernos o no."

En ese tiempo, tuvimos una conversación que me interesó muchísimo. Era una época en que yo me hallaba particularmente sensible a todo lo que pasaba en mí, y sobre todo, sentía que a pesar de todos mis esfuerzos seguía siendo incapaz de recordarme a mí mismo durante el más breve espacio de tiempo. Al comienzo había creído lograr algo, pero después lo había perdido todo, y ya no podía tener la menor duda en cuanto al sueño profundo en el cual me sentía sumergido.

El fracaso de mis tentativas de contar la historia de mi vida, y sobre todo el hecho de que ni siquiera había logrado comprender claramente lo que G. pedía, aumentaba aún más mi mal humor, que como siempre en mi caso, no se expresaba por depresión sino por irritación.

En este estado fui un día a almorzar con G. en un restaurante de la Sadovaya frente a la Puerta Gostinoy. Había saludado a G. muy secamente, después de lo cual guardé silencio.

—¿Qué le pasa hoy? preguntó G.

—Ni yo mismo lo sé, respondí. Comienzo simplemente a sentir que no llegamos a nada, o más bien, que yo no llego a nada. No puedo hablar de los demás. Pero para mí, he cesado de comprenderle a usted, y usted ya no explica nada, como tenía la costumbre de hacer al comienzo. Siento que de esta manera no lograremos nada.

—Espere un poco, me dijo G., y pronto tendremos nuevas conversaciones. Compréndame: hasta ahora hemos tratado de poner cada cosa en su lugar; pronto llamaremos a las cosas por sus nombres."

Las palabras de G. me han quedado en la memoria, pero en ese momento rehusé mostrarme conforme con él, y persistí en seguir mis propios pensamientos.

—¿Qué me puede dar, dije, el que encontremos nombres para las cosas, cuando no puedo ver sus conexiones? Usted nunca contesta a ninguna de mis preguntas.

—Muy bien, dijo G. riéndose. Le prometo contestar en seguida a cualquiera de sus preguntas...;como en los cuentos de hadas!"

Sentí que él quería liberarme de mi mal humor e interiormente se lo agradecía, aunque algo en mí rehusaba apaciguarse.

Y de repente recordé que ante todo quería saber lo que G. pensaba de la "recurrencia eterna", de la repetición de las vidas, tal como yo lo comprendía. Muchas veces había tratado de entablar una conversación sobre este tema y de darle a conocer a G. mi punto de vista. Pero estas conversaciones siempre habían quedado casi en monólogos. Él escuchaba en silencio, y después se ponía a hablar de otra cosa.

—Muy bien, repliqué. Dígame lo que piensa de la «recurrencia eterna». ¿Hay en

ella algo de verdad? Esta es mi pregunta: ¿vivimos una sola vida, para desaparecer luego, o es que todo se repite una vez tras otra, quizá un número incalculable de veces, sin que lo sepamos ni guardemos el menor recuerdo?

—La idea de la repetición, dijo G., no es la verdad total y absoluta, sino su aproximación más cercana. En este caso no se puede expresar la verdad en palabras. Lo que usted ha dicho se le acerca mucho. Pero si comprende por qué nunca hago alusión a ello, estará todavía más cerca. ¿De qué le serviría a un hombre saber la verdad sobre la «recurrencia eterna», si no es consciente de ella, y si no cambia? Hasta se puede decir que si un hombre no cambia, la repetición no existe para él. Si usted le habla de la repetición no hará sino aumentar su sueño. ¿Por qué haría esfuerzos hoy sí todavía tiene tanto tiempo y tantas posibilidades por delante, toda una eternidad? ¿Por qué tomarse el trabajo hoy? Esa es la razón precisa por la que la enseñanza no dice nada de la repetición y considera solamente la vida que conocemos. La enseñanza no tiene ningún contenido, ningún sentido, si uno no lucha para que se opere un cambio en sí mismo. Y a fin de cambiarse a sí mismo, el trabajo debe comenzar hoy, inmediatamente. Una vida basta para alcanzar la visión de todas las leyes. Un conocimiento relativo de la repetición de las vidas no puede aportar nada a un hombre que no ve cómo se repiten todas las cosas en una vida, es decir en esta vida, y que no lucha para cambiarse a sí mismo con el fin de escapar de esta repetición. Pero si realiza un cambio esencial en sí mismo y si logra un resultado, este resultado no se puede perder.

—¿Tendría razón al deducir que todas las tendencias innatas o adquiridas deben crecer? pregunté.

—Si y no. En la mayoría de los casos es verdad, como lo es para la totalidad de la vida. Sin embargo, en una gran escala, pueden intervenir nuevas fuerzas. No se lo voy a explicar ahora; pero reflexione sobre esto: también son susceptibles de cambio las influencias planetarias. Éstas no son permanentes. Al lado de esto, las tendencias mismas pueden ser diferentes; hay tendencias que una vez que aparecen ya no desaparecen más y se van desarrollando mecánicamente por sí mismas, mientras que hay otras que siempre tienen que ser estimuladas nuevamente, porque se debilitan sin cesar y aun se pueden desvanecer por completo o convertirse en sueños, cuando un hombre deja de trabajar sobre ellas. Además, hay un plazo señalado para cada cosa. *Para cada cosa* (acentuó estas palabras) existen posibilidades —pero solamente por un tiempo *limitado*."

Me interesaban extremadamente todas las ideas que G. acababa de expresar. La mayoría coincidía con lo que ya había "adivinado". Pero el hecho de que él reconociera lo bien basado de mis premisas fundamentales —y todo el contenido que él les había dado— era para mí de una importancia enorme. De inmediato, todas las cosas comenzaron a conectarse para mí. Y tuve la sensación de ver aparecer delante

de mí las grandes líneas de este "majestuoso edificio", del cual se trataba en las "Vislumbres de la Verdad". Mi mal humor se había desvanecido, aun sin yo percibirlo.

G. me miró sonriendo.

—¡Vea cuán sencillo es *voltearlo!* Pero puede ser que simplemente le estuviera *contando* cuentos, quizás la «eterna recurrencia» no existe en absoluto. ¿A quién le gusta estar con un Ouspensky gruñón, que no come ni bebe? Me he dicho: «¡Tratemos de animarlo!» Y ¿cómo se anima a alguien? A tal persona hay que contarle anécdotas. Con tal otra, basta conocer su manía. Yo sabía que la manía de nuestro Ouspensky... es la «eterna recurrencia». Por lo tanto, le he ofrecido contestar cualquier pregunta: ¡bien sabía lo que él me preguntaría!"

Pero las bromas de G. no me afectaban. Me había dado algo muy substancial y ya no me lo podía quitar. Yo no daba ningún crédito a sus bromas, pues no concebía que él hubiera podido inventar lo que acababa de decir sobre la eterna recurrencia. También había aprendido a conocer sus entonaciones. Y el futuro me demostró que yo tenía razón; pues aunque nunca introdujo la idea de la eterna recurrencia en las exposiciones de su enseñanza, G. no dejaba de referirse a ella —sobre todo cuando hablaba de las posibilidades perdidas por la gente que se había aproximado a la enseñanza y que luego se había alejado.

Los grupos continuaban reuniéndose como de costumbre. Un día G. nos dijo que quería emprender un experimento sobre la separación de la personalidad y de la esencia. Todos estábamos muy interesados porque hacía tiempo que había prometido "experimentos"; pero hasta ahora no habíamos visto nada. No voy a describir sus métodos, hablaré simplemente de los dos hombres que escogió esa noche para el experimento. Uno ya era de cierta edad, y ocupaba una posición social muy alta. En nuestras reuniones hablaba muchísimo de sí mismo, de su familia, del Cristianismo y de los sucesos del día, de la guerra y de toda clase de "escándalos" escogidos entre los que más lo horrorizaban. El otro era más joven. Muchos de nosotros no lo tomábamos en serio. En muchas circunstancias se hacía el bufón, como se dice; o se mezclaba en interminables discusiones de tal o cual detalle de la enseñanza que, en el fondo, no tenía la menor importancia. Era muy difícil comprenderlo. Hablaba de una manera confusa, embrollando las cosas más simples, mezclando de una manera inextricable los puntos de vista y los términos relacionados con los más diferentes niveles y campos.

No diré nada sobre el comienzo del experimento.

Estábamos sentados en el salón.

La conversación seguía su curso habitual.

—Ahora, observen, dijo G. en voz baja.

El mayor de los dos, que estaba hablando acaloradamente, casi fuera de sí, ya no

recuerdo de qué, se detuvo de repente en medio de una frase, y hundiéndose en su silla, comenzó a mirar fijamente hacia adelante. A una señal de G., continuamos hablando, esquivando el mirarlo. El más joven comenzó por escuchar lo que decíamos, y luego, él mismo se puso a hablar. Nos miramos todos unos a otros. Su voz había cambiado. Nos participó algunas observaciones que había hecho sobre sí. Hablaba de una manera clara, sencilla e inteligible, sin palabras superfinas, sin extravagancias y sin bufonerías. Después se calló. Fumaba un cigarrillo y obviamente pensaba en algo. En cuanto al primero, seguía manteniéndose inmóvil, como haciendo una bola de sí mismo.

—Pregúntele en qué está pensando, dijo G. tranquilamente.

—¿Yo? —y levantó la cabeza, como si esta pregunta lo acabara de despertar: "En nada."

Sonrió débilmente, como disculpándose. Parecía sorprendido de que se le preguntara en qué pensaba.

—Bueno, usted justamente hablaba de la guerra y de lo que sucedería si hiciéramos la paz con los alemanes, dijo uno de nosotros. ¿Todavía le sigue preocupando esa pregunta?

—Realmente, no sé, dijo con voz insegura. ¿Hablabas de eso?

—¡Claro que sí! Hace sólo un instante usted decía que todo el mundo debía pensar en ello, que nadie tenía el derecho de olvidar la guerra ni de despreocuparse de ella, que todo el mundo debía tener una opinión bien definida: si o no, en favor o en contra de la guerra."

Escuchaba como si no comprendiera nada de lo que se decía. —¿Sí? preguntó. Qué extraño. No me acuerdo de nada.

—Pero ¿no le interesan estos asuntos?

—No, no me interesan en absoluto.

—¿No le preocupan todas las consecuencias de los sucesos actuales, y sus posibles resultados para Rusia y para la civilización?"

Sacudió la cabeza con una expresión de pesar.

—Simplemente no comprendo de qué están hablando, dijo. Esto no me interesa en absoluto y no sé nada de ello.

—Bien. Usted hablaba hace poco de los miembros de su familia. Si se interesaran por nuestras ideas y vinieran al trabajo, ¿no le sería todo mucho más fácil?

—Sí, puede ser, —siempre con voz insegura. Pero ¿por qué debería yo pensar en esto?

—Pero ¿no decía que le asustaba el abismo —tal era su expresión— que se abría entre usted y ellos?"

No hubo respuesta.

—Pero ¿qué piensa de esto ahora?

—No pienso en esto en ninguna forma.

—Si alguien le preguntara qué es lo que quiere, ¿qué respondería?"

Otra vez una mirada vaga.

—No quiero nada.

—Pero sí, piénselo, ¿qué le gustaría?"

Sobre una mesita, a su lado, había un vaso de té que no había terminado. Se fijó en él por un largo momento como si considerara algo. Dos veces paseó su mirada alrededor de él, luego se fijó de nuevo en el vaso, y en voz muy seria, con una entonación tan solemne que nos miramos unos a otros, pronunció estas palabras:

—*Pienso que me gustaría un poco de mermelada de frambuesa.* Desde el fondo de la sala vino una voz que apenas reconocimos.

Era el segundo sujeto del experimento.

—¿No ven ustedes que está dormido?

—¿Y usted mismo? preguntó alguien.

—Yo, por el contrario, estoy despierto.

—¿Por qué se ha dormido él, mientras que usted se ha despertado?

—No lo sé.

Así terminó el experimento.

Al día siguiente, ni uno ni otro se acordaba de nada. G. nos explicó que todo lo que constituía el tema ordinario de las conversaciones, de las preocupaciones, de la agitación del primer hombre, estaba en su personalidad. Cuando su personalidad estaba dormida no le quedaba prácticamente nada. En contraste, si había mucha habladería superflua en la personalidad del otro hombre, detrás de ella se escondía una esencia que sabía tanto como su personalidad y lo sabía mejor; mientras la personalidad dormía, la esencia tomaba su lugar, al cual tenía infinitamente más derecho.

—Noten que, contrariamente a su costumbre, él ha hablado muy poco, dijo G. Pero observaba a cada uno de ustedes y no se le escapaba nada de todo lo que pasaba.

—Pero ¿de qué le sirve eso si ya no lo recuerda? dijo uno de nosotros.

—La esencia lo recuerda, dijo G., la personalidad ha olvidado. Y le era necesario, porque de otra manera la «personalidad» habría pervertido todo. Se habría adjudicado todo a sí misma.

—Pero esto es una especie de magia negra, dijo uno de nosotros.

—Peor, dijo G. Esperen y verán cosas aún mucho peores."

Hablando de "tipos", G. dijo un día:

—¿Han notado el enorme papel del «tipo» en las relaciones del hombre y la mujer?

—He notado, dije, que en el curso de toda su vida, un hombre no entra en contacto sino con sólo cierto tipo de mujer, y una mujer con cierto tipo de hombre. Es



como si un tipo de mujer estuviera predeterminado para cada hombre, y un tipo de hombre para cada mujer.

—Es cierto, me dijo G. Pero dicho en esta forma naturalmente es demasiado general. En efecto, usted nunca ha visto ningún tipo de hombre ni de mujer, sino sólo tipos de sucesos. Lo que estoy diciendo se refiere al tipo real, es decir a la esencia. Si la gente pudiera vivir en su esencia, un tipo de hombre siempre encontraría al tipo de mujer que le corresponde, y nunca habría una conjunción equivocada de tipos. Pero la gente vive en su personalidad que tiene sus propios intereses, sus propios gustos. Éstos no tienen nada en común con los intereses y los gustos de la esencia. En tal caso, la personalidad es el resultado del trabajo equivocado de los centros. Por esta razón, puede no querer lo que la esencia quiere —y querer precisamente lo que la esencia no quiere. Es así como comienza el conflicto entre la esencia y la personalidad. La esencia sabe lo que desea, pero no lo puede explicar. La personalidad no quiere ni oír y no toma en cuenta para nada sus deseos. Ella tiene sus propios deseos, y actúa a su manera. Pero allí termina su poder. Después de esto, de una u otra manera las dos esencias, la del hombre y la de la mujer, tienen que vivir juntas. Y se odian. En este campo, no hay comedia posible; de todas maneras, es la esencia, el tipo, que finalmente toma el mando y decide.

"Y en tal caso, nada se puede hacer ni por la razón, ni por el cálculo. Ni por «amor», porque en el sentido real de la palabra el hombre mecánico no puede amar —en él, *ello ama o ello no ama*.

"Al mismo tiempo, el sexo desempeña un papel enorme en el mantenimiento de la mecanicidad de la vida. Todo lo que hace la gente tiene relación con el sexo; la política, la religión, el arte, el teatro, la música, todo es «sexo». ¿Creen ustedes que la gente va a la iglesia para rezar, o al teatro para ver alguna pieza nueva? No, éstos no son sino pretextos. Lo principal, tanto en el teatro como en la iglesia, es que allí se pueden encontrar hombres o mujeres. He allí el centro de gravedad de todas las reuniones. ¿Qué es lo que lleva a la gente a los cafés, los restaurantes, las fiestas de toda clase? Una sola cosa; *el Sexo*. Allí está la principal fuente de energía de toda la mecanicidad. Todo sueño, toda hipnosis deriva de ella.

"Traten de comprender lo que quiero decir. La mecanicidad es particularmente peligrosa cuando la gente no la quiere tomar por lo que es y trata de explicarla como otra cosa. Cuando el sexo es claramente consciente de sí mismo, cuando no se refugia detrás de pretextos, ya no se trata de la mecanicidad de la cual hablo. Por el contrario, el sexo que existe por sí solo y que no depende de otra cosa ya es un gran logro. Pero ¡el mal estriba en esta mentira perpetua a sí mismo!

—¿Y a qué conclusión llega usted? preguntó alguien. ¿Debemos dejar las cosas así, o cambiarlas?" G. sonrió.

—Esto es lo que siempre se pregunta. Cualquiera sea el asunto de que se habla, la

gente pregunta: «¿Es admisible que sea así? y ¿no se puede cambiar este estado de cosas?» ¡Como si fuera posible cambiar cualquier cosa, o hacer cualquier cosa! Ustedes al menos ya deberían haber visto la ingenuidad de tales preguntas. Fuerzas cósmicas han creado esta situación y fuerzas cósmicas la rigen. Y ustedes preguntan: ¿debemos dejar las cosas así o cambiarlas? ¡Vamos! Dios mismo no podría cambiar nada. ¿Se acuerdan de lo que se ha dicho sobre las cuarenta y ocho leyes? Éstas no se pueden cambiar, pero uno puede librarse de un gran número de ellas, quiero decir que hay una posibilidad de cambiar el estado de las cosas *para uno mismo*. Se puede escapar de la ley general, pero la ley general no puede ser cambiada ni en este ni en ningún otro. Pero un hombre puede cambiar su propia situación respecto a esta ley: puede escapar de ella. Tanto más cuanto que la ley de la cual hablo, es decir el poder del sexo sobre la gente, ofrece muy diversas posibilidades. El sexo es la principal razón de nuestra esclavitud, pero también nuestra principal posibilidad de liberación.

"El «nuevo nacimiento» del cual hemos hablado depende tanto de la energía sexual como el nacimiento físico y la propagación de la especie.

"El hidrógeno *si 12* es el hidrógeno que representa el producto final de la transformación del alimento en el organismo humano. Es la materia a partir de la cual el sexo trabaja y produce. Es la «semilla» o el «fruto».

"El hidrógeno *si 12* puede pasar a *do* de la octava siguiente con la ayuda de un «choque adicional». Pero este «choque» puede ser de naturaleza doble, y dos octavas diferentes pueden comenzar, una fuera del organismo que ha producido *si*, la otra dentro del organismo mismo. La unión de los *si 12* masculino y Femenino —y todo lo que se acompaña— constituye el «choque» de la primera clase y la nueva octava, comenzada con su ayuda, se desarrolla independientemente como un nuevo organismo o una nueva vida.

"Tal es la forma normal y natural de utilizar la energía de *si 12*. Sin embargo, hay otra posibilidad en el mismo organismo. Es la posibilidad de crear una nueva vida dentro del organismo donde *si 12* ha sido elaborado, pero esta vez sin la unión de los dos principios masculino y femenino. Desde entonces una nueva octava se desarrolla dentro del organismo y no afuera. Es el nacimiento del «cuerpo astral». Deben comprender que el «cuerpo astral» nace de la misma manera que el cuerpo físico. Sólo difiere el proceso. El cuerpo físico entero en todas sus células es penetrado por así decirlo, por las emanaciones de la materia *si 12*. Y cuando la saturación ha llegado a un grado suficiente, la materia *si 12* comienza a cristalizarse. La cristalización de esta materia equivale a la formación del «cuerpo astral».

"El pasaje de la materia *si 12* al estado de emanaciones, y la saturación gradual de todo el organismo por estas emanaciones, es lo que la alquimia llama transformación o «transmutación». Es justamente esta transformación del cuerpo físico en cuerpo astral lo que la alquimia llama la transformación de *lo grosero en sutil* o la

transmutación de *metales viles en oro*.

"La transmutación total, es decir la formación del «cuerpo astral», sólo es posible en un organismo sano, que funciona normalmente. En un organismo enfermo, o anormal, o inválido, no hay transmutación posible.

—¿Es necesaria la continencia absoluta para la transmutación? y, de manera general, ¿es útil la abstinencia sexual para el trabajo sobre sí? preguntó alguien.

—Su pregunta abarca muchas otras, dijo G. En efecto, la abstinencia sexual es necesaria para la transmutación, pero solamente en ciertos casos, es decir para ciertos tipos de hombre. Para otros tipos no es necesaria en forma alguna. Y para otros aún, viene por sí sola cuando comienza la transmutación. Voy a explicárselo más claramente. Para ciertos tipos es indispensable una larga y total abstinencia sexual para que *comience* la transmutación; sin esta larga y total abstinencia, no puede comenzar. Pero una vez que el proceso esté bien encaminado, la abstinencia deja de ser necesaria. En otros casos, es decir con otros tipos, la transmutación muy bien puede comenzar, por el contrario, en una vida sexual normal; puede aun realizarse más pronto y desenvolverse mucho mejor con un gran expendio exterior de energía sexual. En el tercer caso, al comienzo la transmutación no requiere abstinencia, pero luego toma toda la energía del sexo y pone fin a la vida sexual normal, o al expendio exterior de la energía sexual.

"Pasemos a la otra pregunta: «la abstinencia sexual ¿es útil o no para el trabajo?»

"Es útil si hay abstinencia en todos los centros. Si hay abstinencia sólo en un centro, y plena libertad de imaginación en los otros, no puede haber nada peor. Además, la abstinencia puede ser útil si un hombre sabe utilizar la energía que ahorra de esta manera. Si no lo sabe, no se puede obtener de la abstinencia ventaja alguna.

—Con relación a esto, ¿cuál es, en general, la forma de vida más justa desde el punto de vista del trabajo?

—Es imposible decirlo. Lo repito, mientras un hombre *no sabe*, es preferible para él no emprender nada. Hasta que no tenga un conocimiento nuevo y *exacto*, le será del todo suficiente que dirija su vida según las reglas y los principios comunes. En este campo, cuando un hombre comienza a hacer teorías o a soltar las riendas de su imaginación, esto sólo lleva a la psicopatía. Pero una vez más, hay que recordar que en el trabajo sólo personas completamente normales con relación a lo sexual tienen una posibilidad. Toda clase de «originalidades», todo gusto extraño, los deseos raros, el miedo y la acción constante de los «topes», todo esto debe ser destruido desde el comienzo. La educación moderna y la vida moderna crean un número incalculable de psicópatas sexuales. En el trabajo, no tienen la menor posibilidad.

"De manera completamente general, se puede decir que sólo hay dos formas legítimas de expender la energía sexual: la vida sexual normal y la transmutación. En este campo, toda invención es de lo más peligrosa.

"Desde tiempos inmemoriales la abstinencia ha sido experimentada. Muy rara vez ha dado resultados, pero en la mayoría de los casos lo que se llama abstinencia es solamente el trueque de sensaciones normales por sensaciones anormales, porque estas últimas son más fáciles de esconder; sin embargo, no es de esto de lo que quiero hablar. Quisiera hacerles comprender dónde estriba el mayor mal y el factor principal de nuestra esclavitud. No es en el sexo mismo, sino en el *abuso del sexo*. Pero casi nunca se comprende lo que significa el abuso del sexo. No se trata aquí de excesos sexuales o de perversiones sexuales. Éstas son sólo formas relativamente inofensivas del abuso del sexo. No, es indispensable conocer muy bien la máquina humana para comprender lo que es el abuso del sexo, en el sentido verdadero de esta expresión. Indica el trabajo equivocado de los centros en sus relaciones con el centro sexual; en otros términos, la acción del sexo operando a través de los otros centros, y la acción de los otros centros operando a través del centro sexual; o para ser todavía más preciso, indica el funcionamiento del centro sexual con la ayuda de energía prestada por los otros centros y el funcionamiento de los otros centros con la ayuda de energía prestada por el centro sexual.

—¿Se puede considerar al sexo como un centro independiente? preguntó uno de los oyentes.

—Sí, respondió G. Pero al mismo tiempo, si consideramos el piso inferior como una totalidad, entonces el sexo se puede considerar como la parte neutralizante del centro motor.

—¿Con qué hidrógeno trabaja el centro sexual? preguntó otro.

Esta pregunta nos había interesado a todos durante largo tiempo, pero no le habíamos podido encontrar solución. Y G. siempre eludía una respuesta directa cuando le planteábamos la pregunta.

—El centro sexual trabaja con hidrógeno 12. dijo esta vez.

Es decir, que debería trabajar con éste. El hidrógeno 12 es *si* 12. Pero el hecho es que trabaja muy rara vez con su hidrógeno propio. Las anomalías en el trabajo del centro sexual exigen un estudio especial.

"En primer lugar, se debe notar que *normalmente* en el centro sexual, así como en el centro emocional superior y en el centro intelectual superior, no hay lado negativo. En todos los otros centros, con excepción de los centros superiores, es decir en los centros intelectual, emocional, motor e instintivo, hay, por así decirlo, dos mitades — una positiva y otra negativa; afirmación y negación, «sí» y «no» en el centro intelectual; sensaciones agradables y desagradables en los centros instintivo y motor. Pero tal división no existe en el centro sexual. No hay lados positivos y negativos en él. No hay sensaciones desagradables ni sentimientos desagradables en él: o bien hay sensación agradable, sentimiento agradable, o no hay nada —ausencia de toda sensación, una indiferencia completa. Pero como consecuencia del trabajo

equivocado de los centros, a menudo sucede que el centro sexual entra en contacto con la parte negativa del centro emocional o del centro instintivo. De ahí que ciertos estímulos particulares, o aun cualquier estímulo del centro sexual, pueden evocar sentimientos desagradables, sensaciones desagradables. Las personas que experimentan tales sensaciones o tales sentimientos, suscitados en ellas por las ideas o imaginaciones ligadas al sexo, llegan a considerarlos como pruebas de virtud o como algo original; de hecho, estas personas simplemente son enfermas. Todo lo que está relacionado con el sexo debería ser o agradable o indiferente. Las sensaciones y los sentimientos desagradables vienen todos del centro emocional o del centro instintivo.

"Tal es el abuso del sexo. Pero una vez más hay que recordar que el centro sexual trabaja con hidrógeno 12. Esto significa que es más fuerte y más rápido que todos los otros centros. De hecho, el sexo gobierna a todos los otros centros. La única cosa que lo mantiene preso en las circunstancias ordinarias, es decir cuando un hombre no tiene ni conciencia ni voluntad, es lo que hemos llamado «topes». Éstos pueden reducirlo literalmente a nada, es decir, pueden impedir sus manifestaciones normales, pero no pueden destruir su energía. La energía subsiste y pasa a los otros centros a través de los cuales se expresa; dicho de otra manera, los otros centros le roban al centro sexual la energía que él mismo no emplea. La energía del centro sexual en el trabajo de los centros intelectual, emocional y motor, se reconoce por un «sabor» particular, por un cierto ardor, una vehemencia que de ninguna manera es necesaria. El centro intelectual escribe libros, pero cuando explota la energía del centro sexual, no se ocupa simplemente de filosofía, de ciencia o de política —siempre está combatiendo algo, discutiendo, criticando, creando nuevas teorías subjetivas. El centro emocional predica el Cristianismo, la abstinencia, el ascetismo, el terror, el horror al pecado, el infierno, el tormento de los pecadores, el fuego eterno, y todo esto con la energía del sexo. O bien fomenta revoluciones, roba, incendia, asesina, con esta misma energía robada al sexo. Y siempre con esta energía, el centro motor se apasiona por el deporte, bate récords, salta vallas, escala montañas, lucha, combate, etc. En todos los casos en que los centros intelectual, emocional o motor utilizan la energía del sexo, se encuentra esta vehemencia característica, al mismo tiempo que aparece la *inutilidad* del trabajo emprendido. Ni el centro intelectual, ni el centro emocional, ni el centro motor, pueden jamás crear algo *útil* con la energía del centro sexual. Este es un ejemplo del abuso del sexo.

"Pero aquí no se trata sino de un solo aspecto. Un segundo aspecto está representado por el hecho de que cuando la energía del sexo es hurtada por los otros centros y desperdiciada en un trabajo inútil, no le queda nada para él mismo y entonces tiene que robar la energía de los otros centros, que es de una calidad muy inferior a la suya y mucho más grosera. Sin embargo, el centro sexual es muy

importante para la actividad general, particularmente para el crecimiento interior del organismo, porque al trabajar con el hidrógeno 12, este centro puede aprovechar de un *alimento de impresiones* muy fino, que ninguno de los otros centros ordinarios puede recibir. Este alimento fino de impresiones es muy importante para la producción de los hidrógenos superiores. Pero cuando el centro sexual trabaja con una energía que no es la suya, es decir, con los hidrógenos relativamente inferiores 48 y 24, sus impresiones se tornan mucho más groseras, y deja de mantener el papel que podría desempeñar en el organismo. Al mismo tiempo, su unión con el centro intelectual y la utilización de su energía por el centro intelectual provocan un exceso de imaginación de orden sexual, y lo que es más, una *tendencia a satisfacerse con esta imaginación*. Su unión con el centro emocional crea el sentimentalismo, o por el contrario, celos y crueldad. Estos son algunos otros aspectos del abuso del sexo.

—¿Qué debe hacer uno para luchar contra el abuso del sexo? preguntó alguien.

G. se echó a reír.

—Estaba esperando esta pregunta, dijo. Pero deberían haber comprendido que, para un hombre que todavía no ha comenzado a trabajar sobre sí mismo y que no conoce la estructura de la máquina humana es tan imposible explicarle la significación del abuso del sexo como explicarle la manera de evitarlo. El trabajo sobre sí, correctamente dirigido, comienza con la creación de un *centro de gravedad permanente*. Cuando un centro de gravedad permanente ha sido creado, todo el resto, al subordinarse a éste, se organiza poco a poco. La pregunta se resume entonces de esta manera: ¿a partir de qué, y cómo se puede crear un centro de gravedad? Esta es la respuesta que podemos dar: solamente la justa actitud de un hombre con respecto al trabajo, con respecto a la escuela, su apreciación justa del valor del trabajo y su comprensión de la mecanicidad o de lo absurdo de todo el resto, pueden crear en él un centro de gravedad permanente.

"El papel del centro sexual en la creación de un equilibrio general y de un centro de gravedad permanente puede ser muy grande. En virtud de su energía, es decir si emplea su propia energía, el centro sexual se sitúa al nivel del centro emocional superior. Y todos los otros centros le están subordinados. Por consiguiente, sería una gran cosa si trabajara con su propia energía. Esto solo bastaría para indicar un grado de ser relativamente elevado. Y en este caso, es decir, si el centro sexual trabajara con su propia energía y en su propio lugar, todos los otros centros podrían trabajar correctamente, en su lugar y con su propia energía."

## Capítulo *trece*

*Trabajo interior intenso. Preparación para "hechos". Breve estada en Finlandia. Comienza el "milagro". "Conversaciones mentales" con G. "Usted no duerme". Veo a los "dormidos". El estudio de los fenómenos de orden sobrenatural es imposible por medios ordinarios. De aquí en adelante, yo sé lo que es "eficaz". El "rasgo principal". G. define el "rasgo principal" de algunos de nosotros. Reorganización del grupo. Los que abandonan el trabajo. Sentado entre dos sillas. Es difícil regresar. El apartamiento de G. Reacciones al silencio. "Ver las mentiras". Una demostración. ¿Cómo despertar? ¿Cómo crear el estado emocional necesario? Tres métodos. La necesidad del sacrificio. "Sacrificar su sufrimiento". Ampliación de la Tabla de Hidrógenos. Un "diagrama moviente". Un nuevo descubrimiento. "Tenemos muy poco tiempo".*

El mes de agosto de 1916 dejó en todos los miembros de nuestros grupos el recuerdo de una intensidad muy grande en nuestro trabajo interior. Todos sentimos que teníamos que darnos prisa, que realmente hacíamos demasiado poco con respecto a la tarea inmensa que nos habíamos fijado. Comprendimos que nuestra oportunidad de aprender más de ella, podía desaparecer tan súbitamente como había aparecido, y nos esforzamos en aumentar la presión del trabajo en nosotros mismos, y en hacer todo lo que nos era posible, mientras nos favoreciesen las condiciones.

Apoyándome en cierta experiencia en esta dirección, que había tenido antes, comencé a ejercitarme muy seriamente. Llevé a cabo una serie de ayunos de corta duración pero muy intensos. Los llamo "intensos" porque de ninguna manera ayunaba por razones de salud; por el contrario, trataba de dar a mi organismo los choques más fuertes posibles. Además, me puse a "respirar" según un sistema preciso que, aplicado al mismo tiempo que el ayuno, me había dado antes interesantes resultados psicológicos; también me ejercitaba en la "repetición" según los métodos de la "oración mental", que antes me había ayudado mucho a concentrarme y a observarme. En fin, me entregué a una serie de ejercicios mentales, bastante difíciles, para disciplinar mi atención. No voy a describir estos ejercicios; no los emprendí, después de todo, sino para tantear el terreno, sin saber exactamente adonde me podrían conducir.

Mas en conjunto, todos estos esfuerzos, así como nuestras conversaciones y nuestras reuniones, me mantenían en un estado de tensión desacostumbrada, y de esta manera me prepararon, en gran parte, para la serie de experiencias extraordinarias por las cuales iba a pasar. En efecto, G. cumplió su palabra: vi "hechos", y comprendí

simultáneamente lo que él tenía en mente cuando dijo que antes de los hechos<sup>[13]</sup> eran necesarios muchos otros elementos.

Los otros elementos eran una mejor preparación, una comprensión más profunda de ciertas ideas, y la necesidad de encontrarse en cierto estado. La necesidad de este estado, que es emocional, es seguramente la menos reconocida, quiero decir que no comprendemos que tal estado es indispensable, y que sin él los "hechos" son imposibles.

Llego ahora al problema más difícil: la absoluta imposibilidad de describir los "hechos" mismos.

¿Por qué?

A menudo me he planteado esta pregunta. Y sólo puedo contestar que tales hechos son de naturaleza tan personal que en ningún caso se pueden comunicar a los demás. Ahora he comprendido que esto no era así solamente en mi caso: *siempre es así*.

Recuerdo que siempre me habían indignado afirmaciones de esta clase cuando las había leído en las memorias o los relatos de personas que habían pasado por extraordinarias experiencias y luego rehusaban describirlas. Habían buscado lo milagroso y bajo una forma u otra, creían haberlo encontrado. Entonces invariablemente decían: "Lo he encontrado... pero no puedo describir lo que he encontrado." Esto siempre me había parecido artificial y falso.

Y he aquí que me encontraba exactamente en la misma situación. Había encontrado lo que buscaba. Había visto y observado hechos que transcendían completamente la esfera de lo que consideramos posible, o admisible, y no podía decir nada de ello.

Lo esencial en estas experiencias era su contenido interior y el nuevo conocimiento que comunicaban. Pero no se podía describir su aspecto exterior mismo sino muy aproximadamente. Como ya he dicho, después de todos mis ayunos y mis otros experimentos, me encontraba en cierto estado de excitación y de nerviosidad bastante vivo, y físicamente menos firme que de costumbre. En este estado llegué a la casa de campo que tenía en Finlandia uno de nuestros amigos, E. N. M., en cuya casa de San Petersburgo solíamos reunirnos. G. estaba presente con ocho de los miembros de nuestros grupos. Esa noche, llegamos a hablar de las tentativas que habíamos hecho para contar la historia de nuestras vidas. G. se manifestó muy duro, sarcástico; nos atacaba uno tras otro, como si quisiera provocarnos, y subrayaba con insistencia nuestra cobardía y la pereza de nuestro pensamiento.

Me fue particularmente penoso cuando se puso a repetir, ante todo el mundo, algo que yo pensaba sobre el doctor S. dicho a él en forma confidencial. Lo que dijo me resultó muy desagradable, sobre todo porque yo, por mi parte, siempre había condenado tales chismes en los demás.



Creo que eran alrededor de las diez cuando nos llamó, a Z., al doctor S. y a mí, a un pequeño cuarto apartado. Nos sentamos "al estilo turco" en el suelo, y G. empezó a explicarnos y a mostrarnos cierto número de posturas y de movimientos. No podía dejar de notar la seguridad y la precisión asombrosas con que realizaba estos movimientos. Por otra parte, no presentaba nada excepcional: un buen gimnasta podría haberlos hecho con facilidad, y yo, que nunca he pretendido pasar por atleta, podía imitarlos exteriormente. No obstante, G. nos explicaba que ningún gimnasta ejecutaría esos movimientos como él, pues él tenía una manera especial de hacerlos con los músculos relajados.

Después de esto, G. volvió una vez más a las razones de nuestra incapacidad para contar la historia de nuestra vida.

Y fue entonces cuando comenzó el milagro.

Puedo decir con absoluta certeza que G. no se valió de ningún procedimiento exterior, es decir que no me dio ningún narcótico y no me hipnotizó por ninguno de los métodos conocidos.

Todo se desencadenó desde el momento en que comencé a *oír sus pensamientos*. Estábamos sentados en ese cuartito, con piso sin alfombra como los hay en ciertas casas de campo. Yo estaba sentado frente a G. con el doctor S. y Z. a mis costados.

G. hablaba de nuestros "rasgos" y de nuestra incapacidad de ver o de decir la verdad. Lo que decía me inquietaba mucho. Y de repente, noté que entre las palabras que pronunciaba para nosotros tres, había ciertos "pensamientos" dirigidos a mí. Capté uno de estos pensamientos y respondí en voz alta. G. me hizo una señal con la cabeza y se calló. Hubo un rato bastante largo de silencio. G. continuaba callado. En el silencio, súbitamente oí su voz dentro de mí, como si estuviera dentro de mi pecho, cerca del corazón. Me hacía una pregunta precisa. Mis ojos se posaron sobre él; se mantenía inmóvil y sonreía. Su pregunta me había conmovido fuertemente. Sin embargo, le contesté con una afirmación.

—¿Por qué dice él eso? preguntó G., mirando alternativamente a Z. y al doctor S. ¿Le he preguntado algo?"

En seguida me planteó otra pregunta, aún más apremiante, en la misma forma. Y le respondí por segunda vez en voz alta. Z. y S. estaban visiblemente asombrados — especialmente Z. Esta conversación, si se puede llamar conversación, continuó de esta manera por lo menos durante una media hora. G. me planteaba preguntas silenciosas y yo le contestaba en voz alta. Estaba muy agitado por lo que me decía, por las preguntas que me planteaba, y que no puedo transmitir aquí. Se trataba de ciertas condiciones que yo debería aceptar —o de lo contrario, tendría que *abandonar el trabajo*. G. me dio un mes de plazo. Rehusé ese plazo y le dije que estaba listo para hacer de inmediato todo lo que me pidiese, por difícil que fuera. Mas él insistió en el plazo de un mes.

Al fin, se levantó y salimos a la terraza. Al otro lado de la casa había otra terraza, más grande, donde se encontraban reunidos nuestros amigos.

Lo que sucedió luego llegó a ser lo más importante; sin embargo, no podré hablar de ello sino muy poco. G. conversaba con Z. y S. De repente, dijo algo de mi que no pude soportar; salté de la silla y fui al jardín. Luego, entré en el bosque. Caminé durante largo tiempo en la oscuridad, completamente dominado por pensamientos y sentimientos extraordinarios. A veces, me parecía haber hallado algo; en otros momentos lo había perdido de nuevo.

Así fue durante una o dos horas. Finalmente, cuando mis contradicciones y mis torbellinos interiores llegaron al colmo, me cruzó por la mente un pensamiento como un relámpago, aportándome una comprensión justa de todo lo que G. me había dicho y de mi propia posición. Vi que G. tenía razón: todo lo que yo consideraba en mí como sólido y digno de confianza, en realidad no existía. Pero había hallado algo diferente. Sabía que G. no me creería, y que se reiría en mi cara si se lo dijese. Sin embargo, para mí esto era indudable, y lo que sucedió después me mostró que no me había equivocado.

Me había detenido para fumar en un lugar despejado, donde me quedé sentado largo tiempo. Cuando regresé a la casa, la noche ya estaba muy avanzada; no había nadie en la pequeña terraza. Pensando que todo el mundo se había acostado, entré en mi cuarto y me acosté también. De hecho, G. y los otros estaban cenando en la terraza grande. Poco después de acostarme, nuevamente se apoderó de mí una excitación extraña, el pulso empezó a latir con fuerza, y otra vez oí la voz de G. en mi pecho. Pero esta vez no me contenté con oírlo, le *respondí mentalmente*, y G. me oyó, y me contestó. Había en esto algo muy extraño. Traté de encontrar lo que pudiera confirmarme la realidad de esta conversación, pero fue en vano. Después de todo, quizá era "imaginación" o un soñar despierto. También traté de preguntarle a G. algo concreto que no dejase ninguna duda sobre la realidad de nuestra conversación, o del hecho de que él estuviese participando, mas no pude inventar nada que tuviera suficiente peso. A ciertas preguntas que yo le hacía y a las cuales él respondía, yo mismo hubiera podido contestarlas igualmente bien. Aun tenía la impresión de que él evitaba las respuestas concretas que podrían servir más tarde de "pruebas", y que, a una o dos de mis preguntas, intencionalmente no daba sino respuestas vagas. Pero para mí *el sentimiento de que ésta era una conversación* era muy fuerte y completamente nueva e incomparable.

Después de un largo silencio, G. me hizo una pregunta que me puso inmediatamente en estado de alerta; después de lo cual, se detuvo como si esperase una contestación.

Lo que me había dicho había detenido de golpe todos mis pensamientos y todos mis sentimientos. No tenía miedo, al menos no se trataba de un miedo consciente,

como cuando uno sabe que está asustado; pero temblaban todos mis miembros, y estaba literalmente paralizado, a tal punto que no podía articular ni una sola palabra, aunque hice terribles esfuerzos por dar una respuesta afirmativa.

Sentí que G. esperaba, y que no esperaría mucho tiempo.

—Bueno, usted está fatigado ahora, me dijo al fin. Quedémonos en esto hasta la próxima vez."

Comencé a decir algo, creo que le pedí que esperara todavía, que me diera un poco más de tiempo para acostumbrarme a este pensamiento.

—En otra ocasión, dijo su voz; duerma."

Y la voz se calló. No pude dormirme por largo tiempo. Por la mañana, cuando salí a la pequeña terraza donde nos habíamos reunido la noche anterior, G. estaba sentado en el jardín, a unos veinte metros de allí, cerca de una mesita redonda; tres de nuestros amigos estaban con él.

Cuando me acerqué a ellos, G. dijo:

—Pregúntenle lo que sucedió anoche.

Por alguna razón, esto me irritó. Di media vuelta y me dirigí hacia la terraza. En el momento de alcanzarla, oí de nuevo la voz de G. en mi pecho: ¡Alto!

Me detuve y me volví hacia él. Se sonreía.

—¿Para dónde va? Venga a sentarse acá, dijo en su voz ordinaria.

Me senté a su lado, pero no podía hablar, y no tenía el menor deseo de hacerlo. Al mismo tiempo, sentía una lucidez mental extraordinaria, y decidí tratar de concentrarme sobre ciertos problemas que me parecían especialmente difíciles. Me vino la idea de que en este estado no habitual, podía tal vez hallar respuestas a los problemas que no sabía resolver por los métodos usuales.

Me puse a pensar en la primera tríada del "rayo de creación", en las tres fuerzas que constituyen una sola fuerza. ¿Cuál era su sentido? ¿Era definible? ¿Podíamos comprender este sentido? Una respuesta comenzaba a esbozarse en mi cabeza, pero en el mismo instante en que traté de expresarla en palabras, todo desapareció.

Voluntad, conciencia... pero ¿cuál era el *tercer* término? me preguntaba. Me parecía que si lo pudiera nombrar, comprendería inmediatamente todo el resto.

—Deje eso, dijo G. en voz alta.

Volví los ojos hacia él. Me miraba.

—Eso todavía está muy lejos, dijo. Usted no puede hallar la respuesta ahora. Piense más bien en usted mismo, en su trabajo."

Los que estaban sentados a nuestro lado nos miraban perplejos. G. había respondido a mis pensamientos.

Después de esto comenzó una experiencia muy extraña que se prolongó durante los tres días que estuvimos en Finlandia. Durante estos días —en los cuales tuvimos numerosas conversaciones sobre temas variados— estuve constantemente en un

estado emocional desacostumbrado, que algunas veces me parecía abrumador.

—¿Cómo liberarme de este estado? le pregunté a G. Ya no puedo soportarlo.

—¿Prefiere dormir? dijo.

—Por cierto que no.

—Entonces ¿qué es lo que me pide? Tiene lo que quería.

Utilícelo. *¡Ahora ya no duerme!*"

No creo que esto fuera absolutamente cierto. Sin duda alguna, en ciertos momentos "dormía".

Muchas palabras que pronunció entonces han debido sorprender a los que eran mis compañeros en esta extraña aventura. Yo mismo estaba sorprendido por mil cosas que notaba en mí. Ciertas de ellas se parecían al sueño, otras no tenían ninguna relación con la realidad. Seguramente inventé muchas de ellas. Más tarde, experimenté una verdadera sorpresa al recordar todo lo que yo había dicho.

Finalmente regresamos a San Petersburgo. G. tenía que partir para Moscú y fuimos directamente de la estación de Finlandia a la estación Nikolaevsky.

Muchos de nosotros habíamos venido al andén para despedirnos de él. Él partió.

Pero yo estaba lejos de haber terminado con lo "milagroso".

Esa noche hubo otra vez fenómenos nuevos y no menos insólitos: "conversé" con G. *al mismo tiempo que lo veía* en el compartimiento del tren que lo llevaba a Moscú.

Repetidas veces durante el período extraordinario que siguió, y que duró unas tres semanas, vi a "los dormidos".

Pero sobre esto tengo que dar algunas explicaciones.

Dos o tres días después de la partida de G., yo caminaba por la calle Troitsky; de repente vi que el hombre que venía hacia mi estaba *dormido*. No podía haber la menor duda. Aunque sus ojos estaban abiertos, andaba manifiestamente sumergido en sus sueños, que le corrían por la cara como nubes. Me sorprendí pensando que si pudiera mirarlo durante bastante tiempo, vería sus sueños, es decir, comprendería lo que él veía en sus sueños. Mas el hombre pasó. Después vino otro, igualmente dormido. Un cochero dormido pasó con dos clientes dormidos. Y de repente me vi en la situación del príncipe de la "Bella Durmiente". Todo el mundo a mi alrededor estaba dormido. Era una sensación precisa que no dejaba lugar a duda alguna. Entonces comprendí que podemos ver, *ver con nuestros ojos*, todo un mundo que no vemos habitualmente. Esas sensaciones duraban varios minutos. Al día siguiente se repitieron —muy débilmente. Pero luego hice el descubrimiento de que *al tratar de recordarme a mi mismo*, podía intensificarlas y prolongarlas por tanto tiempo como tuviera energía para no permitir que lo que me rodeaba acaparase mi atención. En el momento en que ésta se dejaba distraer, cesaba de ver a los "dormidos". Porque evidentemente yo mismo me había hundido en el sueño. No hablé de estas experiencias sino a un pequeño número de nuestros amigos; dos de ellos

experimentaban sensaciones análogas cuando trataban de recordarse a sí mismos.

Luego todo volvió a lo normal.

No llegué a darme cuenta exactamente de lo que había pasado. Todo se había revuelto en mí —y es evidente que, en todo lo que dije o pensé durante esas tres semanas, había una gran dosis de fantasía.

Sin embargo, me había visto —había visto en mí cosas que nunca había visto antes. Esto era cierto. Y aunque luego volví a ser el mismo hombre, no podía dejar de *saber* que eso había existido y no podía olvidarme de nada.

Hasta comprendí con absoluta claridad una verdad importante, a saber: que en nuestro estado ordinario de conciencia no se puede observar ni estudiar tal como se estudian los fenómenos físicos por *medios ordinarios*, ninguno de los fenómenos de orden superior —llamados a veces "metafísicos"— es decir que trascienden la categoría de los hechos ordinarios observables cada día. Es un absurdo completo pensar que se pueden estudiar fenómenos tales como "telepatía", "clarividencia", "previsión del futuro", "fenómenos de médium", etc., de la misma manera que se estudia la electricidad, los fenómenos meteorológicos o químicos. En los fenómenos de orden superior hay algo que requiere un estado emocional particular *para observarlos y estudiarlos*. Esto excluye toda posibilidad de experimentos o de observaciones "científicamente conducidos".

Ya había llegado a las mismas conclusiones después de los experimentos que describí en el *Nuevo Modelo del Universo* en el capítulo "Misticismo experimental", pero ahora comprendía por qué esto era una absoluta imposibilidad.

La segunda conclusión interesante a que llegué es mucho más difícil de formular.

Se trata de cierto viraje en mis maneras de ver y de definirme a mí mismo, mis metas, mis deseos y mis aspiraciones. En ese momento, estaba lejos de poder apreciar toda su importancia.

Pero más tarde reconocí claramente que databan de esa época los cambios precisos que intervinieron en mis ideas sobre mí mismo, sobre los que me rodeaban, y más aún sobre lo que me contentaré con llamar, sin mayor precisión, los "métodos de acción". Describir esos cambios me parece casi imposible. Solamente diré que no tenían ninguna relación con todo lo que *había sido dicho* en Finlandia, sino que venían directamente de las emociones que había experimentado allí. Lo que noté en primer lugar fue el debilitamiento en mí de ese individualismo extremo que hasta esa fecha había sido el rasgo fundamental de mi actitud frente a la vida. Comencé a acercarme a las personas, y a sentir más lo que tenía en común con ellas. En segundo lugar, en una parte muy profunda en mí, llegué a comprender el principio esotérico de la imposibilidad de la violencia, es decir de la inutilidad de los medios violentos para lograr cualquier cosa. Vi con perfecta claridad, y desde entonces nunca llegaría a perder este sentimiento, de que los medios violentos o los métodos de fuerza, *en*

*cualquiera que fuese el dominio*, infaliblemente tienen que producir resultados negativos, es decir, opuestos a los mismos fines para los cuales se aplican. A lo que llegué era a algo que se parecía a la no-resistencia de Tolstoy, pero no era completamente igual, porque llegué a la misma conclusión, no desde un punto de vista ético sino práctico; no llegué desde el punto de vista del *bien* o del *mal*, sino desde el punto de vista de lo que es más beneficioso o más eficaz.

G. regresó a San Petersburgo al comienzo de septiembre. Traté entonces de preguntarle sobre lo que había pasado de hecho en Finlandia; ¿me había dicho realmente una cosa espantosa? ¿y por qué había estado yo espantado?

—Si tal fue el caso, quiere decir que usted no estaba preparado, respondió G.

No me dio ninguna otra explicación.

Durante esta visita de G., el centro de gravedad de nuestras conversaciones fue el "rasgo principal" o el "defecto principal" de cada uno de nosotros. Al definir nuestros rasgos, G. se mostraba pleno de ingenio. En aquella ocasión me di cuenta de que era casi imposible definir el rasgo principal de ciertas personas. En efecto, puede estar tan bien escondido detrás de diversas manifestaciones convencionales, que sea imposible descubrirlo. Por lo tanto, un hombre puede considerarse a *sí mismo como* su rasgo principal —así como yo puedo llamar mi rasgo principal: "Ouspensky", o como G. siempre decía: "Piotr Demianovich". Aquí no puede haber errores, dado que el "Piotr Demianovich" de cada persona se forma, por así decirlo, "alrededor de su rasgo principal".

Cuando uno de nosotros no estaba de acuerdo con la definición que G. había dado de su rasgo principal, G. siempre decía que el simple hecho de este desacuerdo era suficiente para probar que él tenía razón.

—No, yo no me reconozco en eso, dijo uno de nosotros. Eso de que estoy seguro que es mi rasgo principal es mucho peor. Pero estoy de acuerdo en que los otros me pueden ver como usted me ha descrito.

—Usted no sabe nada acerca de sí mismo, le dijo G. Si se conociera mejor, no tendría ese rasgo. Por cierto, la gente lo ve como lo he dicho. Pero usted no se ve como ellos lo ven. Si acepta lo que he señalado como su rasgo principal, comprenderá cómo lo ve la gente. Y si encuentra un medio para luchar contra ese rasgo y destruirlo, es decir, destruir su *manifestación involuntaria* —G. acentuó estas palabras— ya no produciría en la gente la impresión habitual sino la que usted quisiera."

Así comenzaron largas conversaciones sobre la impresión que un hombre produce a su alrededor, y sobre la manera de producir una impresión deseable o indeseable.

Las personas con quienes vivimos siempre ven nuestro rasgo principal, por escondido que pueda estar. Naturalmente, no siempre lo pueden expresar. Pero a menudo, sus definiciones son muy buenas o muy aproximadas. Vean los apodos: a

veces definen muy bien el rasgo principal.

Las conversaciones sobre la impresión que producimos nos llevaron una vez más a la cuestión de la «consideración exterior».

—Un hombre no puede «considerar exteriormente» en una forma conveniente mientras esté instalado en su «rasgo principal», dijo G. Por ejemplo, Fulano de tal (nombró a uno de nosotros); su rasgo es que *nunca está en casa*, ¿Cómo podría considerar algo o a alguien?"

Quedé asombrado por lo "acabado" de ese rasgo, tal como G. lo había delineado. Ya no era psicología, era arte.

—Pero la psicología debe ser un arte, dijo G. La psicología no puede ser simplemente una ciencia."

A otro, le dijo que su rasgo era *que no existía en absoluto*.

—Usted comprende, dijo G., *yo no lo veo*. Esto no quiere decir que usted sea siempre así. Pero cuando está como ahora, no existe en absoluto."

A un tercero, le indicó que su rasgo principal era una tendencia a discutir siempre, con todo el mundo, acerca de todo.

—*Pero si yo nunca discuto*, replicó éste acaloradamente.

Nadie pudo contener la risa.

G. le dijo también a otro —se trataba ahora del hombre de edad madura con quien había hecho el experimento de separar la personalidad de la esencia, y que había pedido la mermelada de frambuesa— que su rasgo principal era no tener *ninguna conciencia moral*.

Y al día siguiente vino este hombre a decirnos que había ido a la biblioteca pública para buscar en los diccionarios enciclopédicos de cuatro idiomas el sentido de las palabras "conciencia moral".

Con un simple gesto de la mano G. lo hizo callar.

En cuanto al segundo sujeto del experimento, G. le dijo que *no tenía pudor*, y de inmediato nuestro hombre soltó a su costa un chiste pícaro, bastante gracioso.

Durante su estadía, G. tuvo que quedarse en casa; había cogido un fuerte resfriado y nosotros nos reuníamos en pequeños grupos en su casa, en la Liteiny, cerca de la Nevsky.

Un día dijo que no tenía ningún sentido el continuar así y que debíamos por fin decidirnos: ¿queríamos seguir con él? ¿queríamos trabajar? o bien, ¿no sería preferible para nosotros —ya que una actitud seria sólo a medias no podía dar ningún resultado— el abandonar toda tentativa en esa dirección?

Añadió que seguiría el trabajo solamente con aquellos que tomaran la firme decisión de luchar contra su mecanicidad y su sueño.

—Ya saben ahora que no se les pide nada terrible, dijo. Pero no tiene ningún sentido el permanecer sentado entre dos sillas. Si alguno de ustedes no quiere

despertar, pues bien, dejémoslo dormir."

Expresó el deseo de hablarnos por turno: cada uno de nosotros separadamente tendría que demostrarle con argumentos suficientes por qué él, G., debería tomarse el trabajo de ayudarnos.

—Sin duda, ustedes creen que esto me proporciona gran satisfacción, dijo. O quizás me consideren incapaz de hacer otra cosa. Si esto es así, se equivocan gravemente en ambos casos. Realmente hay tantas cosas que yo podría hacer. Y si dedico mi tiempo *a esto*, es sólo porque tengo una meta precisa. Ahora deberían ya ser capaces de comprender la naturaleza de esta meta y de reconocer si siguen o no el mismo camino que yo. No diré nada más. Pero de ahora en adelante no trabajaré sino con aquellos que puedan ser útiles para mi meta, y sólo pueden serme útiles aquellos que firmemente han decidido luchar contra ellos mismos, es decir, luchar contra su mecanicidad."

Dichas estas palabras, calló.

Las conversaciones de G. con cada uno de los miembros de nuestro grupo duraron alrededor de una semana. Con algunos habló largo tiempo; con otros, mucho menos. Finalmente, casi todo el mundo se quedó.

El hombre de edad madura, P., de quien hablé con referencia al experimento, se libró de la situación con honor y rápidamente llegó a ser un miembro muy activo de nuestro grupo, desviándose sólo ocasionalmente en una actitud formalista y una "comprensión literal".

Sólo dos de nosotros cayeron. De repente, como por arte de magia, habían dejado de comprenderlo todo y empezaron a ver en todo lo que decía G. *una falta de comprensión*, y de parte de los otros miembros de nuestro grupo una falta de simpatía y de sentimiento.

Nos asombró mucho esta actitud que habían tomado con respecto a nosotros, no se sabe por qué, al principio desconfiada, sospechosa, luego abiertamente hostil, llena de acusaciones extrañas y totalmente inesperadas.

"Hacíamos misterio de todo", les escondíamos lo que G. decía en su ausencia. Inventábamos cuentos sobre ellos para que G. les retirara su confianza. Les transmitíamos todas sus palabras falseándolas sistemáticamente con el fin de inducirlo a error. Le presentábamos los hechos bajo una luz falsa. *Le habíamos dado a G. una falsa impresión de ellos*, haciéndole ver todo a la inversa.

Simultáneamente G. mismo había "cambiado por completo", ya no era en absoluto el mismo de antes. Se había vuelto duro, exigente, desprovisto de toda cordialidad, ya no manifestaba el menor interés por las personas, había cesado de exigirnos la verdad, ahora prefería tener alrededor de él a personas que tenían miedo de hablarle francamente, hipócritas que se echaban flores unos a otros mientras se espiaban por detrás.



Estábamos estupefactos al oírlos hablar así. Llevaban con ellos una atmósfera completamente nueva, hasta entonces desconocida para nosotros. Y esto nos parecía muy extraño, dado que en este periodo la mayoría de nosotros nos encontrábamos en un estado emocional bastante intenso y estábamos todos particularmente bien dispuestos hacia estos dos miembros de nuestro grupo, que protestaban.

Tratamos repetidamente de hablarle a G. de ellos. La idea de que pudiéramos darle una "falsa impresión" de ellos, le divertía mucho.

—¡Qué apreciación tienen ellos del trabajo! dijo. ¡Y qué miserable idiota soy yo a sus ojos! ¡Como si fuera tan fácil engañarme! Ustedes ven que ellos han cesado de comprender lo más importante: en el trabajo, al maestro no se le puede engañar. Esta ley es una ley que deriva de lo que hemos dicho sobre el saber y el ser. Si quiero, puedo engañarlos. Pero ustedes no me pueden engañar. Si fuera de otra manera, no tendrían nada que aprender de mí, y sería yo quien tendría que aprender de ustedes.

—¿Cómo podemos hablarles y cómo podemos ayudarlos a regresar al grupo? preguntaron algunos de nosotros.

—No solamente no pueden hacer nada, dijo G., sino que ni siquiera deben intentarlo; con tales tentativas, destruirían la última posibilidad que ellos tienen de comprender y de verse. Siempre es muy difícil regresar. Esto debe ser el fruto de una decisión absolutamente voluntaria, sin persuasión o coacción de ninguna clase. Comprendan que cada habluría sobre mí y sobre ustedes era una tentativa de autojustificación, de echar la culpa a los Otros a fin de probarse a sí mismos que tenían razón. Esto significa que se hundan cada vez más en la mentira. Esta mentira puede ser destruida, pero sólo puede serlo a través del sufrimiento. Si ayer les costó trabajo el verse, hoy les será diez veces más difícil."

Otros le preguntaron: "¿Cómo han podido llegar a eso? ¿Por qué su actitud hacia todos nosotros, así como hacia usted, ha cambiado tan súbitamente, sin que nada lo dejara prever?"

—Es el primer caso del cual ustedes son testigos, respondió G.; por consiguiente se asombran, pero más tarde verán cuan frecuente es. Añadiré que esto se produce siempre de la misma manera. Pues es imposible sentarse entre dos sillas. Mas la gente siempre cree que lo puede hacer, que puede adquirir nuevas cualidades permaneciendo siempre tal como son. Por cierto no lo cree conscientemente pero viene a ser lo mismo.

"Y ¿qué quieren preservar ante todo? El derecho de tener su propia apreciación de las ideas y de la gente, es decir, lo que les es más dañino. Son locos, ellos ya lo saben —al menos hubo un tiempo en que se dieron cuenta y por eso vinieron a la enseñanza. ¡Pero un instante después, ya habían olvidado todo! Ahora traen al trabajo sus propias actitudes subjetivas y mezquinas, comienzan a pronunciar juicios sobre mí y sobre los demás, como si fueran capaces de juzgar a nadie. Esto se refleja

inmediatamente en su actitud con respecto a las ideas y a todo lo que yo digo. Ya «aceptan esto»; pero «no aceptan aquello»; están de acuerdo con una cosa, pero no con otra; me tienen confianza en un caso, pero en otro desconfían.

"Lo más cómico es que se imaginan ser capaces de «trabajar» en tales condiciones, es decir, sin tenerme confianza en todo y sin aceptarlo todo. En realidad esto es absolutamente imposible. Por el solo hecho de sus restricciones o de su desconfianza con respecto a cualquier idea que sea, fabrican de inmediato algo de su propia cosecha con lo cual lo substituyen. Y comienzan las «brillantes improvisaciones» —estas son nuevas explicaciones o nuevas teorías que no tienen nada en común con el trabajo ni con lo que yo he dicho. Se ponen a buscar errores y faltas en todas mis palabras, en todos mis actos y en todo lo que dicen o hacen los demás. A partir de ese momento, yo comienzo a hablar de cosas que ignoro y de las cuales no tengo la menor idea, pero que *ellos mismos* saben y comprenden mucho mejor que yo; todos los otros miembros del grupo son locos, idiotas, etc., etc.

"Cuando un hombre pone en duda estos principios, yo sé de antemano todo lo que dirá después. Y ustedes lo sabrán a su vez por las consecuencias. Lo que es divertido, es que la gente puede ver esto cuando se trata de los demás, pero cuando se ponen ellos mismos a divagar, su clarividencia se apaga al instante para todo lo que les concierne. Esto es una ley. Es difícil subir la montaña pero se rueda muy fácilmente hasta el pie de la pendiente. Ni siquiera les incomoda el hablar de esta manera, ya sea conmigo o con los demás. Y sobre todo, no dudan de que esto pueda ir a la par con cierta clase de trabajo. Aun no quieren comprender que cuando un hombre ha llegado a este punto, ha terminado de cantar su pequeña canción.

"Reparen además en que estos dos son amigos. Si estuviesen separados, si cada uno de ellos siguiese su propio camino, no les sería tan difícil ver su respectiva situación y regresar. Pero son amigos, y se apoyan mutuamente en sus debilidades. Ahora, uno no puede regresar sin el otro. Sin embargo, aun si quisieran regresar no tomaría sino a uno de los dos, y no al otro.

—¿Por qué? preguntó alguien.

—Eso es otro asunto, dijo G. En el presente caso, simplemente sería para permitirle preguntarse quién cuenta más para él, si yo o su amigo. Si es su amigo, entonces no tengo nada que decirle, pero si soy yo, debe abandonar a su amigo y regresar solo. Más adelante, el otro podrá regresar también. Pero yo les digo que ellos se aferran uno a otro y se traban entre sí. Aquí tienen un ejemplo perfecto del mal que las personas se pueden hacer a sí mismas cuando se desvían de lo mejor que hay en ellas."

En octubre estaba con G. en Moscú.

Su pequeño apartamento de la Bolshaia Dmitrovka me asombró por su atmósfera. Lo había arreglado a la moda oriental: pisos y muros desaparecían bajo

tapices, y el mismo cielo raso estaba cubierto de chales de seda. Las personas que concurrían allí —todos alumnos de G.— no tenían miedo de guardar silencio. Esto era ya inusitado. Venían, se sentaban, fumaban; no se oía una palabra, a veces durante horas. Y no había nada desagradable ni angustioso en ese silencio. Por el contrario había un sentimiento de tranquila seguridad; uno se sentía libre de la necesidad de representar un papel artificial o forzado. Pero este silencio producía una impresión muy extraña en los curiosos o en las visitas casuales. Se ponían a hablar sin interrupción como si tuvieran miedo de detenerse y de sentir algo; o bien, se ofendían, se imaginaban que el "silencio" estaba dirigido contra ellos, como para probarles cuán superiores les eran los alumnos de G., y para hacerles comprender que ni siquiera valía la pena hablar con ellos. Otros encontraban este silencio estúpido, cómico, "antinatural"; a sus ojos, hacía resaltar nuestros peores rasgos, particularmente nuestra debilidad, y nuestra completa subordinación a G., quien nos "tiranizaba".

— P. decidió aun tomar nota de las "reacciones al silencio" de los diferentes tipos de nuestros visitantes. Y comprendí entonces por qué la gente temía sobre todo al silencio, y que nuestra constante tendencia a hablar no era sino un reflejo de defensa, siempre basada en un rechazo a ver algo, un rechazo a confesarse algo a sí mismo.

No tardé en notar una propiedad aún más extraña del apartamento de G. *No era posible mentir en ese lugar*. Una mentira se traslucía de inmediato, se hacía visible, tangible y cierta.

Una vez, llegó un hombre a quien G. conocía poco. Ya lo habíamos visto, pues venía a veces a las reuniones. Éramos tres o cuatro en el apartamento. G. no estaba. Después de guardar silencio un instante, empezó a decirnos que justamente acababa de encontrarse con un amigo que le había dado noticias extraordinariamente interesantes sobre la guerra, sobre las posibilidades de paz, y así sucesivamente. Súbitamente, de una manera totalmente inesperada para mí, sentí que *este hombre estaba mintiendo*. No se había encontrado con nadie, y nadie le había dicho nada. Había fabricado todo esto en su cabeza en el mismo momento, simplemente porque no podía tolerar el silencio.

Experimenté un malestar al mirarlo. Me parecía que si se cruzaban nuestras miradas él comprendería que yo me daba cuenta que mentía. Miré a los demás y vi que sentían lo mismo, y apenas podían reprimir las sonrisas... Observé entonces al que hablaba y vi que era el único que no notaba nada. Hablaba, feliz de hablar, y cada vez más arrastrado por su tema, no advirtió algunas de las miradas que sin querer cambiábamos entre nosotros.

No se trataba de un caso excepcional. De repente me acordé de los esfuerzos que hicimos para describir nuestra vida y las "entonaciones" que tomaban nuestras voces cuando tratábamos de esconder ciertos hechos. Me di cuenta entonces que aquí

también todo residía en las entonaciones. Cuando un hombre parlotea o simplemente espera la ocasión de ponerse a hablar, no nota las entonaciones de los demás, y es incapaz de distinguir la mentira de la verdad. Pero tan pronto recobra la calma, es decir, tan pronto despierta un poco, percibe las diferencias de entonación y comienza a discernir la mentira de los demás.

Conversaba a menudo sobre este tema con los otros alumnos de G., hablaba de lo que había pasado en Finlandia y de los "dormidos" que había visto en las calles de San Petersburgo. Lo que experimentaba aquí en el apartamento de G., en contacto con los que mentían mecánicamente, me recordaba mucho la impresión que sentía al ver a los "dormidos".

Tenía grandes deseos de presentar a G. a varios de mis amigos de Moscú, pero entre todos los que encontré durante mi estada, sólo uno, mi viejo amigo el periodista V. A. A., me dio la impresión de estar lo suficientemente vivo. Aunque como de costumbre estaba sobrecargado de trabajo y siempre tenía prisa, se mostró muy interesado cuando le hablé de G., y en su nombre lo convidé a su casa. G. convocó a unos quince de su grupo y preparó una comida, suntuosa para esa época de guerra, con zakuski, pasteles, shasklik, vino de Kaghetia y otras delicias; en una palabra, uno de esos festines a la moda caucasiana, que comienzan al mediodía y duran hasta la noche. G. hizo que A. se sentase a su lado; fue muy amable, lo atendía todo el tiempo, sirviéndole él mismo el vino. De repente me dio un vuelco el corazón. Comprendí a qué prueba había expuesto a mi viejo amigo. El hecho es que todos guardamos silencio. Durante unos cinco minutos, se portó como un héroe. Después comenzó a hablar. Habló de la guerra, habló de todos nuestros aliados, habló de nuestros enemigos; nos participó la opinión que tenían todos los hombres públicos de Moscú y de San Petersburgo. sobre todos los temas posibles; luego habló de la deshidratación de legumbres para el ejército (en lo cual se estaba ocupando actualmente, además de su trabajo como periodista), particularmente de la deshidratación de cebollas; luego de abonos artificiales, de la química aplicada a la agricultura y de la química en general, de las "enmiendas" para enriquecer la tierra; del espiritismo, de la "materialización de manos" y de no sé qué cosas más. Ni G. ni nadie dijo una sola palabra. Estuve a punto de intervenir, por temor de que A. se ofendiera, pero G. me lanzó una mirada tan feroz que me paré en seco. Además, mis temores eran vanos. El pobre A. no se dio cuenta de nada, estaba en la gloria hablando y tan poseído por lo que decía, por su propia elocuencia, que no se dio tregua un solo instante hasta las cuatro. Entonces estreché calurosamente la mano de G. y le agradeció por su "muy interesante conversación". G., mirándome, rió con malicia.

Me sentí muy avergonzado. Habían puesto en ridículo al pobre A., quien seguramente no podía esperar nada semejante, y por eso había sido atrapado.

Comprendí que G. había querido dar una demostración a los suyos.

—¿Se dieron cuenta? dijo después que salió A. Éste es lo que se llama un hombre inteligente, pero no habría notado nada, aunque le hubiera quitado los pantalones. Por lo tanto déjenlo hablar, no desea sino eso, y todo el mundo es igual. Él es bastante mejor que muchos otros: no dijo mentiras. Sabía realmente de lo que hablaba —a su manera, por cierto. Yo les pregunto: ¿de qué le sirve? Ya no es joven. Y tal vez ésta fue la única vez en su vida que tuvo oportunidad de oír la verdad; pero habló todo el tiempo."

Entre las conversaciones en Moscú todavía recuerdo la siguiente. Esta vez fue G. quien me dirigió la palabra.

—Según usted ¿qué es lo más importante que ha aprendido hasta el momento?

—Por supuesto, las experiencias que he tenido en el mes de agosto. Si fuera capaz de producirlas voluntariamente y hacer uso de ellas, nunca pediría nada más, pues creo que entonces podría encontrar todo el resto por mí mismo. Pero al mismo tiempo sé que estas «experiencias» —escojo esta palabra porque no hay otra, pero usted sabe muy bien de qué estoy hablando (con un movimiento de cabeza, asintió)— dependen del estado emocional en que me encontraba entonces. Si pudiera crear en mí mismo ese estado emocional, muy rápidamente volvería a encontrar esas «experiencias». Pero me siento infinitamente lejos de ello, como si estuviese dormido. Hoy «duermo»; ayer, estaba «despierto». ¿Cómo se puede crear ese estado emocional? Dígame.

—De tres maneras, respondió G. Primero, ese estado puede llegar por sí solo, por casualidad. Segundo, otra persona puede crearlo en usted, y tercero, puede crearlo usted mismo. Elija." Confieso que por un instante sentí muchos deseos de decir que prefería que fuese otro, es decir él, quien creara en mí el estado emocional de que hablo. Pero me di cuenta de inmediato que me contestaría que ya lo había hecho una vez, y que ahora yo debería o bien esperar que eso llegara de por sí, o que yo mismo hiciera algo para adquirirlo.

—Quiero crearlo yo mismo, naturalmente, dije. Pero, ¿cómo hacerlo?

—Ya se lo he dicho antes: el sacrificio es necesario, respondió G. Nada se puede conseguir sin sacrificio. Pero si hay una cosa en el mundo que la gente no comprende, es justamente la idea de sacrificio. Cree que debe sacrificar algo que tiene. Por ejemplo, dije un día que debían ellos sacrificar la «fe», la «tranquilidad» y la «salud», y lo tomaron al pie de la letra; como si tuviesen fe, tranquilidad o salud. Todas estas palabras deben ser puestas entre comillas. De hecho, no tienen que sacrificar sino lo que imaginan tener, y que en realidad no poseen en lo más mínimo. Deben hacer el sacrificio de sus fantasías.

Pero esto es difícil para ellos, muy difícil. Es mucho más fácil sacrificar cosas reales.

"No, lo que la gente debe sacrificar *es su sufrimiento*: nada es más difícil de sacrificar. Un hombre renunciaría a cualquier placer antes que a su propio sufrimiento. El hombre está hecho así, se apega a esto más que a cualquier otra cosa. Y sin embargo, es indispensable librarse del sufrimiento. Quienquiera no esté libre de él, quienquiera no haya sacrificado su sufrimiento, no puede trabajar. Más tarde, tendré todavía mucho que decir sobre este asunto. Nada se puede lograr sin el sufrimiento, pero al mismo tiempo hay que comenzar por sacrificarlo. Ahora, descifre usted lo que esto quiere decir."

Permanecí una semana en Moscú, luego regresé a San Petersburgo con una nueva provisión de ideas y de impresiones. Y fue allí donde se produjo un pequeño acontecimiento que me dio la clave de muchos aspectos de la enseñanza y de los métodos de G.

Durante mi estada en Moscú, los alumnos de G. me habían explicado varias leyes relativas al hombre y al mundo. Entre otras, me habían mostrado nuevamente la "tabla de hidrógenos", como la llamábamos en San Petersburgo, pero bajo una forma considerablemente ampliada; a saber: al lado de las tres gradaciones de hidrógenos que G. había establecido anteriormente para nosotros, habían tomado la siguiente reducción y construido en total doce gradaciones (ver tabla 4).

Bajo tal forma, la tabla era apenas comprensible y no llegaba a convencerme de la necesidad de las gradaciones reducidas.

—Tomemos, por ejemplo, la séptima gradación, dijo P. El Absoluto aquí es hidrógeno 96. Se puede tomar el *fuego* como ejemplo de hidrógeno 96. El fuego entonces es el Absoluto para un pedazo de madera. Tomemos la novena gradación. Aquí el Absoluto es hidrógeno 384, o sea el *agua*. El agua será el Absoluto para el terrón de azúcar."

Pero no llegué a captar el principio sobre cuya base sería posible determinar con exactitud cuándo sería necesario utilizar esa tabla. P. me mostró una tabla que iba hasta la quinta gradación y se relacionaba a los niveles paralelos en los diferentes mundos. No pude sacar nada de ello. Comencé a preguntarme si no sería posible conectar estas diversas gradaciones a los diversos cosmos. Sin embargo, al haberme detenido demasiado en este pensamiento, partí en una dirección absolutamente equivocada, porque los cosmos, naturalmente, no tienen la menor relación con las divisiones de la gradación. Al mismo tiempo, me parecía que ya no comprendía nada de las "tres octavas de radiaciones" de las cuales G. había deducido la primera gradación de hidrógenos. Aquí el primer obstáculo era la relación de las tres fuerzas 1, 2, 3 y 1, 3, 2 y las relaciones entre "carbono", "oxígeno" y "nitrógeno".

H6	H1										
H12	H6	H1									
H24	H12	H6	H1								
H48	H24	H12	H6	H1							
H96	H48	H24	H12	H6	H1						
H192	H96	H48	H24	H12	H6	H1					
H384	H192	H96	H48	H24	H12	H6	H1				
H768	H384	H192	H96	H48	H24	H12	H6	H1			
H1536	H768	H384	H192	H96	H48	H24	H12	H6	H1		
H3072	H1536	H768	H384	H192	H96	H48	H24	H12	H6	H1	
H6144	H3072	H1536	H768	H384	H192	H96	H48	H24	H12	H6	H1
H12288	H6144	H3072	H1536	H768	H384	H192	H96	H48	H24	H12	H6

TABLA 4

Comprendí entonces que había allí algo importante. Salí de Moscú con el sentimiento de que no solamente no había aprendido nada nuevo, sino que aparentemente había perdido lo adquirido, es decir, lo que creía haber comprendido antes.

En nuestro grupo habíamos convenido que quienquiera que fuese a Moscú y recibiera nuevas explicaciones o nuevas ideas, a su regreso debía participarlo íntegramente a los demás. Pero en el vagón que me llevaba a San Petersburgo, mientras revisaba mentalmente con atención todo lo que había oído en Moscú, sentí que no sería capaz de comunicar lo más importante a mis amigos por la simple razón de que no lo comprendía yo mismo. Esto me irritaba y no sabía qué hacer. En ese estado mental llegué a San Petersburgo, y al día siguiente me dirigí a nuestra reunión.

Al tratar de reconstruir en la medida de lo posible los diferentes puntos de partida en los "diagramas" —llamábamos así a esta parte de la enseñanza de G. que se relaciona a las cuestiones generales y a las leyes— me puse a evocar las impresiones generales de mi viaje. Y mientras hablaba, otra pregunta totalmente diferente acaparaba mi pensamiento: "¿Por dónde comenzaré? ¿Qué significa la transición de 1, 2, 3 a 1, 3, 2? ¿Se puede encontrar un ejemplo de tal transición entre los fenómenos que conocemos?"

Sentía que debía encontrar una respuesta ahora, inmediatamente. Mientras yo mismo no pudiera hallarla, no podría decir nada a los demás.

Comencé por trazar el diagrama sobre la pizarra. Era el diagrama de las tres octavas de radiaciones: *Absoluto - Sol - Tierra -Luna*. Ya estábamos acostumbrados a esta terminología y a la forma de exposición de G. Pero yo no sabía en absoluto qué diría luego que ellos ya no conociesen.

De repente me vino a la mente una simple palabra, *que nadie había pronunciado en Moscú*, pero que conectó y explicó todo: "Un diagrama moviente", Comprendí que era indispensable representárselo como *un diagrama moviente*, en el cual todos los eslabones cambiarían sus lugares como en alguna danza mística.

Sentí que había en esa simple palabra un contenido de riqueza tan grande que durante cierto tiempo, yo mismo no oía lo que estaba diciendo. Pero después de haber reunido mis pensamientos, vi que mis compañeros me escuchaban y que les había explicado todo lo que yo mismo no comprendía cuando me dirigía a la reunión. Esto me dio una sensación extraordinariamente fuerte y clara, como si hubiera descubierto nuevas posibilidades, un nuevo método de percepción y de comprensión *conectado al hecho de dar explicaciones a los demás*. Y bajo el golpe de esta sensación, tan pronto hube dicho que se pueden encontrar en el mundo real ejemplos o analogías de la transición de las fuerzas 1, 2, 3 y 1, 3, 2, súbitamente vi tales ejemplos simultáneamente en el organismo humano, en el mundo astronómico y, en la mecánica, en los movimientos ondulatorios.

Tuve luego una conversación con G. sobre las diversas gradaciones a las cuales no encontraba razón de ser.

—Desperdiciamos nuestro tiempo descifrando enigmas, dije. ¿No sería más sencillo que usted nos ayudara a resolverlos más rápidamente? Usted sabe cuántas dificultades nos esperan, pero al paso que vamos, no llegaremos ni siquiera a ellas. ¿Usted mismo no nos ha dicho muchas veces que tenemos muy poco tiempo?

—Es precisamente porque falta tiempo y porque nos esperan muchas dificultades, por lo que es indispensable hacerlo como lo hago, respondió G. Si ahora les asustan estas dificultades, cómo será mañana? ¿Creen que jamás se haya dado algo en las escuelas en forma completa? Ustedes miran esto muy ingenuamente. Hay que ser ladino, hay que aparentar; al hablar con las personas, deben llevarlas al fondo de las cosas, A veces se aprenden algunas de ellas partiendo de una anécdota o de un chiste. Y ustedes querrían que todo fuera sencillo. El caso nunca es así. Ustedes deben saber cómo tomar cuando nada es dado, cómo *robar* si es necesario, y no esperar siempre que se les venga a ofrecer todo."



## Capítulo catorce

*Dificultad de transmitir "verdades objetivas" a través del lenguaje ordinario. Ciencia objetiva y ciencia subjetiva. La unidad en la diversidad. Transmisión de la ciencia objetiva. Los centros superiores. Mitos y símbolos. Fórmulas verbales. "Como arriba, así abajo". "Conócete a ti mismo". Dualidad. Transformación del binario en ternario. La línea de voluntad. El cuaternario. La construcción del pentagrama. Los cinco centros. El Sello de Salomón. El simbolismo de números, de figuras geométricas, de letras y de palabras. Otras simbologías. Comprensión justa y comprensión equivocada de los símbolos, según el nivel de desarrollo. La unión del saber y del ser: el Gran Hacer. "Nadie puede dar a un hombre lo que ya no posee". No se puede llegar sino por los propios esfuerzos. Diferentes "caminos" conocidos, que emplean símbolos. El lugar de esta enseñanza. Uno de sus principales símbolos. El Eneagrama. La Ley de Siete en su relación a la Ley de Tres. Examen del eneagrama. "Lo que un hombre no puede colocar en el eneagrama, no lo comprende". Un símbolo moviente. Experimentar el eneagrama por medio del movimiento. Ejercicios. El lenguaje universal. Arte objetivo y arte subjetivo. Música. La música objetiva está basada en las octavas interiores. La humanidad mecánica no puede tener sino arte subjetivo. Los diferentes niveles de ser del hombre.*

Cuando G. estaba solo con nosotros, después de las conferencias públicas en las que había admitido gente de afuera, siempre volvía a ciertos puntos. El primero era el "recuerdo de sí"; subrayaba la necesidad de trabajar constantemente sobre sí para lograr esto; y el segundo era la imperfección de nuestro lenguaje, la dificultad de comunicar en palabras "la verdad objetiva". Como ya lo he dicho, G. daba a las expresiones "objetiva" y "subjetiva" un sentido especial, tomando como base la división de estados de conciencia en "subjetivos" y "objetivos". Así, toda nuestra ciencia ordinaria, que se basa en métodos ordinarios de observación y de verificación de observaciones, era, a sus ojos, una ciencia *subjetiva*; asimismo, llamaba *subjetivas* a todas las teorías científicas deducidas de la observación de hechos accesibles en los estados subjetivos de conciencia. Por el contrario, la ciencia fundada sobre los antiguos métodos y principios de observación, la ciencia de las cosas en sí mismas, la *ciencia del Todo*, era para él *la ciencia objetiva*.

Escribiré ahora sirviéndome a la vez de anotaciones tomadas por algunos alumnos de G. en Moscú y por mí en San Petersburgo.

—Una de las ideas centrales de la ciencia objetiva, decía G., es la idea de la unidad de todas las cosas, de la unidad en la diversidad. Desde los tiempos más antiguos, los hombres que captaron el contenido de esta idea, y que al comprender el sentido vieron en ella la base de la ciencia objetiva, se han esforzado por encontrar el medio de transmitirla bajo una forma comprensible. Una transmisión justa de las ideas de la ciencia objetiva ha sido siempre parte de la tarea de aquellos que la poseían. En tales casos, la idea de la unidad de todas las cosas, como idea central y fundamental, debía transmitirse primero, y debía serlo íntegra y exactamente. Se buscaba entonces el ponerla en formas apropiadas para asegurar su transmisión adecuada, sin riesgos de deformarla o corromperla. Con este fin, las personas a las cuales estaba destinada debían recibir la preparación conveniente; en cuanto a la idea misma, era presentada o bajo una forma lógica —como en los sistemas filosóficos que tratan de dar una definición del «principio fundamental» o «arque»,<sup>[14]</sup> desde donde todo nace— o bajo una forma de enseñanza religiosa que tiende a crear un elemento de fe y a provocar una ola de emoción, que eleva a la gente al nivel de la «conciencia objetiva». Las tentativas, más o menos coronadas de éxito, que se han hecho sobre uno u otro de estos dos caminos, pasan a través de toda la historia de la humanidad, desde los orígenes hasta nuestros días, y bajo el aspecto de creencias religiosas o de doctrinas filosóficas, quedan como monumentos que atestiguan los esfuerzos realizados para unir el pensamiento de la humanidad al pensamiento esotérico.

"Pero la ciencia objetiva, incluyendo la idea de la unidad, no pertenece sino a la conciencia objetiva. Cuando las formas que expresan esta ciencia son percibidas por la conciencia subjetiva, son inevitablemente desnaturalizadas, y en lugar de la verdad, engendran más y más errores. Con la conciencia objetiva, es posible ver y sentir «la unidad de todas las cosas». Pero para la conciencia subjetiva, el mundo está fragmentado en millones de fenómenos separados y sin conexión. Los esfuerzos hechos para religarlos, para reunirlos en algún sistema científico o filosófico, no llevan a nada, porque los hombres no pueden reedificar la idea del Todo partiendo de hechos aislados, y no pueden adivinar los principios de la división del Todo sin conocer las leyes sobre las cuales se basa esta división.

"Por cierto, la idea de la unidad de todas las cosas existe también en el pensamiento racional, pero su relación exacta a la diversidad no puede jamás ser claramente expresada por palabras o bajo una forma lógica. Siempre queda la dificultad insuperable del lenguaje. Un lenguaje que se ha formado al expresar impresiones de pluralidad y diversidad en estados de conciencia subjetivos, no puede jamás transmitir con claridad y plenitud suficientes, la idea de la unidad, que es inteligible y evidente solamente en el estado objetivo de conciencia.

"Al darse cuenta de la imperfección y de la debilidad del lenguaje ordinario, los

hombres que poseían la ciencia objetiva han tratado de expresar la idea de la unidad bajo la forma de «mitos», de «símbolos», y de «aforismos» particulares, que habiendo sido transmitidos sin alteración, han llevado esta idea de una escuela a otra, y a menudo de una época a otra.

"Ya se ha dicho que, en los estados superiores de conciencia, funcionan en el hombre dos centros psíquicos superiores: el centro «emocional superior», y el centro «intelectual superior». El propósito de los mitos y de los símbolos era el alcanzar los centros superiores, el transmitir al hombre ideas inaccesibles a su razón, y el transmitírselas bajo formas tales que no pudieran ser interpretadas equivocadamente. Los mitos estaban destinados al centro «emocional superior»; los símbolos, al centro «intelectual superior». Por este hecho, todos los esfuerzos emprendidos para comprender o explicar, con la razón solamente, los mitos, los símbolos, así como también los aforismos que dan un resumen de su contenido, están predestinados al fracaso. Siempre es posible comprender todo; pero en cada caso es necesario el centro apropiado. La preparación, sin la cual no es posible recibir las ideas de la ciencia objetiva, debe hacerse por medio del pensamiento, pues solamente un pensamiento bien preparado puede transmitir estas ideas a los centros superiores, sin introducir en ellas elementos ajenos.

"Los símbolos empleados para transmitir las ideas de la ciencia objetiva, incluían los diagramas de las leyes fundamentales del universo, y transmitían no sólo la ciencia misma, sino que mostraban igualmente el camino para alcanzarla. El estudio de los símbolos, de su estructura y de su significación, formaba una parte muy importante de la preparación sin la cual no es posible recibir la ciencia objetiva, y era en sí una prueba, porque una comprensión literal o formal de los símbolos se opone a la adquisición de todo conocimiento ulterior.

"Los símbolos estaban divididos en fundamentales y secundarios: los primeros comprendían los principios de diferentes ramas de la ciencia; los segundos expresaban la naturaleza esencial de los fenómenos en su relación a la unidad.

"Entre los aforismos que daban un resumen del contenido de numerosos símbolos, el siguiente tenía una importancia particular: *como arriba así abajo* — primeras palabras de la *Tabla Esmeralda* de Hermes Trismegisto. Esta fórmula significaba que todas las leyes del cosmos podían ser encontradas en el átomo o en cualquier otro fenómeno que existe como algo realizado conforme a ciertas leyes. El mismo sentido se encontraba en la analogía establecida entre el *microcosmos* —el hombre, y el *macrocosmos* —el universo. Las leyes fundamentales de las tríadas y de las octavas penetran todas las cosas, y deben ser estudiadas simultáneamente en el hombre y en el universo. Pero el hombre es para sí mismo un objeto de estudio y de ciencia más cercano y más accesible que el mundo de los fenómenos que le son exteriores. Por consiguiente, si se esfuerza por alcanzar el conocimiento del universo,

el hombre debe comenzar por estudiar en sí mismo las leyes fundamentales del universo.

"Desde este punto de vista, otro aforismo: *Conócete a ti mismo*, toma un sentido particularmente profundo; es uno de los símbolos que llevan al conocimiento de la verdad. Así el estudio del mundo y el estudio del hombre se sostendrán el uno al otro. Al estudiar el universo y sus leyes, el hombre se estudiará a Sí mismo, y al estudiarse a sí mismo, estudiará el universo. En este sentido, cada símbolo nos enseña algo sobre nosotros mismos.

"El estudio de los símbolos puede ser abordado de la manera siguiente: ante todo, al estudiar el mundo de los fenómenos, el hombre debe ver en todas las cosas la manifestación de dos principios opuestos que, según sus conjunciones o sus oposiciones, dan tal o cual resultado, reflejando la naturaleza esencial de los principios que los han creado. Esta manifestación de las grandes leyes de *dualidad* y de *trinidad*, la ve el hombre simultáneamente en el cosmos y en sí mismo. Pero con relación al cosmos, él es un simple espectador, que no ve sino la superficie de los fenómenos, que le parecen moverse en una sola dirección, cuando en realidad se mueven en múltiples direcciones. Pero con relación a sí mismo, su comprensión de las leyes de dualidad y de trinidad puede expresarse bajo una forma práctica; cuando comprende realmente estas leyes, puede limitar la manifestación de ellas a la línea permanente de lucha contra sí mismo en el camino del conocimiento de sí. Y de esta manera, introduce la *línea de la voluntad*, primeramente en el círculo del tiempo, luego en el ciclo de la eternidad, cuya realización creará en él el gran símbolo conocido bajo el nombre de *Sello de Salomón*.

"La transmisión del sentido de los símbolos a un hombre que no ha adquirido ya una comprensión en sí mismo, es imposible. Esto parece una paradoja. Pero sólo aquel que ya posee el contenido de un símbolo, puede descubrir su esencia. El símbolo entonces se torna para él una síntesis de su conocimiento, y le sirve para expresarlo y transmitirlo, como le ha servido al hombre que lo ha instruido.

"Los símbolos más simples:

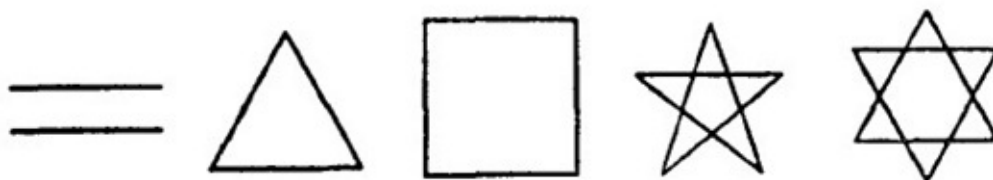


FIG. 43

o los números 2, 3, 4, 5, 6, que los expresan, tienen un sentido definido, en relación al desarrollo interior del hombre; muestran grados diferentes en la vía del perfeccionamiento de sí y del crecimiento del ser.

"El hombre, en su estado ordinario, es considerado como una dualidad. Está enteramente constituido de dualidades, o de «parejas de contrarios». Todas las sensaciones del hombre, sus impresiones, sus emociones, sus pensamientos, están divididos en positivos y negativos, útiles y dañinos, necesarios y superfluos, buenos y malos, agradables y desagradables. El trabajo de los centros se hace bajo el signo de esta división. Los pensamientos se oponen a los sentimientos. Los impulsos motrices se oponen a la sed instintiva de tranquilidad. Es en esta dualidad donde se efectúan todas las percepciones, todas las reacciones, toda la vida del hombre. Y quienquiera sea capaz de observarse, aunque sea un poco, podrá reconocer esta dualidad en sí mismo.

"Pero esta dualidad aparece como una alternación; el vencedor de hoy es el vencido de mañana; lo que nos domina actualmente, pronto será secundario, subordinado. Y todo es igualmente mecánico, igualmente desprovisto de voluntad, igualmente despojado de meta. La comprensión de la dualidad en nosotros mismos comienza desde que nos damos cuenta de nuestra mecanicidad, y desde que llegamos a captar la diferencia entre lo que es automático y lo que es consciente. Esta comprensión debe estar precedida por la destrucción de este mentirse a sí mismo, que para un hombre consiste en tomar sus acciones, aun las más mecánicas, por actos voluntarios y conscientes, y en considerarse a sí mismo un ser *uno* y entero.

"Cuando esta mentira es destruida, y el hombre comienza a ver en sí la diferencia entre lo mecánico y lo consciente, entonces comienza una lucha para la realización de la conciencia en la vida, y para la subordinación de lo automático a lo consciente. Con este fin, el hombre se pone a hacer esfuerzos para tomar una *decisión* definida, basada en motivos conscientes, de luchar contra los procesos automáticos que se efectúan en él, según las leyes de dualidad. La creación de este tercer principio, principio permanente, será para el hombre la *transformación de la dualidad en trinidad*.

"Que él afirme esta decisión y la introduzca constantemente, sin desfallecer, en todos los acontecimientos donde antes no intervenían sino choques neutralizantes accidentales (dando sólo resultados accidentales), esto creará una línea permanente de resultados en el tiempo, y ésta será la *transformación del ternario al cuaternario*. El grado siguiente, la *transformación del cuatro al cinco* y la construcción del pentagrama, no tiene un sentido único, sino muchos sentidos diferentes con relación al hombre. Ahora bien, entre ellos hay uno que se debe enseñar ante todo, y es de éste del que menos se puede dudar: concierne al trabajo de los centros.

"El desarrollo de la máquina humana y el enriquecimiento del ser, comienza por un funcionamiento nuevo y desacostumbrado de esta máquina. Sabemos que el hombre tiene cinco centros: intelectual, emocional, motor, instintivo y sexual. El desarrollo predominante de uno u otro de estos centros a expensas de los demás,

produce un tipo de hombre muy unilateral, incapaz de todo desarrollo ulterior. Pero si el hombre lleva el trabajo de sus cinco centros a un desarrollo armonioso, «el pentagrama se cierra en él», y llega a ser un tipo de hombre físicamente perfecto.

"El funcionamiento integral de los cinco centros los conduce a unirse a los centros superiores, los cuales introducen el principio hasta entonces ausente, y ponen al hombre en conexión directa y permanente con la conciencia objetiva, y la ciencia objetiva.

"El hombre deviene entonces «*la estrella de seis puntas*», es decir, que al encerrarse en un círculo de vida independiente y completo por sí mismo, se aísla de influencias ajenas o de choques accidentales; encarna en sí mismo el *Sello de Salomón*.

"En el presente caso, la serie de símbolos dados —2, 3, 4, 5, 6,— se interpreta como aplicable a un solo proceso. Pero aun esta interpretación es incompleta, porque un símbolo no puede jamás ser interpretado íntegramente. Tiene que ser experimentado o vivido, de la misma manera, por ejemplo, que la idea del conocimiento de sí debe ser vivida.

"Este mismo proceso de desarrollo armonioso del hombre puede ser considerado desde el punto de vista de otro sistema de símbolos, el de la ley de octava. Según la ley de octava, todo proceso completo es el pasaje por una serie de tonos sucesivos de un *do* al *do* de la octava superior. Los siete tonos fundamentales de la escala de la octava expresan la ley de siete. La adición del *do* de la octava superior, que es el coronamiento del proceso, da el octavo escalón. Los siete tonos fundamentales, con los dos «intervalos» o los dos «choques adicionales», dan nueve escalones. Si le agregamos el *do* de la nueva octava, tenemos diez escalones. El último, el décimo escalón, es el fin del ciclo precedente y el comienzo del siguiente. Así, la ley de octava, lo mismo que el proceso de desarrollo que ella expresa, contiene todos los números del 1 al 10. Tocamos aquí lo que se podría llamar el *simbolismo de los números*. El simbolismo de los números no se puede comprender sin la ley de octava, o sin una clara concepción de la manera en que las octavas encuentran su expresión en el *sistema decimal*, y viceversa.

"En los sistemas occidentales del ocultismo, existe un método conocido bajo el nombre de *adición teosófica*, que da la significación de los números de dos cifras o más, basándose en la suma de estas cifras. Para los que no comprenden el simbolismo de los números, esta manera de sintetizarlos parece absolutamente arbitraria y estéril. Pero para un hombre que comprende la unidad de todo lo que existe, y que posee la llave de esta unidad, el método de adición teosófica tiene un sentido profundo, porque vuelve a poner toda diversidad bajo las leyes fundamentales que la gobiernan, y que se expresan en los números de 1 a 10.

"Como ya se ha dicho, en la ciencia de las figuras simbólicas, los números

corresponden a figuras geométricas determinadas, que le son complementarias. La «Cábala» usa igualmente una *simbología de letras*, que concuerda con una *simbología de palabras*. La combinación de los cuatro métodos de simbolismo —por los números, las figuras geométricas, las letras y las palabras— da un método complejo, pero más perfecto.

"Existe igualmente una *simbología de la magia*, una *simbología de la alquimia*, una *simbología de la astrología*, sin olvidar el sistema de los *símbolos del Tarot*, que los une en un solo todo.

"Cada uno de estos sistemas puede servir de medio para *transmitir* la idea de la unidad. Pero en las manos del ignorante y del incompetente, por buenas que sean sus intenciones, el mismo símbolo llega a ser un «instrumento de error». La razón es que un *símbolo* nunca se puede tomar en un sentido final y exclusivo. En tanto que un símbolo exprese las leyes de la unidad en una diversidad indefinida, él mismo posee un número indefinido de aspectos a partir de los cuales se le puede encarar, y exige de quien se le acerque la capacidad de verlo simultáneamente desde diferentes puntos de vista. Los símbolos que se transponen en las palabras del lenguaje ordinario se endurecen, se obscurecen y se vuelven muy fácilmente «sus propios contrarios», aprisionando el sentido en estrechos cuadros dogmáticos, sin dejar siquiera la libertad muy relativa de un examen *lógico* del asunto. La razón de esto es la comprensión literal de los símbolos, el hecho de no atribuirseles sino un solo sentido. Una vez más la verdad se encuentra velada por un tejido exterior de mentiras y su descubrimiento exige inmensos esfuerzos de negación donde se pierde la idea misma del símbolo. Se sabe cuantos errores tienen su origen en los símbolos de la religión, de la alquimia, y más aún en los de la magia, para aquellos que los han tomado al pie de la letra y en un solo sentido.

"Sin embargo, la verdadera comprensión de los símbolos no puede prestarse a discusión. Ella profundiza el conocimiento, y no puede quedarse en teoría, porque intensifica los esfuerzos hacia resultados reales, hacia la unión del saber y del ser, es decir hacia el *Gran Hacer*. El conocimiento puro no se puede transmitir; pero si se expresa por símbolos, se encuentra cubierto como con un velo que, para los que desean verlo y saben cómo mirarlo, se vuelve transparente.

"En este sentido, es posible hablar de un simbolismo del lenguaje, aunque este simbolismo sea raramente comprendido. Pues aquí se trata de comprender el sentido interior de lo que se dice; esto no es posible sino a partir de un grado bastante elevado de desarrollo, y supone, en el que oye, un cierto estado y esfuerzos correspondientes. Cuando un hombre oye un lenguaje que es nuevo para él, si en vez de hacer esfuerzos por comprender, comienza a discutir, a contradecir, si sostiene una opinión que cree justa pero que por lo general no tiene la menor relación con el asunto, seguramente que de esta manera pierde toda oportunidad de adquirir algo nuevo. Para ser capaz de

captar el contenido interior del lenguaje cuando se hace simbólico, es pues esencial haber aprendido previamente a escuchar. Escuchar es una ciencia. Y si esta ciencia falta, todo intento de comprensión literal está destinado de antemano al fracaso y está lleno de nuevos errores en la mayoría de los casos, sobre todo cuando el discurso trata del conocimiento objetivo y de la unión de la diversidad y de la unidad.

"Debemos insistir sobre este punto, porque el carácter intelectualista de la educación contemporánea impregna a la gente de una tendencia o de una inclinación a oponer definiciones lógicas y argumentos lógicos a todo lo que oye. Y sin que se den cuenta, este supuesto cuidado de exactitud los paraliza en todos los dominios donde, por su naturaleza misma, las definiciones exactas implican una inexactitud de sentido.

"En razón de esta tendencia de nuestro pensamiento contemporáneo, sucede a menudo que una ciencia exacta de los detalles en cualquier campo, si ha sido comunicada a un hombre antes de que él haya adquirido la comprensión de la naturaleza esencial de dicho campo, le haga muy difícil, precisamente, captar esta naturaleza esencial. Y, por supuesto, eso no quiere decir que la ciencia verdadera ignora las definiciones exactas; al contrario, sólo ella las conoce, pero a su manera, que difiere extremadamente de la idea que nosotros nos hacemos de ella. Igual que un hombre se equivoca si se cree capaz de seguir el camino del conocimiento de si guiado por una ciencia «exacta» en todos los detalles, o si espera adquirir una ciencia tal antes de haberse tomado el trabajo de asimilar las indicaciones que ha recibido acerca de su propio trabajo. Debe comprender ante todo que no llegará jamás a la ciencia antes de haber hecho los esfuerzos necesarios y que sólo, su trabajo sobre sí mismo le permitirá alcanzar lo que busca. Nadie le podrá dar lo que no posea ya; nadie podrá hacer jamás en su lugar el trabajo que debe hacer para sí mismo. Todo lo que otro puede hacer por él, es estimularlo a trabajar, y desde este punto de vista, el símbolo comprendido debidamente, desempeña el papel de un estimulante con respecto a nuestra ciencia.

"Ya hemos hablado de la ley de octava, y del hecho de que cada proceso, cualquiera que sea la escala en que se efectúa, está totalmente determinado en su desarrollo gradual por la ley de la estructura de la escala de siete tonos. Con relación a esto, se ha indicado que cada nota, transportada a otra escala deviene a su vez una octava entera. Los «intervalos» *mi-fa* y *si-do*, que no pueden ser colmados con la intensidad de la energía del proceso en curso, conectan diversos procesos, por el simple hecho de que necesitan un choque exterior, una ayuda exterior por así decirlo. Por consiguiente, la ley de octava conecta todos los procesos del universo, y para quien conoce las octavas de transición y las leyes de su estructura, aparece la posibilidad de un conocimiento exacto de cada cosa o de cada fenómeno en su naturaleza esencial, así como de todas sus relaciones con otras cosas y con otros



fenómenos.

"Para unir, para integrar todos los conocimientos relativos a la ley de la estructura de la octava, existe un símbolo que toma la forma de un círculo cuya circunferencia está dividida en nueve partes iguales por puntos, ligados entre sí por nueve líneas en un cierto orden.

"Pero antes de pasar al estudio de este símbolo, es esencial que se comprendan bien algunos aspectos de la enseñanza que lo utiliza, así como también la relación de esta enseñanza con otros sistemas que utilizan el método simbólico para la transmisión del conocimiento.

"Para comprender las correlaciones de estas enseñanzas, siempre hay que recordar que los caminos que llevan al conocimiento de la unidad se dirigen hacia ella como los radios de un círculo convergen hacia su centro: cuanto más se acercan al centro, tanto más se acercan los unos a los otros.

"Resulta de esto que las nociones teóricas que están en el origen de una línea de enseñanza, algunas veces pueden ser explicadas desde el punto de vista de los enunciados de otra línea de enseñanza, y viceversa. Por esta razón a veces es posible trazar un cierto camino intermediario entre dos caminos adyacentes. Mas en ausencia del conocimiento y de la comprensión completa de líneas fundamentales, tales caminos intermediarios pueden fácilmente conducir a una mezcla de líneas, a la confusión y al error.

"Entre las líneas de enseñanza más o menos conocidas, podemos distinguir cuatro:

1. Hebraica
2. Egipcia
3. Persa
4. Hindú

"Por otra parte, de la última no conocemos más que su filosofía, y de las tres primeras, solamente fragmentos de su teoría.

"Fuera de estas líneas, existen dos, conocidas en Europa, la *teosofía* y el llamado *ocultismo occidental*, que son los resultados de la mezcla de los caminos fundamentales. Estas dos líneas llevan en sí mismas granos de verdad, pero ni una ni otra poseen la ciencia integral, y en consecuencia, todos los esfuerzos tentados en estos caminos para lograr una realización efectiva no pueden dar sino resultados negativos.

"La enseñanza cuya teoría exponemos aquí es completamente autónoma, independiente de todos los otros caminos, y hasta ahora ha permanecido del todo desconocida. Como otras enseñanzas, hace uso del método simbólico, y uno de sus símbolos principales es la figura que hemos mencionado, es decir el círculo dividido

en nueve partes.

"Este símbolo toma la forma siguiente:

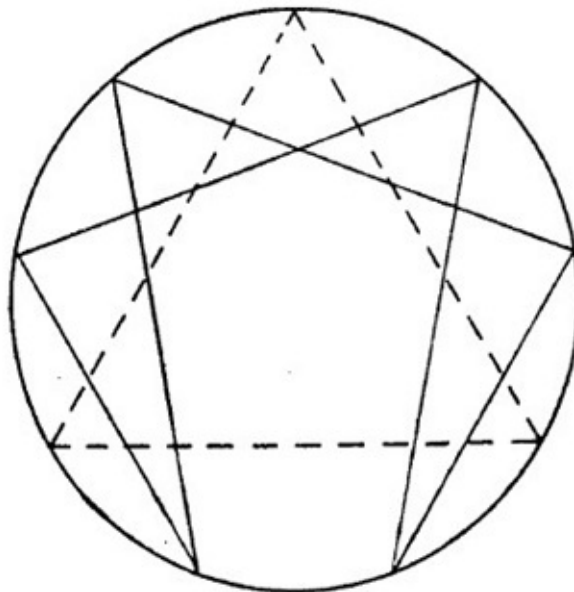


FIG. 44

"El círculo está dividido en nueve partes iguales. La figura construida sobre seis de los puntos de división tiene por eje de simetría el diámetro que pasa por el punto superior. Este punto es la cima de un triángulo equilátero construido sobre los tres puntos situados fuera de la primera figura.

"Este símbolo no es conocido por los «ocultistas». No puede ser encontrado en ninguno de sus libros, y tampoco es objeto de tradición oral. Los que conocían el significado de este símbolo le daban tal importancia que nunca quisieron divulgarlo.

"En toda la literatura, a duras penas se pueden encontrar algunos rastros o representaciones parciales de este símbolo.<sup>[15]</sup> Por ejemplo, una figura como ésta:

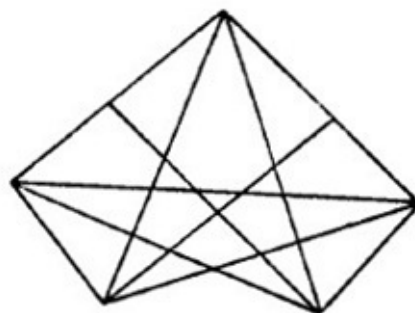


FIG. 45

y otra de este género:

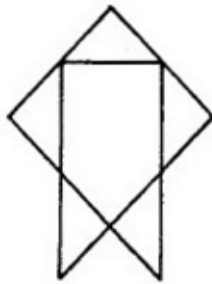


FIG. 46

"El símbolo que toma la forma de un círculo dividido en nueve partes por puntos que están ligados entre sí por nueve líneas, en un cierto orden, expresa la ley de siete en su unión con la ley de tres.

"La octava contiene siete tonos, y el octavo tono es una repetición del primero. Con los dos «choques adicionales» que colman los «intervalos» *mi-fa* y *si-do*, hay pues nueve elementos.

"Considerado en su estructura integral, mas compleja que aquella mostrada anteriormente, este símbolo es una expresión perfecta de la ley de octava. Sin embargo, lo que hemos dado es suficiente para hacer ver las leyes internas de *una octava* y para indicar un método para el conocimiento de la naturaleza esencial de una cosa examinada en sí misma.

"Tomada por separado, la existencia de una cosa o de un fenómeno que se examina, es el círculo cerrado de un proceso de eterno retorno desarrollándose sin interrupción. El círculo mismo es el símbolo de este proceso. Los puntos que dividen la circunferencia simbolizan las etapas de este proceso. El símbolo en su totalidad es *do*, puesto que este *do* tiene una existencia regular y realizada. Es un círculo, un ciclo logrado. Es el *ceró* de nuestro sistema decimal; por su misma forma, representa un ciclo cerrado. Contiene en sí mismo todo lo que es necesario para su propia existencia. Está aislado de todo lo que le rodea. La sucesión de las fases del proceso debe estar relacionada con la sucesión de los números restantes, de 1 a 9. La presencia del noveno grado que llena el «intervalo» *si-do* completa el ciclo, es decir que cierra el círculo, que parte nuevamente de este mismo punto. La cima del triángulo cierra la dualidad de su base, haciendo posibles las formas variadas de su manifestación en los triángulos más diversos. Esta misma cima se multiplica a sí misma indefinidamente sobre la línea de base del triángulo. En consecuencia, cada comienzo y cada realización del ciclo tiene lugar en la cima del triángulo, en el punto donde se funden principio y fin, donde el círculo se cierra y que resuena en el flujo cíclico sin fin como los dos *do* de la octava. Pero es el noveno punto el que cierra y vuelve a comenzar el ciclo. Es entonces en el punto superior del triángulo, correspondiente al *do*, donde se encuentra el número 9; y los números del 1 al 8 se

reparten entre los otros puntos.

"Pasemos al examen de la figura compleja que está inscrita en el interior del círculo, para estudiar las leyes de su construcción. Las leyes de la unidad se reflejan en todos los fenómenos.

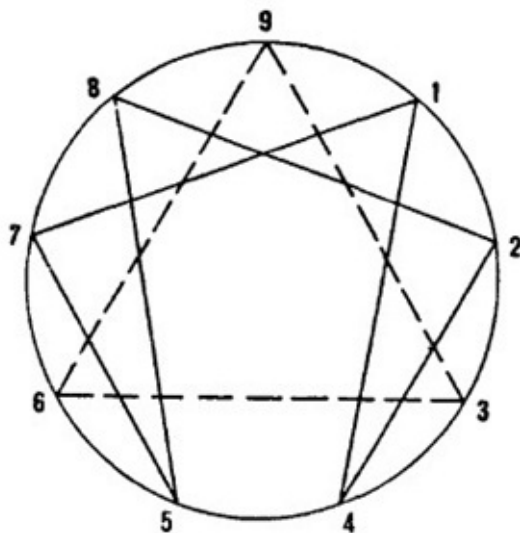


FIG. 47

El sistema decimal ha sido construido sobre las mismas leyes. Si tomamos una unidad como una nota que contiene en sí misma una octava entera, debemos dividir esta unidad en siete partes desiguales correspondientes a las siete notas de esta octava. Pero en la representación gráfica, la desigualdad de las partes no es tomada en consideración, y para la construcción del diagrama, se toma primero una séptima, después dos séptimas, después tres, cuatro, cinco, seis y siete séptimas. Si calculamos las partes en decimales, obtenemos:

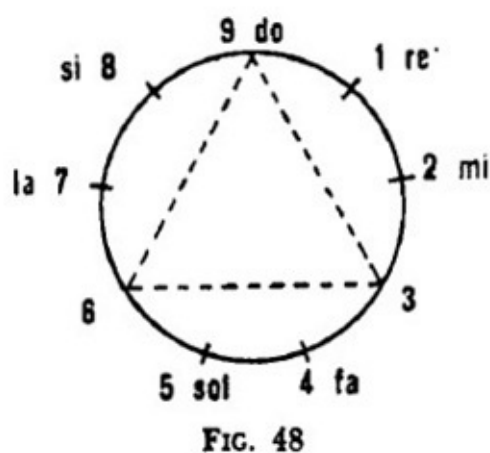
1/7 0,1 4 2 8 5 7...  
2/7 0,2 8 5 7 1 4...  
3/7 0,4 2 8 5 7 1...  
4/7 0,5 7 1 4 2 8...  
5/7 0,7 1 4 2 8 5...  
6/7 0,8 5 7 1 4 2...  
7/7 0,9 9 9 9 9 9...

"Si examinamos la serie de decimales periódicos así obtenidos, veremos inmediatamente que en todos, excepto el último, se repiten las mismas seis cifras, que cambian sus sitios según una secuencia definida; de modo que, cuando se conoce la primera cifra del período, es posible reconstruir el período entero.

Si colocamos ahora sobre la circunferencia los nueve números "el 1 al 9 y conectamos sus puntos correspondientes por líneas rectas según el mismo orden de

los números del período que está determinado por el número del cual partió, obtendremos la figura que se encuentra en el interior del círculo. Los números 3, 6 y 9, no están incluidos en el período. Ellos forman el triángulo separado —la trinidad libre del símbolo.

"Si hacemos ahora la «adición teosófica», y tomamos la suma de los números del período, obtenemos *nueve*, es decir una octava entera. De nuevo, en cada nota distinta, se encontrará comprendida una octava entera sujeta a las mismas leyes que la primera. Las posiciones de las notas corresponderán a los números del período y el dibujo de una octava aparecerá así:



"El triángulo 9-3-6, que une en un todo los tres puntos de la circunferencia no incluidos en el período, conecta la ley de siete con la ley de tres. Los números 3-6-9, no están incluidos en el período; dos de ellos, 3 y 6, corresponden a los dos «intervalos» de la octava; el tercero puede parecer superfluo, pero reemplaza la nota fundamental, que no entra en el período. Además, cada fenómeno capaz de entrar en contacto con un fenómeno similar por una acción recíproca, resuena como la nota *do* en una octava correspondiente. Por consiguiente, *do* puede emerger de su círculo y entrar en correlación regular con otro círculo; es decir desempeñar en otro ciclo el papel que, en el ciclo que estamos considerando desempeñan los «choques» que llenan los «intervalos» de la octava. Al tener esta posibilidad, aquí también *do* está conectado por el triángulo 3-6-9 a estos sitios donde intervienen los choques de origen exterior, y donde la octava puede ser penetrada para entrar en relación con lo de afuera. La ley de tres sobresale de alguna manera, sobre la ley de siete, el triángulo penetra a través del período, y estas dos figuras combinadas dan la estructura interna de la octava y de sus notas.

"En este punto de nuestro razonamiento, sería perfectamente justo plantear la siguiente pregunta: ¿por qué aquél de los «intervalos» designado por el número 3 encuentra su verdadero sitio entre las notas *mi* y *fa*, mientras que el otro, designado

por el número 6, se encuentra entre *sol* y *la*, cuando su verdadero sitio está entre *si* y *do*?

"Si las condiciones hubieran sido observadas en cuanto a la posición del segundo intervalo (6) en su propio sitio, habríamos tenido el círculo siguiente:

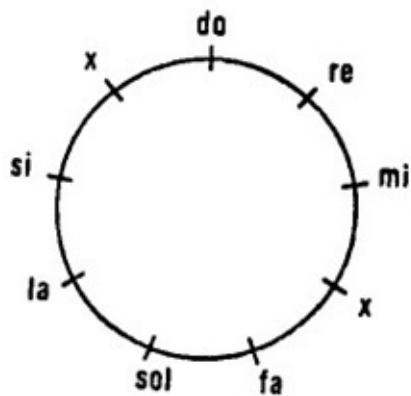


FIG. 49

"Y los nueve elementos del círculo cerrado habrían estado agrupados simétricamente de la manera siguiente:

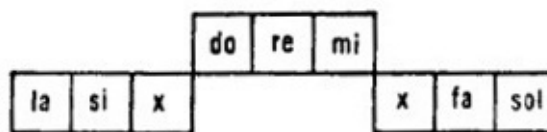


FIG. 50

"La repartición que obtenemos:

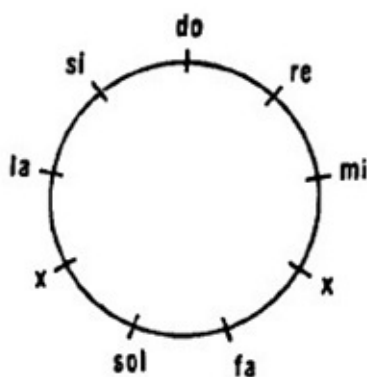


FIG. 51

puede dar solamente el agrupamiento siguiente:

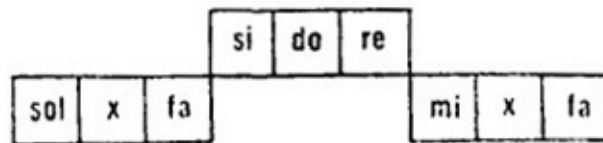


FIG. 52

es decir, en un caso, x entre *mi* y *fa*, y en el otro, entre *sol* y *la* —donde no es necesario.

"El hecho de colocar el intervalo aparentemente en un *sitio equivocado* muestra, a aquellos que son capaces de leer el símbolo, que clase de «choque» es requerido para el pasaje de *si* a *do*.

"Para comprenderlo, es esencial recordar lo que se ha dicho sobre el papel de los «choques» en los procesos que se efectúan en el hombre y en el universo.

"Después de nuestro examen de la aplicación de la ley de la octava al cosmos, representábamos la etapa «Sol-Tierra» de esta manera:

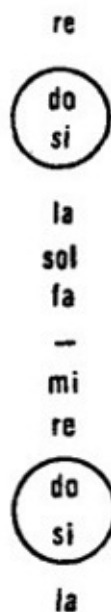


FIG. 53

"Con relación a las tres octavas de radiaciones, se ha indicado que en la segunda octava, la transición de *do* a *si* —el intervalo— está colmado en el organismo mismo del sol, y está colmado por la influencia de la masa del sol sobre las radiaciones que la atraviesan. En la octava cósmica, se ha indicado que este intervalo *do-si* está colmado por la voluntad del Absoluto. El intervalo *fa-mi* en la octava cósmica se llena mecánicamente, con la ayuda de una máquina especial que permite a *fa* adquirir, por una serie de procesos interiores, las características de *sol* situado justo encima de él, sin cambiar su nota; dicho de otra manera, esta máquina especial permite que *fa*

acumule, en alguna forma, la energía interior requerida para pasar independientemente a la nota siguiente, a *mi*.

"Exactamente la misma relación se repite en todo proceso realizado. Si examinamos los procesos de nutrición en el organismo humano y la transformación de sustancias que penetran en el organismo, encontraremos exactamente los mismos «intervalos» y los mismos «choques».

"Como ya lo hemos dicho, el hombre absorbe tres clases de nutrición. Cada una de ellas es el comienzo de una nueva octava. La segunda octava, la octava del aire, se une a la primera, la octava del alimento y de la bebida, en el punto donde ésta se detiene en su desarrollo, en la nota *mi*. Y la tercera octava se une con la segunda en el punto donde ésta se detiene en su desarrollo, en la nota *mi*.

"Pero hay que comprender bien esto: al igual que en numerosos procesos químicos, solamente cantidades definidas de sustancias, exactamente determinadas por la naturaleza, pueden dar compuestos de la calidad requerida —igualmente en el organismo humano, las «tres clases de nutrición» deben estar mezcladas en proporciones definidas.

"La sustancia final, en el proceso de la octava del alimento, es la sustancia *si* (hidrógeno 12 de la tercera escala) que necesita un «choque adicional» para pasar a un nuevo *do*. Pero ya que las tres octavas han tomado parte en la producción de esta sustancia, su influencia se refleja también en el resultado final, al determinar su calidad. La cantidad y la calidad pueden ser reguladas, si bien se sabe dosificar las tres clases de nutrición absorbidas por el organismo. Solamente en presencia de un acuerdo perfecto entre las tres clases de nutrición, solamente al reforzar o al debilitar tal o cual parte del proceso, se puede obtener el resultado requerido.

"Pero es indispensable recordar que todo lo que uno haga arbitrariamente para regular su alimentación —en el sentido literal de la palabra— o su respiración, no puede llevar a la meta deseada si uno no sabe con exactitud lo que hace, por qué lo hace y qué clase de resultado se obtendrá.

"Además, aun si un hombre lograra dosificar dos de los componentes del proceso, el alimento y el aire, eso no sería suficiente, porque es todavía más importante saber cómo dosificar la tercera clase de nutrición —las «impresiones».

"En consecuencia, aún antes de pensar en influir prácticamente en los procesos interiores, es esencial comprender la exacta relación mutua de las sustancias que penetran en el organismo, la naturaleza de los «choques» posibles y las leyes que gobiernan la transformación de las notas. Estas leyes son las mismas en todas partes. Al estudiar al hombre, estudiamos al cosmos; al estudiar al cosmos, estudiamos al hombre.

"De acuerdo con la ley de tres, la octava cósmica «Absoluto-Luna» ha sido dividida en tres octavas subordinadas. En estas tres octavas, el cosmos es como el



hombre: las mismas «tres etapas», los mismos «tres choques».

"Sobre el diagrama se han marcado las «máquinas» en el mismo sitio en que se encuentra el intervalo *fa-mi*, tanto en las octavas cósmicas de radiaciones como en el cuerpo humano.

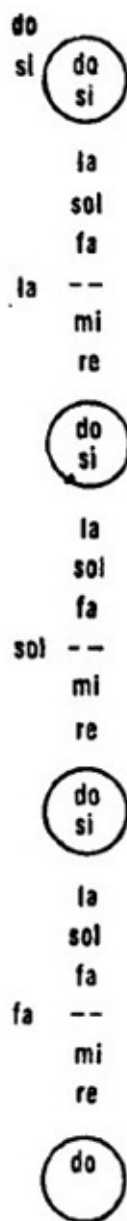


FIG. 54

"El proceso del pasaje de *fa* a *mi* puede ser descrito muy esquemáticamente de esta manera: el *fa* cósmico entra en esta máquina como alimento del piso inferior y comienza su ciclo de transformaciones. Por lo tanto, al comienzo resuena en la máquina como *do*. La substancia *sol* de la octava cósmica desempeña el mismo papel que la substancia que entra al piso intermedio, o sea el aire en la respiración, lo que ayuda a la nota *fa*, dentro de la máquina, a pasar a la nota *mi*. Este *sol* cuando entra en la máquina también resuena como *do*. La materia obtenida está conectada al piso

superior por la substancia del *la* cósmico, que allí entra igualmente como *do*.

"Como vemos, las notas *la*, *sol*, *fa* sirven de nutrición para la máquina. En su orden sucesivo conforme a la ley de tres, *la* será el elemento activo, *sol* el elemento neutralizante, y *fa* el elemento pasivo. El principio activo al entrar en reacción con el principio pasivo (es decir al unirse a él gracias al principio neutralizante) da un resultado definido, que simbólicamente está representado así:

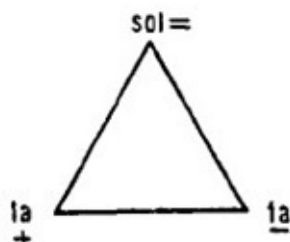


FIG. 55

"Este símbolo muestra que la substancia *fa*, cuando se combina con la substancia *la*, da como resultado la substancia *sol*. Y como este proceso toma lugar en la octava desarrollándose en cierta forma en el interior de la nota *fa*, es posible decir que *fa*, sin cambiar de sitio, adquiere las propiedades de *sol*.

"Todo lo que se ha dicho sobre las octavas de radiaciones y las octavas de la nutrición en el organismo humano tiene relación directa con el símbolo del círculo dividido en nueve partes. Este símbolo, como expresión de una síntesis perfecta, contiene en sí mismo todos los elementos de las leyes que representa; es entonces posible sacar de él, y transmitir, gracias a él, todo lo que esté relacionado con las octavas y todavía mucho más."

\* \* \*

G. volvió sobre el eneagrama en múltiples ocasiones:

—Cada totalidad integral, cada cosmos, cada organismo, *cada planta* es un eneagrama, dijo. Pero no todos los eneagramas tienen necesariamente un triángulo interior. Cuando se encuentra el triángulo interior en un organismo dado, es la prueba de la presencia de elementos superiores, según la escala de «hidrógenos». Este triángulo interior lo poseen plantas tales como el cáñamo, la adormidera, el lúpulo, el té, el café, el tabaco y muchas otras que desempeñan un papel en la vida del hombre. El estudio de estas plantas puede revelarnos mucho en lo que concierne al eneagrama.

"De una manera completamente general, se debe comprender que el eneagrama es un *símbolo universal*. Toda ciencia tiene su lugar en el eneagrama, y puede ser interpretada gracias a él. Y con respecto a esto, es posible decir que un hombre

verdaderamente no *conoce*, es decir no comprende, sino lo que es capaz de situar en el eneagrama. Lo que no puede situar en el eneagrama, no lo comprende. Para el hombre que sabe utilizarlo, el eneagrama convierte los libros y las bibliotecas en algo completamente inútil. Todo puede entrar y ser descifrado. Si un hombre aislado en el desierto trazara el eneagrama sobre la arena, podría leer las leyes eternas del universo. Y aprendería cada vez algo nuevo, algo que ignoraba totalmente hasta entonces.

"Si dos hombres que han estudiado en escuelas diferentes se encuentran y trazan el eneagrama, con su ayuda serán capaces de ver inmediatamente cuál sabe más, cuál está más avanzado; en otros términos, quién es el mayor, el maestro, y quién es el alumno. El eneagrama es el jeroglífico fundamental de un lenguaje universal, que tiene tantos sentidos diferentes como hay niveles de hombres.

"El eneagrama es el *movimiento perpetuo*, es ese *perpetuum mobile* que los hombres han buscado desde la más lejana antigüedad —siempre en vano. Y no es difícil comprender por qué no podían encontrarlo. Buscaban fuera de sí mismos lo que se hallaba dentro de ellos; y trataban de construir un movimiento perpetuo como se construye una máquina, en tanto que el movimiento perpetuo es una parte de otro movimiento perpetuo y no puede ser creado fuera de éste. El eneagrama es un diagrama esquemático del *movimiento perpetuo*, es decir de una máquina de movimiento eterno. Pero claro está que es necesario saber cómo leer este diagrama. La comprensión de este símbolo y la capacidad de hacer uso de él, le da al hombre un poder muy grande. Es el *movimiento perpetuo* y es también la *piedra filosofal* de los alquimistas.

"La ciencia del eneagrama ha sido mantenida en secreto durante mucho tiempo y si ahora está puesta en cierta manera más al alcance de todos, no lo está sino bajo una forma incompleta y teórica, prácticamente inutilizable para quien no haya sido instruido en esta ciencia por un hombre que la posea.

"El eneagrama, para ser comprendido, debe ser considerado como estando en movimiento, como moviéndose. Un eneagrama inmóvil es un símbolo muerto; el símbolo vivo está en movimiento."

Mucho después —fue en 1922, cuando G. organizaba su Instituto en Francia y sus alumnos estudiaban danzas de Derviches— G. les enseñó ejercicios que se relacionaban al "movimiento del eneagrama". Sobre el piso de la sala donde tenían lugar estos ejercicios, se había trazado un gran eneagrama y los alumnos se paraban en los lugares marcados con los números 1 a 9. Empezaron entonces a desplazarse de un sitio al otro según el orden indicado por el período de los números en un movimiento muy impresionante, girando uno alrededor del otro en los puntos de encuentro, es decir en los puntos de intersección de las líneas en el eneagrama.

En ese entonces G. dijo que los ejercicios de movimiento según el eneagrama

ocuparían un sitio importante en su ballet "La Lucha de los Magos". Y dijo también que si no se participaba en estos ejercicios, si no se tenía ningún sitio en ellos era casi imposible comprender el eneagrama.

—El eneagrama puede ser vivido a través del movimiento, dijo. El ritmo mismo de los movimientos sugerirá las ideas necesarias y mantendrá la tensión necesaria; sin ellos, es imposible sentir lo más importante."

Otro dibujo del mismo símbolo había sido establecido bajo su dirección en Constantinopla, en 1920. En el interior del eneagrama estaban representados los cuatro animales del Apocalipsis —el Toro, el León, el Hombre y el Águila— acompañados de una paloma. Estos símbolos suplementarios estaban relacionados con los centros.

A propósito del eneagrama considerado como símbolo universal, G. habló otra vez de la existencia de un lenguaje "filosófico" universal.

—Hace mucho tiempo que los hombres se esfuerzan por encontrar un lenguaje universal, dijo. Y en este campo, como en muchos otros, buscan lo que ha sido encontrado desde hace mucho tiempo, y tratan de *inventar* algo cuya existencia era bien conocida en otros tiempos. Ya he dicho que no hay un solo lenguaje universal, sino tres. O para hablar con más exactitud, tres grados de un mismo lenguaje. En su primer grado, este lenguaje hace ya posible que la gente exprese sus propios pensamientos y que comprenda los de los demás, cuando se trata de cosas para las cuales el lenguaje ordinario es impotente.

—¿Qué relación tienen estos lenguajes con el arte? preguntó alguien. Y ¿no representa el arte mismo este «lenguaje filosófico» que otros buscan intelectualmente?

—No sé de qué arte habla usted, dijo G. Hay arte y arte. Sin duda usted habrá notado que en nuestras reuniones se me ha preguntado muy a menudo sobre el arte, y que siempre he eludido toda conversación sobre este tema. En efecto, estimo que todas las conversaciones ordinarias sobre el arte están enteramente desprovistas de sentido. Lo que la gente dice no tiene nada que ver con lo que piensa y ni siquiera se da cuenta de ello. Por otra parte, es perfectamente inútil tratar de explicar las verdaderas relaciones de las cosas a un hombre que no sabe ni el ABC acerca de sí mismo, es decir acerca del hombre. Pero hemos estudiado lo suficiente para que tengan ahora alguna noción de este ABC, así que hoy tal vez hablaré de arte con ustedes.

"Les recordaré primeramente que hay dos clases de arte, sin denominador común —el arte objetivo y el arte subjetivo. Todo lo que ustedes conocen, todo lo que llaman arte, es el arte subjetivo, que por mi parte me abstendría de llamar arte, porque reservo ese nombre para el arte objetivo.

"Lo que llamo arte objetivo es muy difícil de definir, ante todo porque ustedes

atribuyen las características del arte objetivo al arte subjetivo; luego, porque cuando ustedes se encuentran frente a las obras de arte objetivo, las sitúan al mismo nivel que las obras del arte subjetivo.

"Les voy a exponer claramente mi idea. Ustedes dicen: un artista crea. Yo reservo esta expresión para el artista objetivo. Del artista subjetivo digo que en él «ello se crea». Pero ustedes no diferencian; y sin embargo la diferencia es inmensa. Además, ustedes atribuyen al arte subjetivo una acción invariable; dicho de otro modo, ustedes creen que todo el mundo reaccionará de la misma manera a las obras de arte subjetivo. Ustedes se imaginan, por ejemplo, que una marcha fúnebre provocará en todos pensamientos tristes y solemnes y que cualquier música de baile, una komarinski, por ejemplo, provocará pensamientos alegres. De hecho, no es así. Todo depende de las asociaciones. Si sucede que oigo por primera vez un aire alegre, estando bajo la impresión de un gran infortunio, este aire provocará en mí en adelante y durante toda mi vida, pensamientos tristes y opresivos. Y si un día en que me siento particularmente contento oigo un aire triste, este aire provocará siempre en mí pensamientos alegres. Así en todo.

"Entre el arte objetivo y el arte subjetivo, la diferencia estriba en esto: que en el primer caso el artista «crea» realmente —hace lo que tiene intención de hacer, introduce en su obra las ideas y los sentimientos que él quiere. Y la acción de su obra sobre la gente es absolutamente precisa; ellos recibirán, cada uno según su nivel naturalmente, las mismas ideas y sentimientos que el artista ha querido transmitirles. Cuando se trata del arte objetivo, no puede haber nada accidental, ni en la creación de la obra misma, ni en las impresiones que ella produce.

"Cuando se trata del arte subjetivo, todo es accidental. El artista, ya lo he dicho, no crea; en él, «ello se crea por sí solo». Lo que significa que tal artista está en poder de ideas, pensamientos y humores que él mismo no comprende y sobre los cuales no tiene el menor control. Ellos lo gobiernan, y se expresan por sí solos bajo una u otra forma. Y cuando accidentalmente han tomado tal o cual forma, esta forma, igualmente accidental, produce tal o cual acción sobre el espectador según sus humores, sus gustos, sus costumbres, según la naturaleza de la hipnosis en la cual vive. No hay aquí nada invariable, nada preciso. En el arte objetivo, por el contrario, no hay nada impreciso.

—¿No hay riesgo de que el arte desaparezca al precisarse así? preguntó uno de nosotros. Y ¿no hay justamente una cierta imprecisión, un no sé que, que distingue el arte de —digamos, la ciencia? Si esta imprecisión desaparece, si el artista mismo cesa de ignorar lo que quiere obtener, si él sabe de antemano la impresión que su obra producirá en el público, entonces eso será un «libro».. Eso ya no será arte.

—Yo no sé de qué habla usted, dijo G. Tenemos medidas diferentes: yo aprecio el arte según la *conciencia* que tenga. —usted lo aprecia tanto más cuanto más

*inconsciente* sea. No podemos comprendernos. Una obra de arte objetivo debe ser un «libro», como usted dice; la única diferencia es que el artista no transmite sus ideas directamente a través de palabras, de signos o de jeroglíficos, sino a través de ciertos sentimientos que despierta conscientemente y de una manera metódica, sabiendo lo que hace y por qué lo hace.

—Ciertas leyendas, dijo entonces uno de los oyentes, hablan de estatuas de dioses, en los antiguos templos de Grecia —por ejemplo la estatua de Zeus en el Olimpo— que producían en todo el mundo una impresión bien definida, siempre la misma.

—Completamente exacto, dijo G. Y el hecho de que tales leyendas existan muestra que los Antiguos habían comprendido la diferencia entre el arte verdadero y el arte falso; el efecto producido por el primero es siempre el mismo, el efecto producido por el segundo es siempre accidental.

—¿No podría indicarnos otras obras de arte objetivo? ¿Hay acaso algo que se pueda llamar objetivo en el arte contemporáneo? ¿Cuándo ha sido creada la última obra de arte objetivo? Casi todo el mundo había comenzado a hablar y a hacer preguntas de este orden a G.

—Antes de hablar de todo esto, respondió él, deberían comprender los principios. Si los comprenden, ustedes mismos serán capaces de responder a todas estas preguntas. Pero si no comprenden los principios, nada de lo que les diga les podrá explicar algo. Es en referencia a esto que se ha dicho: mirarán con sus ojos y no verán, escucharán con sus oídos y no oirán.

"No les daré más que un ejemplo —la música. La música objetiva se basa enteramente en las octavas interiores. Y puede dar resultados precisos no solamente de orden psicológico, sino de orden físico. Existe una música tal que congela las aguas. Existe una música capaz de matar instantáneamente a un hombre. La historia de la destrucción de las murallas de Jericó por la música es una leyenda de la música objetiva. La música ordinaria, cualquiera que sea, jamás hará derrumbar murallas, pero la música objetiva verdaderamente puede hacerlo. Y no solamente puede destruir, sino que también puede edificar. La leyenda de Orfeo está tejida sobre tales recuerdos de música objetiva, porque Orfeo se servía de la música para enseñar. La música de los encantadores de serpientes en el Oriente tiende hacia la música objetiva, pero de una manera muy primitiva. A menudo, no se trata sino de una sola nota, apenas modulada, y prolongada indefinidamente; en esta simple nota se desarrollan sin cesar las «octavas interiores», y en estas octavas se desarrollan melodías que no se pueden oír, pero que pueden ser experimentadas por el centro emocional. Y la serpiente oye esta música o, más exactamente, la siente, y la obedece. Una música de esta clase, sólo que un poco más compleja, haría obedecer a los hombres.

"Así, ustedes ven que el arte no es solamente un lenguaje sino algo mucho más grande. Y si recuerdan lo que he dicho sobre los diferentes niveles del hombre, comprenderán lo que acabo de decir sobre el arte. La humanidad mecánica está compuesta de hombres números 1, 2 y 3, y naturalmente no pueden tener más que un arte subjetivo. El arte objetivo requiere por lo menos relámpagos de conciencia objetiva; para estar en condiciones de recibir algo de ello, se necesita una gran unidad interior y un gran dominio de sí."

## Capítulo quince

*La religión es un concepto relativo. Las religiones corresponden al nivel de ser del hombre. "¿Puede ayudar la oración!" Aprender a orar. Nuestra ignorancia general del Cristianismo. La Iglesia Cristiana es una escuela. El Egipto y sus "escuelas de repetición". Significación de los ritos. Las "técnicas" de la religión. ¿Dónde resuena la palabra "Yo"? Toda religión verdadera contiene dos partes: lo que enseña cada una de ellas. Kant y la idea de escala. La vida orgánica sobre la tierra. Crecimiento del rayo de creación. La luna. La parte de la vida orgánica que evoluciona es la humanidad. El actual estancamiento de la humanidad. Un cambio no es posible sino en las "encrucijadas". El proceso de evolución siempre comienza por la formación de un núcleo consciente. ¿Hay una fuerza consciente en lucha contra la evolución? ¿Evoluciona la humanidad? "Doscientos hombres conscientes podrían cambiar toda la vida de la humanidad". Los tres círculos interiores de la humanidad. El "círculo exterior". Los cuatro "caminos" como cuatro puertas que se abren al "círculo exotérico". Escuelas del cuarto camino. Escuelas y sistemas seudoesotéricos. "La verdad bajo forma de mentira". Las escuelas esotéricas del Oriente. La Iniciación y los Misterios. Cada uno se debe iniciar a si mismo.*

Durante las conversaciones del período que describo —al final del año 1916— G. abordó en diferentes ocasiones la cuestión religiosa. Siempre que había sido interrogado sobre un tema que tuviera cualquier relación con la religión, él comenzaba invariablemente por subrayar que en la base de nuestra actitud habitual hacia los problemas de la religión, hay algo muy falso.

—La religión, decía, siempre es un concepto relativo; la religión de un hombre puede muy bien no convenir a otro. Pues la religión corresponde al nivel del ser. Quiero decir que la religión de un hombre que tiene cierto nivel de ser puede muy bien no convenir a otro hombre, a otro nivel de ser.

"Hay que comprender que la religión del hombre N° 1 no es la religión del hombre N° 2, y que la del hombre N° 3 es todavía otra religión. Asimismo, las religiones de los hombres N° 4, N° 5, N° 6 y N° 7 son enteramente diferentes de las religiones de los hombres números 1, 2 y 3.

"En segundo lugar, la religión es: hacer. Un hombre no solamente *piensa o siente* su religión, él la «vive» tanto como puede; de otro modo no es religión sino fantasía o filosofía. Quiéralo o no, muestra su actitud hacia su religión por sus actos, y no puede mostrarla sino *por sus actos*. Por lo tanto, si sus actos son contradictorios a lo que su religión le pide, él no puede afirmar que pertenece a esta religión. La gran mayoría de



las personas que se llaman cristianas no tienen derecho a este título, pues no solamente no siguen los mandamientos de su religión, sino que ni siquiera parecen sospechar que estos mandamientos deben ser acatados.

"La religión cristiana prohíbe el asesinato. Y todos los progresos que hemos hecho son progresos en la técnica del asesinato, en el arte de la guerra. ¿Cómo podemos llamarnos Cristianos?"

"Nadie tiene derecho a llamarse Cristiano, si no cumple en su vida con los preceptos de Cristo. Un hombre puede decir que él *desea* ser Cristiano, si se esfuerza por cumplir estos preceptos. Si él ni siquiera piensa en ellos, o si se ríe de ellos, o si los reemplaza por cualquier cosa de su invención, o simplemente si los olvida, no tiene ningún derecho de llamarse Cristiano.

"He tomado el ejemplo de la guerra, porque es el más impresionante. Pero sin hablar de la guerra, todo en nuestra vida es exactamente del mismo orden. La gente se llama Cristiana, pero sin comprender que no lo quiere ser, que no lo puede ser, porque para ser Cristiano no es suficiente desearlo, hay que *ser capaz* de serlo.

"El hombre, en sí mismo, no es uno, no es «yo», es «nosotros» o para hablar más rigurosamente, es «ellos». Todo resulta de esto. Supongamos que un hombre quiera, según el Evangelio, ofrecer la mejilla izquierda, después de haber sido golpeado en la mejilla derecha. Pero es uno solo de estos «yoes» el que toma esta decisión, ya sea en el centro intelectual, o en el centro emocional. Un «yo» lo quiere, un «yo» se acuerda; los otros no saben nada. Imaginemos que la cosa se produce realmente: un hombre ha sido abofeteado. ¿Piensan ustedes que ofrecerá la mejilla izquierda? Jamás. No tendrá tiempo aún para pensarlo. O bien abofeteará a su vez al hombre que le ha pegado, o bien llamará a un policía, o bien huirá; mucho antes de que el hombre se dé cuenta de lo que hace, su centro motor reaccionará como tiene por costumbre, o como se le ha enseñado a hacer.

"Para poder ofrecer la mejilla izquierda, hay que haber sido instruido durante mucho tiempo, hay que haberse entrenado con perseverancia. Pues si la mejilla es ofrecida mecánicamente, eso no tiene ningún valor; el hombre ofrece su mejilla porque no puede hacer otra cosa.

—¿La oración puede ayudar a un hombre a vivir como Cristiano? preguntó alguien.

—¿La oración de quién? replicó G. La oración de los hombres subjetivos, es decir los hombres números 1, 2 y 3, no puede dar sino resultados subjetivos. Con sus oraciones, tales hombres se consuelan, se sugestionan, se adormecen a ellos mismos. Esta oración no puede dar resultados objetivos porque proviene de la *autohipnosis*.

—Pero la oración, en general, ¿no puede dar resultados objetivos? preguntó otro.

—Ya lo he dicho: eso depende del que ora, respondió G. Debemos aprender a orar, exactamente como debemos aprender todas las otras cosas. Para aquel que sabe

orar y es capaz de concentrarse en forma adecuada, la oración puede dar resultados. Pero comprendamos que hay diferentes oraciones, y que sus resultados son diferentes. Esto es muy conocido, aun por la liturgia ordinaria. Pero cuando hablamos de la oración, o de sus posibles resultados, no consideramos más que una clase de oración: la de petición; o bien pensamos que la petición puede asociarse a todas las otras clases de oraciones. Evidentemente, esto no es verdad. La mayoría de las oraciones no tiene nada en común con las peticiones. Hablo de antiguas oraciones, de las cuales algunas se remontan más allá del Cristianismo. Estas oraciones son por así decirlo *recapitulaciones*; al repetirlas en voz alta o mentalmente, el hombre se esfuerza por experimentar todo su contenido, con su pensamiento y su sentimiento. Por otra parte, un hombre siempre puede componer oraciones nuevas para su propio uso. Dirá, por ejemplo: «Quiero ser serio». Todo depende de la manera en que lo diga. Podrá repetirla diez mil veces al día, pero si se pregunta cuándo terminará, y qué es lo que tendrá luego para comer, esto no será orar, sino mentirse a sí mismo. Sin embargo, estas mismas palabras pueden convertirse en oración, si el hombre las recita así: «Yo» —y al mismo tiempo piensa en todo lo que sabe sobre «Yo». Este «Yo» no existe, no hay un solo «Yo», sino una multitud de pequeños «yoes» clamantes y pependieros. Por lo tanto, él quiere ser un verdadero «Yo»; quiere ser el amo. Y se acuerda del carruaje, del caballo, del cochero, y del amo. «Yo es el Amo. «QUIERO» —y él piensa en el significado de «Yo quiero». ¿Es capaz de querer? En él constantemente «ello quiere», y «ello no quiere»; pero él hará el esfuerzo de oponer a «ello quiere» y «ello no quiere» su propio «Yo quiero», que está ligado a la meta del trabajo sobre sí. En otros términos, tratará de introducir la tercera fuerza en la combinación habitual de las dos fuerzas: «ello quiere» y «ello no quiere». «SER» —él pensará lo que significa, el «ser». El ser de un hombre automático, para el cual todo sucede. Y el ser de un hombre que puede hacer. Es posible «ser» de muchas maneras. Él quiere «ser» no solamente en el sentido de existir, sino en el sentido de grandeza, de poder con grandeza. Entonces la palabra «ser» toma un peso, un sentido nuevo para él. «SERIO» —se interroga sobre el significado de estas palabras: «ser serio». La manera en la cual se responde es muy importante. Si comprende lo que dice, si es capaz de definirse correctamente lo que quiere decir «ser serio», y si siente que lo desea verdaderamente, entonces su oración puede tener resultados: primeramente puede recibir una fuerza. luego podrá más a menudo darse cuenta en qué momentos no es serio, y por último tendrá menos trabajo en vencerse a sí mismo. Por consiguiente, su oración lo habrá ayudado a volverse serio.

"De la misma manera, un hombre puede rezar: «Quiero recordarme a mí mismo.» «RECORDARME» —¿que significa «recordarse»? El hombre debe pensar en la memoria— ¡cuan poco se recuerda! ¡Cuan a menudo olvida lo que ha decidido, lo que ha visto, lo que sabe! Toda su vida cambiaría, si él pudiera recordarse. Todo el

mal proviene de sus olvidos. «YO MISMO» —de nuevo vuelve sobre sí. ¿De cuál «yo» desea él recordarse? ¿Vale la pena recordarse de sí mismo por entero? ¿Cómo puede discernir qué es lo que quiere recordar? La idea del trabajo; ¿cómo llegará a ligarse más estrechamente al trabajo? Y así sucesivamente.

"En el culto cristiano, hay innumerables oraciones exactamente parecidas a éstas, en las que es necesario reflexionar sobre cada palabra. Pero pierden todo su alcance, toda su significación, cuando son recitadas o cantadas mecánicamente.

"Consideremos la muy conocida oración: «*Señor, ten piedad de mí.*» ¿Qué es lo que quiere decir? Un hombre lanza un llamado a Dios. ¿No debería pensar un poco, no debería hacer una comparación, preguntarse lo que Dios es, y lo que es él mismo? Le pide a Dios tener *piedad* de él. Pero Dios tendría que *pensar en él, tomarlo en consideración*. Pero, ¿vale la pena que se lo tome en consideración? ¿Qué hay en él que lo haga digno de que se piense en él? ¿Y quién debe pensar en él? Dios mismo. Ustedes ven, todos estos pensamientos, y todavía muchos otros, deberían cruzar su mente cuando él pronuncia esta simple oración. *Y son precisamente estos pensamientos los que podrían hacer para él aquello que pide que Dios haga*. Pero ¡en qué piensa! y qué resultados puede dar su oración, cuando él repite como un loro: ¡Señor, ten piedad! ¡Señor, ten piedad! Señor, ten piedad! Ustedes saben bien que esto no puede dar ningún resultado.

"En general, conocemos mal el Cristianismo y las formas del culto cristiano, y no conocemos su historia, así como tampoco el origen de una cantidad de cosas. Por ejemplo, la iglesia, el templo donde se reúnen los fieles, y donde se celebran los oficios según los ritos particulares, ¿dónde se originó? ¡Cuántas personas hay que nunca han pensado en esto! Unos se dicen que las formas exteriores del culto, los ritos, los cánticos, han sido inventados por los Padres de la iglesia. Otros piensan que las formas exteriores han sido tomadas, por una parte de los paganos y, por otra, de los hebreos. Pero todo esto es falso. La cuestión de los orígenes de la iglesia cristiana, es decir del templo cristiano, es mucho más interesante de lo que pensamos. Primeramente, la iglesia y su culto, en la forma en que se presentaban en los primeros siglos de la era cristiana, no podían provenir del paganismo; no había nada parecido, ni en los cultos griegos y romanos, ni en el judaísmo. La sinagoga, el templo indio, los templos griegos y romanos llenos de dioses, eran muy diferentes a la iglesia cristiana que apareció en el primer y segundo siglo. La iglesia cristiana es una escuela, de la que ya no se sabe que es una escuela. Imagínense una escuela, donde los maestros den sus cursos y hagan sus demostraciones, sin saber que son cursos y demostraciones; y cuyos alumnos o los simples oyentes tomen los mismos cursos y demostraciones por ceremonias, ritos, o «sacramentos», es decir por, magia. Eso se parecería bastante a la iglesia cristiana de nuestros días.

"La iglesia cristiana, la forma cristiana del culto, no ha sido inventada por los

Padres de la Iglesia. Todo fue recogido de Egipto —pero no del Egipto que conocemos, todo ha sido recogido, tal cual, de un Egipto que no conocemos. Este Egipto estaba en el mismo lugar que el otro pero existía desde mucho tiempo antes y no se confundía con el otro. Solamente ínfimos vestigios han sobrevivido en los tiempos históricos, pero fueron conservados en secreto, y tan bien que ni siquiera sabemos dónde.

"Les parecerá extraño si les digo que este Egipto prehistórico era cristiano varios miles de años antes del nacimiento de Cristo, o por decirlo mejor, que su religión se basaba sobre los mismos principios, sobre las mismas ideas que el verdadero Cristianismo. En este Egipto prehistórico, había escuelas especiales, llamadas «escuelas de repetición». En estas escuelas, en fechas fijas, y en algunas de ellas aun todos los días, se daban, bajo forma condensada, repeticiones públicas del curso completo de las ciencias que se enseñaban en ellas. La «repetición» duraba a veces una semana entera, a veces un mes. Gracias a estas «repeticiones», los que habían seguido los cursos mantenían contacto con la escuela, y podían así retener todo lo que habían aprendido. Algunos venían de muy lejos para asistir a estas «repeticiones», y volvían a partir con un nuevo sentimiento de pertenecer a la escuela. En el transcurso del año, varios días especiales eran consagrados a «repeticiones» muy completas, que se desenvolvían con una solemnidad particular, y esos días tenían un sentido simbólico.

"Estas «escuelas de repetición» sirvieron de modelo a las iglesias cristianas. En las iglesias cristianas, las formas del culto representaban casi enteramente el «ciclo de repetición» de las ciencias que tratan del universo y del hombre. Las oraciones individuales, los himnos, el responso, todo tenía un sentido propio en estas repeticiones, así como las fiestas y todos los símbolos religiosos, pero su significado se ha perdido desde hace mucho tiempo."

Luego G. nos dio algunas explicaciones muy interesantes sobre las diversas partes de la liturgia ortodoxa. Desgraciadamente, nadie tomó notas y no quiero ponerme a reconstruirlo de memoria.

La idea era que la liturgia evoca desde las primeras palabras, por así decirlo, todo el proceso cosmogónico, repitiendo todas las etapas y todas las fases de la creación. Me sorprendió particularmente el constatar hasta qué punto, según las explicaciones de G., todo había sido conservado bajo su forma pura, y cuán poco de ello comprendíamos. Estas explicaciones diferían mucho de las interpretaciones teológicas habituales, y hasta de las interpretaciones místicas. Y la principal diferencia era que G. eliminaba una cantidad de alegorías. Gracias a sus explicaciones, pude ver que tomamos por alegorías muchas cosas donde no existe alegoría alguna y que al contrario deben ser comprendidas mucho más simple y psicológicamente. Lo que dijo acerca de la última Cena puede servirnos aquí de

ejemplo.

—Todos los ritos y ceremonias tienen valor cuando se ejecutan sin ninguna alteración, dijo. Una ceremonia es un libro donde están escritas mil cosas. Quienquiera que comprenda podrá leerlo. A menudo un solo rito tiene más contenido que cien libros." Al precisar lo que se ha conservado hasta nuestros días, G. indicó al mismo tiempo lo que se había perdido y se había olvidado. Habló de las danzas sagradas que acompañaban los "servicios" en los "templos de repetición", y que hoy día están excluidas del culto cristiano. Habló también de diversos ejercicios y posturas que corresponden especialmente a las diferentes oraciones, es decir a las diferentes formas de meditación; explicó cómo se podía adquirir un control sobre la respiración e insistió en la necesidad de ser capaz de tensar o de relajar a voluntad cualquier grupo de músculos, o los músculos de todo el cuerpo; en fin, nos enseñó muchas cosas relacionadas, por así decirlo, con la "técnica" de la religión.

Un día, con referencia a la descripción de un ejercicio de concentración, en el cual se trataba de llevar la atención de una parte del cuerpo hacia otra, G. preguntó:

—¿Cuando ustedes pronuncian la palabra *Yo* en voz alta, pueden notar *dónde resuena en ustedes esta palabra?*"

No comprendimos en seguida lo que quería decir. Pero algunos de los nuestros comenzaron a notar muy pronto que cuando pronunciaban la palabra *Yo*, tenían la impresión de que esa palabra *resonaba* en la cabeza, otros la sentían en el pecho, otros encima de la cabeza —fuera del cuerpo.

Debo decir aquí que, por mi parte, yo era totalmente incapaz de provocar esta sensación en mí, y que tenía que referirme a los otros.

Al escuchar todas nuestras conversaciones, G. dijo que un ejercicio de este género se había conservado hasta nuestros días en los monasterios del monte Athos.

Un monje se mantiene en una cierta posición, ya sea arrodillado o de pie, los brazos en alto con los codos en ángulo, y dice "*Ego*" en voz alta y sostenida, escuchando a la vez dónde resuena esta palabra.

La meta de este ejercicio es la de hacerle sentir su "Yo" cada vez que piensa en sí mismo, y de hacer pasar su "Yo" de un centro a otro.

G. recalcó varias veces la necesidad de estudiar esta "técnica" olvidada, porque dijo que sin ella es imposible obtener resultado alguno en el camino de la religión, aparte, claro está, de resultados puramente subjetivos.

Recuerden, dijo, que toda religión verdadera —hablo de aquellas que fueron creadas por hombres realmente sabios con una meta precisa— está compuesta de dos partes. La primera enseña *lo que debe ser hecho*. Esta parte recae en el dominio de los conocimientos generales y se corrompe con el tiempo a medida que se aleja de su origen. La otra parte enseña *cómo hacer* lo que enseña la primera. Esta segunda se conserva secretamente en ciertas escuelas, y con su ayuda siempre se puede rectificar

lo que ha sido falseado en la primera parte, o restaurar lo que ha sido olvidado.

"Sin esta segunda parte, no puede haber conocimiento de la religión, o en todo caso, este conocimiento permanece incompleto y muy subjetivo.

"Esta parte secreta existe en el cristianismo como en todas las otras religiones auténticas y enseña *cómo* seguir los preceptos de Cristo y lo que significan realmente."

Debo todavía mencionar una conversación sobre los cosmos.

—Veo aquí una relación con las ideas de Kant sobre el fenómeno y el noumeno, le dije a G. Además es aquí donde está todo el asunto. La tierra, como cuerpo tridimensional, es el «fenómeno» y como cuerpo hexadimensional es el «noumeno».

—Es cierto, respondió G. Agréguele solamente la idea de escala: si Kant hubiera introducido la idea de escala en su filosofía, muchos de sus escritos tendrían valor. Es la única cosa que le faltó."

Al escuchar a G. pensaba que Kant hubiera quedado muy sorprendido de oír esta sentencia. Pero la idea de escala me era muy familiar; me di cuenta de que al tomarla como punto de partida era posible encontrar muchas cosas nuevas e inesperadas en aquello que creemos conocer.

Cerca de un año más tarde, al desarrollar la idea de los cosmos considerados en su relación con los problemas del tiempo, obtuve una tabla del tiempo en los diferentes cosmos, que examinaremos más tarde.

Al hablar un día de la coordinación de todas las cosas en el universo, G. se detuvo especialmente en la cuestión de la "vida orgánica sobre la tierra".

—Para la ciencia ordinaria, dijo, la vida orgánica es una especie de apéndice accidental que viola la integridad de un sistema mecánico. La ciencia ordinaria no la liga a nada y no saca ninguna conclusión del hecho de su existencia. Pero ustedes ya deberían haber reconocido que no hay y que no puede haber nada accidental ni inútil en la naturaleza; cada cosa tiene su función precisa, y sirve a un propósito definido. Así, la vida orgánica es un eslabón indispensable en la cadena de los mundos; ésta no puede existir sin ella, tanto como ella misma no podría existir fuera de esta cadena. Ya hemos dicho que la vida orgánica transmite a la tierra las diversas influencias planetarias, y que sirve de alimento a la Luna, permitiéndole así crecer y fortificarse. Pero la tierra también crece, no en volumen, sino en conciencia y en receptividad. Las influencias planetarias que le bastaban en cierto periodo de su existencia se tornan insuficientes; necesita influencias más sutiles. Para recibir estas influencias más sutiles, necesita un aparato receptor también más sutil. La vida orgánica debe entonces evolucionar para adaptarse a las necesidades de los planetas y de la tierra. Asimismo, en tal o cual período la luna puede satisfacerse del alimento de una cierta calidad que le trae la vida orgánica. Pero llega un momento en que este alimento deja

de satisfacerla y ya no puede asegurar su crecimiento; desde ese momento, la luna comienza a tener hambre. La vida orgánica debe estar en condiciones de saciar este hambre, de otro modo no cumple su función, no responde a su propósito. Esto significa que para responder a su propósito, la vida orgánica debe evolucionar y mantenerse al nivel de las necesidades de los planetas, de la tierra y de la luna.

"El rayo de creación, tal como lo hemos tomado del Absoluto a la Luna, es como la rama de un árbol, es una rama que crece. La extremidad de esta rama, de donde salen los nuevos brotes, es la luna. Si la luna no crece, si no produce, o no se prepara a producir ningún brote, quiere decir que el crecimiento de todo el rayo de creación se va a detener, o bien que debe encontrar un nuevo medio de crecimiento, desarrollar alguna rama lateral. Al mismo tiempo, todo lo que acabamos de decir nos permite ver que el crecimiento de la luna depende de la vida orgánica sobre la tierra. El crecimiento del rayo de creación depende entonces de la vida orgánica sobre la tierra. Si la vida orgánica desaparece o muere, toda la rama se seca inmediatamente, o, por lo menos, la parte de la rama que se encuentra más allá de la vida orgánica. La misma cosa se debe producir, aunque más lentamente, si la vida orgánica se detiene en su desarrollo, en su evolución, y ya no puede responder a las demandas que se le hacen. La rama puede secarse. Nunca hay que olvidarlo. Se han dado exactamente las mismas propiedades de desarrollo y crecimiento a la parte Tierra-Luna del rayo de creación, que a cada rama de un gran árbol. Pero el crecimiento de esta rama no está garantizado en ninguna forma; depende de la acción armoniosa y correcta de sus propios tejidos. Si uno de estos tejidos deja de desarrollarse, todos los demás hacen lo mismo. Todo lo que puede decirse sobre el rayo de creación o sobre su parte Tierra-Luna se aplica igualmente a la vida orgánica sobre la tierra. La vida orgánica sobre la tierra es un fenómeno complejo, pues todos sus elementos dependen estrechamente unos de otros. El crecimiento general no es posible sino a condición de que crezca la «extremidad de la rama». O para hablar de una manera más precisa, en la vida orgánica hay tejidos que evolucionan y otros que le sirven de alimento y de ambiente. Igualmente, en los tejidos en evolución, hay células que evolucionan y otras que les sirven de alimento y de ambiente. Y cada célula en evolución a su vez comporta partes que evolucionan y partes que le sirven de alimento. Pero siempre y en todo, hay que recordar que la evolución jamás está garantizada, que es solamente una posibilidad y que puede detenerse en todo momento y en todo lugar.

"La parte de la vida orgánica que evoluciona es la humanidad. Asimismo la humanidad también tiene una parte que evoluciona, pero luego hablaremos de eso; mientras tanto, tomaremos la humanidad como un todo. Si la humanidad no evoluciona, ello significa que la evolución de la vida orgánica debe detenerse, lo que provocará a su vez una detención en el crecimiento del rayo de creación. Al mismo tiempo, si la humanidad deja de evolucionar, se vuelve inútil desde el punto de vista

de los fines para los cuales había sido creada, y como tal puede ser destruida. Así la detención de la evolución puede significar la destrucción de la humanidad.

"No tenemos indicios que nos permitan precisar en qué período de la evolución planetaria nos encontramos, ni si la tierra y la luna tendrán o no tiempo de esperar que la vida orgánica se desarrolle hasta el estado deseado de su evolución. Pero naturalmente, los que saben pueden tener informaciones exactas sobre esto, es decir que pueden definir en qué fase de su evolución se encuentra la tierra, la luna y la humanidad. En lo que a nosotros concierne, no lo podemos saber, pero deberíamos recordar que el número de posibilidades jamás es infinito.

"Por otra parte, si examinamos la vida de la humanidad tal como la conocemos en el plano histórico ¿no debemos convenir en que la humanidad gira en un círculo vicioso? Destruye en el curso de un siglo todo lo que ha creado en otro, y su progreso mecánico de los últimos cien años se hace a expensas de muchos otros valores, tal vez mucho más preciosos para ella. En general, existen todas las razones para pensar y afirmar que la humanidad atraviesa actualmente un período de estancamiento; y el estancamiento no está lejos de la decadencia, y luego de la degeneración. El estancamiento significa que un proceso se ha equilibrado. La aparición de una cualidad cualquiera provoca inmediatamente la aparición de otra cualidad de naturaleza opuesta. El crecimiento del saber en un dominio acarrea el crecimiento de la ignorancia en otro; el refinamiento acarrea la vulgaridad; la libertad, la esclavitud; el retroceso de algunas supersticiones favorece el desarrollo de otras, y así sucesivamente.

"Ahora, si recordamos la ley de octava, veremos que un proceso equilibrado, que se efectúa de cierta manera, no puede ser modificado en cualquier momento a voluntad. No se puede provocar cambio alguno sino en ciertas «encrucijadas». Entre estas «encrucijadas» nada se puede hacer. Y si un proceso pasa por una encrucijada sin que nada suceda, sin que nada sea hecho, será ya demasiado tarde: el proceso continuará desarrollándose según leyes mecánicas; y aún si los que toman parte en este proceso ven la inminencia de una destrucción total, no podrán hacer nada. Lo repito, hay cosas que sólo pueden ser hechas en ciertos momentos, es decir en esas «encrucijadas» que, en las octavas, hemos llamado los intervalos *mi-fa* y *si-do*.

"Es verdad que para muchas personas la vida de la humanidad no se desenvuelve jamás como debería. Inventan toda clase de teorías destinadas a renovarla totalmente. Pero no bien surge tal teoría, surge otra que se le opone. Luego, cada teórico pretende acaparar todas las opiniones. En efecto, siempre encuentra partidarios. Claro está que sin embargo la vida sigue su propio curso, pero los hombres siguen creyendo en sus propias teorías o en las que han adoptado; siguen creyendo que es verdaderamente posible hacer algo. Y todas sus teorías son completamente fantásticas, sobre todo porque no toman en cuenta lo más importante: el papel tan secundario que



desempeñan la humanidad y la vida orgánica en el proceso cósmico. Las teorías intelectuales sitúan al hombre en el centro de todo. ¡Como si todo no existiera sino para él: el sol, las estrellas, la luna, la tierra! Olvidan hasta la medida del hombre, su nulidad, su existencia efímera, etc. Y no temen afirmar que un hombre, si quiere, puede cambiar toda su vida, es decir organizarla sobre principios racionales. Así vemos aparecer sin cesar nuevas teorías que suscitan sus contrarias; éstas, todas juntas, con sus conflictos incesantes, constituyen sin duda alguna una de las fuerzas que mantienen a la humanidad en el estado en que se encuentra actualmente. Por otra parte, todas estas teorías «humanitarias» e «igualitarias» no son solamente irrealizables, sino que de realizarse, serían fatales. Todo en la naturaleza tiene su meta y su sentido, tanto la desigualdad del hombre como su sufrimiento. Destruir la desigualdad sería destruir toda posibilidad de evolución. Destruir el sufrimiento equivaldría ante todo a destruir toda una serie de percepciones para las cuales el hombre existe, y además a destruir el «choque», es decir, la única fuerza que puede cambiar la situación. Y es igual para todas las teorías intelectuales.

"El proceso de evolución, de esta evolución que es posible para la humanidad tomada como un todo, es enteramente análogo al proceso de evolución posible para el hombre individual. Y comienza de la misma manera: cierto número de células poco a poco se vuelven conscientes, se agrupan; este grupo atrae hacia él a otras células, subordina otras, y hace que el organismo entero sirva progresivamente a su propósito —y ya no solamente para comer, beber y dormir. Esta es la evolución, y no puede haber ninguna otra clase de evolución. Para la humanidad, como para el hombre tomado separadamente, todo comienza a partir de la formación de un núcleo consciente. Todas las fuerzas mecánicas de la vida luchan contra la formación de este núcleo consciente en la humanidad, de igual manera que las costumbres mecánicas, los gustos y las debilidades, luchan en el hombre contra el consciente recuerdo de sí.

—¿Puede decirse que hay una *fuerza consciente* en lucha contra la evolución de la humanidad? pregunté yo.

—Desde cierto punto de vista, se puede decir, respondió G. Anoto esta respuesta, pues parece estar en contradicción con lo que él había dicho anteriormente: que no había sino dos fuerzas en lucha en el mundo, la "conciencia" y la "mecanicidad".

—¿De dónde viene esta fuerza?

—Explicarlo tomaría demasiado tiempo. Y actualmente eso no puede tener ningún valor práctico para nosotros. Hay dos procesos a veces llamados «involutivo» y «evolutivo». Veamos su diferencia. Un proceso involutivo comienza conscientemente en el Absoluto, pero en la etapa siguiente ya es mecánico y cada vez se torna más y más mecánico. Por el contrario, un proceso evolutivo comienza semiconscientemente, y se vuelve cada vez más y más consciente a medida que se desarrolla. Pero en ciertos momentos, la conciencia también puede aparecer en el

proceso «involutivo», bajo la forma de oposición consciente al proceso de evolución.

"¿De dónde viene esta conciencia? Naturalmente, del proceso evolutivo. Éste debe proseguirse sin interrupción. Cada detención tiene el efecto de quebrar el proceso fundamental. Estos fragmentos dispersos de conciencia que han sido detenidos en su desarrollo también pueden unirse, y durante cierto tiempo, vivir luchando contra el proceso de evolución. Después de todo, eso sólo lo hace más interesante. En vez de una lucha contra fuerzas mecánicas, en ciertos momentos puede haber una lucha contra la oposición intencional de fuerzas realmente muy poderosas, aunque su poder no sea comparable por cierto con el poder de las que dirigen el proceso evolutivo. A veces estas fuerzas adversas pueden aún tomar ventaja. Y esto, porque las fuerzas que dirigen la evolución tienen una elección de medios más limitada; en otros términos, no pueden hacer uso sino de ciertos medios y de ciertos métodos. Las fuerzas adversas no están limitadas en la elección de medios, pueden usar cualquiera, hasta los que no aportan sino un éxito temporal, y a fin de cuentas aniquilan a la vez la evolución y la involución.

"Pero como ya lo he dicho, esta cuestión no tiene nada de práctico para nosotros. A nosotros sólo nos importa establecer dónde comienza la evolución, y cómo prosigue. Y si recordamos la completa analogía entre la humanidad y el hombre, no será difícil establecer si la humanidad está o no en evolución.

"¿Podemos decir, por ejemplo, que la vida esté gobernada por un grupo de hombres conscientes? ¿Dónde están? ¿Quiénes son? Vemos exactamente lo contrario. La vida está en poder de los más inconscientes y de los más dormidos.

"¿Podemos decir que observamos en la vida una preponderancia de los mejores, más fuertes y más valientes elementos humanos? De ningún modo. Al contrario, vemos reinar en todas partes la vulgaridad y la estupidez bajo todas sus formas.

"¿Podemos decir, en fin, que vemos en la vida aspiraciones hacia la unidad, hacia una unificación? Por cierto que no. No vemos sino nuevas divisiones, nuevas hostilidades, nuevos malentendidos.

"De manera que nada denota una evolución en la situación actual de la humanidad. Por el contrario, si comparamos a la humanidad con un hombre, vemos claramente el crecimiento de la personalidad a expensas de la esencia, es decir el crecimiento de lo artificial, de lo irreal, de lo que no es nuestro, a expensas de lo natural, de lo real, de lo que realmente es nuestro.

"Al mismo tiempo, constatamos un crecimiento del automatismo.

"La civilización contemporánea quiere autómatas. Y la gente está ciertamente en camino de perder sus costumbres adquiridas de independencia, se convierte cada vez más en robots, no son sino engranajes de sus máquinas. Es imposible decir cómo terminará todo esto ni cómo salir de ello, ni aun si puede haber un fin y una salida. Una sola cosa es segura, y es que la esclavitud del hombre no hace sino aumentar. El

hombre se torna un esclavo voluntario. Ya no tiene necesidad de cadenas: comienza a amar su esclavitud y a sentirse orgulloso de ella. Nada más terrible le podría ocurrir al hombre.

"Todo lo que he dicho hasta el presente se relaciona con la humanidad considerada en su totalidad. Pero como ya lo he señalado, la evolución de la humanidad sólo puede hacerse por la evolución de un cierto grupo, que a su vez influirá en el resto de la humanidad y la dirigirá.

"¿Podemos decir que existe un grupo de esta clase? Tal vez podamos, basándonos en ciertos signos, pero en todo caso tenemos que reconocer que es un grupo muy pequeño, totalmente insuficiente para subyugar al resto de la humanidad. O bien, al mirar las cosas desde otro punto de vista, podemos decir que la humanidad se halla en tal estado que es incapaz de aceptar la dirección de un grupo consciente.

—¿Cuántas personas puede haber en este grupo consciente? preguntó alguien.

—Sólo ellos lo saben, respondió G.

—¿Eso quiere decir que todos se conocen? preguntó la misma persona.

—¿Cómo podría ser de otra manera? dijo G. Imagínense dos o tres hombres despiertos entre una multitud de dormidos. Ciertamente se conocerán. Pero los que están dormidos no pueden conocerlos. ¿Cuántos son? No lo sabemos ni lo podemos saber hasta que hayamos despertado; ya hemos explicado que un hombre no puede ver nada por encima de su propio nivel de ser. En verdad *doscientos hombres conscientes*, si existieran y si encontraran necesaria y legítima esta intervención, podrían cambiar toda la vida sobre la tierra. Pero no existen en cantidad suficiente, o no lo quieren, o bien no ha llegado aún el tiempo, o tal vez los otros duermen demasiado profundamente.

"Aquí hemos llegado al umbral del esoterismo.

"Al hablar de la historia de la humanidad, ya hemos indicado que la vida de la humanidad a la cual pertenecemos está gobernada por fuerzas que provienen de dos fuentes: en primer lugar, las influencias planetarias, que obran de manera totalmente mecánica, y que tanto las masas humanas como los individuos reciben por completo involuntaria e inconscientemente; luego, las influencias que vienen de los círculos interiores de la humanidad, cuya existencia y significación no son menos ignoradas que las influencias planetarias por la gran mayoría de la gente.

"La humanidad a la cual pertenecemos, toda la humanidad histórica y prehistórica generalmente conocida, no constituye en realidad sino el *círculo exterior de la humanidad*, en el interior del cual se encuentran varios otros círculos.

"Podemos entonces representarnos a la humanidad entera, conocida y desconocida, como formada por varios círculos concéntricos.

"El círculo interior se llama el círculo «esotérico»; está compuesto por las personas que han alcanzado el más alto desarrollo posible al hombre; es el círculo de

los hombres que poseen la individualidad, en el sentido más pleno de esta palabra, es decir un Yo indivisible, todos los estados de conciencia que le son accesibles, el control completo de estos estados de conciencia, todo el saber posible al hombre, y una voluntad libre e independiente. Tales individuos no pueden obrar contrariamente a su comprensión, o tener una comprensión que no se exprese por sus acciones. Además, no puede haber discordias entre ellos ni diferencia de comprensión. Por consiguiente, su actividad está totalmente coordinada, y los conduce hacia una meta común sin ninguna clase de coacción, porque en el fondo hay una comprensión común e idéntica.

"El siguiente círculo se llama «mesotérico», que quiere decir el del medio. Los hombres que pertenecen a este círculo poseen todas las cualidades de los miembros del círculo esotérico, con la única restricción de que su saber es de un carácter más teórico. Esto se refiere, naturalmente, a un saber de carácter cósmico. Saben y comprenden una cantidad de cosas que todavía no han encontrado expresión en sus acciones. Saben más de lo que hacen. Pero su comprensión no es menos exacta que la de los miembros del círculo esotérico, por consecuencia, es idéntica. Entre ellos no puede haber discordias, no se puede producir ningún malentendido. Lo que cada uno comprende lo comprenden todos, y lo que todos comprenden lo comprende cada uno. Pero como hemos dicho, esta comprensión, comparada a la del círculo esotérico, es más teórica.

"El tercer círculo se llama «exotérico», es decir exterior, porque es el círculo exterior de la parte interior de la humanidad. Los hombres que forman parte de este círculo tienen muchos conocimientos comunes con los miembros de los círculos esotérico y mesotérico, pero su saber cósmico es de un carácter más filosófico, es decir, más abstracto que el saber del círculo mesotérico. Un miembro del círculo mesotérico *calcula*, un miembro del círculo exotérico *contempla*. La comprensión de los miembros del círculo exotérico puede no expresarse por actos. Pero no puede haber diferencia de comprensión entre ellos. Lo que uno de ellos comprende, todos los otros lo comprenden.

"En la literatura que admite la existencia del esoterismo, la humanidad en general se divide sólo en dos círculos; y el «círculo exotérico», como opuesto al «círculo esotérico», se llama: la vida ordinaria. Esto es un grave error. En realidad, el «círculo exotérico» está muy lejos de nosotros y se sitúa en un nivel muy elevado. Para un hombre ordinario, esto ya es el «esoterismo».

"El «círculo exterior» propiamente dicho es el círculo de la humanidad mecánica a la cual pertenecemos, la única que conocemos. Este círculo se reconoce primeramente por el signo de que para las personas que forman parte de él, no hay ni puede haber comprensión común. Cada uno comprende a su manera, y hay tantas maneras de «comprender» como personas. Este círculo se llama a veces el círculo de

la «confusión de las lenguas», porque en este círculo cada uno habla su lengua propia para él solo, y nadie comprende a nadie, ni se preocupa por ser comprendido. Es por lo tanto el círculo donde es imposible la comprensión mutua, salvo en muy raros instantes, totalmente excepcionales, y aún sobre temas casi despojados de significación, y sólo dentro de los límites del *ser* dado. Si las personas que pertenecen a este círculo se vuelven *conscientes de esta falta general de comprensión* y adquieren el deseo de comprender y de ser comprendidas, significa que tienden inconscientemente hacia el círculo interior, porque una comprensión mutua no comienza sino en el círculo exotérico y sólo allí podría desarrollarse. Pero la conciencia de la falta de comprensión llega a cada uno por los caminos más diferentes.

"Así la posibilidad que tienen las personas de comprenderse depende de su posibilidad de entrar en el círculo exotérico donde comienza la comprensión.

"Si nos representamos a la humanidad bajo la forma de cuatro círculos concéntricos, nos podemos imaginar cuatro puertas en la periferia del tercer círculo, es decir del círculo exotérico, por los cuales los hombres del círculo mecánico pueden penetrar.

"Estas cuatro puertas corresponden a los cuatro caminos que hemos descrito.

"El primero es el camino del faquir, el camino de los hombres N° 1, los hombres del cuerpo físico, entre los cuales predominan los instintos, los sentidos y los impulsos motores, hombres sin mucho corazón ni mente.

"El segundo es el camino del monje, el camino religioso, el camino de los hombres N° 2, es decir el de los hombres de sentimiento. Ni su mente ni su cuerpo deben ser demasiado fuertes.

"El tercero es el camino del yogui. Es el camino de la mente, el camino de los hombres N° 3. Aquí, el corazón y el cuerpo no deben ser particularmente fuertes, de lo contrario podrían ser un impedimento para este camino.

"Pero fuera de estos tres caminos, que no podrían convenir a todos, hay un cuarto.

"La diferencia fundamental entre los tres caminos del faquir, del monje, del yogui, y el cuarto, es que los tres primeros están ligados a formas permanentes que han subsistido casi sin cambio en el curso de largos períodos históricos. Su base común es la religión. Exteriormente, las escuelas de yoguis difieren poco de las escuelas religiosas, y asimismo de las diversas órdenes o cofradías de faquires que han existido a través de la historia y existen todavía en diferentes países. Estos tres caminos tradicionales son caminos *permanentes*, dentro de los límites de nuestros tiempos históricos.

"Aún existían otros caminos hace dos o tres mil años, pero han desaparecido. En cuanto a los que han subsistido hasta nuestros días, eran en ese tiempo mucho menos divergentes.

"El cuarto camino difiere de los antiguos y de los nuevos porque nunca es permanente. No tiene forma determinada y no hay instituciones sujetas a él. Aparece y desaparece, según las leyes que le son propias.

"El cuarto camino nunca existe sin cierto *trabajo* de un sentido bien definido, implica siempre una cierta *empresa*, que de por sí fundamenta y justifica su existencia. Cuando este trabajo ha terminado, es decir, cuando se ha alcanzado la meta que se proponía, el cuarto camino desaparece; entendámonos, desaparece de tal o cual lugar, se despoja de tal o cual forma, para reaparecer tal vez en otro lugar y bajo otra forma. La razón de ser de las escuelas del cuarto camino es el trabajo que ejecutan para la empresa que quieren llevar a cabo. Jamás existen por sí mismas como escuelas, con una meta de educación o de instrucción.

"Ningún trabajo del cuarto camino requiere ayuda mecánica. En todas las empresas del cuarto camino sólo puede ser útil un trabajo consciente. El hombre mecánico no puede proveer trabajo consciente, de manera que la primera labor de los hombres que emprenden un trabajo semejante es asegurarse asistentes conscientes.

"El trabajo mismo de las escuelas del cuarto camino puede tomar formas muy variadas y tener sentidos muy diferentes. En las condiciones ordinarias de la vida, la única ocasión de encontrar un camino está en la posibilidad de encontrar un trabajo de este tipo, a su comienzo. Pero la probabilidad de encontrar un trabajo de esta clase, así como la posibilidad de aprovechar esta ocasión, dependen mucho de las circunstancias y de las condiciones.

"Cuanto más rápido comprende un hombre la meta del trabajo a ejecutarse, tanto más rápido podrá devenirle útil, tanto más rápido le sacará provecho.

"Pero cualquiera que sea la meta fundamental del trabajo, las escuelas sólo existen mientras dura este trabajo. Cuando ha sido llevado a cabo, las escuelas cierran. Las personas que originaron este trabajo abandonan la escena. Las que han aprendido cuanto les era posible y han alcanzado la posibilidad de continuar este camino de una manera independiente emprenden entonces, bajo una u otra forma, un trabajo personal.

"Pero cuando la escuela cierra, a veces queda cierto número de personas que al haber gravitado *alrededor* del trabajo, han visto el aspecto exterior y *lo han tomado por la totalidad* del trabajo. Al no tener ninguna duda ni sobre sí mismos, ni sobre la justeza de sus conclusiones y de su comprensión, deciden continuar. Con este propósito abren nuevas escuelas, enseñan a otros lo que han aprendido, y les hacen las mismas promesas que ellos han recibido. Naturalmente, todo esto no puede ser sino una imitación exterior. Pero cuando miramos hacia atrás en la historia, nos es casi imposible distinguir dónde termina lo verdadero y dónde comienza la imitación. En todo caso, casi todo lo que conocemos de las diversas escuelas ocultas, masónicas y alquimistas, se relaciona a tales imitaciones. No conocemos prácticamente nada de

las verdaderas escuelas, salvo el resultado de su trabajo, y aún más, tan sólo en la medida en que somos capaces de distinguirlo de falsificaciones e imitaciones.

"Pero estos sistemas seudoesotéricos también tienen su papel en el trabajo y en las actividades de los círculos esotéricos. En realidad sirven de intermediarios entre la humanidad, completamente sumergida en la vida material, y las escuelas que se interesan en la educación de cierto número de personas, tanto por el interés de su propia existencia como por el trabajo de carácter *cósmico* que puedan tener que ejecutar. La idea misma de esoterismo, la idea de iniciación, en la mayoría de los casos llegan a la gente por medio de las escuelas y los sistemas pseudo-esotéricos; y si estas escuelas seudoesotéricas no existieran, la mayoría de los hombres jamás habría oído hablar de algo más grande que su vida, porque la verdad en su forma pura es inaccesible. A causa de las numerosas características del ser del hombre, y particularmente del ser contemporáneo, la verdad no puede llegar a los hombres sino *bajo la forma de mentira*. Sólo bajo esta forma son capaces de digerirla y de asimilarla. La verdad sin desnaturalizar sería para ellos un alimento indigesto.

"Además, un grano de verdad subsiste algunas veces en forma inalterada en los movimientos seudoesotéricos, en las religiones de iglesia, en las escuelas de ocultismo y de teosofía. Puede conservarse en sus escritos, en sus rituales, en sus tradiciones, en sus jerarquías, en sus dogmas y en sus reglas.

"Las escuelas esotéricas —ya no hablo de las escuelas *seudoesotéricas*— que existen tal vez en ciertos países del Oriente son difíciles de encontrar, porque generalmente allá se resguardan en monasterios o en templos. Los monasterios tibetanos tienen habitualmente la forma de cuatro círculos concéntricos, o de cuatro patios separados por altas murallas. Los templos hindúes, sobre todo los del Sur, se edifican sobre el mismo plan, pero en forma de cuadrados contenidos unos dentro de otros. Los fieles tienen acceso al primer patio exterior, y algunas veces, por excepción, los adeptos de otras religiones y los europeos. Al segundo patio sólo tienen acceso ciertas castas y ciertos privilegiados. Al tercer patio no tienen acceso sino los que pertenecen al templo; y, al cuarto, sólo los sacerdotes y los brahmanes. Organizaciones análogas, con algunos detalles parecidos, existen en todas partes, y permiten que las escuelas esotéricas existan sin ser reconocidas. Entre docenas de monasterios, no hay más que una escuela. Pero, ¿cómo reconocerla? Si ustedes entran, no serán admitidos sino al interior del primer patio; solamente los alumnos tienen acceso al segundo patio. Pero ustedes no saben esto, les dicen que pertenecen a una casta especial. En cuanto al tercero y cuarto patios, no pueden ni siquiera sospechar su existencia. En principio, podrían constatar un tal orden en todos los templos; sin embargo, no tienen ninguna posibilidad de distinguir un templo o un monasterio esotérico de un templo o monasterio ordinario, si no se lo dicen.

"Cuando llega a nosotros la idea de iniciación, a través de sistemas

seudoesotéricos, se nos transmite bajo una forma completamente errónea. Las leyendas relativas a los ritos exteriores de la iniciación han sido creadas sobre fragmentos de informaciones concernientes a los antiguos Misterios. Los Misterios constituían, por así decirlo, un camino en el cual, paralelamente a una larga y difícil serie de estudios, se daban representaciones teatrales de un tipo particular que, bajo forma alegórica, representaban el proceso entero de la evolución del hombre y del universo.

"El paso de un nivel de ser a otro estaba señalado por ceremonias de presentación de naturaleza especial: las iniciaciones. Pero ningún rito puede acarrear un cambio de ser. Los ritos no pueden señalar sino un paso franqueado, una realización. Y no es sino en los sistemas pseudoesotéricos, que no poseen nada más que estos ritos, donde se les atribuye una significación independiente. Se supone que un rito, al transformarse en sacramento, transmite o comunica ciertas fuerzas al iniciado. De nuevo, esto surge de la psicología de un camino de imitación. No hay y no puede haber iniciación exterior. En realidad, cada uno debe iniciarse a sí mismo. Los sistemas y las escuelas pueden indicar los métodos y los caminos, pero ningún sistema, ninguna escuela, puede hacer por un hombre el trabajo que él mismo debe hacer. El crecimiento interior, un cambio de ser, depende enteramente del trabajo que hay que hacer sobre sí."



## Capítulo dieciseis

*Los acontecimientos históricos del invierno de 1916-1917. La enseñanza de G. nos permite orientarnos en el laberinto de las contradicciones. Un "Arca de Noé". La conciencia de la materia. Sus grados de inteligencia. Máquinas de uno, dos y tres pisos. El hombre está compuesto de un hombre, una oveja y un gusano. Clasificación de todas las criaturas en base a tres rasgos cósmicos: lo que comen, lo que respiran y el medio en que viven. El hombre tiene posibilidad de cambiar su nutrición. El "diagrama de todas las cosas vivientes". G. parte definitivamente de San Petersburgo. Un episodio interesante —¿"transfiguración" o "plástica"? Impresiones de un periodista sobre G. La caída de Nicolás II. "El fin de la historia de Rusia". Planes de partir al extranjero. Un mensaje de G. Continuación del trabajo en Moscú. Nuevos estudios de los diagramas y de la idea de los cosmos. Desarrollo de la idea de que "el tiempo es respiración". Relación de esta idea al hombre, a la tierra, al sol, a las grandes y pequeñas células. Construcción de una "Tabla de Tiempos en los Diferentes Cosmos". Tres cosmos tomados en conjunto comprenden cu ellos mismos todas las leyes del Universo. Aplicación de la idea de los cosmos a los procesos interiores del organismo humano. La vida de las moléculas y de los electrones. Dimensiones temporales de los diferentes cosmos. Aplicación de la fórmula de Minkovski. Relación de los diferentes tiempos a los centros del cuerpo humano. Relación a los centros superiores. "Cálculos cósmicos del tiempo" en las escrituras Gnósticos y de la India. "Si quiere descansar, venga acá a reunirse conmigo". Reencuentro a G. en Alexandropol. Las relaciones de G. con su familia. Conversación sobre la imposibilidad de hacer cualquier cosa en medio de la locura colectiva. "De ninguna manera están los acontecimientos en contra de nosotros". ¿Cómo reforzar la sensación del "Yo"? Breve retorno a San Petersburgo y Moscú. Un mensaje a los grupos de las dos ciudades. Regreso a Piatigorsk. Una docena de nosotros nos reunimos en Essentuki.*

*Noviembre 1916. La situación en Rusia se ponía cada vez más y más inquietante. Milagrosamente, hasta ese día, la mayoría de nosotros habíamos logrado mantenernos apartados de los "acontecimientos". Pero ahora los "acontecimientos" se acercaban cada vez más, nos alcanzaban personalmente a uno tras otro, y se había hecho imposible dejar de tomarlos en cuenta.*

*De ninguna manera es mi intención describirlos o analizarlos. Sin embargo, este periodo fue tan excepcional que no puedo ignorarlo totalmente, a no ser que admitiera que había estado sordo y ciego a la vez. Por otra parte, nada como la*

*observación de los acontecimientos de entonces hubiera podido proporcionar datos tan interesantes para el estudio de la mecanicidad, es decir de la perfecta ausencia en la historia de todo elemento voluntario. Algunas cosas parecían, o hubieran podido parecer, depender de la voluntad de algunos hombres, pero esto era una ilusión: nunca había sido más claro que todo sucede y que nadie hace nada.*

En primer lugar, se había tornado imposible dejar de ver que la guerra tocaba a su fin por sí misma: un profundo cansancio había hecho presa de todos, ligado a una comprensión aún oscura, pero sólidamente arraigada, de lo absurdo de todo este horror. Ya nadie podía creer en palabras, y ninguna tentativa para galvanizar la guerra hubiera podido tener resultado. Sin embargo, no era menos imposible detenerla, y todas estas habladurías a favor o en contra de la guerra mostraban simplemente la impotencia misma de la mente humana para darse cuenta de su propia impotencia. En segundo lugar, era claro que la catástrofe se aproximaba. De ninguna manera hubiera podido ser desviada. Los acontecimientos seguían su curso y no podían seguir ningún otro. Durante este período estuve también muy fuertemente impresionado por la actitud de políticos profesionales de izquierda hasta entonces pasivos, que ahora se disponían a desempeñar un papel activo. De hecho se mostraban los menos preparados, los más ciegos, los más incapaces de comprender lo que hacían, adonde iban y lo que preparaban, sobre todo para si mismos.

Me acuerdo muy bien de San Petersburgo durante el último invierno de su vida. ¿Quién hubiera podido prever entonces, aun suponiendo lo peor, que ese sería su último invierno? Pero demasiada gente odiaba a esta ciudad y demasiada gente la temía. Sus días estaban contados.

Nuestras reuniones continuaban. Durante los últimos meses de 1916, G. no volvió más a San Petersburgo, pero algunos de los nuestros iban a Moscú, de donde traían nuevos diagramas y notas tomadas por sus alumnos.

Nuestros grupos aumentaban mucho, y aunque era evidente que todo se precipitaba hacia un fin desconocido pero fatal, la enseñanza de G. nos daba a todos un sentimiento de confianza y de seguridad. En ese entonces hablábamos a menudo de lo que hubiéramos experimentado en ese caos si no hubiésemos tenido la enseñanza, que cada vez se tornaba más nuestra. Ahora no podíamos imaginarnos cómo sin ella hubiéramos podido vivir y encontrar nuestro camino en el laberinto de todas las contradicciones de esa época.

De este período datan nuestras primeras conversaciones sobre el arca de Noé. Siempre había considerado este mito como una alegoría de la idea general del esoterismo. Pero todos comenzamos a ver que tenía otro alcance más preciso; era a la vez el plan de todo trabajo esotérico, incluso el nuestro. La enseñanza misma era un "arca", gracias a la cual podíamos esperar salvarnos en el momento del diluvio.

G. no regresó hasta comienzos de febrero 1917. Desde las primeras reuniones,

nos descubrió un aspecto enteramente nuevo de todo lo que había hablado hasta entonces.

—Hasta aquí, dijo, hemos considerado la tabla de hidrógenos como una tabla de densidades de vibraciones y de densidades de materia, en proporción inversa una a otra. Debemos ahora comprender que la densidad de vibraciones y la densidad de materia expresan muchas otras propiedades de la materia. Por ejemplo, hasta ahora no hemos dicho nada todavía de la inteligencia o de la conciencia de la materia. Sin embargo, la velocidad de vibraciones de una materia muestra su grado de inteligencia. Recuerden que no hay nada inanimado ni muerto en la naturaleza. Cada cosa es viviente, inteligente y consciente a su manera; pero esta conciencia y esta inteligencia se expresan de modos diferentes sobre los diversos niveles de ser, es decir sobre diferentes escalas. Deben comprender de una vez por todas, que nada está muerto, hay simplemente diversos grados de animación y diversas escalas.

"La tabla de hidrógenos, que sirve para determinar la densidad de materia y la velocidad de vibraciones, sirve al mismo tiempo para determinar los grados de inteligencia y de conciencia, puesto que el grado de conciencia corresponde al grado de densidad o de velocidad de vibraciones. Esto significa que cuanto más densa es la *materia*, es tanto menos consciente y tanto menos inteligente. Y cuanto más densas son las *vibraciones*, tanto más consciente y tanto más inteligente es la materia.

"La materia está realmente muerta sólo cuando ya no hay vibraciones. Pero en las condiciones ordinarias de la vida en la superficie de la tierra, la *materia muerta* no nos concierne. La ciencia misma no la puede obtener. Toda la materia que conocemos es viviente, y, a su manera, es inteligente.

"Al determinar el grado de densidad de la materia, por este mismo hecho la tabla de hidrógenos determina su grado de inteligencia. Esto quiere decir que al hacer comparaciones entre las materias que ocupan diferentes lugares en la tabla de hidrógenos, determinamos no solamente su densidad sino también su inteligencia. Y no sólo podemos decir cuántas veces tal o cual hidrógeno es más denso o más ligero que otro, sino también cuántas veces un hidrógeno es más inteligente que otro.

"Para determinar con la ayuda de «la tabla de hidrógenos» las diferentes propiedades de las cosas y de las criaturas vivientes, constituidas por numerosos hidrógenos, se parte del principio de que en toda criatura viviente y en toda cosa, hay un hidrógeno definido que es su centro de gravedad; es por así decirlo, el «hidrógeno promedio» de todos los hidrógenos que constituyen la criatura o la cosa dada. Para encontrar este «hidrógeno promedio», hay que conocer primeramente el nivel de ser de la criatura en cuestión. El nivel de ser está determinado por el número de pisos de su máquina. Hasta ahora sólo hemos hablado del hombre, y hemos tomado al hombre como una estructura de tres pisos. No podemos hablar al mismo tiempo de los animales y del hombre, porque los animales difieren radicalmente del hombre. Los

animales superiores que conocemos sólo tienen dos pisos; los animales inferiores sólo uno."

G. hizo un dibujo.



FIG. 56

"El hombre está compuesto de tres pisos.

"El carnero tiene dos pisos.

"El gusano no tiene sino un piso.

"Al mismo tiempo, los pisos inferior e intermedio del hombre equivalen de algún modo a los del carnero; su piso inferior, tomado aisladamente, corresponde al del gusano. Se puede decir entonces que el hombre está hecho de un hombre, de un carnero y de un gusano; y que el carnero está constituido de un carnero y de un gusano. El hombre es una criatura compleja; su nivel de ser está determinado por el nivel de ser de las criaturas que lo componen. El carnero y el gusano desempeñan en el hombre un papel más o menos importante. Así el gusano desempeña el papel principal en el hombre N° 1; en el hombre N° 2, es el carnero, y en el hombre N° 3, el hombre. Pero estas definiciones no valen sino para los casos individuales. En general, el «hombre» está determinado por el centro de gravedad del piso intermedio.

"El centro de gravedad del piso intermedio del hombre es hidrógeno 96. La inteligencia de hidrógeno 96 determina la inteligencia promedio del «hombre», es decir del cuerpo físico del hombre. El centro de gravedad del cuerpo astral será hidrógeno 48. El centro de gravedad del tercer cuerpo, hidrógeno 24. El centro de gravedad del cuarto cuerpo, hidrógeno 12.

"Si ustedes recuerdan el diagrama de los cuatro cuerpos del hombre, que indicaba los hidrógenos promedios del piso superior, les será más fácil comprender lo que digo ahora."

G. dibujó este diagrama.

48	24	12	6
96	48	24	12
192	96	48	24

Fig.57

"El centro de gravedad del piso superior es un hidrógeno de sólo un grado más alto que el centro de gravedad del piso intermedio. Y el centro de gravedad del piso intermedio es un hidrógeno de sólo un grado más alto que el del piso inferior.

"Pero como ya lo he dicho, para determinar el nivel de ser por medio de la tabla de hidrógenos, generalmente se toma el piso intermedio.

"Partiendo de allí, se pueden resolver problemas tales como éste:

"Supongamos, por ejemplo, que Jesucristo sea un hombre N° 8. ¿Cuántas veces será Jesucristo más inteligente que una mesa?

"Una mesa no tiene pisos. Se sitúa entre hidrógeno 1536 e hidrógeno 3072, según la tercera gradación de la tabla de hidrógenos. El hombre N° 8 es hidrógeno 6. Este hidrógeno es el centro de gravedad del piso intermedio del hombre N° 8. Si podemos calcular cuántas veces más inteligente es hidrógeno 6 que hidrógeno 1536, sabremos cuántas veces más inteligente es un hombre N° 8 que una mesa. Pero con relación a esto, debemos recordar que la «inteligencia» se determina no por la densidad de la materia, sino por la frecuencia o la densidad de vibraciones. La densidad de vibraciones no progresa como en las octavas de hidrógenos al doblar cada vez su número, sino según una progresión totalmente diferente, mucho más rápida que la primera. Si conocen el coeficiente exacto de esta progresión, pueden resolver el problema. Quería solamente mostrar que por raro que esto parezca, puede ser resuelto.

"Con respecto a esto, es esencial determinar los principios de clasificación y de definición de los seres vivientes desde un punto de vista cósmico, desde el punto de vista de su existencia cósmica. Según la ciencia ordinaria, la clasificación se establece conforme a los rasgos exteriores, los huesos, los dientes, o las funciones — los mamíferos, los vertebrados, los roedores, etc. Según la *ciencia exacta*, la clasificación se establece conforme a los rasgos cósmicos. En realidad, hay rasgos determinantes que permiten establecer con la mayor exactitud la clase y la especie a la que pertenece toda criatura viviente, es decir su propio sitio en el universo, así como su relación con otras criaturas.

"Estos rasgos son los rasgos del ser. El nivel cósmico del ser de toda criatura viviente está determinado:

"Ante todo por lo que come,

"En segundo lugar, por lo que respira,

"En tercer lugar, por el ambiente en que vive.

"Estos son los tres rasgos cósmicos de su ser.

"Tomen por ejemplo al hombre. Se alimenta de hidrógeno 768, respira hidrógeno 192, y vive en hidrógeno 192. No hay otros seres como él sobre nuestro planeta,

aunque hay seres que le son superiores. Un animal tal como un perro *puede* alimentarse de hidrógeno 768, pero también puede alimentarse de un hidrógeno muy inferior, no 768 sino muy cerca a 1536, alimento no asimilable para el hombre. Una abeja se alimenta de un hidrógeno muy superior a 768, superior aún a 384, pero vive en su colmena en una atmósfera donde el hombre no podría vivir. Desde un punto de vista exterior, el hombre es un animal, pero de un orden diferente a todos los otros animales.

"Tomemos otro ejemplo —un gusano de harina. Se alimenta de harina, un hidrógeno mucho más grosero que el hidrógeno 768, porque este gusano puede vivir igualmente de harina podrida. Digamos que ésta es también 1536. Este gusano respira hidrógeno 192, y vive en hidrógeno 1536.

"Un pez se alimenta de hidrógeno 1536, vive en hidrógeno 384, y respira hidrógeno 192.

"Un árbol se alimenta de hidrógeno 1536, respira solamente en parte hidrógeno 192, en parte hidrógeno 96, y vive en parte en hidrógeno 192, y en parte en hidrógeno 3072 (el suelo).

"Si proseguimos con estas definiciones, veremos que este plan tan simple a primera vista, permite las más sutiles distinciones entre las clases de seres vivientes, sobre todo si recordamos que los hidrógenos tomados como octavas, tal como lo hemos hecho, son conceptos muy amplios. Por ejemplo, hemos dicho que un Perro, un pez y un gusano de harina se alimentan por igual de hidrógeno 1536, entendiendo por esto sustancias de origen orgánico que no son comestibles para el hombre. Ahora, si nos damos cuenta de que estas sustancias pueden a su vez dividirse en clases definidas, veremos la posibilidad de definiciones muy precisas. Es exactamente lo mismo para el aire y para el ambiente.

"Estos rasgos cósmicos del ser están en relación inmediata con la definición de la inteligencia según la tabla de hidrógenos.

"La inteligencia de una *materia* se determina por la criatura a la cual puede servir de alimento. Por ejemplo, ¿qué es más inteligente desde este punto de vista, una papa cocida, o una papa cruda? Una papa cruda, que puede servir de alimento a los cerdos, no puede alimentar al hombre. Una papa cocida es entonces más inteligente que una papa cruda.

"Si estos principios de clasificación y de definición se entienden adecuadamente, una multitud de cosas se volverán claras y comprensibles. Ningún ser viviente tiene libertad para poder cambiar a voluntad ni su alimento ni el aire que respira, ni el ambiente en que vive. Para cada ser, el orden cósmico determina su alimento, su aire y su ambiente.

"Cuando hablamos de las octavas de nutrición en la fábrica de tres pisos, vimos que todos los hidrógenos sutiles que se requieren para el trabajo, el crecimiento y la

evolución del organismo, se elaboran a partir de tres clases de alimento: el *alimento* en el sentido habitual de la palabra, el comer y el beber; el *aire* que respiramos, y por último, las *impresiones*. Supongamos ahora que pudiéramos mejorar la calidad del alimento y del aire, y alimentarnos digamos de hidrógeno 384 en lugar de 768, y respirar hidrógeno 96 en lugar de 192. ¡Cuánto más simple y fácil sería la elaboración de materias sutiles en el organismo! Así es, pero hay aquí una imposibilidad radical. El organismo está adaptado para transformar precisamente *estas* materias groseras en materias sutiles; si le dieran materias sutiles en lugar de materias groseras, no sería capaz de transformarlas, y moriría rápidamente.

"No se pueden cambiar ni el aire, ni el alimento. Pero las impresiones, o mejor dicho, la calidad de las impresiones posibles para el hombre, no depende de ninguna ley cósmica. El hombre no puede mejorar su alimento, no puede mejorar el aire. *Mejorar* en este caso sería de hecho *empeorar las cosas*. Por ejemplo, hidrógeno 96 en lugar de 192 sería un gas enrarecido o un gas incandescente, irrespirable para el hombre; el *fuego* es un hidrógeno 96. Lo mismo ocurre con el alimento. Hidrógeno 384 es el agua. Si el hombre pudiese mejorar su alimento, es decir volverlo más sutil, debería alimentarse de agua y respirar fuego. Es evidente que esto es imposible. Pero aunque no pueda mejorar ni su alimento ni el aire, el hombre puede mejorar sus impresiones hasta un muy alto grado, e introducir así hidrógenos sutiles en su organismo. Es justamente en esto en lo que se basa la posibilidad de su evolución. El hombre no está en ninguna forma obligado a nutrirse de las sombrías impresiones de hidrógeno 48, puede, tener las impresiones de hidrógeno 24 y 12, de hidrógeno 6 y hasta de hidrógeno 3. Esto cambia todo el cuadro, y un hombre que extrae de los hidrógenos sutiles el alimento del piso superior de su máquina, se diferenciará por cierto de un hombre que se alimenta de hidrógenos groseros o inferiores."

En las siguientes conversaciones, G. continuó todavía con el tema de la clasificación de los seres de acuerdo a sus rasgos cósmicos.

—Hay otro sistema de clasificación que también merece ser comprendido, dijo él. Se trata de una clasificación según una relación totalmente diferente de octavas. La primera, establecida según el alimento, el aire y el medio ambiente, se relacionaba claramente a los «seres vivientes» tal como los conocemos, incluyendo las plantas, es decir a los individuos. La otra, de la que hablaré ahora, nos lleva más allá de los límites de lo que llamamos «seres vivientes». Nos lleva a la vez muy por encima y muy por debajo de los seres vivientes; ya no se trata de individuos, sino de clases, en el sentido más amplio. Antes que nada, esta clasificación enseña que nada procede a saltos en la naturaleza. En la naturaleza, todo está interrelacionado y todo vive. El diagrama de esta clasificación se llama «Diagrama de Todas las Cosas Vivientes».

"Según este diagrama, cada clase de criatura, cada grado de ser, se define a la vez *por lo que le sirve de alimento y por aquello a lo cual él sirve de alimento*. En efecto,

en el orden cósmico, cada clase de criatura se alimenta de una clase determinada de criaturas inferiores, y ella misma sirve de alimento a una clase determinada de criaturas superiores."

G. trazó un diagrama en forma de escalera compuesta de once cuadrados; y en cada cuadrado, con excepción de los dos superiores, trazó tres círculos con números.

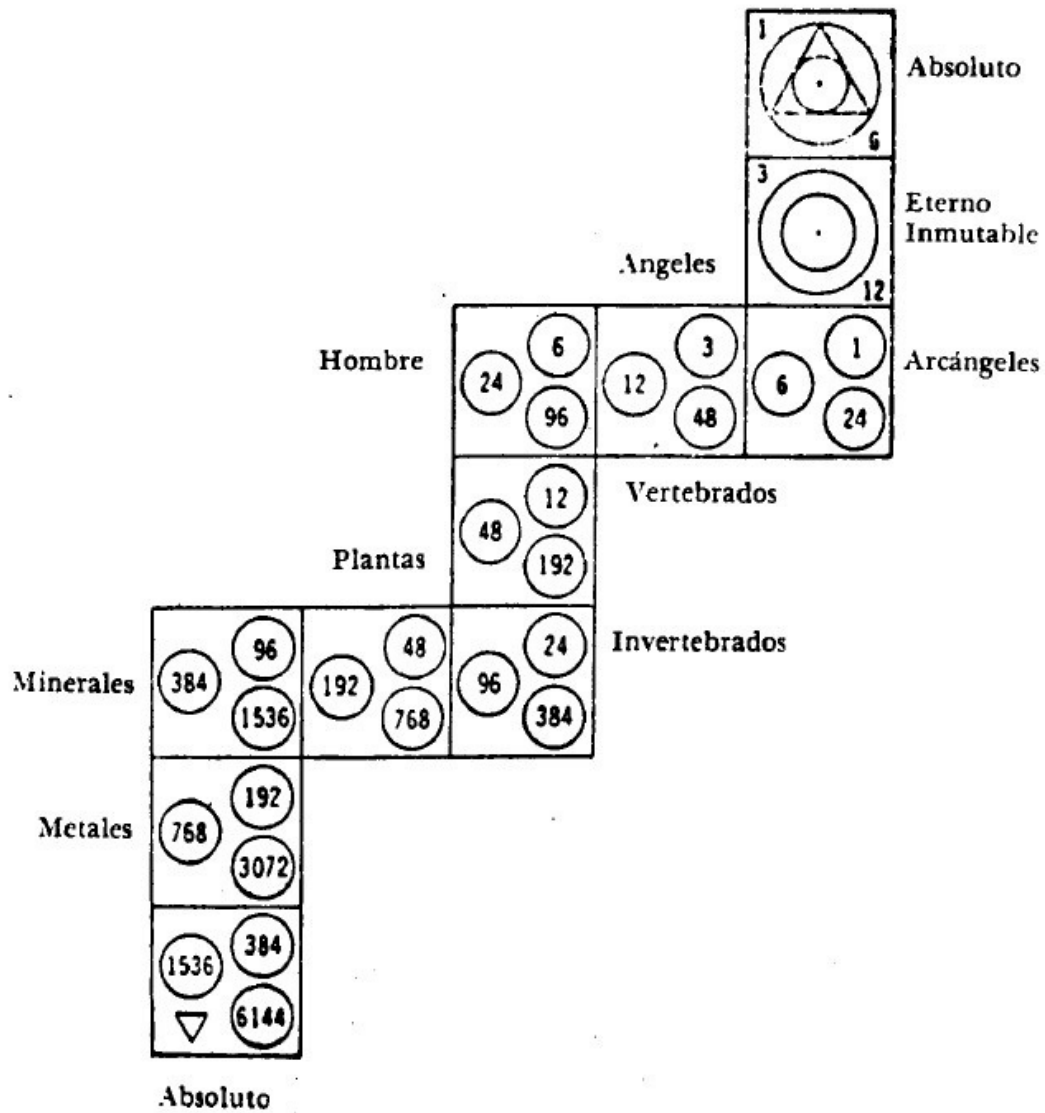


FIG. 58

—Cada cuadrado representa un grado de ser, dijo. El hidrógeno del círculo inferior muestra de qué se alimentan las criaturas de esta clase. El hidrógeno del círculo superior designa la clase que se alimenta de estas criaturas. Y el hidrógeno del círculo intermedio es el hidrógeno promedio de esta clase, que determina lo que son estas criaturas.

"El sitio del hombre es el séptimo cuadrado partiendo de abajo, o el quinto



partiendo de arriba. Según este diagrama, el hombre es hidrógeno 24, se alimenta de hidrógeno 96, y él mismo sirve de alimento a hidrógeno 6. El cuadrado debajo de él será el de los vertebrados, el siguiente el de los invertebrados. La clase de los invertebrados es hidrógeno 96. Por consiguiente el hombre se alimenta de invertebrados.

"Por el momento, no busquen contradicciones, sino traten de comprender lo que podría significar. Tampoco comparen este diagrama con los otros. Según el diagrama de nutrición, el hombre se alimenta de hidrógeno 768; según este diagrama, de hidrógeno 96. ¿Por qué? ¿Qué significa esto? Ambos son igualmente justos. Más tarde, cuando hayan comprendido, podrán hacer la síntesis.

"El cuadrado debajo del anterior representa las «plantas»; el siguiente los «minerales», el siguiente los «metales», que constituyen un grupo cósmico distinto entre los minerales. Y el último cuadrado no tiene nombre en nuestro idioma, porque en la superficie de la tierra nunca encontramos materia en este estado. Este cuadrado entra en contacto con el Absoluto. Recordarán lo que hemos dicho a propósito del Dios Fuerte. Éste es el Dios Fuerte."

En la parte inferior de este cuadrado, trazó un pequeño triángulo invertido con la punta hacia abajo.

—Tomemos ahora el cuadrado que se encuentra a la derecha del hombre: el cuadrado «3, 12, 48». Se trata de una clase de criaturas que no conocemos. Llamémoslas «ángeles». El siguiente cuadrado «1, 6, 24» representa seres que llamaremos «arcángeles»."

En el siguiente cuadrado, colocó las cifras 3 y 12, después dos círculos concéntricos donde marcó el centro común, y lo llamó "Eterno Inmutable". En el último cuadrado, colocó las cifras 1 y 6, dibujó un círculo en el medio, en este círculo un triángulo conteniendo otro círculo cuyo centro marcó igualmente y lo llamó "Absoluto".

—Este diagrama no les será comprensible de inmediato, concluyó, pero aprenderán a descifrarlo poco a poco. Pero tendrán que estudiarlo durante largo tiempo, tomándolo por separado de todo el resto."

Esto fue, de hecho, todo lo que G. nos dijo sobre este extraño diagrama, que parecía contradecir muchas ideas que nos había dado anteriormente.

En nuestras conversaciones sobre el diagrama, pronto convinimos en considerar a los "ángeles" como planetas, y a los "arcángeles" como soles. Muchos otros puntos se aclararon así. Pero lo que nos preocupaba bastante, era la aparición de hidrógeno 6144, que no figuraba en la otra gradación de hidrógenos, en esa tercera gradación que terminaba en hidrógeno 3072. Y sin embargo, G. subrayaba que la enumeración de los hidrógenos había sido hecha conforme a la tercera gradación.

Mucho tiempo después le pregunté lo que eso significaba.

—Es un hidrógeno incompleto, me respondió; un hidrógeno sin el Espíritu Santo. También pertenece a la misma gradación, es decir a la tercera, pero queda sin realizarse.

"Cada hidrógeno completo se compone de carbono, de oxígeno y de nitrógeno. Tome ahora el último hidrógeno de la tercera gradación, hidrógeno 3072; este hidrógeno está compuesto de carbono 512, de oxígeno 1536 y de nitrógeno 1024.

"Más lejos aún, el nitrógeno se convierte en el carbono de la siguiente tríada, pero no hay para él ni oxígeno ni nitrógeno. Entonces, por condensación, él mismo se vuelve hidrógeno 6144. *Pero es un hidrógeno muerto*, sin ninguna posibilidad de transformarse en otra cosa, es un hidrógeno sin el Espíritu Santo."

Esta fue la última visita de G. a San Petersburgo. Traté de hablarle de los acontecimientos inminentes. Pero no me dijo nada preciso, y me quedé sin saber qué hacer.

A raíz de su partida se produjo un acontecimiento excepcional. Todos lo habíamos acompañado a la estación de Nicolaesvsky. G. estaba con nosotros en el andén cerca del vagón, y hablábamos. Era el hombre que siempre habíamos conocido. Después del segundo toque de campana, subió a su compartimiento y se asomó a la ventana.

¡Otro hombre, éste era otro hombre! Ya no era el que habíamos acompañado al tren. En el espacio de algunos segundos, había cambiado. Pero ¿cómo describir en qué consistía la diferencia? Sobre el andén, era como todo el mundo, pero desde la ventana del vagón nos miraba un hombre totalmente de otro orden. Cada mirada, cada movimiento de este hombre estaban impresos de una importancia excepcional y de una dignidad increíble, como si súbitamente se hubiera convertido en un príncipe reinante o en el soberano de algún reino desconocido, que volvía a sus dominios, y a quien habíamos venido a saludar antes de su partida.

Algunos de los nuestros no se dieron cuenta claramente en el mismo momento de lo que pasaba, pero todos vivimos emocionalmente algo que trascendía el curso ordinario de la vida. Esto no duró sino algunos segundos. El tercer toque de campana siguió casi inmediatamente al segundo y el tren se puso en movimiento. Cuando nos quedamos solos, no recuerdo quién habló primero de esta "transfiguración" de G., pero resultó que cada uno de nosotros lo había notado, aunque no todos nos dimos cuenta en el mismo grado de su carácter extraordinario. Pero todos, sin excepción, habíamos sentido algo que rayaba en lo milagroso.

G. nos había explicado anteriormente que, si se dominaba el arte de la plástica, se podía cambiar completamente la propia apariencia. Él había hablado de la posibilidad de dar belleza o fealdad a los rasgos, de forzar a la gente a que reparen en uno, o aun de la posibilidad de volverse *realmente invisible*.

¿Qué había pasado entonces? Tal vez era un caso ejemplar de esta "plástica".

Pero aquí no termina la historia. Al mismo vagón que G., había subido A., un conocido periodista que partía ese día de San Petersburgo en un viaje de encuesta (esto era justamente antes de la revolución). Tenía su asiento en el mismo compartimiento. Hicimos adiós a G. cerca de uno de los extremos del vagón, mientras que cerca del otro un grupo se despedía de A.

Yo no conocía a A. personalmente, pero entre los que lo despedían se encontraban algunos de mis amigos; dos o tres de ellos que habían venido a nuestras reuniones, se pasaban de un grupo al otro.

Algunos días después, el diario del cual A. era corresponsal publicó un artículo llamado "En camino", en el cual relataba sus pensamientos y sus impresiones de viaje. En su compartimiento se encontraba un extraño oriental que lo había impresionado por su extraordinaria dignidad, que resaltaba claramente entre la masa de especuladores bulliciosos que llenaban el vagón; los miraba exactamente como si estas personas no fueran para él sino pequeñas moscas. A. suponía que debía ser un "rey del petróleo" de Baku, y en el curso de la conversación que tuvo luego con él, algunas frases enigmáticas reforzaron aún más su convicción de que se trataba de un hombre cuyos millones se amontonaban durante su sueño, y que miraba desde muy alto a las personas afanadas por ganarse la vida, o por hacer dinero.

*"Mi compañero de viaje, escribió A., se mantenía apartado, silencioso. Era un persa o un tártaro, que llevaba en la cabeza un gorro de astrakán de cierto valor. Tenía bajo el brazo una novela francesa. Bebía té, enfriando cuidadosamente su vaso sobre la mesita delante de la ventana. A veces, con el mayor desprecio, dejaba caer su mirada sobre sus vecinos ruidosos y gesticulantes. Éstos lo miraban con gran atención, y hasta con respeto mezclado de temor. Lo que más me interesó es que parecía ser del mismo tipo oriental del Sur que el resto de los viajeros, un grupo de buitres que habían emprendido vuelo para ir a despedazar su carroña. Tenía la tez curtida, los ojos de un negro azabache, y un bigote como el de Zelim Khan.. . ¿Por qué entonces evita él y desprecia así su propia carne y su propia sangre? Pero tuve la suerte de que me comenzara a hablar.*

*—Se preocupan mucho, —dijo.*

*En su rostro aceitunado, imperturbable, sus ojos negros impresos de una cortesía totalmente oriental, sonreían ligeramente.*

*Guardó silencio un instante y luego continuó:*

*—Sí, hay en Rusia hoy una cantidad de negocios de los cuales un hombre inteligente podría sacar mucho dinero.*

*Y después de un nuevo momento de silencio, explicó:*

*—Después de todo, es la guerra. Todos quisieran volverse millonarios. En su tono, tranquilo y frío, me parecía sorprender cierta jactancia fatalista y bárbara que*

se aproximaba al cinismo, y le pregunté bruscamente:

—¿Y usted?

—¿Qué? —respondió.

—¿No desea usted también volverse millonario? Respondió con un gesto vago y algo irónico. Me pareció que no había oído o que no había comprendido, y le repetí:

—¿No está usted también ansioso de sacar provecho? Sonrió de una manera particularmente tranquila, y respondió con gravedad:

—Sacamos provecho de todo. Nada lo puede impedir. Guerra o no guerra, es siempre lo mismo para nosotros. Sacamos provecho siempre.

—Pero entonces, ¿en qué trafica usted?

—En energía solar..."

Naturalmente G. se refería al trabajo esotérico, a la "adquisición" del conocimiento, y a la formación de grupos. Pero A. entendió que hablaba de "petróleo". Y concluyó así el pasaje dedicado en su artículo al "rey del petróleo":

*"Me hubiera interesado prolongar la conversación y conocer más la psicología de un hombre cuyo capital depende enteramente del orden del sistema solar — aparentemente imposible de ser trastornado— y cuyos intereses, por esta razón, parecen estar muy por encima de la guerra y de la paz..."*

—Un detalle en particular nos sorprendió: la "novela francesa" de G. o bien lo había inventado A., o G. le había hecho "ver", o suponer, que el pequeño volumen amarillo que llevaba en la mano y que tal vez ni siquiera era amarillo, era una novela francesa. Pues G. no leía francés.

\* \* \*

De vuelta a Moscú, durante el lapso que precedió la revolución, sólo una o dos veces recibimos noticias de G.

En cuanto a mis, todos mis planes se habían trastornado. No había logrado publicar mis libros. No había preparado nada para las ediciones extranjeras, aunque me había dado cuenta, desde el comienzo de la guerra, que en lo sucesivo debería continuar mi trabajo de escritor en el extranjero. Durante estos dos últimos años había consagrado todo mi tiempo a la obra de G., a sus grupos, a las conversaciones relativas al trabajo, a viajar fuera de San Petersburgo, y había descuidado completamente mis propios asuntos.

La atmósfera era cada vez más sombría. Se sentía en el aire una amenaza inminente. Sólo aquéllos de quienes parecía depender el curso de los acontecimientos, no veían ni sentían nada. Los títeres son igualmente insensibles a los peligros que los amenazan; tampoco comprenden que el mismo hilo que hace salir

al bandido, cuchillo en mano, de detrás del matorral, los hace volver la espalda y mirar a la luna. Escenas análogas se representaban en el teatro de los acontecimientos.

Finalmente la tormenta estalló. Fue la "gran revolución sin sangre" —entre todas las mentiras, la más absurda y la más clamorosa. Pero la cosa más extraordinaria fue la fe que esta mentira suscitó en la gente que se encontraba allí, en medio de todos esos asesinatos.

Recuerdo que hablábamos en ese momento del "poder de las teorías". Los que habían puesto todas sus esperanzas en la revolución, que habían esperado alguna especie de liberación, ya no querían o ya no podían ver *los hechos*: sólo veían lo que debería haber pasado según su opinión.

Cuando leí en una pequeña hoja impresa solamente por un lado, la noticia de la abdicación de Nicolás II, sentí que allí se encontraba el centro de gravedad de todo.

"Ilovaisky puede salir de su tumba y escribir en la última página de su libro: «Marzo 1917, fin de la Historia de Rusia»", me dije.

Yo no alimentaba ningún afecto particular por la dinastía, simplemente no quería engañarme como tantos otros.

Siempre había sentido interés por la persona del emperador Nicolás II; me parecía un hombre notable en muchos aspectos, pero incomprendido incluso por él mismo. Yo estaba en lo cierto, como lo probó el final de su diario publicado por los bolcheviques y que data de la época en la cual, traicionado y abandonado por todos, mostró una fuerza y hasta una grandeza de alma maravillosas.

Sin embargo, no se trataba de la persona del emperador, sino del principio de la *unidad de poder*, y de la responsabilidad de todos respecto al poder que él representaba. Ahora bien, este principio había sido desechado por una parte considerable de la "*inteligentzia*" rusa. En cuanto a la palabra "zar", había perdido desde mucho tiempo atrás todo sentido para la gente. Pero tenía todavía una gran significación para el ejército y para la máquina burocrática, que, aunque muy imperfecta, no obstante trabajaba y mantenía todo. El "zar" era la parte central, absolutamente indispensable, de esta máquina. La abdicación del "zar" en tal momento debía acarrear entonces el hundimiento de toda la máquina. *No teníamos otra cosa*. La famosa "ayuda pública mutua" cuya creación había necesitado tantos sacrificios, naturalmente reveló ser un "bluff". No se podía ni siquiera pensar en "improvisar" cualquier cosa. Los acontecimientos se sucedían demasiado rápidamente. En pocos días el ejército se desmembró. La guerra, en realidad, ya había terminado. Pero el nuevo gobierno se negaba a reconocerlo. Recurrió a una nueva mentira. ¡Y lo más sorprendente era que la gente todavía encontraba motivos para alegrarse! No estoy hablando de los soldados que se habían escapado de los cuarteles o de los trenes que los llevaban al matadero, sino de nuestra "*inteligentzia*". Ésta, que

era "patriota", súbitamente se reveló "revolucionaria" y "socialista". Hasta el *Novoe Vremya* se convirtió en periódico socialista. Y el célebre Menshikov escribió un artículo "Sobre la libertad". Pero él mismo evidentemente no pudo tragárselo y abandonó la partida.

Alrededor de una semana después de la revolución, reuní a los principales miembros de nuestro grupo en casa del doctor Sh., a fin de exponerles mis ideas sobre la situación. Dije que en mi opinión, no tenía el menor sentido querer quedarse en Rusia, y que deberíamos partir al extranjero; que según toda probabilidad, sólo podría haber un breve período de calma relativa antes del hundimiento final; que no podríamos ser de ninguna utilidad y que nuestro propio trabajo se volvería imposible.

No puedo decir que mi idea fue acogida con entusiasmo. La mayoría de los miembros de nuestros grupos no advertía la gravedad de la situación y todavía aceptaba la idea de que todo podía volver a ser tranquilo y normal. Otros seguían presos de la ilusión habitual de que todo sucede para nuestro bien.

Para ellos, mis palabras eran exageradas; en todo caso no veían razón alguna para apresurarse. Para otros lo más fastidioso era que desde hacía tiempo, no habíamos recibido ninguna noticia de G. y que ya no sabíamos dónde estaba. Después de la revolución, una carta suya nos hizo pensar que ya no estaba en Moscú, pero nadie sabía adonde se había ido. Finalmente, decidimos esperar.

En ese entonces había dos grupos principales, que sumaban en total cuarenta personas; además, grupos secundarios se reunían a intervalos irregulares.

Poco después de nuestra reunión en la casa del doctor Sh., recibí una postal de G. escrita un mes antes en el tren que lo llevaba de Moscú al Cáucaso. Debido a los desórdenes, se había demorado en el correo hasta ese día. Esta carta confirmaba que G. había salido de Moscú antes de la revolución, y que todavía no sabía nada de los acontecimientos cuando la había escrito. Decía que estaba en camino a Alexandropol, me pedía continuar el trabajo de los grupos hasta su regreso, y prometía estar entre nosotros para la Pascua.

Esto me planteaba un problema muy difícil. Me parecía estúpido e insensato permanecer en Rusia. Sin embargo, no quería partir sin el consentimiento de G., o para ser más sincero, no quería partir sin él. Ahora bien, él había ido al Cáucaso, y su postal escrita en febrero, es decir antes de la revolución, podía no tener relación alguna con la situación actual. Al fin, decidí seguir esperando, aunque me daba cuenta de que lo que era posible hoy corría el riesgo de no serlo mañana.

¡Pascua! Ninguna noticia de G. Una semana más tarde, un telegrama que decía que llegaría en mayo. Llegó a su fin el primer "gobierno provisional". Ya era más difícil salir al extranjero. Nuestros grupos seguían reuniéndose, en espera de G. A menudo volvíamos en nuestras conversaciones a los "diagramas", sobre todo cuando teníamos que hablar con personas nuevas. Siempre me parecía que en ellos había una

cantidad de cosas que G. no nos había dicho, y que todo su sentido se nos revelaría si los estudiásemos más.

Un día me puse a mirar ciertas notas sobre los cosmos, tomadas el año anterior. Como ya lo he dicho, los cosmos me interesaban particularmente porque coincidían con el "período de dimensiones" de mi *Nuevo Modelo del Universo*. He mencionado también las dificultades que habíamos encontrado en la comprensión del "Microcosmos" y del "Tritocosmos". Habíamos decidido entonces tomar al hombre como el "Microcosmos" y a la *vida orgánica sobre la tierra* como el "Tritocosmos". En nuestra última conversación G. lo había aprobado silenciosamente. Pero sus palabras sobre las diferencias de tiempos en los diferentes cosmos continuaban intrigándome mucho. Trataba de recordar lo que P. me había dicho sobre nuestro "sueño y vigilia" y sobre la "respiración de la vida orgánica". Durante mucho tiempo esto fue en vano. Luego recordé las palabras de G.:

"El tiempo es respiración".

—¿Qué es la respiración? me pregunté.

"Tres segundos: normalmente, el hombre respira (espira e inspira) una veintena de veces por minuto. Una sola respiración dura más o menos tres segundos.

"¿Por qué «sueño y vigilia» es la «respiración de la vida orgánica»? ¿Qué cosa es «sueño y vigilia»?

"Para el hombre y todos los organismos que le son conmensurables, que viven en condiciones análogas a las suyas, aun para las plantas, es *veinticuatro horas*. Por otro lado, el sueño y la vigilia *son respiración*: las plantas, por ejemplo, cuando duermen en la noche, espiran, y en el día, cuando se despiertan, inspiran. De la misma manera, para todos los mamíferos como para el hombre hay una diferencia en la absorción del oxígeno y el desecho de gas carbónico entre el día y la noche, entre el sueño y la vigilia."

Razonando en esta forma, establecí los períodos de respiración, o de sueño y vigilia, de esta manera:

Microcosmos	Respiración Sueño y vigilia	3 segundos 24 horas
Tritocosmos	Respiración Sueño y vigilia	24 horas ?

TABLA 5

Hice una simple regla de tres. Al dividir 24 horas por tres segundos, obtuve 28.800. Al dividir 28.800 (los días y las noches) por 365, obtuve, salvo una pequeña

fracción, 79 años. Esto me interesó. Setenta y nueve años. me dije, constituyen el sueño y la vigilia de la "vida orgánica". Ese número no correspondía a nada de lo que yo podía pensar sobre la vida orgánica, pero representaba la vida del hombre.

Al tratar de seguir el paralelismo, dispuse las tablas de la manera siguiente:

Microcosmos Hombre	Tritocosmos Vida orgánica	Mesocosmos Tierra
Respiración: 3 segundos	Respiración: 24 horas	Respiración: 79 años
Día y noche: 24 horas Vida: 79 años	Día y noche: 79 años	

TABLA 6

Una vez más 79 años no querían decir nada en la vida de la tierra. Multipliqué 79 años por 28.800 y obtuve un poco menos de dos millones y medio de años. Al multiplicar 2.500.000 por 30.000 para abreviar, obtuve un número de once cifras, 75.000.000.000 de años. Este número debía significar la duración de la vida de la tierra. Hasta allí, todos estos números parecían lógicamente plausibles: dos millones y medio de años para la vida orgánica y 75 mil millones para la tierra.

—Pero hay cosmos inferiores al hombre, me dije. Tratemos de ver la relación que tienen con este cuadro."

Decidí tomar sobre este diagrama dos cosmos *a la izquierda* del Microcosmos, tomándolos primero como células microscópicas relativamente grandes, luego como las células más pequeñas posibles, casi invisibles.

Tal división de células en dos categorías no ha sido aceptada hasta ahora por la ciencia. Pero si pensamos en las dimensiones en el interior del "micro-mundo", es imposible no admitir que este mundo está constituido por dos mundos tan distintos uno de otro como lo son el mundo de los hombres y el mundo de los micro-organismos y de las células relativamente grandes. Obtuve entonces el siguiente cuadro:

	<i>Pequeñas células</i>	<i>Células grandes</i>	<i>Microcosmos hombre</i>	<i>Vida orgánica</i>	<i>Tierra</i>
Respiración	-	-	3 segundos	24 horas	79 años
Día y noche	-	3 segundos	24 horas	79 años	75 millares de millones de años
Vida .....	3 segundos	24 horas	79 años	2.500.000 años	



TABLA 7

Esto tomaba forma de una manera muy interesante. Veinticuatro horas daban la duración de la existencia de la vida de la célula. Y aunque la duración de la existencia de la vida de las células individuales de ninguna manera se puede considerar como establecida, numerosos investigadores han llegado a la conclusión de que una célula especializada como las del organismo humano, parece tener una duración *precisamente de 24 horas*. El periodo "día y noche" de la gran célula es de 3 segundos. Esto no me sugería nada. Pero los tres segundos de vida de la pequeña célula eran muy elocuentes para mí; me mostraban ante todo por qué es tan difícil ver estas células, aunque sus dimensiones deberían permitir el verlas con un buen microscopio.

Traté luego de ver lo que se obtendría si la "respiración", es decir 3 segundos, se dividiese por 30.000. Se obtenía *la diez-milésima parte de un segundo*, o sea la duración de una chispa eléctrica, o la de *la más breve impresión visual*. Para calcular más fácilmente, y para mayor claridad, tomé 30.000 en vez de 28.800. De esta manera cuatro períodos se encontraban ligados o separados uno de otro por un solo y mismo coeficiente de 30.000 —la más breve impresión visual, la respiración o el período de aspiración y de espiración, el período de sueño y de vigilia, y la duración media máxima de la vida. Al mismo tiempo, a cada uno de estos períodos le correspondían dos más, uno mucho menor en un cosmos superior, otro mucho mayor en un cosmos interior. Sin sacar todavía conclusiones, traté de hacer un cuadro más completo, es decir de introducir en él todos los cosmos y de agregarle dos de los cosmos inferiores, el primero que llamé la "molécula" y el segundo el "electrón". Y, siempre para mayor claridad al multiplicar por 30.000, tomé cifras redondas y solamente dos coeficientes: 3 y 9, que me dio 3.000.000 en lugar de 2.500.000, 90.000.000.000 en lugar de 75.000.000.000 y 80 en lugar de 79, y así sucesivamente.

Obtuve la siguiente tabla (ver tabla 8):

	Electrón	Molécula	Célula Pequeña	Célula Grande	Micro Cosmos	Tri Cosmos	Meso Cosmos	Deutero Cosmos	Macro Cosmos	Ayo Cosmos	Proto Cosmos
Impresión					1/10.000 segundos	3 segundos	24 horas	80 años	3 millones años	9.10 <sup>10</sup> años (11 cifras)	3.10 <sup>15</sup> años (16 cifras)
Respiración				1/10.000 segundos	3 segundos	24 horas	80 años	3 millones años	9.10 <sup>10</sup> años (11 cifras)	3.10 <sup>15</sup> años (16 cifras)	9.10 <sup>19</sup> años (20 cifras)
Día y noche			1/10.000 segundos	3 segundos	24 horas	80 años	3 millones años	9.10 <sup>10</sup> años (11 cifras)	3.10 <sup>15</sup> años (16 cifras)	9.10 <sup>19</sup> años (20 cifras)	3.10 <sup>24</sup> años (25 cifras)
Vida	1/300.000 segundos	1/10.000 segundos		24 horas	80 años	3 millones años	9.10 <sup>10</sup> años (11 cifras)	3.10 <sup>15</sup> años (16 cifras)	9.10 <sup>19</sup> años (20 cifras)	3.10 <sup>24</sup> años (25 cifras)	3.10 <sup>29</sup> años (29 cifras)

TABLA 8

De inmediato esta tabla hizo surgir en mí una cantidad de pensamientos. Habría

sido incapaz de decir si era correcta, o si definía exactamente la relación de un cosmos a otro. El coeficiente 30.000 parecía demasiado elevado. Pero me acordaba que la relación de un cosmos a otro expresa una relación "de cero a infinito". Y en presencia de tal relación ningún coeficiente podía ser demasiado grande. La relación de "cero a infinito" era la relación entre magnitudes de diferentes dimensiones.

G. decía que cada cosmos es tridimensional para sí mismo. Por consiguiente, el cosmos que le es superior es de cuatro dimensiones, y el que le es inferior es de dos dimensiones. El siguiente cosmos superior es de cinco dimensiones, como el siguiente cosmos inferior es de una dimensión. Cada cosmos, con relación a otro, es de una magnitud que comprende un número de dimensiones superior e inferior. Pero no podía haber más de seis dimensiones, o siete con el cero; pero con esta tabla se obtenían once cosmos. A primera vista esto parecía extraño, pero solamente a primera vista, porque cuando se tomaba en consideración la duración de la existencia de un cosmos cualquiera en relación a la de los cosmos mas elevados, los cosmos inferiores desaparecían mucho antes de haber alcanzado la séptima dimensión.

Tomemos por ejemplo al *hombre* en su relación al *sol*. Si se toma al hombre como el primer cosmos, se encuentra que el sol es para él el cuarto cosmos; pero para el sol, una larga vida humana de 80 años sólo tiene la duración de una chispa eléctrica, la más breve impresión visual.

Traté de recordar todo lo que G. había dicho sobre los cosmos.

"Cada cosmos es un ser animado e inteligente, que nace, vive y muere. Un solo cosmos no puede contener todas las leyes del universo, pero *tres cosmos* tomados en conjunto las abarcan; o bien diremos que dos cosmos, uno superior, el otro inferior, determinarán el cosmos intermedio." "El hombre que en su conciencia pasa al nivel de un cosmos superior, por ese mismo hecho pasa al nivel de un cosmos inferior."

Sentía que en cada una de estas palabras se encontraba el hilo de una comprensión de la estructura del mundo. Pero había demasiados hilos y no sabía por dónde comenzar.

¿Cómo aparece el movimiento de un cosmos en función de otro? ¿Cuándo y cómo desaparece? ¿Cuáles son las relaciones de las cifras que yo había encontrado con las cifras más o menos establecidas de los movimientos cósmicos, como la velocidad de desplazamiento de los cuerpos celestes, la velocidad de desplazamiento de los electrones de un átomo, la velocidad de la luz, etc.?

Cuando llegué a comparar los movimientos de los diferentes cosmos, obtuve algunas correlaciones sorprendentes. Al tomar la tierra, por ejemplo, vi que el periodo de rotación sobre su eje equivaldría para ella a un diez-milésimo de segundo, o sea la duración de una chispa eléctrica. Es poco probable que a esta velocidad la tierra pueda notar su rotación sobre su eje. Me imaginaba al hombre gravitando a esta misma velocidad alrededor del sol, y calculaba que su rotación duraría para él la

vigésima-quinta parte de un segundo, o sea la velocidad de una fotografía instantánea. Dada la enorme distancia que la tierra debía recorrer durante este tiempo, se imponía entonces la deducción de que la tierra no puede ser consciente de sí misma tal como la conocemos, es decir bajo forma de esfera, sino que debe tener conciencia de sí misma como un *anillo* o una *larga espiral* de anillos. Esta última idea era la más verosímil si se define el *presente* como el tiempo de la respiración. Ésta fue la primera idea que me vino a la mente, un año antes, después de la conferencia sobre los cosmos, cuando G. introdujo la idea de que el tiempo es *respiración*. Pensaba entonces que la respiración era tal vez la unidad de tiempo, es decir que para la sensación directa, el tiempo de la respiración era sentido como el *presente*. Partiendo de allí, y suponiendo que la sensación de sí, es decir de su cuerpo, estaba ligada a la sensación del presente, llegué a la conclusión de que la tierra, cuyo tiempo de respiración es de 80 años, tendría una sensación de sí equivalente a 80 anillos de una espiral. Había obtenido una confirmación inesperada de todas las deducciones de mi *Nuevo Modelo del Universo*.

Pasando a los cosmos inferiores, situados en mi cuadro *a la izquierda* del hombre, encontré en el primero de ellos la explicación de lo que siempre, me había parecido tan inexplicable, tan enigmático en el trabajo de nuestro organismo, o sea la asombrosa velocidad de numerosos procesos interiores, casi instantáneos. Siempre me había parecido que había una especie de charlatanería de parte de los fisiólogos al no atribuir importancia a este hecho. No cabe duda de que la ciencia explica sólo lo que puede explicar. Pero en este caso, según mi parecer ella no debería esconder el hecho y tratarlo como si no existiera; al contrario, debería llamar la atención hacia él, y mencionarlo en cada ocasión. Un hombre que no se interesa en cuestiones de fisiología puede no asombrarse del hecho de que una taza de café, un vaso de cognac, el humo de un cigarrillo sean inmediatamente experimentados en el cuerpo entero, cambiando todas las correlaciones interiores de las fuerzas, la forma y el carácter de las reacciones; pero para un fisiólogo, debería ser claro que en ese lapso imperceptible de tiempo, más o menos igual a una respiración, se ha llevado a cabo una larga serie de procesos complicados, químicos y otros. La substancia que ha penetrado en el organismo ha tenido que ser cuidadosamente analizada; las más pequeñas peculiaridades han sido notadas; durante el proceso de análisis, esta substancia atraviesa numerosos laboratorios; ha sido disuelta en sus partes constitutivas y mezclada con otras substancias; luego esta mezcla ha sido incorporada al alimento que nutre los diversos centros nerviosos. Y todo esto debe tomar mucho tiempo. Pero lo que hace la cosa absolutamente fantástica y milagrosa, es la brevedad en segundos de nuestro tiempo, durante los cuales estos procesos se llevan a cabo. Pero el lado fantástico desaparece cuando nos damos cuenta de que para las grandes células que evidentemente dirigen la vida del organismo, una sola de nuestras

respiraciones prosigue durante *veinticuatro horas*. Ahora bien, en veinticuatro horas, y hasta en dos o tres veces menos tiempo, es decir en ocho horas (lo que equivale a un segundo), todos los procesos que han sido indicados pueden ser efectuados con cuidado, exactamente como lo serían en una gran fábrica química bien organizada y que posee numerosos laboratorios.

Al pasar al cosmos de las pequeñas células, que está en el límite o más allá del límite de la visión microscópica, vi la explicación de lo inexplicable. Por ejemplo, casos de infección casi instantánea en enfermedades epidémicas, sobre todo aquellas en las cuales no se puede encontrar la causa de la infección. Si tres segundos es el límite de vida de una pequeña célula de esta clase, y éstas son tomadas como equivalentes a la larga vida de un hombre, se puede concebir entonces la velocidad a la que estas células se pueden multiplicar, puesto que para ellas ¡quince segundos corresponden a cuatro siglos!

Luego, al pasar al mundo de las moléculas, me encontré frente al hecho de que la brevedad de la existencia de una molécula es una idea casi inesperada. Generalmente se supone que una molécula, aunque de estructura muy complicada, existe *como interior viviente* de los elementos de los cuales está constituida la materia, mientras exista la materia. Nos vemos obligados a abandonar esta agradable y apaciguadora idea. La molécula, que está *viva en el interior*, no puede estar *muerta en el exterior*, y como toda cosa viviente, debe entonces nacer, vivir y morir. La duración de su vida, igual a la de una chispa eléctrica o a la diez-milésima parte de un segundo, es demasiado breve para actuar directamente sobre nuestra imaginación. Nos es necesaria una analogía, alguna comparación, para comprender lo que esto significa. El hecho de que las células de nuestro organismo mueren y son reemplazadas por otras, nos ayudará en esto. La materia inerte —el hierro, el cobre, el granito— tiene que ser renovada desde adentro más rápidamente que nuestro organismo. En realidad, ella cambia bajo nuestros ojos.

Miren una piedra, luego cierren los ojos; cuando vuelvan a abrirlos, ya no será la misma piedra; ni una sola de sus moléculas subsistirá. En efecto, aún al verlas no se trataba siquiera de esas mismas moléculas, sino solamente de sus huellas. Una vez más, esto me traía al *Nuevo Modelo del Universo*. Y eso explicaba también "por qué no podemos ver las moléculas", tema que traté en el capítulo II de aquella obra.

Además, veía en el último cosmos, es decir en el mundo del electrón, un mundo de seis dimensiones. Surgió para mí el problema de elaborar mejor la relación de las dimensiones. Tomar el electrón como cuerpo tridimensional era muy poco satisfactorio. Primeramente, la duración de su existencia es del orden de un trescientos millonésimo de segundo. Está mucho más allá de los límites de nuestra imaginación. Se considera que la velocidad de revolución del electrón en el interior del átomo se expresa por medio de un número inverso de quince cifras (uno dividido

por un número de quince cifras). Y puesto que la vida entera de un electrón, calculada en segundos, es igual a uno dividido por un número de nueve cifras, se desprende que durante la duración de su vida un electrón realiza un número de revoluciones alrededor de su "sol" igual a un número de seis cifras, o si se toma en cuenta el coeficiente, a un número de siete cifras.

Si examinamos la tierra en su movimiento de revolución alrededor del sol, según mi tabla ella realiza en el curso de su vida un número de revoluciones alrededor del sol igual a un número de once cifras. Parece que hay una enorme diferencia entre un número de siete cifras y un número de once, pero si comparamos el electrón ya no con la tierra sino con Neptuno, entonces la diferencia será mucho menor, sólo será la diferencia entre un número de siete cifras y uno de nueve —una diferencia de dos en vez de cuatro. Y por otra parte, la velocidad de revolución de un electrón en el interior del átomo es una cantidad muy aproximada. Hay que recordar que la diferencia en los períodos de revolución de los planetas alrededor del sol se expresa por un número de tres cifras, puesto que Mercurio gira 460 veces, más rápido que Neptuno.

Podemos discernir la relación entre la vida de un electrón y nuestra percepción de la siguiente manera. Nuestra más rápida percepción visual es igual a  $1/10.000$  de segundo. La existencia de un electrón equivale a  $1/30.000$  de  $1/10.000$  de segundo, o sea un  $1/300.000.000$  de segundo, y durante este tiempo realiza siete millones de revoluciones alrededor del protón. En consecuencia, si tuviéramos que ver un electrón como un relámpago de  $1/10.000$  de segundo, no veríamos el electrón en el sentido estricto de la palabra, sino la *huella* del electrón, la cual consiste en siete millones de revoluciones multiplicadas por 30.000, es decir una espiral, cuyo número de anillos sería de doce cifras, o en el lenguaje del *Nuevo Modelo del Universo*, treinta mil recurrencias del electrón en la eternidad.

Según la tabla que yo había obtenido, el tiempo iba indudablemente más allá de cuatro dimensiones. Y me preguntaba si no sería posible aplicar a esta tabla la fórmula de Minkovski,  $\sqrt{-1}ct$  considerando al tiempo como la cuarta coordenada del "mundo". A mi parecer, el "mundo" de Minkovski correspondía precisamente a cada cosmos aislado. Decidí comenzar por el "mundo de los electrones" y tomar como  $t$  la duración de la existencia de un electrón.

Esto coincidía con una de las proposiciones de mi libro, a saber, que el *tiempo es vida*. El resultado mostraría la distancia (en kilómetros) recorrida por la luz durante la vida de un electrón.

En el cosmos siguiente ésta sería la distancia recorrida por la luz durante la vida de una molécula; en el siguiente —durante la vida de una pequeña célula; después, durante la vida de una célula grande; luego, durante la vida de un hombre, etc. Para todos los cosmos, los resultados debían obtenerse en medidas lineales, es decir,

expresados en fracciones de kilómetros o en kilómetros. La multiplicación de un número de kilómetros por la raíz cuadrada de menos uno ( $\sqrt{-1}$ ) debía mostrar que ya no necesitábamos hacer medidas lineales y que la cifra obtenida era una *medida de tiempo*. La introducción de  $\sqrt{-1}$  en la fórmula, si bien no la cambia cuantitativamente, indica que se relaciona enteramente a otra dimensión.

De esta manera, en lo que concierne al cosmos de los electrones, la fórmula de Minkovski toma la forma siguiente:

$$(\sqrt{-1}) 300.000 \times 3 \times 10^{-7}$$

o sea, la raíz cuadrada de menos uno multiplicada por 300.000 (que es  $c$ , o la velocidad de la luz, 300.000 kilómetros por 1/300.000.000 de segundo, es decir la duración de la vida de un electrón. Al multiplicar 300.000 por 1/300.000.000 se obtendrá 1/1.000 de kilómetro, o sea un metro.

Un "metro" muestra la distancia recorrida por la luz, a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, durante la vida de un electrón. La raíz cuadrada de menos uno, que hace de "un metro" una cantidad imaginaria, indica que la medida lineal de un metro, en este caso, es la "medida del tiempo", es decir de la cuarta Coordenada.

Al pasar al "mundo de las moléculas", la fórmula de Minkovski se convierte en:

$$(\sqrt{-1}) 300.000 \times 1/10.000$$

Según la tabla, la diez-milésima parte de un segundo es la duración de la existencia de una molécula. Si multiplicamos 300.000 kilómetros por 1/10.000, nos dará 30 kilómetros. El "tiempo" en el mundo de las moléculas se obtiene por la fórmula  $(\sqrt{-1})30$ . Treinta kilómetros representan la distancia que atraviesa la luz durante la vida de una molécula o sea en 1/10.000 de segundo.

Luego, en el "mundo de las pequeñas células", la fórmula de Minkovski se enuncia así:

$$(\sqrt{-1}) 300.000 \times 3$$

o,

$$(\sqrt{-1}) 900.000$$

es decir, 900.000 kilómetros multiplicados por la raíz cuadrada de menos uno. 900.000 kilómetros representan la distancia recorrida por la luz durante la vida de una pequeña célula, o sea en tres segundos.

Al continuar los mismos cálculos para los cosmos siguientes, obtuve para las células grandes un número de once cifras, que designa la distancia que recorre la luz en 24 horas; para el "Microcosmos", un número de quince cifras, que expresa en kilómetros la distancia que recorre la luz en 80 años; para el "Tritocosmos", un

número de veinte cifras; para el "Mesocosmos", un número de veinticuatro cifras; para el "Deuterocosmos", un número de veintinueve cifras; para el "Macrocosmos", un número de treinta y tres cifras; para el "Ayocosmos", un número de treinta y ocho cifras; para el "Protocosmos", un número de cuarenta y dos cifras o  $(\sqrt{-1})^9 \times 10^{41}$ ; en otros términos, esto significa que durante la vida del "Protocosmos" un rayo de luz recorre:

900.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000 kilómetros.<sup>[16]</sup>

La aplicación de la fórmula de Minkovski a la tabla del tiempo, tal como yo la había obtenido, muestra muy claramente para mí que la "cuarta coordenada" no se puede establecer sino para un solo cosmos a la vez, el cual aparece entonces como el "mundo de cuatro dimensiones" de Minkovski.

Dos, tres cosmos o más no pueden ser considerados como un mundo de "cuatro dimensiones", y exigen para su descripción cinco o seis coordenadas. Al mismo tiempo, la fórmula de Minkovski muestra, para todos los cosmos, la relación de la cuarta coordenada de uno de los cosmos a la cuarta coordenada de otro. Y esta relación —o dicho de otra manera, la relación entre los cuatro períodos principales de cada cosmos, lo mismo que entre uno de los períodos de un cosmos y el período correspondiente, es decir de nombre similar, de otro cosmos —es igual a treinta mil.

Lo que me interesó luego en lo que yo llamaba la "tabla del tiempo en los diferentes cosmos", fue la relación de los cosmos y del tiempo de los diferentes cosmos a los centros del cuerpo humano.

G. me había hablado a menudo de la enorme diferencia de velocidades en los diferentes centros. El razonamiento arriba mencionado me llevó a la idea de que, en lo que concierne a la velocidad del trabajo interior del organismo, esta velocidad pertenecía al *centro instintivo*. Partiendo de esta base, traté de comenzar por el centro intelectual, tomando como unidad de su trabajo, por ejemplo, el tiempo necesario para la plena percepción de una impresión, es decir para su recepción, su clasificación, su definición y para la reacción correspondiente. Por lo tanto, si es verdad que los centros están entre sí en una relación análoga a la de los cosmos, durante el mismo tiempo se podrían efectuar 30.000 percepciones en el centro instintivo; 30.000<sup>2</sup> en el centro emocional superior y el sexo; y, 30.000<sup>3</sup> en el centro intelectual superior.

Mundo de los electrones .....	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times \frac{1}{300.000.000} = \sqrt{-1} \times \frac{1}{1.000}$
Mundo de las moléculas .....	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times \frac{1}{10.000} = \sqrt{-1} \times 30$
Mundo de las pequeñas células..	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times 3 = \sqrt{-1} \times 9 \times 10^5$
Mundo de las grandes células ...	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times 90.000 = \sqrt{-1} \times 3 \times 10^{10}$
Microcosmos (hombre) .....	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times 3 \times 10^9 = \sqrt{-1} \times 9 \times 10^{14}$
Tritocosmos (vida orgánica) ..	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times 9 \times 10^{13} = \sqrt{-1} \times 3 \times 10^{19}$
Mesocosmos (planetas) .....	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times 3 \times 10^{18} = \sqrt{-1} \times 9 \times 10^{23}$
Deuterocosmos (sol) .....	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times 9 \times 10^{22} = \sqrt{-1} \times 3 \times 10^{28}$
Macrocosmos (Vía Láctea) .....	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times 3 \times 10^{27} = \sqrt{-1} \times 9 \times 10^{32}$
Avocosmos (Todos los mundos)	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times 9 \times 10^{31} = \sqrt{-1} \times 3 \times 10^{37}$
Protocosmos (Absoluto) .....	$\sqrt{-1} ct = \sqrt{-1} \times 300.000 \times 3 \times 10^{36} = \sqrt{-1} \times 9 \times 10^{41}$

TABLA 9

Al mismo tiempo, siguiendo la ley indicada por G. respecto a la correlación de los cosmos, el centro instintivo, con relación a la cabeza o al centro intelectual, comprendería *dos cosmos*, es decir, el segundo Microcosmos y el Tritocosmos. Luego, el centro emocional superior y el sexo, tomados aisladamente, comprenderían el tercer Microcosmos y el Mesocosmos. Y finalmente, el centro intelectual superior comprendería el cuarto Microcosmos y el Deuterocosmos.

Pero este último centro corresponde a un desarrollo superior, a un desarrollo del hombre que no se puede obtener accidentalmente ni de una manera natural. En el estado normal del hombre, el centro sexual, que trabaja 30.000 veces más rápido que los centros instintivo y motor y  $30.000^2$  veces más rápido que el centro intelectual, poseería bajo esta relación una enorme ventaja sobre todos los otros centros.

En lo que concierne a la relación de los centros a los cosmos, se abrían delante de mí numerosas posibilidades de estudio.

Lo que atrajo luego mi atención fue el hecho de que mi tabla coincidía con ciertas ideas y aun con los números de los "cálculos cósmicos del tiempo" que se encuentra entre los Gnósticos y en la India.

*"Un día de luz es un millar de años del mundo. y treintiséis y media miréadas de años del mundo (365.000) son un solo año de luz."* [17]



Aquí los números no coinciden, pero en los textos hindúes en ciertos casos la correspondencia es flagrante. Hablan de la "respiración de Brahma", de los "días y noches de Brahma", de una "edad de Brahma".

Si tomamos como años los números dados en los textos hindúes, entonces el Mahamanvantara, es decir, la "edad de Brahma", o 311.040.000.000.000 años (un número de 15 cifras) casi coincide con el período de existencia del *sol* (un número de 16 cifras); y la duración del "día y noche de Brahma", 8.640.000.000 (número de 10 cifras) casi coincide con la duración del "día y noche del sol" (número de 11 cifras.)

Si tomamos la idea hindú del tiempo cósmico sin tener en cuenta los números, aparecen otras correspondencias interesantes. Así si tomamos a Brahma como el Protocosmos, entonces la expresión "Brahma inspira y espira el Universo" coincide con la tabla, porque la respiración de Brahma (o el Protocosmos —un número de 20 cifras) coincide con la vida del Macrocosmos, es decir nuestro universo visible o el mundo de las estrellas.

Hablé mucho con Z. de la tabla del tiempo y tenía mucha curiosidad por saber lo que G. diría cuando lo viéramos.

Mientras tanto, los meses pasaron. Finalmente —ya estábamos en junio— recibí un telegrama de Alexandropol: "Si quiere descansar, venga a verme aquí." ¡Muy propio de G.!

Dos días después, salí de San Petersburgo. Rusia "sin autoridades" presentaba un espectáculo curioso. Todo parecía mantenerse por inercia. Pero los trenes aún marchaban regularmente y los guardas expulsaban de los vagones a una indignada muchedumbre de viajeros sin boletos. Me tomó cinco días llegar a Tiflis, en lugar de los tres que era lo normal.

El tren llegó a Tiflis de noche. Era imposible salir a la ciudad. Me vi obligado a esperar en el comedor de la estación hasta la mañana. La estación estaba llena de una muchedumbre de soldados que por su propia cuenta volvían del frente del Cáucaso. Muchos estaban ebrios. Hubo "meetings" durante toda la noche en el andén delante de las ventanas del comedor y se pusieron al voto resoluciones. Durante los "meetings" hubo tres "cortes marciales" y tres hombres fueron fusilados en el andén. Un "camarada" ebrio que había irrumpido en el comedor explicaba a cada uno que el primero había sido fusilado por robo. El segundo, por error, porque había sido tomado por el primero. Y el tercero también había sido fusilado por error, porque había sido tomado por el segundo.

Me vi obligado a pasar el día en Tiflis. El tren para Alexandropol no partió hasta la noche. Llegué al día siguiente por la mañana. Encontré a G. instalando un generador para su hermano.

Una vez más, comprobé su increíble capacidad para adaptarse a cualquier trabajo, a cualquier labor.

Conocí a sus padres. Eran personas de una cultura muy antigua, muy particular. Su padre era aficionado a los cuentos regionales, las leyendas y las tradiciones; tenía la naturaleza de un "bardo"; sabía de memoria millares y millares de versos, en los dialectos locales. Eran griegos de Asia Menor; pero entre ellos hablaban armenio, como todos los de Alexandropol.

En los primeros días que siguieron a mi llegada, G. estuvo tan ocupado que no tuve ocasión de preguntarle qué pensaba sobre la situación general, ni lo que esperaba hacer. Pero cuando pude hablarle, me dijo que no estaba de acuerdo conmigo, que todo se calmaría pronto y que podríamos trabajar en Rusia. Agregó que en todo caso quería volver a San Petersburgo para ver la Nevsky con el pequeño mercado de granos de girasol del cual yo le había hablado, y decidir allá lo que tendría que hacer. No pude tomarlo en serio, porque conocía sus modos de hablar, y esperé.

En efecto, a la vez que me dijo esto con una aparente seriedad, G. me sugirió que no estaría mal ir a Persia o aún más lejos; que conocía un lugar en las montañas de Transcaucasia donde se podía vivir varios años sin encontrarse con nadie.

En general me quedaba un sentimiento de incertidumbre; pero a pesar de todo esperaba convencerlo en el camino a San Petersburgo, de que deberíamos partir al extranjero si todavía fuera posible.

G. evidentemente esperaba algo. El generador marchaba bien, pero no nos movíamos.

En la casa había un interesante retrato de G. que me dijo mucho sobre él. Era la ampliación de una foto tomada cuando era muy joven. Estaba con una levita negra, sus cabellos crespos peinados hacia atrás. Este retrato me mostró cuál había sido su profesión de entonces, de la cual nunca hablaba. Esto me sugirió muchas ideas interesantes. Pero como fui yo quien hizo este descubrimiento, guardaré el secreto.

Traté varias veces de hablarle a G. de mi "tabla del tiempo en los diferentes cosmos", pero él evitaba toda conversación teórica.

Alexandropol me gustó mucho. El barrio armenio parecía una ciudad de Egipto o de la India del Norte, con sus casas de techos planos en los que crecía la hierba. Sobre la colina se hallaba un antiquísimo cementerio armenio, desde el cual se podían ver las cumbres nevadas del monte Ararat. En una de las iglesias armenias había una imagen maravillosa de la Virgen. El centro de la ciudad parecía un pueblo ruso, pero su mercado era típicamente oriental, sobre todo por los caldereros que trabajaban en sus barracas al aire libre. Aparentemente lo menos interesante era el barrio griego donde se encontraba la casa de G. En cambio, sobre los barrancos se extendía el suburbio tártaro, muy pintoresco, pero también uno de los más peligrosos, a juzgar por lo que decían en los otros barrios de la ciudad.

No sé lo que pueda quedar de Alexandropol después de todos estos movimientos de independencia, de estas repúblicas, confederaciones, etc. Creo que lo único que se

puede garantizar es la vista del monte Ararat.

Casi nunca logré ver ni hablar a solas con G. quien pasaba una gran parte de su tiempo con su padre y su madre. Me gustaba mucho la relación que tenía con su padre, que manifestaba una consideración extraordinaria. El padre de G. era un hombre viejo y robusto, de mediana estatura, siempre con la pipa entre los dientes y con un gorro de astrakán. Era difícil creer que tuviera más de 80 años. Apenas hablaba el ruso. Tenía la costumbre de conversar con G. durante horas y me gustaba ver cómo éste lo escuchaba, riendo un poco de vez en cuando, pero sin perder un segundo el hilo de la conversación, alimentándola con sus preguntas y sus comentarios. Evidentemente, el anciano gozaba al hablar con su hijo. G. le consagraba todo su tiempo libre y jamás demostraba ninguna impaciencia; por el contrario, todo el tiempo manifestaba un gran interés por lo que decía. Aunque esta actitud era en parte deliberada, no lo podía ser totalmente o no hubiera tenido ningún sentido. Yo estaba muy interesado y atraído por esta expresión de sentimiento de parte de G.

En total permanecí dos semanas en Alexandropol. Finalmente, una hermosa mañana G. me dijo que partiríamos a San Petersburgo dentro de dos días, y así lo hicimos.

En Tiflis vimos al general S. que había frecuentado durante algún tiempo nuestro grupo de San Petersburgo. Sin duda, la conversación con él le hizo ver a G. la situación bajo un nuevo aspecto, puesto que modificó sus planes.

Durante el viaje, al salir de Tiflis, tuvimos una conversación interesante en una pequeña estación entre Bakú y Derbent. Nuestro tren se detuvo para dejar pasar los trenes de los "camaradas" que volvían del frente del Cáucaso. Hacía mucho calor. A lo lejos brillaba el mar Caspio, y alrededor de nosotros resplandecía la arena. Las siluetas de dos camellos se perfilaban en el horizonte.

Traté de hacer que G. hablara del futuro inmediato de nuestro trabajo. Quería comprender lo que pensaba hacer y lo que esperaba de nosotros.

—Los acontecimientos están en contra de nosotros, le decía. Se ve bien claro que es imposible hacer cualquier cosa en este torbellino de locura colectiva.

—Por el contrario, respondió G. Solo ahora es posible. Los acontecimientos no están de ninguna manera en contra de nosotros. Lo único que pasa es que van demasiado rápido. Ese es todo el problema. Pero espere cinco años y verá que los obstáculos de hoy nos habrán sido útiles."

No comprendía lo que G. quería decir. Tampoco me fue más claro después de cinco, ni después de quince años. Al mirar las cosas desde el punto de vista de los "hechos", era difícil imaginarse cómo hubiéramos podido ser ayudados por acontecimientos tales como guerras civiles, asesinatos, epidemias, hambre, y todo en

Rusia volviéndose salvaje, la mentira sin fin de la política europea y la crisis general que sin la menor duda era el resultado de esta mentira.

Pero si en lugar de mirar todo esto desde el punto de vista de "los hechos" se mirara desde el punto de vista de los principios esotéricos, lo que G. quería decir se haría más comprensible.

¿Por qué no habían aparecido estas ideas antes? ¿Por qué no las tuvimos cuando Rusia existía todavía y Europa era para nosotros el cómodo y agradable "extranjero"? Aquí se encontraba sin duda la llave de la enigmática observación de G. ¿Por qué no aparecieron estas ideas? Probablemente porque no pueden aparecer sino en el momento mismo en que la atención de la mayoría de la gente se deja llevar enteramente en otra dirección, y en que estas ideas no pueden alcanzar sino a los que las buscan. Yo tenía razón desde el punto de vista de los "hechos". Nada nos hubiera podido molestar más que los "acontecimientos". Al mismo tiempo es probable que fueron precisamente estos "acontecimientos" los que nos permitieron recibir lo que nos fue dado.

Ha quedado en mi memoria el recuerdo de otra conversación. Una vez más, el tren se eternizaba en una estación y nuestros compañeros de viaje caminaban sin cesar por el andén. Le hice a G. una pregunta a la que yo no encontraba respuesta, a propósito de la división de uno mismo en "Yo" y en "Ouspensky". ¿Cómo puede uno reforzar el sentimiento del "Yo" y reforzar la actividad del "Yo"?

—Usted no puede hacer nada especial para eso, dijo G. Vendrá como resultado de *todos* sus esfuerzos. (Subrayó la palabra «todos».) Tómese usted como propio ejemplo. Ahora debería sentir su «Yo» diferentemente. ¿Nota usted una diferencia o no?"

Traté de tener la "sensación de mí", como G. nos la había enseñado, pero debo decir que no constaté ninguna diferencia con lo que había sentido anteriormente.

—Eso vendrá, dijo G. Y cuando venga, lo sabrá. No hay duda posible respecto a esto. Es una sensación enteramente nueva."

Más tarde comprendí lo que quería decir, de qué clase de sensación hablaba, y de qué cambio. Pero comencé a experimentarlo solamente dos años después de nuestra conversación.

Tres días después de nuestra salida de Tiflis, durante una parada del tren en Mozdok, G. me dijo que yo tenía que regresar solo a San Petersburgo mientras él y nuestros otros tres compañeros se quedarían en Mineralni Vodi, y luego irían a Kislovodsk.

—Usted irá a Moscú, luego a San Petersburgo, y les dirá a nuestros grupos de allá, que allí comenzaré un nuevo trabajo. Los que deseen trabajar conmigo pueden venir. Y le aconsejo no tardar mucho."

Me despedí de G. y de mis compañeros en Mineralni Vodi y continué solo mi viaje.

Era claro que de mis planes de salir al extranjero no quedaba nada. Pero eso ya no me inquietaba más. No dudaba de que pasaríamos un período muy difícil, pero eso tampoco me importaba. Comprendía lo que me había dado miedo. No se trataba de los verdaderos peligros; tenía miedo de actuar estúpidamente, es decir, de no partir a tiempo cuando sabía perfectamente bien lo que me esperaba. Ahora parecía que se me hubiera quitado toda responsabilidad hacia mí mismo. No había cambiado de opinión; como antes, podía decir que quedarse en Rusia era una locura. Pero mi actitud era completamente diferente. Ya no tenía que decidir.

Viajaba como antes, solo, en primera clase, y cerca de Moscú me hicieron pagar más porque mi reservación y mi billete tenían diferentes direcciones. Dicho en otras palabras, todavía continuaban los buenos viejos tiempos. Pero los periódicos que compraba por el camino estaban llenos de noticias acerca de los fusilamientos en las calles de San Petersburgo. Ahora eran los bolcheviques los que disparaban a la muchedumbre; estaban ensayando su fuerza.

Por esa época la situación se definía poco a poco. Por un lado se encontraban los bolcheviques que todavía no sospechaban el increíble éxito que les esperaba, pero ya comenzaban a sentir la falta de toda resistencia y a comportarse cada vez más insolentemente. Por otro lado, estaba el "segundo gobierno provisional" en el cual los puestos subalternos estaban ocupados por gente seria que comprendía la situación, pero cuyos altos cargos estaban ocupados por teóricos y charlatanes insignificantes; además había la "inteligentzia" que había sido diezmada por la guerra; y por último, lo que quedaba de los antiguos partidos y los círculos militares. Todos estos elementos tomados en conjunto se dividían a su vez en dos grupos; uno, que en contra de todos los hechos y del sentido común, aceptaba la posibilidad de un arreglo de paz con los bolcheviques, los que se aprovechaban muy astutamente de esto, ocupando una tras otra todas las posiciones, y el otro que, dándose cuenta de la imposibilidad de toda negociación con los bolcheviques, se encontraba al mismo tiempo desunido e incapaz de intervenir abiertamente.

El pueblo guardaba silencio, aunque quizás jamás en la historia la voluntad del pueblo haya sido expresada tan claramente —y esta voluntad era: *¡detener la guerra!*

Pero ¿quién podía detener la guerra? Esta era la pregunta capital. El gobierno provisional no se atrevía. Y era claro que la decisión no podía venir de los círculos militares. Sin embargo, el poder pasaría obligatoriamente a los primeros que pronunciasen la palabra: *paz*. Y como sucede a menudo en tales casos, la palabra buena vino del lado malo. Los bolcheviques pronunciaron la palabra *paz*; primero, porque para ellos todo lo que decían no tenía ninguna importancia. No tenían la

menor intención de cumplir sus promesas, podían entonces decir todo lo que querían. En esto consistía su principal ventaja y su mayor fuerza. Además, había otra cosa. La destrucción es siempre mucho más fácil que la construcción. ¡Cuánto más fácil es quemar una casa que edificarla!

Los bolcheviques eran los agentes de la destrucción. Ni entonces ni después, podían ni pueden hacer otra cosa, a pesar de sus jactancias y del apoyo de sus amigos declarados u ocultos. Pero podían y pueden destruir muy bien, no tanto por su actividad como por su existencia misma, que corrompe y desintegra todo alrededor de ellos. Esta cualidad especial que les es propia explicaba su éxito creciente y todo lo que debía pasar mucho más tarde.

Nosotros, que mirábamos las cosas desde el punto de vista de la enseñanza, podíamos ver no solamente el hecho de que cada cosa *sucede*, sino también *cómo* es que sucede, es decir, cuán fácilmente baja la pendiente y se hace pedazos cada cosa desde que ha recibido el más pequeño impulso.

No me quedé en Moscú, pero conseguí entrevistarme con algunas personas mientras esperaba el tren de la tarde para San Petersburgo, y les transmití el encargo de G. Luego me fui a San Petersburgo y transmití el mismo mensaje a los miembros de nuestros grupos.

Doce días después estaba de vuelta en el Cáucaso. Me enteré de que G. no vivía en Kislovodsk sino en Essentuki, y dos horas más tarde me reuní con él en una pequeña villa.

G. me preguntó largamente sobre todas las personas que había visto, lo que cada una me había dicho, los que se preparaban para venir y los que no vendrían, etc. Al día siguiente llegaron tres de San Petersburgo, luego dos más y así sucesivamente. En total se reunieron así doce personas alrededor de G.

## Capítulo diecisiete

*Agosto de 1917. Las seis semanas en Essentuki. G. nos expone el plan de todo el trabajo. Imperiosa necesidad de escuelas. "Super-esfuerzos". La simultaneidad del trabajo de los centros es la principal dificultad en el trabajo sobre sí. El hombre es esclavo de su cuerpo. Desperdicio de energía que resulta de la tensión muscular inútil. G. nos muestra ejercicios de control muscular y de relajación. El ejercicio del "stop". Las exigencias del "stop". Un "stop" del cual G. fue testigo en Asia Central. La práctica del "stop" en Essentuki y su influencia. El hábito del parloteo. Un experimento de ayuno. ¿Qué es pecado? G. nos muestra ejercicios de atención. Un experimento sobre la respiración. Medimos las dificultades del Camino. Exige un gran saber, esfuerzos y ayuda. ¿No hay camino fuera de los "caminos"? Los caminos como ayuda proporcionada a cada uno según su tipo. Los caminos "subjetivo" y "objetivo". El obyvatel. ¿Qué significa "ser serio"? Sólo una cosa es seria. ¿Cómo alcanzar la verdadera libertad? El camino arduo de la esclavitud y de la obediencia. ¿Qué es lo que uno está dispuesto a sacrificar? El cuento armenio del lobo y las ovejas. Astrología y tipos. Una demostración. G. anuncia la liquidación del grupo. Último viaje a San Petersburgo.*

Cada vez que evoco esa primera estada en Essentuki, tengo un extraño sentimiento. En total permanecimos allí seis semanas; pero ahora eso me parece totalmente increíble, y cada vez que hablo con uno de los que estuvieron allá, también a él le cuesta creer que aquello duró sólo seis semanas. Este período estuvo tan cargado que aún en seis años sería difícil encontrar espacio para todo lo que se relaciona con él.

G. se había instalado en una casita en los alrededores del pueblo, y la mitad de nosotros, incluyéndome a mí, vivíamos con él; los otros llegaban por la mañana temprano y se quedaban allí hasta una hora avanzada. Nos acostábamos muy tarde y nos levantábamos muy temprano. Dormíamos cuatro horas, cinco como máximo. Hacíamos todos los trabajos de la casa, y el resto del tiempo lo llenaban los ejercicios, de los cuales hablaré más tarde. En diversas ocasiones, G. organizó excursiones a Kislovodsk, Jeleznovodsk, Pyatigorsk, Beshtau, etc....

G. vigilaba la cocina y a menudo preparaba él mismo las comidas. Demostró ser un cocinero sin par: conocía centenares de recetas orientales, y cada día nos obsequiaba con nuevos platos tibetanos, persas y otros.

No trataré de describir todo lo que pasó en Essentuki; haría falta un libro entero, G. nos conducía a pasos agigantados, sin perder un solo minuto. Nos daba muchas

explicaciones mientras nos paseábamos por el parque municipal, a la hora de la música, o durante nuestros trabajos domésticos.

En el transcurso de nuestra breve estada, G. nos desarrolló el plan de todo el trabajo. Nos enseñó los orígenes de todos los métodos, de todas las ideas, sus vínculos, sus relaciones mutuas y su dirección. Muchas cosas permanecieron oscuras para nosotros y muchas otras no fueron tomadas en su verdadero sentido, sino al revés; en todo caso recibimos directivas generales que consideré nos podrían guiar más adelante.

Todas las ideas que llegamos a conocer en esa época nos pusieron frente a una cantidad de preguntas concernientes a la realización práctica del trabajo sobre sí, y claro está, éstas provocaban entre nosotros numerosas discusiones.

G. siempre tomaba parte en ellas y nos explicaba entonces los diversos aspectos de la organización de las escuelas.

—Las escuelas son indispensables, dijo un día, antes que nada debido a lo complejo de la estructura humana. Un hombre es incapaz de *vigilar la totalidad de sí mismo*, es decir de sus diferentes lados —esto sólo lo pueden hacer las escuelas, los métodos de escuela y la disciplina de escuela. El hombre es demasiado perezoso. Casi todo lo hará sin la intensidad necesaria, o no hará nada, imaginando que hace algo; trabajará con intensidad en algo que no lo exige y dejará pasar los momentos en que la intensidad es indispensable. En estos momentos, se las arregla, teme hacer cualquier cosa que sea desagradable. Jamás alcanzará por sí mismo la intensidad requerida. Si se han observado bien, estarán de acuerdo con lo que acabo de decir. Cuando un hombre se impone una tarea, cualquiera que sea, de inmediato comienza a ser indulgente consigo mismo. Trata de cumplir su tarea con el menor esfuerzo posible: esto no es trabajar. En el trabajo sólo cuentan los *super-esfuerzos*, más allá de lo normal, más allá de lo necesario. Los esfuerzos ordinarios no cuentan.

—¿Qué entiende usted por super-esfuerzo? preguntó alguien.

—Significa un esfuerzo más allá de lo que es necesario para alcanzar una meta dada.

Imagínense que yo haya caminado todo el día y que esté muy cansado. Hace mal tiempo, llueve, hace frío. Por la noche, llego a casa. Tal vez he caminado más de 40 kilómetros. En la casa la cena está lista; hay fuego y el ambiente es agradable. Pero, en lugar de sentarme a la mesa, salgo de nuevo bajo la lluvia y decido no volver antes de haber caminado 4 o 5 kilómetros más. Esto es lo que se puede llamar un super-esfuerzo. Mientras me daba prisa por llegar a la casa, era simplemente un esfuerzo, esto no cuenta. Regresaba, y el frío, el hambre y la lluvia impulsaban mis pasos. En el segundo caso, camino porque yo mismo he decidido hacerlo. Pero esta clase de super-esfuerzo se vuelve todavía más difícil al no ser yo quien decide, al obedecer a un maestro que, cuando menos lo espero, cuando creía haber hecho bastante por un



día, exige de mí nuevos esfuerzos.

"Otra forma de super-esfuerzo consiste en efectuar cualquier trabajo a una velocidad mayor de lo que su naturaleza lo exige. Digamos que están ocupados en algo, lavando platos o cortando leña. Tienen trabajo para una hora. Háganlo en media hora; eso será un super-esfuerzo.

"Pero en la práctica, un hombre nunca puede imponerse a sí mismo super-esfuerzos consecutivos o de larga duración; se necesita la voluntad de otra persona que no tenga piedad y que posea un método.

"Si el hombre fuese capaz de trabajar sobre sí mismo, todo sería muy sencillo y las escuelas serían inútiles. Pero no puede hacerlo, y hay que buscar las razones en las profundidades mismas de su naturaleza. Por el momento dejaré de lado la falta de sinceridad hacia sí mismo, las perpetuas mentiras que se fabrica, etc., y hablaré solamente de los centros y de su divergencia. Esto es suficiente para que un trabajo independiente sobre sí se vuelva imposible para el hombre. Deben comprender que los tres centros principales: intelectual, emocional y motor, son interdependientes y que, en un hombre normal, siempre trabajan simultáneamente. Esta es precisamente la mayor dificultad en el trabajo sobre sí. ¿Qué significa esta simultaneidad? Significa que el trabajo del centro intelectual está ligado a otro trabajo, el de los centros emocional y motor, es decir que cierta clase de pensamiento está ligado *inevitablemente* a cierta clase de emoción (o estado mental), y a cierta clase de movimiento (o postura), y que una pone en marcha a la otra; dicho de otra manera, que una clase de emoción (o estado mental) desencadena ciertos movimientos o actitudes, y ciertos pensamientos, del mismo modo que cierta clase de movimientos o de posturas ponen en marcha ciertas emociones, o estados mentales, etc.... Todas las cosas están conectadas, y una no puede existir sin otra.

"Ahora imaginemos que un hombre decide *pensar* de una manera nueva. No por eso deja de sentir en la misma forma que antes. Supongamos que sienta antipatía por R. (señaló a uno de nosotros). Esta antipatía por R. inmediatamente suscita en él viejos pensamientos, y olvida así su decisión de pensar de una manera nueva. O bien, imaginemos que tenga la costumbre de fumar cigarrillos cada vez que quiere pensar. Este es un hábito motor. Decide pensar de una manera nueva, comienza por fumar un cigarrillo y vuelve a caer en su pensar rutinario, aun sin darse cuenta. El gesto habitual de encender un cigarrillo ya ha llevado sus pensamientos a su antiguo diapasón. Ustedes deben recordar que un hombre nunca puede destruir tales vínculos por sí mismo. Se necesita la voluntad de otro, y los palos también son necesarios. Lo único que puede hacer un hombre que desea trabajar sobre sí mismo, hasta que logre un cierto nivel, es obedecer. Nada puede hacer por sí mismo.

"Más que cualquier otra cosa, necesita ser observado y controlado constantemente. No puede observarse a sí mismo *constantemente*. También necesita

reglas estrictas, cuyo cumplimiento exige ante todo cierta clase de recuerdos de sí, reglas que luego le proporcionan una ayuda en la lucha contra los hábitos. El hombre solo no puede imponérselas. En la vida, todo se arregla demasiado cómodamente como para permitirle trabajar. En una escuela, el hombre ya no está solo, y ni siquiera la elección de sus compañeros depende de él; le es a veces muy difícil vivir y trabajar con ellos —y más aún, en condiciones casi siempre incómodas y desacostumbradas. Todo esto crea una tensión entre él y los otros; tensión, que también es indispensable, porque poco a poco suaviza las «aristas».

Por lo tanto, sólo en una escuela se puede organizar de manera conveniente el trabajo sobre el centro motor. Como ya lo he dicho, el trabajo incorrecto, aislado o automático del centro motor, priva de sostén a los otros centros; puesto que los otros siguen involuntariamente al centro motor. Por lo tanto, muy a menudo la única posibilidad de hacerlos trabajar de una manera nueva es comenzando por el centro motor, es decir, por el cuerpo. Un cuerpo perezoso, automático, y lleno de hábitos estúpidos, detiene toda clase de trabajo.

—Pero ciertas teorías afirman que uno debe desarrollar el lado moral y espiritual de su naturaleza, dijo uno de nosotros, y que si se obtienen resultados en esta dirección, no habrá obstáculos de parte del cuerpo. ¿Es posible esto o no?

—Lo es y a la vez no lo es, dijo G. Todo está en el «si». Si un hombre alcanza la perfección de su naturaleza moral y espiritual sin impedimentos de parte del cuerpo, el cuerpo no se opondrá a realizaciones ulteriores. Desgraciadamente, esto nunca sucede, porque el cuerpo interfiere desde los primeros pasos; interfiere por su automatismo, por su apego a los hábitos, y ante todo por su mal funcionamiento. El desarrollo de la naturaleza moral y espiritual sin oposición de parte del cuerpo es teóricamente posible, pero sólo en el caso de un funcionamiento ideal del cuerpo. Y, ¿quién puede decir que su cuerpo funciona idealmente?

"Además, hay un error en el sentido de las palabras «moral» y «espiritual». He explicado anteriormente que a menudo el estudio de las *máquinas* no comienza ni por su «moralidad» ni por su «espiritualidad», sino por el de su mecanicidad y el de las leyes que rigen esta mecanicidad. El ser de los hombres números 1, 2 y 3 es el ser de máquinas que tienen la posibilidad de dejar de ser máquinas, pero que todavía no han dejado de serlo.

—Pero, ¿no es posible que una ola de emoción transporte de inmediato al hombre a otro nivel de ser? preguntó alguien.

—No lo sé, dijo G. Nuevamente hablamos lenguajes diferentes. Es indispensable una ola de emoción, pero ella no puede cambiar los hábitos motores; por sí sola no puede hacer trabajar correctamente a centros que toda su vida han funcionado al revés. Cambiar estos hábitos, reparar estos centros, exige un trabajo especial bien definido, y de larga duración. Y ahora usted dice: llevar al hombre a otro nivel de ser.

Pero desde este punto de vista, el *hombre* no existe para mí: sólo veo un mecanismo complejo, compuesto de diversas partes igualmente complejas. Una «ola de emoción» se apropia de una de estas partes, pero puede ser que las otras no estén afectadas en lo más mínimo. Para una máquina no hay posibilidad de milagro. Es ya suficientemente milagroso que una máquina sea capaz de cambiar. Pero usted querría que se violasen todas las leyes.

—¿Y qué decir del buen ladrón en la cruz? preguntó alguien.

¿Hay algo válido en esto, o no?

—No guarda ninguna relación, respondió G. Es la representación de una idea totalmente diferente. Primeramente, esto tuvo lugar *en la cruz*, es decir en medio de sufrimientos terribles, los cuales no tienen comparación en la vida ordinaria; segundo, era el momento de la muerte. Esto se relaciona con la idea de las últimas emociones y pensamientos del hombre en el momento de la muerte. En la vida, tales pensamientos son fugaces y pronto dan lugar a los pensamientos habituales. Ninguna ola de emoción puede durar en la vida, ninguna ola de emoción puede entonces provocar el menor cambio de ser.

"Además, hay que comprender que aquí no hablamos de excepciones, ni de accidentes que pueden ocurrir o no, sino de principios generales, de lo que a cada uno le pasa cada día. El hombre ordinario es esclavo de su cuerpo aunque llegue a la conclusión de que el trabajo sobre sí es indispensable. No es solamente esclavo de la actividad visible y reconocida de su cuerpo, sino esclavo de sus actividades invisibles y no reconocidas, y son éstas las que más particularmente lo tienen en su poder. Por consiguiente, cuando el hombre decide luchar para liberarse, debe combatir antes que nada contra su propio cuerpo.

"Les hablaré ahora de cierto defecto del funcionamiento del cuerpo que es indispensable corregir en cualquier caso. Mientras persiste no puede hacerse ninguna clase de trabajo, moral o espiritual, de manera correcta.

"Recordarán que cuando hablamos del trabajo de la «fábrica de tres pisos», les expliqué que la mayor parte de la energía elaborada por la fábrica se desperdicia totalmente, sobre todo en tensión muscular inútil. Esta tensión muscular inútil absorbe una enorme cantidad de energía. Y en el trabajo sobre sí, primeramente se debe poner atención en esto.

"A propósito del trabajo de la fábrica en general, es indispensable establecer que el aumento de la producción no puede tener ningún sentido, mientras no se haya detenido el desperdicio. Si la producción se acrecienta, sin que se frene o se haga algo para poner fin al desperdicio, la nueva energía producida aumentará únicamente este desperdicio inútil y hasta podrá hacer surgir fenómenos malsanos. Previamente a todo trabajo físico sobre sí mismo, el hombre debe entonces aprender a observar y a sentir su tensión muscular; debe ser capaz de soltar los músculos cuando sea necesario, es

decir, antes que nada relajar la tensión inútil de los músculos."

G. nos enseñó una cantidad de ejercicios relacionados con el control de la tensión muscular, así como ciertas posturas adoptadas en las escuelas para la oración y la contemplación, y que un hombre no puede tomar si no sabe cómo reducir la tensión inútil de los músculos. Entre ellas se encontraba la llamada postura de Buda, en que los pies reposan sobre las rodillas, y otra más difícil aún, que él demostraba a la perfección y que no éramos capaces de imitar sino muy aproximadamente.

Para tomar esta última postura, G. se arrodillaba, después se sentaba sobre los talones (sin zapatos), con los pies estrechamente pegados uno a otro —sentarse así sobre los talones ya era muy difícil por más de un minuto o dos. Después levantaba los brazos y, tendiéndolos al nivel de los hombros, se inclinaba lentamente hacia atrás hasta tocar el suelo y allí se extendía manteniendo sus piernas pegadas debajo de él. Luego de haberse quedado echado en esta posición durante cierto tiempo, se volvía a levantar lentamente con los brazos extendidos, luego se volvía a echar y así sucesivamente.

Nos enseñó el relajamiento gradual de los músculos, *comenzando siempre por los músculos de la cara*, y nos dio diversos ejercicios para "sentir" a voluntad las manos, los pies, los dedos y así sucesivamente. La idea de la necesidad de un relajamiento muscular no era de ninguna manera una idea nueva, pero la explicación de G., según la cual el relajamiento de los músculos del cuerpo debía comenzar por los de la cara, era para mí totalmente nueva; nunca había visto algo parecido en los manuales de "yoga" ni en ninguna otra obra de fisiología.

Uno de los ejercicios más interesantes era el de la "sensación circular", como lo llamaba G. Un hombre se echa de espaldas. Después de haber soltado todos los músculos, concentrando su atención, trata de tener la sensación de su nariz. Cuando lo logra, lleva la atención a la oreja derecha; una vez que la ha "sentido" lleva la atención al pie derecho, luego del pie derecho al pie izquierdo, luego a la mano izquierda, luego a la oreja izquierda, nuevamente a la nariz y así sucesivamente.

Todo esto me interesaba particularmente, porque ciertos experimentos me habían llevado antes a la conclusión de que los estados físicos que están ligados a nuevas impresiones psíquicas comienzan con *la sensación del pulso en todo el cuerpo*, lo que nunca sentimos en las condiciones ordinarias. En este caso, el pulso se siente de inmediato como un solo latido en todas las partes del cuerpo. En mis experimentos personales, obtenía esta "sensación" de una pulsación en todo el cuerpo, por ejemplo después de ciertos ejercicios de respiración combinados con varios días de ayuno. Estos experimentos no me llevaban a ningún otro resultado definido, pero guardaba la profunda convicción de que el control sobre el cuerpo comienza por el control sobre el pulso. Al adquirir por poco tiempo la posibilidad de regular, acelerar o disminuir el

pulso, era capaz de acelerar o disminuir los latidos del corazón, lo que a su vez, me dio interesantes resultados psicológicos. En general, constaté que el control sobre el corazón no podía provenir de los mismos músculos del corazón, sino que dependía del control del pulso correspondiente a la "gran circulación", y G. me lo había hecho comprender bien al precisar que el control sobre el "corazón izquierdo" depende del control de la tensión de los músculos; pues si no poseemos ese control, es ante todo por la mala e irregular tensión de los diversos grupos de músculos.

Habíamos comenzado a practicar los ejercicios de relajamiento muscular y nos llevaron a resultados muy interesantes. Así, uno de nosotros se encontró capacitado de repente para hacer desaparecer un dolor neurálgico en su brazo. Por otra parte, el relajamiento muscular tenía una inmensa repercusión en el sueño verdadero, y cualquiera que hiciera seriamente estos ejercicios no tardaba en darse cuenta de que dormía mucho mejor, necesitando menos horas de sueño.

G. nos mostró igualmente un ejercicio totalmente nuevo para nosotros, sin el cual, según él, era imposible dominar la naturaleza motriz. Era lo que él llamaba el ejercicio del "stop".

—Cada raza, dijo él, cada época, cada nación, cada país, cada clase, cada profesión posee un número definido de posturas y de movimientos que le son propios. Los movimientos y las posturas, o actitudes, siendo lo más permanente e inmutable que hay en el hombre, controlan su forma de pensamiento, así como su forma de sentimiento. Pero el hombre ni siquiera hace uso de todas las posturas y de todos los movimientos que le son posibles. Cada uno adopta cierto número de ellos, conforme a su individualidad. De modo que el repertorio de posturas y de movimientos de cada individuo es muy limitado.

"El carácter de los movimientos y actitudes de cada época, de cada raza y de cada clase, está indisolublemente ligado a formas definidas de pensar y de sentir. El hombre es incapaz de cambiar la forma de su pensamiento y de su sentimiento, mientras no haya cambiado su repertorio de posturas y de movimientos. Las formas de *pensamiento* y de *sentimiento* se pueden llamar las posturas y los movimientos del pensamiento y del sentimiento, y cada uno tiene un número determinado de ellos. Todas las posturas motrices, intelectuales y emocionales están ligadas entre si.

"El análisis y el estudio coordinados de nuestros pensamientos y sentimientos por un lado, y de nuestras funciones motrices por el otro, muestran que cada uno de nuestros movimientos, voluntarios o involuntarios, es un pasar inconsciente de una postura a otra, ambas igualmente mecánicas.

"Es una ilusión creer que nuestros movimientos son voluntarios; todos nuestros movimientos son automáticos. Y nuestros pensamientos, nuestros sentimientos también lo son. El automatismo de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos corresponde de manera precisa al automatismo de nuestros movimientos. El uno no

se puede cambiar sin el otro. De manera que si la atención del hombre se concentra, digamos, en la transformación de sus pensamientos automáticos, los movimientos y actitudes habituales intervendrán en seguida en el nuevo curso del pensamiento, al imponerle las antiguas asociaciones rutinarias.

"En las circunstancias ordinarias, no podemos imaginar cuánto dependen unas de otras nuestras funciones intelectuales, emocionales y motrices, a pesar de que no ignoramos cuánto pueden depender nuestros humores y nuestros estados emocionales de nuestros movimientos y de nuestras posturas. Si un hombre toma una postura que en él corresponde a un sentimiento de tristeza o de descorazonamiento, puede estar seguro entonces de sentirse rápidamente triste o descorazonado. El cambio deliberado de postura puede provocar en él, miedo, asco, nerviosismo. o por el contrario, calma. Pero, como todas las funciones humanas —intelectuales, emocionales y motrices— tienen su propio repertorio bien definido, y reaccionan constantemente las unas sobre las otras, el hombre nunca puede salir del círculo mágico de sus posturas.

"Aun si un hombre reconoce estos vínculos y emprende la lucha para liberarse, su voluntad no es suficiente. Deben comprender que este hombre tiene la voluntad justa para gobernar un solo centro por un *breve* instante. Pero los otros dos centros se oponen. Y la voluntad del hombre nunca es suficiente para gobernar tres centros a la vez.

"Existe un ejercicio especial para oponerse a este automatismo y para adquirir control sobre las posturas y los movimientos de los diferentes centros. Este ejercicio consiste en lo siguiente: a una palabra o a una señal del maestro, convenida de antemano, todos los alumnos que la oyen o que la ven, en el mismo instante deben suspender sus gestos, cualesquiera que éstos sean —inmovilizarse donde estén en la misma posición en que los ha sorprendido la señal. Más aun, no solamente deben dejar de moverse. sino mantener los ojos fijos sobre el mismo punto que miraban en el momento de la señal, mantener la boca abierta si estaban hablando, conservar la expresión de su fisonomía, y si sonreían, conservar esta sonrisa en la cara. En este estado de «stop», cada uno debe suspender también el flujo de sus pensamientos y concentrar toda su atención en mantener la tensión de los músculos en las diferentes partes del cuerpo, en el mismo nivel en que se encontraban y controlarla todo el tiempo, llevando su atención, por así decirlo, de una parte del cuerpo a otra. Y debe permanecer en este estado y en esta posición hasta que otra señal convenida le permita volver a tomar una actitud normal, o hasta que se caiga de cansancio por haber llegado al punto de ser incapaz de conservar por más tiempo la primera actitud. Pero no tiene ningún derecho a cambiar nada, ni su mirada, ni sus puntos de apoyo; nada. Si no puede sostenerse, que se caiga —y más aún, tiene que caer como un saco, sin tratar de protegerse del golpe. Asimismo, si tuviera algún objeto en sus manos, debe mantenerlo tanto tiempo como pueda; y si las manos rehusan obedecerle y el

objeto se le cae, esto no se considera como una falta.

"Le corresponde al maestro vigilar que no ocurra ningún accidente debido a caídas o posiciones desacostumbradas, y con respecto a esto, los alumnos deben tener plena confianza en su maestro y no temer ningún peligro.

"Este ejercicio y sus resultados se pueden considerar de diferentes maneras. Tomémoslo primero desde el punto de vista del estudio de los movimientos y de las posturas. Este ejercicio le da al hombre la posibilidad de salir del círculo de su automatismo, y sobre todo al comienzo del trabajo no se puede prescindir de él.

"Sólo es posible un estudio no mecánico de sí mismo con la ayuda del «stop», bajo la dirección de un hombre que lo comprenda.

"Tratemos de ver lo que ocurre. Un hombre se está sentando, o está caminando, o está trabajando. De repente, oye la señal. Inmediatamente, el movimiento que comienza se interrumpe por este «stop». Su cuerpo se inmoviliza, se fija *en pleno pasaje de una postura a otra, en una posición en la cual nunca se detiene en la vida ordinaria*. Al sentirse en este estado, en esta postura insólita, el hombre involuntariamente se mira a sí mismo bajo nuevos ángulos, se observa de una manera nueva, es capaz de pensar, de sentir, de conocerse a sí mismo de una manera nueva. De este modo, se rompe el círculo del antiguo automatismo. El cuerpo se esfuerza en vano por retomar una posición cómoda a la cual está acostumbrado; la voluntad del hombre, puesta en acción por la voluntad del maestro, se opone. La lucha prosigue — hasta la muerte. Pero *en este caso*, la voluntad puede vencer. Si se tiene en cuenta todo lo que se ha dicho anteriormente, este ejercicio es un ejercicio de recuerdo de sí. Para no perder la señal, el alumno debe recordarse a sí mismo, debe recordarse para no tomar desde el primer instante la posición más cómoda, debe recordarse para poder vigilar la tensión de los músculos en las diferentes partes de su cuerpo, la dirección de su mirada, la expresión de su cara, y así sucesivamente; debe recordarse a sí mismo para poder vencer el dolor, a veces muy fuerte, que es el resultado de la posición desacostumbrada de sus piernas, de sus brazos, de su espalda, o bien para no tener miedo de caer, o dejar caer algo pesado sobre sus pies. Basta olvidarse de sí mismo por un instante para que el cuerpo tome solo y casi imperceptiblemente una posición más cómoda, pasando su peso de un pie al otro, relajando ciertos músculos y así sucesivamente. Este es un ejercicio simultáneo para la voluntad, para la atención, para el pensamiento, para el sentimiento y para el centro motor.

"Pero hay que comprender que para movilizar una fuerza de voluntad suficiente para mantener a un hombre en una postura desacostumbrada, la orden o el mandato desde afuera: stop, es indispensable. El hombre no puede darse a sí mismo la orden de stop. Su voluntad no obedecerá esta orden. Como ya lo he dicho, la razón es que la combinación de sus posturas habituales — intelectuales, emocionales y motrices— es más fuerte que la voluntad del hombre. La orden de «stop», dirigida sobre las

actitudes motrices y viniendo de afuera, ocupa el lugar de las posturas del pensamiento y del sentimiento. Estas posturas y sus efectos son abolidos por así decirlo por la orden de *stop* —y en este caso, las actitudes motrices obedecen a la voluntad."

Poco después, G. comenzó a poner en práctica el "stop" —como llamábamos este ejercicio —en las circunstancias más diversas.

Antes que nada, G. nos enseñó cómo "mantenerse inmóvil en el sitio" instantáneamente al mandato del "stop", y cómo tratar de no moverse, de no mirar al lado pase lo que pase, de no responder a quienquiera que le dirija la palabra, aunque fuera para preguntarle algo o aun para acusarlo injustamente de algo.

—El ejercicio del «stop» se considera como sagrado en las escuelas, dijo. Fuera del maestro o del encargado, nadie tiene derecho de dar la orden del «stop». El «stop» no puede servir de juego ni de ejercicio entre alumnos. Nunca se conoce la posición en que un hombre se encuentra. Si uno no puede *sentir por él*, no puede saber cuáles músculos tiene tensos, ni hasta qué punto. Si a veces se tiene que mantener una tensión difícil, esto puede causar la ruptura de un vaso sanguíneo, y en ciertos casos, aun llevar a la muerte instantánea. Por consiguiente, sólo el que está totalmente seguro de lo que hace puede permitirse ordenar un «stop».

"Al mismo tiempo, el «stop» exige una obediencia incondicional, sin la menor vacilación, ni la menor duda. Y esto lo hace un método invariable para estudiar la disciplina de escuela, la cual es algo totalmente diferente de la disciplina militar, por ejemplo. En esta última, todo es mecánico, y mientras más mecánico, mejor. En la disciplina de escuela, por el contrario, todo debe ser consciente, porque la meta consiste en despertar la conciencia. Y para mucha gente, la disciplina de escuela es mucho más difícil de seguir que la disciplina militar. En ésta, todo es siempre parecido, en la otra, todo es siempre diferente.

"Pero se presentan casos muy difíciles. Les voy a contar uno que viví personalmente. Fue hace muchos años, en Asia Central. Habíamos armado nuestra carpa al borde de un *arík*, de un canal de irrigación. Tres de nosotros transportábamos los bultos de una orilla del *arík* a la otra, sobre la cual se hallaba nuestra carpa. En el canal, el agua nos llegaba a la cintura. Uno de mis compañeros y yo acabábamos de trepar la ribera con nuestra carga, y nos preparábamos para vestirnos de nuevo. El tercero todavía estaba en el *arík*. Había dejado caer algo en el agua —luego supimos que se trataba de un hacha— y estaba tanteando el fondo con un palo largo. En ese momento, oímos una voz que venía de la carpa y que ordenaba: «¡stop!». Los dos nos quedamos inmóviles sobre la ribera, tal como estábamos. Nuestro camarada se encontraba justo en el campo de nuestra visión. Se hallaba inclinado sobre el agua, y desde que oyó el «stop», se quedó en esa posición. Pasaron uno o dos minutos, y de repente vimos que subía el agua del canal; sin duda alguien había abierto una



compuerta dos kilómetros río arriba. El agua subió muy rápidamente y pronto le llegó a la barbilla. Ignorábamos si el hombre de la carpa sabía que el agua estaba subiendo. No podíamos llamarlo, mucho menos volver la cabeza para ver dónde estaba, ni siquiera mirarnos el uno al otro. Sólo podía oír a mi amigo que jadeaba a mi lado. El agua subía muy rápidamente y pronto la cabeza del hombre desapareció por completo. Sólo se veía una mano, la que se apoyaba en el palo; era lo único visible. El tiempo que pasó me pareció interminable. Por fin oímos: «¡basta!». Saltamos y sacamos a nuestro amigo fuera del agua. Estaba casi asfixiado."

Por nuestra parte, no tardamos en convencernos de que el ejercicio de "stop" no era una broma. En primer lugar, exigía que estuviéramos constantemente alerta, constantemente listos para interrumpir lo que hacíamos o decíamos; luego, a veces, exigía una resistencia y una tenacidad de una calidad muy especial.

El "stop" nos sorprendía en cualquier momento del día. Una tarde, a la hora del té, P., que estaba sentado frente a mí acababa de servirse un vaso de té hirviendo, y lo soplabá a fin de llevárselo a los labios. En ese momento se oyó un "stop" de la pieza vecina. La cara de P., y la mano que sostenía el vaso se hallaban justo bajo mi mirada. Lo vi volverse morado y noté que un pequeño músculo de su párpado se estremecía. Pero sostenía bien su vaso, como si estuviera aferrado a él. Luego me explicó que solamente le habían dolido los dedos durante el primer minuto, después de lo cual, lo más difícil había sido mantener su brazo, que se había doblado inoportunamente, habiéndose detenido en su movimiento a mitad del camino. Pero le quedaron unas enormes ampollas en los dedos y sufrió durante mucho tiempo.

En otra oportunidad, un "stop" sorprendió a Z. cuando acababa de aspirar el humo de su cigarrillo. Luego nos confesó que nunca había pasado por algo tan desagradable en su vida. No podía exhalar el humo y se quedó así, con los ojos llenos de lágrimas, el humo saliendo muy lentamente de su boca.

El "stop" tuvo una enorme influencia en nuestra vida y en nuestra comprensión del trabajo. En primer lugar, la actitud hacia el "stop" mostraba con una precisión indudable la actitud de cada uno respecto al trabajo. Los que habían tratado de esquivar el trabajo esquivaban el "stop". Dicho de otra manera, no oían la orden de "stop", o bien decían que no les concernía. O por el contrario, siempre estaban listos para el "stop", no se permitían ningún movimiento descuidado. procuraban no tener nunca un vaso de té caliente en la mano, se sentaban y se paraban precipitadamente. Hasta cierto punto, era posible trampear con el "stop", pero claro está que esto no podía dejar de notarse. Se podía distinguir así quiénes se protegían, y quiénes habían resuelto no protegerse; quiénes sabían tomar el trabajo seriamente, y quiénes trataban de aplicarle métodos ordinarios, evitar dificultades, "adaptarse". Igualmente, el "stop" mostraba quiénes de los nuestros eran incapaces de someterse a una disciplina de

escuela, o aun rehusaban tomarla en serio. Llegó a ser evidente para nosotros que sin el "stop" y los demás ejercicios que lo acompañaban, nunca se podría obtener nada por un camino puramente psicológico.

Pero más tarde, el trabajo nos enseñó precisamente los métodos del camino psicológico.

Para la mayoría de nosotros, la principal dificultad que pronto apareció, era el hábito de hablar. Nadie veía este hábito en sí mismo. Nadie podía combatirlo, porque siempre estaba unido a alguna característica que el hombre consideraba como positiva en él. Si hablaba de sí mismo o de los demás, era porque quería ser "sincero", o deseaba saber lo que otro pensaba, o bien ayudar a alguien, etc., etc...

Rápidamente me di cuenta de que la lucha contra el hábito de charlar o, en general, de hablar más de lo necesario, podía volverse el centro de gravedad del trabajo sobre sí, porque este hábito se relacionaba con todo, penetraba en todo, y para muchos de nosotros era el menos notado. Era verdaderamente curioso observar cómo, en todo lo que el hombre emprende, este hábito (digo hábito a falta de otra palabra; sería más correcto decir: este pecado o esta calamidad) tomaba en seguida posesión de todo.

Durante el mismo período en Essentuki, entre otras cosas G. nos hizo hacer un pequeño experimento de ayuno. Anteriormente yo había hecho experimentos de este género, y me eran en gran parte familiares. Pero para muchos otros, era nueva esta impresión de días interminables, de vacío total, de la futilidad de la existencia.

—Bien, dijo uno de nosotros, ahora veo muy claramente *por qué* vivimos y el lugar que tiene el alimento en nuestras vidas."

Pero en cuanto a mí, lo que me interesaba particularmente, era constatar el lugar que tenía en la vida el parlotear. A mis ojos, este primer ayuno se reducía para cada uno a *charlar* sin parar sobre el ayuno, durante varios días: "dicho de otra manera, cada uno hablaba de sí mismo. A este respecto, recordé viejas conversaciones que había tenido con uno de mis amigos en Moscú sobre el hecho de que el silencio voluntario debía ser la disciplina más severa a la cual un hombre pudiera someterse. Pero en aquella época lo que entendíamos por esto era el silencio absoluto. Una vez más, las explicaciones de G. hicieron resaltar el asombroso carácter práctico que diferenciaba su enseñanza y sus métodos de todo lo que había conocido anteriormente.

—El silencio completo es más fácil, dijo, cuando traté de compartir con él mis ideas sobre este tema. El silencio completo es simplemente un camino fuera de la vida, bueno para un hombre en un desierto o en un monasterio. Aquí, hablamos del trabajo en la vida. Y se puede guardar silencio de tal manera que nadie se dé cuenta. Todo el problema surge del hecho de que decimos demasiadas cosas. Si nos limitáramos únicamente a las palabras realmente indispensables, esto en sí mismo

podría llamarse guardar silencio. Y es así para todo: para el alimento, para los placeres, para el sueño; para cada cosa lo que es necesario tiene un límite. Más allá comienza el «pecado». Trate de comprender esto bien: «pecado» es todo lo que no es necesario.

—Pero si desde ahora, en este mismo instante, la gente se abstuviera de todo lo que es inútil, ¿qué sería toda su vida? pregunté. Y ¿cómo distinguirían lo que es necesario de lo que no lo es?

—De nuevo habla usted a su manera, dijo G. Yo no hablaba en absoluto de la «gente». Ésta no va a ninguna parte y para ella no hay pecado. Pecado es lo que clava al hombre en el sitio cuando ha decidido ir, y es capaz de ir. Los pecados son para aquellos que siguen el camino, o que se acercan a él. Y desde entonces pecado es lo que detiene a un hombre, lo que le ayuda a engañarse y a imaginar que está trabajando, cuando simplemente está dormido. El pecado es lo que adormece al hombre cuando ya ha decidido despertar. ¿Y qué es lo que adormece al hombre? Nuevamente, todo lo que es inútil, todo lo que no es indispensable. Lo indispensable siempre está permitido. Pero más allá, inmediatamente comienza la hipnosis. Sin embargo, deben recordar que esto concierne únicamente a los que están o creen estar en el trabajo. Y el trabajo consiste en someterse voluntariamente a un sufrimiento temporal para librarse del sufrimiento eterno. Pero la gente le teme al sufrimiento. Quiere el placer ahora, de inmediato, y para siempre. No quieren comprender que el placer es un *atributo del paraíso*, y que es preciso ganarlo. Y esto es necesario, no por razón o en nombre de alguna ley moral —arbitraria o interior— sino porque si el hombre obtiene el placer antes de haberlo ganado, no estará en condición de mantenerlo, y el placer se volverá sufrimiento. Lo esencial es que hay que ser capaz de conquistar el placer, y ser capaz de conservarlo. Quien puede hacerlo no tiene que aprender. Pero el camino que conduce allí pasa por el sufrimiento. El que se imagina que, tal como es, puede aprovechar del placer, se engaña mucho, y si es capaz de ser sincero consigo mismo, entonces llegará el momento en que podrá darse cuenta."

Pero volvamos a los ejercicios físicos que ejecutábamos en esa época. G. nos enseñó los diferentes métodos en uso en las escuelas. Entre los ejercicios más interesantes, aunque de una dificultad increíble, estaban los que consistían en realizar una serie de movimientos consecutivos, haciendo pasar la atención de una parte del cuerpo a otra.

Por ejemplo, un hombre está sentado en el suelo, con las rodillas dobladas, manteniendo los brazos entre los pies, con las palmas de las manos juntas; luego debe levantar una pierna y contar: *om, om, om, om, om, om, om, om, om, om, om*, diez veces *om*, luego nueve veces *om*, ocho veces *om*, siete veces *om*, etc. descendiendo hasta uno, y de nuevo dos veces, tres veces *om*, etc. Durante este tiempo, debe tener la "sensación" de su ojo derecho. Luego, apartar el pulgar y tener la "sensación" de la

oreja izquierda y así sucesivamente.

Primeramente uno debía recordar el orden de los movimientos y el de las "sensaciones", luego no equivocarse al contar, acordarse de la cuenta de los movimientos y de las "sensaciones". Esto ya de por sí era muy difícil, pero no era todo. Cuando uno de nosotros había dominado este ejercicio y podía hacerlo, digamos durante diez o quince minutos, se le daba como complemento, un ejercicio especial de respiración, a saber: debía aspirar pronunciando *om* un cierto número de veces, e igualmente espirar pronunciando *om* un cierto número de veces; además, la cuenta debía hacerse en voz alta. Luego el ejercicio se volvía más y más complicado, casi hasta lo imposible. Y G. nos contaba que había visto hombres hacer *durante días enteros* ejercicios de este género.

El breve ayuno de que he hablado se acompañaba también con ejercicios especiales. Desde el comienzo, G. explicó que la dificultad en el ayuno consistía en no dejar sin usar las sustancias que se elaboran en el organismo para la digestión de los alimentos.

—Estas sustancias, dijo, son soluciones muy concentradas. Y si no se les presta atención, envenenan el organismo. Deben ser utilizadas hasta agotarlas. Pero ¿cómo agotarlas si el organismo no toma ningún alimento? Sólo con un aumento de trabajo, con un exceso de transpiración. La gente comete un temible error cuando se pone a «ahorrar sus fuerzas», a hacer la menor cantidad posible de movimientos, etc... mientras ayuna. Por el contrario, hay que gastar la mayor cantidad posible de energía. Sólo entonces el ayuno puede ser de provecho."

Cuando comenzamos nuestro ayuno, G. no nos dejó en paz ni un solo segundo. Nos hacía correr en pleno calor unos tres o cuatro kilómetros, o quedarnos con los brazos extendidos, o marcar el paso a un ritmo acelerado, o ejecutar toda una serie de curiosos ejercicios de gimnasia que él nos enseñaba.

Durante todo este ayuno, G. insistía sin cesar en que estos ejercicios no eran los verdaderos, sino simplemente preliminares y preparatorios.

Con relación a lo que G. decía referente a la respiración y a la fatiga, hice un experimento que me explicó muchas cosas, particularmente porque es tan difícil llegar a algo en las condiciones ordinarias de la vida.

Había ido a un cuarto donde nadie me podía ver y me puse a marcar el paso a un ritmo acelerado, tratando al mismo tiempo de regular mi respiración mientras contaba: aspiraba durante un cierto número de pasos, y espiraba durante otro número de pasos. Al cabo de cierto tiempo, cuando estaba un poco cansado, me di cuenta, o para ser más exacto sentí muy claramente, que mi respiración se había vuelto artificial e inestable. Sentí que en pocos segundos más sería incapaz de respirar de esa manera continuando marcando el paso, y que mi respiración normal —acelerada por supuesto— volvería a tomar el mando a pesar de la cuenta.

Se me hacía cada vez más difícil continuar respirando y marcando el paso sin dejar de observar la cuenta de las respiraciones y de los pasos. Estaba bañado en sudor, mi cabeza comenzaba a dar vueltas y pensé que me iba a caer. Desesperaba por obtener el más mínimo resultado y estaba a punto de detenerme, cuando de repente me pareció que algo se rompía o se desplazaba dentro de mí; entonces mi respiración regresó tranquila y normalmente al ritmo que yo quería, pero sin ningún esfuerzo de mi parte, y sin dejar de procurarme la cantidad de aire que necesitaba. Era una sensación extraordinaria, y de lo más agradable. Cerré los ojos y continué marcando el paso, respirando cómoda y libremente; me parecía que una fuerza crecía en mí y que yo me volvía más ligero y más vigoroso. Pensé que si pudiera correr de esta manera durante cierto tiempo, obtendría resultados todavía más interesantes, porque habían comenzado a invadir mi cuerpo olas de temblorosa alegría. Y esto —lo sabía por mis experimentos anteriores— precedía siempre lo que yo llamaba la apertura de la conciencia interior.

Pero justo en ese momento alguien entró en el cuarto y me detuve.

Mi corazón latió muy fuertemente durante mucho tiempo, pero esto no me era desagradable. Había marcado el paso y respirado durante más o menos media hora. No aconsejaría este ejercicio a las personas de corazón débil.

En todo caso, este experimento me enseñó con precisión que un ejercicio dado podía ser transferido al centro motor, o dicho de otra manera que era posible hacer trabajar al centro motor de una manera nueva. Al mismo tiempo, me había convencido de que la condición de esta transferencia era una fatiga extrema. Se comienza un ejercicio con la cabeza; y es sólo cuando se llega al último estado de fatiga, que el control puede pasar al centro motor. Eso explicaba las palabras de G. sobre los "super-esfuerzos", y hacía inteligibles sus últimas recomendaciones.

Pero después, a pesar de los esfuerzos que hice, no llegué a repetir más este experimento, es decir a provocar las mismas sensaciones. Es verdad que el ayuno había terminado y que el éxito de mi experimento se debía en gran parte a éste.

Cuando le conté a G. lo que había experimentado, me dijo que sin un trabajo general, sin un trabajo del organismo entero, tales hechos sólo podían suceder por accidente.

Más tarde, les oí, a los que estudiaban con G. las danzas y los movimientos de derviche, describir varias veces experiencias muy parecidas a la mía.

Cuanto más veíamos y más nos dábamos cuenta de la complejidad y de la diversidad de los métodos de trabajo sobre sí, tanto más evidentes nos parecían las dificultades del camino. Comprendíamos que además de un saber vasto y de esfuerzos inmensos, había la necesidad imperiosa de una ayuda que ninguno de nosotros podía ni tenía derecho de esperar. Nos dábamos cuenta de que el solo hecho de tomar en serio el trabajo sobre sí era un fenómeno excepcional que exigía millares

de condiciones favorables, interiores y exteriores. El hecho de comenzar el trabajo no daba ninguna garantía para el porvenir. Cada paso demandaba un esfuerzo, cada paso reclamaba una ayuda. La posibilidad de alcanzar cualquier cosa parecía tan ínfima en comparación con las dificultades, que muchos de los nuestros perdían todo deseo de hacer esfuerzos.

Cada uno debe pasar por eso, obligatoriamente, antes de poder comprender cuán inútil es pensar en la posibilidad o imposibilidad de grandes y lejanos logros; el hombre debe aprender a apreciar lo que adquiere hoy, sin pensar en lo que puede adquirir mañana.

Pero sin ninguna duda, la idea de un camino difícil y exclusivo era justa. Y ésta nos llevó más de una vez a plantearle a G. preguntas de este género:

—¿Es posible que haya alguna diferencia entre nosotros y aquellos que no tienen ninguna idea de esta enseñanza?

—¿Debemos comprender que fuera de los caminos, la gente está condenada a dar vueltas eternamente en un solo y mismo círculo, que no son otra cosa sino «alimento para la luna», que no hay para ellos ningún escape, ninguna posibilidad?

—¿Acaso es justo pensar que no hay ningún camino *fuera de los caminos*? y, ¿cómo es posible que algunos hombres, tal vez entre los mejores, no encuentren ningún camino, mientras que la posibilidad de encontrar uno se ofrece a otros hombres, débiles e insignificantes?

Volvíamos sin cesar a este problema. Anteriormente G. siempre había insistido sobre la imposibilidad de encontrar cualquier cosa *fuera de los caminos*. Sin embargo, un día empezó a hablarnos de manera bastante diferente:

—No hay nada, y no puede haber nada que distinga particularmente a los que toman contacto con «los caminos». En otros términos, nadie los escoge, ellos mismos se escogen, en parte por accidente, en parte porque tienen hambre. El que no está hambriento no puede ser ayudado por accidente. Pero quienquiera que sienta muy fuertemente este hambre puede ser llevado por accidente al punto de partida del camino, a pesar de las circunstancias desfavorables.

—Pero ¿qué decir de aquellos que han sido matados en esta guerra por ejemplo, o han muerto por enfermedad? preguntó alguien. ¿No hay entre ellos muchos que han podido tener este hambre? ¿Y de qué les ha servido entonces?

—Es totalmente diferente, dijo G. Esos hombres han caído bajo una ley general. No hablamos de ellos ni podemos hacerlo. Sólo podemos hablar de aquellos que, gracias a la suerte, al destino, o a su propia habilidad, escapan a la ley general, es decir, de aquellos que se mantienen fuera de la acción de toda ley general de destrucción. Por ejemplo, las estadísticas nos señalan que cada año en Moscú, cierto número de personas cae bajo los tranvías. Por grande que sea el hambre de un hombre, si se cae bajo un tranvía y si el tranvía lo aplasta, ya no podemos hablar de él

desde el punto de vista del trabajo, desde el punto de vista de los «caminos». No podemos hablar sino de aquellos que están vivos y sólo mientras estén vivos. Los tranvías o la guerra es exactamente la misma cosa. Una simple cuestión de escala. Hablamos aquí de aquellos que no caen bajo los tranvías.

"Si un hombre tiene hambre, tiene la posibilidad de encontrar el comienzo del camino. Pero fuera del hambre, se necesitan otros «rollos». De otra manera no verán jamás el camino. Imagínense que un europeo culto, es decir un hombre que no sabe nada sobre la religión, encuentra la posibilidad de un camino religioso. No verá nada ni comprenderá nada. Para él eso será estupidez y superstición. Y sin embargo, puede que esté bien hambriento, aunque su hambre no se exprese sino por una búsqueda intelectual. Lo mismo es para un hombre que nunca ha oído hablar de los métodos de yoga, del desarrollo de la conciencia, etc.: si se encuentra en presencia de un camino yoga, todo lo que oirá estará muerto para él. Y el cuarto camino es aún más difícil. Para que un hombre pueda apreciarlo en su justo valor, tiene que haber pensado y sentido, tiene que haber estado decepcionado anteriormente por muchas cosas. Tiene que haber experimentado previamente los caminos del faquir, del monje, y del yogui, y si no, al menos haber tenido conocimiento de ellos, haber meditado sobre ellos y haberse convencido de que no son buenos para él. No tomen al pie de la letra lo que acabo de decir; este proceso mental puede ser ignorado por el hombre mismo, pero sus resultados deben estar en él y sólo ellos pueden ayudarlo a reconocer el cuarto camino. De otro modo puede estar muy cerca y no verlo.

"Pero es ciertamente falso decir que un hombre no tiene ninguna posibilidad si no entra en uno de estos caminos. Los «caminos» no son sino una ayuda; una ayuda dada a cada uno según su tipo.

"Claro está, que los «caminos», los caminos acelerados, los caminos de evolución personal e individual, al ser distintos de la evolución general, pueden precederla, pueden conducir a ella; pero en ningún caso se confunden con esta evolución.

"Que tenga lugar o no, la evolución general es otro asunto. Nos basta comprender que es posible, y que por consiguiente es posible la evolución para los hombres fuera de los «caminos». Para mayor precisión, diremos que hay dos «caminos». El primero lo llamaremos el «camino subjetivo». Engloba los cuatro caminos de los cuales hemos hablado. El otro, lo llamaremos «camino objetivo». Es el camino de los hombres en la vida. No deben tomar demasiado literalmente los términos «subjetivo» y «objetivo». Sólo expresan un aspecto. Me sirvo de ellos porque no hay otras palabras.

—¿Sería posible decir: camino «individual» y camino «general»? preguntó uno de nosotros.

—No, dijo G. Sería más impropio que «subjetivo» y «objetivo». El camino subjetivo no es individual en el sentido habitual de la palabra, pues este camino es un

«camino de escuela». Desde este punto de vista, el «camino objetivo» es más individual, porque permite muchas más particularidades individuales. No, es preferible conservar estos términos: «subjetivo» y «objetivo». No son del todo satisfactorios, pero los emplearemos con reserva.

"Los que siguen el camino objetivo viven simplemente en la vida. Son aquellos a quienes llamamos buena gente. Para ellos no son necesarios los métodos o los sistemas particulares, se apoyan en las enseñanzas intelectuales y religiosas ordinarias, en la moral ordinaria, y viven según su conciencia. No hacen necesariamente mucho bien, pero tampoco hacen daño. Se trata a veces de personas totalmente simples y sin educación, pero que comprenden muy bien la vida, que tienen una evaluación justa de las cosas y un punto de vista justo. Y, claro está, se perfeccionan y evolucionan. Pero su camino puede ser muy largo y acarrear muchas repeticiones inútiles."

Desde hacía mucho tiempo deseaba que G. me precisara algo sobre la repetición, pero él siempre lo eludía. Esta vez, también hizo lo mismo. En lugar de responder a mi pregunta sobre este tema, continuó:

—Los que siguen el camino subjetivo, y sobre todo los que acaban de comenzar, a menudo se imaginan que los otros, es decir los que siguen el camino objetivo, no avanzan. Pero esto es un grave error. Un simple *obyvatel* a veces puede hacer en sí mismo tal trabajo que alcanzará a los otros aunque estos sean monjes o hasta yoguis.

"*Obyvatel* es una extraña palabra de la lengua rusa. Tiene el sentido corriente de «habitante» a secas. Se le utiliza también desdeñosa o irrisoriamente: ¡*Obyvatel!* como si no pudiera haber nada peor. Pero los que hablan así no comprenden que el *obyvatel* es la médula sana y vigorosa de la vida. Y desde el punto de vista de la posibilidad de una evolución, un buen *obyvatel* tiene muchas más oportunidades que un «lunático» o que un «vagabundo». Luego explicaré tal vez lo que entiendo por estas dos palabras. Mientras tanto hablaremos del *obyvatel*."

"No quiero decir que todos los *obyvatels* siguen el camino objetivo. De ningún modo. Entre ellos, se pueden encontrar ladrones, bribones y locos. Pero son de otro tipo. Simplemente, quiero decir que el solo hecho de ser un buen *obyvatel* no es impedimento para el «camino». Además, existen diferentes tipos. Imagínense, por ejemplo, al *obyvatel* que vive como todo el mundo, que no sobresale en nada; es tal vez un buen patrón, que gana mucho dinero, tal vez hasta tacaño... Al mismo tiempo, sueña con una vida religiosa, sueña con dejar todo, un día u otro, y entrar en un monasterio. De veras, tales casos se presentan en Oriente, y hasta en la misma Rusia. Un hombre vive su vida de familia y trabaja, luego cuando sus hijos y sus nietos han crecido, lo deja todo y entra en un monasterio. Tal es el *obyvatel* del cual hablo. Tal vez ni siquiera entra en un monasterio, quizás no lo necesita. Su propia vida como *obyvatel* le puede servir de camino."



"Aquellos que piensan en los caminos, de un modo determinado, sobre todo aquellos que siguen los caminos intelectuales, a menudo miran desde lo alto al *obyvatel*, y en general desprecian sus virtudes. Pero así no hacen más que demostrar su propia falta de calificación para cualquier camino. Pues ningún camino puede comenzar en un nivel inferior al del *obyvatel*. A menudo se pierde de vista que muchas personas, incapaces de organizar sus propias vidas, y demasiado débiles para luchar por dominarlas, sueñan con caminos o con lo que ellos consideran caminos, porque se imaginan que eso será más cómodo que la vida, y que eso justifica, por así decirlo, su debilidad y su perpetua falta de adaptación. Desde el punto de vista del camino, el que es capaz de ser un buen *obyvatel* es ciertamente más útil que un «vagabundo» que se imagina ser superior. Llamó «vagabundos» a todos los miembros de la así llamada «*inteligentzia*» —artistas, poetas y todos los «bohemos» en general, que desprecian al *obyvatel* y que, al mismo tiempo, no serían capaces de existir sin él. Desde el punto de vista del trabajo, la capacidad de orientarse en la vida es una de las cualidades más útiles. Un buen *obyvatel* tiene la talla suficiente para mantener por lo menos a una veintena de personas con su propio trabajo. ¿Qué vale un hombre que no es capaz de hacer otro tanto?

—¿Qué significa exactamente *obyvatel*? preguntó alguien. ¿Se puede decir que un *obyvatel* es un buen ciudadano?

—¿Debe ser patriota un *obyvatel*? preguntó otro. En caso de guerra ¿qué actitud debe adoptar?

—Puede haber diferentes clases de guerras y diferentes clases de patriotas, dijo G. Ustedes siguen creyendo en las palabras. Un *obyvatel*, si es que es un buen *obyvatel*, no cree en las palabras. Se da cuenta cuántas quimeras se esconden detrás de ellas. Para él, los que ostentan a gritos su patriotismo son psicópatas y los trata como a tales.

—Y, ¿cómo considera un *obyvatel* a los pacifistas o a los que rehusan ir a la guerra?

—¡Exactamente como a lunáticos! Son quizás aun peores."

En otra ocasión, con referencia a la misma pregunta G. dijo:

—Muchas cosas permanecen incomprensibles porque ustedes no toman en cuenta el significado de algunas de las palabras más simples; por ejemplo, nunca han pensado en lo que quiere decir: *ser serio*. Traten ustedes mismos de responder a esta pregunta. ¿Qué significa: ser serio?

—Tener una actitud seria hacia las cosas, dijo alguien.

—Eso, justamente, es lo que todo el mundo piensa, dijo G.; en realidad, es exactamente a la inversa. Tener una actitud seria hacia las cosas no significa de ninguna manera ser serio, ya que toda la cuestión estriba en saber *hacia qué cosas*. Un gran número de personas tiene una actitud seria hacia cosas insignificantes. ¿Se

puede decir que son personas serias? ¡Por supuesto que no!

"El error proviene de que el concepto «serio» es tomado en un sentido muy relativo. Lo que es serio para uno no lo es para otro, y viceversa. En realidad, lo serio es uno de esos conceptos que nunca se pueden tomar relativamente, bajo ninguna circunstancia. Hay una sola cosa que es seria para todo el mundo, todo el tiempo. El hombre puede más o menos darse cuenta de ello, pero eso no alterará en lo más mínimo la seriedad de las cosas.

"Si el hombre pudiera comprender todo el horror de la vida de las personas ordinarias que giran en un círculo de intereses y de metas insignificantes, si pudiera comprender lo que pierden, comprendería que no puede haber sino una sola cosa seria para él: escapar a la ley general, ser libre. ¿Qué puede ser serio para un hombre en prisión, condenado a muerte? Una sola cosa: cómo salvarse, cómo escapar. Nada más es serio.

"Cuando digo que un *obyvatel* es más serio que un «vagabundo» o que un «lunático», quiero decir que un *obyvatel*, acostumbrado a manejar valores reales, evalúa las posibilidades de los «camino», las posibilidades de «liberación» y de «salvación», mejor y más rápido que un hombre que toda su vida está preso en el círculo habitual de valores imaginarios, intereses imaginarios y posibilidades imaginarias.

"Para el *obyvatel*, no son serios los que viven de ilusiones y sobre todo de la ilusión de que son capaces de hacer algo. El *obyvatel* sabe que éstos no hacen más que engañar a la gente que los rodean, prometiéndoles Dios sabe qué, mientras que en realidad están simplemente arreglando sus pequeños asuntos; o lo que es aún mucho peor, son lunáticos, gente que cree todo lo que se les dice.

—¿A qué categoría pertenecen los políticos que hablan desdeñosamente del *obyvatel*, de las opiniones del *obyvatel*, y de los intereses del *obyvatel*? preguntó alguien.

—Son los peores *obyvatels*, dijo G., es decir los *obyvatels* que no tienen en ellos nada positivo, nada que los redima —son charlatanes, lunáticos o bribones.

—Pero, ¿no puede haber hombres honestos y decentes entre los políticos? preguntó otro.

—Ciertamente que puede haberlos, dijo G., pero en ese caso, no son hombres prácticos, son soñadores, y otros los utilizarán como cortinas para esconder sus propios asuntos sospechosos.

"El *obyvatel*, aun cuando no lo sepa de una manera filosófica, es decir aun cuando no sea capaz de formularlo, sabe sin embargo que las cosas «suceden» solas, lo sabe por su propia perspicacia; por consiguiente, se ríe por dentro de aquellos que creen o que quisieran hacerle creer que ellos mismos significan algo, que algo depende de su decisión y que pueden cambiar, o en general hacer algo. Para él eso no se llama ser

serio, y la comprensión de lo que no es serio puede ayudarlo a apreciar lo que es serio."

A menudo volvíamos al tema de las dificultades del camino. Nuestra propia experiencia de la vida en común y de un trabajo constante nos ponía sin cesar en nuevas dificultades interiores.

—Toda la cuestión estriba en esto: estar dispuesto a sacrificar su propia libertad, decía G. El hombre, consciente o inconscientemente, lucha por la libertad tal como la imagina, y es esto, sobre todo, lo que le impide alcanzar la verdadera libertad. Pero el que es capaz de alcanzar algo, tarde o temprano llega a la conclusión de que su libertad es una ilusión, y consiente en sacrificar esta ilusión. Voluntariamente, se vuelve esclavo. Hace lo que le dicen que haga, repite lo que le dicen que repita, y piensa lo que le dicen que piense. Nada teme perder, porque sabe que no posee nada. Y de esta manera adquiere todo. Lo que le era real, en su comprensión, en sus simpatías, sus gustos y sus deseos, todo le vuelve, con nuevas propiedades que él no tenía y que no podía tener antes, asociadas con un sentimiento interior de unidad y de voluntad. Pero para llegar a esto, el hombre debe pasar por el duro camino de la esclavitud y de la obediencia. Y si desea resultados, tiene que obedecer no sólo exterior, sino interiormente. Esto exige una fuerte determinación y esta determinación requiere a su vez una gran comprensión del hecho de que no hay otro camino, que un hombre no puede hacer nada *por sí mismo*, y que por lo tanto algo se tiene que hacer.

"Cuando un hombre llega a la conclusión de que no puede ni quiere vivir más tiempo como ha vivido hasta entonces, cuando realmente ve en qué consiste su vida y decide trabajar, debe ser sincero consigo mismo para no caer en una situación aún peor. Porque no hay nada peor que comenzar el trabajo sobre sí, luego abandonarlo y encontrarse entre dos sillas: más vale ni siquiera comenzar.

"Y para no comenzar en vano, ni correr el riesgo de engañarse por propia cuenta, un hombre tendrá que poner su decisión a prueba más de una vez. Ante todo, debe saber hasta dónde quiere ir y lo que está dispuesto a sacrificar. Nada es más fácil, ni más vano, que responder: todo. El hombre nunca puede sacrificar todo y esto no se le puede pedir jamás. Pero debe definir exactamente lo que está listo a sacrificar y no regatear más sobre este asunto en lo sucesivo. Si no, le pasará como al lobo del cuento armenio."

¿Conocen ustedes el cuento armenio del lobo y las ovejas?

"Había una vez un lobo que hacía grandes matanzas de ovejas. sembrando la desolación en los pueblos.

"A la larga, no sé bien por qué, fue preso súbitamente de remordimientos y se arrepintió; es así que decidió reformarse y no degollar más ovejas.

"A fin de mantener seriamente su promesa, fue a buscar al cura y le pidió que le celebrara una misa de acción de gracias.

"El cura comenzó la ceremonia; el lobo asistía, sollozando y rezando. La misa duró largo rato. El lobo había exterminado muchas ovejas del cura y por lo tanto éste rezaba con ardor a fin de que el lobo se enmendara de verdad. De pronto el lobo, al echar un vistazo por la ventana, vio a las ovejas que volvían al redil. Ya no podía quedarse quieto; pero el cura se eternizaba en sus oraciones.

"Por último, el lobo no pudo contenerse más y gritó:

"«¡Terminemos, cura! o todas las ovejas habrán entrado y ya no tendré nada que comer.»

"Es un cuento muy sabroso, porque describe admirablemente al hombre: el hombre está dispuesto a sacrificar todo, pero en cuanto a su comida de hoy, eso es ya otra historia...

"El hombre siempre quiere comenzar por algo grande. Pero es imposible; no tenemos alternativas, tenemos que comenzar por las cosas de hoy día."

Anotaré otra conversación como muy característica de los métodos de G. Estábamos paseando por el parque. Éramos cinco además de él. Uno de nosotros le preguntó cuáles eran sus puntos de vista en materia de astrología, si había algo de valor en las teorías más o menos conocidas de esta ciencia.

—Sí, dijo G., todo depende de la manera en que se la comprenda. Puede tener valor, o por el contrario no tener ninguno. La astrología sólo se refiere a una parte del hombre, *su tipo*, su esencia —no se refiere a la personalidad, a sus cualidades adquiridas. Si comprenden esto, comprenderán lo que puede haber de valor en la astrología."

Ya habíamos, tenido en nuestros grupos conversaciones sobre el tema de los tipos, y nos parecía que la ciencia de los tipos era una de las partes más difíciles del estudio del hombre, debido a que G. no nos había dado sino unos pocos elementos, exigiendo de nosotros observaciones personales acerca de nosotros mismos y de los demás.

Continuamos paseándonos, mientras G. trataba de explicarnos lo que en el hombre podía depender de las influencias planetarias y lo que se les escapaba.

Cuando salimos del parque, G. se calló y se adelantó. Lo seguimos, mientras hablábamos entre nosotros. Al pasar detrás de un árbol G. dejó caer su bastón —era un bastón de ébano con pomo de plata caucasiense— y uno de nosotros se agachó. lo recogió y se lo dio. G. caminó unos pasos más, luego, volviéndose hacia nosotros, dijo:

—Eso fue astrología, ¿comprenden? Todos me han visto dejar caer mi bastón. ¿Por qué sólo uno de ustedes lo recogió? Que cada uno responda por sí mismo."

Uno dijo que no había visto caer el bastón porque estaba mirando hacia otro lado. El segundo, que se había dado cuenta de que G. no había dejado caer su bastón accidentalmente, como cuando un bastón se engancha con algo, sino que lo había soltado a propósito. Eso había excitado su curiosidad y había esperado para ver qué

pasaba. El tercero dijo que había visto caer el bastón, pero que estaba demasiado absorbido en sus pensamientos sobre astrología para prestar suficiente atención, tratando sobre todo de acordarse de lo que G. había dicho una vez sobre este tema. El cuarto también había visto caer el bastón y pensó en recogerlo pero, justo en ese momento, el otro lo había recogido y se lo había dado a G. El quinto dijo que al ver caer el bastón se había visto inmediatamente recogéndolo y entregándolo a G. G. sonrió al escucharnos.

—Esto es astrología, dijo. En la misma situación, un hombre ve y hace una cosa, otro otra cosa, un tercero una tercera, y así sucesivamente. Y cada uno actúa según su tipo. Observen a los otros, obsérvense a sí mismos de esta manera, y tal vez hablaremos después de una astrología diferente."

El tiempo pasó muy rápidamente. El breve verano de Essentuki terminaba. Comenzamos a pensar en el invierno y a hacer toda clase de planes.

Y de repente todo cambió. Por una razón que me pareció accidental y que era el resultado de roces entre algunos de nuestros camaradas, G. anunció la disolución del grupo entero y la detención de todo trabajo. De primera intención, simplemente rehusamos creerle, pensando que nos sometía a alguna prueba. Y cuando dijo que se iba solo con Z. a la costa del mar Negro, todos —con excepción de un pequeño número de los nuestros que debía regresar a Moscú o a San Petersburgo— anunciaron que lo seguirían dondequiera que fuese. G. consintió, pero dijo que de ahora en adelante cada uno debía ocuparse de sí mismo y que no habría ningún trabajo, cualquiera que fuese el deseo que tuviésemos.

Todo esto me sorprendió mucho. Me parecía que no hubiera podido escoger peor momento para una "comedia" y si lo que G. decía era en serio, entonces, ¿por qué había sido emprendida esta obra? Durante este período, nada nuevo había aparecido en nosotros. Y si G. había comenzado a hacernos trabajar tal como éramos, ¿por qué entonces dejaba ahora de hacerlo?

Para mí eso no cambiaba nada materialmente. Había decidido pasar de todas maneras el invierno en el Cáucaso. Pero trastornaba los proyectos de algunos miembros de nuestro grupo que se encontraban en la incertidumbre; para ellos, la dificultad se tornaba insuperable. Y debo confesar que desde entonces mi confianza en G. comenzó a debilitarse. ¿De qué se trataba? ¿Y qué fue lo que me chocó particularmente? Aún ahora tengo dificultad para definirlo, pero el hecho es que a partir de ese momento empecé poco a poco a separar a G. mismo de sus ideas. Hasta entonces nunca los había separado.

Al fin de agosto, seguí a G. primero a Tuapsé y de allí fui a San Petersburgo con la intención de llevarme algunos objetos. Por desgracia, había tenido que dejar todos mis libros, pensando entonces que hubiera sido arriesgado llevarlos conmigo al Cáucaso. Pero en San Petersburgo, por supuesto todo se perdió.

## Capítulo dieciocho

*San Petersburgo: octubre 1917. La revolución bolchevique. Regreso de G. al Cáucaso. La actitud de G. hacia uno de sus alumnos. Los que acompañaron a G. a Essentuki. Otros miembros de nuestro grupo se reúnen de nuevo con él. Recomienzo del trabajo. Ejercicios más difíciles y más variados que antes. Ejercicios físicos y mentales, danzas derviches, estudios de "trucos" psíquicos. Negocio de seda. Lucha interior y decisión. La elección de gurus. Tomo la decisión de irme. G. sale para Sochi. Un momento difícil: guerra y epidemias. Nuevo estudio del eneagrama. Los "acontecimientos" no permiten quedarse más tiempo en Rusia. Londres, objetivo final. Resultados prácticos del trabajo sobre si: sensación de un nuevo "Yo"; "una extraña confianza". Constitución de un grupo en Rostov y exposición de las ideas de G. G. abre un Instituto en Tiflis. Viaje a Constantinopla. Reúno auditores. Llegada de G. Nuevo grupo presentado a G. "Traducción" de un canto derviche. G. el artista y G. el poeta. Comienzos del Instituto en Constantinopla. G. me autoriza para escribir y publicar un libro. Él parte para Alemania. 1921: decido continuar en Londres mi trabajo de Constantinopla. G. organiza su Instituto en Fontainebleau. Trabajo en el Castillo du Prieuré. Conversación con Katherine Mansfield. G. habla de las diferentes clases de respiración. "Respiración a través de los movimientos". Demostraciones en el Teatro de Campos Elíseos. Salida de G. para América en 1924. Decisión de seguir independientemente mi trabajo en Londres.*

No logré salir de San Petersburgo hasta el 15 de octubre, una semana antes de la revolución bolchevique. Era imposible quedarse un día más. Algo viscoso e inundo se aproximaba. Había en el aire una tensión mórbida y en todas partes se podía sentir la expectativa de sucesos inevitables. Los rumores se deslizaban, cada cual más absurdo, más estúpido que el otro. Un estado de embrutecimiento general. Nadie comprendía nada, nadie podía imaginarse el futuro. El "gobierno provisional", habiendo ya vencido a Kornilov, negociaba de la manera más correcta con los bolcheviques, quienes no disimulaban su desprecio por los "ministros socialistas" y solamente trataban de ganar tiempo. Por alguna razón, los alemanes no habían marchado sobre San Petersburgo, a pesar de estar abierto el frente. Muchos ponían su confianza en éstos, para que los salvaran tanto del "gobierno provisional" como de los bolcheviques. Pero yo no compartía esas esperanzas, porque, a mi parecer, lo que estaba sucediendo en Rusia comenzaba a escapar a todo control.

En Tuapsé todavía reinaba una calma relativa. Una especie de soviet sesionaba en la casa de campo del Shah de Persia, pero todavía no habían comenzado los saqueos.

G. se había instalado bastante lejos de allí, en el Sur, a unos treinta kilómetros de Sochi. Había alquilado una casa que miraba hacia el mar, había comprado un par de caballos, y vivía allí, con un pequeño grupo de unas diez personas.

Me reuní con ellos. El sitio era maravilloso, lleno de rosas, por un lado el mar, por el otro cadenas de montañas que ya estaban cubiertas de nieve. Sentía pena por los amigos que todavía se encontraban en San Petersburgo y en Moscú.

Pero ya desde el día siguiente de mi llegada, noté que algo no iba bien. No había nada de la atmósfera de Essentuki. Me asombró particularmente la actitud de Z. Cuando lo dejé a principios de septiembre para ir a San Petersburgo, Z. estaba lleno de entusiasmo; continuamente me apremiaba para que no me demorase allá, temiendo que pronto sería casi imposible regresar.

—¿No piensa usted volver a ver jamás San Petersburgo? le pregunté.

—¡El que vuela hacia las montañas no regresa! me había respondido.

Y ahora, apenas llegado a Uch Dere, me enteré de que Z. tenía intención de partir hacia San Petersburgo.

—¿Para qué regresa allá? Ya dejó su empleo. ¿Por qué quiere irse? le pregunté al doctor Sh.

—No sé. G. no está contento con él y dice que lo mejor es que se vaya."

Me hubiera gustado hablar con Z., pero él me evitaba; obviamente, no tenía ningún deseo de explicarme sus motivos. Se contentó con decirme que realmente tenía intención de partir.

Poco a poco, preguntando a otros, descubrí lo que había pasado: una querrela muy absurda entre G. y algunos letones, que eran nuestros vecinos. Z., que estaba presente, había dicho o hecho algo que a G. no le había gustado y desde ese día, la actitud de este último respecto a él había cambiado completamente. G. ya no le dirigía la palabra y, en general, ponía a Z. en tal situación que éste había tenido que anunciarle su partida.

Todo esto me pareció completamente idiota. Ir a San Petersburgo en ese momento era el colmo de lo absurdo. Allá solo había hambre, desórdenes en las calles, saqueos y nada más. Naturalmente en ese tiempo nadie se podía aún imaginar que nunca más veríamos San Petersburgo. Yo tenía intención de regresar en la primavera. Pensaba que para entonces la situación ya habría cambiado. Pero ahora, en invierno, ¡era insensato! Si Z. estuviera interesado en la política, si hubiera querido estudiar los acontecimientos, lo hubiera podido comprender; pero como no era éste el caso, no podía encontrar ningún motivo para su partida. Traté de convencerlo de que esperase, que no decidiera nada todavía, que hablara con G., tratando de aclarar el asunto. Z. me prometió no precipitar nada. Pero vi que en efecto se encontraba en una posición muy difícil. G. lo ignoraba completamente, y eso producía en él una impresión deprimente. Así pasaron dos semanas. Mis argumentos habían hecho efecto en Z. y

me dijo que se quedaría si G. se lo permitía. Fue a hablar con G., pero regresó rápidamente, con una expresión turbada en el rostro.

—¡Y bien! ¿Qué le ha dicho?

—Nada de particular. Me dijo que puesto que había decidido partir, lo mejor sería que lo hiciera."

Z. se fue. Yo no podía admitirlo; no hubiera dejado ir ni a un perro a San Petersburgo en un momento semejante.

G. tenía la intención de pasar el invierno en Uch Dere. Ocupábamos varias casas esparcidas en un terreno bastante grande. No había ningún "trabajo" de la clase que habíamos tenido en Essentuki. Cortábamos árboles para nuestra provisión de invierno; recogíamos peras silvestres; G. se iba a menudo a Sochi, donde uno de nuestros amigos estaba en el hospital, pues había contraído tifoidea antes de mi llegada de San Petersburgo.

Súbitamente G. decidió partir. Pensaba que aquí podíamos fácilmente encontrarnos totalmente incomunicados con el resto de Rusia, y sin provisiones.

G. se fue con la mitad de nosotros, y luego mandó al doctor Sh. por el resto. De nuevo reunidos en Tuapsé, comenzamos a hacer excursiones a lo largo de la costa hacia el norte, donde no había línea de ferrocarril. Durante una de ellas, Sh. encontró que algunos de sus amigos de San Petersburgo tenían una casa de campo a unos cuarenta kilómetros al norte.

Pasamos la noche con ellos y a la mañana siguiente, G. alquiló una casa situada a un kilómetro de la de ellos. Allí fue donde nuestro pequeño grupo se volvió a formar. Cuatro de los nuestros fueron a Essentuki.

Vivimos allí durante dos meses. Fue una época apasionante. G., el doctor Sh. y yo, íbamos a Tuapsé cada semana para abastecernos y comprar forraje para los caballos. Esas diligencias siempre quedarán grabadas en mi memoria. Cada una dio lugar a las aventuras más inverosímiles y a conversaciones muy interesantes. Nuestra casa, situada a cinco kilómetros del gran pueblo de Olghniki, dominaba el mar. Tenía la esperanza de que viviríamos más tiempo allí, pero en la segunda quincena de diciembre, corrieron rumores de que una parte del ejército caucásico subía a pie hacia Rusia, a lo largo de las costas del Mar Negro. G. decidió que volviéramos a Essentuki para comenzar un nuevo trabajo. Fui el primero en partir. Transporté una parte de nuestro equipaje a Pyatigorsk y volví. Aun se podía circular, aunque había bolcheviques en Armavir.

Los bolcheviques, en general, habían aumentado sus efectivos al norte del Cáucaso y ya se habían producido choques entre los cosacos y ellos. Cuando pasamos por Mineralni Vodi, todo estaba aparentemente tranquilo, aunque ya se habían efectuado allí numerosos asesinatos de personas detestadas por los bolcheviques.

G. alquiló una gran casa en Essentuki y mandó una circular firmada por mí,



fecha el 12 de febrero, invitando a todos los miembros de nuestros grupos de Moscú y de San Petersburgo, y a sus allegados, a vivir y a trabajar con él.

El hambre ya hacía estragos en San Petersburgo y en Moscú —mientras que la abundancia todavía reinaba en el Cáucaso. Se había vuelto muy difícil circular, y algunos, a pesar de sus deseos, no lograron reunirse con nosotros. Pero vinieron alrededor de cuarenta personas. Con ellas regresó Z., a quien también se le había dirigido la carta circular. Llegó muy enfermo.

Un día de febrero, mientras todavía estábamos en la incertidumbre, G., mostrándome la casa y todo lo que había arreglado, me dijo:

—¿Comprende ahora por qué recolectamos dinero en Moscú y en San Petersburgo? Usted decía entonces que un millar de rublos era demasiado. ¡Aun esa suma no hubiera alcanzado! Una persona y media ha pagado... Y ya he gastado mucho más de lo que recibí entonces."

G. tenía la intención de alquilar o comprar un terreno, hacer huertas y en general, organizar una colonia. Pero fue impedido por los acontecimientos que habían comenzado durante el verano.

Cuando nuestros amigos se reunieron, en marzo de 1918, se establecieron reglas muy estrictas en nuestra casa; estaba prohibido salir del lugar; de día y de noche se relevaban guardias. Y comenzaron los trabajos más variados.

En la organización de la casa y de nuestras vidas entraron principios muy interesantes.

Esta vez los ejercicios eran mucho más difíciles y variados que los del verano pasado: ejercicios rítmicos acompañados de música, danzas de derviches, ejercicios mentales, estudios de diversas maneras de respirar, y así sucesivamente. Entre los más difíciles estaban los ejercicios de imitación de fenómenos psíquicos: lectura del pensamiento, clarividencia, manifestaciones de médiums, etc. Antes de comenzar estos últimos, G. nos había explicado que el estudio de estos "trucos", como él los llamaba, era obligatorio en todas las escuelas orientales, porque era inútil comenzar el estudio de los fenómenos de carácter supranormal antes de haber estudiado todas las imitaciones, todas las falsificaciones posibles. Un hombre no puede distinguir lo real de lo engañoso en este campo, salvo que conozca todos los trucos y demuestre ser capaz de reproducirlos él mismo. Además, G. decía que un estudio práctico de los "trucos psíquicos" era en sí mismo un ejercicio irremplazable, puesto que nada podía favorecer mejor el desarrollo de la perspicacia, de la agudeza de la observación, de la sagacidad y aún de otras cualidades para las que el lenguaje de la psicología ordinaria no tiene palabras, pero que deben ser desarrolladas.

Sin embargo, nuestro esfuerzo se aplicaba en especial a la rítmica y a extrañas danzas destinadas a prepararnos para hacer luego ejercicios de derviches. G. no nos comunicaba sus propósitos, ni sus intenciones, pero por lo que había dicho

anteriormente, se podía pensar que todo esto tendía a llevarnos hacia un mejor control del cuerpo físico.

Además de los ejercicios, danzas, gimnasia, conversaciones, conferencias y quehaceres domésticos, se habían organizado trabajos especiales para los que no tenían dinero.

Recuerdo que cuando salimos de Alexandropol el año anterior, G. se había llevado una caja con madejas de seda, que había comprado muy barato en un remate, llevándola siempre consigo. Cuando estuvimos reunidos en Essentuki, G. distribuyó la seda entre las mujeres y los niños. Nos hizo fabricar tarjetas en forma de estrella, para devanarla. En seguida se encomendó a los que tenían dones de comerciantes entre los nuestros, que vendieran esta seda a los tenderos de Pyatigorsk, Kislovodsk y Essentuki. Hay que recordar que en aquella época no había casi ninguna mercadería. En cuanto a la seda, era increíblemente difícil conseguirla. Este trabajo se prolongó durante dos meses, y nos abasteció de una renta fuera de toda proporción con el precio de compra.

En tiempos normales, una colonia como la nuestra no hubiera podido existir en Essentuki, ni probablemente en ninguna otra región de Rusia. Habríamos llamado la atención y excitado la curiosidad pública, la policía habría intervenido, no se hubieran podido evitar escándalos, y por cierto que nos habrían sido atribuidas tendencias políticas, sectarias o inmorales. La gente está hecha de tal modo que necesariamente debe atacar todo lo que no puede comprender. Pero en esa época, es decir, en 1918, los que habrían sido los más indiscretos estaban ocupados en salvar su propio pellejo de los bolcheviques; en cuanto a éstos, todavía no eran lo suficientemente fuertes como para interesarse en la vida privada de las personas y de las organizaciones despojadas de todo carácter político. Y como se acababan de organizar entre los intelectuales de la capital, entonces reunidos en Mineralni Vodi, numerosos grupos y asociaciones de "trabajadores", nadie nos prestó la menor atención.

Una tarde, durante una conversación, G. nos invitó a buscar un nombre para nuestra colonia, y en general, encontrar un medio de legitimarnos. En esa época, Pyatigorsk estaba en poder de los bolcheviques.

—Piensen en algo como «Sodrujestvo»<sup>[18]</sup>, decía él, agregándole «conquista del trabajo» o «internacional». En todo caso, ellos no comprenderán. Pero es necesario que puedan ponernos una etiqueta "cualquiera".

Por turno cada uno hizo sus sugerencias.

Dos veces por semana se organizaron conferencias públicas en nuestra casa. Éstas tuvieron una numerosa asistencia, y dimos también demostraciones de fenómenos psíquicos, que no tuvieron mucho éxito porque nuestro público se sometía mal a nuestras instrucciones.

Mi posición personal en el trabajo de G. se había modificado poco a poco. Durante todo un año había visto muchas cosas que no podía comprender; todo eso se había acumulado, y sentía que *debía irme*.

Este cambio puede parecer extraño e inesperado después de todo lo que he escrito hasta aquí, pero se había realizado poco a poco. Desde hacía ya algún tiempo, como lo he dicho, veía la posibilidad de separar a G. de sus *ideas*. No tenía ninguna duda en lo que concierne a las ideas. Al contrario, mientras más reflexionaba sobre ellas, más penetraban en mí, y más aprendía a apreciarlas, a medir su importancia. Pero comenzaba a dudar de que fuera posible para mí o aun para la mayoría de nuestros compañeros, el continuar trabajando bajo la dirección de G.

No quiero decir de ninguna manera que encontrara malas sus acciones o sus métodos, ni que éstos cesaran de responder a lo que yo había esperado. Esta hubiera sido una actitud por lo menos fuera de lugar con respecto al maestro, una especie de inconsecuencia con relación a un trabajo cuya naturaleza esotérica yo había reconocido. En tal caso, una cosa excluye a la otra: en un trabajo de este orden, no se puede concebir ninguna especie de crítica, ni siquiera un "desacuerdo" con tal o cual persona. Al contrario, todo el trabajo consiste en hacer lo que el maestro indique conformándose a sus ideas, aunque no las exprese claramente; no se trata sino de ayudarlo en *todo* lo que haga. No puede haber otra actitud. Y G. nos había dicho muchas veces: lo más importante en el trabajo es *recordar que se ha venido para aprender* y no para otra cosa.

Sin embargo esto no significa en manera alguna, que un hombre deba seguir contra su voluntad un camino que no responda a lo que él busca. G. mismo decía que no había escuelas "generales", que cada *guru* en una escuela tiene su propia especialidad. Uno es escultor, otro músico, un tercero enseña otra cosa, y todos los alumnos del tal *guru* deben estudiar su especialidad. Existe entonces la posibilidad de elección. Depende de cada uno el encontrar al *guru* cuya especialidad sea *capaz* de estudiar, aquella que está de acuerdo con sus gustos, sus tendencias, y sus capacidades.

Es seguro que existen caminos muy interesantes, tales como la música y la escultura. Pero no se puede obligar a todo el mundo a que aprenda música o escultura. En el trabajo de escuela hay materias *obligatorias*, pero también hay materias auxiliares, que únicamente se proponen como medios de estudio de las obligatorias. Luego, las escuelas pueden diferir mucho. Según la doctrina de los tres caminos, los métodos de cada *guru* pueden estar más cerca ya sea del camino del faquir, del camino del monje o del camino del yogui. Y es evidente que un alumno puede comenzar por equivocarse, siguiendo a un guía al cual en realidad no puede seguir. La tarea del guía será la de disuadir al alumno realmente incapaz de trabajar con él, es decir incapaz de asimilar sus métodos, y de alcanzar la comprensión de las

materias de su especialidad. Si ocurriese, sin embargo, que un hombre se da cuenta y comprende que ha comenzado un trabajo con un guía a quien no puede seguir, entonces, claro está, debe irse, debe buscar otro *guru* o si es capaz de hacerlo, comenzar a trabajar independientemente.

En lo que concernía a mis relaciones con G., veía en aquella época que me había equivocado y que, si permanecía todavía con él, ya no iría en la misma dirección que al comienzo. Y pensaba que todos los miembros de nuestro pequeño grupo, con muy raras excepciones, estaban en una situación análoga, si no idéntica.

Era una conclusión sorprendente, pero absolutamente justa. No tenía nada que censurar en los métodos de G., excepto que no me convenían. Un ejemplo muy claro me vino entonces a la mente. Nunca había tenido una actitud negativa hacia la religión, es decir hacia "el camino del monje", sin embargo no hubiera podido pensar ni por un instante que tal camino fuera posible o conveniente para mí. Por lo tanto, si después de tres años de trabajo, me hubiese dado cuenta de que G., de hecho, nos estaba conduciendo hacia el monasterio, y que ahora exigía de nosotros la observación de todos los ritos, de todas las ceremonias, naturalmente esto hubiera sido para mí un motivo suficiente para no estar de acuerdo y para irme, aun arriesgando perder su dirección inmediata. Y ciertamente esto no hubiera querido decir que el camino religioso me habría parecido un camino falso en general. Al contrario, este camino es tal vez mucho más correcto que el mío, pero *no es el mío*.

No fue sino después de una gran lucha interior que tomé la decisión de dejar el trabajo con G. y de dejarlo a él mismo. Había basado demasiadas cosas en este trabajo para poder recomenzar fácilmente todo desde el principio. Pero no había nada más que hacer. Sin duda, no abandonaba nada de lo que había adquirido durante esos tres años. Sin embargo, tuvo que pasar todo un año antes de que pudiera ahondar en todo eso y descubrir cómo podría seguir trabajando en la misma dirección que G., conservando mi independencia.

Me fui a vivir a otra casa y volví a trabajar en el libro que había comenzado a escribir en San Petersburgo y que más tarde se publicaría bajo el título: *Un Nuevo Modelo del Universo*.

En el "Hogar" las conferencias y las demostraciones continuaron todavía durante cierto tiempo, y luego se detuvieron.

Algunas veces me encontraba con G. en el parque o en la calle, otras, venía a mi casa. Pero yo evitaba ir al "Hogar".

En esta época, la situación al norte del Cáucaso comenzaba a empeorar. Estábamos aislados de la Rusia Central; ya no sabíamos nada de lo que pasaba allí.

Después de la primera incursión de los Cosacos en Essentuki, la situación se agravó aún más, y G. decidió salir de Mineralni Vodi. No dijo a dónde pensaba ir, y, en realidad, ¿qué cosa habría podido decir en tales circunstancias?

Los que ya habían salido de Mineralni Vodi habían tratado de llegar a Novorossiysk y yo suponía que G. también trataría de ir en esa dirección. Por mi parte también decidí salir de Essentuki. Pero no quería partir antes que él, ya que sobre esto tenía un extraño sentimiento. Quería esperar hasta el fin, hacer todo lo que dependiera de mí para luego no tener que reprocharme el haber dejado escapar una sola posibilidad. Me era muy difícil desechar la idea de trabajar con G.

A comienzos de agosto, G. partió de Essentuki. La mayoría de los que vivían en el "Hogar" lo acompañaron. Algunos habían partido antes. Alrededor de diez personas se quedaron en Essentuki.

Decidí irme a Novorossiysk. Pero las circunstancias se modificaron rápidamente. Una semana después de la partida de G., todas las comunicaciones quedaron cortadas, aun con las localidades más próximas. Los Cosacos multiplicaron sus incursiones sobre la línea del ferrocarril que conducía a Mineralni Vodi y donde estábamos comenzaron los pillajes de los bolcheviques, sus "requisiciones" y todo lo demás. En aquel entonces fueron masacrados los "rehenes" de Pyatigorsk, el general Russki, el general Radko-Dimitriev, el príncipe Urussov y muchos otros.

Debo confesar que me sentí bien tonto. A fin de continuar el trabajo con G. no había partido al extranjero cuando todavía era posible hacerlo, y ahora me encontraba separado de G. y cortado de todo por los bolcheviques.

Aquellos de nosotros que permanecimos en Essentuki tuvimos que vivir una época muy difícil. Para mí y para mi familia las cosas resultaron relativamente bien. Solamente dos de nosotros cuatro, contrajeron tifoidea. Ninguno murió. No fuimos víctimas de ningún robo. Nunca dejé de tener trabajo ni de ganar dinero, lo que no fue el caso para todo el mundo. En enero de 1919, fuimos liberados por los Cosacos del ejército Denikine. Pero no pude salir de Essentuki sino en el verano.

Las noticias que teníamos de G. se reducían a poca cosa. Había llegado por tren a Maikop, después de lo cual todos los que se le habían reunido, comenzaron a atravesar las montañas con él, con un itinerario muy interesante pero muy difícil, para llegar a pie al puerto de Sochi, que acababa de ser tomado por los Georgianos. Cargando todo su equipaje, en regiones sin caminos ni senderos, afrontando todos los peligros posibles, habían franqueado cuellos elevados donde aun los mismos cazadores no se aventuraban sino raras veces. Y necesitaron todo un mes para llegar al mar.

Pero el estado de ánimo ya no era el mismo. En Sochi la mayoría se separó de G., como yo lo había previsto. P. y Z. entre otros. Sólo cuatro personas se quedaron con él, entre los cuales el doctor Sh., que había pertenecido al primer grupo de San Petersburgo. Los otros sólo habían formado parte de los "grupos jóvenes".

En febrero, P., que se había establecido en Maikop luego de su ruptura con G., vino a Essentuki para reunirse con su madre y por él nos enteramos de todos los

detalles de la caminata hacia Sochi. Los de Moscú habían partido hacia Kiev. G. con sus cuatro compañeros llegó a Tiflis. En la primavera, nos enteramos que él continuaba el trabajo con un nuevo equipo y una nueva orientación, basándolo principalmente en la música, las danzas y los ejercicios rítmicos.

Al final del invierno, habiendo mejorado un poco las condiciones de vida, empecé a revisar las notas y los diagramas que con permiso de G. había conservado desde San Petersburgo. El eneagrama me llamó particularmente la atención. Evidentemente la explicación del eneagrama había quedado incompleta, pero sentí por ciertos indicios que se podría continuar. Pronto vi que ante todo era necesario comprender el significado del "choque", aparentemente mal ubicado en el eneagrama, entre las notas *sol* y *la*. Recordando entonces comentarios que se habían hecho, presté atención a lo que decían las notas de Moscú sobre la influencia que tenían una sobre otra las tres octavas en el "diagrama de nutrición". Dibujé el eneagrama como se nos había mostrado y vi que representaba hasta un punto dado el "diagrama de nutrición" (fig. 59).

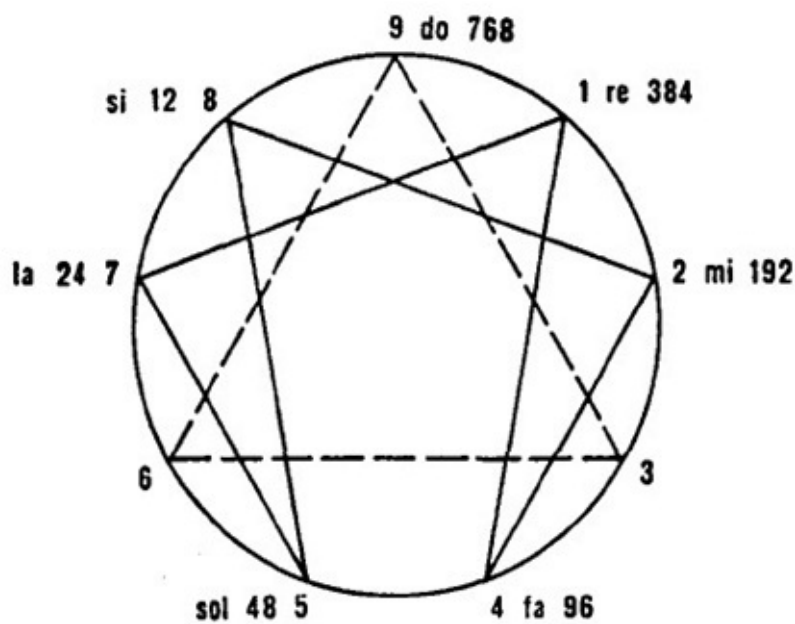


FIG. 59

El punto 3, o el intervalo *mi-fa*, era el sitio donde intervenía el "choque" dado por el *do* 192 de la segunda octava. Al agregar el comienzo de esta octava al eneagrama, vi que el intervalo *mi-fa* de la segunda octava coincidía con el punto 6, y el "choque" de este intervalo aparecía bajo la forma de *do* 48 de la tercera octava, que comenzaba en este punto. El dibujo completo de las octavas resultó como sigue:

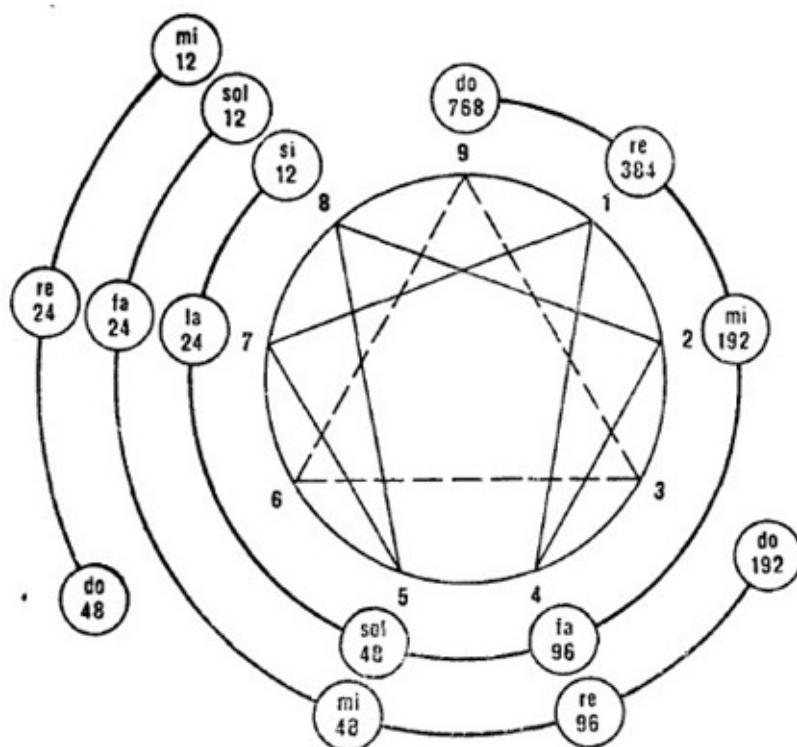


FIG. 60

Esto significaba que el lugar del "choque" no estaba mal situado en absoluto. El punto 6 designaba la entrada del "choque" en la segunda octava y el "choque" era el *do* que comenzaba la tercera octava. Las tres octavas llegaban todas a H 12. En una, era *si* 12, en la segunda *sol* 12, y en la tercera *mi* 12. La segunda octava que terminaba en *sol* 12 en el eneagrama, hubiera debido continuar. Pero *si* 12 y *mi* 12 exigían un "choque adicional". En esa época reflexioné mucho sobre la naturaleza de estos "choques", pero hablaré de ellos más tarde.

Sentía toda la riqueza del contenido del eneagrama. Los puntos 1, 2, 4, 5, 7, 8 representaban, según el "diagrama de nutrición", diferentes "sistemas" del organismo. 1 = el sistema digestivo; 2 = el sistema respiratorio; 4 = la circulación de la sangre; 5 = el cerebro; 7 = la médula espinal; 8 = el sistema simpático y los órganos sexuales. De esto deducía que la dirección de las líneas interiores 1 4 2 8 5 7 1, o sea el resultado de la división del 1 entre 7, indicaba la dirección de la corriente sanguínea o la distribución de la sangre arterial en el organismo, luego su regreso bajo la forma de sangre venosa. Era particularmente interesante notar que el *punto de regreso* no era el corazón, sino el sistema digestivo, lo que en realidad es así, ya que la sangre venosa se mezcla primeramente con los productos de la digestión; luego va hacia la aurícula derecha, a través del ventrículo derecho, luego hacia el pulmón con el fin de absorber el oxígeno, y de allí pasa a la aurícula izquierda; después de lo cual, por la aorta, pasa al sistema arterial.

El examen ulterior del eneagrama me mostró que los *siete puntos* podían

representar los *siete planetas* del antiguo mundo; en otros términos, el eneagrama podía ser un símbolo astronómico. Y tomando los planetas en el orden de los días de la semana, obtuve la figura 61.

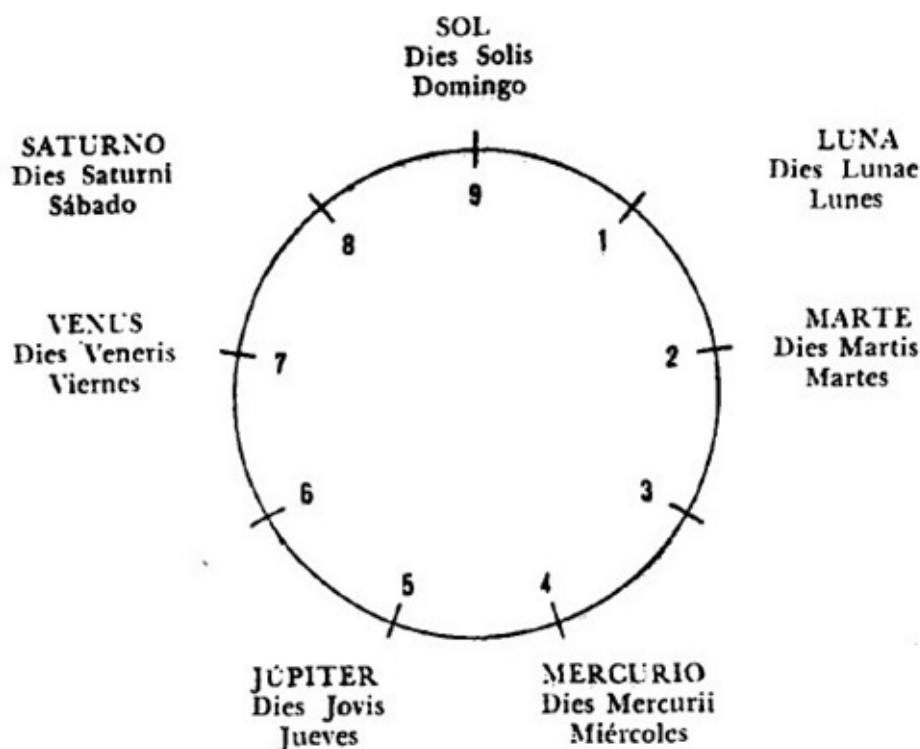


FIG. 61

No traté de continuar, pues no tenía a manos los libros necesarios, y me faltaba tiempo.

Los "acontecimientos" no permitían las especulaciones filosóficas. Había que vivir, es decir buscar simplemente donde podía uno alojarse y trabajar. La revolución, con todo lo que la acompañaba, suscitaba en mí una profunda repugnancia física. Pero a pesar de mi simpatía por los "blancos", no podía creer en su éxito. Los bolcheviques multiplicaban promesas que ni ellos mismos, ni nadie, hubieran podido cumplir. Allí radicaba su fuerza. En este plan, eran invencibles. Agréguese que Alemania los apoyaba, viendo en ellos una posibilidad de desquite para el porvenir. El "ejército voluntario" que nos había liberado de los bolcheviques podía combatirlos y vencerlos. Pero no sabía administrar los territorios que liberaba. En este dominio sus jefes no tenían ni programa, ni conocimiento, ni experiencia. Naturalmente, no se les podía pedir tal cosa. Pero los hechos son los hechos. La situación era muy inestable, y la ola que continuaba reventando sobre Moscú podía también retirarse un día cercano.

Había que salir al extranjero. Yo me había fijado Londres como objetivo final. Primero, porque allí conocía más gente, luego porque pensaba que mis ideas tendrían



mas eco entre los ingleses que en cualquier otra parte. Además, cuando estuve en Londres, antes de ir a la India y luego a mi regreso al principio de la guerra, había decidido que allí sería donde escribiría y publicaría el libro comenzado en 1911 bajo el título *La Sabiduría de los Dioses* y que luego debía aparecer bajo el de *Un Nuevo Modelo del Universo*. De manera general, este libro, en el cual yo tocaba cuestiones de religión, y en particular los métodos de estudio del Nuevo Testamento, no se hubiera podido publicar en Rusia.

Así, decidí partir hacia Londres, y tratar de organizar conferencias y grupos análogos a los de San Petersburgo. Pero no debía lograr mi objetivo sino tres años y medio más tarde.

Fue en junio de 1919 cuando llegué finalmente a salir de Essentuki. En esa época, la calma había vuelto y la vida había retomado un curso relativamente normal. Pero esta calma no me inspiraba ninguna confianza. Había que partir para el extranjero. Primero llegué a Rostov, luego a Ekaterinodar y Novorossiysk, y por fin volví a Ekaterinodar. En esa época esta ciudad era la capital de Rusia. Encontré allí varios miembros de nuestros grupos que habían salido de Essentuki antes que yo, y algunos de mis amigos de San Petersburgo. Recuerdo una conversación con uno de ellos.

Cuando hablamos de la enseñanza de G. y del trabajo sobre sí, me preguntó si le podía decir qué resultados prácticos había obtenido yo.

Recordando todo lo que había vivido el año precedente, particularmente después de la partida de G., le dije que había adquirido una *extraña confianza*, que no podía definir con una palabra, pero que se la iba a describir.

—No es una confianza en sí mismo en el sentido corriente de la palabra, le dije. Todo lo contrario. Es más bien una confianza, o una certidumbre, de la perfecta insignificancia de mi yo ordinario; hablo de ese «yo» que conocemos habitualmente. Sí, si me debiera pasar algo terrible, como a tantos de mis amigos el año pasado, entonces *no sería ese yo ordinario, sino otro*, el que estaría a la altura de la situación. G. me preguntaba hace dos años si no había sentido dentro de mí mismo la presencia de un nuevo «yo», y tuve que responderle que no había sentido ningún cambio. Ahora, hablaría de otra manera. Y puedo explicarle a usted cómo se produjo este cambio. No fue de golpe, y no es un cambio que abarca todos los momentos de mi vida. Mi vida sigue su curso ordinario, con todos los pequeños «yoes» ordinarios y estúpidos, excepto tal vez algunos que ya se me han vuelto insoportables. Pero si algún grave acontecimiento exigiese la tensión de todo mi ser, entonces, lo sé, podía enfrentarlo no ya con ese pequeño «yo» ordinario que le habla ahora, y que puede ser intimidado —sino con otro, un gran Yo, al que nada puede asustar, y que estaría a la altura de todo lo que viniera. No puedo darle una mejor descripción. Pero para mí, es un hecho. Y este hecho está nítidamente conectado con mi trabajo. Usted conoce mi vida, y sabe que yo no era hombre que se dejase preocupar por lo que atemoriza a la

gente interior y exteriormente. Pero ahora se trata de un estado diferente que tiene un gusto totalmente distinto. Por eso sé que esta nueva confianza no es el fruto de mi experiencia de la vida. Es el resultado de este trabajo sobre mí, que comencé hace cuatro años."

En Ekaterinodar, y después, durante el invierno en Rostov, formé un pequeño grupo y siguiendo un plan que había elaborado durante el invierno precedente, di conferencias para exponer las ideas de G.; tomé como punto de partida las cosas de la vida ordinaria que permiten su acceso.

Durante el verano y el otoño de 1919, recibí dos cartas de G., una en Ekaterinodar, la otra en Novorossiysk. Me escribía que había abierto en Tiflis un "Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre", cuyo programa era muy vasto. Acompañaba su carta con un prospecto que, en verdad, me dejó muy pensativo.

Comenzaba con estas palabras:

*"Con autorización del Ministerio de Educación Nacional, se ha abierto en Tiflis el Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre, basado en el sistema de G. I. G. El Instituto acepta niños y adultos de ambos sexos. Cursos mañana y tarde. El programa de estudios incluye: gimnasia de toda clase (rítmica, médica y otras), ejercicios para el desarrollo de la voluntad, de la memoria, de la atención, de la audición, del pensamiento, de la emoción, del instinto, etc., etc. "El sistema de G. I. G., agregaba el prospecto, ya está operando en una serie de grandes ciudades tales como: Bombay, Alejandría, Kabul, Nueva York, Chicago, Cristianía, Estocolmo, Moscú, Essentuki y en todas las filiales y hogares de verdaderas fraternidades internacionales de trabajadores."*

Al final del prospecto, se encontraba una lista de "profesores especialistas" del Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre, y entre ellos encontré mi propio nombre, así como los del ingeniero P., y de J., otro miembro de nuestros grupos, que vivía entonces en Novorossiysk y que no tenía la menor intención de ir a Tiflis. G. me escribió que estaba preparando su ballet "La Lucha de los Magos", y, sin hacer la menor alusión a todas las dificultades del pasado, me invitó a Tiflis para trabajar con él. Esto era muy propio de él. Pero por diversas razones, no podía ir a Tiflis. Ante todo, había grandes obstáculos materiales, luego las dificultades que habían surgido en Essentuki eran muy reales para mí. Mi decisión de separarme de G. me había costado muy caro, y no podía renunciar a ella tan fácilmente, tanto más cuanto que todos sus argumentos me parecían sospechosos. Tengo que confesar que el programa del Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre no me había entusiasmado

especialmente. Claro que comprendía que, dadas las circunstancias, G. se vio obligado a darle a su trabajo alguna forma exterior como lo había hecho en Essentukí, que podía parecer una caricatura. No era menos cierto para mí que detrás de esta forma permanecía siempre la *misma cosa*, la cual no podía cambiar. Yo sólo dudaba sobre mi capacidad para adaptarme a tal forma. Al mismo tiempo, estaba seguro de que muy pronto tendría que volver a ver a G.

Desde Maikop, P. vino a verme a Ekaterinodar; hablamos bastante de la enseñanza y de G. mismo. Su estado de ánimo era francamente negativo. Sin embargo, me pareció que mi idea de la imperiosa necesidad de distinguir entre G. y su enseñanza, lo ayudó a comprender mejor la situación.

Comenzaba a tomar el más vivo interés en mis grupos. Veía en ellos una posibilidad de continuar el trabajo. Las ideas de la enseñanza manifiestamente encontraban un eco, respondían a las necesidades de los que querían comprender lo que pasaba tanto en ellos como a su alrededor. Asistimos al final de este breve epílogo de la historia rusa que había aterrorizado tanto a nuestros "amigos y aliados". Delante de nosotros todo era totalmente oscuro. Pasé el otoño y el comienzo del invierno en Rostov. Allí me encontré con dos o tres miembros de nuestros grupos de San Petersburgo, y con Z. que acababa de llegar de Kiev. Este último vivía en el mismo sitio que yo. Entonces también él tenía una actitud negativa con respecto a todo el trabajo. Una vez más tuve la impresión de que nuestras conversaciones le permitieron hacer un balance y reconocer que sus primeras evaluaciones habían sido justas. Decidió volver a reunirse con G. en Tiflis. Pero su destino era diferente. Salimos de Rostov casi al mismo tiempo que él. Cuando llegó a Novorossiysk, ya estaba enfermo, y en los primeros días de enero de 1920, murió de viruela.

Poco después, logré llegar a Constantinopla.

En ese entonces Constantinopla rebosaba de rusos. Me encontré allí con numerosos conocidos de San Petersburgo, y con su ayuda di conferencias en los locales de la "Russki Mayak". Rápidamente reuní un auditorio bastante numeroso, compuesto sobre todo por jóvenes. Continuaba desarrollando los temas que había expuesto en Rostov y en Ekaterinodar, conectando todas las ideas generales de psicología y de filosofía con las de esoterismo.

No recibí ninguna otra carta de G., pero estaba seguro que no tardaría en desembarcar en Constantinopla. En efecto, llegó en el mes de junio, con un número bastante grande de personas.

En todas partes de Rusia, hasta en las más apartadas provincias, el trabajo se había vuelto imposible; y había llegado el momento de la partida hacia Europa, que yo había previsto en San Petersburgo.

Yo estaba muy contento de ver nuevamente a G., y me parecía que, en el interés del trabajo, se podrían descartar todas las dificultades anteriores. Creía poder trabajar

otra vez con él, como en San Petersburgo. Y lo invité a mis conferencias con el fin de presentarle a todos mis auditores, particularmente al pequeño grupo de alrededor de treinta personas que se reunían en las oficinas de la "Mayak".

G. hacía entonces de su ballet "La Lucha de los Magos" el centro del trabajo. Además, quería volver a empezar en Constantinopla el programa de su Instituto de Tiflis, el cual daba mayor importancia a las danzas y a los ejercicios rítmicos, destinados a preparar a sus alumnos para tomar parte en el ballet. Pensaba en hacer una escuela de su ballet. Trabajé en su escenario, lo que me permitió comprender mejor su idea. Todas las danzas y las escenas de "La Lucha de los Magos" requerían una larga y muy especial preparación. Así, los alumnos que debían participar en el ballet, estaban obligados a estudiar y a adquirir el control de sí mismos, acercándose de esta manera a la revelación de las formas superiores de conciencia. Danzas sagradas, ejercicios, ceremonias de diferentes cofradías de derviches, numerosas danzas orientales poco conocidas, entraban en el ballet como elementos indispensables.

Esta fue una época muy interesante para mí. G. venía a menudo a Prinkipo. Juntos nos paseábamos por los "bazares" de Constantinopla. Fuimos a ver a los derviches Mehleví y me explicó lo que no había sido capaz de comprender por mí mismo, es decir que sus movimientos giratorios estaban relacionados con ejercicios de cálculo mental, análogos a los que él nos había enseñado en Essentuki. Algunas veces trabajaba día y noche con él. Entre todas, una noche se me ha quedado grabada. "Traducíamos" un canto derviche para "La Lucha de los Magos". Entonces vi a G. el artista y a G. el poeta, que él escondía tan cuidadosamente —sobre todo al último. Trabajamos así; G. recordaba los versos persas, a veces los recitaba con una voz tranquila, luego me los traducía al ruso. Después de aproximadamente un cuarto de hora, cuando yo estaba completamente sumergido bajo las formas, los símbolos y las asimilaciones, me decía: "Bueno, ahora resume todo eso *en una línea*". No traté de ponerlo en verso, ni siquiera de encontrar un ritmo. Esto era completamente imposible. G. continuaba, y al cabo de otro cuarto de hora decía "Y ahora, otra línea". Nos quedamos sentados hasta el amanecer. Sucedió esto en la calle Kumbaradji, un poco más allá del antiguo consulado ruso. Por fin la ciudad se despertó. Creo que había escrito cinco estrofas y me había detenido en la última línea de la quinta. Ningún esfuerzo hubiera podido sacar algo más de mi cerebro. G. reía, pero también estaba cansado y no hubiera podido continuar. Así el canto quedó sin terminar porque nunca más volvimos a él.

Así pasaron dos o tres meses.

Ayudaba a G. con todas mis fuerzas en la organización del Instituto. Pero poco a poco surgieron de nuevo las mismas dificultades que en Essentuki. De tal manera que para la apertura de su Instituto, creo que en octubre, no pude formar parte de él. Sin

embargo, para no molestarlo y para que mi ausencia no fuera un motivo de discordia entre aquellos que seguían mis conferencias, las interrumpí y no se me vio más en Constantinopla. Desde entonces, algunos de mis auditores habituales vinieron a verme regularmente en Prinkipo, y fue allí donde proseguimos nuestras conversaciones.

Pero dos meses después, cuando el trabajo de G. ya estaba consolidado, reanudé mis conferencias en la "Mayak" y las continué durante seis meses más. De tiempo en tiempo lo visitaba, y él mismo vino a verme a Prinkipo. Nuestras relaciones continuaban siendo excelentes. En la primavera me propuso que diera conferencias en su Instituto y comencé a hacerlo una vez por semana. G. mismo tomaba parte en ellas para suplementar mis explicaciones.

A comienzos del verano, G. cerró su Instituto y se estableció en Prinkipo. Fue más o menos por esta época que le sometí el plan detallado de un libro que había decidido escribir para exponer sus ideas y comentarlas. Aprobó el plan y me dio su autorización para publicar el libro. Hasta esta fecha siempre me había sujetado a la regla general, obligatoria para todos, según la cual nadie tenía, por ningún motivo, derecho de escribir, ni siquiera para su propio uso, nada que tuviera que ver con la persona de G., ni con sus ideas, ni con los que trabajaban con él, como tampoco guardar cartas, notas, etc., y mucho menos, naturalmente, publicar lo que fuese. Durante los primeros años G. insistió mucho sobre el carácter obligatorio de esta regla, y por este mismo hecho se suponía que toda persona admitida en el trabajo, había dado su palabra de no publicar nada sobre él sin su autorización especial, aun en el caso de que abandonara el trabajo y dejase a G.

Era una de las reglas fundamentales. Todos los que entraban al grupo debían observarla. Pero más tarde, G. aceptó a gente que prestaba poca atención a esta regla, o que rehusaba tomarla en consideración. Eso es lo que explica la publicación ulterior de variadas descripciones que podían hacer creer que el trabajo de G. no había sido siempre el mismo.

Pasé el verano de 1921 en Constantinopla, y en agosto partí hacia Londres. Antes de mi partida, G. me propuso un viaje con él a Alemania, donde una vez más tenía la intención de abrir su Instituto y montar su ballet. Pero me parecía imposible organizar nada de este género en Alemania, y en cuanto a mi ya no creía poder trabajar más con G.

Poco después de mi llegada a Londres, volví a comenzar el ciclo de mis conferencias de Constantinopla y de Ekaterinodar. Me enteré que G. había partido hacia Alemania con su grupo de Tiflis y con aquellos de mis amigos de Constantinopla que se habían unido a él. Trató de organizar el trabajo en Berlín, y luego de comprar los locales del antiguo Instituto Dalcroze en Hellerau cerca de Dresde. Pero esto no pudo llevarse a cabo. En febrero de 1922, G. vino a Londres.

Demás está decir que lo invité inmediatamente a mis conferencias y le presenté a todas las personas que asistían. Esta vez, mi actitud hacia él era mucho más definida. Aún esperaba muchísimo de su trabajo y decidí hacer todo lo que estaba en mi poder para ayudarlo en la organización de su Instituto y en la preparación de su ballet. Pero seguí creyendo que no podía trabajar con él. De nuevo se alzaban todos los obstáculos de Essentuki. Esta vez, surgieron desde antes de su llegada.

G. había hecho mucho para llevar a cabo sus planes. Había preparado cierto núcleo de alumnos, alrededor de veinte, con los cuales era posible comenzar. La música del ballet estaba casi totalmente escrita (con la colaboración de un músico muy conocido). La organización del Instituto había sido estudiada a fondo. Pero para realizarla faltaba dinero. Poco después de su llegada, G. dijo que pensaba abrir su Instituto en Inglaterra. Un gran número de los que habían venido a mis conferencias se interesaron en esta idea y abrieron una suscripción destinada a cubrir los gastos de la empresa. De este modo se pudo remitir a G. cierta suma para permitirle trasladar todo su grupo a Inglaterra. Continué mis conferencias, haciendo alusión a todo lo que G. había dicho durante su permanencia en Inglaterra. Pero por mi parte había decidido que si se abría el Instituto en Londres, me iría ya sea a París o a América. Finalmente se abrió el Instituto en Londres en malas condiciones, y la tentativa fue abandonada. Sin embargo, mis amigos de Londres y mis oyentes habituales reunieron una suma considerable, con cuya ayuda G. pudo adquirir el histórico castillo de Priuré, con su enorme y descuidado parque, en Avon, cerca de Fontainebleau. Y fue allí donde en el otoño de 1922, abrió su Instituto. Se reunió un grupo bastante abirragado. Había allí algunas personas que se acordaban de San Petersburgo; algunos alumnos de Tiflis; otros que habían seguido mis conferencias de Constantinopla y de Londres. Estos últimos estaban repartidos en varios grupos. A mi parecer algunos habían mostrado una prisa excesiva, al abandonar tan súbitamente sus ocupaciones en Inglaterra para seguir a G. No podía decirles nada, porque cuando me hablaron de ello ya habían tomado su decisión. Temía que se decepcionaran, porque el trabajo de G. en esa época no me parecía suficientemente organizado para ser estable. Pero al mismo tiempo, no podía estar seguro de la justeza de mis propias opiniones, y no quería intervenir. Si todo iba bien, si mis temores eran vanos, ellos hubiesen tenido razón.

Otros habían tratado de trabajar conmigo, pero por diversos motivos me habían dejado, estimando ahora más fácil para ellos el trabajar con G. Estaban particularmente atraídos por la idea de encontrar lo que llamaban un *atajo*. Cuando me preguntaron mi parecer sobre este punto, claro está que les aconsejé ir a Fontainebleau. Algunos se instalaron ahí. Otros sólo pasaron quince días o un mes con G. Se trataba de asistentes a mis conferencias que no querían decidirse por sí mismos, sino que al enterarse de las decisiones de otros, habían venido a preguntarme

si debían "abandonar todo" por el Prieuré, y si ése era el único medio de trabajar. A éstos les respondí que esperaran a que yo fuera allí.

Llegué al Prieuré por primera vez a fines de octubre o a principios de noviembre de 1922. Se realizaba ahí un trabajo muy interesante y muy animado. Se había construido un pabellón para las danzas y los ejercicios, se había organizado la administración y se había logrado el acondicionamiento del castillo. La atmósfera en general era excelente y producía una fuerte impresión. Me acuerdo de una conversación con Katherine Mansfield, que en esa época vivía en el Prieuré. Fue apenas tres semanas antes de su muerte. Yo le había dado la dirección de G. Ella había asistido a dos o tres de mis conferencias, luego había venido a decirme que partía hacia París. Le habían dicho que allí un médico ruso curaba la tuberculosis aplicando rayos X al bazo. Claro está que no pude decirle nada sobre este tema. Me parecía que ya estaba a medio camino hacia la muerte. Y creo que se daba perfecta cuenta de ello. Sin embargo, uno se quedaba impresionado por sus esfuerzos. Quería hacer uso de sus últimos días y encontrar la verdad cuya presencia sentía tan claramente, sin llegar a tocarla. No pensé en ese entonces volverla a ver. Pero cuando me preguntó la dirección de mis amigos de París, y más precisamente de las personas con las cuales podía todavía conversar de las mismas cosas que conmigo, no pude negársela. Y ahora la volvía a encontrar en el Prieuré. Pasamos juntos toda una velada. Hablaba con voz débil, que parecía venir de la nada, pero que no dejaba de tener un cierto encanto.

*"He comprendido que esto es verdad y que no hay otra verdad. Usted sabe que desde hace mucho tiempo veo que todos nosotros, sin excepción, somos como náufragos, perdidos en una isla desierta, pero sin darnos cuenta de ello todavía. Pero los que están aquí si lo saben. Los otros, allí en la vida, piensan todavía que un navío llegará mañana para recogerlos, y que todo volverá a ser como en los viejos tiempos. Pero los que están aquí saben que ya nunca volverán los viejos tiempos. Me siento feliz de poder estar aquí."*

Poco después de mi regreso a Londres, me enteré de su muerte. G. había sido muy bueno con ella. La había autorizado a quedarse, aunque era claro que no podía vivir, y naturalmente, por eso recibió con intereses, su plena paga de mentiras y calumnias.

Durante el año 1923 viajé a menudo a Fontainebleau. Poco después de su apertura, el Instituto había atraído la atención de los periodistas, y por un mes o dos, la prensa francesa e inglesa se ocupó mucho de él. G. y sus alumnos eran llamados los "filósofos del bosque", fueron entrevistados, sus fotografías publicadas, etc.

En esta época, es decir a partir de 1922, G. parecía preocupado sobre todo por desarrollar ciertos métodos para el estudio del ritmo y de la plástica. No dejó nunca de trabajar en su ballet, introduciendo en él danzas de derviches, de sufís y aires que

había oído hacía mucho tiempo en Asia. En gran parte todo esto era nuevo y lleno de interés. Era la primera vez, sin duda alguna, que se presentaban en Europa las danzas y la música de los derviches. Y este espectáculo produjo una impresión muy grande sobre todos los que pudieron asistir.

En el Prieuré se seguían igualmente con mucha intensidad ejercicios mentales para el desarrollo de la memoria, de la atención y de la imaginación, relacionados al estudio de la "imitación de los fenómenos psíquicos". En fin, para cada uno había toda una serie de trabajos obligatorios en la casa, bajo la forma de quehaceres que demandaban esfuerzos muy grandes, por la rapidez exigida en el trabajo y diversas otras condiciones.

Entre las conversaciones de este período he retenido sobre todo la que G. consagró a los métodos de respiración, y aunque haya pasado inadvertido entre todo lo que se hacía entonces, mostraba la posibilidad de ver la cuestión bajo un punto de vista totalmente nuevo.

—La meta, decía G., es el dominio del organismo y la sujeción de sus funciones conscientes e inconscientes a la voluntad. Los ejercicios que llevan a esto en línea directa comienzan por la respiración. Sin el dominio de la respiración, nada se puede dominar. Sin embargo, esto no es tarea fácil.

"Deben comprender que hay tres clases de respiración. Una es normal. La segunda artificial. La tercera es la respiración ayudada por movimientos. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que la respiración normal se hace inconscientemente; se efectúa bajo el control del centro motor. En cuanto a la respiración artificial, ¿en qué consiste? Si por ejemplo un hombre se dice que contará diez al aspirar y diez al espirar, o que inspirará por la ventana derecha de la nariz y espirará por la izquierda —su respiración se efectúa bajo control del aparato formatorio. Y es diferente en sí misma porque el centro motor y el aparato formatorio actúan a través de diferentes grupos de músculos. El grupo de músculos a través del cual actúa el centro motor no es accesible, ni está subordinado al aparato formatorio. En el caso de una detención momentánea del centro motor, el aparato formatorio puede influir sin embargo sobre un grupo de músculos, con cuya ayuda puede desencadenar el mecanismo de la respiración. Pero, claro está, su trabajo no igualará al del centro motor, y no puede durar largo rato. Ustedes han leído los manuales de «respiración yogui», también han leído o tal vez han oído hablar de los métodos especiales de respiración en uso en los monasterios ortodoxos donde se practica la «oración mental». Siempre es la misma cosa. La respiración que se efectúa a partir del aparato formatorio no es normal, es artificial. La idea es la siguiente: si un hombre, en frecuentes repeticiones, prosigue esta clase de respiración durante un tiempo suficientemente largo bajo el control de su aparato formatorio, el centro motor, que durante este tiempo permanece ocioso, puede cansarse de no hacer nada y comenzar entonces a trabajar «imitando» al



aparato formatorio. Y en efecto, así ocurre a veces. Pero para que esto se produzca deben reunirse numerosas condiciones: ayunos y oraciones, vigiliias agotadoras y toda clase de tareas extenuantes para el cuerpo. Nada de esto es posible si se trata al cuerpo con consideración. ¿Creen tal vez que no hay ejercicios físicos en los monasterios ortodoxos? Traten entonces de hacer cien prosternaciones según todas las reglas. Quedarán con los riñones más doloridos que después de cualquier gimnasia.

"Todo esto no tiene sino una sola meta: que los músculos convenientes se hagan cargo de la respiración, haciéndola pasar al centro motor. Y como ya lo he dicho, esto es a veces posible. Pero siempre hay el riesgo de que el centro motor pierda el hábito de trabajar correctamente, y puesto que el aparato formatorio necesita detenerse a veces, por ejemplo durante el sueño, y el centro motor no lo desea, la máquina puede entonces encontrarse en una situación lamentable. Hasta se puede morir por una detención de la respiración. El desarreglo de las funciones de la máquina debido a los ejercicios respiratorios, es casi inevitable para aquellos que tratan de ejercitarse solos, a través de libros, sin estar dirigidos convenientemente. Muchas personas que me habían venido a ver en anteriores ocasiones en Moscú, tenían completamente descompuestas sus máquinas por ejercicios de la así llamada respiración «yogui», aprendidos en libros. Los libros que recomiendan tales ejercicios son muy peligrosos.

"Los aficionados nunca podrán hacer pasar el control de la respiración del aparato formatorio al centro motor. Para que se pueda efectuar esta transferencia se debe conducir el funcionamiento del organismo al más alto grado de intensidad, pero un hombre nunca puede llegar a esto por sí solo.

"Sin embargo, como acabo de decir, hay una tercera clase de respiración —la respiración por los movimientos. Pero ésta necesita un conocimiento muy grande de la máquina humana, y este método no se puede seguir sino en las escuelas dirigidas por maestros muy sabios. En comparación, todos los otros métodos son cosas de aficionados, en los cuales uno no puede confiar.

"La idea esencial es que ciertos movimientos, ciertas posturas, pueden provocar a voluntad cualquier clase de respiración, conservando siempre en esta respiración un carácter *normal*, sin nada artificial. Aquí la dificultad está en saber qué movimientos y qué posturas provocarán cierta clase de respiración, y *en qué clase de hombres*. Este último punto es particularmente importante, porque desde este punto de vista los hombres se dividen en cierto número de tipos, y para llegar a la misma respiración cada tipo tiene sus propios movimientos definidos; por el contrario, los mismos movimientos acarrearán diferentes respiraciones según los tipos. Un hombre que sepa qué movimiento provocará en él tal o cual clase de respiración, es ya capaz de controlar su organismo, y puede a su antojo, en cualquier momento, poner en movimiento tal o cual centro, o por el contrario, detener tal o cual función. Claro está

que el conocimiento de estos movimientos y la capacidad de controlarlos tienen sus grados, como todas las cosas en este mundo. La ciencia de los hombres difiere no menos que el uso que hace de ella. Mientras tanto, lo que importa es comprender el principio.

"La comprensión de este principio es indispensable, sobre todo para el estudio de la división de los centros. Ya hemos hablado de esto más de una vez. Recuerden: cada centro está dividido en tres partes, según la división inicial de los centros en «intelectual», «emocional» y «motor». Sobre la misma base, cada una de estas tres partes está a su vez dividida en tres. Además, cada centro está dividido desde su formación, en dos sectores: positivo y negativo. Y en todas las partes de los centros, hay grupos de «rollos» asociados unos con otros, según las diversas orientaciones. Esto es lo que explica las diferencias entre los hombres —lo que llaman la «individualidad». Naturalmente no hay rastros de verdadera individualidad en todo esto, sino solamente diferencias de «rollos» y de «asociaciones»."

La conversación se había llevado a cabo en el gran pabellón del jardín que G. había decorado a la manera de un *tekkeh* derviche.

Habiéndonos explicado el significado de las diversas clases de respiración, G. comenzó a dividir a los alumnos presentes en tres grupos, según su tipo. Eran alrededor de cuarenta. La idea de G. era mostrar cómo los mismos movimientos según el tipo, provocan diferentes "momentos de respiración", por ejemplo, inspiración en unos, espiración en otros; y cómo diferentes movimientos y posturas pueden determinar un solo y mismo período de respiración: inspiración, retención del aliento, y espiración.

Pero esta experiencia se detuvo allí. Y G., por lo que sé, no la repitió jamás.

En esa época, G. me invitó varias veces a que fuera a vivir en el Prieuré. Esto me tentaba. Pero a despecho de todo mi interés, no llegaba a encontrar cuál sería mi lugar en su trabajo, y no comprendía su orientación. Al mismo tiempo, no dejaba de ver, como ya lo había visto en Essentuki en 1918, que había muchos elementos destructores en la organización de la misma obra, y que debía disgregarse.

En diciembre de 1923, G. organizó demostraciones de danzas de derviches, de movimientos rítmicos y de ejercicios variados, en el Teatro de Champs-Élysées.

Poco después, en los primeros días de 1924, G. partió para América con un número importante de sus alumnos, con la intención de organizar allí conferencias y demostraciones.

Estaba yo en el Prieuré el día de su partida. Y esta partida me recordó mucho la de Essentuki en 1918, y todo cuanto se relacionaba con ella.

A mi regreso a Londres, anuncié a quienes venían a mis conferencias que mi trabajo se desenvolvería en el porvenir de una manera por completo independiente, *como lo había empezado en Londres en 1921.*

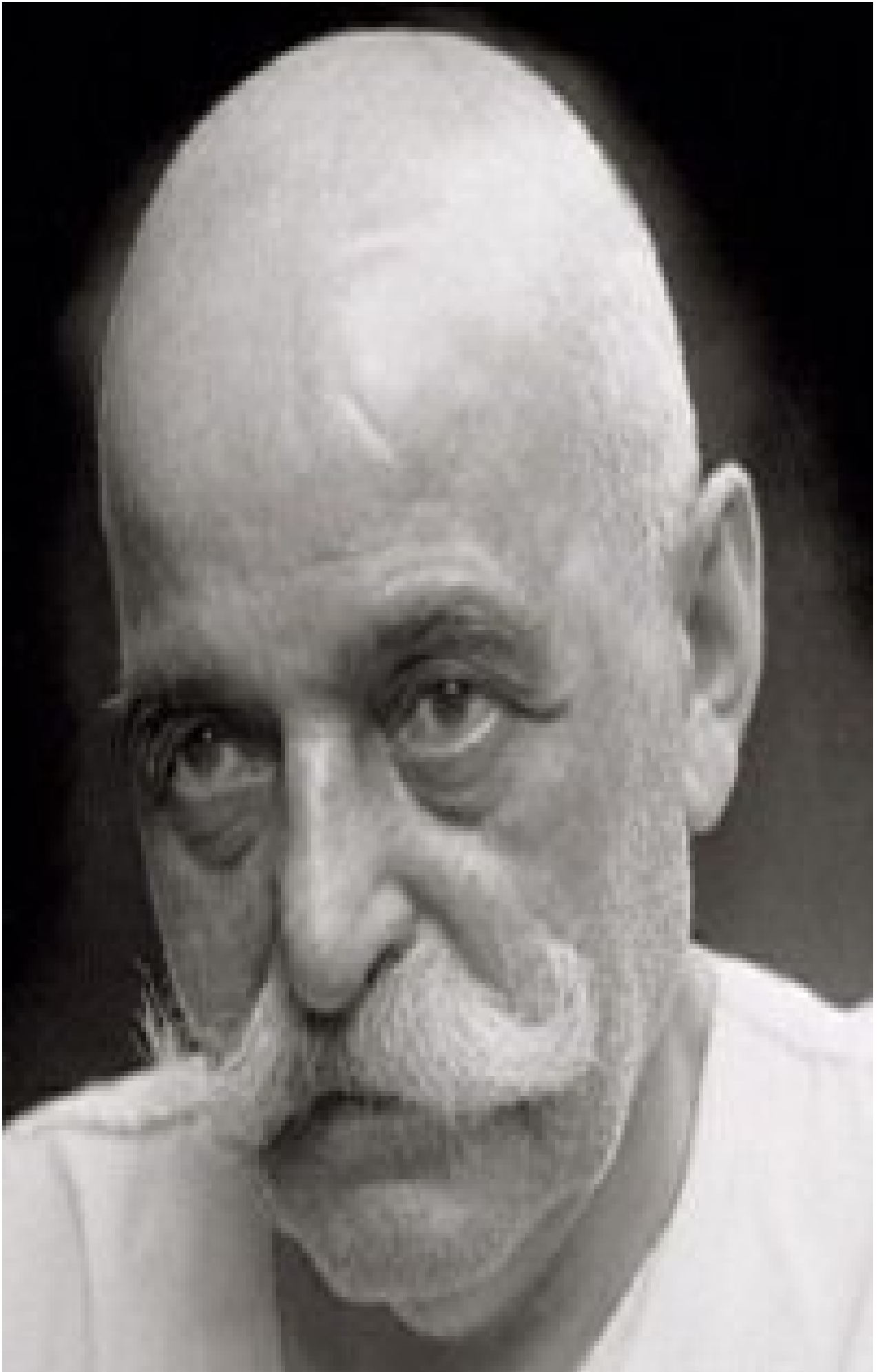


PIOTR DEMIANOVICH OUSPENSKY (Moscú, 1878 - Surrey, Inglaterra, 1947) fue el filósofo e investigador ruso que acogió la geometría euclidiana y no euclidiana en sus numerosos libros sobre la psicología y las dimensiones más elevadas de la existencia. Ouspensky estudió el sistema del maestro griego-armenio G. I. Gurdjieff directamente bajo sus supervisión desde 1915 hasta 1924, y sobre esta base preparó no sólo las conferencias que se recogen en este libro, sino también el más completo y preciso tratado acerca de las enseñanzas de Gurdjieff, publicado bajo el nombre de Fragmentos de una enseñanza desconocida.

En 1908 viajó por Turquía, Grecia y Egipto, y cuando regresó a Rusia abandonó Moscú para establecerse en San Petersburgo, donde comenzó a dar conferencias públicas sobre sus viajes y su continua búsqueda de lo milagroso. Fue seguramente el más emblemático alumno de Gurdjieff, al cual conoció en Moscú, en la primavera de 1915. Sin embargo, a partir de 1918, la relación entre ambos fue menos intensa.

En 1920, debido a la Revolución rusa se vio obligado a refugiarse en Constantinopla, lugar en el que se reencontró con Gurdjieff y organizó un grupo de estudios. Posteriormente se radicó en Inglaterra, donde escribió sus trabajos más importantes e intervino en la creación del Instituto Gurdjieff. En 1924 tornó a trabajar independientemente de Gurdjieff, coincidiendo con la partida de éste hacia América. La última vez que se vieron fue en París en 1930. Durante la Segunda Guerra Mundial se trasladó a EE.UU. En 1947 regresó a Inglaterra, falleciendo allí, en Surrey, el 2 de octubre de ese año. Existen testimonios de que entre los más asiduos asistentes a sus conferencias se hallaban figuras de la talla de Aldous Huxley, T. S.

Eliot, Gerald Heard, Maurice Nicoll y otros escritores, periodistas y científicos famosos.



G. I. GURDJIEFF, nació en Alexandropol, 14 de enero de 1872, fue un maestro místico, filósofo, escritor y compositor armenio, quien se autodenominaba "un simple Maestro de Danzas".

Nacido a finales del siglo XIX en la Armenia rusa, su principal obra fue dar a conocer y transmitir las enseñanzas del Cuarto Camino en el mundo occidental. Una personalidad misteriosa y carismática, con un agudo sentido crítico, y una elevada cultura tradicional, acaparó la atención de muchos, guiándolos hacia una posible evolución espiritual y humanitaria. Falleció el 29 de octubre de 1949 en Fontainebleau, Francia.

Según los autores que han estudiado su obra, sus planteamientos constituyen un conjunto de ideas interrelacionadas muy innovadoras, que tienen el objetivo de producir la evolución consciente en el hombre.

*«Gurdjieff mostró que la evolución del hombre [...] es el resultado del crecimiento [y desarrollo] interior individual; que tal apertura interior es la meta de todas las religiones, de todos los caminos, [...] pero que requiere un conocimiento directo y preciso, [...] pero que sólo se puede adquirir con la ayuda de algún guía con experiencia y a través de un prolongado estudio de sí y del trabajo sobre sí mismo».*

# Notas

[1] Esto se refiere a un pequeño libro que tenía en mi infancia. Se llamaba "Absurdos Obvios" y pertenecía a la "Pequeña Colección Stupin". Era un libro de imágenes tales como: un hombre cargando una casa sobre sus espaldas, un carruaje con ruedas cuadradas, etc. Éste libro me había impresionado mucho en aquel entonces, porque allí se encontraban numerosas imágenes cuyo carácter absurdo yo no podía descubrir. Se asemejaban exactamente a las cosas ordinarias de la vida. Luego comencé a pensar que este libro ofrecía, de hecho, cuadros de la vida real, porque cuando seguí creciendo me convencí más y más de que una la vida no está hecha sino de "absurdos obvios". Mis experiencias ulteriores no hicieron sino confirmar esta convicción.<<



[2] Título de una obra de Ouspensky (Ed. inglesa 1922). <<

[3] Es decir, el cuerpo que lleva dentro de sí las causas de sus acciones: es independiente de las causas exteriores: es el cuerpo de la voluntad.<<

[4] Obra de P. D. Ouspensky publicada en castellano, por la editorial Hachette, bajo el título: *Psicología de la Posible Evolución del Hombre*. <<

[5] Los rollos están descritos en las Conferencias Psicológicas como los aparatos registradores de cada centro sobre los cuales se graban las impresiones. El conjunto de inscripciones de estos rollos análogos a rollos (o discos) fonográficos, constituye el material de asociaciones del hombre. <<

[6] La ausencia de términos adecuados nos obliga a traducir: consciousness por "intuición intelectual" y conscience: por "conciencia moral". <<

[7] Los rollos están descritos en las Conferencias Psicológicas como los aparatos registradores de cada centro sobre los cuales se graban las impresiones. El conjunto de inscripciones de estos rollos análogos a rollos (o discos) fonográficos, constituye el material de asociaciones del hombre. <<

[8] Un Nuevo Modelo del Universo. Cap. VIII: Misticismo Experimental.<<

[9] Los carbonos ya presentes en el organismo se designan con el signo:





[10] Menciono este punto porque más tarde G. lo modificó.<<

[11] San Juan, XII, 24.<<

[12] Cordero a la parrilla y la usanza cancusiana.<<

[13] Capitulo I. página 28.<<

[14] Nota de los traductores: En la versión inglesa figura la palabra griega.<<

[15] En el libro *Etude sur les origines et la nature du Zohar*, por S. Karppe, París, 1901, página 201, hay un dibujo de un círculo dividido en nueve partes con la siguiente descripción:



"Si se multiplica 9 x 9, el resultado está dado debajo por el 8 de la columna de la izquierda y el 1 de la columna de la derecha; asimismo 9 x 8, el producto está indicado por el 7 de la izquierda y el 2 de la derecha; asimismo 9 x 7. A partir de 9 x 5 el orden se invierte, es decir, el número que representa las unidades pasa a la izquierda y el de las decenas a la derecha." <<

[16] Pero según las últimas conclusiones científicas, un rayo de luz recorre una curva, y después de haber dado la vuelta al universo, vuelve a su origen al cabo de 1.000.000.000 de años luz; 1.000.000.000 de años luz representan entonces la circunferencia del universo —aunque las opiniones de los investigadores difieren grandemente sobre este punto, y los números relativos a la circunferencia del universo no se pueden considerar en ningún caso como estrictamente establecidos, aunque se aceptan todas las consideraciones que nos llevan a él en cuanto a la densidad de la materia en el universo.

En todo caso, si tomamos el número generalmente adoptado para la circunferencia hipotética del universo, obtenemos entonces, al dividir  $9 \times 10^{28}$  por  $10^9$ , un número de veinte cifras, que mostrará cuántas veces un rayo de luz dará la vuelta al universo durante la vida del Protocosmos.<<

[17] Pistis Sophia, p. 203, Trad. inglesa 1921.<<



[18] Sodrujestvo: aproximadamente, la "Unión de Amigos para un fin común".<<